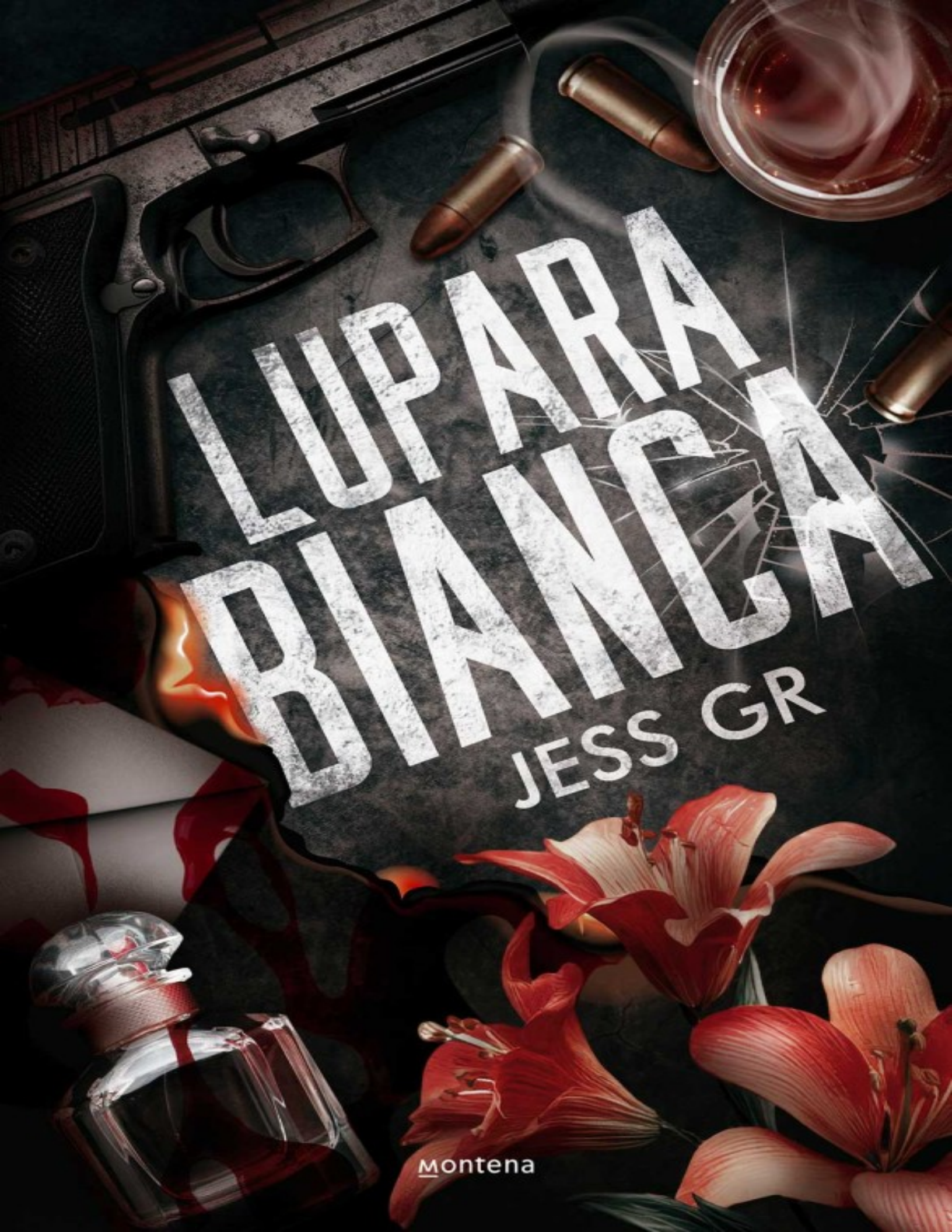
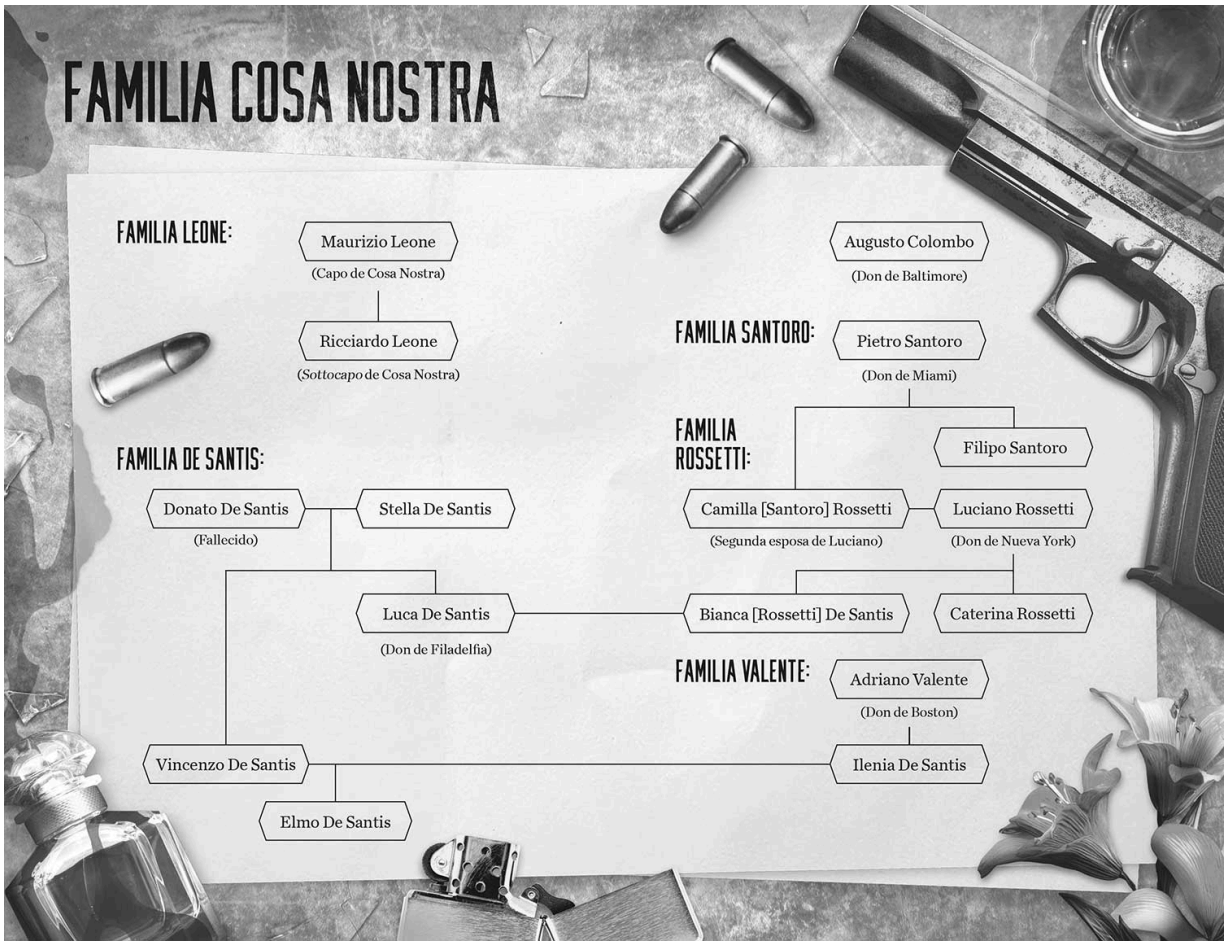

LUPARA
BIANCA
JESS GR
Montena

LUPARA BIANCA

JESS GR

MONTENA


FAMILIA COSA NOSTRA
FAMILIA LEONE:
Maurizio Leone
(Capo de Cosa Nostra)
Ricciardo Leone
(Sottocapo de Cosa Nostra)
Augusto Colombo
(Don de Baltimore)
FAMILIA SANTORO:
Pietro Santoro
(Don de Miami)
FAMILIA ROSSETTI:
Filipo Santoro
FAMILIA DE SANTIS:
Donato De Santis
(Fallecido)
Stella De Santis
Camilla [Santoro] Rossetti
(Segunda esposa de Luciano)
Luciano Rossetti
(Don de Nueva York)
Luca De Santis
(Don de Filadelfia)
Bianca [Rossetti] De Santis
Caterina Rossetti
FAMILIA VALENTE:
Adriano Valente
(Don de Boston)
Vincenzo De Santis
Ilenia De Santis
Elmo De Santis

Antes de empezar a leer, cierra la puerta.
Nadie necesita saber lo que está a punto
de pasar entre estas páginas. Y recuerda:
entras a esta historia por tu voluntad,
pero te quedas por la mía.

Luca de Santis

Glosario

Antonegra. Conocidos como los «matones» de la mafia. Se encargan del trabajo sucio, como, por ejemplo, vender droga, cobrar dinero, matar gente y deshacerse de los cadáveres.

Capo. Jefe de la mafia siciliana. Su trabajo es mantener el orden y la paz entre todas las familias de la organización. Su palabra es ley y todos deben obedecerla.

Cascittuni. Es la persona que se salta la *omertà*. El soplón o traidor.

Consigliere. Significa «asesor» en italiano. Se encarga de aconsejar al Don sobre todas las acciones y movimientos. Es su mano derecha no militar.

Diavuletta. Traducción del siciliano: «Diablilla».

Don. Jefe de familia. Es el encargado de tomar todas las decisiones sobre los asuntos y negocios familiares. Tiene todo el poder sobre ella.

Lupara bianca. Término de origen periodístico que indica un homicidio mafioso realizado de tal manera que no quede ningún rastro del cuerpo del asesinado.

Omertà. Código de honor de la mafia, la ley de leyes. La *omertà* es la ley del silencio. Esta dice que está terminantemente prohibido dar chivatazos a la Policía y colaborar con las autoridades bajo ningún

concepto. En caso de quebrantamiento, se castigará con la muerte.

Soldato. El rango más bajo que existe en la mafia. Solo se permite el ingreso a italianos o descendientes de italianos. Se encargan de combatir a la Policía en casos de guerra. Algunos *soldati* de confianza tienen la misión de proteger al Don y a su familia, actuando como guardaespaldas.

Sottocapo. Mano derecha militar del capo, y normalmente su posterior sucesor. Suele ser el hijo del capo u otro familiar.

Prólogo

Luca

Escondido tras la puerta entreabierta del invernadero, observo a la que muy pronto será mi esposa mientras doy pequeñas caladas a mi cigarrillo. Es jodidamente preciosa. Ya lo era siendo una niña, pero ahora, con su mayoría de edad recién estrenada, soy consciente del motivo por el que muchos hombres de nuestra organización ansían tenerla.

Bianca Rossetti es distinta a las típicas esposas de la mafia siciliana. Casi todas comparten rasgos de nuestros antepasados italianos: cabello y ojos oscuros, tez morena y cuerpos esbeltos y torneados. No obstante, la que es mi prometida desde hace más tiempo del que soy capaz de recordar es todo lo contrario a esas chicas. Su cabello es rubio muy claro y liso, sus ojos verdes de pestañas largas contrastan con la piel clara, casi blanquecina, de su rostro y esa boca en forma de corazón es todo lo que se necesita para invitar a pecar hasta al más célibe de los hombres.

Se agacha para arrancar una flor del interior de una maceta e inevitablemente mi mirada va a parar a su trasero. Es bonito, no

demasiado grande ni muy pequeño, encaja a la perfección en su cuerpo menudo y delgado. A simple vista parece toda una princesita de la mafia: educada, sutil, grácil y sumisa.

—¡Joder! ¡Puta planta! —Pongo los ojos en blanco al escucharla maldecir en voz alta.

«A simple vista», esa es la definición perfecta, porque solo hace falta que abra la boca un segundo para que su carácter irreverente y descarado aflore.

La sigo mirando mientras se lame el dedo corazón y masculla unas cuantas palabrotas más. Estoy a punto de acercarme para preguntarle si se encuentra bien cuando noto que alguien me toca el hombro. Me sobresalto y llevo la mano a la espalda para empuñar mi arma. Al girarme, encuentro a mi hermano justo detrás de mí.

—Vin, ¿qué demonios haces? ¿Nunca te han enseñado a no tocar a alguien por la espalda? Podría haberte volado la cabeza, imbécil.

Vincenzo ríe, negando con un gesto.

—Relájate, pistolero —se burla. Se coloca a mi lado y mueve el cuello para mirar hacia el lugar donde Bianca sigue sentada, rodeada de decenas de macetas con distintas plantas y flores—. Sí que ha crecido la hija de Rossetti. ¿Qué haces espiándola?

—No la estoy espiando. Solo la observo —mascullo.

Vincenzo estrecha su mirada sobre mí y se cruza de brazos. Por su expresión y su postura, apuesto a que está a punto de ponerse en plan hermano mayor conmigo.

—Luca, ve con cautela. Sé que lo de pensar antes de actuar no va demasiado contigo, pero, por una vez, sé comedido. Este matrimonio es muy importante para nuestra familia. Al fin estamos a punto de emparentarnos con los Rossetti. No la cagues ahora.

Vuelvo a poner los ojos en blanco y aparto la mirada de la suya, tirando el sobrante del cigarrillo al suelo. No necesito que me

recuerde lo que nos estamos jugando. Con mi enlace con Bianca, los De Santis estaremos un paso más cerca de controlar los negocios de toda la costa este de Estados Unidos. Ese era el sueño de nuestro abuelo y también lo es de nuestro padre.

—Solo la estoy mirando, joder —farfullo.

—Mírala todo lo que quieras, pero hasta que no lleve nuestro apellido ni se te ocurra sacarte la polla de los pantalones, ¿entendido? —Me da un pequeño golpe en la entrepierna con el dorso de la mano y lo aparto de un empujón.

Tras una nueva mirada de advertencia, se aleja en dirección al lugar donde está a punto de empezar la fiesta que marcará mi destino. Hoy los Rossetti y los De Santis celebraremos, junto a los miembros más importantes de la Cosa Nostra, la inminente alianza entre nuestras familias; también se pondrá una fecha definitiva para el enlace en el que Bianca y yo seremos protagonistas.

Me mantengo en mi posición un par de minutos más. Mi intención es marcharme; sin embargo, cuanto estoy empezando a moverme, alcanzo a ver por el rabillo del ojo que alguien se acerca a Bianca. Es Romeo Serra, uno de los *soldati* de Luciano Rossetti. Su padre era alguien importante para la organización, llegó a convertirse en el *consigliere* del mismísimo capo, Maurizio Leone, pero hubo rumores de traición y lo ejecutaron. Lo habitual en estos casos es que toda la familia del traidor termine pagando por sus pecados, pero, por alguna razón que nadie entiende, Rossetti respondió por él y desde entonces se ha convertido en uno de sus hombres. Yo personalmente no tengo nada en su contra. No tiene la culpa de las malas decisiones de su progenitor; no obstante, por nuestras diferencias de rango, no hemos llegado a confraternizar demasiado. En realidad, no creo que tenga ningún amigo. Ser hijo de un traidor es algo con lo que cargas el resto de tu vida. Tu

apellido pierde el respeto, el honor y hasta la dignidad.

Serra se acerca más a Bianca y le dice algo que no soy capaz de escuchar. Parece molesta o disgustada. Ella lo empuja por el hombro y le sonríe. Me extraña notar tanta cercanía y camaradería entre ellos. Actúan como si fuesen amigos íntimos, o puede que algo más. Sigo observándolos hasta que veo cómo Serra rodea sus hombros con el brazo y la atrae hacia su pecho.

«Está abrazando a mi prometida», resuena en mi mente.

Ni siquiera he tomado la decisión en firme de adentrarme más en el invernadero cuando mis piernas empiezan a moverse por sí solas. Cualquiera que me vea caminar con zancadas largas y pesadas en su dirección, con los puños apretados y la mandíbula tensa por la rabia contenida, pensaría que estoy en mitad de un ataque de ira por celos, pero no es así. Aquí no importan los sentimientos ni los amoríos. Es más, si las circunstancias fuesen distintas, incluso les propondría a ambos que lo pasáramos bien juntos —eso de que tres son multitud se lo inventó algún idiota reprimido de polla minúscula que no sabe lo mucho que se disfruta haciendo un trío—, pero es mi futura esposa la que se está haciendo arrumacos con el hijo de puta de Serra y aquí ya entran en juego el honor y el respeto. Ella es mía, lo será… Bueno, ya lo es, siempre lo ha sido y no voy a permitir que ningún idiota toque lo que me pertenece.

Justo cuando llego junto a ellos, dejándome llevar por un impulso, para no variar, echo la mano hacia atrás y sujeto la empuñadura de mi pistola. Tardo menos de un segundo en alzarla y colocar el doble cañón de la siamesa en la nuca de Romeo Serra. Noto que su espalda se tensa y amartillo el arma.

—Si en tres segundos no has soltado a mi prometida, tendrás dos preciosas balas alojadas en tu cerebro —digo en tono burlón,

clavando más el doble cañón en su cráneo.

Es Bianca quien se aparta de él con rapidez. Se hace a un lado y alza la mirada hacia mi rostro. Entre su baja estatura y la complexión ancha de Serra, estoy seguro de que no alcanzaba a verme.

—De Santis, ¿qué haces aquí? —pregunta en tono de sorpresa.

Sin dejar de apuntar a Serra, esbozo una sonrisa ladeada y le guiño un ojo.

—Te recomiendo que te apartes un poco. No quiero ensuciarte el vestido con la sangre y los sesos de este idiota.

Parece tardar un par de segundos en darse cuenta de lo que está ocurriendo. Desvía la vista hacia la pistola y de nuevo hacia mí.

—Romeo es mi guardaespaldas, no un idiota.

—En realidad… —Me muevo hacia un costado mientras deslizo el doble cañón alrededor de la cabeza de Serra hasta dejarlo colocado justo en su frente. El muy cabrón me mira sin pestañear, como si el hecho de estar a punto de convertirse en un cadáver no le asustara. Tiene agallas, eso tengo que concedérselo—. Solo un idiota pondría sus manos sobre la mujer de un De Santis. ¿No crees, Serra?

—Bianca estaba disgustada y la estaba consolando. Nos conocemos desde niños —dice sin inmutarse.

Me está dando una explicación a su conducta, pero no una disculpa. No me sirve.

—Es curioso. Ahora el disgustado soy yo. ¿Quieres abrazarme? —Incrusto más el metal plateado de mi arma en su frente y acerco mi rostro al suyo—. Vamos, dame un besito, hijo de puta. Atrévete.

—¡Luca, baja la pistola! —grita Bianca a mi espalda.

Siento sus manos en mi espalda. Intenta tirar de mi camisa para alejarme de Serra, pero la ignoro y sigo apuntándolo. Solo necesito un pequeño movimiento. Cualquier excusa me sirve para volarle la cabeza.

—Bianca, sal de aquí —susurra Serra sin apartar su mirada de la mía.

Sonrío de nuevo. ¿Acaba de darle una orden a mi prometida en mis jodidas narices? Este imbécil aún no lo sabe, pero acaba de firmar su sentencia de muerte. Retrocedo medio paso, sujeto la pistola con ambas manos para contrarrestar el retroceso de la doble detonación y estoy a punto de apretar el gatillo cuando escucho el característico sonido que emite una pistola al ser amartillada justo detrás de mí. Me giro despacio y encuentro a Bianca con los brazos alzados, empuñando un arma de pequeño calibre que me apunta directamente a la cabeza.

—He dicho que bajes la puta pistola —sisea entre dientes.

Casi resulta cómico ver a una chica como ella, tan bajita y aparentemente delicada, amenazándome. ¡Por el amor de Dios, le saco casi dos cabezas y podría tumbarla con un resoplido!

—Cuidado, pequeña. Puedes hacerte daño. Estos chismes los carga el diablo —comento en tono burlón.

—Este chisme lo he cargado yo, y al único que voy a hacer daño es a ti como no bajes ahora mismo la pistola y dejes en paz a Romeo.

—Diavuletta —murmuro, esbozando una sonrisa ladeada.

—Dice la verdad. Solo me estaba consolando.

—¿Por qué? —suelto sin pensar.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué estabas disgustada?

—¡A ti qué mierda te importa! ¡Baja el arma, joder! —exclama tras soplar un mechón de pelo rubio fuera de su campo de visión.

—Respóndeme y puede que te dé el gusto de dejar vivir a tu guardaespaldas. ¿Por qué estabas disgustada?

Resopla con fuerza y sus ojos verdes centellean de pura rabia.

—No sé, tal vez porque estoy a solo unos meses de casarme con un puto tarado sin ningún tipo de consideración por la vida humana. ¿Crees que no es un motivo de peso para disgustarse?

—Entonces… ¿eso es lo que piensas de mí? —pregunto con curiosidad.

Nuestros padres nos comprometieron cuando yo tenía quince años y ella solo doce. Nos hemos visto en fiestas, reuniones y acontecimientos importantes. Nuestras familias siempre han intentado que pasemos tiempo juntos para conocernos mejor; sin embargo, cada vez que nos dejaban a solas, hemos preferido actuar como si el otro no estuviese ahí. Yo tengo claro que, por muy hermosa que sea Bianca, su carácter testarudo y su actitud irrespetuosa no me resultan para nada atractivos. Por ese motivo mantengo las distancias con ella. Ya voy a tener bastante con permanecer unido a ella el resto de mi vida. Aunque hasta ahora que lo ha mencionado no tenía ni idea de qué opinión tenía ella sobre mí o cuáles eran sus motivos para evitar cualquier acercamiento. Cree que soy un maníaco. Tampoco es tan malo, ¿no?

—Sí, eso es lo que pienso de ti, aparte de otras muchas cosas que prefiero guardarme. Ahora, ¿podrías, por favor, bajar la puta pistola antes de que ocurra algún accidente?

Inspiro hondo por la nariz y echo un nuevo vistazo a Serra, que sigue inmóvil, antes de regresar la mirada a ella. Por esta vez, y sin que sirva de precedente, voy a permitir que se salga con la suya.

—Tú primero —exijo.

Exhala con fuerza y deja que sus brazos caigan por su propio peso.

—Te toca, De Santis —masculla de inmediato.

Bajo el arma y, con la mano que tengo libre, sujeto el rostro de Serra con fuerza y le doy un par de palmadas en la mejilla.

—Es tu día de suerte, amigo. No tienes ni idea de lo cerca que has estado de morir. —Estiro su camiseta a la altura de los hombros y después lo empujo en dirección a la salida.

—Vete —le pide Bianca cuando él se detiene para mirarla.

Casi se me escapa una carcajada. Creo que el hijo de puta de verdad no entiende que no dudaría un puto segundo en volarle la cabeza. Por suerte para él, no tarda en encaminarse hacia la puerta y solo unos segundos después ya se ha marchado. Mi prometida exhala de nuevo y dirige su mirada furiosa en mi dirección.

—¿Qué? ¿Vas a disgustarte de nuevo porque soy un tarado? —Abro los brazos en cruz y esbozo una sonrisa arrogante—. Puedo abrazarte si es lo que necesitas.

—Aparte de tarado, eres un puto psicópata de manual, ¿verdad? —escupe con rabia.

Estrecho la mirada sobre ella y la señalo con el doble cañón del arma.

—Vas a tener que aprender a mantener esa boquita tan bonita cerrada, Diavuletta.

—No me llames así.

—Te llamo como me apetezca. —Me fijo en su mano, que aún empuña la pistola, y vuelvo a sonreír—. ¿Es de verdad al menos o me has amenazado con un arma de juguete?

Parece dudar un segundo antes de responder. Un brillo travieso ilumina sus ojos y levanta la pistola para apuntarme, esta vez al centro del pecho.

—¿Lo comprobamos? —inquiere con una ceja arqueada.

—¿Vas a matarme?

—Podría hacerlo.

Su seguridad me resulta divertida. Sé que no va a dispararme. Mi padre es uno de los tres grandes cabezas de familia de la costa este.

Los De Santis controlamos el estado de Pensilvania, los Rossetti el de Nueva York y los Valente el de Massachusetts. Juntas, las tres familias son la jodida Santa Trinidad de la Cosa Nostra en Estados Unidos. Matarme a mí, al hijo de un Don, es una sentencia de muerte o incluso algo peor si esa persona resulta ser la hija de otro de ellos.

—¿Estarías dispuesta a ser el desencadenante de una guerra entre nuestras familias? Piénsalo bien, Bianca. Si tú me matas, mi padre o mi hermano harán lo mismo contigo, y entonces tu padre intentará matarlos a ellos. Si tiene la mala suerte de acabar con mi hermano, su mujer, que te recuerdo que es la hija de Adriano Valente, también se sumará a la lucha. Los Valente y los De Santis unidos en contra de tu familia. ¿Cuánto crees que tardarán en matarlos a todos, incluyendo, por supuesto, a tu hermanita pequeña? Será el inicio de una disputa que puede durar siglos. A mí me suena divertido, pero, como tú has dicho, soy un puto tarado. —Me encojo de hombros y sonrío.

—Podría decir que intentaste violarme y que me defendí. —Alza la barbilla de manera desafiante y casi suelto una carcajada.

—Nadie en mi familia lo creería. Te aseguro que puedo follarme a cualquier mujer que desee sin necesidad de obligarla. —Tomo una respiración profunda y señalo la pistola que aún tengo en la mano—. Además, estás obviando que yo también puedo matarte a ti. Mi pistola es más grande y potente.

Desvía la mirada hacia mi arma y la muevo para que pueda contemplar su belleza. Es una Arsenal AF2011-A1, un jodido engendro de fabricación italiana y comercialización americana. Tremendamente pesada, incómoda de sujetar y poco precisa por el excesivo impacto de retroceso, pero ¿qué mafioso no querría dos pistolas fusionadas en una? Aunque sea solo por su jodida potencia

y rareza, es maravillosa.

—Ya veo —susurra, regresando la vista a mi rostro—. ¿Intentas compensar alguna carencia?

Vale, debo admitir que eso ha sido gracioso y ocurrente. Al final va a resultar que Bianca Rossetti no es solo una niña caprichosa y malcriada que busca de manera desesperada llamar la atención. Puede, solo puede, que también sea un poco divertida.

—Una referencia sexual… Eso es algo impropio de una señorita. ¿Nunca te han enseñado que el tamaño del miembro de un hombre es un tema delicado que no debes mencionar?

—¿Delicado? Así es como te refieres a tu polla. —Suelta una pequeña risita y niega con la cabeza—. Pequeña y delicada entonces.

Pierdo la sonrisa de golpe y, tomándola por sorpresa, estiro el brazo y le arrebato la pistola. Me guardo la mía en la espalda, bajo la camisa e inspecciono la suya. Es de verdad y está cargada.

—Voy a darte un consejo, Bianca —digo, mirándola a los ojos con dureza—: no vuelvas a decir algo así, a nadie.

—Lo siento, ¿he herido tu ego? —pregunta, cruzándose de brazos con gesto divertido.

—No, en absoluto. —Doy un paso en su dirección y noto cómo pierde la sonrisa cuando invado su espacio personal. La diferencia de altura hace que tenga que inclinarme hacia abajo para seguir mirándola a los ojos. Inspiro hondo. ¿De dónde viene ese olor? ¿Es su perfume?—. Cuando pones en duda la masculinidad de un hombre, le estás dando motivos para demostrar que tus suposiciones no son ciertas. Lo que te mereces ahora mismo es que te abra de piernas y te muestre cómo de pequeña y delicada es mi polla.

Bianca intenta retroceder, pero la inmovilizo sujetándola por la

nuca. Parece que en el fondo no es tan valiente como intenta parecer. Toda esa bravuconería se ha esfumado con solo una frase.

—Suéltame —susurra, y su garganta se mueve con fuerza al tragar saliva.

—¿Estás asustada? ¿Crees que voy a hacerte daño? —susurro, ejerciendo más presión en su nuca—. Créeme, si no tuvieses que llegar virgen al matrimonio, estaría dándote exactamente lo que has pedido.

—Yo no he pedido nada. ¡Aparta, De Santis! —exclama, empujándome por el pecho.

Dejo que se libere y sonrío de nuevo, devolviéndole su pistola.

—Cuidado con esto, Diavuletta. No quiero que te lastimes por accidente.

La coge con violencia y resopla.

—Idiota —la escucho mascullar justo cuando está a punto de pasar a mi lado para marcharse.

Le corto el paso, obligándola a retroceder de golpe.

—Segunda lección del día: no insultes a alguien que puede matarte antes de que te dé tiempo a pestañear.

Bufa de nuevo y se cruza de brazos con expresión de hastío.

—¿Sabes por dónde puedes meterte tus lecciones y tus amenazas? Te recuerdo que, al igual que tú, yo también soy hija de un Don. Ponme un dedo encima y tendrás esa guerra entre familias de la que hablabas hace solo un momento.

Clavo mi mirada en la suya y nos quedamos mirándonos fijamente. Es una especie de duelo a muerte del que estoy decidido a salir ganador; sin embargo, cuando me doy cuenta de que una de las comisuras de su boca se estira con chulería, sé que no estoy logrando intimidarla. La muy hija de perra está disfrutando con esto.

No sé muy bien por qué, pero, entre el cruce de miradas y la

conversación de hace unos instantes, siento cómo el aire a nuestro alrededor se carga de tensión, y no me refiero a la tensión que notas antes de un tiroteo o cuando estás a punto de arrebatar una vida. No, esta es distinta, una tensión sutil, provocativa y apasionante como solo el sexo en su esencia puede serlo. Y ese maldito aroma… ¿Huele a flores? Estamos en un jodido invernadero, pero creo que el olor proviene de ella. Mi polla se endurece de golpe y bajo la vista al centro de su pecho. Por el escote del vestido gris claro que lleva puesto Bianca asoman dos tetas no muy grandes, pero firmes y de piel cremosa y blanquecina. Antes de que pueda ser consciente de ello, ya estoy pensando en cómo se sentirán al tacto o de qué color serán sus pezones. Los imagino rosados, tensos y suaves.

—¿Qué posibilidades tengo de recibir un adelanto de nuestra noche de bodas ahora mismo? —susurro con voz ronca.

Bianca pestañea rápido y está a punto de retroceder, pero vuelvo a sujetarla por la nuca y pego mi rostro más al suyo. Esta vez mi tacto en su piel no es agresivo, aunque sí firme. Deslizo el pulgar por el lateral de su cuello en una leve caricia y acerco mi boca a la suya sin llegar a rozar sus labios.

—Solo por esto, mi padre podría matarte. —Su aliento golpea mi rostro y lo recibo con una sonrisa ladeada.

—Correré el riesgo. —Llevo la mano libre a su rostro y acaricio su labio inferior con el dedo índice—. Conozco mil formas de hacerte disfrutar sin que dejes de ser virgen, Diavuletta.

No tengo claro si lo estoy diciendo en serio o solo intento provocarla. Si no he sido capaz de intimidarla por las malas, tal vez con esto funcione; antes lo hizo. No obstante, al notar que está dudando en su respuesta, soy muy consciente de que ahora mismo estoy deseando que acepte mi propuesta. Trago saliva con fuerza y aguardo sin moverme ni un centímetro hasta que Bianca aparta la

mirada con un suspiro.

—Está bien —susurra.

Abro mucho los ojos y sacudo la cabeza de un lado a otro. «¿Acaba de decir lo que creo que he escuchado?».

—Repite eso —gruño, apretando más su nuca.

Me mira de nuevo a los ojos. Hay determinación en ellos, y también tenacidad.

—He dicho que acepto. Haré lo que quieras, te dejaré que hagas conmigo lo que te apetezca, pero quiero algo a cambio.

Mi polla se tensa aún más en el interior de mis calzoncillos. «Te dejaré que hagas conmigo lo que te apetezca». ¡Maldita sea! Eso suena demasiado bien.

—¿Qué quieres a cambio? —susurro con la boca casi pegada a sus labios.

Inspira hondo por la nariz una vez más y alza un poco la barbilla.

—Que rechaces nuestro compromiso.

Sus palabras tardan unos segundos en penetrar en mi cerebro, que ahora mismo está jodidamente empapado de testosterona. Pestañeo un par de veces y, al ser consciente de lo que acaba de decir, me aparto unos centímetros y sacudo la cabeza de un lado a otro, como si con ese gesto pudiese sacar de mi mente las imágenes que yo mismo he puesto ahí al imaginarme follando a Bianca Rossetti por todos sus putos agujeros.

—¿Cómo dices? —pregunto con una exhalación.

—Ya me has escuchado, De Santis. —Me agarra de la muñeca y aparta mi mano de su nuca antes de retroceder un paso y mirarme con arrogancia y seguridad—. Haré lo que quieras. Pídeme que me arrodille y te la chupe ahora mismo y lo haré. ¿Deseas follarme? Lo tendrás. A cambio, solo debes rechazar nuestro enlace.

—¿Estás dispuesta a entregarme tu cuerpo para no casarte

conmigo?

Asiente con contundencia y se cruza de brazos.

—Si eso es lo que tengo que hacer para librarme de ti… —deja la frase en el aire; tampoco necesito que la termine.

Me queda claro que no soy de su agrado. Le da igual que le arrebate su virginidad aquí mismo, en un invernadero, de cualquier forma, con tal de no casarse conmigo. Tenso la mandíbula y noto cómo la rabia me recorre de pies a cabeza. ¿Quién demonios se cree que es esta niña? Si hubiese podido elegir esposa, ella jamás hubiese estado entre las candidatas. Es preciosa, sí, y puede que mi polla esté deseando meterse entre sus piernas, pero nadie en su sano juicio escogería tener como esposa a una niña malcriada e irrespetuosa, alguien sin ningún tipo de respeto por nuestras tradiciones y costumbres. Puede que algún día yo me convierta en capo y a mi lado debo tener a una mujer recta, educada y complaciente, todo lo que Bianca Rossetti no será jamás.

—¿Sabes?, por un instante he estado tentado a aceptar tu oferta —digo, esbozando una sonrisa tensa.

—¿Y bien? —Arquea una ceja y expando mi sonrisa.

—Va a ser que no. Al fin y al cabo, no tardaremos en ser marido y mujer. Puedo esperar unos meses, y entonces tendré lo que me has ofrecido sin dar nada a cambio. —Deslizo el dorso de mis dedos por el lateral de su cuello en una leve caricia—. Voy a disfrutar arrancándote toda esa prepotencia y altanería a embestidas, Diavuletta. Te recordaré esta conversación cuando me esté follando todos tus agujeros, uno por uno.

Bianca

Aún estoy intentando recuperarme de lo que acaba de decir Luca De Santis, cuando se aparta con brusquedad y sale del invernadero a toda prisa. ¿En serio acabo de ofrecerle sexo a cambio de que no me haga casarme con él? ¿Tan desesperada estoy? La imagen de una cabeza de pelo rubio, ojos verdes y sonrisa aniñada se cuela en mi mente y suspiro. Sí, estoy muy pero que muy desesperada. Tengo que lograr que ese maldito enlace se cancele o, al menos, se aplace lo máximo posible hasta que encuentre la manera de liberarme de manera definitiva. Mis posibilidades de lograrlo son casi nulas, pero, aun así, seguiré luchando hasta el momento en el que diga «Sí, quiero» ante un sacerdote.

Me tomo unos minutos para tranquilizarme y decido salir del invernadero y dar la cara ante los invitados a la fiesta. Apuesto a que ya estarán buscándome. Mi momento de rebeldía diario ha llegado a su fin y a partir de ahora no me quedará otra que asumir la personalidad de la chica buena y educada que se supone que debo ser. No estoy del todo segura de poder pasarme el resto del día fingiendo. Lo más probable es que termine escapando en mitad de la celebración a algún lugar apartado para relajar los músculos faciales. Mantener una falsa sonrisa durante horas es de las cosas más agotadoras que conozco.

Apenas me he alejado un par de metros del invernadero cuando empiezo a escuchar la música y las voces que provienen de la carpa que han instalado en el jardín de la mansión. Aparte de todo lo del compromiso, me pone de los nervios estar rodeada por los socios y amigos de mi padre. A él, sin embargo, le encantan estas celebraciones repletas de excesos y ostentosidad. Al menos un par de veces al año organiza algún evento en el que aprovecha para demostrar su estatus y poder al resto de la organización. Una preciosa y enorme mansión en Upper Brookville, a solo cuarenta

minutos del centro de Nueva York, su colección de armas antiguas y coches clásicos y, por supuesto, las joyas de la corona, que no son otras que sus dos hijas perfectamente vestidas y peinadas para ser exhibidas ante la multitud como simples objetos decorativos. Es repugnante.

Solo con pensar que así es como voy a tener que pasar el resto de mi vida, me dan ganas de meterme la pistola en la boca y apretar el gatillo, porque tengo muy claro que Luca De Santis no es distinto a mi padre. Puede que tenga una personalidad más voluble e impulsiva y, definitivamente es mucho más atractivo. Puedo entender su fama de mujeriego y que siempre tenga a varias chicas revoloteando a su alrededor en busca de su atención. Aunque, después de nuestro encuentro en el invernadero, dudo seriamente de su equilibrio mental. En el fondo no es más que otro mafioso de gatillo fácil y sin ningún respeto por las mujeres. Mi labor como su esposa no será otra que mantenerme guapa, sonriente y servicial ante sus caprichos.

Sí, creo que lo de tragar un pedazo de plomo será un sacrificio menor en comparación con lo que me espera. Lo veo todos los días en la forma en la que mi padre trata a su mujer; aunque ella jamás lo admita, sé nota que es terriblemente infeliz. A veces, cuando no se está comportando como una perra con mi hermana y conmigo, casi siento lástima por ella.

Ya casi puedo ver la carpa, cuando de detrás de la casa de la piscina sale alguien que choca contra mí. Estoy a punto de trastabillar, pero me sujeta por el brazo y enseguida me ayuda a enderezarme.

—Cielo, ¿estás bien?

Alzo la vista de golpe y esbozo una pequeña sonrisa tranquilizadora.

—Sí, tía Sarah. Iba distraída.

Mi tía me sujeta con más fuerza y desliza la mano por el interior de mi muñeca, justo por encima de una de las cicatrices que cada día se empeñan en recordarme que no puedo flaquear. Rendirse no es una opción.

—Me tenías preocupada, cariño. Todo el mundo te está buscando. Creí que…

—Estoy bien —la corto al notar cómo su mirada se ensombrece.

Me encantaría poder ser sincera con ella y confesarle que en realidad soy una gran mentirosa. No estoy bien, nunca lo estaré y menos aún cuando me case con el puto Luca De Santis, pero no puedo poner esa carga sobre sus hombros. La tía Sarah es la única persona que de verdad se preocupa por Rina y por mí. Odia cualquier tema relacionado con la organización que le arrebató a su hermana pequeña y, aun así, siempre que puede, viaja desde Europa para visitarnos. Desde que mamá murió, ella es la única conexión que tenemos con nuestras raíces alemanas. Prefiero disfrutar del tiempo que pasamos juntas en vez de malgastarlo contándole problemas que ella no puede ayudarme a resolver.

—¿Estás segura? —Estrecha su mirada sobre mí con desconfianza—. Se supone que hoy debería ser un gran día. Eres la protagonista de la fiesta y, en vez de estar relacionándote con los invitados, decides alejarte y esconderte. A mí no me parece que estés bien.

Trago saliva con fuerza e inspiro hondo por la nariz para frenar el aluvión de tristeza que casi me hace llorar. «Sonríe, Bianca. Sabes cómo hacerlo». Estiro las comisuras de la boca, haciendo gala de mi mejor sonrisa ensayada.

—Ya sabes que no me gustan mucho las multitudes, pero todo va bien. Justo ahora estaba a punto de unirme a los invitados.

—Tu prometido ya está allí —dice, aún observándome con atención, como si no terminara de creerme.

—Sí, lo supuse. Acabo de verlo hace un momento —comento de forma distraída. Por supuesto, no menciono que le he ofrecido acostarme con él a cambio de que rechace nuestro enlace. Eso es algo que ni ella ni nadie necesita saber.

La tía Sarah suspira y al fin parece tragarse mi actuación. Entrelaza su brazo con el mío y juntas empezamos a caminar hacia la carpa con paso lento.

—Ha cambiado mucho tu prometido. La última vez que lo vi era un crío. Es muy guapo.

—Sí, lo es —susurro.

Me muerdo el labio inferior con fuerza y me contengo para no rodar los ojos. Sí, el puto De Santis tiene lo mismo de guapo que de insoportable, aunque, al fin y al cabo, no es más que un copia y pega de todos los demás miembros de la Cosa Nostra. Cabello oscuro, tatuajes y más arrogancia de la que es posible almacenar en un cuerpo humano normal; por suerte para él y para mi desgracia, también es más alto que la media. Es difícil no dejarse intimidar por alguien que me saca más de medio metro de altura, y ya no hablemos de la corpulencia, porque el muy cabrón, aparte de una cara bonita y unos ojos azules que llaman la atención, también tiene un cuerpo fornido. Sería el esposo perfecto si por dentro no estuviese podrido, como todos los demás miembros de la mafia siciliana.

Cuando estamos a punto de adentrarnos en la carpa y saludar a los primeros invitados, noto que mi tía tira de mi brazo para detener mi avance. Giro la cabeza en su dirección y ella me mira a los ojos.

—Bianca, si no quieres casarte con él, dímelo y te juro que lo arreglaré. Hablaré con tu padre y…

—¡No! —exclamo con más énfasis del que pretendía. Inspiro hondo por la nariz y niego con la cabeza—. Todo está bien, de verdad. Luca y yo nos conocemos desde niños.

—Exactamente. Tú no decidiste comprometerte con él, fue algo que os impusieron a ambos.

—Tía, ya sabes cómo funciona esto.

—¡Me importa una mierda cómo funcione! —dice, alzando la voz —. Eres mi sobrina. Rina y tú sois la única familia que me queda, y te aseguro que tu madre no me perdonaría nunca que permitiera que alguna de sus hijas se casara en contra de su voluntad.

Vuelvo a tragar saliva con fuerza para bajar el nudo de angustia y tristeza que se ha instalado en mi garganta, y por una milésima de segundo me doy el lujo de imaginar un escenario donde la tía Sarah de verdad es capaz de hacer algo para evitar lo que está a punto de ocurrir, pero esa fantasía se esfuma antes de que pueda hacerme ilusiones. Aunque mi padre suele ser bastante permisivo con ella por su parentesco con su fallecida esposa, estoy segura de que no dudaría en matarla si acudiera a él con reclamos y quejas por mi matrimonio. Para Luciano Rossetti, primero van los negocios y después la familia.

—Todo va a salir bien —digo con toda la seguridad que soy capaz de reunir—. Luca es un buen hombre. Voy a ser muy feliz con él. No te preocupes por mí.

Exhala profundamente y asiente.

—Está bien, pero aún hay tiempo. Todavía faltan unos meses para la boda, hoy lo sabremos con seguridad, y hasta entonces puedes pensártelo mejor. Si tienes dudas, si no quieres hacerlo, acude a mí, por favor. Puedo convencer a tu padre para que termine con esto de inmediato.

—De acuerdo, así será.

Tiro de su brazo para seguir caminando y, aunque al principio se resiste, enseguida retomamos nuestro camino hacia el interior de la carpa, donde no tardamos en ser interceptadas por uno de los invitados. Instalo de forma definitiva mi sonrisa ensayada y me preparo para la tortura a la que voy a ser sometida hasta altas horas de la madrugada. Si salgo viva de esta, es probable que termine con la mandíbula amoratada de tanta tensión contenida.

Odio mi vida: la que he tenido, la que tengo y la que me espera en el futuro.

Luca

Por el rabillo del ojo veo cómo Vincenzo oculta un bostezo tras su copa de licor. Sonrío, negando con la cabeza, y bebo de mi propio vaso. Para nadie es un secreto que mi hermano mayor detesta estas interminables celebraciones. Se acerca a su esposa y coloca la mano sobre su abultado vientre de manera protectora antes de darle un fugaz beso. Pierdo la sonrisa y busco a Bianca al otro lado de la carpa, está hablando con mi madre. Son tan distintas… Y no me refiero solo al físico, sus personalidades son completamente opuestas. Mamá es paz, calma, tranquilidad en estado puro, pocas veces la he escuchado alzar la voz, ni siquiera cuando Vin y yo hacíamos travesuras de niños. Bianca, sin embargo… «Pídeme que me arrodille y te la chupe ahora mismo y lo haré». Sus palabras resuenan en mi mente como una jodida campana. Se supone que una señorita no debería hablar de esa forma tan ordinaria.

No soy tan hipócrita como para negar que me puso muy cachondo con esa sola frase. Es curioso porque alguien como

Bianca, una princesita de la mafia de solo dieciocho años, ni siquiera debería saber nada sobre el sexo, pero, por su forma de hablar, parece como si estuviese muy familiarizada con el tema en cuestión.

Sigo observándola desde lejos. Está intentando contener su carácter, eso es algo que cualquiera puede notar. Se toca el pelo cada pocos segundos, cambia el peso de una pierna a la otra, e incluso me parece ver que pone los ojos en blanco en un par de ocasiones. Por más que se esfuerce, es incapaz de comportarse de manera adecuada durante más de unos minutos seguidos.

Estoy tan ensimismado en descifrar los movimientos y expresiones de mi futura esposa que no soy consciente del revuelo que se crea entre la multitud hasta que un grito llama mi atención.

—*Cascittuni!* —¿Traidor? Me enderezo de golpe y busco a mi hermano. Él también ha entrado en alerta.

En nuestro mundo, llamar traidor a alguien es un tema muy serio, y si alguien se ha atrevido a hacerlo es que está a punto de ocurrir algo muy malo. En pocos segundos, Vincenzo está a mi lado y ambos nos acercamos al lugar donde se están apelotonando los invitados. Se escuchan más gritos y, por un instante, se me hiela la sangre al reconocer que son de mi madre.

Avanzo entre la gente, abriéndome paso a codazos, hasta que logro alcanzar el centro del corrillo, y es entonces cuando lo veo. Mi padre está aquí. Inmóvil. Demasiado expuesto. No lo había visto en la última hora, y ya empezaba a resultarme extraño, porque a estas alturas de la noche debería haberse anunciado la fecha de mi boda con la hija de Rossetti. Todo tendría que estar cerrado, decidido, sellado delante de todos.

Me basta una sola mirada en su dirección para comprender que nada ha salido como debía. El murmullo que nos rodea no es expectación. Es veneno. Sospecha. Acusación. El aire se vuelve

denso en mis pulmones mientras nuestros ojos se encuentran, y en los suyos hay temor, un miedo atroz que nunca antes había visto. Porque en este mundo, cuando alguien es acusado de traición, ya no hay vuelta atrás. De pronto, sé que todo lo que creía decidido esta noche acaba de romperse. Adiós al compromiso con Bianca Rossetti, adiós al honor de la familia De Santis. Vamos a morir todos.

—¡Qué demonios…! —exclama Vincenzo.

Intenta acercarse a nuestro padre, que tienen sujeto dos de los hombres de confianza de Maurizio Leone, nuestro capo. Ni siquiera sé qué es lo que hace él aquí. Casi nunca sale de su isla privada en la costa siciliana.

—Ni un paso más —gruñe Ricciardo Leone, el hijo mayor de Maurizio y *sottocapo* de la Cosa Nostra, apuntando a mi hermano con una pistola.

Algún día, él será nuestro jefe, eso si llega vivo a ese momento porque, como no baje la puta arma ya, voy a volarle la cabeza. Vincenzo tarda un par de segundos en reaccionar, yo no tanto. He sido muy consciente de que algo así iba a pasar en el instante en que he visto su rostro ensangrentado, cubierto de cortes y hematomas recientes. Alguien lo ha golpeado, y no una vez. Esto no pinta bien.

—Chico, dudo que quieras amenazar a mi hijo. —Maurizio Leone se dirige directamente a mí, ya que no he dudado un segundo en encañonar a su *sottocapo*.

Escucho los quejidos ahogados de mi madre, pero evito mirarla. Aunque me está matando oírla tan afligida, ahora mismo necesito estar totalmente centrado en los hijos de puta que están amenazando a mi padre.

—¿Qué mierda está pasando aquí? Los De Santis somos leales a la *omertà* —siseo entre dientes sin dejar de apuntarle.

La *omertà* es el código de honor de la mafia, la ley del silencio, que dice que está terminantemente prohibido dar chivatazos a la Policía ni colaborar con las autoridades bajo ningún concepto. En caso de quebrantamiento, se castigará con la muerte.

—Yo también lo creía —comenta Maurizio, acercándose más a mi padre. Le alza la cabeza, tirando de su pelo sucio por la sangre y el polvo, y después vuelve a dirigir la mirada en mi dirección—. Ha estado colaborando con la Policía. En los últimos meses, varios cargamentos de droga y armas fueron interceptados.

—No ha sido nuestro padre —afirma Vincenzo, que ha decidido unirse a mí en lo de encañonar a Ricciardo Leone.

—Te equivocas —escucho decir a alguien, que enseguida reconozco como Pietro Santoro. Es el padre de la esposa de Luciano Rossetti y Don de Florida. Después de la Santa Trinidad de la costa este, ese estado es el más importante y poderoso de la organización.

—¡Maldita sea, explícate, Santoro! —vocifera mi hermano, desviando su pistola en dirección al anciano.

—Los cargamentos que han sido interceptados eran míos. He pasado los últimos meses investigando los movimientos de vuestro padre. Fue él quien me delató.

—¿Tienes pruebas? No puedes acusarlo sin…

—Esto no es un juicio —lo corta nuestro capo. Se ajusta los puños de la camisa con parsimonia antes de seguir hablando—. La investigación se llevó a cabo bajo mi supervisión y vuestro padre es el responsable. Nos ha traicionado y debe pagar por ello.

Intento apagar los cuchicheos y exclamaciones que se escuchan a nuestro alrededor y clavo mi mirada en el rostro de nuestro padre.

Maurizio Leone nunca hace nada por casualidad, y si ha decidido traerlo aquí y mostrarlo ante todos los miembros de la organización es porque pretende crear ejemplo con él. La decisión ya está tomada. Va a ejecutarlo delante de todos nosotros para que a nadie se le ocurra volver a pensar en traicionarlo. Mi padre abre uno de sus ojos hinchados y, justo en ese instante, soy consciente de que él también lo sabe.

—Tiene que haber un error. Él no… Donato, di que es mentira. ¡Defiéndete! —grita mamá entre sollozos.

Me atrevo a mirarla de reojo y agarro mi pistola con más fuerza cuando las lágrimas se me acumulan tras los párpados. No sirve de nada llorar o lamentarse. Mi padre va a morir hoy, y es posible que todos nosotros también.

Maurizio se acerca a mi madre y agacha la cabeza levemente en un acto muy poco propio de él.

—Stella, lamento que tengas que pasar por esta situación. Tu marido es un traidor y, como vuestro capo, debo hacer cumplir la ley.

—¿Vais a matarnos a todos? —escucho que pregunta mi cuñada.

—Ilenia, cállate —sisea mi hermano, mirándola de reojo.

Puedo notar el dolor que oculta tras su tono de voz. Su padre, su hermano, su mujer y hasta su hijo no nato… Todos van a morir y él no puede hacer nada para evitarlo. ¡Por Dios santo! ¿Cómo ha pasado esto?

—Capo, ella es mi hija —intercede Adriano Valente.

Él ha sido el mayor amigo y aliado de nuestro padre. Nuestras familias ya estaban unidas antes incluso de que su hija Ilenia se casara con mi hermano. Maurizio le da un leve apretón en el hombro y sacude la cabeza a un lado y al otro.

—Lo lamento, Adriano. Es una De Santis también. Ya conoces las

reglas: en caso de traición, toda la familia debe ser erradicada.

Mi madre vuelve a sollozar en el mismo instante en el que Vincenzo da un paso adelante y mueve su brazo para apuntar a nuestro padre en la cabeza.

—Yo… —Toma una respiración profunda y su mandíbula se tensa aún más—. Yo, Vincenzo De Santis, hijo primogénito de Luciano De Santis, asumo la traición de mi padre y reniego de él.

—¡No! ¡No, Vincenzo! —grita mamá, desesperada.

Miro a mi hermano sin poder creer lo que está haciendo. Lo entiendo, intenta evitar una muerte segura para su esposa y su hijo, pero no creo que sea capaz de apretar el gatillo.

Maurizio estrecha su mirada sobre él y alza la barbilla de manera desafiante.

—¿Estás dispuesto a ejecutar a tu padre para salvar a tu familia? —le pregunta.

Mi hermano inspira hondo por la nariz y después asiente con la cabeza.

—Los traidores no tienen cabida entre nosotros. Si incumplió la *omertà*, debe morir.

—Bien, en ese caso, tu familia estará libre de cualquier castigo. Hazlo.

Vincenzo sujeta la pistola con ambas manos mientras mamá sigue gritando su nombre y pidiéndole que no lo haga. Trago el nudo de angustia y dolor que se ha instalado en la garganta y miro a mi padre. Él me devuelve la mirada y una de las comisuras de su boca se estira. Sabe que Vincenzo no podrá hacerlo. No va a matarlo, y esa es la única manera de salvarnos a todos los demás.

Doy un paso al frente, contengo el aliento y apunto a mi padre en la frente.

—*Patri* —susurro.

Espero un segundo, hasta que vuelve a cerrar los ojos, y aprieto el gatillo.

—¡No! ¡Donato! ¡Donato!

Los gritos de mamá se clavan en mis oídos mientras veo cómo el cadáver de mi padre se desploma. Su cabeza golpea el suelo empedrado y enseguida empieza a formarse un charco alrededor de ella. Clavo la mirada en los dos agujeros de bala que hay en su frente y exhalo con fuerza. Lo he hecho. Acabo de matar a mi propio padre.

Capítulo 1

LUCA

Seis años después

El cuero de los guantes cruje cuando cierro los puños con fuerza. Intento liberar un poco de tensión de los hombros antes de seguir golpeando el rostro del pobre desgraciado que tengo delante. Su cabeza cae hacia un costado al perder de nuevo la consciencia.

—Está casi muerto —dice uno de mis hombres a mi espalda.

Me giro a medias para mirarlo y con el hombro me limpio un chorretón de sangre que ha salpicado mi barbilla.

—Casi… —Hago un gesto con la mano y otro de mis chicos se acerca, coloca un cigarrillo entre mis labios y lo enciende.

Regreso la mirada al hombre, o lo que queda de él, atado de pies y manos a una silla. Llevo más de una hora torturándolo. Ha perdido casi todos los dientes, varios dedos y sus rodillas están completamente destrozadas, pero no ha dicho ni una sola palabra.

—Hay que admitir que los irlandeses saben adiestrar a los suyos. Cualquiera habría cantado como un pajarito, pero el cabrón es leal

hasta la muerte

Me giro de golpe para fulminar con la mirada al tercer hombre que me acompaña.

—¿Tú hablarías? —pregunto en tono poco amigable.

—Eh… No, Don. Claro que no.

—¿Seguro? Porque me estoy planteando someter a mi gente de confianza a algo parecido a lo que acabo de hacer con este hijo de puta. —Esbozo media sonrisa y le doy una calada profunda al cigarrillo—. Sí, tal vez lo pruebe. Tengo curiosidad por saber cuántos de vosotros me traicionaríais.

Los tres tienen el buen juicio de permanecer en silencio y agachar las cabezas como muestra de sumisión. Saben que no es una broma. Podría despedazarlos a golpes uno a uno por pura diversión. Exhalo el humo y me acerco de nuevo al irlandés. Le doy un par de palmaditas en el rostro para despertarlo, pero no logro hacerlo reaccionar. Lo empujo, y el sonido que emite la silla metálica al golpear el suelo de hormigón se hace eco en el almacén abandonado y polvoriento en el que estamos. El muy cabrón ni siquiera abre el único ojo sano que le queda. El otro se lo perforé con un clavo hace ya un buen rato. Hago una mueca de disgusto y suspiro. Este ha durado poco.

Me acerco más y le lanzo una patada en el estómago. Espero unos instantes y resoplo. Se acabó. No conseguiré nada más de él. Sujeto de nuevo el cigarrillo con los labios y, aún con los guantes empapados en sangre, me bajo la cremallera del pantalón y saco mi polla, la sostengo y empiezo a mear sobre su rostro. Cuando ya casi he terminado, oigo que emite un pequeño gemido. Sonrío y me guardo la polla de nuevo, antes de darle una última calada al cigarrillo y lanzarlo en su dirección. Enseguida se apaga en el charco de orina que hay alrededor de su cabeza. Solo un segundo después

ya le he obsequiado con dos agujeros de bala en la frente y estoy colocando mi pistola de nuevo en la parte baja de la espalda. Me giro y miro a mis hombres, encogiéndome de hombros.

—¿Quiere que nos ocupemos de limpiarlo todo, Don? —pregunta uno de ellos.

—*Lupara bianca* —ordeno.

Enseguida asienten a la vez. Saben perfectamente lo que significa ese término. La prensa empezó a usarlo para referirse a los asesinatos cometidos por la mafia que no dejaban ningún rastro: ni cadáver, ni pruebas, ni indicios. En la mayor parte de las ocasiones usamos ácido para descomponer los cuerpos y después arrojamos los restos licuados al río o alguna alcantarilla. Suelo hacerlo yo mismo, pero por hoy ya he tenido suficiente. Además, si no me apresuro, llegaré tarde a la cena con mi familia.

Dejo a mis hombres ocupándose del irlandés y, tras ponerme unos guantes y una camisa limpios, me meto en el coche y conduzco hasta llegar a las afueras de Filadelfia. En una zona apartada está la casa de estilo victoriano donde nací y crecí junto a toda mi familia. La gente normal termina marchándose de casa de sus padres al hacerse mayor, pero los De Santis no somos así. Nosotros permanecemos juntos, bajo el mismo techo, aunque también es cierto que, con el tamaño de la casa, si quisiéramos podríamos pasar semanas sin vernos unos a otros. Ese no es el caso. Cada noche nos reunimos alrededor de la mesa del gran comedor en el ala este de la propiedad.

Nada más entrar, me dirijo a mi propia zona de la casa. No es tan amplia como la de mi madre o Vincenzo y su familia, pero tiene espacio más que suficiente para albergar dos habitaciones completas, un salón grande, un comedor, cocina, gimnasio, despacho y varios baños repartidos por distintos sitios. Vivo en mi

propio apartamento de lujo sin tener que alejarme de los míos.

Tras pegarme una ducha rápida para limpiar todo rastro de sangre de mi piel, me visto con un pantalón de traje y camisa negra, vuelvo a enfundarme unos guantes de cuero negro y voy en busca de mi hermano, que a estas horas es muy probable que se encuentre ya en el ala este. Lo encuentro en una de las salas de estar, sentado en el sofá junto a Elmo, su hijo de casi seis años. Ambos discuten en broma mientras juegan a la videoconsola. Al escucharme entrar en la estancia, Vin pausa la partida y gira medio cuerpo hacia mí.

—¿Y bien? —pregunta con una ceja arqueada. Niego con la cabeza y, al pasar por la parte trasera del sofá, le revuelvo el pelo oscuro a mi sobrino—. ¿No le has sacado nada?

—Nada —confirmo.

Tras hacerme con una copa de licor del mueble bar, tomo asiento junto a Elmo y este empieza a darme codazos en las costillas. Esquivo sus golpes y lo empujo hacia atrás por la cabeza. Cae sobre el sofá, pero enseguida vuelve a la carga. Sonrío. A veces pienso que este crío de verdad cree que puede conmigo.

—Estate quieto. Si te haces daño, tu madre no estará contenta —le regaña su padre. Elmo me mira a mí, frunciendo el ceño, y, aunque se sienta de nuevo, pasa los siguientes minutos pellizcándome y dándome patadas en la pierna a escondidas mientras finge seguir jugando al videojuego—. ¿Cuál es el plan ahora? Los putos irlandeses no van a detenerse. Se están adueñando de nuestro territorio.

—Solo tengo que encontrar a su jefe y acabar con él —comento antes de darle un trago largo a mi vaso.

—Eso no te ha funcionado hasta ahora —masculla mi hermano. Le lanzo una mirada de advertencia y él alza las manos a modo de

disculpa—. Solo digo que…

—¿Crees que no soy capaz de dirigir esta familia? Si piensas que puedes hacerlo mejor, adelante. Nadie te impide tomar el mando, Vin.

Mi hermano aparta la mirada y exhala con fuerza. Sabe que ese puesto no le pertenece. Fui yo el que salvó a nuestra familia. Me he encargado de dirigir todos los negocios desde que… Me miro las manos enguantadas y contengo el aliento. Yo lo maté, y al hacerlo me convertí en el Don del estado de Pensilvania. Solo yo puedo tomar las decisiones; aunque Vincenzo no esté de acuerdo con ellas, debe respetarlas y cumplir mis órdenes.

Tras unos segundos de silencio, en los que aprovecho para devolverle varios golpes furtivos al demonio de mi sobrino sin que su padre se percate, Vincenzo vuelve a hablar.

—Tal vez no sea tan mala idea acudir al capo. Él puede enviarnos refuerzos para acabar de una maldita vez con todos los putos irlandeses.

—No —respondo cortante.

—Luca, se te está yendo de las manos. Ya hemos perdido demasiado terreno. ¿Cuánto crees que vamos a aguantar sin tener ayuda?

—No me arrastraré ante Maurizio Leone. Nuestro territorio lo defendemos nosotros —sentencio, y me termino el licor de un trago antes de dejar el vaso vacío sobre la mesa.

Mi hermano pone los ojos en blanco, pero no insiste. Sabe que ahora mismo no estamos en posición de perder más aliados, y eso es justo lo que ocurrirá si su suegro, Adriano Valente, se entera de lo que está ocurriendo en nuestro estado. Después de lo que hizo nuestro padre, hemos perdido el apoyo de la mayoría de las familias, incluyendo a los Rossetti y los Santoro. Ahora estamos solos, con el

honor por los suelos y sin apenas respeto ni confianza por parte de los demás cabezas de familia.

—Lo que sea que estés pensando hacer, hazlo pronto. He escuchado que Luciano Rossetti ya ha comprometido a su hija, y ¿a que no sabes quién es su futuro yerno? —Arqueo una ceja con curiosidad—. Augusto Colombo.

¿Colombo? Ese viejo decrépito es el Don del estado de Maryland. El hecho de que Rossetti haya decidido unir su familia a la de Colombo solo puede significar que va a intentar sacarnos de en medio. Hace años que codicia nuestro territorio. Hasta ahora he logrado que el capo medie entre nosotros, pero, si hace algún movimiento ofensivo, no tendré más remedio que declarar la guerra entre nuestras familias, y eso puede ser el final de todos. Ahora mismo no estamos en condiciones de pelear contra nadie.

Una idea me cruza la mente y frunzo el ceño. Recuerdo ver a la pequeña Caterina Rossetti la última vez que estuvimos en la mansión, el mismo día en el que nuestras vidas cambiaron para siempre. En ese momento ella no tenía más de siete u ocho años.

—Espera, ¿qué edad tiene la hija de Rossetti? ¿De verdad va a permitir que su hija menor se case con un tipo que podría ser su abuelo?

Vincenzo esboza media sonrisa y niega con la cabeza.

—¿Quién ha dicho nada de que sea la menor? Es Bianca Rossetti la que se va a casar con Colombo.

—¡¿Bianca?! —exclamo sorprendido.

Mi exprometida. Por supuesto, tras convertirme en el hijo de un traidor, su padre no dudo en disolver nuestro compromiso. Desde entonces, la hija primogénita de Rossetti ha estado viviendo en Europa y de todos es sabido que su padre ha tenido que solucionar varios problemas en los que se ha metido por allá. Siempre anda

involucrada en escándalos. Conflictos públicos con gente importante e influyente de las altas esferas, amantes a docenas, problemas con el alcohol y las drogas… Bianca se ha convertido en todo aquello que un capo de la mafia jamás querría como hija, y mucho menos como esposa.

—Lo sé, yo también me sorprendí —dice riendo—. Acaba de volver de Europa. El enlace será dentro de unos días. Casi siento pena por Colombo. Esa mujer lo va a llevar a la tumba antes de lo que puede imaginar.

Me quedo pensativo unos segundos. Es cierto que casarse con una mujer como Bianca supone una pérdida de honor y respeto; sin embargo, Colombo no es un idiota. Sabe que aliarse con los Rossetti le traerá muchos beneficios, entre ellos, el poder y la ampliación de sus negocios. Va a meterse en una de las familias de la Santa Trinidad de la mafia siciliana en Estados Unidos y, en caso de guerra, será una fuerza más contra la que luchar. Si ya no teníamos ninguna posibilidad de salir vencedores contra los Rossetti y los Santoro, con los Colombo en la ecuación somos una diana fácil. El riesgo está más que justificado.

—Se supone que Bianca Rossetti iba a ser mi esposa. Me la prometieron —mascullo entre dientes.

—De buena te libraste. Te imaginas estar casado con una mujer así, tan… —Arqueo una ceja y Vincenzo chasquea la lengua, contrariado—. Si la chica es una zorra, se dice y punto. Ella solita se está encargando de arruinar el prestigio y la reputación de su familia.

—Te recuerdo que nuestro prestigio y nuestra reputación llevan mucho tiempo en horas bajas.

—¿No estarás pensando en…?

Sonrío de nuevo y me encojo de hombros.

—Tal vez no sea tan mala idea ir en busca de lo que se me había prometido.

Mi hermano abre la boca, seguramente para quejarse de nuevo, pero, antes de que pueda decir una sola sílaba, uno de los hombres que estuvo conmigo esta tarde en el almacén entra en el salón. Ambos nos levantamos de golpe. Se supone que nadie ajeno a la familia puede pasearse por nuestras dependencias privadas a su antojo. Lo tienen prohibido.

—Perdón —dice, agachando la cabeza—. Don, tengo una llamada para usted y es importante.

Arqueo una ceja y le lanzo una mirada de desdén al idiota. Me tiende un teléfono móvil.

—¿Qué está pasando? —inquiero.

—Es del irlandés, empezó a sonar y… —Se queda callado y estira más el brazo para darme el aparato—. Será mejor que lo compruebe usted mismo.

Lo cojo y exhalo con fuerza antes de llevármelo a la oreja.

—¿Quién demonios eres y qué quieres de mí? —pregunto en tono amenazante.

—Luca De Santis, supongo… —Reconozco el acento irlandés en la voz del tipo que me habla al otro lado de la línea y todo mi cuerpo se tensa—. Es un placer conocerte al fin. Creo que me has estado buscando.

—¿Quién eres? —siseo entre dientes.

—El jefe de los tipos a los que has estado torturando y matando estos últimos meses, pero puedes llamarme Kincaid. —Hay un silencio y respiro hondo por la nariz—. Deberíamos vernos. Tengo la sensación de que tú y yo podemos hacer grandes cosas juntos.

Capítulo 2

Bianca

No usaré un vestido blanco el día de mi boda. El color blanco simboliza la pureza y la inocencia, dos cualidades que yo dejé de poseer hace mucho tiempo. Deslizo el dorso de la mano por encima de la prenda que está sobre mi cama. Su tela es suave al tacto, de la mejor calidad.

—¿Gris? ¿En serio? Es muy… triste —comenta mi hermana, haciendo una mueca con los labios.

—Pensé usar uno negro, pero padre no me lo permitiría —digo en tono de broma, aunque la verdad es que me hubiese gustado hacerlo.

—¿Te imaginas la cara que pondría si te viese llegar al altar como si estuvieses en un funeral? —Ambas sonreímos.

—Vamos, ayúdame a recoger todo esto —pido.

Entre las dos guardamos el vestido en su funda y después lo colocamos en el vestidor antes de regresar a mi dormitorio. Rina se lanza sobre mi cama y suspira, mirando el techo.

—Yo voy a casarme de blanco, en la playa, descalza y con el

viento salado golpeándome la cara —dice en tono soñador.

Me acuesto a su lado y le aparto un mechón rubio de la frente. Es increíble lo mucho que ha crecido en estos seis años. Ya no hay ni rastro de sus rasgos infantiles ni de la voz angelical que tenía cuando era pequeña. Va camino de convertirse en una mujer preciosa.

—Tu boda será exactamente como tú lo decidas —digo mientras acaricio su mejilla.

Su mirada de ojos verdes, tan parecidos a los míos, se ensombrece y niega con la cabeza.

—Es una pena que no tenga la misma libertad para escoger al novio. Solo espero que padre no me obligue a casarme con un viejo igual que a ti.

Enmarco su cara con ambas manos y la obligo a mirarme.

—Escúchame bien, Rina. Nadie va a decirte cómo, cuándo ni con quién tendrás que contraer matrimonio. Me aseguraré de que tengas toda la libertad que yo jamás he tenido, ¿entendido?

—¿Voy a poder decidir? —Asiento, y una sonrisa pícara se dibuja en sus labios—. Entonces, si decido que no quiero volver al internado…

Pongo los ojos en blanco y la empujo por la cabeza para que caiga de nuevo sobre el colchón.

—Buen intento —digo, poniéndome en pie.

—¡Vamos! Echo de menos estar en casa contigo. ¿Por qué no puedo volver?

—Porque estás mejor lejos de aquí. No tengas ninguna prisa.

—Dices que quieres que sea libre y al mismo tiempo me dejas encerrada en esa escuela. Sabes que eso te convierte en una hipócrita, ¿verdad?

Expando mi sonrisa y me encojo de hombros.

—Me han llamado cosas peores. Además, te recuerdo que yo también estudié en ese mismo internado, y no es tan malo.

—Ya, pero tú volviste a casa con trece años y yo ya he cumplido los catorce.

Rina se sienta en el borde de la cama y me lanza su habitual mirada recriminatoria. Mi hermana y yo siempre hemos sido muy parecidas, y no solo en el físico. Heredamos el aspecto y el carácter irreverente y descarado de nuestra madre; sin embargo, yo he aprendido a distinguir cuándo debo seguir luchando por mis objetivos y cuándo he de tirar la toalla. Ella no es de las que se rinden nunca. No le importa a quién tenga que llevarse por delante para lograr lo que quiere. Le mantengo la mirada.

—Sabes que eso no funciona conmigo, ¿verdad? —Resopla y aparta la vista. Tal vez empiece a madurar y aprenda a escoger mejor sus batallas. Si no lo hace, le auguro una vida muy complicada, incluso con mi ayuda. Me agacho frente a ella y coloco las manos sobre sus rodillas—. Escúchame, Caterina. —Me mira mal. Odia que la llamen por su nombre completo. Yo la ignoro y sigo mirándola a los ojos—. En cuanto me case, tendré que mudarme a la casa de mi esposo. Conseguiré convencerlo para que te permita venir a vivir con nosotros.

—¿En Baltimore? —Asiento, y ella hace una mueca con los labios —. Sabes que es la tercera ciudad con el índice de criminalidad más alto del país, ¿verdad?

Casi me echo a reír. Solo mi hermana podría usar algo así como excusa.

—Qué bien, entonces, que sepas manejar un arma. —Le revuelvo el pelo y me pongo en pie.

Noto que está a punto de quejarse de nuevo cuando la puerta de mi habitación se abre de golpe y la tía Sarah se acerca a nosotras

sonriendo.

—¿Cómo están mis chicas? Me he pasado por la cocina y la cena ya casi está lista. ¿Tenéis hambre?

Ambas asentimos y tiro de la mano de Rina para que se levante de la cama.

—Ve a cambiarte para la cena. Seguiremos hablando de esto más tarde.

La tía Sarah acaricia su cabello rubio cuando ella pasa a su lado y se dirige a la salida. En cuanto nos quedamos solas, cierro los ojos y exhalo con fuerza.

—¿Qué ocurre, cielo?

Me pinzo el puente de la nariz y niego con la cabeza.

—Rina no deja de insistir en que quiere volver a casa. No sé cuánto tiempo más voy a lograr mantenerla en el internado.

—Ya no es una niña y, con el carácter que tiene, acabará saliéndose con la suya —comenta.

—Lo sé, y eso es lo que más me preocupa. Necesito tiempo para llevar a cabo mi plan. —Suspira y niega con la cabeza—. ¿Qué? ¿A qué viene esa cara?

—Ya sabes lo que pienso de eso. Hay otras maneras, Bianca. Podemos encontrar la forma de…

—No —la corto. Inspiro hondo por la nariz y aprieto los puños—. Tengo que hacerlo por ella. Necesito que mi hermana tenga la vida que a mí se me negó. Ella va a ser libre.

—¿Y tú? Estás sacrificándote por tu hermana, eso lo entiendo y lo respeto, pero piensa en ti durante al menos un segundo. ¿Qué pasará contigo? ¿Crees que ser la esposa de ese hombre horrible va a ser sencillo?

—Sé que no lo será, cuento con ello, pero sabré manejarlo. Yo ya no tengo remedio, tía, ella sí.

—¡Por Dios, Bianca! Solo tienes veinticuatro años y toda una vida por delante. Aún estás a tiempo de…

—No. Ya he tomado una decisión.

—¿Qué decisión? —escuchamos la voz de mi padre y ambas nos tensamos de pies a cabeza. Echo un vistazo por encima del hombro de mi tía y lo veo junto a la puerta. Se acerca, caminando con lentitud y seguridad en sí mismo, hasta que nos alcanza—. Te he hecho una pregunta, Bianca. ¿Qué decisión has tomado?

Observo el rostro de mí tía, su frente arrugada y los ojos centelleando de pura rabia contenida. Comparto su estado de ánimo, pero yo sé ocultar mucho mejor mis sentimientos. Estiro los labios y dirijo la mirada a mi progenitor.

—Estaba hablando con la tía Sarah de mi decisión de casarme con Augusto Colombo. Es inamovible —añado.

Mi padre la mira a ella y después a mí con media sonrisa bailando en el rostro.

—Más te vale, porque anular ahora esta boda sería una mancha más en el apellido Rossetti, y tú no quieres hacer eso, ¿verdad, cariño? —Se acerca más y me quedo muy quieta mientras acaricia mi mejilla con suavidad—. Cada día te pareces más a tu madre. Vas a ser una novia preciosa.

Trago saliva con fuerza y mi sonrisa ensayada tiembla. Odio que diga eso, que me recuerde mi parecido con mi madre, que me compare con ella a cada instante. No soy mi madre y no quiero serlo.

—Deberíamos bajar ya al comedor —dice mi tía con voz ronca.

Padre se gira hacia ella y le hace un gesto con la mano para que se haga a un lado. Nunca se han llevado especialmente bien, pero desde hace unos años apenas se soportan. Si mi tía sigue pisando esta mansión es solo porque Rina y yo estamos aquí; eso solo me

hace admirarla y quererla aún más.

En cuanto mi padre se marcha, ambas exhalamos con fuerza a la vez y nos miramos.

—Ve a acompañar a Rina, por favor. Necesito darme una ducha antes de bajar a cenar —le pido.

—Por supuesto. No tardes. —Tras asentir, espero a que dé media vuelta y se marche de mi dormitorio, cerrando la puerta a su espalda.

Solo cuando estoy sola, me dejo caer sobre la cama y ahogo en la almohada un grito de pura frustración. No quiero casarme con ese desgraciado, lo que menos me apetece es dejar de ser la hija de un mafioso para convertirme en la esposa de otro, pero mis opciones son limitadas. Para proteger a Rina soy capaz de cualquier cosa.

Capítulo 3

LUCA

Si el puto irlandés pensó que iba a acudir solo a la reunión, estaba equivocado. A mi lado tengo a mi hermano y detrás de mí a más de una docena de hombres armados hasta los dientes. Supongo que él habrá pensado lo mismo porque también llegó bien escoltado por un pequeño ejército. No acostumbro a acceder a verme en persona con mis enemigos, y, si lo hago, la cosa no suele terminar bien para ellos, pero admito que el tal Kincaid ha logrado despertar mi curiosidad. Por supuesto, solo acepté su propuesta con la condición de que el lugar y la hora los eligiese yo, por eso hemos terminado en uno de nuestros almacenes del centro de la ciudad. Estas calles y todos los delincuentes que las habitan están a mis órdenes y, en caso de necesitarlo, acudirían a ayudarnos.

—Aquí me tienes —digo, apoyando las manos en el borde de la mesa metálica para inclinarme hacia él. Es un hombre joven, no creo que supere los treinta años.

—Encantado de conocerte, Luca. Puedo llamarte así, ¿verdad?

—No, no puedes. —Meto la mano en el interior de la americana

y veo cómo sus hombres enseguida empuñan sus pistolas. Sonrío, sacando despacio un paquete de cigarrillos—. Noto a tus chicos un poco nerviosos, Kincaid.

Enseguida les hace un gesto para que bajen las armas y ellos obedecen mientras yo me enciendo un cigarrillo, después dejo el paquete sobre la mesa y le doy una calada larga mirando al irlandés con chulería.

—Conozco tu fama, De Santis. Sé que te divierte jugar al gato y al ratón con tus enemigos, pero conmigo no va a funcionar. ¿Qué tal si dejamos los teatritos a un lado y hablamos de negocios?

—¿Al gato y al ratón, dices? —Exhalo una bocanada de humo directo a su rostro—. Yo no me consideraría un gato. Soy más bien como… Un oso, de esos negros y muy altos. Un puto oso dispuesto a despedazar y a comerme a cualquiera que meta las narices en mi territorio. Esta ciudad me pertenece, el jodido estado es mío, y resulta que vosotros estáis metiendo las narices en él. ¿Qué se supone que debería hacer?

—Solo hay dos opciones: intentar atacarlo o aliarte con tu enemigo, y juntos expandir ese territorio.

Miro a mi hermano y ambos sonreímos de manera burlona. Aunque parece relajado, sé que me está cubriendo las espaldas. Al más mínimo indicio de peligro, sacará su pistola y empezaremos a tiros con estos hijos de puta.

—Una alianza… *A vacca cu i scarpi voli iri a missa.*[1] —Le doy una nueva calada a mi cigarrillo y lo lanzo al suelo—. Dime, Kincaid, ¿qué puedes aportar tú a una alianza?

—Armas, hombres, infraestructura…

—Ya tengo todo eso.

—Según tengo entendido, también tienes muchos enemigos.

—Soy un Don de la Cosa Nostra, he nacido con enemigos.

—Ya, pero ahora los tienes en casa. No hace falta que te diga que tu propia organización te quiere fuera del negocio, ¿verdad?

—Contéstame a dos preguntas, Kincaid: ¿cómo demonios sabes eso y por qué crees que voy a dejarte salir de aquí con vida después de esta conversación tan interesante?

—Ya te lo he dicho, tengo hombres, muchos y muy leales. Saben hacer preguntas a las personas adecuadas.

—Tenemos distintos conceptos de lo que es la lealtad —replico. Decido pasar por alto que no ha respondido a la otra pregunta, al menos, por el momento.

—Conozco nuestra reputación. Vosotros, los italianos…

—Sicilianos —le corrijo.

—Vosotros os regís por normas estrictas, códigos de honor y alianzas entre familias. —Asiento, y esta vez es él quien sonríe—. Yo no.

—Y por eso no eres digno de confianza. El valor de un hombre es el mismo que el de su palabra.

—Yo tengo palabra, pero no me muevo por códigos ni normas. Mi único aliciente es el dinero y el poder.

—¿Desde cuándo los irlandeses buscáis algo más que mataros entre vosotros en peleas clandestinas y controlar las alcantarillas? —intercede mi hermano por primera vez.

Kincaid vuelve a sonreír y se cruza de brazos.

—Desde que yo estoy al mando.

—Vale, deja los putos rodeos y ve al grano. ¿Qué es lo que quieres exactamente y qué sacaríamos nosotros? —inquiero.

—Para empezar, retiraría a todos mis hombres de vuestro territorio. Además de asegurarme de que nadie se vuelve a entrometer en vuestros negocios.

—Eso puedo hacerlo yo mismo —siseo entre dientes.

—Es posible, pero no sin meterte en un conflicto que debilitará aún más vuestras defensas, y eso puede resultar peligroso. Luciano Rossetti y Pietro Santoro están esperando a que ocurra para atacar y quedarse con todo lo que os pertenece. —Vincenzo y yo nos miramos de reojo. ¿Cómo demonios sabe este tipo tanto sobre nuestra organización?—. Te lo he dicho, De Santis. Tengo ojos y oídos en todas partes.

Saco mi pistola y le apunto a la cabeza. Sus hombres enseguida me encañonan y los míos a ellos.

—Solo tengo que apretar el gatillo y te dejaré ciego y sordo, además de muerto, claro.

El muy hijo de puta ni siquiera pestañea.

—Aún no has escuchado mi propuesta, De Santis.

—Habla y rápido. Esta pistola es pesada y, antes de que se me canse el brazo, la bajaré o dispararé, todo depende de lo convincente que puedas llegar a ser. ¿Qué es lo que sacas tú de esta sociedad?

—Quiero acceso al puerto de Nueva York. Tengo proveedores y clientes importantes en Europa, África y Sudamérica. Tomar el control de ese puerto es primordial para expandir mis negocios.

—¿Nueva York? Creo que te has equivocado de ciudad. Vas a tener que conducir por la interestatal noventa y cinco en dirección norte durante hora y media más o menos. Ese territorio le pertenece a los Rossetti.

—Lo sé, pero él jamás aceptaría aliarse conmigo ni con nadie que no lleve un apellido italiano.

—¿Y por qué crees que yo sí lo haría? —inquiero sin dejar de apuntarle a la cabeza.

—Porque puedo ayudarte a acabar con los Rossetti, los Santoro y cualquiera que intente cruzarse en tu camino. Trabajemos juntos y

serás el Don con más poder y territorio que este país haya visto nunca. A cambio, solo tendrás que darme acceso al puerto de Nueva York, y por un sustancioso porcentaje, por supuesto. —Les hace un gesto a sus hombres y estos bajan las pistolas—. Piénsalo, De Santis.

Da media vuelta y empieza a caminar en dirección a la salida seguido por sus hombres, que vigilan con atención cada uno de nuestros movimientos.

—Da la orden y los acribillamos a todos —susurra mi hermano.

No respondo. Solo sigo observando cómo el irlandés se aleja poco a poco. Su propuesta es muy tentadora, demasiado. Si tiene toda esa información, lo más probable es que disponga de gente infiltrada entre los miembros de algunas de las familias de la mafia siciliana, y eso puede ser muy beneficioso para nuestros intereses. Mi padre dio su vida por lograr convertirse en el Don que controlara la Santa Trinidad de la costa este, y tal vez esta sea la ocasión de seguir con su legado, pero ¿a qué coste? Él murió como un traidor. ¿Estoy dispuesto a convertirme en uno yo también?

—Se marchan. ¿Qué hacemos? —pregunta uno de mis hombres.

Sigo mirando a Kincaid. Se detiene de golpe al llegar a la puerta y se gira a medias, sonriendo.

—Por cierto, olvidé mencionar que mi oferta estará vigente durante un tiempo limitado —dice desde la puerta.

—¿Por qué?

—Porque, si aceptas, el primer paso del plan tiene que ser puesto en marcha muy pronto.

—¿Lo matamos? —vuelve a preguntar mi hermano.

Inspiro hondo por la nariz y bajo el brazo con el que sostengo la pistola.

—No, vamos a dejar que se vayan —respondo.

Capítulo 4

Bianca

Tumbada en la cama, con los ojos cerrados, intento respirar profundamente por la nariz y exhalar por la boca. Se supone que debería estar descansando, preparándome para el gran día, pero llevo ya varias horas acostada y aún no he sido capaz de dormir. Tengo demasiadas cosas en la cabeza, y, ahora que estoy a punto de llevar a cabo mi plan, empiezan a asaltarme las dudas. ¿Y si me estoy equivocando? Es posible que, en mi empeño de darle una mejor vida a mi hermana, acabe empeorándola.

El hombre con el que pretendo casarme es un Don de la mafia, autoritario, desalmado y con más problemas mentales y afectivos de lo que cualquier psicoterapeuta es capaz de arreglar. Voy directa a la boca del lobo, y lo peor es que yo misma me he puesto en esta situación.

Tal vez debí hacer caso a la tía Sarah y permanecer con ella en Europa un par de años más, aunque, en el fondo, siempre he sido consciente de que esa no es una solución definitiva a mis problemas. Ha estado bien alejarse de todo esto durante un tiempo, verlo desde

otra perspectiva, pero tenía que volver, por Rina y también por mí. No se puede huir eternamente de nuestros propios demonios; tarde o temprano siempre nos alcanzan, por muy lejos que estemos.

Escucho cómo la puerta de mi dormitorio se abre y contengo el aliento. Ya casi puedo notar cómo todo mi cuerpo se paraliza por el pánico cuando escucho su voz.

—Bianca, soy yo, Romeo. —Exhalo con fuerza y, tras girarme de golpe, enciendo la luz de la mesita de noche y lo miro, cabreada.

—Casi me matas del susto —siseo entre dientes.

Mi amigo y guardaespaldas hace una mueca con los labios y alza ambas manos a modo de disculpa.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien. ¿Lo estás?

Buena pregunta. Me encantaría decirle que sí, que me encuentro tranquila y muy segura de las decisiones que me han traído a este momento, pero Romeo me conoce demasiado bien como para creerse mis mentiras.

—Todo va como lo planeamos. Vuelve a la cama y descansa, yo estaré bien.

Estrecha la mirada sobre mí, dejando claro que no se ha tragado ni una sola de mis palabras.

—Bianca, aún estamos a tiempo de parar esta locura. Vámonos de aquí. Nos llevamos a Rina bien lejos y empezamos de cero.

Suspiro y niego con la cabeza.

—Ningún lugar está lo bastante lejos de la Cosa Nostra. Eso ya lo sabes. Mi única opción es seguir el plan, casarme y cambiar las cosas para mi hermana. He conseguido convencerla de que aguante en el internado un par de años más; para entonces, todo será distinto. Ella no tendrá que pasar por lo mismo que yo.

—Ese plan es una locura. Si no te mata tu futuro marido, lo hará tu padre como se entere de lo que estás tramando.

—Entonces, asegurémonos de que no se entere. Vuelve a la cama, Romeo.

Exhala con fuerza y asiente.

—Está bien, pero ya sabes que yo siempre estaré cuidándote. Si me necesitas…

—Gritaré —digo, esbozando media sonrisa.

Él también sonríe. Romeo y yo nos conocemos desde niños. Incluso antes de convertirse en mi guardaespaldas ya éramos buenos amigos, y lleva repitiéndome la misma frase desde hace más tiempo del que puedo recordar. «Si me necesitas, grita». Se acerca más a la cama, se agacha y, tras depositar un beso en la parte alta de mi cabeza, me coge de las manos.

—*Cu furza e curaggiu si vince tuttu* —susurra, acariciando con los dedos pulgares el interior de mis muñecas—. Con fuerza y coraje se vence todo…

«Fuerza y coraje», esas dos palabras se han convertido en mi mantra, y él lo sabe. Me encantaría ser siempre fiel a esas palabras, no sentir temor ni dudar de mis propias decisiones; sin embargo, aquí estoy, aterrada por el futuro que me espera.

—Estaré bien, te lo prometo. Ahora necesito que te marches. —Aparto las manos y señalo la salida con un gesto de mi barbilla.

Romeo suspira y empieza a retroceder de espaldas.

—Si cambias de idea…

—No lo haré —lo corto, y fuerzo una sonrisa—. Mejor felicítame, estoy a solo unas horas de convertirme en una mujer casada.

Niega con la cabeza y él también sonríe de manera tensa.

—Buena suerte con eso —susurra antes de despedirse con un cabeceo y salir del dormitorio.

En cuanto la puerta se cierra a su espalda, apago la luz y vuelvo a acostarme. Durante un buen rato sigo dándole vueltas a la

descabellada idea de Romeo. «Nos llevamos a Rina bien lejos y empezamos de cero». Un plan tan absurdo como ese solo lograría enviarnos directos a la tumba. Mi padre jamás lo permitiría.

Poco a poco, el cansancio y el sueño se van adueñando de mi cuerpo. Me abrazo a la almohada y casi he logrado quedarme dormida cuando un nuevo ruido me pone en alerta. Una vez más, siento el regusto del miedo en el fondo de la garganta, casi puedo saborearlo. Agudizo el oído y escucho unas pisadas acercándose. Me planteo gritar. Estoy segura de que no es Romeo quien está en mi dormitorio; si fuese él, ya habría dicho algo para tranquilizarme.

Espero un segundo más, otro y el pánico se apodera de mí cuando siento que una mano enguantada me cubre la boca. Intento gritar, pero mi voz es amortiguada por la tela de cuero y enseguida me inmovilizan contra el colchón.

—Chisss, tranquila, Diavuletta. —Abro mucho los ojos e intento zafarme de su agarre, pero me tiene bien sujeta—. Todo está bien. Tú y yo vamos a dar un paseo.

Me revuelvo de nuevo y esta vez logro darle un cabezazo. Un segundo, eso es todo lo que necesito para gritar y Romeo vendrá a por mí, pero, antes de que el sonido pueda abandonar mi boca, ya la tengo tapada de nuevo, y esta vez el tacto sobre mis labios no es de los guantes de cuero, la tela es más suave y ligera y huele a algo extraño, como dulce y químico. Incluso en la oscuridad de la habitación puedo notar cómo la mirada se me nubla y mis músculos tensos se relajan de golpe. Caigo bocarriba sobre la cama y, en cuanto esa mano abandona mi rostro, un fogonazo de luz ilumina toda la estancia.

—De Santis —susurro, intentando mantenerme despierta, pero lo que sea que hubiese en ese trozo de tela me está llevando al borde de la inconsciencia.

—Duerme, Diavuletta. —Luca De Santis esboza una sonrisa ladeada y acaricia mi rostro con el dorso de la mano enguantada.

Sigo luchando contra la negrura que se desplaza por mi mente hasta que ya no soy capaz de mantener los ojos abiertos; sin embargo, antes de perder la consciencia, logro dibujar un último pensamiento: «Luca De Santis ha venido a por mí. Que Dios me proteja».

Capítulo 5

Luca

Dicen que la fiesta, el alcohol y las drogas suelen acabar con la belleza de las mujeres, pero, basándome en lo preciosa que sigue siendo Bianca Rossetti, solo puedo pensar en dos opciones: la primera es que ella es una excepción, y la segunda, que tal vez todos esos rumores sobre los malos pasos en los que andaba en Europa no sean verdad. Me gustaría preguntárselo a ella, pero la princesita aún no ha despertado de la siesta. Espero no haberme excedido con el cloroformo; la necesito viva.

La puerta de mi despacho privado se abre sin previo aviso justo cuando estoy tragando el resto del contenido de una copa de licor.

—Dime que no estás borracho a las seis de la mañana —dice Vincenzo, adentrándose en la estancia.

—Vincenzo, aún no he dormido, por lo tanto, sigue siendo ayer para mí. Dime, ¿qué ocurre? —Me lleno otro vaso y le doy un trago largo antes de desviar la mirada en dirección a mi hermano.

—Luca, todo esto es una locura. No hablo solo del absurdo plan de secuestrar a Bianca Rossetti. ¿En serio tenías que hacerlo tú?

Tenemos hombres de confianza que podrían haberse encargado de ese trabajo.

—¿Y dónde está la diversión? Ya deberías saber que no soy de los que se quedan en casa mientras los demás arriesgan sus vidas.

—Pues deberías. Eres el jefe, el jodido Don de Filadelfia. Aparte de interrogar, torturar y deshacerte de los cadáveres de nuestros enemigos, ahora también vas por ahí secuestrando a la hija de uno de los nuestros. Te comportas como un *antonegra*. ¿Qué va a ser lo siguiente?

Debería cabrearme que mi propio hermano me compare con un simple matón, pero admito que tiene una parte de razón. No soy como los demás cabezas de familia de la Cosa Nostra, me arriesgo demasiado y sé que tarde o temprano pagaré por mi imprudencia. He intentado alguna vez lo de comportarme como se supone que debo hacerlo, dar las órdenes y quedarme en la sombra mientras nuestros hombres se encargan del trabajo sucio, pero es terriblemente aburrido. Necesito un poco de acción de vez en cuando para no morirme de hastío.

—Hermano, ¿tu visita tiene algún otro propósito aparte de provocarme dolor de cabeza? —inquiero, pinzándome el puente de la nariz.

Vincenzo resopla y me lanza sobre el regazo una carpeta con papeles.

—Lo ha mandado Kincaid. Son los documentos que necesitas para llevar a cabo vuestro descabellado plan.

Dejo el vaso sobre una mesa auxiliar y enseguida abro la carpeta. Está todo aquí: la partida de nacimiento de Bianca, su identificación y hasta una licencia de matrimonio firmada y sellada por el responsable del registro civil.

—El muy cabrón lo ha conseguido —murmuro, echando un

vistazo a los documentos.

—Sí, lo ha hecho. ¿No te preocupa que los irlandeses tengan acceso a información y documentos tan personales y delicados de un miembro de nuestra organización?

Asiento con la cabeza.

Entiendo su preocupación y la comparto. Kincaid nos está dejando claro, una vez más, que tiene contactos muy importantes en Pensilvania, y nadie en este estado debería tener más poder que nosotros.

—Nos viene bien y, por ahora, eso es lo único que importa. Ya me encargaré de ellos cuando tenga a Rossetti controlado.

—Va a entrar en cólera, y lo sabes. Te has metido en su casa en mitad de la noche para llevarte a su hija, la misma que debería casarse en solo unas horas.

Dejo la carpeta de documentos sobre la mesa y, tras ponerme en pie, recupero mi vaso. Le doy tragos cortos mientras acaricio la empuñadura de la vieja *lupara* del abuelo. La recortada que era usada durante el siglo XIX se ha convertido en un objeto de exposición. Una reliquia que recuerda a los buenos tiempos de la Cosa Nostra, pero inservible, al igual que muchas de nuestras normas y tradiciones.

—Si quiere una boda, yo se la daré. Es una pena que Luciano no vaya a estar ahí para verla.

Vincenzo vuelve a resoplar con fuerza.

—¿Te estás escuchando, Luca? No puedes obligar a esa chica a casarse contigo.

—Por supuesto que puedo.

Me termino el licor, cojo la carpeta y se la tiendo.

—Tú asegúrate de que el sacerdote esté aquí a las doce en punto, yo me encargo del resto.

—¿Qué vas a hacer si Bianca no acepta casarse contigo? Dudo que ningún sacerdote lleve a cabo ese matrimonio si apareces amenazando con una pistola a la novia.

—Espero no tener que llegar a esos extremos, aunque tampoco lo descarto. —Le doy una palmada cariñosa en el hombro y esbozo media sonrisa—. Deséame suerte, hermanito. Estoy a punto de pedirle a una chica que sea mi esposa.

Vincenzo suspira y niega con la cabeza.

—¿Es que no te das cuenta de que es una locura? Si no es Rossetti, el puto irlandés terminará jugándonosla.

—Relájate, hasta ahora Kincaid ha cumplido con todo lo que nos prometió. Pude entrar en la mansión de los Rossetti gracias a sus indicaciones y también ha logrado reunir todos los documentos para llevar a cabo el enlace.

—A eso es a lo que me refiero. ¿Quién le ha ayudado? Porque entrar en esa mansión no debería haber sido tan sencillo.

—No lo sé, y ahora mismo tampoco me preocupa. Está claro que tiene gente infiltrada en la organización.

—¿Y qué te hace pensar que algunos de nuestros chicos no están a sus órdenes también?

—Si crees que existe esa posibilidad, puedes encargarte tú mismo de investigar. Yo voy a ver a mi exprometida y futura esposa. Seguramente ya esté despierta.

Antes de que mi hermano pueda soltar una nueva réplica, salgo del despacho y me dirijo a la habitación de invitados de mi ala privada. Uno de mis hombres de confianza está custodiando la puerta. En cuanto me ve, se tensa y agacha la cabeza en señal de respeto.

—Don… —dice.

—¿Todo en orden? ¿Se ha despertado ya?

—Creo que sí, pero aún sigue bastante aturdida.

—Pide que le preparen un café cargado. —Asiente; está a punto de marcharse cuando vuelvo a llamarlo—. Que sea un desayuno completo. No quiero que mi futura mujer pase hambre. —Vuelve a asentir y enseguida desaparece por el pasillo.

Antes de abrir la puerta, inspiro hondo por la nariz y me preparo mentalmente para lidiar con Bianca Rossetti. Si los rumores son ciertos, estos seis años solo han logrado empeorarle el carácter, que ya de por sí era insoportable. Lo que menos me apetece es tener que aguantar los berrinches de una niña consentida y malcriada, pero tampoco es que me quede otra opción. Necesito hacerla mi esposa cuanto antes.

Nada más dar un paso al interior del dormitorio, noto su mirada sobre mí. Está sentada en la cama, con la espalda apoyada contra el cabecero de madera y las piernas encogidas. Aún lleva puesto el pijama rosa de tela sedosa con el que dormía cuando la saqué de su habitación. Toda la estancia huele a flores. No recordaba que ese es el aroma de su perfume.

—De Santis… —sisea entre dientes.

Esbozo una sonrisa ladeada y me detengo a un par de pasos del borde de la cama. Anoche, mientras estaba inconsciente, no pude evitar fijarme en su belleza, pero ahora, con esa mirada amenazante, la mandíbula tensa y esos ojos verdes brillando de pura rabia contenida, está aún más guapa, si es posible. En definitiva, los años le han sentado muy bien.

—Buenos días, bella durmiente. ¿Has descansado?

—¿Qué demonios estoy haciendo aquí, De Santis? ¿Por qué me has secuestrado?

Enarco una ceja de manera divertida.

—¿Secuestro? Esa es una palabra demasiado seria. Digamos que

fui a buscarte a tu casa y te traje a la mía mientras dormías plácidamente entre mis brazos.

—¿Me tomas el pelo?

Me acerco más y estiro el brazo para acariciar un mechón de su cabello rubio.

—Es un pelo muy bonito.

Su empujón me toma tan por sorpresa que logra desplazarme hacia atrás un par de pasos. La chica es pequeña pero fuerte; eso es algo que me demostró en nuestro encuentro hace seis años. La observo mientras se pone en pie. Alza la cabeza para taladrarme con la mirada. Es curioso, las mujeres no suelen reaccionar así cuando las toco. Es más, muchas de ellas pagarían por recibir una sola de mis caricias.

—Deja las jodidas bromas y dime qué mierda quieres de mí. ¿Vas a chantajear a mi padre? ¿Para eso me has traído aquí? Eres un puto idiota si piensas que vas a sacarle algo. Os matará a todos.

Sonrío de nuevo y niego con la cabeza.

—Una vez más, la señorita Rossetti no se comporta acorde con su estatus. Estoy seguro de que nadie nunca te ha dado unos buenos azotes por malhablada.

—¿Y pretendes hacerlo tú? —Se cruza de brazos y esboza una falsa sonrisa.

—No me provoques, Diavuletta.

—¡¿Qué demonios pretendes, De Santis?! —repite la pregunta alzando la voz.

Echo el brazo hacia atrás y, tras rebuscar en mi bolsillo trasero, saco de su interior una pequeña caja de terciopelo; sin embargo, Bianca parece creer que he cogido mi pistola porque retrocede de espaldas y sus ojos se abren mucho.

—Tranquila, no voy a matarte —digo sin perder la sonrisa. Abro

la cajita y extiendo mi brazo en su dirección para que pueda ver bien el anillo de diamantes y platino que le he comprado—. Me parece un poco ostentoso, pero creo que es perfecto para ti. Cógelo.

Durante unos segundos no reacciona, solo mira el anillo sin apenas pestañear.

—¿Qué es…? —Alza la vista a mi rostro y frunce el ceño—. ¿Es un anillo de compromiso?

—Por supuesto. El más bonito que he encontrado. No te mereces menos —respondo, conteniendo una carcajada al ver su cara de estupefacción.

Sacude la cabeza de un lado a otro.

—Tú de niño te diste un buen golpe, ¿verdad?

Pierdo la sonrisa y le lanzo una mirada dura.

—Cuidado, Diavuletta —le advierto.

—¡¿Qué Diavuletta ni qué mierda?! Estás loco si crees que voy a aceptar casarme contigo.

—Puede que tengas razón, estoy loco, pero te aseguro que en unas horas tú y yo vamos a ser marido y mujer.

—No puedes obligarme —replica.

—Ponme a prueba. Serás mi esposa, aunque tenga que llevarte ante el sacerdote a punta de pistola.

Abre la boca, pero vuelve a cerrarla sin decir ni una sola palabra. Tengo la sensación de que al fin Bianca Rossetti acaba de darse cuenta de que esto no es una negociación. Se hará lo que yo diga y no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

Capítulo 6

Bianca

Este tipo es un idiota si cree que voy a aceptar sus exigencias sin oponer resistencia. Ni siquiera Luciano Rossetti ha logrado doblegarme, y eso que lo ha intentado de formas que preferiría no recordar. Me tomo unos segundos para respirar hondo y clavo mi mirada en la suya.

—A ver si lo he entendido. No nos vemos desde hace seis años y ahora has decidido que quieres casarte conmigo.

—Exacto —responde con su habitual sonrisa canalla bailando en sus labios.

—¿Por qué? —inquiero, arqueando una ceja.

—¿Por qué un hombre quiere casarse con una mujer?

Esta vez soy yo la que sonrío, entornando los ojos.

—Luca, ni siquiera intentes hacerme creer que llevas años locamente enamorado de mí. Ambos sabemos que siempre te he sido indiferente.

—¿Eso crees? —Se acerca un par de pasos y expande su sonrisa —. No recuerdo que me fueras tan indiferente cuando me ofreciste

follarte. Eso me puso muy cachondo.

Pongo los ojos en blanco y, cuando intenta dar un nuevo paso en mi dirección, alzo la mano y lo empujo por el pecho para que no logre pegarse a mí.

—¡Alto ahí! Que te ofreciese sexo a cambio de no tener que casarme contigo debería haberte dado una idea de lo poco que me atraes, ¿no crees?

—Sí, y también creo que me importa una mierda. Vas a ser mi mujer, Bianca. Tu padre me prometió tu mano cuando era un crío y voy a cobrármela. Es un hecho.

—Yo te importo muy poco, lo que en realidad quieres es el poder que puede otorgarte estar emparentado con los Rossetti. Admítelo.

—No voy a admitir nada. Esto no es una negociación. Vas a casarte conmigo, te guste o no —replica, perdiendo la sonrisa.

—¿Sabes? He escuchado cosas sobre ti durante estos años. Todo el mundo dice que matar a tu propio padre te ha hecho enloquecer. En mi opinión, creo que ya estabas loco antes de apretar el gatillo.

No veo venir la mano que sujeta mi nuca; antes de que pueda reaccionar, Luca pega su rostro al mío. Sus ojos azules taladran los míos y su aliento caliente y con aroma a alcohol y tabaco golpea mi rostro con fuerza.

—Vas a aprender modales, aunque tenga que metértelos en esa cabecita a la fuerza —sisea entre dientes.

Estoy segura de que la primera reacción de cualquiera en mi lugar sería retroceder, agachar la cabeza e intentar huir del hombre cabreado y peligroso que me está amenazando, pero yo no soy cualquiera.

—¿Y cómo pretendes hacer eso? ¿Vas a golpearme? Ponme un solo dedo encima y mi familia arrasará con todos vosotros. No quedará ni un solo hombre, mujer o niño que se atreva a pronunciar

el apellido De Santis.

Nos quedamos mirándonos a los ojos durante varios segundos, hasta que veo que las comisuras de la boca de Luca se estiran y noto que afloja el agarre en mi nuca, pero no llega a soltarme.

—¿Crees que puedes amenazarme en mi propia casa, Diavuletta? —Se acerca más y desliza la punta de la nariz por mi mejilla—. Si le tuviese miedo a tu papi, no estarías aquí.

Lo empujo por el pecho y consigo apartarlo lo bastante como para volver a mirar su rostro.

—¿Cuál es tu plan? ¿Vas a obligarme a casarme contigo?

—Si es necesario… —Se encoge de hombros y aprovecho que relaja un poco más el agarre en mi nuca para empujarlo de nuevo.

En esta ocasión consigo hacerlo retroceder un par de pasos. Saca un paquete de cigarrillos del bolsillo y, tras encender uno, le da una calada larga y me mira, sonriendo.

—Vas a tener que pegarme un tiro y arrastrar mi cadáver al altar, y, si eso ocurre, tendrás una guerra entre manos de la que no podrás salir vencedor. Tu plan es una puta mierda, De Santis.

Exhala una bocanada de humo y pierde la sonrisa.

—¿Por qué te resistes tanto? Ibas a casarte con Augusto Colombo, un tipo insoportable que tiene edad para ser tu abuelo. ¿Sabes que sus esposas apenas le duran unos años antes de morir por accidentes supuestamente fortuitos?

—Sí, estoy enterada. Alguna también ha desaparecido sin dejar rastro —comento de manera distraída.

—*Lupara bianca* —dice Luca.

—¿Me ves preocupada por ello?

—Deberías estarlo. Además, ¿qué crees que va a pasar después de que os caséis? Me niego a pensar que no te da asco la simple idea de que ese viejo, gordo, calvo y feo te folle.

Me cruzo de brazos con chulería y niego con la cabeza.

—Es un precio muy barato para obtener mi libertad.

—¿Libertad? —Suelta una carcajada sonora—. De todo lo que te he dicho, ¿qué parte no has entendido? No vas a tener libertad, Bianca. Pasarás el resto de tu vida atada a un cerdo misógino que te tratará como a poco menos que una mascota amaestrada.

Me acerco más a él, alzando la cabeza para mantener el contacto visual.

—Voy a corregirte. Pasaré el resto de «su» vida, que por su edad y costumbres no auguro que vaya a ser demasiado larga. Solo tendré que soportarlo unos dos o tres años antes de que muera, y después seré la viuda de Augusto Colombo. Libre para hacer lo que me dé la gana.

Se queda callado un instante y, tras darle una nueva calada a su cigarrillo, exhala con fuerza y estrecha su mirada sobre mí.

—Está bien. Si es libertad lo que quieres, yo puedo dártela. Cásate conmigo y podrás hacer lo que quieras.

—Creí que esto no era una negociación —murmuro, esbozando media sonrisa.

—Rossetti, no me provoques. Te estoy ofreciendo la oportunidad de tu vida. La tomas o la dejas; es tu decisión.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

Inspira hondo y clava su mirada en la mía.

—Te estoy dando mi palabra —responde.

Cuando está a punto de darle otra calada al cigarrillo, se lo arrebato y me lo llevo a los labios. Ahora sí hemos llegado al punto en el que puedo permitir que me doblegue. Este idiota no sabe dónde se está metiendo.

—Negociemos entonces.

Capítulo 7

Luca

La muy perra se está burlando de mí. Si no la necesitara viva, ya le habría metido un par de balas en la cabeza. ¿Cómo se atreve? ¿Es que no sabe con quién está hablando? La observo mientras se mueve por la habitación dando pequeñas caladas al cigarrillo que me ha quitado. Parece tan cómoda… No hay ni una pizca de miedo ni incomodidad en su actitud.

—¿Tenemos un trato? —pregunto.

Se detiene y me lanza una mirada por encima del hombro.

—No tan rápido. Aún no te he dicho cuáles son mis condiciones.

¡Maldita sea! Voy a arrepentirme de esto. Mi abuelo siempre decía que no hay nada más peligroso que una mujer cuando sabe que tiene el poder sobre un hombre. Aguardo unos segundos más mientras ella sigue paseándose por la estancia como una puta reina.

—La paciencia no es una de mis virtudes —mascullo tras resoplar con fuerza.

Al fin logro llamar su atención. Se acerca despacio, le da una última calada al cigarrillo y lo apaga sobre la superficie de la

cómoda.

—Uy, creo que va a dejar marca en la madera —comenta con falso pesar.

—Olvida el puto mueble y dime de una vez qué es lo que quieres para casarte conmigo.

—Para empezar, que me cuentes tu plan. Porque… tienes uno, ¿verdad? Espero que no hayas sido tan imbécil como para secuestrarme sin pensar en lo que vas a hacer a continuación.

—Claro que tengo un plan. Vamos a casarnos.

Pone los ojos en blanco y sacude la cabeza de un lado a otro.

—Debí suponerlo. Los hombres sois tan básicos que dais pena.

—Bianca… —gruño entre dientes.

Solo llevo un rato con ella y ya estoy conteniéndome para no arrancarle la cabeza. No quiero ni pensar lo que va a ser pasar el resto de mi vida a su lado. Tengo la sensación de que mi existencia está a punto de convertirse en un infierno.

—Para casarme, necesito documentos y una licencia…

—Ya lo tengo todo —la corto—. El sacerdote estará aquí a las doce en punto.

—Lo dicho, eres idiota.

Bufo y la taladro con la mirada.

—Como sigas tocándome las pelotas, aceptaré tu primera propuesta, esa de arrastrar tu cadáver al altar —replico cabreado.

Ignora mi amenaza y vuelve a cruzarse de brazos.

—Bien, hazlo. Entonces, cuando llegue aquí mi padre con todos sus hombres pegando tiros, le explicas que me has matado. A ver cómo te va. —Se aparta el cabello rubio del rostro con un golpe de cabeza y exhala con fuerza—. ¿En serio tu gran plan era traerme aquí y esperar a que yo accediera a casarme contigo bajo amenazas?

—Sí, ese era el puto plan, pero ahora estamos negociando, ¿no? Eso es lo que se supone que íbamos a hacer, pero no dejas de faltarme al respeto en vez de decirme de una jodida vez cuáles son tus condiciones.

—¿Quieres saber mis condiciones?

Asiento con los puños apretados y la mandíbula a punto de estallar.

No sé cómo pensé que sería buena idea traer a esta mujer insoportable a mi casa. Tendrá suerte si no me la cargo antes de la dichosa boda.

—¡Habla de una vez! —exclamo, alzando la voz.

—¡Eh! Vale, ahí te va mi primera condición: me respetas. No quiero un puto grito ni que me ladres órdenes. Voy a ser tu esposa, no tu esclava ni tu súbdita.

Cierro los ojos y trato de mantener la calma, aunque lo que más me apetece en este momento es lanzarla por la ventana. Estamos en el segundo piso. Es posible que sobreviva a la caída. Con que pueda mover la mano para firmar el acta de matrimonio y esté consciente para decir «Sí, quiero» me sirve. Inspiro hondo y abro los ojos.

—Muy bien, ¿algo más? —pregunto en un tono mucho más calmado.

—Sí, también quiero tener la libertad de viajar cuando me apetezca. Nada de pasearme por eventos y reuniones como un objeto de exposición. Cuando digo que deseo tener libertad, me refiero a libertad total.

—Hay algunas celebraciones a las que tendrás que acudir por protocolo.

—Solo las indispensables —replica. Asiento y le hago un gesto con la mano para que continúe—. En cuanto a los viajes… No me gusta volar en líneas comerciales.

—Por eso no hay problema. Puedes disponer del *jet* siempre y cuando yo no lo esté usando.

—Bien, eso es lo que quería oír. Creo que empezamos a entendernos, De Santis. —Esboza una sonrisa que hasta un ciego notaría que es falsa.

—A ver si lo adivino, esos viajes voy a tener que pagarlos yo, ¿verdad?

—Por supuesto. Como tu esposa, espero tener una línea de crédito lo bastante grande como para cubrir todos mis gastos, que te advierto desde ya que no son pocos.

—El dinero no es un problema —farfullo—. ¿Has terminado ya?

—No, aún faltan un par de condiciones. —Me contengo para no volver a bufar. Está acabando con la poca paciencia que tengo. Bianca se acerca más a mí y me mira a los ojos—. Entre tú y yo no va a pasar nada. Seremos marido y mujer sobre el papel, pero nada más. No quiero confusiones en esto.

—¿Insinúas que voy a estar el resto de mi vida sin sexo? Eso no va a ocurrir —digo riendo.

—No he dicho eso. Estoy segura de que te sobran mujeres con las que desfogarte cuando quieras y necesites, pero a mí ni te me acerques. ¿Entendido?

—¿Me estás dando permiso para acostarme con otras?

Pone los ojos en blanco antes de responder.

—Como si no fueses a hacerlo de todos modos… Por mí como si te follas a todas las mujeres del estado o del país. Créeme, no pretendo que me guardes fidelidad, principalmente porque yo tampoco pienso guardártela a ti. Cada uno hará su vida como le plazca.

—Va a ser complicado. Como mi esposa, en algún momento tendrás que darme un heredero.

—Oh, qué mono —susurra—. ¿Quieres ser papá? Pues te compras un chihuahua, pero no vas a ponerme un dedo encima.

—¡¿Qué mierda te pasa conmigo?! —exclamo, perdiendo la calma—. ¿Crees que voy a suplicarte que me dejes follarte? Aunque no lo creas, princesita, no eres tan irresistible.

—¡Bien! Al menos estamos de acuerdo en algo. Yo tampoco creo que tú lo seas. Aceptas mi condición, ¿sí o no?

—Sí, vale, joder. No te tocaré a no ser que me lo pidas.

—Eso no pasará.

—¡Genial!

—¡Genial! —repite.

—¿Has terminado ya? —Asiente con la cabeza—. Pues ahora me toca a mí poner condiciones. La primera…

—Esto no funciona así, De Santis —me corta.

—Esto funciona como a mí me salga de las pelotas que lo haga. Cállate y déjame hablar.

—Uy, mal empezamos.

La fulmino con la mirada y, una vez más, hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para no asesinarla antes de la ceremonia.

—La primera condición es que te comportes como debes hacerlo. Me importa una mierda lo que hagas en tus viajes, pero en mi casa hay normas y debes cumplirlas. Te exijo respeto y decoro. Eso de montar escándalos se acabó. —Se mira las uñas como si lo que estoy diciendo le importara una mierda—. Hablo en serio, Bianca. Ponme en evidencia a mí o a mi familia, y este acuerdo se termina.

—Tu palabra…

—La mantengo mientras tú hagas lo mismo con la tuya.

Tras unos segundos en los que parece pensarlo, asiente con la cabeza.

—Tengo otra condición más. —Suspiro. Cuando creo que no

puede ser más tocapelotas…—. Quiero a Romeo.

¿Romeo? La miro confuso.

—¿Estamos hablando de Romeo Serra?

—Sí, es mi guardaespaldas desde hace años y lo quiero conmigo. Con él estoy segura. Es el mejor en su trabajo.

Se me escapa una risa por la nariz.

—Si fuese tan bueno, no estarías aquí. ¿Dónde está Serra?

—De camino, con mi padre y un pequeño ejército. No creo que tarden demasiado en llegar, así que, yo que tú, le diría al sacerdote que se dé algo de prisa.

—¿De qué demonios estás hablando? Nadie sabe que estás aquí.

Bianca vuelve a poner los ojos en blanco. Me queda claro que hace mucho ese gesto. En realidad, le pega bastante.

—¿Ves esto? —Estira el brazo y señala su muñeca. Atisbo a ver una mancha de tinta negra en su piel, justo debajo de las pulseras de cuentas antes de darme cuenta de que lo que me está mostrando es justo una de esas pulseras—. Justo aquí hay un localizador GPS. Romeo siempre me tiene bien vigilada.

¡Mierda! Debí haber pensado en eso. ¡¿Qué demonios voy a hacer ahora?! Gruño y Bianca deja caer el brazo.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —inquiero.

—Calculo que una hora como mucho. Si haces lo que te digo, con un poco de suerte, no morirás hoy. ¿Tenemos un trato?

Inspiro profundo por la nariz y asiento.

—Como me la juegues, no dudaré en volarte la cabeza. ¿Entendido?

—No esperaba menos de ti. Ahora dime una cosa… ¿Qué relación tienes con Adriano Valente?

—¿Valente? —Su pregunta me toma por sorpresa—. Es el suegro de mi hermano y un buen aliado. ¿Qué pasa con él?

—Llámalo. Si logras que esté aquí antes de que llegue mi padre con sus hombres, tal vez este plan pueda salir bien.

Sonrío al intuir cuál es su intención. Luciano Rossetti no dudará en matarnos a todos y llevarse a su hija, aunque ella misma le diga que se ha casado conmigo por su propia voluntad. Arrasará con todo. No dejará vivo a ningún testigo que contradiga su relato de los hechos. De cara a la organización, yo seré el culpable de secuestrar a su hija. Algo que es cierto, pero debo demostrar lo contrario.

—Quédate aquí. Enviaré a alguien a buscarte enseguida.

Se deja caer sobre la cama y cruza las piernas, sonriendo de oreja a oreja.

—Por supuesto. Dame el anillo y vete a por el sacerdote.

La observo ahí, tranquila y relajada, como si no acabara de sentenciarse su destino. ¿Por qué no le preocupa? Yo estoy aterrado con la simple idea de que algo pueda salir mal; sin embargo, a ella parece no afectarle. ¿Es tan descerebrada e irresponsable como parece o su actitud no es más que una fachada? Supongo que acabaré descubriéndolo. Al fin y al cabo, estamos condenados a pasar juntos el resto de nuestras vidas.

Capítulo 8

Bianca

Termino de anudar la tela del vestido a la altura de la cadera y me echo un vistazo al espejo. Me queda enorme, pero es mejor que casarme en pijama. Estoy peinando mi cabello rubio con los dedos para darle un poco de forma cuando la puerta del dormitorio se abre sin previo aviso. Me giro de golpe y fulmino con la mirada al tipo que está bajo el umbral. Enseguida lo reconozco, es Vincenzo De Santis, el hermano de Luca.

—Que sea la última vez que abres la puerta de una habitación en la que yo esté sin llamar antes —siseo entre dientes.

Esboza una sonrisa muy parecida a la de su hermano menor y se acerca, caminando de manera relajada.

—Ponte en marcha. Nos están esperando en el salón principal.

Intenta sujetarme del brazo, pero consigo esquivarlo y alzo la barbilla de manera desafiante. Al igual que Luca, me saca más de una cabeza de altura, pero estoy acostumbrada a lidiar con hombres mucho más grandes y corpulentos que yo. Desde niña aprendí que la única forma de hacerte respetar en el ambiente en el que me ha

tocado vivir es aparentando una valentía que en la mayoría de las ocasiones no siento. En la mafia solo hay una manera de sobrevivir, echándole pelotas y no dejando que los demás te pisen.

—Escúchame bien, De Santis. No sé ni me importa qué tipo de traumitas tenéis tu hermano y tú para odiar a alguien solo por su apellido, pero sí puedo asegurarte una cosa: di o haz algo en mi contra que pueda considerar irrespetuoso y te juro que no quedará vivo ni uno solo de los vuestros.

Frunce el ceño y todo su cuerpo se tensa.

—¿Me estás amenazando, Rossetti? —pregunta en un tono helador que haría que cualquiera se cagase de miedo en los pantalones.

Mi instinto me grita que retroceda, pero lo ignoro y sigo mirándolo a los ojos con arrogancia.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Casi suspiro de puro alivio al ver a Luca De Santis entrar en el dormitorio. Me mira a mí y después a su hermano, con el entrecejo arrugado—. Te dije que la trajeras al salón principal.

—Eso intentaba, pero tu futura esposa ha creído que era buena idea amenazarme. Me estaba planteando la posibilidad de devolvérsela a su padre sumergida en un bidón de ácido.

Luca vuelve a dirigir la mirada hacia mí y esboza un amago de sonrisa.

—Hermano, me encantaría dejarte hacerlo, es más, yo mismo me presentaría voluntario para esa tarea, pero la necesito viva. Los muertos no pueden casarse.

Vincenzo exhala con fuerza.

—Muertos vamos a estar nosotros como esta locura de plan no salga bien.

—¿Has ordenado que saquen a todos de la casa?

—Sí. Ilenia y Elmo están a salvo, pero nuestra madre se niega a marcharse. Dice que nadie va a echarla de su propia casa.

Luca bufa y se pinza el puente de la nariz.

—Esperemos que todo salga bien. ¿Qué sabes de tu suegro? —inquiere.

—De camino, aunque no sé si llegará a tiempo.

—Reza para que así sea, o estamos perdidos. —Luca me mira a mí, que he permanecido atenta a su conversación, y respira hondo —. Vámonos y, por tu propio bien, deja de amenazar a mi gente.

—Pues dile a… —Sonrío de manera arrogante y hago un gesto con el dorso de la mano en dirección a Vincenzo— «tu gente» que no me provoque.

Con un gruñido bajo, se acerca en un par de zancadas, me agarra la mano y tira de mí con violencia hacia la puerta.

—¡Ponle un puto bozal a esa chica! —exclama Vincenzo, alzando la voz cuando ya estamos abandonando la habitación.

Me da tiempo a girarme a medias y alzar el dedo corazón hacia él antes de que Luca me arrastre por el pasillo.

Luca

El tiempo se agota y el dichoso sacerdote no deja de parlotear sin parar. Echo un nuevo vistazo en dirección a la entrada del salón. Valente aún no ha llegado; por suerte, Rossetti tampoco. Mis hombres están preparados para defender la casa en caso de que sea necesario; sin embargo, he dado la orden de que dejen entrar a Luciano Rossetti y los suyos sin oponer resistencia.

—Luca De Santis.

Miro al sacerdote, que acaba de pronunciar mi nombre. Me está observando como si esperara que le dijese algo. Recibo un golpe con el codo por parte de Bianca y frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Hijo, te he preguntado si aceptas contraer matrimonio con la mujer que te acompaña, Bianca Rossetti.

Inspiro hondo por la nariz. Tengo la sensación de estar a punto de encadenarme al mismísimo diablo en persona. *Diavuletta*, eso es lo que es. Una diablilla malcriada e irrespetuosa que, con casi toda probabilidad, acabará llevándome al límite de mi paciencia. Exhalo despacio y asiento.

—Sí, acepto —escupo las palabras de golpe, antes de arrepentirme de mi decisión.

—Y tú, Bianca, ¿aceptas a Luca De Santis como tu legítimo esposo en la sa…?

—Sí, padre. Le ahorro el discurso. Quiero casarme con él.

Escucho a mi lado el resoplido de Vincenzo. Me queda claro que mi casi esposa no le cae nada bien, y tampoco lo culpo. Yo mismo jamás la habría escogido como pareja si tuviese otra opción.

—Siendo así, y si nadie tiene ningún motivo para oponerse a este enlace, yo os declaro marido y mujer. —El cura sonríe y me hace un gesto con la barbilla—. Y puedes besar a la novia.

Me giro despacio y recibo una mirada dura por parte de Bianca, una mirada que dice: «Atrévete a besarme y te arrancaré los labios de un mordisco». Casi me echo a reír. Admito que esa actitud amenazante y chulesca por parte de una chica tan pequeña como ella resulta, como poco, cómica.

—Creo que vamos a saltarnos esa parte, padre —dice, apartándose de mí—. ¿Dónde hay que firmar?

Espero a que ella termine de dejar su rúbrica en el acta

matrimonial y después lo hago yo. Apenas me da tiempo a apoyar el bolígrafo sobre la mesa cuando empiezan los gritos.

—Han llegado —mascullo, colocando la mano sobre la empuñadura de la siamesa, que sobresale de la cinturilla de mi pantalón.

Vincenzo enseguida se coloca a mi lado. Intento tirar del brazo de Bianca para situarla tras nosotros, pero ella se zafa de mi agarre con un gesto brusco y da un paso adelante. Los pasos y las voces se van acercando. Casi puedo notar cómo la tensión flota en el aire acompañada de un leve aroma floral al que a estas alturas ya me he acostumbrado. Mi recién estrenada esposa me mira por encima del hombro y exhala con fuerza.

—Me la voy a jugar por ti, De Santis. Más vale que cumplas con tu parte del trato.

En cuanto termina de hablar, vemos cómo varios hombres armados entran en la sala de estar. Entre ellos está Romeo Serra. Su intención es ir hacia Bianca, pero, antes de que pueda alcanzarla, me interpongo entre ambos y lo miro, esbozando una sonrisa arrogante.

—Ni un paso más, Serra —le advierto.

Parece querer responder, pero, en vez de hacerlo, echa un vistazo por encima de mi hombro.

—Bianca, ¿estás bien? —pregunta con la mandíbula apretada.

Me muevo unos centímetros hacia un costado, lo justo para cubrirla con mi cuerpo y que el puto Serra deje de mirarla. Aún no me puedo creer que haya accedido a permitir que este imbécil siga siendo su guardaespaldas.

—De Santis —lo corrijo—. A partir de hoy vas a dirigirte a mi esposa como señora De Santis, ¿entendido?

El muy cabrón no cambia su semblante serio y amenazante. Si le

ha sorprendido mi declaración, no lo demuestra en absoluto.

—¡Maldito desgraciado! ¡¿Qué has hecho con mi hija?! —vocifera Luciano Rossetti.

Hago un gesto con la cabeza y Serra me sorprende al obedecer mi orden silenciosa de inmediato. Se hace a un lado y al fin veo a mi suegro. No parece contento.

—Rossetti, te estaba esperando —digo, dando un paso hacia él. No aparto la mano de la empuñadura de la pistola, pero tampoco la saco, a pesar de que hay más de una docena de hombres apuntándome. Rossetti no es estúpido. Sabe que no dudaré en llevármelo por delante si alguno de sus hombres hace el amago de apretar el gatillo—. No creo que este asalto sea en absoluto necesario. Si hubieses avisado, te habría invitado a comer.

—De Santis, déjate de juegos. ¡¿Cómo te atreves a secuestrar a mi hija?!

Me aferro con más fuerza a la empuñadura. Espero que Valente no me falle porque esto puede terminar muy mal. Echo un vistazo de reojo en dirección a mi hermano. Su semblante es serio. Está preocupado, y hasta podría jurar que un poco asustado también.

—¿Secuestro? Yo no he secuestrado a nadie.

Me coloco al lado de Bianca y entrelazo los dedos de mi mano libre con los suyos. Con los guantes de cuero no puedo notar el tacto de su piel ni la temperatura, pero me aprieta fuerte y casi juraría que detecto un pequeño temblor. Solo espero que no me la juegue. Si ahora mismo confirma que la he secuestrado, estoy muerto, y conmigo toda mi familia.

—¡Por supuesto que lo has hecho! Te llevaste a mi hija justo antes de su boda. ¡¿Qué demonios pretendes?! ¿Crees que puedes chantajearme?

—Rossetti, creo que hay una confusión. Yo no secuestré a

Bianca. Ella está aquí por su propia voluntad.

Luciano dirige la mirada a su hija con el ceño fruncido.

—Explícate —ordena.

Pasan unos angustiosos segundos en los que Bianca no dice ni una sola palabra. Vuelvo a notar ese temblor en su mano. En esta ocasión es más intenso. Le doy un pequeño apretón para infundirle valor. Ni siquiera sé por qué lo hago. La razón lógica sería que, si ahora se viene abajo y confiesa la verdad, me espera una muerte nada agradable; sin embargo, hay algo más. Creo que, por un instante y por primera vez, soy capaz de ver a esa chica asustada que se esconde bajo el carácter endiablado de Bianca y me produce… ¿ternura? Debo de estar perdiendo la cabeza.

Aprieto de nuevo su mano, y esta vez ella exhala con fuerza y da un paso adelante sin llegar a soltarme.

—Luca dice la verdad, padre. Él no me ha secuestrado. Vino a por mí porque yo se lo pedí. Estamos enamorados y nos hemos casado. —Alza la mano y le muestra el anillo.

Ni siquiera me había fijado en que lo llevaba puesto. Le queda bien, pero eso no es ninguna novedad. Bianca es tan hermosa que cualquier cosa que se ponga le sienta perfecta.

Luciano tarda unos segundos en reaccionar. Enseguida mira en dirección al sacerdote, que aún sigue en la sala custodiado por algunos de mis hombres, y después regresa la vista a su hija.

—Dime que esto es una maldita broma.

—No lo es —afirmo, acercándome más a Bianca—. Tu hija es una De Santis ahora. Mi esposa. Eso nos convierte en familia.

—¡Por encima de mi cadáver! Os mataré a todos antes de estar emparentado con el hijo de un traidor —grita.

Cuando veo a sus hombres preparándose para abrir fuego, saco mi pistola y apunto a Luciano directamente a la cabeza. Vincenzo

hace lo mismo de inmediato. Me planteo ser el primero en disparar, pero sé que, si lo hago, ya no habrá vuelta atrás. Si consigo sobrevivir, tendré que rendir cuentas ante nuestro capo, y la cosa no pinta nada bien.

—¿Qué está pasando aquí?

Casi suspiro de alivio al escuchar la voz de Adriano Valente. Él es el testigo que necesitaba. Tal vez, solo tal vez, la suerte esté de mi lado en esta ocasión.

Capítulo 9

Bianca

Adriano Valente llegó justo a tiempo para evitar lo que estoy segura de que estaba a punto de convertirse en una verdadera matanza indiscriminada. En cuanto lo vi, pude notar en la mirada de mi padre que iba a acabar con todos los De Santis sin ningún miramiento. Incluso podría jurar que se le pasó por la cabeza hacer lo mismo conmigo, y entonces solo hubiera quedado con vida el sacerdote que nos ha casado. Después de silenciarlo a él, ya no habría ningún testigo vivo que pudiese declarar ante Maurizio Leone que nuestro matrimonio fue algo de mutuo acuerdo.

Secuestrar a la hija de un Don es motivo más que suficiente para erradicar por completo a una familia de la mafia; sin embargo, que dicha hija se haya fugado por su propia voluntad con el Don de esa familia lo cambia todo. Si mi padre hubiese matado a cualquiera de los De Santis, iniciando así una posible guerra, tendría que dar demasiadas explicaciones. Nuestro capo no iba a estar nada satisfecho con esa decisión.

Echo un vistazo hacia la puerta cerrada del lugar donde Luca, mi

padre y Adriano Valente se encerraron hace casi más de una hora. Tras poner al tanto al recién llegado de todo lo que había ocurrido, y que yo misma le asegurara que Luca no me había sacado de mi casa en contra de mi voluntad, decidieron retirarse para resolver este conflicto en privado.

—Estás loca —escucho que me susurra Romeo justo detrás de mí.

Echo un vistazo por encima del hombro mientras hago rodar una de mis pulseras alrededor de la muñeca. Es una especie de tic nervioso. Normalmente me ayuda a mantener la calma, pero hoy no está funcionando.

—¿Qué demonios estarán hablando ahí dentro durante tanto tiempo? —murmuro para mí, aunque lo hago lo bastante alto como para que Vincenzo pueda escucharme. No me ha quitado la vista de encima desde que los tres hombres se marcharon.

—Con un poco de suerte, estarán negociando un acuerdo que no termine con una guerra entre nuestras familias —gruñe.

Ignoro su comentario y sigo dándole vueltas a la pulsera hasta que por fin la puerta se abre de golpe. El primero en aparecer es mi padre. Me lanza una mirada dura que conozco muy bien, es una de esas miradas que me hacían mearme encima de puro terror cuando era una niña, pero ahora ya no lo soy. *«Cu furza e curaggiu si vince tuttu»*. Logro reunir el poco valor que conservo cuando mi padre está cerca y alzo la barbilla de manera desafiante. Tras él viene Adriano Valente y por último veo a Luca. Al menos todos están vivos. Eso tiene que ser buena señal.

—Padre… —susurro cuando llega a mi lado.

No quiero hacerlo, pero el código ético y moral que me han impuesto desde niña me obliga a agachar la cabeza en señal de respeto.

—Estoy muy decepcionado contigo, Bianca. Permití que te marcharas a Europa con tu tía antes de buscarte un buen esposo, pero traicionaste mi confianza encontrándote a escondidas con este… —El muy hipócrita exhala con fuerza y niega con la cabeza.

Luca pasa a su lado, da media vuelta y, rodeando mi cintura con el brazo, me atrae a su costado. Me contengo para no darle un codazo en las costillas y empujarlo con fuerza. ¿En serio es necesario que estemos tan pegados?

—No se le pueden poner puertas al amor, Rossetti. Tú mejor que nadie deberías saberlo —comenta sonriendo.

Mi padre lo fulmina con la mirada. Es cierto que él mismo fue en contra de su familia al casarse con mi madre. Ella no pertenecía a nuestro mundo, era una chica normal y corriente, pero se enamoraron y, de alguna forma, lograron que mi abuelo aceptara esa relación y posterior matrimonio. No obstante, dudo que ahora mismo mi padre esté de acuerdo en que esta situación y la suya sean similares.

Me contengo para no soltar una carcajada. Supongo que el karma es un maldito hijo de puta. Puede tardar años, pero siempre te la devuelve.

—No puedo estar conforme con esta unión, pero ya está hecho; por lo tanto, solo me queda hacerme a un lado y desearos suerte. —Se ajusta los puños de la camisa con tranquilidad antes de mirarme de nuevo—. Espero que hayas tomado una buena decisión, Bianca, porque tendrás que cargar con ella el resto de tu vida. No quiero verte en mi casa, arrepentida. Ahora eres una De Santis y te debes a tu nueva familia.

—Descuida, padre. No lo haré —digo, intentando sonar amable.

—En fin… Hoy mismo te traerán aquí tus cosas y, tal como he acordado con tu esposo, Romeo seguirá siendo tu guardaespaldas

personal. —Lo mira en ese momento a él—. ¿Estás de acuerdo, muchacho?

—Sí, Don —responde de inmediato.

—Bien. —Inspira hondo por la nariz y, tras despedirse con un golpe de cabeza, abandona el salón seguido por todos sus hombres, a excepción de Romeo.

En cuanto dejo de verlos, no puedo evitar soltar un suspiro de puro alivio.

—Recuerda las palabras de tu papi, Diavuletta. Ahora eres una De Santis y te debes a tu familia, te debes a mí —susurra Luca junto a mi oído en tono burlón.

Lo aparto de un empujón y pongo los ojos en blanco. Ahora que lo peor ha pasado, voy a tener que pensar en la mejor manera de lidiar con mi no tan querido esposo. Por suerte, no lo soportaré durante mucho tiempo. Mi intención es largarme a Europa lo antes posible.

Luca

Tras ordenar a mis hombres que le busquen un hueco a Serra en una de las habitaciones de la planta baja, dejo que mi hermano se marche a recoger a su esposa e hijo al lugar donde los ha escondido y no me molesto en acompañar a Bianca a su dormitorio. Dejo que sea ella la que llegue allí por su cuenta. Al fin y al cabo, esta ahora es su casa y no me va a quedar más remedio que acostumbrarme a respirar el mismo aire que ella.

Paso gran parte de la tarde hablando por teléfono con Kincaid para informarle de cuál ha sido el resultado de nuestro plan. Aunque

ni yo termino de creerlo, al final hemos logrado nuestro objetivo. Mi familia ya está emparentada con los Rossetti y es cuestión de tiempo que termine haciéndome con parte de sus negocios. Luciano se hace mayor y no tiene ningún hijo varón. No le quedará otra que ir cediéndome territorio poco a poco; no obstante, no pienso forzar la situación. A pesar de que la paciencia no es mi fuerte, hasta yo sé que, si tiro demasiado de la cuerda, terminará rompiéndose y todo el esfuerzo invertido en el plan no habrá servido para nada.

Por el momento ya he cumplido el primer objetivo y Kincaid me asegura que retirará a todos sus hombres de las calles. Ese movimiento me hará recuperar gran parte del poder en el estado. El no tener que preocuparme por la interacción de los irlandeses dentro de mi territorio es un alivio enorme que me ayudará a concentrar esfuerzos para rearmarnos defensiva y ofensivamente.

Con mi cuñada y mi sobrino de vuelta en casa, aprovecho para descansar un par de horas antes de la cena. Nada más despertar, me doy una ducha, me cambio de ropa y me dirijo al comedor del ala este. Mi intención es reunirme con mi familia, como cada noche, para ponerlos al tanto de la nueva situación. Apuesto a que Vincenzo ya se lo ha contado a Ilenia, pero le he pedido que me deje a mí hablar con nuestra madre. No estoy del todo seguro de su reacción cuando se entere de que me he casado con Bianca Rossetti.

Justo estoy pensando en la forma más indicada para iniciar esa conversación cuando paso por delante del dormitorio de Bianca, el mismo en el que la dejé inconsciente justo después de secuestrarla. Me detengo frente a la puerta entreabierta. No tengo ninguna intención de invitarla a unirse a nosotros durante la cena. Ella misma puso como condición que nuestro matrimonio fuese solo una fachada y que cada uno haga su vida por separado. Me parece perfecto. Si quiere cenar, que lo haga en la cocina o en cualquier

otro lugar de la casa. Estoy seguro de que sabrá arreglárselas sola.

Doy media vuelta y estoy a punto de seguir avanzando por el pasillo cuando escucho una voz que proviene del interior del dormitorio, y no es la de Bianca. Me acerco de nuevo y echo un vistazo. Serra está con ella.

—Espero que no te arrepientas de todo esto, Bianca. Acabas de meterte tú solita en la boca del lobo.

La escucho suspirar y se mueve por la habitación hasta quedar justo en mi línea de visión. Pestañeo un par de veces al verla. Lleva puesto un albornoz blanco y su cabello está mojado. Parece como si acabara de salir de la ducha, pero… ¿qué demonios hace el imbécil de Serra en su dormitorio mientras ella está medio desnuda?

—Es un mal menor. Luca…

Antes de que pueda terminar la frase, ya he abierto la puerta de un empujón y estoy entrando en la estancia.

—Luca va a matar a cualquiera que entre aquí sin mi autorización, y más aún estando vestida así. —La señalo con el dorso de la mano y ella me mira confusa.

Capítulo 10

Luca

Bianca me observa casi sin pestañear. No parece contenta. Bien, porque yo tampoco lo estoy. Hicimos un trato y ella no ha tardado ni doce horas en romperlo.

—¿Qué os pasa en esta casa con entrar a las habitaciones sin llamar? Existe algo llamado intimidad. No sé si te suena de algo, De Santis.

¡La madre que la parió! ¿En serio va a ponerse digna conmigo? Acabo de atraparla medio desnuda en su dormitorio con Serra. ¿Cómo puede ser tan hipócrita?

Me giro y señalo a Serra con la barbilla.

—Tú, largo de aquí, y que sea la última vez que te vea en cualquier dependencia privada de la casa. El lugar del personal es la planta baja. Nadie sin autorización puede pasar de ahí.

—Tranquilo, si te necesito gritaré —susurra ella.

Parece querer replicar. Sin embargo, tras un gesto de Bianca, termina asintiendo y se marcha sin decir ni una sola palabra. En cuanto nos quedamos a solas, me giro de nuevo y le lanzo a mi

esposa una mirada poco amigable.

—Tenemos un trato. Estás en mi casa y aquí debes cumplir mis normas.

—¿De qué normas hablas?

—Decoro y respeto, Bianca. No permitiré que te diviertas con uno de tus amantes a solo unos pasos de mi dormitorio. Haz lo que te dé la gana fuera de esta casa, pero aquí te exijo que te comportes como lo que eres, mi esposa.

Durante unos segundos no dice nada, y cuando creo que va a disculparse o gritarme, no lo tengo demasiado claro, me sorprende al echarse a reír a carcajadas. No es una risa falsa y comedida como le he escuchado otras veces. No, está partiéndose de risa delante de mis narices y, por algún extraño motivo, yo no soy capaz de dejar de mirarla.

Su cabello rubio está más oscuro por la humedad y no lleva ni una pizca de maquillaje en el rostro. Una gota de agua le resbala por su sien, le recorre la barbilla, desciende por su cuello y sigue el recorrido por el centro de su pecho hasta perderse bajo la tela esponjosa del albornoz. Varias imágenes se suceden en mi mente a la vez. Veo a Bianca tumbada sobre la cama. Mis manos tirando de los bordes de la prenda para abrirla y dejar al descubierto sus pechos. El aroma de su perfume nublando mis sentidos… Me imagino sus pezones suaves al tacto y rosados. ¿A qué sabe su piel? ¿Y su…?

—¡Luca! —Su grito me saca de mi ensoñación de golpe y me obligo a mirarla a los ojos.

—¿Qué?

¡¿Estoy empalmado?! ¡Joder, estoy empalmado! ¿Qué mierda acaba de pasar?

—¿Me estabas mirando el escote?

Sin poder evitarlo, vuelvo a dirigir la vista a la porción de piel que deja al descubierto el albornoz. Alcanzo a ver la parte superior de sus pechos antes de regresar la mirada a su rostro.

—¡Claro que no, joder!

Se cruza de brazos y arquea una ceja con gesto arrogante.

—Pues a mí me lo ha parecido. Espero que te haya quedado claro que entre tú y yo nunca, jamás, va a pasar nada. Puedes mirarme todo lo que quieras, pero ni si te ocurra ponerme un dedo encima.

Bufo con fuerza mientras hago verdaderos esfuerzos para que no se me note lo cachondo que estoy. Bianca solo tendría que echar un vistazo a la altura de mi entrepierna para notar el bulto que se marca bajo el pantalón.

—Descuida, no tengo ninguna intención de tocarte. Es más, estaría encantado si no tuviese que volver a verte, pero las cosas son como son. Además, por lo bien acompañada que estabas cuando llegué, deduzco que te sobran candidatos para cubrir tus necesidades.

—Eso es cierto —se mira las uñas con chulería y vuelve a sonreír —, aunque puedes estar tranquilo. No es que te deba ninguna explicación, pero como gesto de buena voluntad, y para que te quede claro que yo sí cumplo mi palabra, te informo de que Romeo y yo no somos amantes. Él es mi guardaespaldas y mi amigo. Nuestra relación es fraternal. Lo veo como a un hermano mayor. Él cuida de mí y siempre está ahí cuando lo necesito.

—Bien.

—Bien —repite, mirándome a los ojos—. ¿Puedes irte ya o voy a tener que cambiarme de ropa delante de ti? No creo que eso te ayude mucho con tu pequeño problemita. —Señala con el dedo índice a la altura de mi entrepierna y su sonrisa se convierte en una

mueca maliciosa.

¡Hija de puta! ¿De verdad cree que puede burlarse de mí? Si no la necesitara para acceder a los negocios de su padre, la echaría a patadas ahora mismo. Por un segundo me planteo hacerlo. ¡A la mierda las consecuencias! Esta niña malcriada no va a venir a humillarme en mi propia casa.

La alcanzo en un par de zancadas y la sujeto con fuerza por la nuca.

—Voy a advertirte solo una vez, Bianca. Sigue provocándome y te demostraré cómo de tarado y… —Ladeo la cabeza y estiro los labios mientras ella me sigue mirando fijamente, aunque no parece asustada ni intimidada—. ¿Un psicópata de manual? Así fue como me definiste hace seis años, ¿verdad?

—Me reafirmo. Eres un puto tarado. Suéltame —pide, o más bien exige.

Acerco mi rostro al suyo hasta que mis labios hacen contacto con la piel que rodea su oreja. Inspiro hondo y su perfume floral invade mi nariz. Me gusta su olor. Es muy… apetecible. Mi polla se sacude en respuesta.

—Vamos, incumple tu palabra. Te reto a que lo hagas. —Deslizo la nariz por su mejilla en una leve caricia hasta que vuelvo a mirarla a los ojos—. Rompe el trato de alguna manera y lo primero que haré será borrar esa sonrisa engreída de tu boca.

—¿Y cómo piensas hacer eso? —pregunta con una exhalación.

Su aliento caliente golpea mi boca y, por una milésima de segundo, me siento tentado a depositar mis labios sobre los suyos.

—Te llenaré tanto la boca que te resultará imposible sonreír. —Sus pupilas se dilatan y me resulta evidente que contiene el aliento. ¿La he puesto nerviosa? Bien, ahora me toca a mí sonreír—. Ya ves, Diavuletta, tal vez la solución a mi pequeño problema sea más

sencilla de lo que crees.

—Apártate, Luca —susurra, empujándome por el pecho, pero apenas ejerce fuerza—. No voy a acostarme contigo ni hoy ni nunca.

—¿Estás segura?

Asiente de inmediato.

La suelto y retrocedo un par de pasos de espaldas.

—Entonces, más te vale portarte bien y respetar el trato porque solo necesito un motivo para entrar en tu dormitorio en mitad de la noche y follarte hasta que no puedas ni caminar.

Veo que su garganta se mueve al tragar saliva con fuerza y alza la barbilla de manera desafiante. Intenta recomponer su fachada de mujer dura e inaccesible, pero yo sé lo que he visto hace solo un instante. Sus ojos brillaban de puro deseo. Lava candente recorría sus venas. No le soy tan indiferente como intenta hacerme creer.

—Aparte de tarado, presuntuoso. —Esboza de nuevo esa falsa sonrisa—. Métetelo bien en la cabeza, Luca. Nunca vas a tenerme.

Yo también sonrío mientras sigo retrocediendo de espaldas en dirección a la puerta.

—Eso solo el tiempo lo dirá, Diavuletta. Solo el tiempo lo dirá —susurro antes de dar media vuelta y abandonar el dormitorio.

En cuanto salgo al pasillo, dejo de sonreír y exhalo todo el aire que ni sabía que estaba conteniendo. Es la segunda vez que Bianca logra que mi cuerpo reaccione así con solo mirarla, y si algo he sacado en claro de este nuevo enfrentamiento es que, de alguna retorcida manera, aparte de querer asesinarla, también la deseo. ¡Sí, joder! Deseo a mi esposa y eso puede suponer un gran problema porque no pretendo sucumbir a ese sentimiento.

Capítulo 11

Luca

Dos años después

A veces me pregunto si existe alguien en la tierra con la capacidad de sacarme de mis casillas más que mi esposa, pero entonces me veo como ahora, encerrado en un despacho con su padre, y me doy cuenta de que esa posibilidad es muy real. Luciano Rossetti es, sin duda, el hombre más desesperante e intransigente que he conocido nunca.

Lo observo mientras se mueve de un lado a otro de la habitación. A mi lado, Adriano Valente le da pequeños tragos a su copa de licor en absoluto silencio. Ya estoy acostumbrado a que nunca tome parte en nuestros interminables debates. A pesar de que estamos emparentados, sabe muy bien que no le conviene tener a los Rossetti de enemigos.

—Tu sugerencia es absurda y está totalmente fuera de lugar —se queja Luciano—. No voy a negociar con esos salvajes. Los echaré de mi territorio a la fuerza.

—Creo que eso ya lo estás intentando, Rossetti, y no con demasiado éxito —comento en tono jocoso.

Se detiene de golpe y me lanza una mirada dura, aunque enseguida la aparta. Al muy hijo de puta le gusta llevarme al límite, pero jamás lo ha sobrepasado. Puede que mi familia ya no disponga del mismo estatus que tenía cuando mi padre vivía, pero soy el maldito Don de Filadelfia y debe respetarme.

—¿Te hace gracia esta situación? Te recuerdo que el treinta por ciento de los beneficios que nos han quitado te pertenecen a ti.

—Lo sé, y es una gran pérdida, pero van a seguir robándonos negocios en nuestras putas narices si seguimos así. Los irlandeses han venido para quedarse, cada vez se hacen más fuertes y, por más que lo intentamos, no logramos sacarlos de nuestros territorios. La mejor opción es negociar con ellos.

Antes de responder, Rossetti cruza un par de miradas con Pietro Santoro, el Don de Miami y principal culpable de la muerte de mi padre.

—En la Cosa Nostra resolvemos los problemas entre los nuestros. Siempre ha funcionado así.

—Tal vez sea el momento de cambiar las cosas —replico—. Ahora son los irlandeses, pero mañana pueden ser los rusos o cualquier otra mafia. Siempre nos van a llevar ventaja porque se asocian entre ellos mientras nosotros, como mucho, hacemos algunos negocios con otras organizaciones de origen italiano. Si no nos adaptamos, acabaremos perdiendo todo por lo que nuestros antepasados lucharon.

—Es curioso, tu territorio, que hace solo un par de años estaba completamente invadido por esos cerdos, ahora apenas sufre su ocupación. ¿Hay algo que quieras contarnos, De Santis? —inquiere Santoro.

Me levanto de golpe y pongo la mano sobre la empuñadura de mi pistola. No voy a permitir que ponga en duda mi lealtad, aunque tenga motivos para hacerlo.

—¡¿Me estás acusando de algo?! —exclamo, alzando la voz.

Santoro no responde y por su expresión puedo notar que se ha puesto en guardia.

Odio cómo Rossetti le está dando participación en muchos de nuestros negocios. Antes solo éramos los De Santis, los Valente y los Rossetti quienes nos asociábamos para hacer frente a grandes negocios, la mayoría de ellos de venta y transporte de armas, drogas o dinero, pero ahora el hijo de puta de Santoro también participa en las grandes operaciones, aunque con un menor porcentaje.

—Tranquilicémonos todos. —Adriano media entre ambos para apaciguar los ánimos. Le hago caso, aunque no vuelvo a mi asiento y sigo conteniéndome para no matar al puto Santoro.

Se supone que, a estas alturas, yo ya debería tener el control de varios de los negocios principales de Rossetti, pero el muy cabrón sigue resistiéndose a cederme territorio. Al contrario, tengo la sospecha de que intenta meternos a Santoro en medio para hacerme a un lado, y eso no voy a permitirlo.

Seguimos discutiendo durante un buen rato más sin ser capaces de llegar a ninguna solución. Al final, termino ofreciéndome voluntario para reunirme con el cliente y renegociar los términos del trato. El gran plan de Rossetti es bajar los precios, de forma que resulta casi insultante, solo para contrarrestar el ataque de los irlandeses. El muy idiota no entiende que eso solo los hará más fuertes, aunque tal vez sea algo que pueda usar a mi favor.

En cuanto la reunión llega a su fin, Santoro y Valente se marchan, pero yo decido quedarme en el despacho para tomar una copa más con Rossetti.

—Supongo que, si no te has ido aún, es porque quieres algo de mí, ¿cierto? —comenta, sentándose en su sillón al otro lado de la mesa.

—No estoy de acuerdo en bajar los precios. Eso nos hará perder credibilidad con el cliente.

—Eso ya lo has dejado claro, De Santis. —Coloca el vaso sobre la mesa y me mira directamente a los ojos—. Puede que nunca nos llevemos bien. Tú eres impulsivo, cuando se te calienta la sangre no piensas con claridad y eso te lleva a cometer errores, pero sí creo que eres un gran negociador. Te haces respetar y eso lo admiro. —Exhala despacio por la nariz y vuelve a coger el vaso—. Recupera a ese cliente sin bajar demasiado los precios y es posible que mi opinión sobre ti cambie.

—¿Qué demonios quieres decir con eso? No necesito tu admiración ni mucho menos tu condescendencia.

Le da un trago largo al licor y esboza media sonrisa.

—¿Ves? A eso me refiero. La sangre caliente te nubla el juicio. ¿Crees que soy idiota? Llevas dos años intentando quedarte con parte de mis negocios, eso sí que es ser condescendiente, y yo no he dicho ni hecho nada al respecto.

—Tampoco lo he ocultado, Rossetti. Es posible que esta afirmación te sorprenda, pero nadie vive eternamente. Al fin y al cabo, somos familia. Como tu único yerno, acabaré haciéndome cargo de todos tus negocios cuando ya no estés con nosotros.

—Familia… —susurra, dándole vueltas al contenido ambarino del vaso—. Por cierto, ¿dónde está mi hija? Londres, Milán…

—París —respondo.

Me paro un segundo a pensar si la información es correcta. Creo que la última vez que hablé con ella me dijo que iría a la Semana de la Moda de París, aunque no estoy del todo seguro.

—París —repite—. Ha pasado los últimos dos años viajando de un lado a otro, viviendo como si fuese una mujer soltera.

—Cuidado, Rossetti, estás hablando de mi esposa —le advierto —. Si ella disfruta viajando, yo no tengo ningún problema con ello. Se comporta como la señora De Santis, sin escándalos ni problemas. Ha sido un gran cambio en cuanto a su actitud cuando aún estaba bajo tu cargo. Al menos yo sí he conseguido controlar su comportamiento inapropiado.

Aprieta el vaso con fuerza, pero no pierde los estribos. En eso tiene razón, soy mucho más impulsivo que él. Jamás permitiría que nadie me cuestionara de esa forma sin, como mínimo, amenazarlo de muerte.

—¿Crees que, porque controlas el comportamiento de mi hija, estás capacitado para hacerlo también con mis negocios?

—Ponme a prueba. Hagamos algo, si consigo recuperar al cliente que hemos perdido con un porcentaje de beneficios superior al pactado originalmente, me cederás el acceso al puerto de Nueva York y todas las operaciones que pasen por allí.

Estrecha la mirada sobre mí y parece sopesarlo durante unos segundos antes de responder.

—Quieres el puerto, eso ya me lo esperaba. Sin embargo, nada me garantiza que, en el caso de que consigas lo que has propuesto y te ceda ese territorio, no termines volviéndote en mi contra. Soy viejo, pero no estúpido.

—¿Por qué querría sacarte de en medio? Somos familia.

—¿Lo somos? —Arquea una ceja y se inclina hacia delante, colocando los codos sobre la mesa—. Hasta ahora solo hay un certificado de matrimonio que une a nuestras familias. Es un simple papel. Además, también tengo que pensar en mi otra hija.

—Caterina es solo una niña —comento, frunciendo el ceño.

—Ya casi ha cumplido los dieciséis y muy pronto regresará del internado. He estado pensando en la posibilidad de buscarle marido cuando esté de vuelta en casa. Filipo Santoro es un buen candidato.

¡¿El puto hijo de Pietro Santoro?! ¡Hijo de puta! Ahora entiendo su insistencia en incluirlo en nuestros negocios. Pretende que el Don de Miami ocupe mi lugar. Eso solo sucederá por encima de mi cadáver.

Capítulo 12

LUCA

Consigo controlar mi rabia a duras penas y fuerzo una sonrisa. Ahora mismo no me conviene perder los papeles. Necesito que Rossetti entre en razón.

—Filipo es solo un crío sin ninguna experiencia. Tardará años en poder manejar los negocios de su propia familia.

—No tengo prisa. Puede ir aprendiendo poco a poco. Es más, yo mismo lo adiestraré. Tal vez, cuando llegue el momento de retirarme, ya me hayan dado un heredero y entonces sabré que mi familia quedará en buenas manos en el momento de mi muerte.

—¿Crees que conmigo no estará en buenas manos? —inquiero con la mandíbula apretada.

—No lo sé, De Santis. Hace ya dos años que te casaste con mi hija. Según tengo entendido, apenas os veis, y hasta ahora no me habéis dado un heredero. Si quieres mis negocios, quizá deberías empezar a demostrar que puedes hacerte cargo de todo en mi ausencia.

¡¿Un heredero?! ¿Cómo demonios voy a darle un heredero si

nunca he tocado a su hija? Desde que nos casamos, dudo que hayamos pasado en total más de una semana juntos. Me acompaña a algunos eventos en los que su presencia es indispensable, como fiestas o reuniones en las casas de otros cabezas de familia de nuestra organización, también viajamos cada año a Sicilia para la celebración del cumpleaños de nuestro capo, pero, cuando las obligaciones se terminan, ella regresa a Europa o a donde quiera que le apetezca ir.

Apenas nos hablamos, y cuando lo hacemos no es de buena manera. La simple idea de tener un hijo con ella resulta ridícula. Además, va en contra de una de las condiciones del trato que hicimos antes de casarnos. Bianca me hizo prometer que no habría sexo entre nosotros. Bueno, en realidad, solo prometí que no la tocaría a no ser que ella me lo pidiera, pero eso no va a suceder. No me soporta, y el sentimiento es mutuo, aunque admito que a mí no me importaría follarla. He estado deseando hacerlo desde hace muchos años.

Tras terminar mi copa, me despido y salgo de la mansión de los Rossetti sin poder dejar de pensar en una solución para este nuevo problema. No puedo permitir que Rossetti y Santoro se salgan con la suya. Además, le prometí a Kincaid acceso al puerto de Nueva York y últimamente nuestra relación está más tensa de lo habitual porque aún no lo he conseguido.

Nada más entrar en la parte trasera del todoterreno, espero a que el conductor arranque y marco el número de Kincaid. Contesta al tercer tono.

—De Santis, llevo semanas sin saber nada de ti. ¿Me llamas para decirme que ya tienes el puerto o vas a pedirme un nuevo favor?

Inspiro hondo y me pinzo el puente de la nariz.

—Necesito que nos reunamos —respondo con una exhalación.

—Ahora mismo es imposible. Estoy fuera del país cerrando un par de negocios. ¿Puedes decirme, al menos, de qué tratará esa reunión?

—Has intercedido en una operación muy importante.

—¿Te refieres al cargamento de armas que teníais planeado enviar a Europa? Lo siento, colega. Le hice una oferta mucho más interesante que la vuestra al cliente y este la aceptó. No te lo tomes como algo personal. Solo son negocios.

—Teníamos un trato.

—Sí, y yo lo he cumplido. Te entregué a la hija de Rossetti en bandeja, he sacado a todos mis hombres de tu territorio y estoy atosigando a tus mayores enemigos.

—Los que tú llamas «enemigos» son también mis socios. Tienes que cancelar esa operación. Rossetti no me cederá el puerto si no logro recuperar al cliente.

—¿Ahora eres su chico de los recados? —pregunta en tono burlón.

Aprieto el teléfono con fuerza contra mi oreja mientras noto que la rabia me sube por el cuello.

—Escúchame bien, maldito hijo de puta. Voy a darte el puerto. Cumpliré con mi parte del trato, pero para ello necesito que canceles la operación.

—No es necesario que te alteres, De Santis. ¿Dices que solo tienes que recuperar el cliente para conseguir el puerto?

«Sí, y también que Bianca se quede embarazada por la gracia de Dios», pienso, aunque no lo verbalizo. Ese es un problema que solo yo puedo resolver.

—Habla con el cliente y cancela la operación. Yo me ocupo de todo lo demás —gruño, y desconecto la llamada.

El viaje de vuelta a casa se me hace eterno, pensando en la

manera de contentar a Luciano Rossetti sin tener que incumplir el trato que hice con su hija. Aunque estuviese dispuesto a romper ese acuerdo, ¿qué voy a hacer? No puedo forzarla a que se acueste conmigo. Tal vez, si hablo con ella y le planteo el problema… No, dudo que tenga alguna intención de ayudarme. Ella ya ha sacado lo que quería de este matrimonio. Vive como le apetece, viajando y gastando más dinero del que nunca creí posible sin dar explicaciones a nadie. Bianca tiene su libertad, eso fue lo que le prometí.

Al llegar a casa, me encierro en mi despacho y bebo una copa tras otra. Me salto la comida y solo sigo bebiendo y pensando en una solución para el enorme problema que tengo entre manos. Cuando ya ha anochecido, y con la mente algo nublada por el alcohol, saco mi teléfono y busco el número de Bianca en la agenda. Suena el primer tono justo cuando una de las chicas que se encargan de la limpieza de la casa toca a la puerta. Le hago un gesto con la mano para que entre y me dejo caer en el sofá de cuero negro que ocupa una de las paredes del despacho. Por un momento pienso que no va a cogerlo, pero entonces escucho su voz al otro lado de la línea.

—¿Luca? —susurra.

—Necesito que vuelvas enseguida.

Tarda unos segundos en hablar. Echo un vistazo a la pantalla y veo la hora. Son las siete de la tarde, con las seis horas de diferencia, en Francia ya es medianoche. Seguramente la he despertado.

—¿Qué ha pasado? ¿Es mi hermana o mi padre? ¿Le ha pasado algo a alguno de ellos? —Casi me arrepiento de haberla llamado. Parece realmente preocupada.

—No, es solo… —Bufo y me pinzo el puente de la nariz.

No puedo flaquear ahora. Estoy más cerca que nunca de lograr

el sueño de mi padre. Además, Bianca ha pasado los últimos dos años viviendo como una jodida reina. Ya es hora de que empiece a comportarse como lo que es, mi esposa y una De Santis. Necesito su ayuda para esto.

—Luca, ¿me llamas a esta hora por algún motivo en particular o solo pretendes tocarme las narices?

Al escuchar su tono prepotente y descarado, todas mis dudas se desvanecen de golpe. No le debo nada a ella ni a su padre. Si tengo que destruirlos a ambos para lograr mis objetivos, no dudaré en hacerlo.

—He dicho que vuelvas y punto. En dos horas sale un vuelo de París. Más te vale llegar a tiempo.

—Pero ¡qué mierda…! —Antes de que pueda terminar la frase, ya he colgado la llamada y estoy lanzando el teléfono sobre la mesa baja que hay frente a mí, con tan mala suerte que golpeo el vaso y acabo derramando su contenido.

La chica, que ha estado presente durante la llamada, se acerca deprisa y empieza a limpiar el desastre en silencio. Bufo con fuerza y chasqueo los dedos para llamar su atención.

—¿Necesita algo, Don? —pregunta.

—Sírveme otra copa.

Asiente y, mientras se aleja, mi mirada va a parar a su trasero enfundado en una falda de uniforme que le llega a la mitad de los muslos. Tengo la sensación de que ya me he follado ese culo antes, pero no estoy seguro. Existe esa posibilidad. Me he acostado con varias chicas del servicio. Si me ponen las tetas en la cara, no seré yo quien diga que no.

En cuanto regresa con un vaso medio lleno de licor, me lo tiende y esboza una pequeña sonrisa.

—¿Algo más, Don?

—Sí, quiero que, cuando termine de cenar con mi familia, me estés esperando en mi dormitorio, desnuda, bocabajo sobre el colchón y con ese precioso culo en pompa. ¿Puedes hacer eso por mí?

Un brillo travieso ilumina su mirada y asiente, mordiéndose el labio inferior.

Supongo que ya tengo un plan para esta noche. Mañana, cuando despierte, ya me enfrentaré a todo lo demás, empezando por la llegada de mi queridísima esposa. Tengo tantas ganas de verla como de que me arranquen las uñas de los pies con unos alicates.

Capítulo 13

Bianca

La llamada se corta y me quedo mirando la pantalla del teléfono durante varios segundos sin terminar de asimilar la conversación tan surrealista que acabo de tener con mi querido maridito.

—¿Qué pasa? —Un brazo ancho rodea mi cintura y enseguida noto su aliento en mi cuello.

Me giro un poco en la cama y tiro de la sábana para cubrir mis pechos desnudos antes de responder.

—Estoy casada con un tarado, eso es lo que pasa.

Ryan sonríe y sus ojos color ámbar se entrecierran.

—Eso ya lo sabíamos. ¿Qué es lo que quiere?

Exhalo con fuerza. No sé cómo, pero el muy cabrón es capaz de arruinarme el día o, en este caso, la noche, estando incluso a casi seis mil kilómetros de distancia.

—Tengo que volver a casa —digo, y me pongo en pie para empezar a recoger mi ropa, que está desperdigada por el suelo de toda la habitación.

—Espera, ¿te marchas ahora?

Asiento.

No me molesto en ponerme la ropa interior, solo me enfundo el vestido rojo que llevaba al inicio de la noche.

—Debo estar en el aeropuerto en dos horas.

—Espera, te ayudo.

Al ver que me está costando subir la cremallera del vestido, Ryan se levanta y me hace girarme. Enseguida noto sus manos en mi espalda. Suspiro cuando termina de subir la cremallera y dejo que me abrace desde atrás.

—Lo que menos me apetece es volver con mi marido y su familia. Además, me pareció que estaba borracho cuando me llamó.

—Entonces, quédate conmigo. —Mordisquea mi oreja y sonrío, negando con la cabeza.

—Ya sabes que no puedo. Debo ponerme en marcha o no llegaré a tiempo para coger ese avión.

Me aparto y toma asiento en el borde de la cama. No deja de mirarme mientras me pongo los zapatos.

—¿Cuándo volveré a verte? —pregunta.

Me enderezo y echo un vistazo al espejo que hay en la habitación. Tengo el pelo alborotado y los labios hinchados, pero no es nada que no pueda arreglar con una ducha rápida.

—Te llamaré pronto —contesto mientras me peino con los dedos.

—Siempre dices lo mismo y paso semanas sin saber nada de ti.

Me doy la vuelta y camino en su dirección con rapidez, me inclino hacia delante y deposito un beso fugaz sobre sus labios.

—No voy a disculparme por cumplir con mis obligaciones, Ryan. Tenemos un…

—Lo sé, lo sé —dice, cortándome tras resoplar—. No quiero que pienses que te estoy presionando.

—¿No lo estás haciendo?

Arqueo una ceja y él vuelve a sonreír.

—Bueno, puede que un poco. —Golpeo su hombro despacio—. No puedes culparme. Llevo mucho tiempo esperando por esto.

Lo beso de nuevo y me enderezo.

—Prometo que te llamaré en cuanto pueda. Ahora tengo que irme.

Asiente, y, tras despedirme con la mano, cruzo la puerta que separa su habitación de la mía y encuentro a Romeo durmiendo en mi cama, abrazando un bol de palomitas a medio terminar. Sonrío y, tras quitarme un zapato, se lo lanzo a la altura del pecho. Se despierta sobresaltado y da un brinco, haciendo que las palomitas se derramen por todas partes.

—¡¿Qué pasa?! —Mira a un lado y a otro con los ojos muy abiertos y gesto asustado.

—Tranquilo, Rambo. No hay ningún peligro —me burlo entre risas.

Estrecha la mirada sobre mí y después en la puerta por la que acabo de cruzar.

—¿Tú no ibas a pasar toda la noche con el adonis rubio? ¿Qué haces aquí?

Pierdo la sonrisa de inmediato y luego hago una mueca de desagrado.

—Cambio de planes. Tengo que volver a Filadelfia. En dos horas cogemos un vuelo. ¿Puedes bajar a la recepción del hotel y encargarte de la salida? —Asiente—. Yo voy a darme una ducha rápida, haré las maletas y nos vemos en el vestíbulo.

Tras asentir, Romeo abandona el dormitorio. Tardo poco más de media hora en reunirme con él y, tras subirnos al coche, salimos en dirección al aeropuerto de París-Charles de Gaulle. Llegamos justo a tiempo para embarcar en un vuelo que resulta ser comercial,

aunque, por suerte, no está demasiado concurrido. Sin embargo, soy incapaz de pegar ojo en toda la noche, incluso con Romeo sentado a mi lado. No me gusta dormir rodeada de desconocidos, nunca lo hago, por eso prefiero viajar en avión privado.

Nueve agotadoras horas después, aterrizamos en el aeropuerto internacional de Filadelfia y descubrimos que el imbécil de mi marido no ha enviado a nadie a buscarnos. Por suerte, Romeo actúa con rapidez y consigue un coche para que podamos trasladarnos al que se supone que es mi hogar desde hace dos años, aunque yo no lo siento así en absoluto.

Poco después de las cinco de la madrugada, estamos entrando en la casa. Me despido de mi amigo y guardaespaldas antes de subir las escaleras hacia la primera planta y voy directa al ala privada que comparto con Luca. Estoy agotada, tengo sueño y lo que menos me apetece es aguantar sus gilipolleces, pero, al adentrarme en el pasillo y ver varias prendas de ropa femenina esparcidas por el suelo, una oleada de rabia me sacude de pies a cabeza.

Abro la puerta de su dormitorio de un tirón y lo encuentro en la cama, durmiendo con una chica a su lado. El muy hijo de puta me ha hecho volar toda la noche mientras él se divertía follando con una cualquiera. Ni siquiera sé por qué me sorprende. A veces creo que disfruta haciéndome la vida imposible.

Veo un vaso de licor a medio beber sobre la mesita de noche; ni siquiera lo pienso antes de cogerlo y volcarle el contenido en toda la cara. Luca da un respingo y se incorpora con un jadeo ahogado. La mujer que está a su lado también se despierta y me mira asustada.

—Tú —la señalo con el dedo índice—, fuera de aquí.

Se queda muy quieta, mira a Luca y después a mí otra vez. Él, sin embargo, no aparta la vista de mi rostro. Parece cabreado. Bien, yo también lo estoy.

—Vete —gruñe sin mirar a la chica.

Esta se da por aludida, ya que enseguida se levanta de la cama y se marcha de la habitación sin ni siquiera molestarse en cubrir su cuerpo desnudo. En cuanto nos quedamos a solas, Luca se seca el rostro con la sábana y vuelve a lanzarme una mirada dura.

Esto no pinta nada bien. Tengo la sensación de que se avecina una nueva batalla, aunque estoy convencida de que en esta ocasión saldré vencedora. No puede ser de otra manera. Si dejo que Luca De Santis me doblegue una sola vez, sé que ya no habrá vuelta atrás.

Capítulo 14

Luca

Estoy empapado, muy cabreado y con una resaca monumental. Menos lo último, todo es culpa de mi jodida esposa. A veces creo que Dios, el destino o el puto universo la ha creado especialmente para hacerme la vida imposible.

Estiro el brazo para coger el teléfono de la mesita de noche y compruebo la hora en la pantalla.

—Son las putas cinco de la madrugada —siseo entre dientes.

La muy perra se cruza de brazos y sonríe de manera chulesca.

—Lo siento, cariñito, ¿te he despertado? Es una pena, aunque podría ser mucho peor. Imagina que te hubiese obligado a coger un vuelo nocturno de más de nueve horas y a tu llegada descubrieras que ni siquiera me he molestado en enviar a alguien a recogerte en el aeropuerto. Eso sí sería una gran putada, ¿no crees?

Mierda. No lo pensé. Tampoco es que anoche estuviese en condiciones de pensar demasiado. Ni siquiera pude cenar con mi familia porque estaba demasiado borracho para presentarme ante mi madre. Estoy seguro de que, si fuese otra persona la que estuviese

delante de mí, no dudaría en disculparme o al menos excusarme por mi descuido, pero Bianca… No, con ella no sirven las buenas palabras. No se molesta en preguntar, solo juzga, condena y se venga por lo que ella cree que ha sido una afrenta personal.

Aparto la sábana de un tirón y me siento en el borde de la cama completamente desnudo. Durante unos segundos me dedico a frotarme el rostro para recuperar algo de nitidez mental. Entonces, alzo la vista y descubro que Bianca sigue justo delante de mí, con la misma expresión arrogante.

—Has llegado aquí por tu propia cuenta, ¿no? ¿Dónde está el maldito problema? —gruño antes de ponerme en pie.

Cuando estoy a punto de pasar por su lado, aparta la mirada.

—¿Puedes vestirte con algo más que los guantes? Se supone que no me has hecho venir solo para verte en pelotas.

No me molesto en responder a su provocación. Solo camino hasta el vestidor y, una vez ahí, me cambio los guantes por otros limpios y me pongo un pantalón de algodón sin ropa interior. Al regresar al dormitorio, encuentro a Bianca en el mismo lugar que la dejé. Toda la puta habitación huele a su perfume.

—Tienes buen aspecto —comento, haciendo un gesto con la mano en su dirección.

Ella estrecha la mirada sobre mí con gesto confuso. Si bien es cierto que siempre está preciosa, no acostumbro a decírselo. Es más, creo que es la primera vez que lo hago desde que nos casamos.

—Luca, estoy sin dormir, agotada y siento unas ganas irrefrenables de quedarme viuda. Sea lo que sea que busques con este jueguecito, déjalo para otro momento. Dime por qué me has hecho venir hasta aquí con tanta prisa.

Esbozo media sonrisa y sacudo la cabeza de un lado a otro.

—Tú siempre tan directa… ¿No quieres desayunar antes? Me vendría bien un café.

Inspira hondo por la nariz y vuelve a cruzarse de brazos.

—Apuesto a que la chica que te follaste anoche estará encantada de prepararte uno; es más, seguramente se apunte hasta a comerte la polla por debajo de la mesa mientras tú desayunas tan tranquilo, pero eso será después de que me digas qué demonios quieres de mí.

Admito que una parte de mí siente una especie de admiración insana por la capacidad de Bianca para dar esas réplicas tan… ¿ingeniosas?, ¿directas?, ¿poco convencionales? Es valiente, decidida y no me teme; eso es algo que me gusta y odio al mismo tiempo.

—Siéntate si quieres —digo, haciendo un gesto con el dorso de la mano en dirección a la cama.

Bianca arruga la nariz con una mueca de asco.

—Creo que paso, gracias —responde cortante.

Respiro hondo y me preparo mentalmente para la conversación que estamos a punto de tener. Ni siquiera sé cómo plantearlo sin parecer un puto idiota. No puedo solo decirle: «Oye, he pensado que es buena idea que tengamos un hijo».

—Bien, como prefieras —digo tras exhalar con fuerza. Me acerco a la mesita de noche y, tras sacar un cigarrillo del paquete, lo enciendo y le doy una calada larga. Al menos el olor a tabaco sofocará ese jodido aroma floral que me está calentando la sangre —. Te he pedido que vengas para hacerte una propuesta que creo que puede ser muy beneficiosa para ambos. Verás…

—Cuéntamela y yo decidiré si es o no beneficiosa para mí —replica.

Hago acopio de mi poca paciencia y le lanzo una mirada no muy amistosa. Pocos hombres se atreven a hablarme en ese tono. De

hecho, si no la necesitara para cumplir con los malditos caprichos de su padre, le daría una jodida lección solo por hablarme con tan poco respeto.

—Eso es lo que pretendo. ¿Me dejas o vas a seguir interrumpiéndome? —Pone los ojos en blanco a modo de respuesta, así que decido continuar—. Ayer me reuní con tu padre y tuvimos una charla bastante interesante. Él cree que nuestro matrimonio no es lo bastante sólido porque después de dos años casados aún no le hemos dado un heredero.

Suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Me importa tanto lo que piense mi padre como lo que puedas pensar tú, absolutamente nada. ¿En serio he hecho el viaje con tanta urgencia para que me hables de los delirios de un viejo?

—No son delirios, Bianca. Tiene razón, y estoy seguro de que no solo él lo ha pensado. Apenas comparecemos juntos en actos públicos y tú pasas la mayor parte del tiempo viajando.

—Eso fue lo que acordamos, ¿recuerdas? Yo obtuve mi libertad y tú ser el yerno y sucesor de Luciano Rossetti. Para eso sirvió todo lo del matrimonio.

—Bueno, yo no tengo lo que quería, aún no. —Estrecha su mirada sobre mí con desconfianza. Tomo una respiración profunda y decido soltarlo de una vez—. Quiero que renegociemos los términos del acuerdo. Necesito que tengamos un hijo.

Se queda callada unos segundos y después vuelve a reír a carcajadas. Me contengo para no zarandearla o, mejor aún, podría estrangularla con mis propias manos. Eso sería divertido. Espero a que se calme en absoluto silencio, aunque no puedo evitar mirarla con dureza.

—Como broma es muy buena, De Santis —dice con un hilo de voz cuando al fin deja de reír.

—No estoy bromeando.

Clava su mirada en la mía y una de las comisuras de su boca se estira, creando una especie de sonrisa macabra. Sus ojos verdes brillan de pura satisfacción. La muy perra se lo está pasando en grande a mi costa. Sorprendiéndome, da un par de pasos en mi dirección y alza la cabeza para no romper el contacto visual.

—Estás totalmente desesperado, ¿verdad? —pregunta en tono burlón. Expande más su sonrisa y se muerde el labio inferior—. A ver si lo adivino, mi querido papi se niega a dejarte participar en los negocios familiares a no ser que le demuestres que eres uno de los suyos, y, para ello, debes darle un heredero. ¿Me equivoco?

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad? —siseo con la mandíbula apretada.

Se aparta el pelo de la frente con un golpe de cabeza más que ensayado y asiente.

—No te imaginas cuánto.

—Respecto al trato…

—Luca, no voy a dejarme preñar por ti. Me importa una mierda lo que hayas hablado con mi padre. Los términos que acordamos siguen vigentes y no tengo ninguna intención de renegociarlos. Eres un hombre con recursos. Estoy segura de que encontrarás la forma de salirte con la tuya.

—Estoy de acuerdo contigo, podría buscar otra manera, pero mi tiempo es limitado.

—¿A qué te refieres? —inquiere, arqueando una ceja sin dejar de sonreír.

Le doy una última calada al cigarrillo y me acerco a la mesita de noche para aplastar la colilla contra el fondo del cenicero.

—Tu padre está emperrado en tener un heredero, y no le importa cuál de sus dos hijas sea la que se lo dé.

—¿Cómo dices?

Observo con atención cómo su sonrisa maliciosa se desvanece poco a poco mientras va asimilando mis palabras. Esa era justo la reacción que estaba esperando. Me acerco a ella despacio, invadiendo su espacio personal, y esta vez soy yo el que sonrío.

—Ahora eres tú la que parece desesperada, Diavuletta —susurro —. Supongo que ya estás lista para renegociar los términos de nuestro acuerdo.

Frunce el ceño y sacude la cabeza de un lado a otro.

—No puede ser. Rina es solo una niña y está en el internado.

—Por lo visto, vuestro padre piensa que dieciséis años son suficientes para convertirse en esposa y madre. Su intención es ofrecerle su mano a Filipo Santoro.

—¡¿Qué?! —exclama—. ¿El hermano de Camilla? No puede hacer eso.

—Lo hará si tú y yo no le damos lo que quiere. Así que, dime, ¿cuándo crees que podemos empezar a buscar una clínica? He pensado en la inseminación artificial para no incumplir tus condiciones, aunque, si prefieres hacerlo de la manera tradicional, no tengo inconveniente.

Me lanza una mirada fulminante que recibo sonriendo. Me encanta que las tornas hayan cambiado y ahora sea ella la que esté contra las cuerdas. El que ríe último…

—Por encima de mi cadáver —masculla entre dientes.

—No, Diavuletta, te necesito viva para que cargues con nuestro pequeño retoño durante nueve meses. Después ya decides tú lo que quieras hacer. ¿Busco la clínica o…? —Antes de que pueda terminar la pregunta, da media vuelta y empieza a caminar hacia la salida—. ¡¿Dónde demonios vas?

—¡A dormir!

—¡Estamos hablando, Bianca! —grito cuando ya casi se ha ido.

—Habla solo. Con lo mucho que te gusta escucharte a ti mismo, no será un problema —masculla antes de salir y cerrar la puerta con un golpe sonoro.

En cuanto me quedo a solas, empiezo a reír a carcajadas y me dejo caer de espaldas sobre el colchón. Puede que Bianca me saque de mis casillas como nadie es capaz de hacerlo, pero admito que devolverle cada golpe resulta increíblemente satisfactorio y entretenido.

Capítulo 15

Bianca

Golpeo el saco de boxeo con un puño y después cambio al otro de manera sucesiva. Cada puñetazo es más fuerte que el anterior, y también más rápido. Apenas siento ya los brazos y me falta el aliento cuando Romeo aparta el saco de mi alcance, obligándome a parar.

—Si sigues con esa intensidad, mañana no podrás moverte —dice, sujetándome por las muñecas.

Resuello con fuerza y sacudo la cabeza, haciendo que varias gotas de sudor salgan volando. Tengo el pelo empapado y pegado a la frente, mi ropa deportiva no se encuentra en mejores condiciones.

Esta mañana, después de llamar a Rina al internado y que ella me confirmara que, en tres meses, regresará a Nueva York, intenté dormitar un rato, pero apenas pude conciliar el sueño. Vine directa al gimnasio que hay en la planta baja de la casa para quemar un poco de mi mal humor y, de paso, a ver si por obra divina de Dios, mientras me ejercito hasta el agotamiento, se me ocurre una forma de solucionar todo este lío. Podría haber usado el gimnasio del ala

privada que comparto con Luca, pero corría el riesgo de encontrarme con él y aún no estoy preparada para responder a su propuesta. Sé lo que voy a hacer, pero no el «cómo».

Romeo me tiende una botella de agua y una toalla. Le lanzo una mirada de agradecimiento mientras me seco el sudor y después bebo hasta que no queda ni una sola gota en la botella.

—Quiero ir a la mansión y meterle un jodido tiro en la cabeza —digo, aún sin aliento.

Mi amigo no necesita que diga su nombre. Sabe que me estoy refiriendo a mi padre. Solo hay dos personas a las que sería capaz de matar con mis propias manos: Luciano Rossetti y mi propio esposo, aunque a ambos por distintos motivos.

—Lo sé, pero no puedes hacerlo.

Lanzo al suelo la botella vacía y la toalla, y subo la guardia. Romeo enseguida se da cuenta de lo que pretendo. Agarra un par de manoplas, se las enfunda y las coloca frente a mí.

—¿Por qué no puedo? —gruño, soltando un directo con la izquierda que resuena seco contra el cuero acolchado.

—Sube la guardia —me advierte, y justo cuando está a punto de golpearme con una manopla en la cabeza, lo bloqueo con los puños. Sonríe y me hace un gesto para que vuelva a lanzar otro golpe—. No puedes matar a tu padre porque, a ojos de la organización, te convertirías en una traidora. —Lanzo un gancho con rabia que impacta de lleno en su manopla derecha.

—A veces pienso que es lo mejor. Solo así podré librarme de él. —Estoy a punto de golpear de nuevo, pero Romeo retrocede y me mira, frunciendo el ceño.

—Créeme, no es eso lo que quieres —afirma, y un destello de tristeza ensombrece su mirada.

Asiento y recupero mi posición. Él sabe mejor que nadie lo que

es vivir cargando con el peso de la traición. Después de tantos años sigue pagando por los pecados de su padre, y eso es algo que nunca cambiará.

Volvemos al entrenamiento, pero esta vez mi amigo me hace esforzarme aún más, esquivando, dando pasos laterales y entrando y saliendo de su campo de golpeo. En solo unos minutos vuelvo a estar jadeando de puro agotamiento y siento como si mis hombros pesaran toneladas. Al ser tan baja, todos mis puñetazos son por encima de la cabeza, y eso es algo que acaba destrozándome las articulaciones.

—El muy hijo de puta me está obligando a tomar medidas desesperadas —resuello antes de bloquear otro golpe muy cerca de mi oído.

—¿Has pensado ya qué vas a hacer? —Muevo la cabeza de un lado a otro para esquivarlo, recupero mi centro de gravedad y le lanzo un rodillazo al costado.

Por supuesto, Romeo no tarda en leer mi intención y bloquea mi pierna con un golpe rápido. Me conoce demasiado bien como para tomarlo por sorpresa. Todo lo que sé sobre el uso de armas y defensa personal me lo ha enseñado él.

Recupero la guardia y doy pasos cortos mientras muevo mis doloridos hombros en círculos para desentumecerlos.

—No es que tenga demasiadas opciones. Aceptar la propuesta de Luca es la única manera de, al menos, ganar un poco de tiempo.

—¿Por el método tradicional? —pregunta en tono burlón.

Lanzo un *jab* corto, cuando él lo bloquea, doy un paso dentro e insisto con un *uppercut* directo a su mandíbula. Esta vez no consigue levantar la guardia a tiempo. Sonrío satisfecha mientras él hace muecas de dolor.

—¿Te siguen quedando ganas de burlarte de mí? —inquiero con

una ceja arqueada.

—Vale, esa me la he ganado. —Se toca la barbilla medio sonriendo y niega con la cabeza.

—Escúchame bien: en el hipotético caso de que el mundo se extinguiera y que solo quedáramos Luca De Santis y yo en un planeta desértico, preferiría hacérmelo con un cactus.

—Me ha dolido solo de imaginarlo —comenta, arrugando los labios.

Ambos reímos y nos vamos hacia un lateral del gimnasio, donde, tras quitarnos los guantes y las manoplas, bebemos algo de agua en silencio.

—¿Nunca te has sentido atraída por él? ¿Ni una sola vez?

Estoy a punto de contestar con un «no» rotundo cuando a mi mente acuden varias imágenes no muy recientes. La primera hace ocho años, en el invernadero de la mansión Rossetti. «¿Qué posibilidades tengo de recibir un adelanto de nuestra noche de bodas ahora mismo?», «Conozco mil formas de hacerte disfrutar sin que dejes de ser virgen, Diavuletta». Casi puedo escuchar su voz en mi oído y notar su aliento cerca de mis labios. La siguiente vez que sentí algo parecido fue justo después de casarnos, en la que se supone que era nuestra noche de bodas. Jamás olvidaré la mirada encendida de Luca mientras me devoraba con los ojos. «Vamos, incumple tu palabra. Te reto a que lo hagas», «Te llenaré tanto la boca que te resultará imposible sonreír». Recuerdo que cuando se marchó esa noche sentí una sensación extraña. Una parte de mí estaba entusiasmada con la idea de que Luca cumpliera sus amenazas.

Trago saliva con fuerza y sacudo la cabeza de un lado a otro para sacar esas estúpidas imágenes de mi mente. Dos, esas fueron las veces que sentí una especie de ardiente y extraña atracción por

mi esposo. Y puede que esta mañana al verlo completamente desnudo… Sí, tal vez me haya fijado más de la cuenta en cierta parte de su anatomía, que incluso en reposo aparentaba un tamaño bastante significativo.

«¡Mierda, detente, Bianca!».

—Nunca —digo, agachando la mirada tras carraspear.

Pasan unos segundos en los que intento librarme de esa sensación extraña que me calienta las entrañas. Sea lo que sea, no tardaré en erradicarlo, como hago con todo lo que no me conviene.

—Pues yo sí me lo follaría —suelta Romeo de pronto.

Alzo la cabeza de golpe y suelto una carcajada.

—Tú no cuentas. Te follarías a cualquiera —añado sin dejar de reír.

—¡Oye!, ese comentario me ofendería si no fuese verdad.

Ambos sonreímos. A Romeo le da igual que sea hombre o mujer mientras tenga un agujero por donde meterla, y si algo no le faltan son agujeros. Con ese cuerpo trabajado a base de ejercicio y su cara de rasgos angulosos, parece que hubiese sido esculpido por los mismísimos dioses.

—Por cierto, esta mañana fui a buscarte a tu dormitorio, pero no estabas. ¿No podías esperar para ver a tu…? ¿Qué es lo que sois exactamente?

—Nada —susurra, mirando a un lado y a otro con cautela.

Pongo los ojos en blanco. No hay nadie en el gimnasio, pero, aun así, Romeo siempre está alerta. Lo entiendo. Ya tiene bastante con haber heredado de su padre la etiqueta de traidor; si los hombres de esta casa se enteraran de la variedad de sus preferencias sexuales, le harían la vida imposible.

Me acerco más, esbozando una sonrisa traviesa, y le clavo el dedo índice en las costillas.

—¿En serio no vas a contarme quién es él?

—¿Qué te hace pensar que es un «él» y no una «ella»?

—Si se tratara de una de las chicas del servicio, no lo mantendrías tan en secreto, y, aparte de ellas, las únicas tres mujeres que vivimos en esta casa somos las señoras De Santis. Yo estoy descartada. A pesar de tu amplio abanico de conquistas, dudo mucho que Stella… —Hace una mueca de asco al escucharme mencionar el nombre de la madre de Luca—. Entonces, la única que queda es Ilenia, la esposa de Vincenzo.

Frunzo el ceño y pierdo la sonrisa de golpe. Espero que no sea verdad.

Capítulo 16

Bianca

Cuando ya estoy al borde del ataque de ansiedad, al fin, Romeo decide salir en mi ayuda.

—Tranquila, no me estoy acostando con Ilenia De Santis —susurra para tranquilizarme.

Suspiro aliviada y le lanzo una mirada de advertencia.

—Más te vale no meterte en algo así. Los De Santis están tarados. Estoy segura de que Vincenzo no dudaría en matarte si te ve cerca de su mujer.

—Descuida. Además, esta mañana salí a correr muy temprano. Tú eres la que no es capaz de dormir rodeada de gente. Yo pasé casi todo el vuelo roncando y, al llegar, estaba fresco como una rosa.

—Suerte la tuya —murmuro, haciendo una mueca de disgusto.

—¿Por qué no aprovechas para acostarte un rato antes de la cena? Por cierto, ¿has comido algo desde ayer?

—No, y empiezo a estar hambrienta. Creo que voy a darme una ducha y pasaré por la cocina a picar alguna cosa antes de acostarme. Quiero dormir al menos diez horas sin interrupciones.

Mi amigo va a decir algo más cuando escuchamos que la puerta del gimnasio se abre de golpe y Elmo, el hijo de Vincenzo e Ilenia, entra en la sala, caminando con las manos en los bolsillos del pantalón, como el dueño y señor de todo lo que lo rodea. No sé qué es lo que tienen los De Santis. Se ve que lo de ser unos capullos arrogantes les viene en los genes porque el crío apenas levanta unos palmos del suelo y ya es insoportable.

—¿Qué pasa, Serra? —saluda sin mirarlo.

—Señor De Santis… —contesta Romeo, haciéndole una especie de reverencia con la mano.

Me contengo para no soltar una carcajada. Es increíble lo mucho que el crío se parece a su tío. Tienen el mismo color de ojos, las mismas facciones e incluso la forma de andar y expresarse es muy similar. Sin embargo, esa actitud chulesca, viniendo de alguien con la estatura, porte y corpulencia de mi marido, resulta imponente y hasta podría aventurarme a decir que intimidante, pero en Elmo… Solo tiene ocho años y va diciendo por ahí que se convertirá en el siguiente Don de Filadelfia. Es una mezcla entre mono, tierno y patético.

—¿Qué haces aquí, Elmo? —le pregunto, cruzándome de brazos.

—Estoy buscando a mi tío. ¿Lo has visto?

Niego con la cabeza.

Desde esta mañana no he vuelto a ver a Luca, y por ahora prefiero que siga siendo así. Está claro que, tarde o temprano, tendremos que hablar, pero antes quiero dormir unas cuantas horas. Necesito renovar todas mis energías para enfrentarme a ese cabrón.

—¿Lo has buscado en su despacho? —le pregunta Romeo.

—No. Ve a ver si está allí —ordena.

Vuelvo a poner los ojos en blanco. Lo que yo decía, es igual de prepotente e irrespetuoso que su tío.

—¿A los De Santis no os enseñan a decir «por favor» y «gracias»? —escupo sin poder contenerme.

El chico me mira fijamente y pestañea rápido, como si no se esperara ese comentario por mi parte. Al igual que su tío, no está acostumbrado a que nadie le ponga límites.

—Iré a echar un vistazo al despacho —dice Romeo, rompiendo nuestra guerra de miradas. Se gira, dándole la espalda al crío, y se acerca más a mí—. Te dejo con el engendro del demonio. Ahora que vas a entrar en la maravillosa fase de la maternidad, te vendrá bien coger algo de práctica. —Le lanzo una mirada dura y el muy capullo se marcha, conteniendo la risa.

En cuanto nos quedamos solos, miro de nuevo a Elmo. Ya no tiene esa expresión de arrogancia en su rostro, incluso su postura ha cambiado. Hasta me parece notar que está algo asustado. Exhalo con fuerza. Tampoco es justo que pague mis frustraciones con un niño pequeño. Al fin y al cabo, él no tiene la culpa de que esté casada con su tío.

—¿Tienes hambre? Pensaba ir a la cocina a comer algo después de ducharme. Puedes acompañarme si quieres.

Parece dudar antes de responder.

—Eh… Mi madre no me deja comer nada a estas horas. Dice que, si lo hago, después no ceno —responde, recuperando un poco su habitual pose chulesca.

—Tal como yo lo veo, si no comes porque ya has comido antes, no es un problema. Prometo no contárselo a nadie. ¿Vienes?

Estrecha su mirada sobre mí y una sonrisa muy parecida a la de su tío se dibuja en sus labios.

—Vale, pero quiero tarta de chocolate.

—Hecho. Deja que me duche y nos vemos en la cocina en media hora.

El crío asiente y, tras dar media vuelta, abandona el gimnasio de la misma forma que entró: pisando fuerte y con la barbilla bien alta. Lo observo mientras se pierde por el pasillo y cabeceo de un lado a otro. Me compadezco de la pobre mujer que algún día tenga que compartir su vida con ese chico. Por experiencia propia sé que va a desarrollar instintos homicidas en cuestión de días, o puede que incluso menos. Yo no necesité cruzar más de un par de palabras con Luca para saber que es todo aquello que desprecio en esta vida.

«Y, aun así, ha logrado ponerte cachonda dos veces», resuena en mi mente.

Chasqueo la lengua contrariada y me cruzo de brazos. Dos veces, pero no habrá ninguna más. Estoy completamente segura de que nunca volveré a bajar tanto la guardia con él como para que me afecte.

Luca

Alguien llama a la puerta del despacho principal justo cuando acabo de debatir con mi hermano la propuesta que le he hecho esta mañana a mi esposa. Por supuesto, él no está de acuerdo, pero eso es algo que ya esperaba.

—Adelante —digo en voz alta para hacer pasar a quien sea que esté al otro lado de la puerta.

Cuando la puerta se abre, Serra camina hacia el interior de la estancia. Frunzo el ceño al verlo sin camiseta y cubierto de sudor, como si justo acabara de salir de un concurso de Míster torso perfecto.

—De Santis, Elmo te está buscando —informa. Mi hermano se

gira hacia él, pero Serra niega con la cabeza y luego me señala a mí.

—¿Hay escasez de ropa en la casa? —inquiero tras darle un trago largo a mi vaso de licor.

—¿Cómo dices? —Me mira confuso, yo rodeo la mesa y señalo con el dorso de la mano su pecho desnudo.

—Ponte una camiseta, Serra. No estás en la puta playa —siseo entre dientes. Va a replicar, pero lo corto alzando la mano—. ¿Dónde está Elmo? —pregunto.

Inspira profundamente por la nariz, exhala por la boca y esboza un falso amago de sonrisa.

—Hace un momento estaba en el gimnasio —contesta.

—Bien. —Me giro y, tras vaciar el contenido del vaso en mi boca, lo dejo sobre la mesa con un golpe sonoro. Al pasar junto a mi hermano le doy una pequeña palmada en el hombro—. Nos vemos en la cena —mascullo antes de salir del despacho.

No encuentro a mi sobrino en el gimnasio de la planta baja y tampoco en ninguna de las salas de estar. Antes de aventurarme escaleras arribas, decido echar un vistazo en la cocina y al fin doy con él allí, además, acompañado por la persona que menos me esperaba, ni más ni menos que mi esquiva y huidiza esposa.

Me detengo antes de entrar y los observo. Ambos están sentados frente a la mesa, devorando lo que parece ser una enorme porción de tarta de chocolate.

—No sé si voy a ser capaz de terminarla —dice Elmo con la boca a rebosar de pastel.

Bianca lame el pequeño tenedor que está usando para comer y esboza media sonrisa. Al menos, ella traga antes de empezar a hablar.

—Tranquilo, yo puedo comer el resto sola —responde en tono de broma.

Intenta tirar del plato hacia ella, pero mi sobrino lo agarra y suelta una carcajada, haciendo que varios trocitos de pastel caigan sobre la mesa.

—De eso nada. Es de los dos.

Bianca deja que se acerque el plato y sonríe de oreja a oreja. Es extraño, nunca la había visto así, con los ojos tan brillantes y una expresión de verdadera diversión.

«Tal vez lo de tener un hijo no sea tan mala idea después de todo». El pensamiento se hace eco en mi mente antes de que pueda frenarlo. Enseguida me enderezo y sacudo la cabeza de un lado a otro. Es la mayor estupidez que se me ha ocurrido nunca. Si al final ella acepta mi propuesta, lo hará por pura conveniencia y dudo que algún día llegue a ser una buena madre. Las mujeres como Bianca, tan superficiales y egoístas, no tienen ni una pizca de instinto maternal en su interior.

Capítulo 17

Luca

Antes de que se me vuelva a ocurrir otra tontería aún más grande, entro en la cocina, interrumpiéndolos en mitad de lo que parece ser un juego en el que mi sobrino habla con la boca llena y Bianca intenta descifrar lo que dice.

—No he entendido ni una sola palabra —comenta ella, negando con la cabeza.

Mi sobrino lo sigue intentando y ambos vuelven a reír a carcajadas hasta que Bianca se da cuenta de que estoy presente. Su sonrisa se apaga de golpe y frunce el ceño.

—Elmo, ¿no tienes prohibido comer antes de la cena? —inquiero, cruzándome de brazos.

Al escuchar mi voz, el crío se atraganta y entonces empieza a toser con fuerza. Antes de que pueda llegar a su lado, Bianca se abalanza sobre él y lo golpea repetidamente en la espalda para que pueda escupir los restos de la masa pastosa de chocolate sobre la mesa. Cuando ya parece haberlo sacado todo, ella misma le tiende un vaso de agua que Elmo no tarda en beber.

—Chico, intenta no morir de una manera tan estúpida, ¿quieres? —dice mi esposa mientras sigue dándole golpecitos en la espalda.

Esboza una especie de sonrisa a medias que no le llega a los ojos y fija su mirada en mí.

—¿Estás bien, Elmo? —pregunto.

El crío se termina el agua y alza una mano por encima de su cabeza.

—He visto a Dios muy cerca —resuella sin aliento.

Me acerco más a él y le lanzo un par de servilletas para que se limpie los chorretones de chocolate y agua que le caen por la barbilla.

—A Dios lo vas a ver cuando tu madre se entere de lo que estás haciendo aquí, idiota. ¿Por qué me andabas buscando?

—Ya no me acuerdo. Bianca me dijo que podía comer tarta. —Ella le lanza una mirada recriminatoria y el muy canalla se encoge de hombros—. La avisé de que no podía, pero le dio igual.

Casi me echo a reír. Algún día, este niño nos matará a todos y aún tendrá las pelotas de echarle la culpa a otro. Es incorregible.

—Lárgate de aquí. Esta vez no le diré nada a tu madre, pero vas a ir a cenar y comerás todo lo que te sirvan sin rechistar.

—Pero… —empieza a quejarse.

Arqueo una ceja y, aunque pone mala cara, no sigue con la réplica. Solo se baja de la silla de un salto y, cuando pasa a mi lado, aprovecho para golpearle despacio en el cogote. Al volver a mirar a Bianca, descubro que ha vuelto a tirar del plato y se está terminando la porción de tarta como si nada.

—Aquí estabas —comento, caminando en su dirección. Me detengo junto a la mesa y esbozo una sonrisa ladeada—. Después de que salieras corriendo de mi dormitorio esta mañana, estuve pensando que tal vez debí haber sido más comedido. Está claro que

te escandalizaste al verme desnudo, ¿no?

Tras pinchar otro pedazo de tarta, arquea una ceja en mi dirección.

—Supongo que alguien te ha dicho que eres gracioso. Bueno… No es cierto —responde justo antes de meterse el tenedor en la boca.

Ignoro su pulla y estrecho la mirada sobre ella, perdiendo la sonrisa.

—¿Has pensado ya en mi propuesta? El tiempo escasea, Bianca. Si no hacemos algo ahora, tu padre acabará tomando su propio camino.

Termina de tragar y deja el tenedor en el borde del plato con extrema delicadeza, después se limpia las comisuras de la boca con una servilleta y hace una respiración profunda.

—Sí, lo he pensado —contesta.

—¿Y bien?

Se pone de pie, se sacude las migas de la parte delantera de la blusa azul que lleva puesta y al fin alza la cabeza para mirarme.

—Tú ganas, De Santis.

Me cruzo de brazos y, cuando estoy a punto de soltar un nuevo comentario jocoso, me fijo en la comisura de su boca; ahí, junto al labio inferior, tiene una pequeña mancha de chocolate. Por un instante siento el impulso de estirar la mano y retirarla yo mismo o, mejor aún, puedo acercar la lengua y… Sacudo la cabeza de un lado a otro, frenando de golpe el rumbo que acababan de tomar mis pensamientos, y carraspeo.

—¿Cómo quieres hacerlo? —pregunto con un tono de voz un par de tonos más ronco de lo habitual.

—No tan rápido. Tengo una condición para aceptar esta locura.

—¿Por qué no me extraña? Contigo todo son condiciones.

¿Nunca has hecho nada por simple altruismo?

—No, y tampoco voy a empezar ahora.

Resoplo con fuerza y arqueo una ceja de manera interrogante.

—¿Qué es lo que quieres?

—Un pasatiempo —responde, encogiéndose de hombros.

—Si todo sale bien, en poco más de nueve meses tendrás uno de carne y hueso.

—Ya, pero van a ser nueve meses muy largos. Si tengo que fingir ser tu abnegada esposa a tiempo completo, al menos necesito algo con lo que distraerme para no acabar pegándome un tiro en la cabeza.

—Oye, esa idea tampoco me parece tan mala —comento en tono burlón.

—También puedo optar por dártelo a ti —replica de inmediato.

—Aún no me has dicho qué es lo que quieres.

Se peina su melena rubia hacia atrás con los dedos y ladea un poco la cabeza.

—Me gustaría involucrarme en los negocios familiares.

Abro mucho los ojos con sorpresa.

—¿Quieres trabajar? —Asiente y casi me echo a reír por lo absurdo de su petición—. ¿En qué exactamente? ¿Tareas de oficina? Tengo un par de empresas que…

—No me refiero a las tapaderas, Luca —me corta.

—Oh, entonces has decidido que quieres convertirte en una criminal, ¿es eso?

Se me escapa la risa y recibo una mirada muy poco amigable por su parte.

—He nacido con un apellido que me convierte en criminal, me guste a mí o no. ¿Tan raro te parece que quiera involucrarme en los negocios que sustentan todo aquello que me rodea? Tampoco te

estoy pidiendo que me metas en un tiroteo, solo que me des algo que hacer mientras me quedo encerrada en esta mazmorra.

—¿Pretendes quitarme el puesto, Diavuletta? —pregunto en tono burlón.

—¿Preocupado, De Santis? —Arquea una ceja y esboza media sonrisa.

—Sinceramente, no creo que ningún cabeza de familia esté de acuerdo en que metas las narices en los asuntos de la organización.

—¿Porque soy mujer? —inquiere, perdiendo la sonrisa.

«Sí, además de una niñata malcriada y caprichosa que no ha movido un dedo por sí misma en toda su vida», pienso, pero solo asiento con la cabeza.

—Nadie tiene por qué enterarse. Con que me asignes algunas tareas y me dejes participar en detalles menores de los negocios me conformo.

—Está bien. Ahora, responde a mi pregunta, ¿cómo quieres hacer lo del bebé?

—¿A ti qué te parece? —Pone los ojos en blanco y resopla, dejando que su aliento golpee mi rostro—. Busca una buena clínica y, sobre todo, que sea discreta.

—Créeme, soy el más interesado en que nadie se entere de esto.

—Pobre, alguien podría poner en duda tu hombría, ¿verdad, bebé?

Una oleada de furia recorre mi cuerpo. Estoy harto de sus insinuaciones maliciosas. A cualquier otra persona, por mucho menos, ya le habría pegado un tiro. Doy una zancada larga en su dirección y la agarro por la barbilla con firmeza.

—Esta es la última vez que voy a advertirte, Bianca. Si vuelves a burlarte de mí en cualquier contexto sexual, te follaré tan fuerte y tan profundo que lo único que podrán hacerte en la clínica será

certificar la muerte por aplastamiento de tus ovarios.

Abre mucho los ojos, como si no se esperara en absoluto lo que acabo de soltar. En realidad, tampoco es que lo haya pensado demasiado. Una vez más, solo he actuado por puro impulso. Estoy a punto de retroceder, pero antes de hacerlo, y de nuevo llevado por un impulso, deslizo el dedo pulgar por la comisura de su boca. Con la mancha de chocolate pegada al cuero del guante, doy un par de pasos atrás y me llevo el pulgar a la boca sin dejar de mirarla a los ojos.

El sabor dulzón explota en mi paladar y, por un segundo, me pregunto cómo sería comer de esta tarta directamente de su boca. Enseguida soy consciente de que me estoy volviendo a desviar del camino y retrocedo un paso más.

—Busca la jodida clínica —sisea Bianca con los puños apretados antes de pasar por mi lado para marcharse.

—Cámbiate. En un rato cenaremos con mi familia —digo antes de que pueda abandonar la cocina.

Se gira a medias y me mira, frunciendo el ceño.

—Creo que paso.

—No te estoy preguntando. Si vamos a hacer creer a todo el mundo que somos una pareja convencional, tendremos que empezar a comportarnos como tal. Cenamos con mi familia y mañana viajamos a Sicilia.

—¿Mañana? Aún faltan tres días para el cumpleaños del capo.

—Cierto, pero este año vamos a ser de los primeros en llegar. Si pretendemos engañar a tu padre y al resto de la organización, cuanto más tiempo pasemos con ellos, mejor.

Resopla con fuerza y retoma la salida, pisando con contundencia sobre el suelo de granito.

—Voy a arrepentirme de esto, joder —escucho que dice antes de

perderla de vista.

Capítulo 18

Bianca

El cabrón de Romeo aún no ha dejado de reír desde que le conté que estoy a punto de ir a cenar con la familia De Santis al completo. Por más que intento verle la gracia al hecho de que voy a pasar una de las veladas más aburridas e incómodas de los últimos años, no la encuentro por ningún lado.

—Me encantaría ver la cara de Stella De Santis cuando aparezcas vestida así a su mesa —se burla mi amigo justo antes de soltar una nueva carcajada.

Echo un vistazo a mi ropa: un simple pantalón vaquero, blusa y chaqueta americana arremangada a la altura de los codos. Tampoco voy tan mal, pero las cenas con la familia De Santis son todo un acontecimiento en el que hay que vestir con las mejores galas, y lo peor es que lo hacen cada noche por orden directa de mi suegra.

—Si no creen que esté a la altura, pueden echarme. No me pondré un vestido solo para cenar con ellos —comento, encogiéndome de hombros.

Romeo al fin deja de reír y se aleja de la mesa de macetas en la

que estaba apoyado para venir hacia mí. Al igual que en la mansión Rossetti, el invernadero se ha convertido en el lugar donde venimos cuando queremos estar solos y alejados de todos los demás. A excepción de los jardineros, nadie pasa por aquí y podemos hablar lejos de oídos indiscretos.

—Bianca, vas a provocarle un infarto a la pobre mujer.

—No lloraré su muerte.

Vuelvo a encogerme de hombros y camino por la fila de mesas cargadas de macetas. Al llegar al fondo, me agacho y aparto varios trastos para poder acceder a las armas que tengo guardadas dentro de un cubo de jardinería. Cojo una 9 mm y regreso junto a Romeo.

—Espera, ¿vas a ir a esa cena armada?

—Por supuesto. Conozco pocas situaciones más hostiles que una reunión con los De Santis —contesto mientras guardo la pistola en la parte baja de mi espalda, oculta bajo la chaqueta.

Seguimos hablando un rato más del cambio que está a punto de suceder en nuestras vidas. Por el momento, se acabaron los viajes a Europa. Eso significa que nos veremos mucho menos porque, en esta casa, Romeo solo es mi guardaespaldas, un trabajador más a las órdenes de mi marido. A ninguno nos gusta esta nueva situación, pero tampoco es que podamos hacer nada para evitarla.

En cuanto volvemos a la casa principal, mi amigo se marcha y yo voy en busca de Luca a su despacho de la planta baja. Ahí es donde pasa la mayor parte del tiempo acompañado por su hermano. Cuando estoy a punto de llamar a la puerta, esta se abre y mi esposo, ya vestido con traje y camisa negros, unos zapatos relucientes y con el pelo bien peinado, me mira, frunciendo el ceño.

—Te dije que te cambiaras para la cena —gruñe entre dientes.

Esbozo media sonrisa y abro los brazos para mostrarle mi atuendo.

—Ya lo he hecho.

Me repasa con la mirada desde la cabeza hasta los pies.

—Bianca, no sé qué te han enseñado en tu casa, pero de la esposa de un Don se espera que, como mínimo, sepa vestirse acorde a cada ocasión que surja. Esta es una cena familiar.

—Lo sé, y en muchas familias cenan en pijama, pero creí que estaría fuera de lugar presentarme ante tu madre en camisón.

Exhala con fuerza y se pinza el puente de la nariz.

—No vas a ponerme las cosas fáciles, ¿verdad? —inquiere con los ojos entrecerrados.

Espero a que los abra y me encojo de hombros con gesto angelical.

—Antes de aceptar tu propuesta de matrimonio, te advertí que no iba a convertirme en una muñeca de exposición que pasear entre tus socios y amigos. Yo decido cómo vestirme, peinarme y maquillarme siguiendo mi propio criterio. Si no te gusta, solo pídeme que me marche y estaré encantada de cumplir con tu deseo.

Frunce el ceño y niega con la cabeza.

—Vas a venir a esa cena, aunque tenga que arrastrarte desnuda hasta el comedor —sisea con la mandíbula apretada.

—Desnuda. Qué interesante… —Me doy pequeños golpecitos en el labio inferior con la punta del dedo índice y entrecierro los ojos con gesto pensativo—. No deberías darme esas ideas si no quieres que las cumpla.

—Vámonos de una puta vez —masculla tras chasquear la lengua.

Me sujeta por el codo y tira de mí por el pasillo. Sus dedos, enfundados en el guante de cuero, se me clavan en la piel. Me freno de golpe, hundiendo los tacones en la alfombra, y Luca se gira de golpe.

—No soy un perrito al que tienes que llevar con correa, De

Santis. Soy muy capaz de caminar por mí misma.

Inspira hondo por la nariz y exhala por la boca, como si estuviese haciendo un ejercicio de contención. A veces me sorprende lo mucho que se reprime conmigo. Lo he visto interactuar con los cabezas de familia de la organización. Lo respetan y temen como lo que es, el Don de Filadelfia; sin embargo, por algún motivo que desconozco, conmigo es más permisivo y no voy a negar que me aprovecho de ello.

—Como no espabiles, te llevaré sobre el hombro y no será agradable porque, con cada paso que dé, sumaré un azote más en tu trasero. —Me suelta y se hace a un lado para que pueda caminar por delante.

Me acerco a él con una sonrisa ladeada y pongo mi mejor cara de niña buena.

—¿Intentas amenazarme o ponerme cachonda, De Santis? —pregunto en tono burlón.

Antes de que pueda responder, sigo avanzando por el pasillo con la satisfacción de haber salido vencedora de esta nueva batalla. Mi marido, como casi todos los hombres que conozco, deja de usar el cerebro cuando la polla toma el control. Eso es lo que nos hace a las mujeres mucho más peligrosas. Nosotras somos capaces de seguir pensando con claridad en cualquier circunstancia, incluso durante el sexo.

LUCA

Lo que esperaba que fuese una cena tranquila en familia, se ha convertido en una especie de batalla verbal entre mi madre y

Bianca. Admito que Stella De Santis no es la mujer más amable y simpática del mundo, al contrario. Desde que nuestro padre ya no está, su carácter se ha ido enfriando y endureciendo con el pasar de los años hasta convertirla en la persona que es hoy: hosca, cortante, demasiado intransigente e incluso soberbia en algunas ocasiones.

He sido testigo de varios incidentes en los que mi cuñada Ilenia ha terminado muy mal parada por culpa de mi madre. Vincenzo dice que en algún momento tendré que darle un toque de atención. Es mi madre, sí, pero yo soy el cabeza de familia y debe obedecerme. No es justo que trate mal a todo el que la rodea sin ningún motivo. No obstante, he sido reacio a ponerme en su contra. Al fin y al cabo, yo soy el culpable de que la mujer amorosa, amable y cálida que era antes ya no exista. Maté al amor de su vida, y con él también a la madre que tanto nos quería.

Tengo que contener un nuevo bufido cuando Bianca responde a otra de las provocaciones de mi progenitora. No se están insultando ni faltando al respeto; sin embargo, cada vez que mi madre hace algún comentario, casi siempre dirigido a cuestionar la moralidad y decencia de Bianca, esta contesta con burlas maliciosas y descaradas. Al principio de la cena, mi esposa estuvo más comedida, pero a medida que iba vaciando copas de vino se le ha soltado la lengua y ahora empieza a estar desatada.

—Entonces, Bianca, ¿crees que una mujer de bien debería andar por ahí en clubes nocturnos sin acompañante? ¿No te parece que es muy… osado?

Vincenzo me hace un gesto con la barbilla para que detenga esto antes de que se les vaya de las manos.

—¿Osado? Por supuesto que no —contesta Bianca. Se limpia las comisuras de la boca con una servilleta antes de dejarla junto al plato de postre y esboza una sonrisa descarada—. El secreto es justo

ese, ir siempre acompañada y no necesariamente por el mismo hombre. En la variedad es donde está el gusto.

—No estoy de acuerdo contigo —replica mi madre—. Yo me casé con diecisiete años y, hasta el día de la muerte de mi esposo, jamás estuve a solas con otro hombre que no fuese él. Una buena esposa es la que acompaña a su marido en cada paso del camino sin importar las dificultades que se presenten.

Justo cuando una de las chicas del servicio está a punto de rellenar de nuevo la copa de mi esposa, le ordeno que se marche y esta da media vuelta de inmediato. No creo que añadir más alcohol a la conversación ayude mucho.

Capítulo 19

LUCA

Al darse cuenta de que la criada está a punto de marcharse, Bianca alza la mano en el aire para detenerla. Mierda, creo que es la misma chica que me tiré anoche.

—No, bonita, vuelve aquí. —Le acerca la copa y sonríe de nuevo —. Llénala bien. Igual que mi esposo te llena a ti —dice sin importarle que toda mi familia la esté escuchando.

—No, es suficiente —intercedo.

A continuación, Bianca se gira en su silla y me mira con una ceja arqueada.

—Dime, Luca, ¿estás de acuerdo con tu madre? ¿Crees que una buena esposa se mide por lo obediente, dócil y manejable que pueda llegar a ser?

Le lanzo una mirada dura. Aunque la pregunta me la hace a mí, las palabras envenenadas no son más que una nueva provocación dirigida a mi madre. Supongo que la criada es lo que menos le importa. Ahora mismo su rival es mi madre.

—Lo que creo es que deberíamos retirarnos ya. Se está haciendo

tarde y mañana viajamos a Sicilia.

—¡No! Ahora que la conversación se ponía interesante… —Se gira de nuevo hacia mi madre—. Cuéntame más sobre tu matrimonio, Stella. ¿Qué fue lo que te atrajo de tu marido cuando lo conociste? ¿Fue su aspecto físico lo que te llamó la atención, su personalidad tal vez?

—Era un hombre recto y leal —responde mi madre sin perder la compostura.

—Leal… Bueno, está claro que los años cambian a la gente. De no ser así, no habría acabado siendo ejecutado por traición, ¿cierto?

El chirrido agudo que emite la silla de Vincenzo al arrastrarse por el suelo cuando se levanta de golpe resuena en todo el comedor. Ilenia lo sujeta por el brazo cuando está a punto de venir en dirección a Bianca.

—¡Suficiente! —gruño, poniéndome en pie yo también.

La agarro del codo y tiro de ella con fuerza. ¿Cómo se atreve a decir algo así? ¿Es que esta mujer no tiene una pizca de respeto por los demás? Mi hermano resopla con fuerza y vuelve a sentarse en su lugar sin dejar de mirar a Bianca. Estoy seguro de que, si no fuese mi esposa, ya la habría matado por sus palabras. Es más, me estoy planteando hacerlo yo mismo.

No permito que diga ni una sola palabra antes de sacarla del comedor a rastras, y, una vez fuera, solo sigo tirando de ella. Ignoro sus quejas, insultos y hasta los golpes que me propina en el hombro para que la suelte. Continúo caminando hasta cruzar toda la casa, y al llegar frente a su dormitorio, abro la puerta y la empujo con fuerza al interior.

—¡No soy tu maldito perro, De Santis! —me grita.

Entro tras ella y cierro la puerta con tanta fuerza que escucho cómo la madera del marco se resquebraja.

—Escúchame bien —siseo, intentando contenerme para no matarla aquí mismo—. Esta es la última vez que haces algo así. A partir de hoy solo vas a tener buenas palabras, amabilidad y respeto cada vez que te dirijas a mi madre. ¿Lo has entendido?

—Tu madre… —Suelta una carcajada y camina a mi alrededor—. Santa Stella de Calcuta. ¿No la escuchaste? Fue ella la que me provocó.

—Pues te jodes. Está en su casa.

—¿Y por eso nadie puede llevarle la contraria? ¡Es una amargada que cree que siempre tiene la razón!

—Cállate —siseo, apretando la mandíbula con fuerza.

—¿Qué? ¿No te gusta escuchar la verdad? Pues lo siento mucho, pero a mí no vas a silenciarme.

—Bianca, cierra la boca —le advierto.

—Seguiré diciendo lo que pienso. Ninguna vieja rancia y manipuladora va a decirme cómo debo comportarme.

—Cállate de una maldita vez —gruño, a punto de perder los nervios.

—¡No! Si vosotros queréis seguir siendo los peleles de Stella De Santis, es vuestro puto problema, pero yo…

—¡¿Qué acabas de decir?!

—¡Que te trata como a un pelele! ¡¿Lo has escuchado bien?! ¡Un puto pelele!

Sin ser capaz de contenerme más, me abalanzo sobre ella hasta arrinconarla contra la pared. Echo el brazo hacia atrás y estampo mi puño justo al lado de su cara, pero sin llegar a rozarla siquiera.

—¡Cierra la puta boca, joder! —vocifero.

En vez de amedrentarse, Bianca se echa hacia delante y me empuja por el pecho, pero no me muevo ni un centímetro.

—¿Y si no? ¿Qué vas a hacer si no me callo? —replica, clavando

su mirada en la mía.

Vuelve a empujarme. Esta vez respondo arrinconándola aún más contra la pared, hasta que todo mi cuerpo está pegado al suyo. Noto el calor de su piel a través de la ropa, su aliento cargado de alcohol en mi barbilla, el olor de su perfume envolviéndome como un suave y cálido día de primavera. Sin ser del todo consciente de mis actos, la sujeto por la nuca y estampo mis labios contra los suyos.

Durante un instante, Bianca se queda inmóvil. Solo soy capaz de notar los desbocados latidos de su corazón golpeando mi piel. Me aparto un milímetro. Estoy dispuesto a seguir retrocediendo, pero entonces ella rodea mi cuello con los brazos y sus labios se separan, dejando paso a mi lengua al interior de su boca.

La aprieto más fuerte contra la pared, hundiendo mi mano en su cabello rubio y disfrutando del sabor de su boca. Es jodidamente deliciosa. Bajo las manos por sus costados, acaricio la parte posterior de sus muslos sin dejar de mover los labios sobre los suyos, follándole la boca con la lengua de la misma manera que me encantaría estar haciéndolo con su coño. Un gemido ahogado resuena en la habitación y soy consciente de lo duro que me ha puesto en solo unos pocos segundos. Agarro sus muslos, tiro de ellos hacia arriba y, sin apenas esfuerzo, la cojo en el aire.

Bianca rodea mis caderas con las piernas y vuelve a gemir. Siento cómo sus uñas se clavan en mi nuca mientras nuestras lenguas batallan a muerte en el interior de su boca. La empujo una vez más contra la pared. Mi polla, más dura de lo que nunca recuerdo haberla tenido, queda encajada entre sus muslos abiertos, rozando su centro con cada respiración acelerada. Necesito follarla, aquí, ahora, antes de que me quede sin aire en los pulmones, porque, si depende de mí, sé que no voy a dejar de besarla hasta que pierda la consciencia por falta de oxígeno. No puedo. ¡Joder,

tampoco quiero hacerlo!

Me giro, con ella colgando de mi cintura, y sigo besándola como un maldito animal hambriento mientras camino en dirección a la cama. Mis rodillas chocan contra el borde del colchón y estoy a punto de caer hacia delante, pero logro mantener el equilibrio. Entonces, Bianca se aparta y toma una respiración profunda antes de abrir los ojos y mirarme con una mezcla de rabia y sorpresa dibujada en el rostro. Tiene los labios húmedos y rojos por mis besos, la mirada encendida y un rubor sutil mancha sus mejillas. Es simplemente preciosa y mía, aunque no la quiera, a pesar de que la deteste la mayor parte del tiempo, me pertenece. ¡Es mi esposa, maldita sea!

La profundidad de mis propios pensamientos me golpea como un puñetazo en el centro del estómago. Trago saliva con fuerza y lanzo a Bianca sobre el colchón sin ningún cuidado. Me quedo mirándola unos segundos, sin saber muy bien qué hacer o decir mientras intento recuperar el aliento. Ella parece tan afectada como yo por lo que acaba de suceder.

Abre la boca, vuelve a cerrarla y después aparta la mirada.

—Lárgate de aquí —sisea con rabia.

Retrocedo un paso y después otro y otro más hasta que llego a la puerta. No digo ni una sola palabra más. Solo doy media vuelta y salgo del dormitorio a toda prisa, como si el mismísimo diablo me estuviese persiguiendo.

Capítulo 20

LUCA

He intentado, sin éxito, dormir al menos unas pocas horas antes de abandonar la cama. Cada vez que cierro los ojos, acude a mi mente el recuerdo de todo lo que pasó anoche. La cena, la pelea con Bianca, ese jodido beso… No sé si estoy más confuso o si estoy más cabreado. ¿Por qué la besé? Y, más importante aún, ¿por qué lo disfruté tanto? Casi puedo notar aún su sabor en mi boca, dulce y ácido al mismo tiempo, una jodida contradicción, igual que todo lo que es y representa mi esposa.

«¿Intentas amenazarme o ponerme cachonda, De Santis?». Esa frase resuena en mi mente una y otra vez. Fue lo que Bianca me respondió cuando la amenacé con darle unos azotes en el culo si no venía conmigo a la cena. En ese momento ni siquiera le di importancia al comentario; sin embargo, después del beso… ¡Joder, no puedo quitármelo de la cabeza! Me veo tumbándola sobre mi regazo y azotando con fuerza ese trasero de piel blanquecina, lo imagino suave al tacto y duro, lo bastante como para hacer que me pique la mano con cada golpe.

—¡Luca! —El grito de mi hermano logra cortar de golpe mis poco inocentes pensamientos—. ¿Para qué demonios me has pedido que me reúna contigo tan temprano si ni siquiera estás prestando atención?

Sacudo la cabeza de un lado a otro y me reacomodo en la silla. Tengo que centrarme en dejarlo todo listo antes de viajar a Sicilia. Por eso estoy encerrado en el despacho con Vincenzo desde hace un buen rato; no obstante, mi jodida mente no deja de regresar a ese momento en el dormitorio de Bianca.

—Estoy prestando atención —afirmo—. ¿Qué es lo que tanto te preocupa? Solo estaré fuera unos días.

—¿Crees que eso me importa? Puedo hacerme cargo de todo en tu ausencia, Luca, pero lo que de verdad me inquieta es ese nuevo trato al que has llegado con tu querida esposa. ¿A qué viene lo de involucrarla en nuestros asuntos?

—Ya te lo he dicho. Quiere estar entretenida —contesto, encogiéndome de hombros.

—Pues cómprale una mascota, joder. ¿No crees que es raro que quiera inmiscuirse en los negocios familiares? Puede ser una trampa.

—¿Una trampa de quién?

—¡De los Rossetti! Puede que su padre sospeche que estamos involucrados en todos los problemas que les están causando los irlandeses y use a Bianca como espía.

—¿Bianca, una espía? —repito con una ceja arqueada justo antes de romper a reír—. Lo único que creo es que estás paranoico. Es una princesita caprichosa y mal educada. De lo único que entiende es de moda y pasarelas y de gastar cantidades ingentes de dinero.

—Y yo creo que estás subestimando a tu esposa —replica—. Ya viste lo que hizo anoche. Se atrevió a desafiarnos a todos durante la

cena.

—Exacto, y por eso mismo estoy seguro de que Bianca no es una espía ni nada que se le parezca. Si de verdad tuviese un plan oculto, lo que menos le convendría sería comportarse de esa manera. Solo es una niña malcriada a la que nunca le han puesto límites.

—Es posible, o tal vez nos esté haciendo creer eso mismo para no levantar sospechas. Piénsalo un segundo: ¿qué sabemos de ella? Desde que os casasteis, ha pasado casi todo el tiempo fuera del país, se supone que en Europa, pero ¿alguna vez te ha contado qué es lo que hace allí exactamente? ¿Tiene amigos? ¿Amantes quizá? Después de lo que dijo anoche durante la cena, está claro que sigue comportándose como una cualquiera cuando está fuera de esta casa.

Exhalo con fuerza y busco su mirada. Por algún motivo que no termino de entender, me cabrea que hable así de Bianca.

—Vin, eres mi hermano y te respeto, pero no voy a permitir que insultes a mi esposa —siseo entre dientes.

—¿En serio? ¿Ahora resulta que vas a defender su honor o algo así?

—Algo así. De cualquier manera, aunque sea cierto que se comporte como una cualquiera, no veo por qué debe molestarte a ti. Soy yo el que está casado con ella.

—No me puedo creer que la estés defendiendo —comenta, cabeceando.

Me contengo para no decirle que yo tampoco me lo creo, pero eso es justo lo que estoy haciendo, Dios sabrá por qué.

—Deja que sea yo quien me ocupe de mi matrimonio. Tú encárgate de que todo siga funcionando sin incidentes en mi ausencia. ¿Crees que podrás hacerlo?

Vincenzo me lanza una mirada poco amigable y asiente con la mandíbula tensa y los labios apretados.

—No me fío de ella —masculla entre dientes.

—No tienes que hacerlo. Solo cumple mis órdenes. ¿Algo más que objetar? —No responde. Me pongo en pie y me ajusto los guantes de cuero en las muñecas sin perderlo de vista—. Me alegra que hayamos llegado a un acuerdo, hermanito. Ahora debo irme. He quedado con Kincaid. Quiero dejar el tema resuelto antes de marcharme.

—Te acompaño.

—No, me llevaré a algunos de los hombres.

Antes de que pueda replicar, me levanto y salgo del despacho sin molestarme en despedirme de él. Paso por el gimnasio, donde varios de los chicos ya están entrenando. Mi idea inicial es ordenar a uno de los más antiguos y de confianza que me acompañe, pero al ver a Serra pavoneándose por el pasillo, una vez más, sin camiseta, lo intercepto.

—¿Puedo ayudarte en algo, De Santis? —pregunta con una sonrisa arrogante.

El muy hijo de puta sigue comportándose como si no tuviese delante a su jodido jefe. No voy a permitir que me desafíe. Él, al igual que el resto de mis empleados, me debe obediencia.

—Sí, puedes empezar por dejar de pasearte por mi casa a pecho descubierto. Estás trabajando, no en un maldito concurso de Míster imbécil.

Arquea una ceja sin perder la sonrisa.

—Iba de camino al gimnasio. ¿Se supone que hay un código de vestimenta para hacer ejercicio y no me he enterado?

Su respuesta sarcástica me crispa los nervios. De verdad se cree intocable el pedazo de mierda. Le lanzo una mirada dura, pero él la

ignora, como siempre.

—Vístete, en cinco minutos te espero en el garaje. Vas a acompañarme —ordeno.

Frunce el ceño y se cruza de brazos.

—Mi trabajo consiste en proteger y cuidar a Bianca.

Doy un paso en su dirección mientras coloco la mano en la empuñadura de mi pistola, que sobresale por la cinturilla de mi pantalón, a modo de amenaza.

—Tu trabajo consiste en lo que yo diga, Serra. Ahora ve a vestirte de una puta vez antes de que mi paciencia se agote y acabe metiéndote una bala en la cabeza —siseo contra su rostro.

Aunque parece querer replicar, tiene el buen juicio de mantener la boca cerrada. Da media vuelta y se marcha por el pasillo a toda prisa. Cuando apenas tres minutos después nos encontramos en el garaje, sé que al menos esta vez he logrado dejar claro quién manda.

Capítulo 21

Luca

No tardamos en subirnos en un todoterreno y empezamos el viaje de poco más de una hora por la autopista en dirección a Atlantic City. Antes de llegar a la ciudad, tomamos rumbo a la villa privada que Kincaid tiene cerca de la costa. Ya nos hemos visto allí un par de veces. Por supuesto, le indico a Serra que se quede en el vehículo antes de acceder a la propiedad. No necesito su ayuda ni su protección. El único motivo por el que lo he obligado a venir conmigo es para darle una lección, pero no confío en él como para que esté al tanto de esta parte del negocio.

Como siempre, nada más entrar en la enorme casa, se escuchan gritos y sonidos de peleas. Los putos irlandeses son incapaces de reunirse sin acabar liados a puñetazos. En el sótano de esta misma propiedad, Kincaid ha instalado una especie de club de la lucha donde sus propios hombres se dan palizas entre ellos mientras los demás apuestan por sus favoritos. Peleas de gallos, mujeres en biquini embadurnándose en una bañera de barro, incluso enanos partiéndose la cara sin miramientos. Son salvajes, eso nadie va a

negármelo.

Trato de permanecer alejado del sótano. No me apetece meterme en líos. El único motivo de mi visita es mantener a Kincaid apartado de Nueva York, al menos por el momento. Tras una espera de pocos minutos, mi socio aparece, como siempre, acompañado por varios de sus hombres.

—De Santis, espero que no te hayas aburrido demasiado. Tenía que ocuparme de un asunto antes de nuestra reunión.

No nos saludamos con un apretón de manos. Al contrario que en nuestra organización, donde los modales y el protocolo lo son todo, los irlandeses son más distendidos y relajados. Acostumbran a cerrar negocios medio borrachos y también drogados, algo inaudito en la Cosa Nostra. Podemos tomarnos un par de copas de licor, pero siempre manteniendo la rectitud y la seriedad que requiere la situación.

Kincaid se deja caer en el sofá y me hace un gesto con la barbilla para que tome asiento también.

—Me sorprendió tu llamada. Creí que estabas fuera del país —comento, acomodándome.

—Y lo estaba. Llegué hace solo unas horas. —Le dirige un gesto a uno de sus hombres y este se acerca con una botella de whisky irlandés—. ¿Quieres una copa? —Asiento y, tras servir dos vasos, el tipo regresa junto a los demás.

Le doy un pequeño trago antes de dejar el vaso sobre la mesa baja. Arqueo una ceja en dirección a los tres hombres que están apostados tras el sofá, justo detrás de mí.

—Después de dos años trabajando juntos, creo que la vigilancia de tus hombres es completamente innecesaria. He venido hasta aquí solo, Kincaid —comento molesto.

—No seas mentiroso, De Santis. Llegaste acompañado por uno

de tus hombres, pero se ha quedado fuera de la propiedad. ¿Romeo Serra? Creí que era el guardaespaldas de tu esposa.

Una vez más, el puto irlandés no pierde la oportunidad de demostrarme que siempre va un paso por delante de todos. No sé cómo ni de dónde saca toda esa información, pero más temprano que tarde acabaré averiguándolo. Por el momento, decido ignorar su comentario y le doy un nuevo trago a mi bebida.

Hago una pequeña mueca con los labios cuando el licor me pasa por la garganta. Kincaid se da cuenta y arquea una ceja de manera interrogante.

—No está mal, pero prefiero el escocés —digo, dejando de nuevo el vaso sobre la mesa.

Esboza una pequeña sonrisa forzada. No es ningún secreto que escoceses e irlandeses rivalizan por la paternidad del whisky. Soy consciente de que es un tema sensible, pero, como ya esperaba, Kincaid no se atreve a corregirme. Mi intención al decirlo no era otra que dejar claro que, por mucho que esté en su casa, rodeado por sus hombres, no le temo.

—No es que me desagrade tu visita, De Santis, pero soy un hombre ocupado y, según tengo entendido, tú hoy te vas de viaje; por lo tanto, empecemos a hablar de lo que nos ha traído a esta reunión, ¿te parece?

Hijo de puta. También sabe lo de mi viaje a Sicilia. Al final voy a tener que darle la razón a mi hermano. El cabrón sabe demasiado y es posible que alguno de mis hombres le esté filtrando información. No encuentro otra explicación.

Pasamos un buen rato poniéndonos de acuerdo en la forma en la que su gente va a ir retirándose de Nueva York de manera paulatina y sin levantar sospechas. Si ahora mismo se retiraran de golpe sin más, Luciano Rossetti empezaría a sospechar de mí. Planeamos

también alguna incursión a sus clubes privados y secretos por parte de nuestra organización y, por último, logro que me vuelva a poner en contacto con el cliente que él mismo nos robó y así poder cumplir con lo que le prometí a mi suegro.

—Creo que eso es todo —digo, poniéndome en pie y dando la reunión por terminada.

Kincaid me imita; sin embargo, no parece de acuerdo conmigo.

—No tan rápido, De Santis. Hasta ahora solo hemos hablado de todo lo que te conviene a ti. ¿Quieres que retire a mis hombres de Nueva York? Bien, lo hago. ¿Recuperar el cliente? Bien, ya lo tienes. Pero ¿qué pasa con lo que yo quiero? Me prometiste el puerto y ya han pasado dos años.

—Te di mi palabra y pienso cumplirla —respondo con los hombros tensos y los puños apretados.

—Ya, no estoy negando que esa sea tu intención, pero aquí el verdadero problema es Luciano Rossetti y su intransigencia. Creí que casándote con su hija podrías entrar en su círculo de confianza, pero no lo has hecho.

—Lo haré —siseo entre dientes.

—Yo no lo tengo tan claro. —Se termina la copa de un solo trago y vuelve a dirigir su mirada hacia mí—. Tengo un par de ideas para sacarlo de la jugada de una manera más… definitiva.

Frunzo el ceño. No me está gustando nada el rumbo que está tomando la conversación.

—¿Qué ideas son esas? —pregunto con cautela.

—La primera es… —Con una sonrisa, desliza la punta del dedo pulgar de un lado a otro de su garganta. «Matarlo»—. También podemos ser algo más creativos. Tengo algunos contactos en la Policía. Si Rossetti acaba en la cárcel, tú, como su único yerno, te pondrás al cargo de sus negocios y…

—No —lo corto.

Una cosa es aliarme con los irlandeses para conseguir mis propósitos y otra completamente distinta incumplir la *omertà*. No soy un traidor. Jamás cruzaré esa línea. No cometeré los mismos errores que mi padre.

Kincaid responde con una mirada dura ante mi negativa. Inspira hondo por la nariz y se cruza de brazos.

—Sabes que podría hacerlo por mi cuenta, ¿verdad? No necesito tu permiso.

Doy un paso en su dirección con la mandíbula tensa y los puños apretados.

—No quieras jugar conmigo a quién la tiene más grande, Kincaid —le advierto.

El cabrón esboza una pequeña sonrisa y se encoge de hombros.

—Puedes presentarme a tu esposa y que sea ella la que lo decida. —Apenas ha terminado la frase cuando me abalanzo sobre él.

Saco la pistola en el instante justo en el que sus hombres se dan cuenta de mi intención. No les doy tiempo para que me detengan, disparo a uno en la cabeza, a otro en el pecho y al último en el cuello.

—Voy a darte una pequeña lección sobre educación y respeto, hijo de puta. —Pego el cañón caliente por las detonaciones a su mandíbula y escucho cómo su piel chisporrotea al quemarse de manera superficial. Kincaid no se queja ni emite sonido alguno de dolor. Solo me mantiene la mirada con los labios apretados y el entrecejo arrugado—. No se hacen insinuaciones sexuales con la mujer de otro. Es de muy mal gusto y puede llevarte a la muerte. ¿Lo has entendido?

—Si me disparas, no saldrás con vida de esta casa —sisea entre

dientes.

Escucho pasos a mi espalda y varias pistolas siendo amartilladas. Sé que no miente. Si he podido cargarme a tres de ellos es porque los tomé por sorpresa, pero mi supervivencia depende de mi capacidad de mantener la cabeza fría en este preciso instante.

Muy en contra de mis propios deseos, bajo la pistola y lo aparto con un pequeño empujón.

—Más te vale que hayas aprendido la lección, Kincaid, porque no volveré a repetirla. Nunca vuelvas a mencionar a mi esposa. —Me guardo la pistola y ajusto los guantes alrededor de las muñecas con aparente tranquilidad—. Te llamaré pronto con novedades —escupo antes de dar media vuelta y pasar entre un puñado de hombres armados en dirección a la salida.

Capítulo 22

Bianca

El hijo de puta de mi marido me la ha vuelto a jugar. Supongo que mi rechazo de anoche no le sentó nada bien y ahora intenta vengarse dándome donde más me duele. Voy a pasar varios días con él y su familia en Sicilia sin Romeo a mi lado. Cuando le pregunté por qué no venía con nosotros, solo me respondió con un gruñido que él es quien decide cómo actúan sus empleados y desde entonces no ha vuelto a dirigirme la palabra. De hecho, ni siquiera se ha sentado a mi lado. Él, su madre, su cuñada y su sobrino ocupan la parte delantera del jet mientras yo estoy detrás, sola, porque, sí, sin Romeo, así es como me siento.

Mi plan inicial es encerrarme en el dormitorio del jet durante las once horas de vuelo hasta Sicilia, sin embargo, poco después de aterrizar, mi bendita suegra tiene la misma idea, lo que me deja encerrada en un pequeño espacio con Luca, su cuñada Ilenia y el demonio de su sobrino. Al menos, los constantes berridos y risas que llegan desde la parte delantera del avión me mantienen despierta, aunque a duras penas.

Llegaremos a nuestro destino sobre las ocho de la mañana en hora local y tendré que afrontar todo el día sin haber pegado ojo, ya que anoche tampoco pude descansar. Entre el conflicto durante la cena y lo que pasó después en mi habitación, estaba demasiado nerviosa y confusa como para dormir. Fue algo muy extraño. En un momento estaba deseando asesinar a mi esposo con mis propias manos y al siguiente instante nos estábamos besando, y lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que necesitaba seguir sintiendo su boca sobre la mía, sus manos en mi piel y su cuerpo apretándome contra la pared. ¡Fue una locura! Intensa, apasionada y lasciva, algo que jamás imaginé que podría llegar a suceder.

Sacudo la cabeza de un lado a otro para sacar esas imágenes de mi mente e intento seguir despierta. Hace ya un buen rato que no escucho al pequeño demonio. Probablemente se haya quedado dormido. Me inclino hacia el costado para mirar por el pasillo y logro ver a Ilenia, ella también parece estar dormida. A Luca solo alcanzo a verlo de manera parcial. No se mueve, por lo que es posible que él también esté dormido. Al final, la única que ha quedado despierta soy yo, y, por más cansada que me encuentre, me niego a dejarme llevar por Morfeo, no aquí, con gente alrededor. Ya buscaré la manera de acostarme al menos un par de horas cuando lleguemos a nuestro destino.

Bajo del coche, camino por el sendero principal, siguiendo los pasos de Luca, y, aunque ya he estado aquí antes, la casa vuelve a imponerse como si fuera la primera vez. No es moderna ni ostentosa; es clásica, de esas que no necesitan demostrar nada porque ya lo dicen todo por sí solas.

La fachada es alta, simétrica, sólida. Las columnas de piedra

flanquean la entrada como si custodiaran un secreto antiguo. Las ventanas, grandes y oscuras, parecen observarlo todo. No hay exageraciones, no hay decoraciones innecesarias y, aun así, transmite una fuerza que pesa en el aire.

No es solo la casa. Es lo que representa. A él, el dueño. El *capi de tutti capi*, Maurizio Leone, uno de los hijos de puta más peligrosos y poderosos que ha visto el mundo moderno.

Cada rincón parece marcado por su voluntad: los jardines impecables, el silencio controlado, la sensación de que nada ocurre aquí sin que él lo permita. La propiedad entera se siente como una extensión de su presencia: elegante, poderosa y también vigilante.

Subo por la escalera de piedra y, por un instante, me recorre esa mezcla de respeto y tensión que siempre me provoca este lugar. No es miedo exactamente. Es el recordatorio de quién manda aquí. Y de que, aunque conozca cada pasillo, este sigue siendo su territorio. Los demás solo somos súbditos que han tenido el honor de ser invitados a permanecer bajo su mismo techo.

No tardamos en pasar al interior de la casa. Mi marido y su madre van delante, enganchados del brazo, como los cabezas de familia. Se supone que ese lugar me pertenece a mí, yo soy la señora De Santis, la esposa del Don, pero está claro que a Luca le importa menos lo que piense la gente que ofender a su queridísima madre.

—La familia De Santis ya está aquí —escucho su voz y enseguida me tenso.

Ricciardo Leone, el hijo de Maurizio y *sottocapo* de la organización, se acerca acompañado por su escolta. Siguiendo nuestras costumbres, él y Luca se saludan con un par de besos en las mejillas.

—Gracias por la hospitalidad —le contesta mi esposo.

Tras saludar a Stella, Ilenia, Elmo y preguntar por la ausencia de Vincenzo, Ricciardo Leone se gira hacia mí y me sonríe.

—Bianca, cada año te veo más hermosa —dice justo antes de inclinarse para besarme en la mejilla derecha.

Lo acepto con la espalda recta y los hombros tensos. Nunca me ha caído especialmente bien. Recuerdo que, cuando era niña y se hizo público mi compromiso con Luca, durante una reunión familiar se acercó a mí y me dijo que era una pena que ya tuviese dueño. En ese momento yo tenía solo once o doce años y él ya era mayor de edad. Desde entonces, no puedo evitar sentirme incómoda cuando estoy en su presencia. Hay algo en él que me pone nerviosa, y no es solo su arrogancia desmedida o sus ínfulas de hombre poderoso.

Esbozo una falsa sonrisa y agacho la cabeza en señal de respeto. Parece que ya ha empezado la función, y esta vez voy a tener que hacer mi mejor actuación. Acabo de llegar y ya me estoy arrepintiendo de haber aceptado esta mierda de trato.

Luca

No sé si es peor tener que pasar varios días pegado al culo de mi esposa o que ella no pierda la oportunidad de coquetear con cualquiera en mi presencia, como si no fuese una maldita falta de respeto. Esta vez el destinatario de sus sonrisas descaradas no es otro que Ricciardo Leone, y eso es algo que me cabrea, porque, si fuese otro el que se atreviera a tomarse tantas confianzas con mi esposa, a estas alturas ya estaría muerto, pero no puedo ponerle un dedo encima a nuestro *sottocapo*, eso sería un suicidio.

Los observo desde el otro lado del comedor, donde estamos

desayunando. El hijo de puta de Ricciardo Leone no deja de hacer comentarios jocosos y lanzarle sonrisitas poco disimuladas. Bianca le sigue el juego, como si flirtear con el hijo de nuestro capo delante de todos fuese lo más normal del mundo.

Ni siquiera termino de desayunar antes de ponerme en pie de forma brusca, atrayendo todas las miradas.

—Si no os importa, mi esposa y yo vamos a retirarnos. El viaje ha sido largo y queremos descansar un rato —digo sin ni siquiera mirarla a ella.

Ricciardo asiente y se despide de Bianca con un cabeceo cuando ella se levanta también. Asegurándome de que él me esté viendo, la cojo de la mano y juntos salimos del comedor.

No la suelto en ningún momento mientras una chica del servicio nos guía hasta nuestro dormitorio. Solo cuando estamos dentro y con la puerta cerrada, me aparto de ella y resoplo con fuerza.

—¿A qué demonios ha venido eso? —pregunta Bianca encarándome.

—Esa pregunta debería hacerla yo. Se supone que estamos aquí para demostrar a todos que nuestro matrimonio es sólido, y dudo que follarte con la mirada al cabrón de Ricciardo Leone sea lo más adecuado para ello.

Bianca pestañea un par de veces y frunce el ceño.

—¿Disculpa? ¿Crees que estaba flirteando con ese imbécil?

—¿No era lo que hacías?

Inspira hondo por la nariz y se cruza de brazos.

—Créeme, Luca. Cuando quiero que alguien me folle, no dejo ninguna duda al respecto. —Alza una mano, impidiendo mi réplica—. Me da igual lo que pienses. Estoy agotada y muy harta de tus dramas de novio quinceañero celoso.

—¿Celoso de ti? —Esta vez soy yo quien se cruza de brazos,

esbozando una sonrisa arrogante—. No te tocaría, aunque me lo suplicaras. Prefiero tirarme a cualquier zorra callejera antes que ponerte las manos encima.

—Es curioso, anoche no te supliqué que me besaras y, aun así, lo hiciste. Es más, a juzgar por la dureza que sentí en tu bragueta, juraría que estabas disfrutando de ponerme las manos encima.

—Tampoco te escuché quejarte, Diavuletta —susurro con voz ronca.

Retrocede, negando con la cabeza.

—Luca, estoy muy cansada. Solo por eso voy a dejar que ganes esta discusión. Si te sirve de algo, la actitud de Ricciardo me molesta tanto como a ti. —Exhala con fuerza y, por primera vez, puedo notar en su rostro su agotamiento—. Necesito una ducha y dormir al menos un par de horas.

Da media vuelta y, tras una búsqueda rápida, clava la mirada en el lugar junto a la cama, donde se encuentran sus maletas y la mía. Exclama una maldición en voz baja y se pinza el puente de la nariz.

—¿Qué ocurre? —inquiero.

—Me acabo de dar cuenta de que vamos a tener que compartir habitación. ¡Esto es increíble! ¡Maldita sea!

—Tampoco me agrada esta situación. Intentemos no matarnos durante el tiempo que pasemos aquí, ¿quieres?

Se gira a medias y me lanza una mirada furiosa.

—No prometo nada —masculla antes de agarrar su maleta y arrastrarla hasta el baño.

En cuanto la puerta se cierra con un golpe sonoro, dejo escapar una gran bocanada de aire y me tumbo bocarriba sobre la cama. Tengo la sensación de que estoy a punto de vivir los días más intensos e infernales de toda mi existencia.

Capítulo 23

Bianca

¡¿Cómo no he pensado en ello antes?! ¡Por supuesto que vamos a compartir dormitorio, joder! Se supone que Luca me secuestró para casarnos porque estamos locamente enamorados, eso es lo que hemos hecho creer a todo el mundo. Lo más lógico es que durmamos en la misma cama, pero no había caído en ese pequeño detalle hasta el momento en el que vi mis maletas junto a la de mi marido, como las de cualquier matrimonio normal.

Paso el antebrazo desnudo por la superficie del espejo para secar un poco la humedad y la condensación. Mi cara es el fiel reflejo del agotamiento. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora? No puedo dormir con él. Mi única opción es buscar algún lugar aislado de esta casa donde estar a solas al menos unas horas para descansar. Un sótano o un desván tal vez. Mientras pueda encerrarme dentro, cualquier sitio me sirve. También podría ir a Trapani y quedarme un par de horas en un hotel. Sí, esa es una gran idea.

Con un nuevo objetivo en mente, me visto, me peino y me

maquillo de manera sutil antes de salir del baño. Encuentro a Luca tumbado bocarriba sobre el colchón, con las piernas colgando de un lateral de la cama. El muy hijo de puta no parece tener ningún problema en quedarse dormido. Una parte de mí lo envidia por ello.

Me hago con mi bolso, una chaqueta y me dispongo a dirigirme a la salida cuando él se incorpora de golpe y se me queda mirando con gesto serio.

—¿Dónde demonios se supone que vas? —pregunta.

Me acomodo el cabello suelto sobre un hombro antes de contestar.

—He decidido ir a dar un paseo. ¿Sabes si hay algún barco disponible para salir de la isla?

—¿Salir de la isla? Acabas de decir que querías dormir.

—Pues he cambiado de idea. Ahora quiero ir a pasear por Trapani.

—Bianca, acabamos de llegar. Pensaba al menos descansar unas horas. —Resopla y se pone en pie—. Está bien. Deja que me dé una ducha y…

—No hace falta que me acompañes —lo corto.

Estrecha la mirada sobre mí con gesto confuso.

—No vas a ir a ningún lado sola.

—Me llevaré a algún escolta de los Leone. No necesitaría hacerlo si hubieses dejado que Romeo nos acompañara. Su trabajo es protegerme, no hacerle los recados a tu hermano.

—Dado que soy yo quien le paga, esa decisión solo me pertenece a mí tomarla. Además, no hemos venido hasta aquí para que sigas yendo por libre. Para eso seguiríamos en Filadelfia.

—¿Estás insinuando que no podré librarme de ti ni un segundo mientras permanezcamos aquí?

—Sí, y eso tampoco es que sea de mi agrado, te lo aseguro, pero

la idea es demostrar a todo el mundo que somos la puta pareja del año, asquerosamente felices y enamorados.

—Buena suerte con eso —mascullo entre dientes.

Luca exhala profundamente y se acerca a mí con pasos lentos. Se detiene a una distancia considerable y busca mi mirada.

—Por una vez, ¿podemos tener la fiesta en paz? No pretendo agradarte ni gustarte, pero al menos intentemos no llamar demasiado la atención durante nuestra estancia en esta casa. ¿Quieres salir a pasear? Bien, vayamos juntos, que nos vean caminar de la mano por las calles de Trapani, comer un *cannoli* de pistacho en una terraza o…

—Soy alérgica a los frutos secos —suelto interrumpiéndolo.

—¿Desde cuándo?

—Desde que casi me muero por un shock anafiláctico a los seis años.

Sacude la cabeza de un lado a otro y vuelve a resoplar.

—Eso da igual. Te comes un puto helado de chocolate o un granizado. Lo importante es que nos vean juntos, como cualquier pareja que disfruta de la compañía del otro.

—¿Y no podemos empezar el teatro mañana? Hoy me gustaría ir sola.

Luca respira hondo y se pinza el puente de la nariz.

—¿Me escuchas cuando hablo? No se trata de lo que tú quieras, Bianca. Tenemos que convencer a tu padre de que somos un matrimonio sólido. Esa es la única manera de que ambos consigamos lo que queremos.

Sé que tiene razón, pero estoy tan cansada… No pido demasiado. Solo una cama, incluso me conformaría con un trozo de alfombra o una bañera, pero en una estancia cerrada y a solas. Dejo escapar una gran bocanada y asiento.

—Está bien. Ve a ducharte. Yo preguntaré si hay algún barco disponible para salir de la isla.

—No tardaré —dice mientras coge su maleta y la deja sobre la cama.

—Si en veinte minutos no estás listo, me marcharé sin ti —le advierto.

Se gira a medias y me lanza una mirada dura por encima del hombro.

—Atrévete a salir de la isla sin mí y…

—¿Y? —inquiero, arqueando una ceja.

—Bianca, estoy intentando ser tolerante y paciente, pero no tientes tu jodida suerte.

Pongo los ojos en blanco ante su amenaza y doy media vuelta para empezar a caminar hacia la salida.

—Veinte minutos, De Santis —digo antes de abrir la puerta y abandonar la habitación.

Luca

Durante toda mi vida me he visto envuelto en cientos de conflictos, peleas, negociaciones que terminaron en tiroteos… De hecho, recuerdo haber tenido una pistola en la nuca más de una vez, pero nunca me he sentido tan abrumado y atrapado como en este preciso instante, aquí, en la sala de espera de los probadores de una tienda de ropa, rodeado por un puñado de mujeres que no dejan de cuchichear entre ellas y lanzarme miraditas y sonrisas poco disimuladas.

Me levanto de golpe y resoplo con fuerza. Ya han pasado más de

dos horas desde que Bianca se fue, según ella, a probarse un par de conjuntos. Lo peor es que este no es el primer comercio en el que hemos entrado hoy. En el anterior estuvo desaparecida durante más de una hora también. Camino con decisión hacia la puerta por la que ha entrado, pero soy interceptado por una de las dependientas.

—Señor, lo siento, no puede entrar ahí —dice, cortándome el paso.

—Necesito ir en busca de mi esposa.

—Ella saldrá en un momento. No tiene de qué preocuparse. Si gusta, puedo darle algún recado.

—Yo mismo se lo daré —gruño, e intento rebasarla; sin embargo, vuelve a cruzarse en mi camino.

—Lo lamento, pero va en contra de la política de la tienda que los hombres entren en los probadores femeninos, y viceversa.

Le lanzo una mirada dura y doy un paso amenazante hacia ella.

—Apártate de mi jodido camino —siseo contra su rostro.

Por supuesto, no tarda en hacerse a un lado con un gesto de terror dibujado en la mirada. Al fin logro acceder a la puerta. La abro de golpe y entro en los probadores. Varias mujeres me miran con espanto mientras recorro el pasillo. Hay cortinas a ambos lados, la mayoría de ellas abiertas. Voy recorriendo los pequeños cubículos hasta que llego al final, donde encuentro una cortina cerrada. No estoy del todo seguro de que sea Bianca la que esté dentro, pero la abro de todos modos.

—¡Qué mierda! —Mi esposa se levanta de un salto del banco en el que estaba sentada, vestida solo con un conjunto de ropa interior rojo.

Por un instante, me quedo embobado mirándola. El sujetador de encaje se adapta a la perfección a sus pechos y ese pequeño triangulo en su entrepierna apenas le cubre el… ¡Joder!

—¡Nos vamos! —exclamo, apartando la mirada.

—Luca, ¿te has vuelto loco? No puedes estar aquí.

—Yo puedo estar donde me salga de las pelotas. —Agarro un puñado de ropa que está colgada en una de las paredes del cubículo y se la lanzo a la altura del pecho—. Tienes cinco jodidos minutos para salir ahí fuera o volveré a buscarte y te llevaré a rastras, aunque estés desnuda. ¿Lo has entendido?

—¿A ti qué demonios…?

—¡Responde, maldita sea! —grito—. ¿Lo has entendido?

—¡Sí, joder! ¡Lo he entendido! —Ya me he dado la vuelta para marcharme cuando vuelvo a escucharla llamarme. Me giro a medias y la miro por encima del hombro—. Ya que estás aquí, dame tu opinión. ¿Cómo me queda?

La observo con atención mientras da una vuelta sobre sí misma. ¡Maldita sea! Por detrás es aún más transparente que por delante.

—Cinco minutos —gruño entre dientes antes de salir casi a la carrera.

Espero cerca de la salida hasta que al fin Bianca aparece. Dejo que sea ella la que se haga cargo de la cuenta, aunque, en realidad, soy yo el que lo paga todo. La misma dependienta que antes intentó tocarme las pelotas se comporta con ella de manera amable y servicial. Tampoco me sorprende demasiado al darme cuenta de la cantidad de bolsas que deja a un lado de la caja, supongo que listas para que después pase alguien a por ellas y se las lleve a mi esposa. Tras un par de minutos más charlando, se despiden y yo ni me molesto en esperarla antes de abandonar la tienda.

No quiero ni siquiera escucharla mencionar la posibilidad de meternos en otro comercio. Ahora mismo estoy hambriento, y algo excitado también, porque, por más que lo intento, no soy capaz de dejar de pensar en Bianca vestida solo con ese jodido conjunto de

ropa interior. Además, mi mente ya ha empezado a imaginarla con unos zapatos de tacón, caminando hacia mí mientras mueve las caderas con suavidad o, mejor aún, avanzando a gatas y quedándose a mis pies. ¡Mierda! Ahora estoy caminando por mitad de la calle con una jodida erección completa. ¿Qué más me va a pasar hoy?

Capítulo 24

BIANCA

La mañana ha estado bastante bien. En total, calculo que he conseguido dormir al menos dos horas entre los dos probadores de las tiendas de ropa. Soy muy consciente de lo arriesgado de mi movimiento, pero, con Luca siguiéndome a todos lados, tampoco es que tuviese demasiadas opciones. Al menos me he asegurado poder mantenerme despierta esta noche, aunque sé que no será una tarea sencilla. Pienso tirar de cantidades industriales de café y un buen libro, eso nunca falla.

Observo a Luca desde el otro lado de la mesa y casi me echo a reír por su gesto serio. Parece un niño pequeño, enfurruñado por no haberse salido con la suya. La verdad es que no esperaba que irrumpiera en el probador así, pero fui lo bastante rápida como para distraerlo antes de que se diese cuenta de lo que estaba haciendo en realidad ahí dentro. Bueno, admito que tuve un poco de ayuda. La dependienta se mostró encantada de echarme una mano a cambio de una generosa propina. Además, tengo la sensación de que le agradó la idea de mantenerlo en su tienda durante un buen

rato. Luca es un jodido imán para las mujeres y, durante el tiempo que estuvo allí, apuesto a que todas las que revolotearon a su alrededor acabaron comprando algo.

Termino el contenido de mi plato y lo aparto con un gesto sutil antes de recostarme contra el respaldo alto de la silla. Estamos sentados en una terraza frente al mar. A nuestro alrededor, varias parejas disfrutan de los deliciosos manjares de la zona acompañados por miradas apasionadas y besos fugaces. Luca y yo somos los únicos que apenas interactuamos entre nosotros. En parte porque no nos soportamos, aunque sé que también es porque, de alguna manera, he logrado cabrear a mi querido esposo.

—¿Vas a seguir con la rabieta todo el día? —Al escuchar mi pregunta, alza la mirada de su teléfono con el ceño fruncido.

—No quiero discutir —gruñe antes de volver a centrarse en la pantalla.

—Me parece bien. ¿Qué es lo que quieres entonces?

Suspira y vuelve a mirarme.

—Por el momento, que cierres la boca. Estoy comprobando las referencias de unas cuantas clínicas de reproducción asistida. Cuando haya seleccionado alguna, te lo haré saber para que le des el visto bueno.

—Hombre, ¿vas a permitirme decidir quién me va a preñar? No esperaba ese detalle por tu parte —comento en tono sarcástico.

Luca pone el teléfono sobre la mesa con un gesto brusco y clava su mirada en la mía.

—Vamos a dejar algo claro, Bianca. El único que te va a preñar soy yo. Será mi hijo el que crezca en tu vientre, sangre de mi sangre. Da gracias a que permito que un médico se encargue de la gestión. Eres consciente de que esto no es lo común, ¿verdad?

—¿Qué quieres hacer el resto del día? —pregunto para no hablar

más del tema.

Lo que menos me apetece ahora mismo es pensar en clínicas, inseminaciones y, mucho menos, bebés.

—¿Volver a la isla y dormir es una opción? —inquiere, arqueando una ceja.

Niego con la cabeza.

—Mira a tu alrededor, Luca. Estás en un sitio precioso, frente al mar, con buen tiempo. Estoy segura de que se te puede ocurrir un plan mucho mejor que dormir.

Parece pensarlo durante unos segundos. Entrecierra los ojos y se recuesta contra el respaldo de la silla.

—Pues no. Dormir es mi mejor plan.

—Adelante. Yo me quedaré por aquí. Quiero aprovechar para visitar una iglesia. Dicen que es una de las más bonitas de Sicilia.

—¿Cuál de ellas? A Trapani la llaman la ciudad de las cien iglesias. En cada esquina te encuentras alguna. Además, ¿cómo es que no la conoces ya? Llevas viniendo aquí toda la vida.

—Cuando vivía con mi padre, él no nos permitía salir de la isla Leone y los últimos dos años solo he venido de visita lo justo para el cumpleaños del capo, ya lo sabes.

—Tampoco te pierdes demasiado. —Saca un cigarrillo y lo enciende antes de darle una calada larga—. Esta solo es una ciudad más de las muchas que hay en Sicilia.

—Me apetece verla. Tú puedes marcharte si quieres.

Exhala una gran bocanada de humo y niega con la cabeza.

—Te acompaño, pero nada de tiendas. Juro que si vuelves a entrar en otro probador… —Se me escapa una risa baja y Luca estrecha la mirada sobre mí—. Lo has hecho a propósito, ¿verdad? Todo el numerito de los probadores fue solo para molestarme.

Me inclino hacia delante, colocando los codos sobre la mesa, y

esbozo una sonrisa ladeada.

—Puede ser, aunque también cabe la posibilidad de que mi única intención fuese que me vieras en ropa interior. Supongo que nunca lo sabrás.

Luca adopta mi misma postura, dejando su rostro a apenas unos centímetros del mío.

—Admito que fueron unas buenas vistas, pero voy a darte un consejo, Diavuletta: deja de provocarme o, si no, atente a las consecuencias.

Podría preguntar cuáles son esas consecuencias, pero el brillo que veo en su mirada me da la respuesta que busco. Me está mirando de la misma manera que lo hizo anoche, cuando me lanzó sobre la cama, justo después de besarme de esa forma tan… ¿apasionada?, ¿ardiente?, ¿desgarradora? Ni siquiera conozco una palabra para definir ese momento, lo que sí sé es que nunca antes me habían besado así.

Retrocedo hasta que mi espalda vuelve a hacer contacto con el respaldo de la silla y me encojo de hombros.

—Nada de tiendas. ¿Nos vamos?

Tras unos segundos, asiente y deja un puñado de billetes antes de que ambos nos pongamos en pie.

La verdad es que si alguien me hubiese preguntado qué pensaba hacer esta tarde, jamás habría imaginado que terminaría dando un paseo por una bonita ciudad siciliana acompañada por mi marido.

Luca

El día no ha ido tan mal como auguraba. Tras el incidente del

probador, nos sentamos a comer en una terraza y después pasamos el resto de la tarde caminando por las calles de Trapani. He actuado como una especie de guía turístico. Visitamos la iglesia del Purgatorio; paseamos por la calle Corso Vittorio Emanuele hasta llegar a la Porta Oscura, que es donde se encuentra la Torre del Reloj, uno de los relojes astronómicos más antiguos de Europa; después pasamos a echar un vistazo a la Fontana di Saturno y terminamos viendo el atardecer en Mura di Tramontana. También hicimos varias paradas en pequeñas terrazas y tiendas donde Bianca aprovechó para pedir una cantidad poco saludable de cafés. No tenía ni idea de que le gustara tanto. Sin embargo, y a pesar de que tengo la sensación de que semejante cantidad de cafeína la ha puesto aún más inquieta y nerviosa de lo que ya es habitual en ella, tengo que admitir que su compañía no me ha resultado del todo desagradable.

Incluso ahora, mientras caminamos el uno al lado del otro por el sendero de piedra que lleva a la casa de los Leone, no me siento incómodo en absoluto con su presencia. Es una sensación, como poco, extraña, ya que, desde que conozco a Bianca, no he soportado pasar más de unos pocos minutos a su lado sin tener la necesidad de salir corriendo o asesinarla.

Cuando ya casi hemos llegado a la entrada principal, alzo la vista y veo que la enorme puerta de madera se abre. Del interior sale un hombre que enseguida reconozco. Maldigo de manera casi inaudible y agarro la mano de Bianca para hacerla girar hacia mí.

—¿Qué haces? —inquiere cuando rodeo su cintura con un brazo y la pego a mi cuerpo.

—Cállate. Pietro Santoro viene hacia aquí —siseo entre dientes para que solo ella pueda oírme.

Bianca hace el amago de girar la cabeza para comprobar que lo que acabo de decir es cierto, pero se lo impido sujetando su barbilla

con la mano que me queda libre. Este es el momento que estaba esperando.

Capítulo 25

Luca

Deslizo la mano desde su barbilla hasta el cuello y sigo bajando hasta afianzarla en su cintura. La aprieto más contra mí y esbozo una falsa sonrisa. Aunque no lo estoy mirando, sé que el hijo de puta de Santoro no nos quita la vista de encima.

—¿Qué es lo que pretendes con todo este toqueteo? —susurra Bianca.

—Intento convencer al perro faldero de tu padre de que nuestro matrimonio es muy real. —Pego mi rostro al suyo y deposito un beso en la punta de su nariz. El aroma de su perfume me envuelve como un jodido manto de flores silvestres—. Sígueme la corriente.

Resopla y pone los ojos en blanco.

—¿Es que tenemos quince años para andar metiéndonos mano en público? Hablando de manos, las tuyas están muy abajo.

Vuelvo a sonreír y busco su mirada. No estoy del todo seguro de que su indignación sea real. En realidad, empiezo a pensar que a mi esposa le gusta tenerme así de cerca.

—Aún puedo bajarlas más. —Las deslizo por la parte baja de su

espalda hasta que las puntas de mis dedos rozan su trasero.

Me inclino hacia ella y hundo mi nariz en su cuello empapándome de ese aroma al que podría volverme adicto. Noto que Bianca se estremece cuando mis labios hacen contacto con su piel.

—Luca… —Lo que estoy seguro que pretendía ser una queja o advertencia se convierte en una especie de gemido ahogado cuando deslizo la lengua por toda la extensión de su cuello, desde la base hasta el lóbulo de la oreja.

Su pulso se acelera, puedo notar cómo late en su cuello.

—Estás temblando, Diavuletta. ¿Te pongo nerviosa? —pregunto con voz ronca.

No sé si es su olor o cómo ha pronunciado mi nombre, pero ahora mismo lo que menos me importa es crear un numerito para Santoro. Ya no se trata de eso. Ahora necesito seguir provocándola. Nunca antes la había sentido así, tan frágil y expuesta. Es como si la niña malcriada e impertinente se hubiese esfumado.

La pego más a mí para que pueda notar la dureza de mi entrepierna. Ha conseguido provocarme una erección de la nada, como si tenerla así de cerca activara una especie de interruptor en mi cerebro que me la pone dura al instante.

Deseo con todas mis fuerzas clavar mis dientes en su cuello y volver a escucharla gemir. Abro la boca y estoy a punto de tocar su piel con los labios cuando oigo un carraspeo muy cerca de nosotros.

—Lamento interrumpir. —La voz de Pietro Santoro me cabrea aún más de lo habitual.

Exhalo con fuerza y alzo la cabeza de golpe. Está justo detrás de Bianca, a solo un par de metros de distancia. Mi esposa me empuja despacio por el pecho y se gira para poder mirarlo.

—Santoro —lo saludo con un cabeceo al mismo tiempo que

sujeto a Bianca por la cintura y la pego a mi costado.

—Me sorprende veros aquí tan pronto. Siempre venís solo a la celebración del cumpleaños de Maurizio.

El muy hijo de puta sonríe con suficiencia. Se cree con el derecho de tutear a nuestro jefe, como si fuesen los mejores amigos. Bueno, yo sé que no es así. Maurizio Leone no tiene amigos, solo súbditos y lacayos.

—Decidimos venir antes para pasar unos días juntos —responde Bianca antes de que yo pueda hacerlo.

Esboza una sonrisa amable, atenta y más falsa que las tetas de una actriz porno antes de abrazarme por la cintura y apoyar la mejilla en mi pecho. Durante una milésima de segundo me quedo paralizado. Nunca antes la he tenido así, y lo peor de todo es que la siento cálida y confortable. Es… agradable.

Santoro nos mira a ambos con gesto extrañado. Nunca antes hemos tenido gestos cariñosos en público el uno con el otro. Bueno, ni en público ni en privado, pero eso nadie lo sabe.

—Últimamente los negocios me han hecho descuidar a mi esposa. —Beso la parte alta de su cabeza y rodeo sus hombros con el brazo—. Tenemos que prestar atención a nuestras mujeres. ¿No crees, Santoro?

—Por supuesto. Además, vosotros sois jóvenes, estáis en lo mejor de la vida. Es una pena que hasta ahora no hayáis aumentado la familia.

Noto que Bianca se tensa contra mi cuerpo. Deslizo la mano por su espalda con suavidad sin dejar de mirar a Santoro.

—Tú lo has dicho, somos jóvenes. Tenemos todo el tiempo del mundo.

El muy cabrón asiente y vuelve a sonreír.

—En fin, no pretendo quitaros tiempo juntos. Supongo que nos

veremos en la cena.

—Por supuesto —respondo.

—Bien, me despido entonces. —Cabecea en dirección a Bianca y pasa por nuestro lado.

Dos de sus hombres lo esperan a unos cuantos metros de distancia. Solo cuando lo he perdido de vista, me aparto unos centímetros de mi esposa.

—Bueno, creo que no ha estado tan mal —comento.

Bianca me mira frunciendo el ceño.

—¿Lo del cuello era totalmente necesario? Se supone que íbamos a fingir, Luca. No tenías que dejarme tus babas por todos lados —se queja mientras se pasa la mano por el lateral de su cuello.

—Es curioso, mientras te estaba lamiendo, tuve la sensación de que lo disfrutabas. Es más, juraría que hasta te oí gemir mi nombre.

Clava su mirada en la mía con una ceja arqueada.

—Tú alucinas, ¿verdad? Me pediste que te siguiera la corriente, solo por eso no te di una patada en las pelotas.

—Cuidado, Diavuletta, lo que está dentro de mis pelotas lo vamos a necesitar para concebir a nuestro descendiente.

Pone los ojos en blanco una vez más y exhala con fuerza.

—Deja las estupideces, ¿quieres? Ya tenía suficiente con soportar toda la cena con tu familia y Ricciardo Leone, y, ahora que sé que los Santoro se van a unir a la velada, solo tengo ganas de lanzarme al mar sin salvavidas.

Frunzo el ceño y, dejándome llevar por un impulso, la sujeto por la barbilla.

—Compórtate, Bianca. Me importa una mierda quién te provoque. Si me pones en evidencia…

Se aparta de forma brusca y me lanza una mirada dura.

—Sé lo que tengo que hacer. No necesito que me des órdenes. Creo que a veces olvidas que no soy uno de tus perros amaestrados.

—Sería mucho más sencillo si fueses mi perra amaestrada, te lo aseguro. Al menos, no tendría que estar pendiente de ti y de tu enorme bocaza constantemente. —Tomo una respiración profunda—. Solo por una vez no hagas ni digas nada impropio de la esposa de un Don.

—Está bien. Me lo pensaré.

—Bianca… —siseo entre dientes.

—¡He dicho que está bien, joder! Voy a cambiarme para la cena. No vaya a ser que aparezca en el comedor con un atuendo impropio de la esposa de un Don. —Hace una especie de reverencia burlona antes de salir en dirección a la entrada.

Mientras la observo adentrarse en la casa, suspiro y niego con la cabeza. No sé qué demonios me está pasando con esta mujer. En un momento tengo ganas de matarla con mis propias manos y al instante siguiente lo único que deseo es seguir sintiendo su cuerpo pegado al mío, inspirar su olor, probar su piel… ¿Me estaré volviendo loco?

Capítulo 26

Bianca

Otra cena insoportable más en la que apenas he podido contenerme. Me he comportado como la mujer florero de un Don, que es lo único que se espera de mí. En esta ocasión, ha sido incluso más difícil porque, aparte de mi cuñada y mi suegra —que, por cierto, esta última no ha sido especialmente odiosa—, también estaban presentes Maurizio y Ricciardo Leone, además de Pietro Santoro y Filipo, su hijo y a quien mi padre pretende convertir en el esposo de Rina. Hacía mucho tiempo que no lo veía y he podido comprobar que el maldito crío es una versión más estúpida y arrogante de su padre.

Al llegar al dormitorio acompañada por Luca, me siento mentalmente agotada. Puedo soportar casi cualquier cosa, pero lo de quedarme callada mientras escucho cómo un puñado de seudomachitos juegan a demostrar quién la tiene más grande es del todo extenuante.

—Me ha sorprendido tu actitud esta noche —comenta mi marido en cuanto cierra la puerta de la habitación.

Me giro de golpe y le lanzo una mirada dura.

—Créeme, si tengo que volver a morderme la lengua hoy, acabaré muriendo envenenada por todo lo que me he guardado. —Luca me sorprende al esbozar una sonrisa que no parece fingida—. ¿Te resulta divertido? ¡Cómo se nota que no tienes ni idea de lo que es ser mujer en este ambiente! Actuáis como si no existiéramos. Nuestras opiniones no valen nada. ¿De verdad te sientes bien con eso?

—¿A qué te refieres? —inquiere, perdiendo la sonrisa.

Cabeceo, poniendo los ojos en blanco.

—Da igual. Es que ni siquiera te das cuenta.

Doy media vuelta para dirigirme al baño. No tiene ningún sentido intentar hacerle entender que la forma en la que nos tratan no es la correcta. Hace mucho que perdí esa batalla. La mayoría de las mujeres de la organización aceptan su rol sin quejarse. Tal vez yo debería hacer lo mismo, aunque me cueste la vida.

—No, explícate —exige.

Me giro de nuevo y cruzo los brazos sobre el pecho. Ni siquiera sé por qué me esfuerzo, pero es algo más fuerte que yo. Supongo que el carácter que he heredado de mi madre no me permite quedarme callada ante tal injusticia.

—No somos estatuas, Luca. En la cena de hoy, al igual que en todas las reuniones o celebraciones, los hombres actuáis como si nosotras fuésemos simples adornos o muebles. Tenemos que estar calladitas, no dar nuestra opinión sobre ningún tema y, por supuesto, interrumpir un debate entre los grandes jefes está totalmente fuera de lugar. Somos personas, ¿sabes? ¡Maldita sea! ¿Viste lo que Santoro le dijo a su esposa solo por pedirle la sal cuando él estaba hablando? La pobre señora casi se echa a llorar.

Luca se me queda mirando con gesto serio durante unos

segundos e inspira profundo.

—Son nuestras costumbres. No digo que esté bien, pero así es como son las cosas. ¿Crees que en la intimidad de su casa actúan de la misma forma?

—¡¿Qué importa eso?!

—Claro que importa. —Se acerca más a mí y busca mi mirada—. Yo ignoro a mi madre durante estas reuniones. Ella sabe que no debe interrumpirme ni intervenir en las conversaciones, pero eso no significa que no la respete. Estoy seguro de que con los demás ocurre lo mismo. Bueno, con Santoro no lo tengo tan claro, pero mi hermano, por ejemplo, ¿alguna vez has visto que trate mal a su esposa? Su matrimonio se basa en el respeto mutuo y el cariño; sin embargo, cuando están en público, especialmente si nuestro capo está presente, debe actuar como se espera que lo haga. Es una cuestión de costumbres y tradiciones.

—¿Y ninguno de vosotros ha pensado que esas costumbres y tradiciones están obsoletas? No vivimos en el siglo dieciocho. Somos mujeres, no esclavas ni súbditas. —Exhalo con fuerza y niego con la cabeza—. Lo siento, pero yo no puedo ni quiero conformarme con vivir bajo la sombra de mi padre ni de mi marido el resto de mi vida. Condéname por ello si quieres, pero es lo que siento. Soy mucho más que la hija y la esposa de un Don, y ya no te pido que lo hagas conmigo, sé que me odias y está bien, yo sé defenderme sola, pero, si tanto respetas a tu madre, tal vez deberías plantearte demostrarle que, para ti, ella sí tiene voz.

Luca abre la boca para replicar, pero tras unos segundos, vuelve a cerrarla y resopla con fuerza. No esperaba más de él. Está claro que, aunque quisiera cambiar las cosas, resulta mucho más conveniente no hacer nada.

Sin decir ni una sola palabra más, me meto en el baño y cierro la

puerta. Respiro hondo y noto que la rabia recorre cada centímetro de mi cuerpo. Toda la vida he deseado ser escuchada, que alguien diese la cara por mí; no obstante, sé que eso jamás sucederá. Si yo misma no lucho por hacerme escuchar, acabaré convirtiéndome en una más de esas mujeres que tanto desprecio. No, me niego a que eso ocurra. El día que deje de ser yo misma, me meteré una puta pistola en la boca y terminaré con mi vida; es una maldita promesa.

Tras darme una ducha y cambiarme de ropa, salgo del baño y encuentro a Luca sentado en el sofá, con una copa de licor en la mano y un cigarrillo entre los labios. Se ha quitado la camisa y los zapatos, pero sigue conservando los pantalones y los guantes de cuero que siempre lo acompañan. Al escucharme, alza la cabeza y su mirada recorre todo mi cuerpo. No había pensado en que tendría que compartir dormitorio con él, por eso solo me he traído un par de camisones cortos que uso para dormir.

—¿Has terminado con el baño? —pregunta tras unos instantes, apartando la mirada de golpe.

—Sí, todo tuyo. —Espero a que le dé un último trago a la copa y apague el cigarrillo antes de volver a hablar—. Voy a acostarme ya. Te dejo una almohada y una manta en el sofá.

A medio camino de levantarse, me mira, arqueando una ceja.

—¿En el sofá? No entiendo a qué te refieres.

—Ahí es donde vas a dormir.

Esboza media sonrisa mientras cruza los brazos sobre su pecho tatuado.

—¿Y quién lo ha decidido? La cama es lo bastante grande para los dos, Bianca. No hagas un drama de esto, ¿quieres?

—No hay ningún drama. —Adopto su misma postura y alzo la barbilla de manera desafiante. Estoy agotada, pero aún aguanto una ronda más. Si quiere pelea, la tendrá—. No dormiré contigo, Luca.

No puedes obligarme.

Exhala con fuerza y hunde los dedos en su pelo oscuro, revolviéndolo.

—Está bien, si no quieres dormir conmigo, estás en todo tu derecho de quedarte tú en el sofá.

Sin esperar mi respuesta, pasa por mi lado en dirección al baño.

—Eres todo un caballero —comento en tono sarcástico antes de que abandone el dormitorio.

—La equivocación es asumir que pretendo serlo —responde por encima del hombro sin detenerse siquiera. Entra en el baño y cierra la puerta, dando por zanjada la conversación.

Me quedo mirando el lugar por el que acaba de desaparecer con un cabreo monumental. ¿De verdad voy a tener que dormir yo en el sofá? Bueno, tampoco es que vaya a dormir, pasaré la noche leyendo o, al menos, eso espero. Echo un vistazo al sofá en cuestión y esbozo una mueca de disgusto. Tiene pinta de ser todo menos cómodo.

Resignada, me hago con una almohada, una manta y cojo el libro que tengo a medio leer antes de acomodarme sobre el mueble del demonio que, tal como intuí, es incómodo a más no poder.

Cuando Luca regresa, ni siquiera me molesto en mirar en su dirección. Lo escucho caminar hasta la cama y acostarse. Después, las luces se apagan.

—Estoy leyendo —gruño, y enciendo la pequeña lámpara que está sobre una mesa auxiliar junto al sofá.

—Deberías descansar. Mañana empezarán a llegar más invitados.

—Gracias por el consejo que nadie te ha pedido —murmuro sin apartar la vista de las páginas.

—Tú misma —escucho que dice Luca, y tras unos minutos de silencio, su respiración se vuelve pesada y profunda.

Capítulo 27

Luca

Alguien me está tocando. Incluso sin terminar de despertar del todo, pienso que puede ser un sueño lúcido; sin embargo, solo necesito abrir un poco los ojos para comprobar que las manos que siento recorriendo mi pecho desnudo son totalmente reales.

—¿Bianca? —susurro con voz somnolienta al reconocer su cabello rubio.

Estiro el brazo para alcanzar el interruptor de la lámpara y, nada más accionarlo, el dormitorio se ilumina levemente por una luz cálida que me permite ver mejor a mi esposa. Está justo delante de mí, en la cama, arrodillada entre mis piernas abiertas. Su pelo cae sobre un hombro mientras restriega mi pecho con ambas manos.

—Vamos a jugar —dice en voz baja.

Trago saliva con dificultad cuando la veo acomodarse a horcajadas sobre mí. Sus manos siguen recorriendo mi pecho y parte de mi cuello. Al sentir cómo su sexo se restriega contra mi entrepierna, de manera inevitable me pongo duro; no obstante, sigo intentando entender qué demonios está pasando aquí.

—Bianca, ¿qué estás haciendo? —inquiero.

Por primera vez, alza el rostro, pero sus ojos no alcanzan los míos. Es como si no fuese ella misma. Desliza el dedo índice por mis labios y esboza media sonrisa.

—Chisss, solo vamos a jugar.

Mueve las caderas de delante hacia atrás y contengo un gemido cuando mi polla dura queda encajada entre sus pliegues. Puedo notarla caliente incluso con mi pantalón de algodón haciendo de barrera entre su piel y la mía.

—¿A qué quieres jugar? —casi gruño, agarrando las sábanas entre los puños cerrados.

Vuelve a sonreír. En esta ocasión incluso puedo escuchar su risita baja, como una niña que acaba de ser pillada haciendo una travesura. Se inclina hacia mi rostro y sus pechos se pegan a mi torso al mismo tiempo que hunde su rostro en mi cuello y empieza a lamerlo y mordisquearlo.

—Vamos a jugar —repite.

Mantengo las manos sobre el colchón y dejo que sea ella la que tome de mí lo que quiera. Sigue meciéndose con lentitud sobre mi entrepierna, excitándome aún más con cada roce, con cada respiración cerca de mi oído y con cada pasada de su lengua sobre mi piel. De pronto, se aparta, coloca las manos en mis hombros y clava la mirada en mi rostro. Me fijo en sus ojos entrecerrados, en su expresión apática. Actúa como si estuviese haciendo algo de lo más banal, como leer un libro o ver la televisión, cuando, en realidad, la manera en la que me está llevando al límite de mi propio autocontrol es algo excepcional y fuera de lo común.

—No voy a tocarte a no ser que me lo pidas —siseo entre dientes, sin soltar las sábanas.

Se escucha una nueva risita y entonces pega la boca a mi pecho

y empieza a lamer, desde la base del cuello y bajando. Desciende por mi vientre al mismo tiempo que se echa hacia atrás. Contengo el aliento al notar su aliento en mi ombligo y enseguida siento que su mano se cierra alrededor de mi polla.

—Vamos a jugar —susurra de nuevo.

Tira de la cinturilla de mi pantalón hacia abajo y mi polla sale de su encierro de tela como un jodido resorte.

—Bianca… —suelto con una exhalación.

Su cabeza baja a la altura de mi entrepierna. Casi puedo sentir el calor de su boca en la punta de mi polla. Cierro los ojos y espero a que ocurra. Sé que no tardará. Voy a recibir una mamada de mi esposa y no pienso hacer nada para evitarlo. Prometí no tocarla sin su permiso, pero es ella la que me está tocando a mí. Yo no he provocado esta situación. Por su propia voluntad ha decidido… Espera. ¿Lo ha decidido? Abro los ojos de golpe. Su mirada perdida. Ese gesto inexpresivo en su rostro…

Noto el calor de su lengua recorriendo mi polla desde la base hasta la punta justo cuando todas las piezas empiezan a encajar.

—Joder —mascullo entre dientes.

Quiero seguir sintiendo su boca. Lo que más deseo en estos momentos es enterrarme hasta el fondo de su garganta, follarle la boca como nunca nadie antes lo ha hecho, pero en una parte de mi mente no dejo de escuchar las señales de alarma que me indican que algo no anda bien.

Me incorporo de golpe. La sujeto por los hombros y busco su mirada.

—Vamos a jugar —repite otra vez, mirándome, pero en realidad sin verme.

—¡Maldita sea! ¿Estás dormida? —La zarandeo un poco, pero no reacciona—. Bianca. ¡Bianca! ¡Joder, despierta!

Casi puedo ver cómo la vida regresa a sus ojos cuando recupera la consciencia. Durante un par de segundos parece aturdida y confusa, entonces baja la vista a mi entrepierna y, al darse cuenta de que tengo la polla fuera de los pantalones y completamente erecta, se aparta de manera brusca. Intento retenerla sujetándola por los brazos. Me empuja con fuerza, pero no la suelto.

—¡Hijo de puta! ¡Déjame! —grita mientras se revuelve.

—Espera, deja que te lo expli… —No veo venir el puñetazo que me lanza y, antes de que pueda terminar la frase, sus nudillos impactan en mi ojo. Suelto una maldición y me agarro el rostro con ambas manos—. ¡¿Te has vuelto loca?! —vocifero.

La escucho salir de la cama y soltar una recua de maldiciones mientras camina de un lado a otro del dormitorio. Enseguida, la habitación se ilumina del todo y puedo verla con claridad, justo a los pies de la cama y con pinta de estar furiosa.

—¡¿Yo soy la loca?! ¡¿Qué mierda estabas haciendo, Luca?! —cuestiona alzando la voz.

Aún dolorido y con el ojo entrecerrado, me guardo la polla en los pantalones antes de mirarla.

—¡Baja la puta voz, joder! —siseo—. No he hecho nada. Has sido tú la que me has asaltado mientras dormía. No dejabas de repetir «Vamos a jugar».

Se queda paralizada un instante y después se lleva las manos a la cabeza.

—Me he quedado dormida. ¡Maldita sea, esto no tendría que haber pasado!

—Deja de gritar —ordeno—. Vas a despertar a todo el mundo.

Vuelve a moverse de un lado a otro, respirando de manera acelerada, mientras yo intento ver con normalidad otra vez. Tengo la sensación de que me va a salir un cardenal alrededor del ojo. ¿Cómo

es posible que alguien tan pequeño tenga tanta fuerza en el puño?

Regresa a los pies de la cama y respira hondo antes de clavar su mirada en la mía.

—¿Qué fue exactamente lo que pasó? ¿Qué es lo que hice?

—Nada. Cuando me desperté, te tenía encima. No sabía que eres sonámbula. Podrías habérmelo dicho y evitarnos esta escena a ambos.

—¿Por qué demonios crees que me he estado atiborrando a café durante todo el día? —Bufa con fuerza y se echa el pelo hacia atrás con un golpe de cabeza—. ¿Qué hiciste tú? Al despertar y verme sobre ti. ¿Qué hiciste, Luca?

Frunzo el ceño, ignorando el dolor en mi ojo izquierdo.

—Si te estás preguntando si he faltado a mi palabra, la respuesta es un «no» rotundo. No te he puesto un dedo encima, Bianca. En cuanto caí en la cuenta de que algo no iba bien, te desperté. Eso es todo.

—¿Y por qué tenías la polla fuera? ¿Salió sola a saludarme?

Me levanto de la cama, pero no me acerco a ella.

—Fuiste tú quien me bajó los pantalones. Estabas a punto de hacerme una jodida mamada cuando te detuve. No te he tocado. Esa es la verdad. Ahora tú decides si creerme o no.

Abre mucho los ojos y su rostro palidece en cuestión de segundos.

—Lo siento. Yo no… —Permanece callada y niega con la cabeza.

—¿Estás bien? —Doy un paso en su dirección y ella retrocede. Durante una milésima de segundo me parece ver una expresión de terror en su rostro. Alzo ambas manos y me quedo muy quieto—. ¿Me tienes miedo? —pregunto en un susurro.

No responde, solo sigue mirándome con la respiración acelerada y el rostro desencajado por completo hasta que, de pronto, se

acerca a la mesa auxiliar que está junto al sofá, agarra su teléfono y sale corriendo del dormitorio. Mi primera reacción es ir tras ella, pero entonces recuerdo esa expresión de terror de hace un instante y decido no hacerlo, aunque dudo mucho que pueda volver a dormir después de lo que acaba de ocurrir.

Cojo mi teléfono, que está sobre la mesita de noche, y le echo un vistazo a la pantalla. Son las seis de la mañana. En poco tiempo, todo el mundo estará levantado y desayunando en el gran comedor. Espero que, para entonces, Bianca se encuentre mejor y haya regresado. Me toco el ojo dolorido y hago una mueca. Ya voy a tener que dar bastantes explicaciones si termina saliéndome un morado, lo que menos necesito es que mi esposa sonámbula sea vista por la casa en camisón. Eso sí me costaría mucho justificarlo.

Capítulo 28

Bianca

Me tiemblan tanto las manos que apenas soy capaz de sujetar el teléfono contra mi oreja. Suenan dos tonos y está a punto de llegar el tercero cuando escucho la voz de Romeo al otro lado de la línea.

—¿Bianca? —Su voz suena ronca y somnolienta, como si acabara de despertarse.

Echo un vistazo a mi reloj de pulsera. Con la diferencia horaria, ahora mismo es poco más de medianoche en Filadelfia.

—Siento haberte despertado —digo, conteniendo un sollozo—. ¿Podemos hablar? De verdad, necesito hablar.

—Eh… Sí, claro. Dame un segundo. —Lo escucho moverse, después el sonido de una puerta al cerrarse—. Ya estoy. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, yo solo… —Inspiro hondo por la nariz—. Me he quedado dormida.

—Vale… ¿Y eso es malo?

Exhalo con fuerza y todas las lágrimas que estaba intentando contener empiezan a salir en cascada de mis ojos.

—¡Sí! Es muy malo —sollozo—. Estoy compartiendo dormitorio con Luca y me quedé dormida. Intenté no hacerlo. Bebí mucho café y ayer estuve en los probadores de dos tiendas. Lo intenté y no funcionó, y ahora…

—Bianca, frena un poco. No entiendo nada de lo que dices. ¿Estás llorando?

—Sí… —Vuelvo a sollozar y me aferro con más fuerza al teléfono.

—Está bien, cariño. Trata de tranquilizarte y cuéntame exactamente lo que ha pasado.

Respiro hondo un par de veces y empiezo a relatar entre lágrimas todo lo ocurrido desde que llegamos ayer a la isla. Que comparto dormitorio con mi esposo; mi aventura en los probadores; el paseo por Trapani durante la tarde; la desastrosa cena; nuestra discusión de después y, por último, el incidente de hace un rato, cuando desperté en la cama con la polla de Luca apuntándome a la cara como un misil.

—¿Entiendes ahora por qué estoy así? No sé qué hacer.

—Tampoco es tan grave, Bianca. Dices que él no te tocó, ¿verdad?

—Sí, eso es lo que él asegura.

—¿Y le crees?

Lo pienso unos segundos y asiento, aunque sé que no puede verme.

—Sí, parecía sincero. Además, fue él quien me despertó. Ya sabes cómo me pongo cuando estoy sonámbula. Que me haya detenido cuando estaba a punto de…

Me quedo callada de golpe y escucho a mi amigo reír al otro lado de la línea.

—¿Hacerle una mamada a tu marido? —Resoplo con fuerza y él vuelve a reír—. Las cosas por su nombre, cariño.

—¿Puedes dejar de burlarte de mí y ayudarme a solucionar esto? ¿Qué se supone que voy a decirle?

—Nada. Eres sonámbula y punto. No tienes que darle ninguna explicación. Aunque por lo del puñetazo… —Ríe de nuevo—. ¿En serio lo hiciste sin querer? Admítelo, ya le tenías ganas de antes.

—Romeo, no estás siendo de ayuda —mascullo entre dientes.

—Vuelve a la habitación, discúlpate por darle el puñetazo y listo.

—¿Y qué se supone que voy a hacer esta noche? Porque seguiremos compartiendo dormitorio. Nada me impide volver a asaltarlo.

—Bueno, al menos esta vez no lo tomará por sorpresa. Dile que si…

—Romeo, ¿qué haces? Vuelve a la cama. —Mi amigo es interrumpido por la voz de un hombre.

—¿Quién está contigo? —pregunto.

—Eh… Nadie.

—¿Estás con tu amante secreto?

—No. Tengo que dejarte.

—¡Eh! ¿Vas a dejarme tirada por un polvo? Te necesito.

Suspira con fuerza y casi puedo imaginarlo presionándose las cuencas de los ojos, como siempre hace cuando está frustrado.

—No me necesitas, Bianca. Solo querías desahogarte y ya lo has hecho. Ahora vuelve a ser la mujer fuerte y valiente que conozco, plántale cara a tu querido maridito y resuelve la situación. *Cu furza e curaggiu si vince tuttu.* Tengo que colgar. Te quiero.

Antes de poder decir nada más, la llamada se corta y me quedo mirando la pantalla del teléfono como una idiota. Sí que me ha dejado tirada por un polvo. Traidor.

Me pongo en pie y tomo una respiración profunda antes de abrir la puerta de la despensa donde me he encerrado. Ni siquiera sé

cómo he terminado aquí. Busqué el primer lugar aislado y esto fue lo que encontré.

Camino por los pasillos casi de puntillas para no hacer ruido. Si alguien llegara a verme, no sabría cómo justificar estar paseando en camisón por una casa ajena. Cuando llego al dormitorio que comparto con Luca, me detengo frente a la puerta cerrada y respiro hondo de nuevo.

—Eres una mujer valiente y poderosa. *Furza e curaggiu* —me digo a mí misma justo antes de girar el pomo y entrar en la estancia.

Busco a Luca con la mirada, pero no lo veo por ningún lado. Entonces, me fijo en la puerta del baño; está cerrada y se escucha el agua de la ducha correr. Dejo escapar todo el aire que estaba conteniendo y me cubro el rostro con ambas manos. Al menos, tengo unos cuantos minutos más antes de enfrentarme a él. Espero que sean suficientes. Debo recuperar la compostura. Odio esto. ¿Por qué no puedo dormir como una persona normal?

Luca

Ni confirmo ni desmiento que me he aliviado en la ducha. ¡Joder, claro que lo he hecho! ¿Cómo se supone que iba a pasar el resto del día después de haber estado más empalmado que en toda mi vida? Cuando tomé la decisión de casarme con Bianca bajo sus términos y condiciones, supe que algo así podría pasar. Es una mujer preciosa, más de lo que cualquiera puede soportar tener cerca sin caer en la tentación, pero lo de hace un rato ha sido… Ni siquiera sé cómo definirlo. Me sorprende haber tenido la fuerza de voluntad suficiente para apartarla. Sin embargo, lo que más confuso me tiene no es lo

que me hizo sentir, sino su reacción al despertar.

Entiendo su sorpresa. Despertarse así, conmigo zarandeándola y con la polla fuera no debe de ser fácil de digerir; no obstante, había algo más en su expresión. Ese miedo atroz que la hizo retroceder. Nunca antes, en todo el tiempo que conozco a Bianca, la había visto en ese estado. Ella no es de las que se achantan. Siempre tiene una contestación mordaz en la punta de la lengua; ante un ataque, saca pecho y responde con otro.

Deslizo la palma de la mano para retirar el exceso de humedad del espejo y hago una mueca al ver mi ojo. El párpado y la parte alta del pómulo ya empiezan a adquirir un color violáceo y estoy seguro de que irá a peor. Se me escapa una risa incrédula. ¿Cómo demonios voy a explicar que mi esposa me ha dejado un ojo morado con un puñetazo? Lo más probable es que pierda todo el respeto y la credibilidad de mis socios.

Con solo una toalla enroscada alrededor de las caderas, salgo del baño y me sorprendo al verla sentada en el sofá. Se ha cambiado de ropa. Al menos, ya no sentiré que me tortura con ese jodido camisón.

Capítulo 29

Luca

Levanta la cabeza al escucharme y su barbilla se alza de manera casi automática. Ya vuelve a ser ella misma. Bien, puedo lidiar con mi esposa peleona e impertinente.

—¿Ya has vuelto? Espero que nadie te haya visto merodear por la casa con las pintas que tenías —comento yendo hacia la cama, donde tengo la maleta abierta.

—Nadie me ha visto —responde ella tras exhalar con fuerza.

—Bien. Ahora, ¿vas a explicarme a qué vino todo el numerito de antes?

Escucho que se levanta y después sus pasos acercándose. No me giro. Solo sigo rebuscando en la maleta hasta que encuentro la ropa que quiero ponerme, un pantalón de traje negro y una camisa blanca. Bóxer blanco y calcetines oscuros.

—Como ya habrás adivinado, soy sonámbula y a veces me comporto de una forma muy poco propia de mí cuando estoy en ese estado de semiinconsciencia.

Dejo caer la toalla al suelo y, sin girarme ni responder, me pongo

el bóxer y después el pantalón. Solo cuando ya he terminado de abrocharlo y me estoy colocando la camisa, doy media vuelta y busco su mirada.

—¿Sueles abalanzarte sobre cualquier hombre que te acompañe cuando estás sonámbula? —inquiero, arqueando una ceja.

Bianca estrecha su mirada sobre mi rostro y da un paso en mi dirección.

—Mierda, tienes el ojo morado —susurra.

Chasqueo la lengua y niego con la cabeza.

—No me digas —mascullo en tono sarcástico.

Se acerca más y estira un brazo en dirección a mi rostro. Me aparto por puro instinto, pero ella me sujeta por la barbilla y me obliga a mantenerme quieto.

—Déjame verlo. No tiene buena pinta. —Tira de mi cabeza hacia abajo y después ladea la suya para ver mejor la zona.

Su olor llega a mi nariz y contengo el aliento cuando las imágenes de lo que ha pasado hace solo un rato invaden mi mente. Su lengua en mi cuello, sus manos en mi pecho, su coño restregándose sobre mi erección… Carraspeo y me aparto de forma brusca.

—Podría matarte por esto. Lo sabes, ¿verdad? —pregunto, lanzándole una mirada dura.

La muy sinvergüenza pone los ojos en blanco, como si lo que acabo de decir no fuese una amenaza directa.

—Estoy intentando disculparme, imbécil.

—Pues no te he escuchado hacerlo —replico.

Vuelve a alzar la barbilla de manera desafiante y esboza media sonrisa.

—Es que ya se me han quitado las ganas. Es lo que tiene lidiar con un…

Antes de que pueda terminar la frase, ya la tengo sujeta por la nuca y estoy pegando mi rostro al suyo de manera amenazante.

—Vuelve a insultarme y tomaré lo que me has ofrecido. Me importa una mierda si estabas dormida o no. Te he permitido escapar una vez, no habrá una segunda oportunidad.

Me quedo mirando sus ojos y, por un instante, casi me parece ver un brillo de lujuria en sus iris verdes. Bianca enseguida se echa hacia atrás y sacude la cabeza de un lado a otro.

—Baja un poco la intensidad, ¿quieres? —Exhala con fuerza—. Veré qué puedo hacer para arreglar el desastre. Ven conmigo.

—¿A dónde? —inquiero.

Resopla de nuevo y frunce el ceño.

—Luca, por una vez, ¿puedes hacer lo que te digo sin más? —Arqueo una ceja, conteniendo la risa. ¿Habla en serio? Se supone que ella es la que debe obedecerme y no al revés—. Más te vale que te guardes para ti lo que estás pensando —sisea, señalándome con el dedo índice.

Pestañeo rápido. ¿Cómo demonios lo ha sabido? Antes de que pueda preguntárselo, me coge de la mano y tira de mí en dirección al baño. Por pura curiosidad dejo que me arrastre tras ella, y, al entrar en la estancia, me empuja hacia el lugar donde está la bañera y su mano abandona la mía.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —pregunto al ver que saca un neceser del mueble del lavamanos y empieza a rebuscar en su interior.

—Busco algo que pueda cubrir ese morado. —Se gira hacia mí con un par de botes en la mano y entonces entiendo cuál es su intención.

—¡No vas a maquillarme! —exclamo.

Se acerca más y me empuja para que me siente en el borde de

la bañera. Después me sujeta de nuevo por la barbilla y mueve mi cabeza hacia un lado.

—La única forma de disimular el morado de ese ojo es con maquillaje. No se va a notar nada, te lo prometo.

—Ni de puta coña.

Me agarra con más fuerza y me obliga a mirarla.

—Si lo prefieres, puedo darte un puñetazo en el otro ojo, así no llamará tanto la atención. —Mi única respuesta es una mirada poco amigable que ella enseguida entiende como una negativa—. Eso fue lo que pensé. Ahora estate quieto un momento y déjame hacer mi magia. Cuando termine contigo, habrás recuperado todo tu orgullo de macho alfa. Nunca nadie sabrá que una chica ha sido capaz de tumbarte de un puñetazo.

—No me has tumbado —gruño, pero no la detengo cuando se acerca aún más y empieza a esparcir un líquido espeso alrededor de mi ojo.

Me parece verla sonreír, aunque solo dura un instante. Respiro hondo y no me muevo ni un centímetro durante los más de diez minutos que tarda en cubrir el desastre que ella misma ha provocado. Una vez más me pregunto por qué estos silencios entre nosotros no son para nada incómodos, por qué me gusta tanto su tacto en mi rostro y, sobre todo, por qué estoy disfrutando tanto con su cercanía, hasta el punto de plantearme pedirle que me golpee en el otro ojo, tal como ha sugerido, para que no se aleje de mí tan pronto.

—Listo. Estás como nuevo —dice, sacándome de mis pensamientos.

Retrocede un par de pasos, y solo cuando dejo de oler su perfume soy capaz de respirar con normalidad. Me pongo en pie, camino hacia el lavamanos y me miro al espejo. Es cierto que no se

nota el morado y tampoco el maquillaje.

—No está nada mal —murmuro, ladeando la cabeza para verme de perfil.

—No tienes que agradecérmelo.

—No pensaba hacerlo. Me lo tomaré como una disculpa.

Bianca hace ese gesto tan suyo de poner los ojos en blanco y empieza a guardar los botes en el neceser sin decir nada. Cuando termina, pasa por detrás de mí para dirigirse a la salida; sin embargo, antes de abandonar el baño, se gira a medias.

—Luca. —Busco su mirada a través del espejo—. Gracias por apartarme cuando… Ya sabes.

—Te prometí que no te tocaría a no ser que me lo pidieras. Tengo muchos defectos, pero soy un hombre de palabra. Además, me gusta que las mujeres que me follo estén conscientes. Es una costumbre rara que tengo —comento en tono sarcástico.

—Qué suerte la mía —responde, esbozando media sonrisa.

Ya se ha girado de nuevo, y está a punto de marcharse cuando las palabras salen de mi boca sin que pueda hacer nada para detenerlas.

—Pídemelo y no te quitaré las manos de encima. Eso también es una promesa.

Bianca se detiene bajo el umbral durante unos segundos. Me mantengo atento a cualquier movimiento. Si mira en mi dirección, lo tomaré como un sí y no dejaré que salga de este baño hasta haberla follado como estoy deseando hacerlo. La escucho exhalar con fuerza y, sin ni siquiera hacer el amago de darse la vuelta, abandona el baño, cerrando la puerta a su espalda.

Capítulo 30

BIANCA

Me despierto sobresaltada. Alguien está golpeando la puerta del baño con violencia. Intento incorporarme deprisa, pero un dolor agudo en mis cervicales me lo impide. Hago una mueca con los labios. Estas son las consecuencias de haber pasado las últimas dos noches durmiendo en la bañera.

—¡Bianca, abre la puta puerta! —vocifera mi impaciente marido al otro lado de la madera.

—Usa el baño del pasillo —contesto.

Me cubro el rostro con la manta gruesa que estoy usando para resguardarme de la fría cerámica e intento ignorarlo, pero los golpes no cesan.

—¡Abre de una maldita vez, joder!

Al darme cuenta de que no va a darse por vencido, decido ponerme en pie, aunque no sin dificultad. El problema de la bañera no es el tamaño, pues yo soy lo bastante pequeña como para que me sobre espacio en su interior; en realidad, lo que de verdad me destroza los músculos es su dureza y la forma ovalada.

Casi cojeando, consigo llegar a la puerta y, nada más quitar el cerrojo, Luca la empuja y entra en el baño como un vendaval. Va directo al retrete, levanta la tapa y, tras bajar un poco la cinturilla del pantalón hasta la altura de la entrepierna, veo cómo empieza a orinar.

—¡Oye, espera al menos a que salga! ¡Serás cerdo…!

Finge no escucharme mientras sigue orinando, con la cabeza inclinada hacia arriba y los ojos cerrados. Creo que incluso me parece escucharlo gemir en voz baja cuando ya estoy cruzando el umbral.

Tomo asiento en el sofá y hundo el rostro entre mis manos. Estoy deseando largarme de esta maldita isla. Daría cualquier cosa por recuperar la intimidad de mi dormitorio y no tener que esconderme para mal dormir unas pocas horas cada noche. Por suerte, hoy es el cumpleaños de Maurizio Leone y tras la fiesta, que con toda probabilidad durará hasta altas horas de la madrugada, regresaremos a Filadelfia. Lo más seguro que por la mañana.

—Tienes que dejar de acaparar el baño. Casi me lo hago encima —dice Luca, volviendo al dormitorio.

Alzo la cabeza con gesto furioso y clavo mi mirada en la suya.

—Intentaba dormir, idiota. Ya tengo suficiente con hacerlo en esa bañera infernal.

—Ese no es mi problema —responde, encogiéndose de hombros.

Pongo los ojos en blanco por su comentario.

—Estoy convencida de que el día que repartieron las virtudes tú pasaste de largo por el apartado de la empatía. No te vendría mal un poco de eso.

—¿Tengo que sentirme mal por ti? Nadie te obliga a dormir en el baño, Bianca. Tienes justo aquí una cama enorme en la que cabemos los dos sin problema.

Lo miro de nuevo con el ceño fruncido.

—Sabes que no puedo dormir contigo —siseo entre dientes.

El muy hijo de puta sonríe de manera canalla y vuelve a encogerse de hombros.

—Oh, cierto. No recordaba que eres como Cenicienta, después de medianoche te conviertes en una pervertida.

—Y tú en un imbécil, pero lo eres durante todo el día —farfullo.

—Admítelo, tu subconsciente cree que soy irresistible. —Desliza una mano por sus abdominales marcados y cubiertos de tatuajes—. Tiene toda la razón. Lo soy.

—Ya veo que te has despertado con el ego por las nubes, pero contrólate al menos hasta que me tome un café. Ahora mismo no tengo ganas ni paciencia para lidiar con tus majaderías.

Me pongo en pie y empiezo a caminar en dirección al baño, pero, antes de que pueda llegar al umbral, Luca se cruza en mi camino.

—De eso nada, no vas a volver a acaparar el baño —se queja.

—Luca, déjame pasar. Tengo que ducharme.

—Yo también.

—Pues te esperas —intento rebasarlo, pero se mueve para cerrarme el paso—. ¿En serio? ¡Está bien, maldita sea! Usa la ducha, pero date prisa.

Escucho cómo mi teléfono empieza a sonar en el interior de la bañera y hago un gesto con la mano. Luca resopla y me señala con el dedo índice a modo de advertencia.

—Ve a buscarlo mientras yo preparo mi ropa, y que no se te ocurra jugármela, Diavuletta. Juro que, si vuelves a encerrarte ahí dentro, echaré la puerta abajo de una patada y entonces ya no tendrás dónde esconderte.

Pongo los ojos en blanco una vez más y al fin se hace a un lado para dejarme pasar. Entro en el baño justo cuando el teléfono deja

de sonar. Me inclino sobre la bañera y busco entre la manta hasta que encuentro el aparato. Estoy a punto de desbloquearlo para ver quién me acaba de llamar cuando vuelve a sonar. Me quedo mirando el nombre que aparece reflejado en la pantalla. «Sarah». No es mi tía, a ella la tengo registrada en la agenda como «Tía Sarah». Estiro el cuello para ver dónde se encuentra Luca, bajo el sonido del altavoz interno del móvil y contesto la llamada.

—¿Qué quieres? —susurro para que mi marido no me escuche.

—Dijiste que me llamarías, pero no lo has hecho —dice Ryan al otro lado de la línea.

—He estado ocupada. ¿Por qué me estás llamando?

—Necesito hablar contigo, Bianca.

Estoy a punto de replicar cuando Luca entra en el baño y se me queda mirando fijamente. Esbozo una falsa sonrisa, respiro hondo por la nariz y me giro.

—Tía Sarah, ahora estoy ocupada. ¿Puedo llamarte después?

Ryan tarda unos cuantos segundos en responder.

—Él está contigo, ¿verdad? —inquiere en voz baja.

—Sí, Luca está muy bien. —Doy media vuelta para comprobar si sigue observándome. Así es, y escuchar su nombre le hace arquear una ceja—. Estamos en Sicilia, pero volveremos pronto a casa.

—Bianca, de verdad necesito hablar contigo. Es importante.

¡Mierda! Al final voy a terminar metida en un gran problema. No importa el trato que hayamos hecho. Ningún Don de la Cosa Nostra aceptaría que su esposa esté hablando con uno de sus amantes delante de sus narices. Sería una sentencia de muerte para Ryan, y es posible que para mí también.

—Tía Sarah, sé que te tengo muy abandonada, pero prometo ir a verte pronto.

—No puedo esperar. Busca un momento a solas y llámame.

—Sí, está bien. Te llamaré dentro de un rato. Ahora tengo que colgar. Un beso. —Desconecto la llamada y exhalo con fuerza.

—¿Cómo está? —pregunta Luca sin apartar la mirada de mí.

—¿Quién?

—Tu tía. Era ella quien te llamaba, ¿no? —Señala con la barbilla el teléfono que tengo entre las manos. Asiento con rapidez—. Hace mucho que no la veo. Creo que la última vez que coincidimos fue en nuestra fiesta de no compromiso.

—¿Fiesta de no compromiso? —Se me escapa una sonrisa y él se encoge de hombros.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, está perfecta. La tía Sarah es fuerte y luchadora. Nada puede tumbarla.

Luca estrecha la mirada sobre mí y una pequeña sonrisa se dibuja en sus comisuras.

—Ahora ya sé a quién has salido.

Su comentario me toma por sorpresa. Abro mucho los ojos y pestañeo varias veces mientras trato de asimilar el significado de sus palabras.

—¿Eso ha sido un cumplido? —inquiero alucinada.

Luca tarda unos segundos en responder.

—Es posible, pero tampoco te emociones demasiado.

Soy incapaz de contener la sonrisa. Me acerco a él con gesto inocente y chasqueo la lengua, negando con la cabeza.

—El gran Luca De Santis me ha hecho un cumplido. ¡Qué emoción! Creo que acabo de mojar las bragas. —Veo que se tensa de inmediato, pero no me detengo—. Al final mi subconsciente va a tener razón y resultará que eres irresistible. —Doy un par de palmaditas con la mano abierta sobre su pecho y salgo del baño sonriendo—. ¡Date prisa con la ducha! ¡No tengo todo el día! —grito

cuando ya estoy en el dormitorio.

En cuanto la puerta del baño se cierra con un golpe sonoro, se me escapa una carcajada. Admito que disfruto molestando a mi querido esposito más de lo que debería. Resulta tan sencillo sacarlo de sus casillas… Es igual al resto de los hombres. Cuando empiezan a pensar con la entrepierna, se quedan sin argumentos.

Tomo una respiración profunda y echo un nuevo vistazo a mi teléfono. Algunos hombres son más complicados que otros, eso también es cierto. En particular, uno que conozco muy bien; tiene la capacidad de cambiarme el humor con solo una llamada.

Agudizo el oído y espero hasta que escucho que el agua de la ducha empieza a correr antes de buscar su contacto entre las últimas llamadas. Sin perder de vista la puerta del baño, me llevo el aparato a la oreja. Responde al segundo tono.

—¿Ya se ha ido? —pregunta nada más descolgar.

—Está en la ducha. ¿Se puede saber qué demonios es tan importante como para exponerme así? Puedes buscarme un problema muy serio, y a ti mismo también.

—Lo sé, pero esto es muy importante, Bianca. Necesito que hagas algo por mí.

—¿El qué? ¿Qué ocurre? —pregunto preocupada.

—Presta mucha atención a lo que te voy a decir.

Capítulo 31

Luca

La dichosa fiesta de cumpleaños de nuestro capo solo es una excusa más para reunir a todos los miembros importantes de la organización y hablar de negocios. Eso es justo lo que hemos estado haciendo durante toda la mañana. Ahora que ya han llegado todos, incluyendo a mi hermano, Adriano Valente y mi suegro, el comedor principal de la casa se ha convertido en una especie de sala de reuniones. Presidiendo la mesa está, por supuesto, Maurizio Leone, con su hijo apostado a su derecha.

Observo a todos a mi alrededor en silencio. Algunos resultan patéticos: exponen sus beneficios anuales como los pavos reales exhiben sus plumas cuando quieren llamar la atención de una hembra, solo que aquí de lo que se trata es de captar el interés de nuestro capo. Todos queremos caerle en gracia. Contar con su apoyo es lo mejor que te puede pasar. Aparte de respetado y poderoso, Maurizio Leone también es una llave de las que te abren puertas a negocios muy suculentos.

—Luciano, he escuchado que estás teniendo problemas con los

irlandeses en tu territorio —dice Leone, haciendo acallar todas las voces.

Mi suegro le da un trago largo a su copa de licor antes de contestar.

—No es nada que no pueda resolver. Estoy en ello.

Leone me mira a mí y después a Adriano Valente.

—Entonces ¿no es cierto que hace poco os robaron un cliente importante?

La mirada de mi suegro se detiene en la mía. Esbozo media sonrisa y le doy una última calada a mi cigarrillo antes de aplastar la colilla contra el fondo del cenicero.

—Ese inconveniente ya está solucionado, capo —intercedo—. El cliente buscaba una bajada de precio, pero tras renegociarlo he logrado una subida de casi el doble respecto al importe inicial.

Leone asiente y presta atención a otro de los miembros de la reunión; sin embargo, Rossetti sigue con la vista clavada en mí. Por su expresión, apuesto a que se está preguntando cómo demonios lo he logrado. Bueno, tampoco ha sido sencillo, he pasado los últimos dos días en un tira y afloja constante con el cliente. Que Kincaid lo dejara tirado ayudó a que pudiese renegociar el trato, aunque el resto fue cosa mía. Aproveché su urgencia en tener la mercancía para subir el precio todo lo que me fue posible. Por supuesto, al principio no estuvo de acuerdo, pero con tan poco plazo no tuvo más remedio que aceptarlo, y de paso le sirve como lección para no volver a jugárnosla otra vez.

El resto de la reunión transcurre sin incidencias. Cerca del mediodía, cuando ya la mayoría están charlando y bebiendo más de la cuenta, recibo una notificación en mi teléfono móvil. Es de un banco suizo del que soy cliente, me informan del pago de un artículo con valor de casi cuatrocientos mil euros. Enseguida hago varias

pesquisas y descubro que el artículo en cuestión es un Ferrari 812 GTS personalizado; la compra la ha realizado Bianca.

Exhalo y me termino el resto de la copa de un trago. Esta es su manera de hacerme ver que mi comentario de esta mañana no ha sido de su agrado. La muy hija de perra es rencorosa. Lo que dije tampoco fue para tanto. Me parece ridículo que duerma en una bañera pudiendo hacerlo en la cama. Bueno, puede que me haya pasado al llamarla pervertida; al fin y al cabo, ella no tiene la culpa de lo que hace mientras está inconsciente.

Ni siquiera sé por qué lo dije. Supongo que solo buscaba provocarla. He descubierto que disfruto mucho haciéndolo. Bianca es todo lo que yo jamás querría en una esposa: contestona, irrespetuosa, no tiene freno y se le da fatal mantener las apariencias; sin embargo, como persona y como mujer creo que es increíble. Tiene una personalidad arrolladora y esa lucha constante que mantiene con el resto del mundo por hacerse respetar es digna de admiración. Y después está esa maldita atracción que siento por ella; es algo que me trae de cabeza. He conocido a muchas mujeres a lo largo de mi vida, pero ninguna consigue excitarme como Bianca. Puede volverme loco con solo una frase, un gesto, su olor o su simple presencia.

Sacudo la cabeza y me centro en las conversaciones que hay a mi alrededor antes de que mi mente me juegue una mala pasada al recordarme de nuevo lo que sentí al tener su lengua deslizándose por mi polla. Lo que menos me apetece es acabar con una erección en presencia de todos los miembros importantes de la organización.

Me tomo otra copa más, pero no puedo dejar de pensar en Bianca. Cada pocos segundos echo un vistazo al teléfono, que sigue sobre la mesa. Termino dándome por vencido cuando la conversación pasa de ser de negocios a convertirse en una

competición para demostrar quién la tiene más grande. El cabrón de Augusto Colombo, Don de Baltimore y antiguo prometido de mi esposa, se jacta de estar a punto de casarse con una chica que podría ser su nieta, pero, según él, está lista para probar a un hombre de verdad.

Cojo el teléfono y, tras desbloquearlo, busco el contacto de Bianca en la aplicación de mensajería instantánea y le envío un mensaje escueto. Solo una pregunta:

¿Te acabas de comprar un Ferrari?

Espero su respuesta durante un rato. Casi estoy a punto de dejar el teléfono de nuevo sobre la mesa cuando veo que se conecta. Unos segundos después, recibo su respuesta:

Sí.

Así, sin más. Sin ninguna explicación.

¿Para qué necesitas un Ferrari, Bianca?
Tienes media docena de deportivos en casa.

Envío el mensaje y quedo atento a su contestación. Tarda apenas unos segundos en llegar.

Tú lo has dicho, en casa.
Si tengo que pasearme por media Sicilia acompañando
a tu madre y al resto de las esposas aburridas,
al menos quiero hacerlo con estilo.

Su respuesta me cabrea y divierte a partes iguales. ¿Cómo

puede ser tan sinvergüenza?

¿Qué se supone que vas a hacer con el coche
cuando nos marchemos mañana?

Su respuesta es inmediata:

Me lo llevan a casa.

Supongo que el transporte no será barato, ¿verdad?

Por supuesto que no. 😊

Cuando veo la carita sonriente en su último mensaje, casi se me escapa una carcajada.

¿De verdad tenías la necesidad de comprarte
un deportivo para usarlo solo un día?

Necesidad no, pero es rosa.

Su respuesta me hace fruncir el ceño.

¿Es broma? No puedes personalizar un Ferrari en color rosa.
La marca no lo permite.

¿Qué van a hacer, denunciarme a la policía de los coches deportivos?

Tecleo a toda prisa una contestación.

Pueden prohibirte la compra de cualquiera de sus coches
en el futuro por incumplir las normas de imagen y exclusividad.

Su respuesta no se hace esperar:

No, cariñito, pueden prohibírtelo a ti,
que has sido quien lo ha pagado.

Me quedo mirando la pantalla con incredulidad. La muy hija de perra lo ha hecho a propósito. Cabreado, tecleo un nuevo mensaje:

Ya hablaremos de esto cuando vuelvas.
Vas a aprender a no salirte siempre con la tuya, Diavuletta.

¿Eso es una amenaza o una promesa?

Decido no seguir respondiendo a sus provocaciones. Ya he tenido bastante por un día. Sin embargo, cuando vuelvo a dejar el teléfono sobre la mesa, soy muy consciente de que, a pesar del cabreo, esta corta conversación con mi esposa ha sido, de lejos, lo más interesante y divertido que me ha pasado en toda la mañana. No sé qué es lo que la hace tan… ¿especial?, ¿peculiar? Con su humor sarcástico y esa forma de provocarme con cada gesto o palabra, está logrando adueñarse de cada uno de mis pensamientos.

Capítulo 32

Bianca

Hago rugir el motor del Ferrari una vez más antes de apagarlo. Es una pena que el trayecto desde el muelle de la isla, donde me ha dejado el transporte marítimo, sea tan corto. Me gustaría haber pasado más tiempo al volante de mi nuevo juguetito. Con un suspiro, salgo del vehículo y compruebo que Luca está apostado frente a la puerta principal; me observa sin perder detalle. A su lado están varios de los miembros de la organización, como Adriano Valente o mi exprometido, Augusto Colombo, así que supongo que mi padre no andará lejos. Esta mañana me marché de la isla muy temprano, pero estoy segura de que ya debe de haber llegado para asistir a la gran fiesta.

Aún no he terminado de rodear el coche cuando veo a mi marido bajar las escaleras para dirigirse hacia mí. Al llegar, esboza una sonrisa ladeada que para nada es sincera.

—¿Te gusta? —inquiero, apoyándome en la carrocería del deportivo.

Lo mira durante unos segundos y hace una mueca con los labios.

—Es muy rosa —responde.

—Lo sé, me encanta. Lo pedí en rosa metalizado. ¿A que es precioso?

—Tenemos distintos conceptos de lo que es o no precioso —replica con una ceja arqueada.

—Al menos, estamos de acuerdo en que yo lo soy. —Me peino el cabello hacia atrás con los dedos y sonrío de manera coqueta—. Disimula, cariñito, tus amigos machos alfa nos están mirando —susurro sin dejar de sonreír.

Empiezo a dudar de mi pequeña provocación cuando noto su brazo rodeando mi cintura, aunque no es hasta que me empuja contra la carrocería del Ferrari que soy consciente del error que he cometido. Esta es una de esas veces en las que peco de imprudente. Ya debería saber que a un tarado como Luca De Santis no se le puede desafiar si no estás dispuesta a asumir las consecuencias.

—¿Ahora ya no te parece gracioso? —Me aplasta con su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto con un hilo de voz.

Una de sus manos se ancla en mi nuca y me obliga a alzar la cabeza. Sus labios están tan cerca de los míos que solo haría falta un movimiento milimétrico para que se unieran.

—Estoy disimulando ante mis amigos machos alfa, cariñito —responde, ejerciendo aún más fuerza en mi nuca.

—¿No te parece que es demasiado sobreactuado?

Intento que mi tono sea firme, pero entre su forma de mirarme y la dureza que empiezo a notar a la altura de mi bajo vientre, apenas soy capaz de mantener una respiración pausada y tranquila.

—¿Sobreactuado? ¿Tú crees? Creía que te estaba haciendo mojar las bragas como esta mañana. ¿No es así?

—No —miento, porque la realidad es muy distinta.

—Qué pena. —Se aparta unos centímetros y afloja el agarre en

mi nuca, aunque no me suelta. Siento cómo sus dedos recorren la parte posterior de mi cuello mientras sigue mirándome a los ojos; hay fuego en el interior de sus iris azules, casi puedo ver las llamas ardiendo en ellos. Se acerca de nuevo, pero esta vez desvía la trayectoria de su boca en dirección a mi oreja—. Supongo que voy a tener que esforzarme más para lograrlo.

Cuando noto sus dientes raspando la piel de mi cuello de manera suave, casi se me escapa un vergonzoso gemido. Estoy temblando de pies a cabeza, y sé que el muy hijo de puta puede notarlo porque lo escucho reír bajito justo antes de apartarse de mí. Me acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja y me mira con una ceja arqueada.

Hago todo lo posible para ralentizar los desbocados latidos de mi corazón y dejar de temblar. Empiezo por mover el cuello de un lado a otro y sacudirme de encima esa extraña sensación de electricidad y excitación que se ha apoderado de cada parte de mi cuerpo. Desvío la mirada en dirección a los hombres que siguen junto a la entrada. Nos están observando desde la distancia y, esta vez, mi padre está con ellos. Al verlo, me tenso de pies a cabeza.

—Se acabó el numerito —siseo, empujando a Luca de manera disimulada. Lo que sea que acabe de pasar entre nosotros ha terminado en el justo instante en el que he visto al cabrón de mi progenitor—. Debo ir a saludar a mi padre.

—Te acompaño. Tu hermana también anda por aquí.

Abro mucho los ojos con sorpresa.

—¿Rina ha venido? —inquiero.

—Eh… Sí, llegó esta mañana con tu padre. ¿Por qué te sorprende?

—Hijo de puta —siseo en voz baja con la mandíbula tensa y los puños apretados.

Noto la mano de Luca en mi barbilla, tira de mi cabeza hacia arriba y me obliga a mirarlo.

—¿Qué ocurre, Bianca?

—Nada, son cosas de familia. —Intento huir de su contacto, pero me sujeta con más fuerza.

—Llevas mi apellido, eso me convierte en parte de tu familia.

Esta vez soy más brusca al sacarme su mano de encima.

—Algún día tendrás que asumir que no eres el jodido centro del universo, De Santis. Ahora, deja de tocarme las narices y vayamos a saludar a mi padre de una maldita vez.

Sin esperarlo, empiezo a subir los escalones que llevan a la entrada de la casa con la espalda recta y la frente en alto. Mientras me muevo en su dirección, lo veo esbozar una sonrisa que me hiela la sangre. De alguna manera, estoy permitiendo que Luca me distraiga de lo que de verdad me importa. Mi único objetivo es proteger a mi hermana, darle la vida que yo jamás tendré. No permitiré que termine enredada con un tipo como Luca o como mi padre. Ambos están cortados por el mismo patrón, eso es algo que debo tener muy presente.

Luca

Siempre he tenido muy claro que la relación de Bianca con su padre no es la mejor, pero hasta hoy no me había dado cuenta de lo mucho que cambia su personalidad cuando él está cerca. Es como si con su sola presencia lograra apagar toda la luz y vitalidad que ella guarda en su interior. Me pregunto a qué se debe. Está claro que ser la hija de un Don no es una tarea sencilla, y menos aún cuando

posees la rebeldía y el carácter de Bianca. Sin embargo, tengo la sensación de que hay algo más ahí que se me escapa y estoy decidido a averiguar de qué se trata.

Justo antes de la hora de comer, decido retirarme a mi dormitorio para cambiarme de ropa. El almuerzo será el pistoletazo de salida para la gran fiesta que durará hasta bien entrada la madrugada y tenemos que ir vestidos acordes para la ocasión.

Estoy cruzando el pasillo que lleva a los dormitorios de invitados cuando me encuentro con mi sobrino. Llega corriendo, ya vestido con su pantalón oscuro, camisa blanca y unos relucientes zapatos negros. Su cabello está perfectamente peinado hacia atrás.

—Tío Luca, ¿has visto a Caterina? —pregunta con la respiración acelerada.

—No. ¿Para qué la buscas?

—Le dijeron que cuidara de nosotros durante la comida, pero ha desaparecido.

Estrecho la mirada sobre él y esbozo media sonrisa. Es bastante común que, durante las celebraciones de la organización, los hijos mayores estén pendientes de los pequeños, y, al tener ya dieciséis años, lo más seguro es que a la hermana de mi esposa le haya tocado hacer de canguro.

—No creo que haya ido muy lejos. Deja que me cambie y, si quieres, te acompaño a buscarla.

El chico asiente y caminamos juntos el resto del trayecto hasta mi dormitorio. Por supuesto, no pierde la oportunidad de hablarme de sus conquistas, una de ellas es la hija del Don de Michigan, una niña de catorce años.

—Es guapa, aunque no tanto como Caterina —comenta cuando casi hemos llegado.

—¿No crees que son demasiado mayores para ti?

—Tío Luca, la edad es solo un número. Acabaré creciendo y, entonces, todas harán fila para casarse conmigo —responde con una sonrisa arrogante.

Suelto una carcajada y niego con la cabeza, justo antes de girar el pomo y abrir la puerta. Si esa es su mentalidad con solo ocho años, no me quiero imaginar cómo será cuando tenga edad para tomar sus propias decisiones. Me temo que mi hermano va a tener serios problemas con su primogénito.

Capítulo 33

Luca

Al entrar en el dormitorio, me sorprendo al ver a mi esposa sentada en el sofá junto a su hermana pequeña.

—Mira, la hemos encontrado —comento, sujetando a mi sobrino por los hombros.

—¿Quién me estaba buscando? —pregunta Bianca, arqueando una ceja.

Elmo va hacia ellas con su habitual chulería y se cruza de brazos.

—A ti no, es Caterina la que ha desaparecido. ¿Dónde estabas?

La chica mira a su hermana con gesto extrañado.

—¿Por qué crees que debo darte explicaciones? —Se ríe con incredulidad—. ¿Lo estás escuchando? Aún no levanta un palmo del suelo y se cree con derecho a controlar lo que hacen los demás.

Bianca se incorpora del sofá y echa un vistazo en mi dirección.

—No te molestes, le viene de familia. Los De Santis son todos así.

Le lanzo una mirada de advertencia y ella se encoge de hombros.

—¡Vámonos ya, llegaremos tarde al almuerzo! —exclama mi sobrino.

—¡Oye, no te atrevas a darme órdenes, mocoso! —replica Caterina.

Exhalo con fuerza y decido intervenir. Me parece estar reviviendo una de las muchas discusiones que tenemos Bianca y yo. Supongo que, al igual que el carácter de mi sobrino es similar al mío, Caterina ha heredado la rebeldía de su hermana.

—Ya está bien. Largaos los dos. Tengo que cambiarme —ordeno mientras empiezo a desabrocharme la camisa.

Elmo enseguida obedece y empieza a caminar hacia la salida, pero Caterina no se mueve.

—Por mí no te cortes —dice, esbozando media sonrisa pícara que me recuerda mucho a la de su hermana.

Definitivamente, el descaro le viene de familia.

—¡Rina, fuera de aquí! —sisea Bianca.

La adolescente resopla y se cruza de brazos.

—No es justo. A ti te toca casarte con el guapo tatuado y a mí con un imbécil que dudo que sepa atarse los cordones sin la ayuda de su mami.

—Tú no vas a casarte con nadie. Márchate. Seguiremos hablando después. —Un nuevo resoplido y los dos críos abandonan el dormitorio discutiendo entre ellos.

En cuanto nos quedamos a solas, busco la mirada de Bianca.

—Tu hermana cree que soy guapo —comento con una sonrisa arrogante.

—Piensa lo mismo de esos coreanos del *k-pop* que tanto escucha, así que no te lo tomes como algo personal. Solo se comporta como una adolescente con las hormonas revolucionadas. —Aunque la respuesta que me da es muy típica de ella, puedo notar

que algo no anda bien. Además, no deja de toquetearse las pulseras, y siempre hace eso cuando está nerviosa.

Tengo la sensación de que carga un gran peso sobre sus hombros y, por alguna razón, siento la necesidad de ayudarla a liberarse, al menos un poco.

—¿Qué te ocurre, Bianca? —pregunto sin tapujos.

—Nada. Solo estoy cansada y harta de socializar con personas que ni siquiera me caen bien. Necesito un maldito descanso.

—No es solo eso. Tu humor cambió en cuanto viste a tu padre. ¿Por qué?

Clava su mirada en la mía, frunciendo el ceño.

—¿Nunca has visto a una familia disfuncional? Eso es lo que somos. —Se pinza el puente de la nariz con gesto agotado—. Estaré bien mientras consiga mantenerme a mí misma y a mi hermana lejos de ese cabrón.

—¿Por qué lo odias tanto? ¿Qué es lo que te ha hecho?

Inspira hondo antes de responder.

—Odio lo que es y lo que representa, no solo a él.

—¿Es por lo que hace? ¿No te gusta cómo se gana la vida?

Niega con la cabeza con una exhalación profunda.

—He nacido y crecido en este ambiente, Luca. Sé perfectamente de dónde viene el dinero que me gasto y no tengo ningún problema con ello.

—Entonces, si no es el dinero…

—El poder —me corta.

—Vas a tener que explicarte mejor porque no estoy entendiendo nada de lo que dices. ¿Odias a tu padre porque es poderoso?

Chasquea la lengua contrariada y vuelve a clavar su mirada en la mía.

—El dinero solo compra cosas, abre puertas, hace ruido. Pero el

poder… El poder te mira a los ojos y te obliga a bajar la cabeza. Te hace pequeña, te hace dudar de tu propia voz. El poder se mete en tu casa, en tu vida, en tu cabeza, sin pedir permiso. Y cuando alguien lo tiene…, cuando siente que puede hacer lo que quiera y salir impune…, no hay límite. No hay reglas. No hay familia. El peligro no es tener mucho, es creer que puedes tenerlo todo.

Me quedo mirándola sin saber muy bien qué decir. Empiezo a pensar que, durante todos estos años, todos hemos estado etiquetando a Bianca como una niña caprichosa y malcriada, pero en realidad posee muchas cualidades que hasta ahora no había percibido. Tengo la sensación de que, de alguna manera, estoy conociéndola como es en realidad y no como quiere que los demás la vean.

—Deberíamos cambiarnos cuanto antes o llegaremos tarde al almuerzo —digo, apartando la mirada.

—¿Vas a usar el baño? —Niego con la cabeza—. Bien, estaré lista en veinte minutos. Espérame y vamos juntos.

Asiento y la observo mientras va hacia el baño y se encierra en su interior. Solo cuando estoy seguro de que no puede verme, me dejo caer a los pies de la cama y maldigo en voz baja. Bianca es todo lo que sé que no me conviene, es la peor esposa que ningún hombre en mi posición podría tener, pero, por alguna razón, me gusta su personalidad. ¡Dios santo! Me estoy metiendo en un lío del que no sé si podré salir.

Bianca

Me arrepiento de haber hablado demasiado. Estaba cabreada,

frustrada y necesitaba desahogarme con alguien. Ya que apenas he visto a Romeo desde que ha llegado, lo hice con la primera persona que tuvo el detalle de preguntarme cómo estoy, ni más ni menos que Luca De Santis. Es curioso, jamás imaginé que, en algún momento, acabaría confesándole mis problemas a uno de los hombres que más detesto en todo el mundo, pero lo cierto es que lo he hecho y ahora me gustaría volver atrás y borrar una por una todas mis palabras.

Me miro en el espejo y respiro hondo por la nariz. Lo hecho, hecho está. La mejor solución para mi metedura de pata es actuar como si la conversación de hace un rato no hubiese ocurrido jamás. Luca no es mi amigo ni mi confidente, solo un peón en mi tablero de ajedrez. Me casé con él por pura necesidad y pienso seguir utilizándolo hasta que logre alcanzar mi objetivo. Para empezar, debo impedir que mi padre siga adelante con esa ridícula idea que ha tenido de casar a Rina. Haré lo que sea necesario para impedirlo.

Vuelvo a echar un vistazo a mi reflejo. Me veo bien, y voy vestida, peinada y maquillada como una verdadera princesa de cuento. Eso es lo que los demás ven en mí, solamente a una niña caprichosa que siempre lo ha tenido todo sin necesidad de esforzarse para conseguirlo; no obstante, a veces el daño no se ve. Es una *lupara bianca* del alma: limpia, discreta y que no deja rastro.

Compruebo, una vez más, que mi vestido rojo no tiene ni una sola arruga antes de salir del baño y enfrentarme a lo que queda de día. Sé que no va a ser sencillo, pero encontraré la manera de hacerme escuchar, aunque tenga que subirme al palo más alto y gritar con todas mis fuerzas. Nadie va a silenciarme nunca, ya no.

Capítulo 34

Luca

Cuando la puerta del baño se abre, ya estoy cansado de esperar a Bianca. ¿Cómo es posible que tenga tan poca consideración por los demás? Se supone que solo iba a tardar veinte minutos y ha pasado ya más de media hora.

—Deberías revisar tu maldito reloj. Vamos a llegar… —Me quedo a media frase al verla venir hacia mí. Está tan jodidamente guapa que creo que me he olvidado incluso de respirar.

Ese vestido rojo que envuelve su cuerpo como una segunda piel debería ser ilegal, y la apertura que llega hasta casi el nacimiento de su muslo, digna de pena de muerte.

—¿Qué? —Se detiene frente a mí y desliza la palma de la mano por su costado—. ¿Te has quedado sin palabras? Eso es que estoy increíble, ¿verdad?

A duras penas soy capaz de apartar la mirada de su cuerpo. Carraspeo y sacudo la cabeza de un lado a otro.

—Estás bien. Vámonos de una vez —gruño.

Bianca arquea una ceja y se cruza de brazos. De manera

irremediable, mis ojos van a parar a la porción de piel que deja al descubierto el pronunciado escote del vestido.

—Sabes que no se te van a caer las pelotas si, al menos una vez, admites que te resulto atractiva, ¿verdad?

Aparto la mirada de sus pechos y frunzo el ceño.

—Bianca, podría decirte que eres una de las mujeres más atractivas que he conocido, pero, cada vez que abres la bocaza, lo jodes todo. Ahora, date prisa o llegaremos tarde al almuerzo.

No espero a que responda, solo voy hacia la puerta y la abro de un tirón, en parte porque no creo ser capaz de seguir encerrado con ella sin caer en la tentación de arrancarle ese jodido vestido con los dientes. Ni siquiera entiendo por qué tiene tanto poder sobre mí. Es confuso y frustrante. Nunca antes he sentido la necesidad de salir huyendo de una mujer por muy guapa que fuese.

Por suerte, Bianca me sigue sin hacer ningún otro comentario de los suyos. Recorremos juntos los pasillos de la casa hasta llegar al jardín. El lugar que han habilitado para el almuerzo y el posterior festejo es inmenso y está decorado al detalle, con una gran carpa bajo la que está dispuesta una mesa de varios metros de largo donde ya están sentados todos los invitados, a excepción de nosotros. Maurizio Leone preside la mesa, como siempre, con su hijo a su derecha y Luciano Rossetti a su izquierda.

Estar cerca del capo durante una celebración de este tipo demuestra tu estatus y poder en la organización. El lugar que me han asignado es al lado de Adriano Valente. Es curioso porque, antes de casarme con Bianca, habría sido relegado al otro extremo de la mesa. En estos últimos dos años mi familia ha recuperado algo del respeto y el honor que perdimos con la traición de nuestro padre. Al menos, todo esto del matrimonio ha servido para algo más que para provocarme un dolor de huevos permanente.

En cuanto tomamos asiento, empiezan a servir el almuerzo y múltiples conversaciones se suceden al mismo tiempo. Por primera vez soy muy consciente de lo que me dijo el otro día Bianca. Casi todos los hombres interactúan entre ellos, ignorando a sus propias esposas e hijas. Con los hijos varones es distinto, incluso el Don de Michigan pasa un buen rato haciéndole preguntas tontas a mi sobrino Elmo, pero apenas dirige la mirada a su propia hija.

Dejándome llevar por un impulso, miro en dirección a mi esposa, que ha pasado todo el tiempo cuchicheando con su hermana pequeña.

—¿Qué tal está el postre? —pregunto para llamar su atención.

Me mira con la cucharilla a medio camino de la boca y pestañea un par de veces con gesto de sorpresa.

—Eh… Bien. —Señala mi plato casi vacío con la barbilla—. ¿El tuyo?

—Delicioso. ¿Quieres probarlo? —Le tiendo el plato con los restos de *brownie* de chocolate y ella parece sorprenderse aún más.

No me pasan desapercibidas las miradas que me lanzan los demás invitados, en especial la de su padre. De alguna manera, es como si estuviese rompiendo una regla no escrita que hasta hace poco no era consciente ni de que existía.

—No hace falta —masculla Bianca.

Extiendo más el brazo en su dirección.

—Vamos, pruébalo. No lleva frutos secos —insisto.

Estrecha la mirada sobre mí. Sé que también se ha dado cuenta de que algunas conversaciones han finalizado de manera abrupta, como si el hecho de estar hablando con mi propia esposa en la mesa fuese algo que no debería estar ocurriendo. Bianca se acerca mi plato y, tras coger un pedazo de *brownie* con la cuchara, se lo lleva a la boca y asiente.

—Está bueno, pero me gusta más el mío. —Me devuelve mi plato y me pasa el suyo.

Pruebo el pudin casero que le han servido y, después de tragar, me limpio las comisuras de la boca con una servilleta.

—Cierto, el tuyo está mejor —admito.

Bianca sonríe, y no es una de sus sonrisas falsas o arrogantes, incluso me parece ver una chispa de orgullo en su mirada; por alguna razón que desconozco, pensar que yo soy el responsable de ello me produce una especie de calor en el centro del pecho.

—De Santis, ¿qué te parece si dejas de follarte a tu mujer con los ojos y atiendes a lo que estamos hablando? Es importante —dice Ricciardo para llamar mi atención.

Le lanzo una mirada dura.

—No creo que te deba explicaciones de lo que hago con mi esposa, Leone —replico sin poder contenerme.

Echa un vistazo en dirección a Bianca y después vuelve a mí, sonriendo con chulería.

—Lo entiendo: si yo estuviese casado con una mujer tan guapa, apenas la dejaría salir de la cama. Además, todos sabemos que lo que le sobra es experiencia, ¿verdad?

Inspiro hondo por la nariz y agarro el cuchillo para carne que está a mi derecha. Me pongo en pie de un salto y lo señalo con la punta del cubierto.

—Vuelve a hacer alguna insinuación sexual que incluya a mi mujer y te arrancaré la puta lengua, Leone —lo amenazo.

—¡¿Con quién te crees que estás hablando?! —exclama furioso.

Él también se pone en pie y está a punto de sacar su pistola antes de que su padre interceda.

—¡Suficiente! —El capo le recrimina con la mirada su actitud—. La mujer de un compañero es intocable, Ricciardo. Discúlpate con

Luca.

—¡¿Qué?! ¡No voy a disculparme! ¿Qué tenemos, cinco años?

Llevo la mano a la empuñadura de mi pistola y su padre insiste.

—Has cometido un error. Si no te disculpas, permitiré que De Santis arregle este asunto por su cuenta, y dudo que vayas a salir bien parado. El respeto se gana, hijo, no se hereda.

Ricciardo resopla y echa un vistazo a su alrededor. Todas las miradas están puestas en nosotros dos.

—Muy bien, De Santis. Lamento haberte ofendido —masculla entre dientes.

—No, en realidad, a quien has ofendido es a mi esposa. Es ella la que se merece la disculpa.

Casi me parece escuchar cómo todo el mundo a nuestro alrededor contiene el aliento. Lo que estoy haciendo va más allá de desafiar a nuestro *sottocapo*. Estoy cambiando las normas.

A regañadientes, Ricciardo escupe un «lo siento» en dirección a Bianca y esta asiente con la cabeza.

«Soy mucho más que la hija y la esposa de un Don, y ya no te pido que lo hagas conmigo, sé que me odias y está bien, yo sé defenderme sola, pero, si tanto respetas a tu madre, tal vez deberías plantearte demostrarle que, para ti, ella sí tiene voz». Sus palabras acuden a mi mente y decido ir un paso más allá.

—¿Aceptas sus disculpas? —le pregunto. Ella vuelve a mirarme con confusión.

«Vamos, te estoy dando voz, Diavuletta», intento transmitirle sin palabras. Mi esposa alza la barbilla como solo ella sabe hacerlo y le lanza una mirada de desprecio a Ricciardo.

—Las acepto, pero en el futuro deberías mantener la boca cerrada en lo que respecta a la vida sexual de una mujer, y no hablo solo de mí, todas tenemos derecho a que respeten nuestra

intimidad.

Casi se me escapa la risa al ver el gesto de furia de Ricciardo, aunque lo disimula con una falsa sonrisa y vuelve a tomar asiento junto a su padre. Yo hago lo mismo y, al mirar en dirección a Bianca, compruebo que no me quita la vista de encima. Me encojo de hombros y ella arquea una ceja con diversión. Supongo que se estará preguntando a qué ha venido todo este numerito y me encantaría darle una respuesta coherente, pero ni yo sé qué es lo que estoy haciendo. Vuelvo a mirar en su dirección y lo siento de nuevo, esa especie de presión en el pecho. ¿Qué demonios me está haciendo esta mujer?

Capítulo 35

Bianca

Hace ya unas cuantas horas que la fiesta está en su máximo apogeo. Mucha gente lo está dando todo en la pista de baile, aunque la gran mayoría sigue sentada alrededor de la mesa, lamiéndole el culo a Maurizio Leone, principalmente los altos mandos de la organización. Uno de ellos es Luca; no obstante, él parece más interesado en lo que sea que esté viendo en su teléfono que en la conversación que mantienen los hombres que tiene a su lado. Tanto es así que ni siquiera se da cuenta de las miradas furtivas que le lanzan muchas de las mujeres que revolotean a su alrededor. Las entiendo. Mi marido es sin duda el hombre más atractivo del lugar. Ya me he acostumbrado a que se convierta en el objeto de deseo de todas las féminas que se cruzan en su camino.

Mi hermana está huyendo de mí porque, según ella, soy una pesada insufrible, y a Romeo hace ya un buen rato que no lo veo. Lo más probable es que se esté ocupando del pequeño encargo que le hice. Eso me deja a mí sola, con una copa de champán a medio beber y mucho aburrimiento.

Vuelvo a mirar en dirección a Luca. Él parece incluso más aburrido que yo. Guiada por un impulso, me bebo el resto del champán de un solo trago, dejo la copa en una de las mesas altas que hay repartidas por todo el jardín y, tras sacar mi teléfono, le escribo un mensaje rápido:

No tienes pinta de estar disfrutando de la compañía
de tus amigos machos alfa.

Mi marido alza la cabeza de golpe y empieza a mirar hacia todos lados. Cuando al fin me localiza, esbozo una sonrisa ladeada y él baja la mirada al teléfono. Enseguida veo que está escribiendo.

Preferiría que me arrancaran las uñas de los pies
con unos alicates antes que soportar a este grupo de borrachos.

Casi me echo a reír mientras tecleo una respuesta.

Puedes probar a emborracharte tú también.

Su contestación no tarda en llegar:

Eso intento. ¿Alguna otra sugerencia?

Huye y escóndete. Eso siempre funciona.

Lo haría, pero tú te has adueñado del baño.

Alzo la vista y le lanzo una mirada poco amigable. El muy cabrón sonríe. Se está burlando de mí, otra vez.

En esta casa hay un montón de baños
y lugares donde ocultarse.

Tarda unos segundos en responder:

Cuidado, Diavuletta. Si no te conociera,
pensaría que me estás haciendo una propuesta indecente.
Recuerda que eres una mujer casada.

Sé que sigue burlándose de mí. No sé si es por la forma en la que me defendió durante el almuerzo o simplemente porque he perdido la cabeza, pero decido seguirle el juego.

No es indecente si a quien estoy haciendo
la propuesta resulta ser mi propio marido.

Le doy a enviar, y estoy a punto de volver a mirarlo para ver su reacción justo cuando alguien choca conmigo, o más bien me arrolla. Consigo mantener la verticalidad y me giro de golpe para ver quién demonios me ha empujado.

—Uy, perdón. —Augusto Colombo se tambalea un poco y esboza la típica sonrisa de borracho.

Retrocedo un paso. Lleva la camisa blanca abierta, dejando a la vista su pecho peludo y parte de su prominente barriga.

—No pasa nada —mascullo, haciéndome a un lado para que pueda seguir su camino.

—Sí que pasa. —Se acerca más a mí y vuelvo a retroceder—. Todos hemos visto cómo te ha defendido De Santis. Se nota que lo tienes contento.

La forma en la que me mira, prestando especial atención a mi

escote, aparte de incómoda, es totalmente inapropiada.

—Es mi marido, entre mis obligaciones está el mantenerlo contento —respondo sin amilanarme.

Vuelve a repasarme con la mirada y niega con la cabeza.

—Podrías haber sido mía. Es una pena que eligieras a De Santis.

Antes de que pueda contestarle algo casi tan inapropiado como su actitud conmigo, noto que un brazo rodea mi cintura. Giro la cabeza y veo a Luca justo a mi lado. Tira de mí para apartarme de Colombo y me pega a su costado.

—Augusto, no deberías estar acaparando a mi mujer. Ella es solo mía —dice con una sonrisa que es de todo menos sincera.

Retrocede un par de pasos y vuelve a tambalearse.

—Por supuesto, De Santis. Has dejado claro que tu esposa es intocable —comenta entre balbuceos.

—Sí, y tú que el alcohol no te sienta demasiado bien. Deberías volver a la mesa antes de que te caigas. Sería un espectáculo bochornoso.

Colombo frunce el ceño y aprieta los puños.

—Cuidado, De Santis. Ya tienes demasiados enemigos, no te conviene ganarte uno más. Si yo… —Deja la frase a medias al soltar un enorme eructo de manera inesperada.

Arrugo la nariz cuando me llega el olor a alcohol. ¡Es un puto cerdo, joder! Mira a un lado y a otro por si alguien más lo ha escuchado y hasta parece avergonzado.

—¿Decías algo, Colombo? —pregunta Luca en tono burlón.

El hombre farfulla una maldición y, tras dar media vuelta, se aleja trastabillando en dirección a la mesa. En cuanto nos quedamos solos, Luca se aparta de mí unos centímetros.

—No necesitaba que vinieras a salvarme. Lo sabes, ¿verdad? —inquiero con una ceja arqueada.

El muy capullo mueve los dedos por mi costado con suavidad.

—Un «gracias» es suficiente. ¿A que ahora te alegras de haberme escogido a mí como marido en vez de a ese cerdo?

Pongo los ojos en blanco.

—Al menos, él va a durar menos que tú. Míralo, con lo que come y bebe, le auguro un infarto antes de un año.

—Subo la apuesta a seis meses. ¿Qué nos jugamos?

Sonrío, negando con la cabeza.

—Nada. Seguro que eres capaz de matarlo solo para ganar.

—Esa es una opción —admite, encogiéndose de hombros—. Es más, me planteo hacerlo antes de los seis meses solo para que aprenda a no poner sus ojos sobre lo que no le pertenece.

Lo miro fijamente, luchando para no estremecerme por la forma en la que está acariciando mi cintura.

—¿Te refieres a mí? —pregunto en un susurro. Luca asiente y se acerca más, hasta que nuestros rostros quedan casi pegados—. ¿A quién se supone que pertenezco?

—A mí, hasta que la jodida muerte nos separe —responde, cortándome el aliento.

Luca

Quiero besarla. Joder, me muero por volver a probar sus labios. La sigo mirando a los ojos sin ni siquiera pestañear. Si me da una sola señal, la que sea, hundiré mi lengua en su boca aquí mismo, delante de todo el que quiera vernos. Clavo mis dedos en su cintura y estoy a punto de atraerla aún más hacia mí cuando oigo que alguien golpea un cubierto contra una copa y a continuación la voz de

Luciano pidiendo atención. Bianca desvía la mirada hacia su padre y suelto una enorme bocanada de aire que ni sabía que estaba conteniendo.

—¡Atención! Acercaos todos. Tengo algo que anunciar.

Bianca se aleja sin esperarme, con la espalda tensa y los puños apretados. Al lado de su padre está Pietro Santoro sonriendo de oreja a oreja. Sigo a mi esposa hasta la mesa y ambos nos quedamos mirando a los dos hombres. Mi suegro señala a su hija menor con el dorso de la mano y le pide que se acerque. ¡¿En serio va a hacerlo?! Es solo una niña. No puede obligarla a casarse con el hijo tonto de Santoro.

Bianca también se ha dado cuenta de lo que está a punto de ocurrir, y por la forma en la que le tiemblan las manos, apuesto a que está furiosa. Caterina está a punto de llegar junto a su padre cuando alza la mirada en dirección a Bianca. Hasta yo, que apenas conozco a la chiquilla, sé que está pidiendo ayuda de manera silenciosa. Luciano rodea sus hombros con el brazo y la atrae a su costado.

—Hoy quiero…

—Padre, permíteme que te interrumpa —lo corta Bianca.

Mi suegro la fulmina con la mirada y todos los demás cuchichean. Ha sido demasiado imprudente al interrumpir a un Don, por muy padre suyo que sea, en mitad de algo tan importante. Por puro instinto, me acerco más a ella y agarro su mano. Sigue temblando, pero me da un leve apretón.

—Bianca, lo que sea que tengas que decir, puede esperar —sisea Luciano a modo de advertencia.

—Lo siento, pero estoy demasiado emocionada como para guardármelo. —Se gira hacia mí y sonríe de oreja a oreja, aunque es, sin duda, el gesto más falso y forzado que le he visto hacer

nunca—. Cariño, ¿quieres contarlo tú?

La miro sin saber qué responder. ¿Qué se supone que debo decir? Bianca alza nuestras manos y las coloca sobre su vientre. Entonces, lo entiendo, pero me parece una jodida locura. ¿De verdad pretende…? Empiezo a negar con la cabeza, pero ella se acerca más. Hay pánico en su mirada, también desesperación. Aunque no lo dice con palabras, esto es lo más parecido a una súplica que estoy seguro que voy a recibir por su parte alguna vez. Inspiro hondo y asiento.

—Felicitadnos, vamos a ser padres —vocifero, acallando todos los cuchicheos.

Escuchamos el sonido de varias copas al romperse y un enorme estruendo que hace temblar el suelo bajo nuestros pies. Me inclino sobre la mesa y veo a Augusto Colombo en el suelo. Varias personas ya lo están rodeando. Mi hermano es el primero en comprobar su estado, le toca el cuello y alza la cabeza con los ojos muy abiertos.

—Está muerto —susurra.

Bianca y yo nos miramos, y sé que ella también está conteniendo la risa. Debí obligarla a apostar, habría ganado.

Capítulo 36

Bianca

La muerte de Augusto Colombo, aparte de para alejar a un ser despreciable del mundo, también ha servido para evitarnos dar explicaciones, además de que a mi padre no se le ocurrió volver a sacar el tema del posible compromiso de mi hermana con el hijo de Pietro Santoro. Tal como yo lo veo, todo han sido ventajas.

La fiesta terminó de forma abrupta. La mayoría de los invitados ya están de camino a sus casas, incluyendo a mi padre. Rina saldrá mañana por la mañana de vuelta al internado, donde, si yo no puedo conseguir que sean más, estará al menos otros dos meses. Romeo también se ha adelantado junto a varios hombres de seguridad, que mañana se encargarán de recogernos en el aeropuerto de Filadelfia.

La puerta del baño se abre y mi marido aparece vestido solo con una toalla. El cabrón tiene la maldita costumbre de pasearse casi en pelotas en mi presencia sin ningún pudor. También puedo entender que, con el cuerpo que tiene, le guste exhibirlo, pero a mí no me ayuda demasiado. Ya bastante confusa me tiene con sus actitudes

tan… Ni siquiera sé cómo definirlas.

Hoy no solo me defendió ante Ricciardo Leone, sino que también accedió a mentir con el tema del embarazo, a pesar de conocer las consecuencias en el caso de que toda esta locura no salga bien. Además, su comportamiento durante todo el día ha sido ejemplar, y con ello me refiero a que ni una sola vez me ha hecho sentir mal ni incómoda, incluso he tenido la sensación de que ha sido un poco menos odioso de lo habitual.

—Vamos a tener que apresurar el tema de la clínica. Después del bombazo que soltamos en la fiesta, tu padre no va a quedarse tranquilo. Dudo que se lo haya tragado —comenta mientras se frota el pelo con una toalla más pequeña.

Clavo la vista en sus hombros anchos y cubiertos de tatuajes, me fijo en la forma en la que los músculos de sus brazos se flexionan con cada movimiento, en cómo varias gotas de agua se escurren por el centro de su pecho siguiendo el fino rastro de vello por el centro de su abdomen hasta perderse en el borde de la toalla. Trago saliva y aprieto los muslos al notar un cosquilleo que se instala en mi bajo vientre. El hijo de perra es demasiado guapo para mi propio bien.

Carraspeo y me obligo a apartar la mirada antes de ponerme en pie de forma brusca.

—¿Has terminado ya en el baño?

Deja de secarse el pelo y lanza la toalla al suelo de cualquier manera.

—Sí. ¿Has escuchado lo que he dicho? Como tu padre se entere de que le hemos mentido, vamos a meternos en un gran lío.

—Lo sé, pero ahora estoy demasiado agotada como para pensar en ello. Voy a darme una ducha y me acuesto ya.

—¿En la bañera? —pregunta, arqueando una ceja.

—¿Dónde si no?

Luca señala la cama con la barbilla y se encoge de hombros.

—Deja de hacer el idiota, Bianca. Prometo despertarte si te pones en plan pervertida conmigo; si sigues durmiendo en esa bañera, acabarás con la espalda destrozada.

—Si tanto te preocupa mi espalda, puedes dormir tú en el baño y yo me quedo en la cama.

—¡Y una mierda!

—Entonces, me despido. Que pases buena noche —digo al pasar por su lado en dirección al baño.

Tardo apenas unos minutos en ducharme, y tras vestirme con un camisón precioso de seda que compré en Palermo hace un par de días, acomodo las mantas en la bañera y me meto en su interior. Al principio no siento gran incomodidad; sin embargo, con el paso de los minutos, empiezo a notar molestias en la zona lumbar; me remuevo incómoda, cambio de postura mil veces, pero el dolor sigue aumentando hasta que se vuelve casi insoportable. Resoplo, gimo de puro dolor y sigo cambiando de posición para aliviarme un poco, aunque sin ningún resultado.

Estoy a punto de salir y buscar la manera de dormir en el suelo cuando escucho golpes en la puerta. Me incorporo despacio, sufriendo con cada pequeño movimiento.

—Bianca, abre la puta puerta —ordena Luca desde el dormitorio.

Con dificultad, logro incorporarme y llegar a la puerta, aunque lo hago encorvada y sujetándome la parte baja de la espalda. En cuanto quito el cerrojo, la puerta se abre de golpe y un muy cabreado Luca me mira frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa? —inquiero.

—Sal del baño. Esto ya ha ido demasiado lejos.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Te escucho dar vueltas en la bañera y quejarte por el dolor

desde la cama, Bianca. Sal de ahí.

Me cruzo de brazos y alzo la barbilla de manera desafiante.

—No puedes obligarme a dormir contigo —afirmo.

Soy muy consciente del error que acabo de cometer cuando veo el brillo de determinación que ilumina su mirada.

—Tienes dos opciones, puedes salir del baño por tu propio pie o yo mismo te llevaré sobre el hombro, y te aseguro que no seré nada amable contigo.

—Me duele la espalda.

—Exactamente por eso aún no lo he hecho por las malas. —Estira un brazo, señalando el interior del dormitorio—. Sal. Ahora. Mismo.

Nos quedamos mirándonos a los ojos durante unos segundos. Entonces, al ver que no me muevo, Luca resopla y da un paso en mi dirección.

—¡Está bien! —exclamo cuando ya se ha agachado para cogerme en brazos.

Salgo del baño con la cabeza bien alta. El dolor ya no es tan intenso como cuando estaba en la bañera. Solo necesito moverme un poco para que desaparezca del todo o, mejor aún, dormir en una jodida cama de verdad. Sin decir ni una sola palabra más, aparto las mantas y me tumbo sobre el colchón. Noto un alivio inmediato en la zona lumbar y suspiro de puro gusto.

—¿Ves? No era tan difícil —susurra Luca tras acostarse a mi espalda.

Me contengo para no mandarlo a la mierda a él y su maldita fanfarronería, aunque una vez más tengo que admitir que me gusta un poquito que se preocupe por mí. Ni siquiera sé por qué, pero es así. Lo más probable es que me esté volviendo loca.

Luca

Alguien me está tocando el pecho. Es como un sueño extraño; sin embargo, al abrir los ojos, descubro que estoy viviendo una especie de *déjà vú*. Es Bianca la que tiene sus manos en mi pecho y las mueve con lentitud, acariciándome desde los hombros hasta la parte alta del abdomen.

—Maldita sea —farfullo, espabilándome de golpe.

Su cabeza baja y deposita un beso húmedo en la base de mi cuello, después siento cómo su lengua se desliza más arriba hasta llegar a mi barbilla.

—Vamos a jugar. Prometo ser una buena chica —dice en un susurro casi inaudible.

—No, no vamos a jugar a nada. —La sujeto por los hombros y la aparto un poco—. Bianca, estás sonámbula otra vez. Despierta. —Intenta besarme, pero la mantengo alejada—. ¡Joder, despierta! —La zarandeo un poco y al fin logro que me mire.

—¿Qué…? —Su expresión de confusión me recuerda a la otra vez que sucedió lo mismo. Su siguiente reacción fue darme un puñetazo en un ojo. Me aseguro de mantenerme a una distancia suficiente para que no vuelva a ocurrir y hablo con un tono calmado y muy despacio.

—Estabas sonámbula. No te he tocado —aclaro.

Pestañea rápido y echa un vistazo a su alrededor, como si estuviese intentando ubicarse. La empujo despacio de vuelta a su sitio en la cama y me quedo mirándola unos segundos.

—Gracias —susurra cuando ya parece volver a ser ella misma.

—Sigue durmiendo. Aún nos quedan un par de horas antes de tener que levantarnos. Buenas noches. —Me giro sobre mí mismo para darle la espalda y exhalo con fuerza.

—Buenas noches —responde.

Nada más acostarme con ella en la cama, supe que había tomado una mala decisión. No es normal que alguien cuente las respiraciones de otra persona, ¿cierto? O que la observe mientras duerme por el simple placer de verla descansar. Sin embargo, eso fue justo lo que yo hice hasta caer dormido por puro agotamiento, pero tener que rechazar a Bianca… cuando no puedo pensar en otra cosa más que en follarla las veinticuatro horas del día es, sin duda, lo que me ha convencido de que jamás debí obligarla a salir del baño.

Solo han pasado unos minutos desde que me he girado para intentar volverme a dormir cuando noto de nuevo sus manos sobre mí, esta vez rodeando mi abdomen hasta posarse sobre la parte baja de mi vientre. Inspiro hondo y me vuelvo para detenerla, pero, cuando la miro a los ojos, me doy cuenta de que algo raro está pasando. Parece muy lúcida, demasiado, y, por algún motivo, eso me acelera el corazón.

—¿Estás dormida? —No responde, pero sus manos regresan a mi pecho. Me empuja despacio y se sube a horcajadas sobre mis caderas—. Bianca, detente. —Gimo cuando baja la cabeza para pellizcar una de mis tetillas con los dientes. Noto que mi polla se endurece en cuestión de segundos. La deseo tanto… Pero no puedo aprovecharme de la situación. No lo haré. Vuelvo a apartarla y esta vez la sujeto con fuerza por los hombros—. ¡Despierta, maldita sea! —gruño.

Bianca pestañea y esboza media sonrisa ladeada.

—Estoy despierta —susurra con un hilo de voz.

—¿Estás…? ¿Por qué…? —Trago saliva con fuerza y balbuceo como si mi mente hubiese entrado en cortocircuito.

«Estoy despierta». Sus palabras resuenan en mi cabeza como

una jodida campana sacándome del estado de aturdimiento en el que me encontraba. Tenso la mandíbula y exhalo una enorme bocanada.

—Estoy despierta, Luca —repite.

Enmarco su rostro con ambas manos y clavo mi mirada en la suya.

—Si quieres que te toque, vas a tener que pedírmelo —gruño entre dientes. Ni siquiera sé cómo estoy logrando contenerme. Bianca asiente con la cabeza—. Eso no me sirve. Dilo en voz alta.

Respira hondo y vuelve a esbozar esa sonrisa que me deja sin aliento.

—Hazlo. Tócame —pide.

¡Dios santo! Estoy perdido. Aquí, ahora, en este preciso instante tengo la certeza absoluta de que nada en mi vida volverá a ser igual.

Capítulo 37

Bianca

En un momento estoy sentada a horcajadas sobre él y al instante siguiente mi cuerpo es aplastado contra el colchón. Sus labios presionan los míos con fuerza, tanta que me veo obligada a separarlos y Luca aprovecha para hundir su lengua en mi boca. Su sabor a alcohol y cigarrillos invade mi paladar. Debería resultarme desagradable, pero no es así. Solo me hace desearlo aún más.

Un gemido ronco sube por mi garganta cuando sus manos enfundadas en cuero empiezan a explorar mi cuerpo, desde mis muslos desnudos, ascendiendo por mis caderas y arrastrando el camisón a su paso. Por primera vez, me pregunto cómo se sentirán sus manos desnudas sobre mi piel. Si no estuviese demasiado ocupada enroscando mi lengua en la suya, le pediría que se quitara los guantes; en su lugar, decido usar yo también las manos para explorar su espalda. Con cada pasada de mis dedos por su piel, puedo notar cómo su corazón se acelera y sus movimientos se vuelven erráticos y más agresivos.

Luca deja de besarme unos segundos, lo justo para alzarme de

la cama como si pesara menos que una pluma y con la otra mano arrastrar el camisón por mi cabeza. Lo lanza sobre el hombro antes de pegar de nuevo sus labios a los míos con un gruñido profundo. Sigo moviendo mis manos por su espalda, acariciando y arañando sus músculos en tensión hasta llegar a su trasero. Lo agarro con ambas manos y lo empujo contra mí. Enseguida siento que su erección se me clava en el muslo.

Nuestras lenguas siguen rozándose y empujándose. Un nuevo gemido muere en su boca cuando noto una de sus manos recorriendo mi cuello y después descendiendo por mi cuerpo. Agarra uno de mis pechos desnudos y lo amasa con dureza. Deseo gemir otra vez, pero apenas soy capaz de respirar. Lo empujo un poco y Luca se aparta unos centímetros. Nuestras respiraciones aceleradas colisionan y nos miramos a los ojos. Ni siquiera puedo pensar en lo que estoy haciendo. Tal vez sea un error, pero estoy dispuesta a asumir las consecuencias.

El suave cuero del guante me hace cosquillas durante su descenso por mi vientre. Contengo el aliento cuando sus dedos acarician el borde de mis pequeñas bragas de encaje y el muy cabrón sonríe con suficiencia.

—Dime que estás mojada y caliente para mí, Diavuletta —susurra con voz ronca.

Respondo con un nuevo gemido que rasga mi garganta en el momento en el que introduce la mano en el interior de mis bragas. Separo más las piernas para darle un mejor acceso y cierro los ojos con fuerza. Luca entierra el rostro en mi cuello y, en el mismo instante en que sus dientes se clavan en mi piel, desliza un dedo entre mis pliegues empapados.

—¡Dios santo! —exclamo arqueándome.

Escucho su risa baja. Con solo un roce he estado a punto de

correrme. ¿Cómo es posible? Nunca antes había estado tan excitada. Luca alza la cabeza y con su otra mano rodea mi garganta, obligándome a mirarlo.

—Yo soy tu dios, pero no tengo nada de santo. —Vuelve a acariciar mi sexo, esta vez con dos dedos—. ¿Quieres que te folle? —Asiento con la cabeza, vergonzosamente rápido—. No soy sordo ni entiendo lenguaje de signos, Bianca. Habla.

—Sí —logro decir con voz temblorosa.

—Sí, ¿qué? —Me acaricia de nuevo; esta vez se entretiene trazando círculos perezosos alrededor de mi clítoris. Gimo en alto y vuelvo a arquearme cuando un latigazo de placer me recorre de pies a cabeza—. No te he escuchado. ¿Qué es lo que quieres que te haga? Pídemelo.

Ejerce más fuerza en la mano con la que rodea mi garganta, aunque no la bastante como para cortarme el flujo de oxígeno. Es una especie de advertencia o amenaza. Luca de Santis quiere dejar claro que tiene el control sobre mí, que ahora, en este preciso instante, mientras me retuerzo de placer bajo su cuerpo, soy solo una muñeca de trapo sin voluntad. Podría rebelarme, estoy segura de que, en otras circunstancias, esa sería mi primera reacción, pero no lo hago porque no quiero que se detenga. Me gusta lo que me está haciendo; todo, incluido su jueguecito de poder.

No se trata de asumir el rol de una mujer sumisa y obediente. Nunca antes me había sentido tan poderosa. Luca parece leerme la mente porque esboza una media sonrisa de satisfacción.

—Quiero que me folles —susurro sin apartar la mirada.

Inspira hondo y saca la mano de mis bragas. Con extrema lentitud, y sin dejar de mirarme a los ojos, se lleva el dedo índice y corazón a la boca. Lame primero uno y después el otro.

—Lo haré, pero antes quiero comerme ese coñito dulce y jugoso

que tanto me has negado. Cuando termine contigo, Bianca, vas a arrepentirte de haber esperado dos jodidos años para pedirme que te tocara.

Su declaración me deja sin aliento y aún más excitada, si eso es posible. Luca desciende por mi cuerpo, esparciendo un rastro de saliva entre mis pechos y en mi vientre, hasta acomodarse entre mis muslos. Me quita las bragas y separa más mis piernas. Lo observo con el corazón latiendo a toda velocidad y un cosquilleo cada vez más intenso abriéndose paso en mi bajo vientre. El primer roce de su lengua en mi clítoris me arranca un gemido tan alto e intenso que me veo obligada a cubrirme la boca con la mano. Entonces, siento sus dientes y sus labios.

El muy cabrón no tiene piedad. Lame y mordisquea mi sexo lo justo para llevarme al borde del clímax, y, cuando casi lo he alcanzado, se detiene e introduce dos dedos de golpe en mi interior. Vuelve a usar la boca, reavivando el incipiente orgasmo que amenaza con destruirme, mientras mete y saca los dedos cada vez más rápido y con mayor ímpetu.

—¡Luca! —casi grito, moviendo las caderas para rozarme contra su boca.

Me obliga a detenerme colocando una mano en mi vientre y sigue lamiendo y follándome con los dedos, rozando el punto justo durante el tiempo exacto y deteniéndose antes de que pueda correrme. En pocos minutos ya estoy bañada en sudor y completamente desesperada por alcanzar la liberación. Todo mi cuerpo se encuentra en tensión, me duele la mandíbula de apretar tanto los dientes y una presión molesta a la vez que placentera se ha instalado en la parte baja de mi abdomen. Lo único en lo que puedo pensar, lo que más deseo y ansío, es correrme de una vez, aunque no sé si podré sobrevivir a ello.

Vuelve a suceder, casi puedo notar cómo el clímax me alcanza. Esta vez no voy a permitir que me lo arrebate. Coloco las manos en su cabeza y empujo su rostro contra mi sexo. Me importa una mierda si no puede respirar. Si muere, al menos lo hará regalándome el mejor y más placentero orgasmo que he experimentado nunca. Luca deja de sujetarme para que pueda mover las caderas. Solo sigue lamiéndome y follándome con los dedos, el resto lo hago yo. Me restriego contra su boca, primero de delante hacia atrás, y pronto empiezo a notar cómo el placer se propaga por cada centímetro de mi cuerpo, de manera errática y agresiva. En solo unos segundos estoy gimiendo y jadeando mientras el orgasmo más placentero que he sentido nunca arrasa conmigo, dejándome medio inconsciente.

Apenas noto como Luca repta por mi cuerpo, y al instante siguiente lo tengo de nuevo sobre mí, hundiendo la lengua en mi boca, obligándome a saborearme a mí misma en sus labios.

—Ahora sí voy a follarte —dice tras romper el beso.

Intento espabilarme, recuperar la capacidad de raciocinio y hacer algo más que quedarme tumbada sobre el colchón sin apenas fuerzas para moverme, pero es como si mi cerebro hubiese entrado en cortocircuito y se negara a cumplir mis órdenes. Solo cuando Luca se acomoda entre mis muslos y noto su polla dura como el acero presionando mi centro, soy consciente de que está haciendo conmigo justo aquello de lo que siempre me he burlado en los hombres. El muy cabrón ha conseguido nublarme la mente con un orgasmo, y eso que ni siquiera me ha follado aún.

Poco a poco, consigo recuperar la consciencia y la movilidad. Luca se mueve despacio, rozando su erección contra mi clítoris hinchado y dolorido sin llegar a introducirse en mi interior. Acaricia mis pechos, muerde mis pezones sin dejar de balancearse de atrás

hacia delante. Quiero… No, necesito sentirlo dentro.

—Deja de torturarme. —Las palabras salen de mi boca con una exhalación. Apenas soy capaz de reconocer mi propia voz.

El muy hijo de puta se detiene y me sujeta por la barbilla.

—¿Tortura? No sabes lo que eso, Diavuletta. He pasado los dos últimos años casado con el pecado hecho mujer sin poder tocarla. Eso sí es una tortura. Los vestidos provocativos —se mueve hasta colocar la punta en mi abertura, se adentra un par de centímetros y vuelve a salir—, esos camisones cortos —se introduce de nuevo unos centímetros—, la bromita del probador… —Gruño cuando se retira de nuevo—. Es frustrante, ¿verdad? Desear algo con todas tus fuerzas y que te lo nieguen. Así es como yo me siento cada vez que te tengo cerca.

—Me estás matando —susurro sin ningún tipo de vergüenza.

—No, sobrevivirás para suplicarme que vuelva a follarte.

Desliza la lengua por mi barbilla, y cuando llega a los labios, los mordisquea despacio. Noto que se coloca de nuevo en mi abertura y vuelve a adentrarse un par de centímetros. Contengo el aliento. Estoy segura de que va a retroceder, pero esta vez no lo hace. Se abre paso en mi interior, estirándome y dilatándome para que pueda acoger todo su tamaño. Cuando al fin llega al fondo, se queda muy quieto y exhala con fuerza. Su aliento caliente golpea mi rostro. Me siento tan llena que temo moverme y que algo dentro de mí se rompa o se rasgue sin querer. Luca pega su frente húmeda a la mía y empieza a retirarse muy despacio.

—No te detengas ahora —le pido, aunque por mi tono de voz casi parece una súplica.

—No podría hacerlo, aunque quisiera —gruñe justo antes de embestirme con fuerza.

Capítulo 38

Luca

Con la mandíbula apretada y todo el cuerpo en tensión, sigo arremetiendo con las caderas una y otra vez. «Me estoy follando a mi esposa». Ese pensamiento me hace sonreír. Mentiría si dijese que este último par de años no he fantaseado miles de veces con ello, que no me he imaginado tenerla justo debajo de mí, aguantando mis embestidas mientras gemía mi nombre igual que lo está haciendo ahora mismo. Sin embargo, ni en mis más vívidas fantasías pude llegar a intuir lo mucho que disfrutaría de este momento, de verla retorcerse de placer, de sentir su piel empapada en sudor restregándose contra la mía, y su sabor… ¡Dios santo! Aún puedo notarlo en mi boca. Su coño es tan dulce que podría tomarlo como desayuno todas las mañanas.

Deslizo la mano por el centro de su pecho, la mantengo sujeta y alzo una de sus piernas. Su tobillo queda apoyado en mi hombro. El cambio de posición me permite hundirme aún más en ella. Bianca vuelve a gemir y la embisto con más fuerza todavía. Tal vez esté siendo demasiado brusco. Si es así, a ella no parece importarle.

Acelero mis arremetidas. Me estoy conteniendo para explotar como una puta olla a presión. Necesito ver cómo se corre de nuevo. Dudo que pueda sacar nunca de mi mente la imagen de su rostro contraído, la mirada encendida y el cuerpo arqueado de puro placer.

Desciendo la mano por su vientre, y estoy a punto de acariciar su clítoris, para que al fin ambos encontremos la liberación, cuando escucho unos golpes en la puerta. Me detengo de golpe y frunzo el ceño.

—¡No pares! —exclama Bianca.

Bajo su pierna y me inclino sobre ella para taparle la boca con la mano. Vuelven a sonar los golpes. Alguien está llamando a la puerta.

—Luca, ¿estás despierto? —La voz de mi hermano se filtra en el dormitorio y mascullo una maldición.

—¡Lárgate! —vocifero.

Me muevo de nuevo, esta vez más lento. No puedo quedarme quieto. Si lo hago, es posible que me exploten las pelotas.

—Necesito que salgas. Es importante.

Bianca enrosca las piernas alrededor de mi cintura. Hay una amenaza velada en sus ojos. «Si te vas ahora, te mato». Vuelvo a maldecir y, sin apartar la mano de su boca, cubro su cuerpo con el mío. No quiero que nadie la escuche, ni siquiera mi hermano. Sus gemidos son solo para mí.

—Esto va a ser muy rápido —susurro para que solo ella pueda oírme.

Me clavo de nuevo en su interior con un golpe de caderas seco y profundo. Sus ojos se cierran y noto sus uñas en mi espalda. Repito el mismo movimiento otra vez, y después otra y otra, y otra más. Cada arremetida es más violenta y rápida que la anterior. En solo unos segundos todo su cuerpo se tensa como la jodida cuerda de una guitarra, pero no me detengo. Bianca tiembla y gime bajo mi

mano. Solo cuando estoy seguro de que ya no puede seguir corriéndose, aparto la mano de su boca, la sujeto por las caderas y con una penetración profunda exploto en su interior.

Exhalo con fuerza y me dejo caer sobre ella. Hundo el rostro en su cuello e intento recuperar el aliento. Los golpes en la madera se repiten y sigo escuchando a Vincenzo decir mi nombre; sin embargo, lo ignoro. Inspiro hondo y el olor de Bianca, mezclado con un leve aroma a sudor y sexo, invade mi nariz.

—Luca, me estás aplastando —susurra, aún con la respiración alterada.

Me aparto un poco, lo suficiente para poder apoyarme sobre el colchón con ambas manos, y vuelvo a besarla. Esta vez no profundizo en su boca, solo me dedico a lamer y mordisquear sus labios.

—¡Maldita sea, Luca! ¡Sal de una puta vez! —grita mi hermano desde el pasillo.

Resoplo y hago una mueca al salir de su interior. Está claro que Vincenzo no va a dejar de insistir. Necesito librarme de él para regresar a la cama con Bianca cuanto antes. Esto no ha acabado aquí. En cuanto me recupere, volveré a follarla de nuevo. A regañadientes, me levanto y me pongo el pantalón, maldiciendo al jodido universo por la interrupción.

Antes de abrir la puerta, me giro a medias para echar un último vistazo en dirección a la cama. Bianca sigue ahí, desnuda sobre el colchón, su pecho sube y baja con violencia con cada respiración. Incluso con el pelo alborotado, sudada y con los labios hinchados por mis besos, es tan hermosa que parece irreal. Una diosa sacada de mis más obscenas fantasías, mi diosa. Inspiro hondo y sacudo la cabeza de un lado a otro. No voy a permitir que nunca nadie vuelva a tocarla. A partir de este momento, Bianca es solo mía y mataré a

cualquiera que intente arrebatármela.

Con una exhalación profunda, abro la puerta de un tirón y salgo al pasillo. Al verme, Vincenzo frunce el ceño.

—¿Qué mierda quieres? —siseo con rabia.

Su mirada me recorre de pies a cabeza y abre mucho los ojos.

—¿Estabas…? Creí que tu matrimonio era solo una fachada. ¿Desde cuándo te tiras a tu esposa? Espera… ¿Lo del embarazo es verdad?

—Vincenzo, deja de tocarme las pelotas. ¿En serio me has interrumpido para preguntarme tonterías?

Sacude la cabeza de un lado a otro y resopla.

—No, estamos en serios problemas. El capo ha ordenado que todos los que nos encontremos aún aquí nos reunamos en su despacho. El resto se unirán por videoconferencia.

—¿Qué ha pasado? —inquiero, empezando a preocuparme.

—Los putos federales han interceptado varios cargamentos y almacenes por todo el país. No solo nos afecta a nosotros. Es a nivel nacional, Luca. Toda la organización está en el punto de mira.

Me paro a pensarlo unos segundos. Hace muchos años que no teníamos problemas con los federales. Maurizio Leone es un hombre muy influyente y poderoso. Se codea con altos mandos de la Policía y tiene a varios políticos en nómina. Si ahora han decidido venir a por nosotros, la situación podría desmadrarse en muy poco tiempo.

—¿Hay detenidos? —pregunto, pinzándome el puente de la nariz.

—Una veintena de hombres, la mayoría *soldati* y algún *antonegra*.

—Está bien. Dame dos minutos. Me visto y vamos juntos al despacho.

Vincenzo asiente con la cabeza y enseguida regreso al

dormitorio. Al echar un vistazo en dirección a la cama, descubro que Bianca ya no está allí. Agudizo el oído y la escucho moverse en el baño, y después el sonido de la ducha.

Suspiro. ¿Cómo es posible que, con el enorme problema que se nos viene encima, solo pueda pensar en entrar ahí y volver a enterrarme en su interior? Sacudo la cabeza para intentar poner mis ideas en orden. Mi prioridad ahora mismo debe ser minimizar los daños. Lo más probable es que alguien se haya ido de la lengua, y, si no encontramos al culpable, acabaremos todos entre rejas. Echo un nuevo vistazo hacia la puerta del baño y aprieto la mandíbula. Lo demás tendrá que esperar.

Capítulo 39

Bianca

Hago una mueca al subir las escalerillas del jet. Hay partes de mi anatomía que ni siquiera conocía y todas están doloridas por lo que ha pasado esta mañana. ¿Me arrepiento? Un poco. ¿Lo he disfrutado? Como una perra. Siempre he tenido la sensación de que el tarado de mi marido escondía a una bestia sexual en su interior y no me equivocaba. Sin lugar a duda, ha sido el mejor polvo de mi vida y ahora no sé cómo demonios voy a superarlo. Temo que me haya arruinado para cualquier otro hombre.

Al entrar en el avión, encuentro a mi querida suegra ya acomodada en uno de los asientos delanteros. A su lado está Ilenia, como siempre, callada, recta y pasando desapercibida, como una buena esposa debe comportarse. Elmo pulula alrededor de ambas saltando y riendo sin parar. Se cruza en mi camino justo cuando estoy a punto de atravesar el estrecho pasillo en dirección a la cola.

—Entonces… ¿vas a tener un bebé? —pregunta, señalando mi barriga con el dedo índice.

Echo un vistazo a mi alrededor. Las dos mujeres están atentas a

mi respuesta sin ningún tipo de disimulo.

—Ajá —digo de manera distraída.

—Elmo, deja de molestar a tu tía —le regaña su madre.

La miro con sorpresa. Es la primera vez que Ilenia se dirige a mí como «la tía» de su hijo. Siempre he sido Bianca o la esposa de Luca.

—Eh… No me molesta —susurro sin saber muy bien qué decir.

Tampoco es que la chica me haya tratado mal. Nuestra relación ha sido nula durante estos dos años que llevo casada con Luca. Al menos ella no me provoca ni nunca me ha juzgado por mi forma de ser, aunque, en realidad, dudo de que Ilenia sea capaz de juzgar algo o a alguien por sí misma, sin la ayuda de su marido o de la madre de él. Stella no dice nada. Solo se me queda mirando, como siempre, con aires de superioridad.

Decido ignorarla y sigo avanzando hasta llegar a uno de los últimos asientos del avión. Me dejo caer en él y apoyo la parte posterior de la cabeza en el respaldo con un suspiro. Estoy agotada debido a las noches durmiendo en la bañera y a lo ocurrido esta mañana con Luca; sin embargo, lo que me tiene más inquieta es lo que sentí, y no solo en ese momento. Toda esta semana he estado inmersa en una especie de realidad alterada de la que mi propio marido ha sido protagonista. ¿Qué es lo que ha cambiado? Él representa todo lo que odio. Hace solo unos días apenas era capaz de soportar su presencia y ahora… ¡Maldita sea, fui yo quien le pidió que me tocara! Le supliqué que me follara.

Las imágenes de lo ocurrido en los últimos días se van sucediendo una a una en mi mente. Luca y yo paseando por Trapani; cómo lo provoqué en el probador de la tienda de ropa; la primera noche compartiendo dormitorio; el puñetazo; los dos juntos en el baño mientras le maquillaba el ojo; nuestros mensajes, tan

divertidos como excitantes; después recuerdo la forma en la que me trató frente a los demás, cómo me defendió y me otorgó un lugar que muy pocas mujeres han tenido a lo largo de la historia de la organización. Hizo que Ricciardo Leone se disculpara conmigo, me dio voz.

«¿A quién se supone que pertenezco?».

«A mí, hasta que la jodida muerte nos separe».

Sus palabras se hacen eco en mi confuso cerebro y suspiro. Después de esa declaración, a la que no quise dar importancia, no solo me apoyó en la locura de mentir respecto a mi embarazo, sino que también vino a buscarme al baño y me obligó a dormir a su lado, y cuando me abalancé sobre él, sonámbula, se mostró comprensivo y respetuoso. Creo que eso fue precisamente lo que me hizo ceder, el darme cuenta de que, a pesar de toda su arrogancia y bravuconería, me respeta como mujer.

Escucho su voz en la parte delantera y un escalofrío me recorre de pies a cabeza. No puedo caer de nuevo. Estos días en Sicilia deben quedar relegados a una especie de recuerdo irreal. Al regresar a casa, todo será como antes. Ya no tendremos que compartir dormitorio, así será más sencillo. Volveremos a nuestra rutina, donde él se comporta como un capullo arrogante y yo me contengo para no asesinarlo mientras duerme.

Sin poder evitarlo, alzo la vista y lo veo ahí, de pie, hablando con su madre y con su hermano. Gira la cabeza en mi dirección y nuestras miradas colisionan. Sus labios no se mueven, pero me parece notar que está sonriendo por dentro, una de esas sonrisas que hacen mojar las bragas hasta a la más beata de las mujeres. Vincenzo aparece tras él y le toca el hombro. Aparto la mirada a mi regazo. ¿Cuándo me han empezado a temblar las manos? Y, más importante aún, ¿por qué? ¡Solo es Luca De Santis, joder! El

insoportable Luca, el que es capaz de sacarme de mis casillas con solo una palabra.

—¿Interrumpo algún pensamiento profundo? —Su voz ronca me sobresalta.

Doy un respingo y alzo la cabeza de golpe. Me está mirando con una ceja arqueada. Carraspeo e intento recuperar lo que aún queda de mi dignidad. No creo que fingir que hace unas horas no le estaba suplicando que me follara sea lo más valiente que he hecho nunca, pero tampoco es que tenga demasiadas opciones.

—Si buscas la zona vip, está allí delante. —Señalo con el dedo índice el lugar donde se encuentra su familia—. Aquí solo nos sentamos los mortales comunes y corrientes.

Estrecha la mirada sobre mí y su boca se estira.

—Tú no tienes nada de corriente, Diavuletta —susurra.

Contengo el aliento cuando su voz rasgada me acaricia por dentro como un jodido guante de seda. ¡¿Qué mierda me pasa con este tipo?! ¡Lo odio, lo detesto! Sí, y también consigue ponerme cachonda con solo una frase.

Carraspeo y sonrío con suficiencia.

—¿Quieres algo o solamente has venido a molestarme? —Luca frunce el ceño—. Si quieres pasar un vuelo agradable, te recomiendo que regreses a la parte delantera y, de paso, me dejes a mí también disfrutar del viaje.

Durante unos segundos no dice nada, solo se me queda mirando fijamente. Entonces, exhala con fuerza y se deja caer en el asiento que está justo delante del mío.

—Te noto tensa. ¿Hay algo que pueda hacer para relajarte un poco?

—Largarte, eso me ayudaría bastante —mascullo de forma distraída mientras abro el libro que tengo sobre el regazo.

—Bianca, mírame. —Su orden, directa e intransigente, actúa como un maldito detonador en mi cerebro. Alzo la vista y él vuelve a sonreír—. Puedes fingir que hace unas horas no estabas corriéndote en mi polla. Dejaré que lo hagas hasta que lleguemos a casa, pero, cuando estemos allí, lo primero que haré será volver a follarte contra la primera superficie plana que se cruce en nuestro camino.

Trago saliva con fuerza. Aunque quiero hacerlo, no soy capaz de apartar la mirada de sus ojos azules.

—No puedes obligarme. Me diste tu palabra —logro decir con un hilo de voz.

El muy cabrón se inclina hacia delante y me sujeta por la barbilla.

—Haré que te corras tantas veces y con tanta fuerza que al terminar no recordarás ni tu propio nombre. Apunta eso, porque es otra promesa.

Exhalo con fuerza y niego con la cabeza.

—Luca, tenemos un trato.

—Se ha quedado obsoleto. Tendremos que redefinir los términos de ese acuerdo porque ya me has dado permiso para tocarte. Te advertí que, si lo hacías, no te quitaría las manos de encima, y eso es precisamente lo que va a pasar. —Se recuesta en su asiento y me observa con la cabeza ladeada y una sonrisa ladina instalada en los labios.

Desliza una mano enguantada por el reposabrazos del asiento a modo de caricia y con solo ese gesto ya me tiene empapada. Me fijo en sus dedos, los mismos que no hace mucho hurgaban en mi sexo, arrancándome gemidos de placer. Me muerdo el labio inferior y exhalo por la nariz, revolviéndome incómoda en mi asiento.

Tengo que detener esto. No puede ser que, con solo un gesto o una frase, me tenga así, caliente y terriblemente excitada. Lo que

sea que esté haciendo conmigo no me gusta. Solo yo tengo el control de mi propio cuerpo y mis emociones, nadie más.

—Si ya has terminado con tu intento barato de seducción, te agradecería que te callaras —digo, regresando la mirada al libro.

Escucho su risa baja mientras finjo leer, aunque apenas soy capaz de concentrarme en seguir respirando.

—¿Está interesante la novela? —pregunta tras un rato en silencio. Asiento de manera mecánica. Luca vuelve a inclinarse hacia delante, me quita el libro de las manos, le da la vuelta y vuelve a entregármelo—. De nada.

«Mierda». El puto libro estaba al revés y no me había dado cuenta. ¿Se puede ser más patética? Sigo escuchando su risa, pero ni siquiera alzo la vista. Necesito centrarme en cualquier cosa que no sea la presencia, la voz y el olor de Luca De Santis. ¿Cuánto dura el vuelo? Mucho, demasiado, más de lo que voy a ser capaz de soportar.

Capítulo 40

LUCA

Este ha sido, sin duda, el viaje en avión más divertido que he tenido nunca. Aparte de dormir a ratos, he dedicado la mayor parte del tiempo a provocar a mi pequeña y preciosa esposa. Es curioso, creí que discutir con ella era excitante, pero ni por asomo se acerca a la satisfacción que me produce ver cómo lucha para contenerse cada vez que trato de seducirla.

Durante las primeras horas solo me ignoró, después empezó a molestarse por mis comentarios y me respondía con frases cortantes y resoplidos, y, cuando ya casi estábamos a punto de aterrizar, su nivel de desesperación aumentó y acabó cambiándose de asiento solo para huir de mí. Por supuesto, la seguí y no me detuve hasta lograr una reacción positiva. Una pequeña sonrisa, eso fue lo máximo que pude obtener de ella, pero me doy por satisfecho.

A insistente no me gana nadie, y eso de fingir que esta misma mañana no estábamos follando como dos putos animales en celo es algo por lo que voy a hacerle pagar en cuanto lleguemos a casa. ¡A la mierda la clínica! Pienso embarazarla por el método tradicional,

porque si algo tengo claro es que ya no hay vuelta atrás. No le permitiré que siga negando esta atracción brutal que hay entre nosotros. Me desea, lo sé, puedo percibirlo en cada uno de sus movimientos, en cómo me mira, en cómo se estremece cuando me tiene cerca. Puede fingir que no es así, pero su cuerpo la delata.

Nada más tomar tierra, mi teléfono empieza a sonar con docenas de notificaciones, recordándome que mis problemas actuales son mucho más serios que tener que lidiar con una mujer cabezota. Tengo a mis hombres trabajando para encontrar al culpable de la filtración. Al menos nosotros no hemos tenido demasiadas pérdidas, pero Adriano Valente está muy jodido. Los federales irrumpieron en varios de sus almacenes y se llevaron millones de dólares en armas, además de arrestar a unos cuantos *soldati*.

Lo lamento por él y, por supuesto, haré todo lo que esté en mis manos para ayudarlo a superar este bache. No he olvidado que fue uno de los pocos que permaneció a nuestro lado cuando mi padre se convirtió en un traidor. Por el momento, voy a encargarme de intentar averiguar qué fue lo que sucedió. Nuestro capo está convencido de que se trata de una filtración interna o, lo que es lo mismo, que uno de nosotros está de mierda hasta las orejas. La situación lo tiene muy cabreado, y tampoco es para menos. Nuestros padres y abuelos lucharon para construir unas bases sólidas de negocios en este país y ahora están más cerca que nunca de derrumbarse.

Su teoría no es del todo descabellada; al fin y al cabo, no todo el mundo tiene acceso a la información necesaria para poner en marcha un dispositivo policial que incluya redadas a nivel nacional.

Sigo a Bianca fuera del avión mientras leo uno a uno todos los mensajes que he recibido durante el vuelo. Mis abogados, junto con los de Valente, ya han logrado la liberación bajo fianza de varios de

sus *soldati*. Leo un último mensaje cuando ya casi hemos llegado al lugar donde nos esperan los vehículos que vamos a usar para regresar a casa del aeropuerto; es de Adriano, me pide que hable con esos hombres y averigüe todo lo que pueda. Él está ocupado intentando reunir varios cargamentos de armas para cumplir con distintos clientes europeos.

—Vin, tú y yo tenemos trabajo —digo, señalando uno de los vehículos.

Mi madre se detiene junto al otro y echa un vistazo en mi dirección.

—¿Ocurre algo? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Nada que deba preocuparte. Volved a casa —ordeno.

Asiente y se mete en la parte trasera del todoterreno sin quejarse. Tras ella se suben mi cuñada y Elmo. Bianca se encamina hacia la puerta delantera del pasajero, pero la intercepto antes de que pueda abrirla.

—¿Qué quieres ahora, Luca? —pregunta con una exhalación profunda.

Se la ve agotada, y tampoco es de extrañar. Ha pasado las últimas noches durmiendo en una bañera. Además, no sé hasta qué punto su sonambulismo le permite descansar. Durante las once horas de vuelo ni siquiera ha cabeceado una sola vez. Cualquiera en su lugar estaría cansado y tremendamente irritable.

Me acerco más a ella y, cuando intenta retroceder, la sujeto con fuerza por la nuca.

—Se te ha agotado el tiempo, Diavuletta. Ve a casa y duerme unas horas, pero, cuando llegue, espero encontrarte desnuda en mi cama —susurro contra sus labios.

Me empuja por el pecho con ambas manos, y solo por esta vez le permito que me aparte. Mentiría si dijese que no me pone

cachondo la forma en la que alza la barbilla de manera desafiante y me taladra con la mirada.

—No soy tu puta personal, De Santis. Si quieres que una mujer te espere desnuda en tu cama, estoy segura de que puedes costeártelo. Ahora, apártate de mi camino.

Contengo una sonrisa mientras me hago a un lado. Tampoco esperaba que accediera a mis demandas sin presentar batalla. Al fin y al cabo, estamos hablando de mi esposa, la mujer más obstinada y cabezota que he conocido nunca. Yo mismo le abro la puerta y espero a que se meta en el vehículo. Antes de cerrarla, saludo con un cabeceo a Serra, que está tras el volante. Él se encargará de que las mujeres de la familia lleguen a casa sanas y salvas.

En cuanto se marchan, le hago un gesto con la cabeza a mi hermano y nos subimos al otro todoterreno.

—¿Vas a contarme qué está pasando entre Bianca y tú? —pregunta Vincenzo tras un buen rato en silencio que he dedicado a responder distintos mensajes.

Alzo la vista de la pantalla de mi teléfono y frunzo el ceño.

—¿Se supone que tengo que darte explicaciones de lo que hago o no hago con mi esposa?

—Creí que lo vuestro era solo fachada. ¿Qué ha cambiado?

Inspiro hondo por la nariz y le lanzo una mirada de advertencia.

—No es asunto tuyo, Vincenzo. ¿Qué problema tienes con Bianca?

—El mismo que tenías tú hace solo unos días. Es una niña malcriada y caprichosa. No me fío de ella. Es más, la estoy investigando.

—¡¿Cómo dices?! —exclamo.

—Dijiste que podía hacerlo. Sé que oculta algo, hermano.

Bufo y me pinzo el puente de la nariz. Lo que me faltaba ahora

es tener una pelea con mi hermano por semejante estupidez. ¡Bianca es un jodido libro abierto, joder! Lo que ves es lo que hay.

—Haz lo que te dé la gana —farfullo, volviendo a mi teléfono.

—Entonces ¿lo del embarazo va en serio?

—Aún no, pero lo será muy pronto. —Alzo la cabeza y arqueo una ceja en su dirección—. Créeme, me esforzaré al máximo para que se convierta en una realidad lo antes posible.

Bianca

Los escasos cuarenta minutos que tardamos en llegar a casa se me hacen eternos. Pocas veces en toda mi vida me he sentido tan agotada, y no solo físicamente. Mi mente es un maldito hervidero de pensamientos inconexos y absurdos en el que el protagonista principal no es otro que Luca De Santis.

Sabía que lo que ocurrió entre nosotros lo cambiaría todo, pero jamás imaginé que mi irritante maridito iba a convertirse en un puto acosador de manual. Juegos de seducción, caricias para nada fortuitas, frases con doble sentido, miradas provocativas… El muy hijo de perra ha sacado todo su arsenal y resistirme a él me ha costado más de lo que nunca creí posible.

Romeo estaciona el todoterreno frente a la puerta principal de la casa. Stella, Elmo e Ilenia no tardan en salir y se adentran en el interior sin ni siquiera despedirse. Cuando estoy a punto de hacer lo mismo, mi amigo me sujeta por la muñeca para retenerme en el vehículo.

—¿Estás bien? —pregunta, mirándome a los ojos.

—Sí, solo muy cansada. Ya sabes que no llevo nada bien viajar

acompañada, y menos durante tantas horas.

—¿Por qué no te has encerrado en la habitación privada? Al menos, podrías haber descansado unas horas.

—Esa zona estaba ocupada por la viuda De Santis —respondo, poniendo los ojos en blanco.

—Ya veo que el viaje en familia a Sicilia no ha servido para estrechar lazos con tu suegra. ¿Ha sido muy malo?

Suspiro y me encojo de hombros. En realidad, a excepción de las noches de incomodidad en la bañera, tampoco ha estado tan mal. Incluso podría llegar a decir que he disfrutado de algunos momentos. Acude a mi mente la imagen de Luca hundiéndose en mi interior una y otra vez, mis gemidos, el olor a sexo, sus dientes clavándose en mi piel… ¡Mierda, no puedo sacármelo de la cabeza!

Capítulo 41

Bianca

Intento centrarme en la pregunta de Romeo. Tampoco es tan difícil de responder. He tenido momentos buenos con mi marido, sí, pero tampoco es que mi opinión sobre él haya cambiado tanto. Bueno… Puede que un poco. ¡No lo sé, joder! Sacudo la cabeza de un lado a otro y resoplo con fuerza.

—Lo he superado. Eso es lo único que importa ahora.

—¿Qué vas a hacer con lo del embarazo? Sé que intentabas ganar tiempo cuando aceptaste la propuesta de tu marido, pero, ahora que tu padre cree que es una realidad, no puedes huir de ello, Bianca. Si se entera de que le has mentido…

—Lo sé. —Bufo y me pinzo el puente de la nariz—. No tenía planeado mentir, pero ya lo viste en la fiesta, estaba a punto de comprometer a Rina con ese idiota y no podía permitirlo.

—Lo entiendo, de verdad, pero es demasiado arriesgado. Todos tus planes pueden irse a la mierda si descubre que le estáis mintiendo. ¿Estás dispuesta a quedarte embarazada de verdad para que eso no ocurra?

Me paro a pensarlo unos segundos y me encojo de hombros. No quiero tener un hijo, no si su futuro es crecer en este mundo de mierda. Ni siquiera puedo imaginar que resulte ser una niña y le toque vivir lo mismo que a mí, pero la otra opción es dejar que sea mi hermana la que cargue con ese peso.

—No lo sé, y ahora mismo tampoco quiero pensar en ello.

—Bueno, con todos los problemas que hay en la organización, no creo que tu padre tenga tiempo de tocarte las narices, al menos, no hasta que resuelvan el tema de la filtración.

Asiento. No he querido hacer preguntas al respecto, pero nada más levantarme esta mañana, me enteré de lo que estaba pasando. Según escuché, Adriano Valente es el que ha resultado más perjudicado por las redadas policiales. Estoy segura de que eso es lo que están intentando arreglar los hermanos De Santis en este preciso momento.

—¿Cómo has estado tú sin mí? —pregunto para cambiar de tema. Lo que menos me apetece es volver a evocar en mi mente al tarado de mi marido.

—Bien, todo tranquilo —responde sonriendo.

Pongo los ojos en blanco y lo señalo con el dedo índice.

—Te has hartado de follar, ¿verdad? —Suelta una carcajada y niego con la cabeza—. Algún día vas a tener que decirme quién es el afortunado que te tiene tan contento.

—Un caballero nunca habla de sus conquistas —contesta, aún riendo.

—Ambos sabemos que tú de caballero no tienes nada, pero adelante, sigue manteniendo el secreto, acabaré averiguándolo.

—No si yo puedo evitarlo —replica—. Hablando de amantes secretos, ¿por qué he tenido la sensación de que Luca de Santis estaba especialmente cariñoso contigo durante la fiesta? Ya sé que

tenéis que guardar las apariencias y todo eso, pero la forma en la que te defendió en la mesa fue muy llamativa. ¿Ha pasado algo que yo no sé?

Estoy a punto de negarlo, pero mi cabeza se mueve de arriba abajo sin que yo se lo ordene. Supongo que necesito que alguien me recuerde uno a uno todos los motivos por los que haberme acostado con Luca ha sido un tremendo un error. Tomo una bocanada profunda de aire y lo suelto de golpe.

—Me he acostado con él.

—¡¿Disculpa?! Creo que no te he entendido bien.

Me cubro el rostro con ambas manos y exhalo con fuerza.

—Ya sé lo que me vas a decir. Soy una idiota. Enredarme con mi marido es lo peor que puedo hacer, pero tú lo viste en la fiesta, me defendió, me trató con respeto y hasta con devoción, y no solo fue en ese momento. Durante todos los días que pasamos en Sicilia… ¡Mierda, ni siquiera puedo justificarlo! No sé por qué lo hice, ¿vale? Solo ocurrió y ahora no sé cómo librarme de él porque el muy desgraciado se cree con derechos sobre mí.

Romeo pestañea rápido y sacude la cabeza de un lado a otro.

—Lo siento, aún estoy intentando asimilar que te has follado a tu marido. ¿Cómo fue? Dime que la tiene tan grande como me la imagino.

Le doy un puñetazo en el hombro y el muy capullo se echa a reír.

—No tiene gracia. Estoy metida en un buen lío. ¿Sabes qué me ha dicho cuando estaba a punto de subir al coche? —Arquea una ceja de manera interrogante—. «Ve a casa y duerme unas horas, pero, cuando llegue, espero encontrarte desnuda en mi cama». —digo, imitando su voz ronca y profunda, con lo que consigo arrancarle una nueva carcajada a mi amigo.

—Me dice eso a mí y te juro que lo espero en la jodida puerta

untado en lubricante para que haga conmigo lo que quiera.

—¡Deja de burlarte! —exclamo, y vuelvo a golpearlo, esta vez en el pecho. Sin embargo, también se me escapa una risita al imaginar la cara que pondría Luca si algo así llegara a suceder—. Te das cuenta de que no puedo detenerlo, ¿verdad? Nuestro acuerdo era que él no me tocaría a no ser que yo se lo pidiera.

—Y lo hiciste. —Asiento con la cabeza para corroborar su afirmación. Romeo se pone serio y busca mi mirada—. Bianca, no puede obligarte a acostarte con él. Bueno, sí que puede, pero De Santis no es de ese tipo de hombres.

Entiendo lo que quiere decir. Luca puede ser un tarado, un tipo sin escrúpulos y de gatillo fácil; no obstante, lo cierto es que no lo veo capaz de obligar a una mujer a estar con él en contra de su voluntad. Eso sería un acto deshonroso, y para los De Santis el honor lo es todo.

—No va a obligarme, pero sí será muy insistente. He pasado once malditas horas encerrada con él en un avión aguantando sus intentos de seducción. Te aseguro que no se dará por vencido.

—Bueno, solo tienes que negarte y listo. Tampoco es para tanto.

—No es tan sencillo —farfullo, bajando la vista a mi regazo.

—¿En serio? ¿Tan bueno ha sido el sexo?

Inspiro hondo y regreso la mirada a su rostro.

—Mejor que bueno —confieso, esbozando una sonrisa pícara.

—¡Perra suertuda! ¿Y qué pasa con el adonis rubio?

Pongo los ojos en blanco por la forma en la que Romeo siempre se refiere a Ryan. Es incapaz de decir su nombre.

—¿Qué pasa con él? No hemos vuelto a hablar desde su llamada del otro día.

—¿Vas a contarle lo que ha ocurrido con De Santis?

—No, ¿por qué crees que debería hacerlo?

—Bueno, sois algo así como amantes, ¿no? ¿Cuánto tiempo lleváis compartiendo fluidos? ¿Cinco años?

—Seis, y no somos amantes, solo nos divertimos juntos de vez en cuando —aclaro, frunciendo el ceño.

—Cielo, si te acuestas asiduamente con el mismo hombre durante seis años, se supone que tienes algo parecido a una relación. Puede que tú no lo veas así, pero estoy seguro de que él sí. Deberías contárselo.

No tengo ganas ni energía para pensar en eso ahora mismo. Ryan ha sido una persona importante en mi vida durante estos últimos años, pero nunca le he prometido más de lo que puedo darle. Además, lo nuestro tampoco es que sea algo exclusivo. Seguro que él también se acuesta con otras mujeres cuando yo no estoy, o, al menos, eso espero.

—Lo llamaré mañana —digo tras resoplar—. Ahora necesito meterme en la cama y dormir, al menos, doce horas seguidas.

—Hazlo, tienes el aspecto de alguien que está a punto de caer en coma por puro agotamiento.

—Justo así es como me siento. ¿Nos vemos por la mañana para entrenar?

—Si me necesitas, grita —susurra.

Esbozo una sonrisa y asiento.

—Lo haré.

Tras despedirme, salgo del coche. Debería comer algo antes de acostarme, pero ni siquiera tengo fuerzas para pasar por la cocina. Me iré directa a la ducha y después a la cama. Solo espero que cuando llegue Luca no venga a molestarme porque, si lo hace, es probable que termine otra vez con un ojo morado.

Capítulo 42

LUCA

Los cuatro *soldati* que los abogados han conseguido liberar aseguran no tener ni idea de quién nos ha delatado. Les creo. Estoy convencido de que el traidor está entre los altos mandos de la organización. ¿Cómo, si no, han conseguido obtener tanta información? Los federales no han ido solo a por uno de nosotros; todos hemos sufrido pérdidas, aunque el más damnificado es Valente.

Tras recordarles que, si abren la boca, el único futuro que tendrán será en un bidón de ácido, Vincenzo y yo viajamos a Boston para ofrecerle todo nuestro apoyo a su suegro. Algunos de sus hombres aún siguen bajo custodia policial. Los cargos contra ellos son demasiados como para lograr su libertad bajo fianza. No obstante, esos cabos sueltos son algo que no podemos permitirnos.

Hace ya más de media hora que nos hemos encerrado en el despacho de Valente. El pobre hombre está exhausto y derrotado, pero al fin parece haber resuelto el problema con sus clientes. Bebemos mientras buscamos la forma de solucionar el tema de los

detenidos.

—Silenciarlos es la mejor opción —sugiere mi hermano.

Valente le da un trago largo a su copa y niega con la cabeza.

—Solo hacían su trabajo. Son hombres leales.

—Todos lo son hasta que se dan cuenta de que pasarán el resto de sus días en una celda. Si no los matamos ahora, nos arriesgamos a que se vayan de la lengua en alguno de los interrogatorios a los que seguramente los están sometiendo —insiste Vincenzo.

Me pinzo el puente de la nariz antes de darle una nueva calada a mi cigarrillo. Ya casi son las diez de la noche y aún no he comido nada. Estoy cansado y con ganas de darme una ducha. Sin poder evitarlo, mi mente regresa al momento en el que me despedí de Bianca en el aeropuerto. «Ve a casa y duerme unas horas, pero, cuando llegue, espero encontrarte desnuda en mi cama». ¿Lo hará? Casi estoy seguro de que la respuesta a esa pregunta no va a ser de mi agrado, aunque mantengo la esperanza de estar equivocado.

Saco mi teléfono y decido enviarle un mensaje. Tal vez vaya a despertarla, pero me da igual. Necesito hablar con ella. Después de este día de mierda, lo que más me apetece es enfrascarme en uno de nuestros intercambios de provocaciones. Eso es algo que siempre logra animarme.

¿Estás dormida?

Tecleo el mensaje y, antes de cambiar de idea, le doy a enviar.

Me quedo mirando la pantalla como un idiota mientras escucho que mi hermano y Adriano siguen discutiendo sobre cuál es la mejor forma de actuar. Tras unos segundos, veo que Bianca se conecta a la aplicación de mensajería instantánea.

Lo estaba hasta que me has despertado.

Una respuesta directa y cortante. No esperaba otra cosa.

No tardaré en volver a casa. Espero que hayas cumplido mi orden
y ahora mismo estés desnuda sobre mi cama.

Envío el mensaje y me quedo esperando su contestación, que tarda solo unos segundos en aparecer.

¿La misma cama en la que metes a cualquiera de tus conquistas?
Creo que paso. No tocaré un colchón donde a saber
cuántas mujeres han restregado sus culos desnudos.

Contengo una carcajada y niego con la cabeza. Recuerdo que, no hace mucho, Bianca me encontró durmiendo con una de las chicas del servicio. La despedí después de la cena en la que mi esposa se emborrachó. Ni siquiera sé por qué lo hice. Supongo que de alguna manera creí que era lo correcto, y ahora me alegro de haber tomado esa decisión. Es lógico que Bianca no quiera acostarse en la misma cama donde me follo a otras mujeres.

Suenas como una novia celosa, Diavuletta. ¿Lo estás?

Inspiro hondo y golpeteo con las puntas de los dedos enguantados sobre el reposabrazos del sillón.

En absoluto.

Frunzo el ceño por lo escueto del mensaje, pero enseguida llega

otro.

Por cierto, soy tu esposa, no tu novia.

Esta vez soy incapaz de contener la sonrisa. Tecleo a toda velocidad:

Y ahora estás marcando territorio.
Bien. Eso me pone cachondo.

Luca, si no tienes nada importante que decirme,
voy a seguir durmiendo.

¿No te parece importante que esté empalmado
en mitad de una reunión importante?

Lo verdaderamente patético es que me estés
escribiendo estupideces durante esa reunión tan importante.

Vuelvo a sonreír. Joder, disfruto demasiado de sus respuestas rápidas e ingeniosas.

Tal vez te echo de menos.

Le doy a enviar y solo entonces me doy cuenta de lo que he escrito de forma impulsiva. Contengo el aliento. ¿Es cierto? ¿La echo de menos? Estoy seguro de que quiero follarla de nuevo, y, sí, puede que extrañe un poco su humor retorcido y esos comentarios sarcásticos, pero… ¡Mierda, creo que sí la echo de menos!

—Luca, ¿estás con nosotros? —pregunta Valente, obligándome a

apartar la mirada de la pantalla.

Guardo el teléfono y me termino el resto de la copa de un solo trago.

—Sí. Entiendo tus reticencias, Adriano, pero esos hombres tienen que morir. Nos arriesgamos a acabar todos encerrados si se les ocurre abrir la boca. —Me levanto y muevo el cuello de un lado a otro para desentumecerlo—. Tengo algunos contactos en la prisión estatal. En cuanto los trasladen allí, ordenaré que los silencien de forma permanente.

Valente asiente con pesar. Sabe que no hay otra opción. La única manera de ayudarlos en estos momentos es hacerse cargo de que sus familias no lo pasen mal, y estoy seguro de que lo hará.

—Ya es tarde y estoy agotado. Ha sido un día muy largo —comenta mi hermano.

—Cierto. Os agradezco mucho vuestra ayuda. ¿Queréis quedaros a dormir? Puedo ordenar que os preparen un par de habitaciones.

—Te lo agradezco, pero prefiero volver a casa —contesto.

Mi hermano me mira, frunciendo el ceño.

—Luca, son más de cinco horas de viaje por carretera hasta Filadelfia. Llegaremos de madrugada.

—Por eso deberíamos salir ya. —Me acerco a Adriano y me despido de él con un apretón de manos—. Te avisaré cuando todo esté solucionado, y, si necesitas algo más, no dudes en llamarme.

Asiente y no tardamos en marcharnos. Aprovecho el trayecto de vuelta para hacer algunas compras en línea, pero no me atrevo a abrir la aplicación de mensajería instantánea. Sé que Bianca no me ha respondido al último mensaje; de ser así, me habría saltado una notificación. Me arrepiento de haberlo enviado; aunque sea cierto que la echo de menos, no debí decírselo a Bianca. Estoy hecho un jodido lío. Deseo a mi esposa, eso es algo seguro, pero lo demás…

¿Por qué siento la necesidad de estar con ella en todo momento? ¿Por qué no puedo sacarla de mi cabeza ni un segundo? Tal vez me esté volviendo loco, o quizá algo peor. Sea lo que sea, no puedo ni quiero hacer nada para evitarlo.

Capítulo 43

Bianca

Hace más de media hora que Luca llegó a casa. Lo sé porque intentó entrar en mi dormitorio, pero tuve el buen juicio de pasar el cerrojo antes de acostarme.

«Tal vez te echo de menos». Vuelvo a rememorar ese dichoso mensaje que ha sido el culpable de que no haya pegado ojo desde que lo recibí. ¿Qué es lo que echa de menos? ¿Provocarme? ¿Follarme?

Mentiría si dijese que no deseo volver a sentirlo dentro de mí, encima, debajo, por todas partes. Si algo estoy sacando en claro de todo esto es que Luca De Santis no es solo un tarado con cara bonita y cuerpo de dios griego, también es adictivo. Sus besos, sus caricias, su forma de tocarme, como si todo su mundo empezara y terminara en cada poro de mi piel, es lo más placentero y excitante que nunca nadie me ha hecho sentir.

Espero durante una hora más en absoluto silencio y, cuando ya me duele el estómago por el hambre, decido salir. Estoy segura de que Romeo se burlaría de mí el resto de nuestras vidas si me viese.

Apuesto a que la imagen de mí descalza, cruzando el pasillo de puntillas, a oscuras y atenta al más mínimo sonido resulta patética. Tras pasar frente a la puerta del dormitorio de Luca, acelero el paso y logro llegar al fondo del pasillo sin hacer ruido.

Cuando llego a la cocina, como a toda prisa un sándwich, varias piezas de fruta y una chocolatina antes de hacer el camino de vuelta a mi habitación. Me llevo un vaso de agua para no tener que volver a salir durante el resto de la noche. Con un poco de suerte, al amanecer, Luca ya no estará y yo habré ganado algo de tiempo. No confío en mí misma estando cerca de él. Tengo la sensación de que, si me pone las manos encima, cederé, y eso es lo que menos me conviene.

Pretendo atravesar el pasillo de la misma forma que antes, pero mis planes se ven truncados cuando a mitad de camino, a punto de llegar a la altura de su puerta, esta se abre y Luca sale del dormitorio vestido solo con un pantalón de algodón y sus guantes. Me quedo paralizada mirándolo, sin saber muy bien qué hacer o decir. Trago saliva con fuerza, inspiro hondo y alzo la barbilla de manera desafiante.

—Buenas noches —susurro, pasando por su lado para dirigirme a mi habitación.

Ya casi lo he conseguido, pero el muy cabrón se cruza en mi camino, deteniendo mi avance. Esboza una sonrisa ladeada y niega con la cabeza.

—Ha sido divertido escucharte pasear por la casa como un *ninja*, pero lo de pasar desapercibida no es lo tuyo. Te aseguro que de espía no te ganarías la vida.

«No levantes la mirada. No levantes la mirada. No levantes la mirada», me repito mentalmente una y otra vez. Puede que, si no lo miro a los ojos, consiga volver a mi dormitorio sin hacer alguna

estupidez como abalanzarme sobre él y lamer uno a uno todos los tatuajes que decoran su piel.

—Apártate —pido con menos seguridad de la que pretendía.

Mantengo la vista fija en el centro de su pecho desnudo. Luca da un paso hacia mí y me sujeta por la babilla.

—Bianca, mírame. —Me obliga a alzar la cabeza, tirando de ella hacia arriba. Nuestras miradas coinciden y suspiro. Sé que ya estoy jodida. No voy a poder detener lo que está a punto de pasar—. No soy un monstruo. Si no deseas estar conmigo, solo dilo, y no te creeré, pero respetaré tu decisión. No voy a obligarte a hacer nada que no quieras. Grábate eso a fuego en tu loca cabecita. —Los dedos que me sujetan la barbilla se deslizan por mi mejilla hasta abarcarla por completo con la palma de la mano.

—¿Por qué me haces esto? —susurro, aferrándome con fuerza al vaso que tengo entre las manos.

Luca se acerca aún más a mí y enreda su mano en mi pelo.

—La pregunta es… ¿por qué hemos esperado dos putos años?

En el mismo instante en el que noto que su otra mano se aferra a mi cintura, dejo caer el vaso y rodeo su cuello con los brazos. Nuestras bocas colisionan y Luca me empuja contra la pared. Sus labios se apartan de los míos y me inmoviliza una mano sobre la cabeza. Su boca recorre mi cuello mientras con la otra mano sube el bajo de mi camisón.

—¡Santo Cristo! ¡Luca! —exclamo con los ojos cerrados cuando presiona con los dedos por encima de mis bragas.

—Eso es, Diavuletta. De tus labios no volverá a salir otro nombre que no sea el mío. Vas a gritarlo hoy, mañana, pasado y todos los jodidos días de tu vida, hasta que la muerte nos separe.

Luca

En el mismo instante en el que la miré a los ojos supe que dejaría de resistirse a mí. Bianca me desea casi tanto como yo a ella. Tengo la prueba de ello justo entre mis dedos empapados. Hago que resbalen entre sus pliegues y soy recompensado con un nuevo gemido que sale de lo más profundo de su garganta. Incluso con los guantes puedo notar su calor. Está ardiendo. Es perfecta, joder, y mía, solo mía.

Aparto la mano de su coño y busco su mirada. Bianca respira agitada cuando deslizo el cuero húmedo por su labio inferior.

—Pruébalo —ordeno.

Tarda un par de segundos en abrir la boca. Meto los dedos en su interior y espero a que los lama con lentitud y cuidado. Ahora mismo desearía no llevar puestos los guantes para poder sentir su lengua en mi piel. Mi polla da un respingo pidiendo atención. Me pego más a ella y me mezo despacio contra su muslo mientras sigue chupando mis dedos. Cuando ya no queda nada más que limpiar, echa la cabeza hacia atrás y esboza una sonrisa provocativa.

—Quítate los guantes —pide.

Niego con la cabeza. No creo que esté preparada para eso, aún no. Bianca mueve la pierna despacio, rozando mi erección, y se muerde el labio inferior.

—¿Vas a follarme aquí, en el pasillo?

—No me parece un mal lugar. Estamos solos. Puedes gritar todo lo que quieras que nadie te escuchará.

Arquea una ceja mientras desliza la mano por el centro de mi pecho.

—¿Qué te hace pensar que seré yo quien grite? —Su mano desciende por mi vientre hasta llegar a mi entrepierna. Cuando

rodea mi polla con el puño sobre la tela de algodón, contengo un gemido de placer—. Esta vez serás tú el que suplique, De Santis.

Le da un leve apretón a mi polla y regresa a la zona de la cinturilla. Enseguida baja un poco el pantalón y mi erección sale de su encierro como un jodido resorte. Bianca mira hacia abajo y vuelve a sonreír. Intento besarla, pero se aparta y niega con la cabeza.

—No vuelvas a hacer eso —gruño.

La muy perra pone los ojos en blanco y me empuja unos centímetros.

—Por una vez, mantén la boca cerrada.

Escupe en su mano antes de agarrar de nuevo mi erección, esta vez piel con piel. Se me corta el aliento cuando empieza a masturbarme, primero despacio, deslizando el pulgar por el glande cuando llega a la punta y después más rápido. Me inclino sobre ella, la sujeto por la nuca y pego mis labios a los suyos mientras ella sigue moviendo la mano a un ritmo constante. No la beso, solo me quedo ahí, bebiendo de su aliento y sintiendo uno de los mayores placeres que he experimentado nunca. Muerdo su labio inferior y se me escapa un gemido.

—Usa la boca —siseo entre dientes con la respiración acelerada.

—Pídelo por favor.

Me aparto unos centímetros y rodeo su garganta con la mano. Ella deja de masturbarme y me mira desafiante.

—Yo no suplico, Bianca. Vas a ponerte de rodillas, te meterás mi polla en la boca y no dejarás de chuparla hasta que yo te lo diga. ¿Lo has entendido?

No responde, solo se me queda mirando fijamente. Noto que su pulso se acelera bajo mis dedos y que contiene la respiración. Si no quiere hacerlo, no la obligaré, pero sé que lo desea. Mi esposa es una pequeña pervertida, y me encanta. Aflojo el agarre en su

garganta, retrocedo un paso y le hago un gesto con la barbilla para que se arrodille delante de mí. Lo hace despacio y sin dejar de mirarme a los ojos.

Contengo el aliento y acomodo su cabello por encima del hombro para ver bien su rostro. No quiero perderme ningún detalle. Con lentitud, Bianca vuelve a sacudir mi polla y acerca su boca a la punta. Le da un pequeño lametón y una sonrisa ladina se dibuja en su rostro justo antes de engullirla casi por completo.

Maldigo en voz alta y me sujeto con fuerza a la pared mientras trato, con todas mis fuerzas, de no correrme. Ella no se detiene. Sigue chupando con ansia, lamiendo desde la base hasta la punta, después se la mete hasta el fondo de la garganta y vuelve a lamerla despacio. Esta es, sin duda, la mejor mamada que he recibido nunca. Solo han pasado unos segundos y estoy al borde del orgasmo.

La detengo justo antes de que no haya vuelta atrás, tiro de ella y la levanto en peso. Sus piernas rodean mis caderas y la empujo de nuevo contra la pared. Solo necesito apartar sus bragas unos centímetros para clavarme en su interior de una sola estocada.

—¡Joder! —grita Bianca, echando la cabeza hacia atrás.

Muerdo su barbilla y la vuelvo a embestir.

—Sigue gritando —gruño.

La follo duro, sin piedad. Con cada una de mis arremetidas, su espalda golpea la pared, pero no me detengo hasta que noto cómo su coño me aprieta y todo su cuerpo se estremece. Bianca jadea mi nombre una y otra vez, aferrándose a mi cuello. Siento sus uñas arañando mi espalda, sus dientes clavándose en mi hombro, y, solo cuando estoy seguro de que se ha corrido, empujo con fuerza y me quedo quieto, profundamente enterrado en su interior hasta que no queda ni una gota de semen en mis pelotas.

Capítulo 44

Bianca

Al abrir los ojos me siento confusa. Estoy en mi dormitorio, pero no recuerdo haberme quedado dormida. Inspiro hondo y el aroma a alcohol y tabaco invade mi nariz. Huele a Luca. Las imágenes de lo que pasó anoche en el pasillo acuden a mi mente con total claridad. Fue intenso, increíble y… ¡Mierda! ¿Por qué no recuerdo nada más aparte del intenso y desgarrador orgasmo que casi me partió por la mitad?

Me siento de golpe y hago una mueca con los labios. Vuelvo a estar dolorida en partes que ni siquiera conocía de mi propia anatomía. Miro a un lado y a otro. Él no está aquí, pero las mantas están revueltas al otro lado de la cama. ¿Habrá dormido conmigo? ¿Cómo es posible que haya perdido la consciencia por un polvo? Nunca antes me había pasado algo similar.

Escucho voces y sonidos tras la puerta y me pongo en pie. Parece como si alguien estuviese arrastrando muebles por el pasillo. Me enfundo el camisón y, descalza, me acerco a la puerta y la abro de un tirón.

Encuentro a Luca de pie en mitad del pasillo, junto a él están dos hombres vestidos con mono de trabajo que cargan varios paquetes enormes en dirección a su dormitorio.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto para llamar su atención.

Luca gira la cabeza hacia mí y frunce el ceño.

—Bianca, vuelve a la habitación —ordena.

Arqueo una ceja y voy hacia él. No va a darme órdenes como a un puto perro.

—He preguntado qué está pasando. ¿Qué son todos esos paquetes?

Resopla y le hace un gesto al tipo que ahora mismo está con él para que se adentre en su dormitorio. Este enseguida lo hace, y, cuando nos quedamos solos en el pasillo, vuelve a fulminarme con la mirada.

—No me apetece matar a nadie hoy, pero, si sigues exhibiéndote en camisón por toda la casa, esos dos desgraciados acabarán con una bala en la cabeza —sisea cabreado.

Pestañeo confusa y frunzo el ceño.

—¿De qué demonios hablas? Siempre voy en camisón por casa.

—Exacto, y solo porque sé lo que se siente al pasar dos putos años viéndote así aún no los he matado. Alguno de ellos va a mirarte, Bianca, eso si no lo ha hecho ya, y esa será su sentencia de muerte.

Estrecho la mirada sobre él.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza o algo?

Resopla con fuerza y me agarra del brazo. Antes de que pueda decir nada más, estoy siendo arrastrada de vuelta a mi dormitorio.

—¡Ey! ¡¿Qué mierda haces?! —exclamo cuando me suelta para cerrar la puerta.

—Estoy evitando un jodido baño de sangre. No vas a salir de

aquí con esas pintas.

—¿Y tú vas a impedírmelo? —lo provoco, cruzándome de brazos.

—No vayas por ahí. Puedo pasar por alto muchas cosas, pero no que un hijo de puta cualquiera ponga sus ojos sobre ti y siga respirando.

—¿A qué viene ese arranque de testosterona y qué son esos paquetes que están metiendo en tu habitación?

Exhala con fuerza y cierra los ojos unos segundos; cuando vuelve a abrirlos, ya no parece tan alterado.

—Son muebles nuevos. Cama, mesitas, cómoda… Todo a estrenar.

—¿Qué les ha pasado a los otros? —inquiero, confusa.

—Que estaban usados. Ahora podrás dormir en mi cama con la seguridad de que ningún trasero desnudo, aparte del tuyo, se ha restregado por el colchón.

Frunzo el ceño y sacudo la cabeza de un lado a otro. ¿Ha cambiado los muebles por lo que yo le dije? Espera…, ¿por qué da por hecho que voy a dormir con él?

—Luca, no sé si me he despertado con el cerebro fundido o es que tú has tomado demasiado café esta mañana, pero lo cierto es que no entiendo nada de lo que dices. Yo tengo mi cama, ¿por qué querría dormir en la tuya?

Se acerca más y, tomándome desprevenida, rodea mi cintura con el brazo y me pega a su cuerpo.

—Porque no pienso permitir que pases una sola noche lejos de mí. Esto de dormir en dormitorios separados se ha terminado. Eres mi esposa y ocuparás tu lugar en mi cama. —Voy a quejarme, pero me corta antes de que pueda decir una sola palabra—. Antes de que sueltes alguna estupidez, te advierto que no aceptaré discusiones sobre este tema.

—En serio, ¿te has dado un golpe en la cabeza? —pregunto de nuevo, intentando apartarme de él, pero me tiene bien sujeta.

—Ninguno desde tu puñetazo. —Se acerca para besarme. Me aparto y él resopla con fuerza—. Anoche te advertí que no volvieras a hacer eso. ¿Qué ganas llevándome la contraria, Diavuletta?

—¿Puedes soltarme un momento? Me estás asfixiando con tanta testosterona.

—Por supuesto, pero antes bésame.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Pega tu jodida boca a la mía ya mismo.

—Oye, te estás viniendo muy arriba, ¿no crees?

Vuelve a tirar de mí con fuerza y hunde los dientes en mi cuello.

—Sigue resistiéndote y solo lograrás ponerme aún más cachondo. —Alza la cabeza y su mirada regresa a la mía—. Tú decides, bésame y me marcharé a sacar a esos tipos de la casa; mientras tanto, tú puedes darte una ducha. La otra opción es que sigas provocándome. Entonces, te arrancaré este bonito camisón, te tumbaré sobre la cama y no dejaré que salgas de este dormitorio en todo el día. —Trago saliva con fuerza. La segunda opción resulta increíblemente tentadora. Luca suelta una carcajada y niega con la cabeza—. Te lo estás pensando, ¿verdad? Si tardas dos segundos más, no te dejaré elegir.

Antes de que pueda cometer otra locura más, pego mis labios a los suyos de manera fugaz; sin embargo, cuando estoy a punto de retirarme, Luca me sujeta por la nuca y hunde la lengua en mi boca. Casi gimo de puro gusto al notar su sabor. Es adictivo, como todo él. Tras unos segundos, en los que apenas me permite respirar, retrocede un par de pasos, rompiendo el beso, y sonríe con suficiencia.

—¿Contento? —pregunto tras carraspear. Intento actuar con

indiferencia, como si no me estuviesen temblando las piernas con tanta fuerza que apenas puedo mantenerme en pie.

—No, pero lo estaré. Tengo asuntos de los que ocuparme durante el día, pero esta noche tú y yo saldremos a cenar. —Arqueo una ceja, interrogante—. Sí, es justo lo que estás pensando. Una cita, la primera en nuestra relación.

—¿Qué relación? —pregunto alucinada.

Luca chasquea la lengua y vuelve a cabecear.

—Nos vemos esta noche, Diavuletta. Hazme un favor y no te metas en demasiados líos. —Da media vuelta y camina en dirección a la salida, pero, antes de abrir la puerta, se detiene y vuelve a girarse a medias—. Por cierto, para la cena ponte el conjunto de ropa interior que te estabas probando en Sicilia. No tienes ni idea de las veces que he fantaseado con quitártelo.

En cuanto me quedo sola en la habitación, resoplo con fuerza y me cubro el rostro con ambas manos. ¿Qué demonios acaba de pasar aquí? ¿Una cita? ¿Relación? Mi marido se ha vuelto loco o está a punto de volverme loca a mí; me decanto más por la segunda opción.

Capítulo 45

Luca

No puedo dejar de pensar en Bianca, y lo peor es que tampoco quiero hacerlo. No sé qué es lo que le ha dado a mi cerebro para tenerlo tan enganchado. Me decantaría por pensar que se debe a lo bien que sabe usar la boca; sin embargo, soy consciente de que, antes de esa increíble mamada en el pasillo, ya estaba obsesionado con ella.

Incluso ahora, de camino a ver al irlandés y con todos los problemas que tengo encima, no puedo sacarme de la cabeza la forma en la que anoche cayó agotada después del sexo. Tuve que llevarla en brazos a la cama y enseguida se quedó dormida. Saco mi teléfono y, tras abrir la galería, busco la fotografía que le hice mientras dormía. Es una jodida belleza, eso siempre lo he tenido claro, aunque ahora hay algo distinto en ella. No sé qué es, y tal vez se trate solo de mi percepción, pero no soy capaz de ignorarlo.

El todoterreno se detiene y me apresuro a guardar el teléfono antes de salir. Varios hombres de Kincaid ya me esperan en la puerta principal. En esta ocasión no he querido que mi hermano me

acompañe. Él sospecha que nuestro socio irlandés ha tenido algo que ver con la filtración a los federales. Yo no sé qué pensar. Si es cierto, lo más probable es que esta reunión acabe en desastre y he sido lo bastante imprudente como para no acudir acompañado. Espero de verdad que las sospechas de Vin sean infundadas o esto está a punto de ponerse muy feo.

Me adentro en la casa, acompañado por los tipos de la puerta. Me guían hasta la misma sala de estar en la que he estado con anterioridad y, una vez ahí, me dejan solo hasta que llega Kincaid.

—De Santis, no voy a decir que me sorprende tu visita. He escuchado que las cosas no van bien con tu gente. Espero que no hayas venido exclusivamente a pedir mi ayuda —dice, entrando en la sala.

Me hace un gesto con la mano para que tome asiento y, cuando ambos estamos acomodados, lo miro con gesto duro.

—Por casualidad, no habrás escuchado también el nombre de la persona que nos ha delatado, ¿verdad?

Kincaid sonríe y se recuesta hacia atrás.

—Esa pregunta ha sonado a acusación. ¿Quieres reformularla?

Inspiro hondo por la nariz y niego con la cabeza.

—Lo que quiero es que me digas que no has tenido nada que ver con esto. En nuestra última reunión, sugeriste jugársela a Rossetti. Incluso llegaste a mencionar que tienes contactos en la Policía.

Se queda callado unos segundos y después exhala con fuerza.

—De Santis, debería sentirme ofendido por tu acusación. Te di el acceso perfecto a la familia Rossetti, metiéndote en su casa para que secuestraras a su hija. He estado boicoteando sus operaciones y también saqué a mis hombres de tu territorio, tal como acordamos. Hasta ahora, yo he cumplido siempre con el trato que hicimos; sin

embargo, tú, después de dos años, sigues siendo el lacayo de tu suegro. —Me pongo en pie de un salto y coloco la mano sobre la empuñadura de mi pistola. Enseguida, los hombres de Kincaid se acercan corriendo—. Tranquilos, chicos, no nos pongamos nerviosos.

—Yo no soy el lacayo de nadie. Te prometí el puerto y voy a dártelo, pero si has tenido algo que ver con la filtración…

—Entiendo que dudes de mí, pero te aseguro que lo que menos me conviene es meterme en una guerra abierta con toda la Cosa Nostra. No soy imbécil, De Santis. Mejor pregúntate quién tiene acceso a toda la información sobre las operaciones de vuestra organización.

Cualquiera que pertenezca a ella. Aunque los detalles más comprometidos los tratamos en privado, no tenemos por costumbre escondernos en reuniones sociales, como el cumpleaños del capo. Ya lo había pensado. Lo más probable es que el traidor nos escuchara hablar en la fiesta, pero ¿cómo logró acceder a las localizaciones de los almacenes?

—Tú tienes ojos y oídos en todas partes, ¿no? —inquiero, arqueando una ceja.

Kincaid se levanta con lentitud y niega con la cabeza.

—Yo no he sido —afirma.

—La palabra de un hombre sin honor no sirve para nada.

—Cierto, pero eres un hombre inteligente. ¿Quién ha sido el mayor damnificado por el acoso policial? ¿Adriano Valente? —Asiento. Por supuesto que lo sabe—. ¿Y qué tiene Valente que los demás cabezas de familia ansían? Resuelve esa incógnita y tendrás al culpable.

Me detengo a pensarlo unos segundos. Valente es el Don del estado de Massachusetts, su base central está en Boston. Él y Rossetti son los únicos de la costa este que tienen acceso al mar. ¿El

puerto de Boston?

—¿Estás insinuando que el traidor está entre nosotros?

—Tú solito has llegado a esa conclusión, amigo.

—No soy tu amigo —siseo entre dientes—. Es posible que entre los tuyos no exista la lealtad, pero nosotros nos regimos por un código de silencio. El precio por dar información a la Policía es demasiado caro como para arriesgarse.

—¡Oh, sí! ¿La *omertà*? He escuchado hablar de ello. El castigo para la traición es la muerte, la tuya y la de todos los que lleven tu apellido. Personalmente, me parece un poco exagerado, pero no seré yo el que critique vuestras costumbres.

—Ningún Don arriesgaría la vida de sus seres queridos solo para obtener el puerto de Boston.

—¿Estás seguro? ¿Ni siquiera Luciano Rossetti? —Se acerca más y sonríe con suficiencia—. Actualmente es el que tiene más poder de vosotros tres, pero con Valente fuera de juego… Y no hablo de que lo detengan o lo maten, solo tiene que debilitarlo lo justo para quedarse con sus negocios. Con los dos grandes puertos de mercancías de la costa este en sus manos, Rossetti sería imparable y después solo tendría que ir a por ti para hacerse con el monopolio. Eso no nos conviene a ninguno de los dos.

Frunzo el ceño. Mi suegro no puede tener más poder del que ya dispone, pues, de ser así, acabaría conmigo sin ningún esfuerzo. Sacudo la cabeza de un lado a otro. No termino de verlo claro.

—Nuestro capo jamás se lo permitiría —afirmo—. Si Valente cae, no dudará en poner a otro en su lugar.

—¿Otro? ¿Pietro Santoro, tal vez? —Vuelve a sonreír, negando con la cabeza—. ¿Qué te hace pensar que ese no es el plan de Rossetti? Ya se está asociando más de la cuenta con él. Se casó con su hija y quiere volver a emparentar a ambas familias con el

compromiso de su hija menor con el hijo de Santoro. Se convertirían en un solo frente unido en tu contra, De Santis.

Contengo el aliento. La simple idea de que esa posibilidad pueda llegar a ser cierta me produce escalofríos. ¿Rossetti estaría dispuesto a ir en contra del marido de su propia hija? Sí, lo haría para conseguir más poder, y ese sería nuestro fin, estoy seguro. Estrecho la mirada sobre Kincaid. No sé si dice la verdad o solo intenta lanzar la pelota a otro tejado. No me fío de él, al menos no del todo.

—Espero que estés diciendo la verdad. Si me entero de que tú has sido el responsable de la filtración, tendrás esa guerra que no deseas. Puede que pierda a muchos de los míos, pero me aseguraré de que ninguno de tus hombres siga respirando cuando termine con ellos.

—No esperaba menos de ti. Ahora, cuéntame, ¿has hecho algún avance con tu suegro? Necesito el puerto, De Santis. Tengo grandes planes para él.

—Estoy en ello. La primera parte del plan era lograr recuperar al cliente que nos robaste y eso está hecho, la segunda…

—¿Embarazar a su hija? —pregunta, demostrando, una vez más, que está enterado de todo lo que sucede en nuestra organización—. ¿Cómo llevas esa tarea?

—¿Me estás preguntando sobre mi vida sexual, Kincaid?

Ríe y niega con la cabeza.

—Si de ella depende ganarte a Rossetti y conseguirme el puerto, sí.

Inspiro hondo y, tras sacar el paquete de cigarrillos, me llevo uno a la boca y lo enciendo.

—Mi vida sexual no puede ser más satisfactoria. Te aseguro que, muy pronto, Rossetti tendrá a su heredero y tú conseguirás el maldito puerto.

—Te veo muy seguro de ti mismo. Sé que no me has pedido ayuda con eso, pero…

—Más te vale que no termines esa frase —siseo, cortándolo.

—No seas mal pensado. Solo iba a recomendarte una clínica de reproducción asistida que hay en la ciudad. No deberías dejar al azar algo tan importante como la gestación del heredero De Santis Rossetti.

—No necesito ayuda para embarazar a mi esposa. Puedo hacerlo yo mismo, te lo aseguro. De hecho, debería marcharme ya. Esta noche salimos a cenar y aún tengo asuntos que resolver durante el día de hoy. —Kincaid asiente y, tras despedirnos, uno de sus hombres me acompaña a la salida.

Nada más llegar al coche, busco el número de mi hermano entre los contactos de mi teléfono y lo llamo. Responde al segundo tono.

—Luca, ¿cómo ha ido la reunión con Kincaid? —pregunta nada más descolgar.

—Aún no lo sé. Él asegura que no ha tenido nada que ver con la filtración, pero no termino de creerle. Quiero que lo investigues a fondo. Ponle vigilancia las veinticuatro horas. Quiero saber todo lo que hace y lo que ha hecho durante las últimas semanas, incluso meses.

—Te advertí que no era buena idea asociarnos con ese hijo de puta.

—No sé si es culpable, pero prefiero agotar todas las posibilidades.

—Perfecto. Me pondré con ello de inmediato. Mañana, a primera hora, tendrá a un equipo de vigilancia pegado a su culo y te aseguro que sacaré de su armario todos los cuerpos que tenga escondidos.

Nos despedimos y cuelgo. Ya lo investigamos hace dos años, cuando decidí asociarme con él, pero entonces no encontramos nada

preocupante. Lo más probable es que el resultado sea el mismo; no obstante, necesito intentarlo al menos. Todas las precauciones son pocas cuando se trata del puto irlandés.

Capítulo 46

Bianca

El capullo de Romeo no ha aparecido por el gimnasio. Justo cuando más lo necesito, decide esfumarse. Si es que anda atontado desde que se ve a escondidas con su amante secreto. Estoy decidida a averiguar quién es; al menos, esa tarea me mantendrá ocupada y evitaré pensar en otro tarado, uno con el que tuve la mala suerte de terminar casada.

Lo busco por casi toda la casa, pero no logro dar con él. Al pasar por una de las salas de estar, encuentro a Ilenia sentada en el sofá; está bordando. Mujer florero, madre abnegada y borda. ¿Se puede ser más cliché? Es la esposa perfecta. «La esposa que Luca desearía tener», resuena en mi mente. Sacudo la cabeza de un lado a otro y entro en la estancia.

—¿Has visto a Romeo? —le pregunto sin ni siquiera saludarla.

Mi cuñada me repasa con la mirada desde la cabeza hasta los pies y hace una mueca de disgusto. Seguro que no aprueba mi indumentaria. Llevo puestos un pantalón de licra ajustado y una camiseta con el hombro caído. Es lo más cómodo para entrenar. Me

importa una mierda si no lo aprueba.

—Hace un rato estaba con Vincenzo. Creo que se fueron a su despacho.

Soy una mal pensada. Creí que me había dejado plantada para encontrarse con su amante y resulta que está trabajando.

—Gracias —mascullo.

Estoy a punto de marcharme cuando Ilenia me llama. Me giro de nuevo y la miro con curiosidad.

—¿Podemos hablar un momento? —pide.

Me acerco con desconfianza. Desde que me casé con Luca, no creo haber cruzado más de cinco palabras seguidas con Ilenia.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunto.

—Nada. Es solo que… —Mira a un lado y a otro, como si estuviese comprobando que no hay nadie cerca que pueda escucharla—. Sé que tú y yo no somos amigas, pero…

«Ni nunca lo seremos», pienso, aunque no lo verbalizo.

—No, no lo somos —digo.

—A pesar de provenir del mismo mundo, tenemos personalidades muy distintas. —Asiento. En eso tiene toda la razón. A mí me enseñaron a ser como ella: dócil, sumisa y conformista, solo que no tuvieron demasiado éxito. Vuelve a mirar a todos lados y suspira—. Lo que quiero decirte es que… te admiro.

—Ah, ¿sí?

Arqueo una ceja, interrogante, y ella asiente.

—Eres una mujer fuerte que no deja que los demás dicten su destino. Puede que no esté de acuerdo con muchas de las cosas que haces y dices, pero a veces me gustaría ser un poco más como tú y menos como… —Se queda callada y vuelve a mirar alrededor.

Esbozo una sonrisa ladeada y me cruzo de brazos.

—¿Menos como Stella?

Ilenia asiente con una risita baja.

—Te juro que algún día acabaré tirándola por una ventana. Ya no soporto todas sus críticas. «Ilenia, una buena esposa debe apoyar siempre a su marido», «Una buena esposa no hace eso», «Una buena esposa no piensa así». —Resopla con fuerza y casi se me escapa una carcajada.

Va a resultar que mi querida cuñadita no es tan perfecta como todos piensan. Al menos, me agrada saber que tiene una pizca de personalidad, aunque se empeñe en ocultarla.

—Bueno, si en algún momento decides darle el empujón, yo estaré encantada de echarte una mano para deshacerte del cadáver.

Abre mucho los ojos y niega con la cabeza.

—¡Oh, no! Era una forma de hablar. No voy a…

—Lo sé, Ilenia. Solo estaba bromeando —aclaro.

Carraspea y vuelve a su pose de mujer perfecta, con la espalda recta y los hombros hacia atrás.

—Si quieres aprender a bordar, puedo enseñarte. —Al ver mi gesto de disgusto, un amago de sonrisa se dibuja en sus labios—. No quieres, ¿verdad?

—Creo que paso, pero gracias por el ofrecimiento. Voy a buscar a Romeo.

—Claro, en el despacho.

Me despido con un cabeceo y hago todo el camino en dirección al despacho de la planta baja intentando no partirme de risa por lo absurdo de la conversación que acabo de mantener con mi cuñada. Estoy tan distraída que ni siquiera recuerdo llamar a la puerta antes de abrirla. Solo cuando ya he dado un paso al interior de la estancia soy consciente del enorme error que he cometido.

La imagen que se presenta ante mis ojos es, como poco, inquietante. Vincenzo está arrodillado en el suelo delante de Romeo.

Mi amigo lo sujeta por la nuca y lo atrae hacia su entrepierna una y otra vez. Desde mi posición no puedo verlo, pero basándome en el movimiento rítmico y los sonidos de succión, estoy bastante segura de lo que está pasando. Romeo alza la mirada y sus ojos se abren como platos al verme junto a la puerta.

—¡Mierda! —Empuja a Vincenzo, y este se pone en pie a toda prisa mientras mi amigo se guarda la polla en los pantalones.

Abro la boca para decir algo, no sé qué, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta. Romeo y Vincenzo… ¿En serio? Cuesta creerlo. Si no lo acabara de ver con mis propios ojos, jamás hubiese imaginado que mi cuñado es gay. Mierda, ¿Luca lo sabe? No lo creo.

—Lo… Lo siento —balbuceo, y salgo del despacho casi a la carrera.

—Espera. ¡Bianca! ¡Bianca! —escucho los gritos de Romeo llamándome, pero no me detengo.

Ya casi he llegado al final del pasillo cuando siento su mano en mi muñeca. Se cruza delante de mí y me obliga a mirarlo.

—Oye, no tienes que darme explicaciones, ¿vale? Haré como si no hubiese visto nada —digo, intentando rodearlo, pero me corta el paso.

—Quería decírtelo, de verdad que sí. —Exhala con fuerza y hunde los dedos en su pelo castaño—. No es fácil, Bianca.

—Por supuesto que no. Te estás tirando al hermano de mi marido, un hombre casado y con un hijo.

Estrecha su mirada sobre mí y aprieta los labios.

—Me estás juzgando —sisea.

—No lo hago. Solo que no puedo entender cómo ha llegado a pasar esto. Eres un tipo listo, Romeo. Sabes que enredarte con…

—No me he enredado. Yo… Es mucho más que eso. —Abro los

ojos desmesuradamente y él bufa de nuevo—. Puede que empezara como algo físico, pero ahora es algo más. Creo que lo quiero.

—¿Te has vuelto loco? Vincenzo tiene una familia y nunca admitirá que es gay —susurro para que nadie, aparte de él, pueda oírme.

—¿Crees que no lo sé? Es el jodido hermano del Don. Salir del armario no es una opción para él; sin embargo, eso no cambia lo que siento.

—¡Dios santo! Ahora preferiría que te estuvieses tirando a Ilenia —mascullo entre dientes mientras me pinzo el puente de la nariz.

—No quiero que pienses que esto va a afectar a tus planes. Sigo estando de tu parte, Bianca. Siempre estaré a tu lado.

Clavo mi mirada en la suya y suspiro. Por supuesto que sí. Nunca nadie me ha sido tan leal como Romeo. Sin él, es probable que no estuviese aquí. Le debo demasiado.

—Lo sé. Vamos, ve a tranquilizar a Vincenzo. Dile que no abriré la boca. Te prometo que vuestro secreto está a salvo conmigo.

Mi amigo esboza una sonrisa que no le llega a los ojos y me abraza de manera fugaz.

—Gracias. Te contaré todo después.

—Más te vale, y, por favor, espero no tener que volver a presenciar otra escena como la del despacho. Voy a arruinar a mi marido con toda la terapia que necesitaré para superar el trauma.

Romeo ríe y, tras darme un beso en la mejilla, se aleja por el pasillo en dirección al despacho. Mientras lo observo, no puedo dejar de pensar en la mala suerte que tiene. «Puede que yo haya terminado con el hermano tarado, pero al menos no está casado con otra». Mi propio pensamiento me hace poner los ojos en blanco. Como si me importara que Luca se acueste con otras. Puede hacerlo, al igual que yo. No me importa nada, nada en absoluto,

nadita. Exhalo con fuerza y vuelvo a pinzarme el puente de la nariz. Bueno, es posible que un poco sí.

Capítulo 47

LUCA

Cuando llegamos al restaurante, mi humor no ha hecho más que empeorar. Mi esposa no solo se ha salido con la suya al usar un dichoso vestido que apenas le cubre el trasero, también me ha tocado conducir hasta aquí el jodido Ferrari rosa que se compró en Sicilia. Hoy mismo, durante una reunión por videollamada con los cabezas de familia de la organización, acordamos mantener un perfil bajo y no llamar la atención, al menos hasta que la situación con los federales se calme un poco, y unas horas después estoy atravesando la ciudad al volante de un puto deportivo rosa metalizado.

—¿Vas a pasar toda la noche enfurruñado? —pregunta Bianca en cuanto el camarero nos deja los platos con la comida sobre la mesa.

Le lanzo una mirada poco amistosa. Se ha quitado la jodida chaqueta antes de sentarse. Si es que no sé por qué sigo aquí. Debería estar en mi casa, lejos de esta maldita bruja que acabará volviéndome loco.

Su teléfono vuelve a vibrar sobre la mesa. No ha dejado de hacerlo en toda la noche. Por primera vez, estiro el cuello y veo el

nombre de Sarah en la pantalla.

—Cógelo —gruño.

Bianca rechaza la llamada y le da la vuelta al aparato.

—Es mi tía, mañana la llamaré. No quiero interrumpir esta maravillosa velada con mi querido esposo. —Casi me echo a reír por su tono sarcástico, y no precisamente porque me haya hecho gracia, es que es una respuesta muy suya—. ¿Te resulto graciosa? —pregunta al ver mi expresión.

Trago un pedazo de carne y le doy un sorbo a la copa de vino antes de contestar.

—Graciosa no, solo irritante.

Bianca sigue comiendo de su plato en silencio durante un buen rato, aunque parece pensativa e incluso algo inquieta.

—Te entiendo —suelta cuando ya casi hemos terminado de comer.

Mastico el último bocado y, tras dejar los cubiertos sobre el plato, lo aparto unos centímetros hacia el centro de la mesa.

—Si me explicas de qué hablas, tal vez yo también lo entienda.

—Me refiero a tu rechazo hacia mí.

—¿Rechazo? —inquiero, arqueando una ceja—. He pasado dos putos años ansiando meterme entre tus piernas y, por si no te has dado cuenta, sigo queriendo hacerlo.

Una vez más, pone los ojos en blanco.

—No hablo de sexo, Luca. Eres un hombre, claro que quieres follarme. Está escrito en tu jodido ADN. Hablo de mí como persona, como esposa. Entiendo que desearías haberte casado con una mujer similar en carácter a Ilenia o a tu madre, una esposa sumisa, obediente e invisible que te esperara en casa con una sonrisa y las piernas abiertas.

Esbozo media sonrisa y alcanzo de nuevo mi copa.

—Sí, eso hubiese sido lo más apropiado —digo antes de beber.

—Pues lo siento por ti, porque yo nunca voy a ser esa mujer. Ni sumisa ni obediente ni invisible, y lo de las piernas… Si me das a elegir, prefiero que dos manos fuertes me las abran.

Me atraganto con el vino al escuchar lo último que ha dicho. La muy perra se ríe mientras yo trato de recuperarme. Cuando al fin lo logro, la miro con dureza.

—Al menos, en público, controla tu lenguaje —le advierto.

Veo cómo se prepara para replicar, pero, antes de que pueda hacerlo, el camarero nos interrumpe. Retira los platos y nos da la carta de postres.

—Cualquier cosa que no lleve frutos secos —le pide Bianca.

—Lo mismo para mí —farfullo. Se marcha y de inmediato retomo la conversación—. A mí también me gustaría entenderlo —comento para llamar su atención.

Mi esposa me mira con una ceja arqueada.

—¿El qué?

—Por qué me odias.

Estrecha la mirada sobre mí y niega con la cabeza.

—Luca, yo no te odio. Bueno, al menos, no todo el tiempo. A veces te comportas como un verdadero patán y…

—No es solo eso —la corto—. Nunca me has soportado. Incluso de niña, siempre te mantenías alejada de mí, y cómo olvidar que me ofreciste sexo a cambio de romper nuestro compromiso.

Suspira y le da un trago largo a su copa de vino.

—Eres igual que mi padre —dice casi en un susurro.

—No es cierto. Somos muy distintos —rebato.

—Puedes disfrazarlo como quieras, pero yo lo conozco a él y a ti también. No te mueves por amor ni por lealtad, solo por poder. No es casualidad, Luca. Elegís lo mismo: el poder primero, todo lo

demás después, y ese camino me lo sé de memoria. Solo lleva al sufrimiento y la destrucción de todos los que os rodean.

Me quedo pensando en su declaración unos segundos. No es la primera vez que la escucho hablar así de su padre, con tanto rencor.

—¿Qué te ha hecho para que sientas tanto odio hacia él?

Bianca se me queda mirando, pestañea rápido y abre la boca para responder.

—De Santis. —Enseguida reconozco la voz que sale de detrás de mí.

Escucho sus pisadas y, al alzar la mirada, encuentro al jodido irlandés de pie a mi lado. ¡¿Qué mierda hace aquí?! ¡Hijo de puta! Va a conseguir que nos maten. Se detiene junto a la mesa y sonríe en dirección a Bianca.

—Kincaid, ¿puedo ayudarte en algo? —casi escupo las palabras.

El camarero decide que es el mejor momento para aparecer con nuestros postres. Los deja sobre la mesa mientras yo sigo conteniéndome para no cargarme al puto irlandés aquí mismo.

—Estaba esperando a que me llevaran a mi mesa y te he visto. Espero no estar interrumpiendo algo importante. —Vuelve a mirar a Bianca—. Perdón, no me he presentado. Mi nombre es Ryan Kincaid.

Bianca estrecha su mano y esboza un amago de sonrisa.

—Encantada, señor Kincaid.

—No, por favor, solo Ryan.

Bianca

«Voy a matarlo. Juro que me lo cargo». Intento no mirar a ninguno de los dos hombres. ¡Maldita sea, creí que esto solo pasaba en las

películas!, pero aquí están, mi marido y mi amante frente a frente.

Mantienen lo que a simple vista puede parecer una charla cordial, aunque, por la tensión en los hombros de Luca y la forma en la que aprieta la servilleta en un puño, estoy segura de que es de todo menos amigable. Tampoco me extraña. Se supone que yo nunca debería haber conocido a su socio irlandés y este encuentro, que no tiene nada de fortuito, a pesar de que Ryan lo haya pintado así, es un riesgo para todos.

Veo cómo Luca come un bocado de su postre y decido imitarlo. Tengo que mantener la calma y aparentar una tranquilidad que, en realidad, no siento. Trato de disimular el temblor en mis manos al sujetar la cucharilla. Tampoco estoy segura de que pueda tragar bocado, ya que un nudo de nervios y angustia se ha instalado en mi garganta.

Estoy a punto de probar el primer trozo de la tarta de chocolate cuando mi marido me da un manotazo en la muñeca. La cucharilla se escurre entre mis dedos y el trozo de postre sale volando por los aires.

—¡¿Qué haces?! —inquiero, abriendo mucho los ojos.

Se pone en pie de golpe y me mira, frunciendo el ceño.

—¡¿Lo has comido?! —Niego con la cabeza—. Tiene nueces. ¿Estás bien?

—Sí, apenas me rozó los labios —susurro.

Me atrevo a mirar a Ryan, que nos observa a ambos en silencio. El camarero, alertado por el tono brusco y elevado de Luca, se acerca a ver qué sucede.

—Señor…

—¡Una mierda «señor»! —vocifera mi marido—. ¡¿Qué parte de «sin frutos secos» no has entendido?! ¡Esta mierda tiene nueces! ¡Mi esposa es alérgica!

El chico me mira a mí con gesto de terror. No lo culpo. Cualquiera se cagaría en los pantalones si tuviese a Luca De Santis gritándole en mitad de un restaurante, incluso si no sabe quién es y a qué se dedica. Su físico y su porte resultan imponentes, transmiten esa especie de aura de poder y peligro capaz de amedrentar al más valiente de los hombres.

—Señora, le pido perdón. Ha sido un error —susurra.

—¡No la mires a ella, pedazo de inútil! Soy yo quien te está hablando.

—Luca, déjalo ya —pido en un susurro. Me ignora y sigue gritándole al camarero. Ryan observa la escena con gesto divertido —. ¡Luca! —grito para que me haga caso.

—¡¿Qué?! Podría haberte matado.

—Pero estoy bien. —Resoplo con fuerza y me coloco entre Luca y el camarero—. Trae la cuenta, por favor.

—Puedo… Les cambiaré los postres. Tenemos algunos sin frutos secos —balbucea el chico.

—¡¿No la has escuchado?! ¡La puta cuenta, joder!

El camarero se marcha casi corriendo y Luca se gira, bufando como un maldito toro a punto de embestir.

—Señora De Santis, se ha ensuciado el vestido —dice Ryan, señalando la prenda a la altura de mi escote.

Bajo la mirada y descubro que tengo una pequeña mancha de chocolate, seguramente de cuando Luca me tiró la tarta.

—Da igual, ponte la chaqueta y vámonos —gruñe mi marido, dejando un puñado de billetes sobre la mesa.

—Dame un minuto, iré a limpiarme al baño.

—Bianca…

—¡Dame un puto minuto, Luca! —Esta vez soy yo quien levanta la voz y él me mira como si estuviese a punto de salirle humo por las

orejas.

—Un minuto —sisea entre dientes.

KINCAID

Ni siquiera recuerdo cuántas veces la he llamado hoy. Es una maldita obsesión. Necesito saber que Bianca está bien. Todo se está saliendo de control. Necesito hablar con ella y recordarle los motivos por los que debemos actuar lo antes posible.

Al entrar en el restaurante en el que Romeo me ha asegurado que estará Bianca, ignoro la mirada provocativa de la camarera que insiste en acompañarme a mi mesa. Hace unos años no hubiese dudado en follármela, pero ahora… ¡Maldita sea, ahora solo tengo ojos para ella!

Me detengo de golpe al verla sentada en una mesa. Está preciosa, como siempre. La camarera me pide que la siga, pero rechazo su invitación con un gesto de mi mano y sigo observando a Bianca. Ella aún no me ha visto y su acompañante tampoco. Su pelo rubio le enmarca el rostro de facciones sutiles y delicadas. Tiene el aspecto de un ángel y el carácter de un demonio. Esa dualidad fue lo que me atrajo de ella nada más conocerla hace seis años. Se supone que Bianca iba a ser solo un peón en mi juego, que la usaría para hacer negocios con la Cosa Nostra, pero al conocerla más a fondo caí rendido a sus pies.

Aparte de ser una de las mujeres más hermosas que he conocido nunca, Bianca es inteligente, ingeniosa, fría en algunos momentos sí, pero también apasionada, al menos en lo que se refiere al sexo. Deslizo la mirada en dirección a su boca, la misma que tanto placer

me ha proporcionado en incontables ocasiones. ¡Es perfecta, joder! Da igual cómo nos conocimos, voy a conservarla. En cuanto todo esto termine, haré cualquier cosa para que se quede conmigo.

Su risa llega al lugar donde estoy y contengo el aliento. ¿Por qué se ríe con él? Frunzo el ceño y aprieto los puños con fuerza. Fue un error aceptar que se casara con el imbécil de De Santis. Se supone que su matrimonio era solo un trámite, pero ya han pasado dos años y sigue siendo su mujer; suya, no mía.

Continúan conversando unos segundos más mientras yo los observo con atención. Se me revuelven las tripas al verlos juntos. Aquí, en este bonito restaurante, sentados a una mesa para dos, en total intimidad, parecen una pareja de verdad, felices y enamorados.

«No necesito ayuda para embarazar a mi esposa. Puedo hacerlo yo mismo, te lo aseguro». Trato de mantener la calma al recordar las palabras de De Santis. ¿Será cierto que él y Bianca…?

¡Maldita sea! Si la ha tocado, es hombre muerto. Esto tiene que acabar ya. No voy a dejar que ese cabrón siga apoderándose de lo que me pertenece. Acabaré con él y Bianca volverá a mi lado. Solo es cuestión de tiempo.

—Señor, su mesa… —me recuerda la camarera.

Carraspeo y señalo con la barbilla en dirección al lugar donde Bianca y De Santis siguen conversando ajenos a mi presencia.

—Enseguida. Acabo de ver a unos conocidos y quiero saludarlos.

La camarera asiente y enseguida me dirijo a ellos. Estoy siendo demasiado impulsivo y ese no es mi estilo, pero ahora mismo me importa una mierda el plan, mi organización, el puerto… Lo único en lo que puedo pensar es en recuperar a Bianca.

Capítulo 48

Bianca

Intento mantener la calma mientras froto la tela con cuidado. En cuanto la mancha desaparece, me acerco al secamanos y dejo que el aire caliente seque la zona durante unos segundos, después regreso al lavabo y me miro en el espejo. No se me notan los nervios o, al menos, eso espero.

—Respira, Bianca. —Leo las dos palabras que llevo tatuadas en la parte interna de las muñecas—. *Cu furza e curaggiu si vince tuttu.* —Inspiro hondo. Solo tengo que mantener la calma.

Exhalo con fuerza y me dirijo a la salida. No puedo seguir ocultándome de los problemas. Abro la puerta de un tirón y, cuando estoy a punto de salir, se cruzan en mi camino unos ojos ambarinos que conozco a la perfección.

—Te he estado llamando —dice Ryan sin apartar la mirada de la mía.

Echo un vistazo a un lado y a otro del pasillo en el que se encuentra y estiro el brazo en su dirección.

—Ven aquí —susurro, agarrándolo por la camisa y tirando de él

hacia el interior del baño. Cierro la puerta y lo encaro—. ¡¿Te has vuelto loco?! ¡¿Qué demonios estás haciendo?!

—No habría venido si contestaras a alguna de mis llamadas.

Bufo y me cruzo de brazos. ¿Esto va en serio?

—Ryan, como has podido comprobar ahí fuera, estoy acompañada. No podía responderte. ¡¿Qué mierda te pasa?! El tarado aquí es mi marido, ¿recuerdas? Nosotros dos estamos hechos de otra pasta. Valoramos la situación, tomamos decisiones y solo entonces actuamos. No nos dejamos llevar por impulsos. Así es como hemos llegado hasta aquí, y tú, apareciendo por sorpresa en el restaurante, estás poniendo en riesgo todo el plan.

Se me queda mirando muy serio y después asiente.

—Lo siento. Tienes razón, pero estaba preocupado por ti. Creo que no terminas de ser consciente del riesgo que corres en esa casa. Si De Santis se entera de que tú estás detrás de todo lo que ha pasado en su vida, antes incluso de que os casarais, no dudaría en matarte.

—Deja que sea yo quien me ocupe de mi marido. Puedo manejarlo. Lo he hecho hasta ahora, ¿no? Conocía el riesgo cuando me metí en esto. Hemos invertido demasiado tiempo y esfuerzo en este plan como para que ahora se vaya a la mierda porque tú no sabes controlar tus impulsos. ¡Espabila, joder! Estamos muy cerca.

—Ya he dicho que lo siento —masculla, apartando la mirada.

Respiro hondo y trato de tranquilizarme. Sé que Ryan solo se preocupa por mí, pero necesito que deje de hacerlo y se centre en su parte del plan.

—¿Qué es eso tan urgente que tenías que decirme por teléfono? —inquiero.

—Necesito que te adentres cuanto antes en los negocios de la asociación.

—Eso ya lo sé, pero debo hacerlo con cautela para que nadie sospeche de mí. Da gracias a que pude conseguir información de las últimas transacciones durante la fiesta de cumpleaños del capo. Romeo se jugó el cuello entrando en su despacho para sacar las localizaciones de los almacenes de su ordenador.

—No es suficiente. Con eso solo hemos dado el primer golpe. Mi contacto en los federales espera más información y nosotros necesitamos que vayan a por los demás cabezas de familia para que acusen a tu padre de traición.

—¡Lo sé! —exclamo, perdiendo la paciencia—. Te recuerdo que es mi jodido plan.

—Lo que no sabes es que tu querido maridito vino a visitarme esta mañana. —Frunzo el ceño—. Sospecha que fui yo quien los delató.

—Y no se equivoca —mascullo—. Era de esperar que sucediera algo así. Tú siempre vas un paso por delante de él.

—Gracias a Romeo y a ti.

—Ahora más que nunca tenemos que ser cautelosos. No puedo hacer algo que me delate, porque entonces a la que acusarán y condenarán por traición será a mí.

—Y precisamente por eso estoy tan preocupado. Como no has respondido en todo el día a ninguna de mis llamadas, creí que De Santis te había descubierto.

—Eso no va a pasar. Lo tengo bajo control.

—Sí, ya me comentó esta mañana que se está esforzando mucho para dejarte embarazada. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Es cierto?

Inspiro hondo por la nariz y aparto la mirada. Esa es la razón por la que he estado evitando hablar con él durante todo el día. Puede que sea muy valiente para algunas cosas, pero para otras… Mierda. Tampoco puedo mentirle. Ryan no se lo merece.

—Haré lo que sea necesario para acabar con mi padre de una vez por todas —afirmo, y busco su mirada—. Por suerte, toda esta mierda terminará muy pronto y no tendré que llegar a esos extremos, pero, si fuese así, no dudaría en dejar que me embarazara, Ryan. Tenemos menos de tres meses para hacer que Luciano Rossetti se hunda.

—Solo espero que no nos arrastre con él —masculla.

—Descuida, sé cuáles son tus aspiraciones. Estamos en esto juntos. Yo consigo librarme de mi padre para siempre y tú expandir tus negocios en la costa este, empezando por el puerto de Nueva York.

—Entonces… ¿no ha cambiado nada? —inquiere, estrechando la mirada sobre mí.

—Claro que no.

—¿Estás segura? Ahí fuera os estuve observando y no me pareció que tu relación con De Santis fuese tan fría y distante como siempre has asegurado. —Exhala con fuerza y hunde los dedos en su pelo rubio—. Me estoy jugando mucho por ti, Bianca. Llevo años apoyándote.

Esbozo una sonrisa ladeada y me cruzo de brazos.

—Claro, porque todo esto lo haces por simple altruismo, ¿verdad? No nos engañemos, Ryan. Ambos sacamos lo que queremos de este acuerdo. De no ser así, ya habríamos delatado a toda la Cosa Nostra. Si siguen en pie es precisamente porque tú los necesitas. A mí me importa una mierda que acaben todos muertos o en la cárcel.

—Ir a por todos ellos es un suicidio, y lo sabes. Tienen demasiado poder. Además, ¿estarías dispuesta a incriminar a tu querido maridito?

—Por supuesto —respondo tras titubear. Ni siquiera sé por qué lo

he hecho. Me acerco a la puerta y la abro un par de centímetros para echar un vistazo al exterior. Luego vuelvo a cerrarla—. Vete de una vez, antes de que consigas que nos maten a los dos.

—Está bien, pero mantenme informado.

Se acerca a mí y está a punto de besarme; sin embargo, antes de que sus labios toquen los míos, por algún motivo que ni siquiera entiendo, giro la cabeza y termina depositando un beso fugaz en mi mejilla.

—Márchate ya —susurro, empujándolo por los hombros.

Nada más quedarme sola en el baño, exhalo con fuerza y me llevo las manos a la cabeza. Después de años de espera, casi puedo tocar la libertad con la punta de los dedos. Voy a lograrlo. Nada ni nadie hará que me detenga.

Luca

Muevo el peso de una pierna a otra. Estoy nervioso. Estoy cabreado. No, más que eso: estoy furioso.

No tardo en escuchar los tacones de Bianca acercándose. Me giro y no aparto la mirada de ella. Sé que otros hombres la están mirando. Es imposible no hacerlo. Y solo imaginarlo me enciende aún más la sangre.

—Ponte la chaqueta —gruño, empujándosela contra el pecho cuando llega a mi lado.

Bianca pone los ojos en blanco. Eso me enfurece todavía más. Intento calmarme, respiro hondo, despacio, pero no sirve de nada. Al menos se coloca la chaqueta sin protestar.

No quiero matar a nadie hoy.

—¿Tu amigo ya se ha ido? —me pregunta mientras se arregla el pelo por encima del cuello de la chaqueta.

—No es mi amigo. Solo un conocido —respondo seco.

Poco después de que Bianca se fuera al baño, otro camarero vino a buscar al irlandés para llevarlo a su mesa. Parece que no mentía y tenía reserva. Aun así, no me creo que su aparición haya sido casual. Hace tiempo que dejé de creer en las coincidencias.

Niego con la cabeza y le indico a Bianca con la barbilla que camine delante de mí hacia la salida. No sirve de nada seguir dándole vueltas a lo de Kincaid. A partir de mañana estará vigilado, y espero que Vincenzo encuentre algo que nos ayude a entender qué pretende.

En la puerta me entregan las llaves del Ferrari y salimos al exterior. El maldito coche rosa llama tanto la atención que varias personas se quedan mirándolo. Vuelvo a bufar. La rabia sigue ahí, ardiendo por dentro. Intento calmarme, pero no lo consigo. Y, conociendo a Bianca, sé que sus comentarios no van a ayudar. Odio sentirme así. Cuando dejo que la ira me controle, siempre termino haciendo alguna locura.

Rodeo el coche sin decir nada, y estoy a punto de meterme dentro cuando una voz llama mi atención. Me suena. Miro hacia el lugar de donde viene y lo veo. Es el maldito camarero. Está en la acera, caminando de un lado a otro, fumando y riéndose mientras habla por teléfono. Aprieto los puños. Me planteo ir a por él y romperle la cara. No es justo que se encuentre ahí, tranquilo y sonriente, cuando hace un rato estuvo a punto de provocar una desgracia.

Lo observo unos segundos más, hasta que se mete en un callejón junto al restaurante. Yo estaba frente a la entrada principal y no lo vi salir por ahí. Seguro que es una salida lateral. Por instinto,

miro alrededor buscando cámaras o algo que pueda incriminarme si decido hacer algo. No veo ninguna y el callejón está bastante oscuro.

—¡Luca! ¡Luca! —me grita Bianca desde dentro del coche. Resoplo, me meto en el asiento y cierro la puerta—. ¿Qué demonios te pasa?

No respondo. Arranco, me abrocho el cinturón y conduzco. Pero, cuando pasamos junto al callejón, lo veo de nuevo. Continúa ahí, apoyado en la pared, al lado de unos contenedores de basura.

Aprieto el volante con fuerza. Intento ignorarlo, pero una voz en mi cabeza no deja de insistir: «Vuelve y acaba con esto». Me imagino lo que habría pasado si no hubiese probado yo antes el postre… Bianca en una cama de hospital, pálida, sin vida. El pensamiento me golpea como un puñetazo. Disminuyo la velocidad y aparco el Ferrari.

—Quédate aquí —murmuro, quitándome el cinturón.

—¿Qué? ¿A dónde vas?

—Vuelvo enseguida. No salgas del coche, Bianca —le ordeno antes de salir.

Dice algo más, pero la ignoro y cierro la puerta. Camino rápido hacia el restaurante, mejor dicho, hacia el callejón. Y, mientras avanzo, solo puedo pensar que quizá hoy sí termine matando a alguien.

Capítulo 49

Luca

Mi padre siempre decía que los hombres llevamos veneno dentro y solo hay tres maneras de sacarlo: bebiendo, follando o usando la violencia. Podría haber elegido cualquiera de las dos primeras, pero ahora mismo estrellar mi puño contra la cara de este camarero me resulta mucho más liberador.

No he querido usar mi arma. No. Esto quiero solucionarlo a la vieja usanza: con esfuerzo, sudor y sangre. La suya.

Un nuevo gemido sale de su boca cubierta de sangre cuando le clavo los nudillos en el estómago. Se dobla hacia delante, pero lo agarro, lo empujo contra la pared de ladrillo y sigo golpeándolo una y otra vez. Primero con la derecha, luego con la izquierda. Cuando pierde el conocimiento y cae al suelo, empiezo a patearlo por todo el cuerpo sin parar.

El sudor me corre por la espalda. Tengo la camisa empapada y el pecho me arde mientras respiro con fuerza. Le doy otra patada, esta vez en la cara, y escucho un crujido. Otro hueso roto. Bien. Aún me quedan unos cuantos más.

Me detengo un momento para recuperar el aliento, pero cuando voy a volver a golpearlo, escucho el rugido de un motor potente. Me giro de golpe. Las luces traseras de un coche entran marcha atrás en el callejón. El tono rosa metalizado brilla bajo la única farola. Se trata de Bianca. No tengo ninguna duda.

Con la respiración todavía acelerada, miro el cuerpo inmóvil y lleno de sangre del camarero.

«Mierda. ¿Cómo voy a explicar esto?».

La puerta del conductor se abre y el sonido de sus tacones retumba en el callejón oscuro. Se acerca despacio. No soy capaz de descifrar la expresión de su rostro. ¿Está cabreada? No creo que, como final de una cita desastrosa, ver a tu marido darle una paliza de muerte a un pobre diablo sea lo más apropiado.

—¿En serio? —Se detiene a tan solo un par de metros y cruza los brazos sobre el pecho—. No podías dejarlo pasar, ¿verdad, De Santis?

Frunzo el ceño y aprieto con fuerza mis puños doloridos.

—Podría haberte matado —siseo entre dientes, aún con la respiración acelerada.

Clava su mirada en la mía y niega con la cabeza.

—Si ya sabía yo que casarme con un tarado no era buena idea —masculla justo antes de dar media vuelta y empezar a caminar de vuelta al vehículo.

Espera… ¿Se va? ¿Tan cabreada está? Soy un monstruo, un puto tarado, como ella siempre me llama, pero hasta hoy nunca me había mostrado de esta forma.

Recuerdo todas esas veces que Bianca ha expresado su rechazo por las muestras de poder de personas como su padre y como yo. «No es casualidad, Luca. Elegís lo mismo: el poder primero, todo lo demás después, y ese camino me lo sé de memoria. Solo lleva al

sufrimiento y la destrucción de todos los que os rodean».

El corazón se me acelera aún más, si es posible, y un nudo de angustia me cierra la garganta. No quiero que se marche sin mí.

—Bianca, espera… —pido, aunque suena como una súplica.

Se detiene de golpe, da media vuelta y alza una mano. Me fijo en que lleva el mando a distancia del Ferrari en ella. Presiona un botón y la puerta del maletero se abre.

—Vamos, hay que sacarlo de aquí. Ya tienes demasiados problemas con las autoridades como para que te carguen un asesinato.

Pestañeo rápido y me quedo inmóvil, intentando asimilar sus palabras. ¿No está cabreada? Al notar mi falta de reacción, chasquea la lengua y regresa junto a mí. Se agacha junto al camarero y hace una mueca de asco.

—No sé si está muerto… —susurro cuando logro volver a hablar.

—Si no lo está, hay que ponerle remedio, aunque lo más urgente ahora mismo es meterlo en el maletero y llevarlo a algún lugar apartado. —Se pone en pie y mira alrededor—. Estamos demasiado expuestos. Puede que haya cámaras o…

—No las hay —la corto.

—Di mejor que no las has visto. Dudo que un restaurante como este no tenga un buen sistema de seguridad. Por si acaso, envía a alguien a que les aprieten las tuercas a los dueños para que no se les ocurra abrir la boca en el caso de que la Policía haga preguntas.

Asiento, alucinando por el hecho de que se le haya ocurrido algo así. Ya pensaba hacerlo, pero me sorprende que Bianca… ¡Dios santo! No parece inquietarle en absoluto que un hombre esté muerto o agonizando a solo unos pasos de ella. ¿Cuándo ha dejado de ser una princesita malcriada para convertirse en una criminal despiadada?

Carraspeo y sacudo la cabeza de un lado a otro. Tiene razón, hay que salir de aquí cuanto antes. Ya tendré tiempo de seguir en shock cuando el puto camarero esté desintegrándose en un bidón de ácido.

Entre los dos levantamos el cuerpo del chico, lo arrastramos hasta el coche, y, cuando estamos a punto de dejarlo en el interior del maletero, el muy cabrón abre los ojos y suelta un quejido ronco. Tose por el esfuerzo, escupiendo un chorro de sangre espesa que va a parar al escote de Bianca. Ella abre mucho los ojos y lo suelta. Me apresuro a agarrarlo antes de que se escurra y caiga al suelo. Con esfuerzo, lo lanzo en al interior del maletero y cierro la puerta.

—¿Estás bien? —le pregunto, haciendo una mueca de asco al ver cómo la sangre se va escurriendo por su piel y mancha su vestido.

—Esta mancha no voy a poder quitarla. Me acaba de destrozar el vestido —se queja.

Se me escapa una sonrisa y me encojo de hombros.

—No voy a decir que lo lamento. En realidad, me evita el trabajo de destrozarlo yo mismo al llegar a casa.

Bianca me lanza una mirada dura.

—Ya veo que has recuperado el sentido del humor. Solo ha hecho falta que casi mates a un pobre idiota. —Me quito la chaqueta y se la tiendo para que pueda limpiarse con ella—. Por cierto, ¿a dónde lo vamos a llevar?

—Conozco un lugar que no está muy lejos. ¿Quieres que te acerque a casa primero?

Me devuelve la chaqueta y, tras abrir de nuevo el maletero, la lanzo al interior, cubriendo el rostro del tipo. Creo que ha vuelto a perder el conocimiento.

—Claro, lo más prudente es que andes paseando por toda la ciudad con un casi cadáver en el maletero —comenta en tono

sarcástico—. No, voy contigo. ¿Qué tienes pensado hacer con él?

—*Lupara bianca* —respondo.

—Ya, lo suponía.

Da media vuelta y empieza a caminar hacia el lugar del conductor. Estoy a punto de detenerla. Siempre me han enseñado que el hombre es el que conduce, y más cuando se trata de un vehículo de gran cilindrada, pero decido no hacerlo. Bianca no es una mujer común. Si puede manejarme a mí, que a la vista está que es así, un coche no supone ningún reto para ella.

Rodeo el vehículo y me subo al asiento del acompañante. Bianca arranca el motor y, con mucho cuidado, sale del callejón y se incorpora a la carretera. Mientras la observo conducir en silencio, esa sensación extraña regresa a mi garganta. No sé cómo consigue sorprenderme a cada momento con una faceta distinta de su personalidad. Bianca, la niña malcriada; Bianca, la que lucha por hacerse escuchar en un mundo en el que solo los hombres tienen voz, y ahora la mujer insensible, con la mente fría y resolutiva. ¿Cuál de todas es la verdadera? ¿Alguna lo es?

Capítulo 50

Bianca

Mi idea de cita dista mucho de pasar gran parte de la noche en un almacén polvoriento y abandonado observando cómo un cadáver se desintegra en ácido puro; no obstante, tengo que admitir que, en esta ocasión, la impulsividad y falta de autocontrol de mi marido me ha venido bien. Ayudándolo con esto, le estoy demostrando que soy una de las suyas y que puede confiar en mí.

Es un movimiento arriesgado. He pasado años creando esa imagen de niña malcriada y caprichosa que solo se preocupa por sí misma, pero ha llegado el momento de cambiar de estrategia. El tiempo apremia y necesito encontrar la forma de obtener más información sobre las operaciones de la organización. Con un poco de suerte, después de esta noche, Luca considerará la opción de permitir que me inmiscuya de forma activa en la organización.

Apoyada en el capó del Ferrari, hago una mueca de asco al ver que uno de los brazos ensangrentado y medio desollado del camarero sale a la superficie.

—Te dije que el bidón era demasiado pequeño —susurro.

No espero a que sea él quien se ocupe del problema. Yo misma me acerco al bidón e, imitando lo que ha hecho él anteriormente, estoy a punto de empujar el brazo de vuelta al líquido espeso y maloliente.

—¡¿Qué demonios haces?! —exclama Luca, sujetándome por la muñeca antes de que pueda llegar a tocar el brazo. Lo miro confusa por su tono de voz y él chasquea la lengua—. Eso de ahí es ácido fluoroantimónico. ¿Sabes qué podría haberte pasado si llegas a tocarlo sin guantes?

Me fijo en sus manos. A veces olvido que nunca he visto las cicatrices que se esconden bajo el cuero. Yo, al igual que todo su entorno, sé qué fue lo que le pasó. De hecho, muchos de los miembros de la Cosa Nostra estaban presentes el día en el que Luca sumergió el cadáver de su padre en un recipiente muy parecido al que tengo justo frente a mí. No dudó en empujarlo con las manos desnudas. Se rumorea que ni siquiera se quejó cuando la piel empezó a deshacerse y la sangre goteaba. Supongo que el dolor de haber matado a tu propio padre fue capaz de opacar todo lo demás.

Agarro su mano con cuidado, después cojo la otra y busco su mirada.

—Cuéntame qué se siente —pido en un susurro.

Suspira y aparta la mirada. Estoy segura de que va a alejarse de mí cuando empieza a hablar.

—Primero es un latigazo que te roba el aire, luego la carne se abre, se hunde, como si alguien estuviera deshaciéndola desde dentro. No es como una quemadura normal. Ese ácido no arde…, devora. La piel no tiene tiempo de defenderse, no hay reflejo que la salve. Primero sientes cómo la superficie se vuelve blanda y en segundos empieza a disolverse capa a capa. No es solo el dolor, es la sensación de que el propio cuerpo se rinde, que la carne se

derrite sin resistencia. No se detiene ahí, sigue avanzando, sigue mordiendo, como si quisiera tragarse todo lo que toca. —Se calla un segundo y toma una respiración profunda—. Lo peor es que no deja cicatrices bonitas ni historias heroicas. Solo una marca permanente que te recuerda, todos los días, que algo capaz de borrar cuerpos también puede destrozar partes de ti.

Lo observo en silencio. De Santis, el tarado impulsivo, el hombre arrogante que jamás duda, el que siembra caos y terror allá por donde pasa, pero ahora no. En este momento sus hombros están tensos; su respiración, contenida; su mirada, perdida en algún lugar donde yo no puedo alcanzarlo. Hay algo roto detrás de esos ojos. Algo que intenta ocultar, pero que vibra entre nosotros como electricidad.

Siento el impulso absurdo de abrazarlo, de decirle que no tiene que cargar con todo él solo. Pero no lo hago. No puedo. Aun así, esta versión suya me arrastra. Me atrae. Me obliga a verlo distinto. Vulnerable. Humano. Y eso es lo más peligroso de todo.

—Muéstramelo —pido con hilo de voz.

Luca niega con la cabeza y está a punto de alejarse; no obstante, lo sujeto con más fuerza.

—No quieres verlo, Bianca. Es desagradable.

—Deja que sea yo quien lo decida.

Vuelve a negar y se aparta de mí. Empuja el brazo del camarero hasta que queda completamente sumergido en el ácido y después le coloca la tapa. Exhala con fuerza y masculla una maldición.

—¿Por qué nunca soy capaz de negarte nada? —murmura, creo que para sí mismo, pero puedo escucharlo a la perfección.

Aún de espaldas a mí, intuyo que se está quitando los guantes. Me mantengo inmóvil, casi sin respirar, hasta que se da la vuelta, regresa a mi lado y levanta ambas manos. Creí estar preparada para

verlo, pero no es así.

Las manos que siempre parecían fuertes y seguras ahora son otra cosa. Piel quemada. Marcada. Dura y frágil al mismo tiempo. No son monstruosas; sin embargo, tampoco son las manos de un hombre intocable. Sus cicatrices cuentan una historia de dolor y tragedia.

Me quedo sin aire. No de horror, no de pena. De algo mucho más incómodo. Algo que me aprieta el pecho porque, por primera vez, veo a Luca De Santis sin su máscara. Sin poder. Sin control. Solo él y esas manos que le recuerdan que incluso los que se creen dioses sangran. Lo odio por hacerme sentir esto, y lo deseo por lo mismo.

Deslizo el dedo índice por la palma de su mano con extrema lentitud. Luca cierra los ojos y contiene la respiración.

—¿Duele? —pregunto, deteniéndome.

Niega con la cabeza y tensa la mandíbula con fuerza.

—No, es agradable —sisea entre dientes.

Se me escapa una sonrisa y sigo recorriendo su mano con las puntas de los dedos. Siento la piel dura y tensa. Es áspera, irregular, con zonas gruesas y otras finas. No hay suavidad, solo rigidez. La superficie está caliente, seca, con pequeños relieves que se notan bajo los dedos. Cuando aprieto un poco, no cede. Parece frágil y resistente al mismo tiempo.

Termino con una y después paso a la otra. No dejo ninguna cicatriz ni marca sin acariciar. Después de unos minutos en absoluto silencio, ya siento como si las conociera de toda la vida, cada porción de piel, cada arruga y pliegue áspero y suave a la vez. Alzo su mano y la acerco a mi rostro. Ladeo un poco la cabeza y deposito un beso suave en la palma.

Luca abre los ojos de golpe y su garganta se mueve con

violencia al tragar saliva.

—Tampoco está tan mal —digo, esbozando media sonrisa.

Sus ojos azules brillan. Desliza el dedo pulgar sobre mi labio inferior y vuelve a negar con la cabeza.

—No sabes lo que acabas de hacer, ¿verdad? Ahora ya no podré volver a tocarte de ninguna otra forma que no sea así, piel con piel.

La intensidad de su mirada me quema, me desgarra de dentro hacia fuera, como un volcán de lava ardiente recorriendo mis entrañas. Mi respiración se descontrola. No estoy segura de si es por lo que he hecho o por lo que él acaba de decir.

—No voy a quejarme —suelto sin poder evitarlo.

Luca deja escapar una risa corta, pero no hay diversión en ella. Es más bien incredulidad. Me observa como si no terminara de creer que estoy aquí, tocando así, como si fuese lo más natural del mundo, algo que él siempre ha odiado de sí mismo.

Sus dedos tiemblan un segundo antes de enredarse en mi pelo. Se acerca un poco más, lo suficiente como para que sienta su aliento, para que note la tensión en sus hombros, para que me dé cuenta de lo mucho que se está conteniendo.

—Tienes algo de mí que nunca nadie ha tenido antes, Diavuletta —susurra contra mis labios.

Lucho contra mi propia mente. Sé que lo que estoy haciendo, que lo que estoy sintiendo no está bien. Se supone que Luca solo es un peón más en mi tablero de ajedrez. Me casé con él porque sabía que él nunca se doblegaría ante mi padre. Era el mal menor, el efecto colateral, y hasta este preciso momento nunca me había sentido culpable por ello. La razón me dice que, sea lo que sea que estoy sintiendo, tengo que detenerlo cuanto antes, pero su mirada… ¡Maldita sea! La forma en la que me mira solo me hace desear abrazarlo y pedirle perdón por utilizarlo en esta lucha que no le

pertenece.

Esta vez soy yo quien traga saliva con fuerza y hago lo posible por contener las lágrimas que pugnan por salir de mis ojos. Sigo prendada de su mirada. Una de sus manos sostiene mi nuca y la otra está anclada en mi cintura. Esas manos que solo yo puedo ver y sentir, que de alguna forma las siento mías. Exhalo profundamente y rodeo su cuello con los brazos. Su frente roza la mía. No me besa, no me empuja, no hace nada más. Y, aun así, siento que acabo de cruzar una línea de la que ya no hay vuelta atrás.

—Bésame —pido.

Su boca cae sobre la mía como una jodida apisonadora, aplasta mis labios, hunde la lengua entre ellos y me estrecha contra su cuerpo como si estuviese dispuesto a que nos fusionáramos. Apenas soy capaz de seguirle el ritmo. Gimo en su boca cuando tira de mi pelo hacia atrás. Rompe nuestro beso y me mira con fuego en los ojos.

—Puedo llevarte a casa y follarte en la cama, o usar la carrocería de tu bonito Ferrari. Tú decides —dice con la respiración alterada.

Echo un vistazo al coche. Está justo ahí. Esbozo una sonrisa traviesa y muerdo su labio inferior.

—Si lo rayas, me comprarás otro, y lo quiero amarillo.

—Hecho —gruñe, volviendo a cubrir mi boca con la suya.

Capítulo 51

Luca

Su piel es cálida, suave, viva. Me doy cuenta de cuánto me había acostumbrado a no sentir nada. Hundo los dedos en su cintura y la alzo para colocarla sobre el capó del coche.

No estoy acostumbrado a esto, cercanía real, a notar cada respiración en la yema de mis dedos. Es extraño, casi incómodo al principio, como si mi cuerpo no supiera qué hacer con algo tan simple, pero no quiero soltarla. No puedo. Su piel responde, se tensa, se estremece bajo mis dedos. Y aquí estoy yo, con las manos que siempre han destruido, tocando algo que no quiero dañar, algo que, por primera vez en mucho tiempo, me hace sentir humano. No hay dolor aquí. No hay violencia.

Me aferro a sus caderas, a su espalda, a su cuello, y no quiero soltarla. Es como si todo el mundo desapareciera y solamente existiéramos nosotros dos, piel con piel, sin secretos, sin máscaras. No quiero volver a cubrirme nunca más las manos porque ahora sé lo que es tocarla de verdad y nada volverá a ser suficiente si no es así.

«Entiendo que desearías haberte casado con una mujer similar en carácter a Ilenia o a tu madre, una esposa sumisa, obediente e invisible que te esperara en casa con una sonrisa y las piernas abiertas… Yo nunca voy a ser esa mujer. Ni sumisa ni obediente ni invisible, y lo de las piernas… Si me das a elegir, prefiero que dos manos fuertes me las abran».

—Tenías razón —digo con la respiración acelerada—. Lo más conveniente para mí sería haberme casado con una mujer como Ilenia. Eres irritante, provocadora y acabas con la poca paciencia que tengo… —Agarro sus muslos con fuerza y los separo, dejando sus bragas de encaje negro a la vista—. Pero no deseo a nadie más que a ti, Diavuletta.

—Odio que me llames así —susurra mientras me acomodo entre sus piernas abiertas.

Esbozo una media sonrisa y me encojo de hombros.

—Lo sé. —Deslizo el dorso de la mano por su monte de venus, sintiendo la rugosidad del encaje en mi piel—. Yo odio que actúes como si no estuvieses deseando en todo momento tenerme cerca, olerme, saborearme, sentirme dentro de ti, porque ambos sabemos que es mentira.

—Deja la charla para otro momento, ¿quieres? —dice, inclinándose hacia delante para alcanzar mi cinturón.

Lo desabrocha, después el botón y la cremallera. Cuando baja la cinturilla del pantalón, liberando mi erección, la agarra en su puño cerrado y sonríe de oreja a oreja.

—El apodo es apropiado. Eres una pequeña diablilla —mascullo entre dientes mientras su mano se mueve de arriba abajo en mi polla.

Desliza el pulgar por la punta, recogiendo un par de gotas de líquido preseminal, y se lleva el dedo a la boca. La forma en la que

sonríe casi hace que me corra de puro gusto. ¿Una mujer como Ilenia? No, ninguna estaría a su altura. ¿Para qué quiero una esposa aburrida y sumisa? La quiero a ella, para siempre. No debajo de mí ni detrás; la quiero a mi lado, como una igual. Me importa una mierda lo que digan los demás, las costumbres y tradiciones. Mataré a cualquiera que intente impedírmelo. Algún día me convertiré en el jodido rey de la costa este y ella será mi reina.

Intenta agarrar de nuevo mi polla, pero la empujo y hago que se tumbe sobre la carrocería. Si vuelve a tocarme, es posible que no logre contenerme. Sería vergonzoso correrme en su mano como un puto adolescente. Además, conociéndola, seguro que estaría burlándose de mí por ello hasta el día de mi muerte.

Coloco las manos en una de las tiras laterales que sujetan el tanga a su cintura y, con un tirón brusco, esta se rasga, después hago lo mismo con la otra y se lo quito. Me lo guardo en el bolsillo trasero del pantalón y esbozo una sonrisa ladeada sin dejar de mirar su carne húmeda y rosada. ¡Es preciosa, joder! Y mía, solo mía.

—Estás empapada por mí, ¿verdad? —pregunto, deslizando el dorso de los dedos por su centro sin llegar a profundizar. Por primera vez puedo sentir el calor que desprende, y eso me pone aún más duro si es posible.

Bianca gime y se retuerce con los ojos cerrados.

—Sigues charlando, Luca —se queja.

Sonrío de nuevo, negando con la cabeza. No, nunca la cambiaría por otra menos… Menos Bianca. A pesar de que me vuelve loco la mayor parte del tiempo, me encanta que sea tan peleona, que no me dé la razón si cree que no la tengo, que discuta conmigo y luche a muerte por sus propias convicciones. La quiero tal como es.

Mi mano se queda quieta y contengo la respiración. «La quiero», aún no sé cómo ni de qué manera, pero eso es lo que siento. Es

posible que esté confundiendo el deseo con algo más, pero no lo creo. Esta sensación que me invade el pecho cada vez que la tengo cerca, que la toco, que la beso… Es mucho más que deseo. Contra todo pronóstico, y en contra de mi propia voluntad, me he enamorado de mi esposa.

Carraspeo y sacudo la cabeza de un lado a otro. Al mirarla, me doy cuenta de que me observa con el ceño fruncido, ajena al enorme descubrimiento que acabo de hacer. No puedo evitar preguntarme si ella siente lo mismo. Sé que, si se lo pregunto ahora, no obtendré una respuesta. No, Bianca no es el tipo de mujer que habla sobre sus sentimientos. Además, no creo que este sea el momento adecuado, y apuesto a que ella tampoco.

—¿Impaciente? —pregunto, haciendo verdaderos esfuerzos para que no se note cómo me tiembla la voz.

La sonrisa arrogante que esboza me hace augurar que su respuesta no va a ser de mi agrado.

—Tanto que, si no me follas de una maldita vez, saldré ahí fuera y le pediré al primer hombre que encuentre que termine lo que tú has empezado.

Me abalanzo sobre ella con rabia. Con una mano rodeo su cuello y con la otra aprieto su sexo, hundiendo dos dedos en su interior de golpe. Bianca suelta un pequeño grito agudo y cierra los ojos.

—Mírame —gruño, apretando un poco su garganta, lo suficiente para amenazarla, pero sin privarla de aire. Sus ojos se abren, verdes, chispeantes y llenos de vida—. No quiero oírte hablar de la posibilidad de que otro hombre pueda tocarte; no quiero oírtelo decir ni en broma. —Hundo un tercer dedo en su interior y los retuerzo, arrancándole un nuevo jadeo—. Tu coño me pertenece, tu cuerpo… —Ejerzo más presión en su garganta y sus ojos se abren como platos—. Tu respiración, cada jodido latido de tu corazón. Eres

mía y de nadie más.

—Luca… —susurra sin aliento.

Aflojo un poco el agarre en su garganta, para que pueda volver a respirar, y saco los dedos de su interior. Cojo mi polla y restriego la punta por sus pliegues empapados.

—Eso es. Luca, ese es mi puto nombre y el único que volverá a salir de tu boca. —Me detengo justo en su entrada y la sujeto por la barbilla, hundiendo el pulgar en su boca. Sin necesidad de ordenárselo, Bianca lo succiona con ganas—. ¿Ves cómo sí puedes ser una buena chica? —Detiene el movimiento de su boca y me lanza una mirada poco amigable—. ¿Esto es lo que quieres? —pregunto, adentrándome en ella un par de centímetros.

Saco el dedo de su boca y esparzo su saliva por el labio inferior.

—Te estás pasando —se queja, aunque enseguida gime cuando, con un empellón brusco, me clavo hasta el fondo.

—¿Qué decías? —pregunto, conteniéndome para no repetirlo de nuevo.

—Te odio, De Santis —gruñe entre dientes.

Me inclino sobre ella y, sujetándola por la nuca, pego mi frente a la suya y me retiro despacio. Bianca exhala con fuerza y su aliento baña mi rostro. Su olor floral aturde mi alterado cerebro. Ese olor es una jodida droga que no quiero dejar. Teniéndola así, tan cerca, no puedo evitar pensar que ella es todo lo que necesito para sentirme completo. Haré cualquier cosa que me pida, cualquier cosa que desee mientras pueda mantenerla a mi lado.

—No es cierto —susurro contra sus labios. Abre los ojos y su mirada me desarma por completo. Sé que, después de esto, ya no habrá vuelta atrás. Estoy a punto de bajar todas mis defensas, y solo espero que ella sepa valorarlo, porque si me falla, si me traiciona…, no creo que logre superar algo así—. Me amas, pero aún

no estás lista para tener esta conversación —digo justo antes de embestirla de nuevo con fuerza.

En solo unos segundos nos convertimos en verdaderos animales salvajes. La follo con dureza, tan fuerte que me veo obligado a sujetarla por las caderas para que no se deslice por la superficie de la carrocería. Bianca gime y jadea con cada empellón. Cuando noto que está a punto de correrse, la embisto aún con más fuerza si es posible y sigo moviendo las caderas de delante hacia atrás.

Un grito ronco rasga su garganta y todo su cuerpo tiembla. Su espalda se arquea en el preciso instante en el que un latigazo de placer recorre mi columna. Solo entonces me libero, derramándome en su interior. El orgasmo dura segundos que parecen horas, y, cuando el placer remite, caigo a plomo sobre ella, con el rostro en su cuello y aún profundamente enterrado en su coño.

Poco a poco, nuestras respiraciones se van ralentizando. Siento cómo la mano de Bianca se mueve en mi espalda, recorre mi hombro con una leve caricia y sube por mi cuello hasta llegar a la cabeza. Sus dedos crean una especie de remolinos en mi pelo húmedo por el sudor. Alzo la cabeza y busco su mirada.

—Han sido treinta segundos muy intensos —dice en tono burlón.

Río por la nariz y niego con la cabeza. Solo ella podría soltar un comentario como ese después de lo que acabamos de hacer.

Cojo una de sus manos, la que no está jugueteando con mi pelo, y la sostengo con cuidado, sintiendo la suavidad de su piel sobre la mía. Me sigue pareciendo mentira que no le resulte asqueroso ni incómodo tocar las cicatrices de mis quemaduras. Uso el pulgar para repasar las líneas de su palma y sigo descendiendo hasta el interior de la muñeca. Leo en voz alta la palabra que tiene tatuada.

—*Furza.* ¿Por qué te lo…? —dejo la pregunta a medias cuando bajo la tinta noto una rugosidad.

Frunzo el ceño y vuelvo a repasarlo con el dedo. Es una cicatriz, o más bien varias. Alzo su mano para ver mejor la zona. Son varias líneas juntas, como si fuesen cicatrices de… ¿cortes? Bianca parece darse cuenta de lo que estoy mirando y enseguida intenta alejar la mano. No se lo permito. Me aparto un poco de ella y agarro su otra mano. Bajo la palabra *curaggiu* tiene las mismas cicatrices.

Busco su mirada sin poder pronunciar lo que se me está pasando por la cabeza. Esos cortes no pueden ser accidentales. Pero, conociendo a Bianca, ella no sería capaz de… No, es imposible. La mujer que yo conozco es valiente y luchadora. Jamás pensaría siquiera en la posibilidad de renunciar a su propia vida.

—Déjame —pide, tirando de sus manos.

—¿No vas a explicármelo? —Niega con la cabeza y aparta la mirada—. Bianca, esos cortes no han sido accidentales, ¿verdad?

Suspira y vuelve a mirarme. Enseguida noto el cambio. La chica cariñosa y juguetona, que hace solo un instante estaba acariciando mi cabello, ha desaparecido por completo. En su lugar, solo hay una mujer dura y fría, como cada vez que intenta protegerse de algo. Bianca tiene su propia coraza. Yo uso los guantes a modo de máscara, ella el sarcasmo y la indiferencia.

—No tengo nada que explicarte. —Me empuja por los hombros para intentar bajarse del coche, pero no la dejo.

—Solo contesta a mi pregunta. ¿Fueron accidentales?

Bufa con fuerza y se acomoda el cabello rubio con los dedos.

—Ya lo sabes, Luca. Solo quieres que te lo confirme.

—¿Lo estás haciendo? —Se encoge de hombros, como si no estuviese confesando que ha intentado suicidarse en algún momento de su vida.

—¿Puedes apartarte ya? Me gustaría irme a casa.

—¿Por qué? —pregunto, ignorando su comentario.

Vuelve a bufar y me empuja por los hombros; sin embargo, no me muevo ni un centímetro.

—A veces, solo… no ves salida. Todo pesa, todo duele, y te convences de que desaparecer es más fácil que seguir peleando. No es racional, no es valiente, y tampoco cobarde. Es solo estar cansada. Exhausta. Creer, aunque sea por un segundo, que no hay otra manera.

Enmarco su bello rostro con ambas manos y la obligo a mirarme.

—Siempre hay otra manera, Bianca.

—Lo sé, pero a veces, para salir adelante, tienes que renunciar a partes de ti que te gustan y abrazar otras que odias. Cuando entendí eso, y estuve dispuesta a hacerlo, supe que jamás debí intentar esa locura.

Inspiro hondo por la nariz. Podría seguir presionándola para que me cuente qué fue exactamente lo que la llevó a tomar esa decisión, pero sé que no voy a conseguir sacarle nada más.

—Me alegra que lo tengas tan claro porque no voy a permitir que vayas a ningún lado. Pasarás el resto de tus días conmigo, Diavuletta.

—Eso ha sonado a amenaza —comenta, arqueando una ceja.

—Es una promesa.

Capítulo 52

Luca

Diez semanas después

Mi cerebro, aún a medio despertar, tarda unos segundos en asimilar qué es lo que está pasando. Estoy tumbado en la cama, con Bianca sobre mí, y su mano está envolviendo mi erección. Pestañeo rápido, estiro la mano para alcanzar el interruptor de la lámpara y enciendo la luz.

—¿Bianca? —la llamo, aunque estoy casi seguro de que no me escucha.

—Vamos a jugar —susurra, y su mano se aferra con más fuerza a mi polla.

Chasqueo la lengua y le sujeto la muñeca para apartarla de mi entrepierna.

—Estate quieta. No es hora de jugar. —Consigo sacar su mano del interior de mi bóxer y enmarco su rostro con las manos. Tiene los ojos abiertos, pero no parece verme—. Sigue durmiendo. Aún es temprano.

—Vamos a jugar —repite.

—No. Jugaremos después; ahora, duerme. —Tras insistir un par de veces más, logro que se relaje y se tumbe a mi lado. La atraigo a mi costado y dejo que su cabeza descanse sobre mi pecho.

—No se lo digas a nadie —masculla con voz somnolienta.

Se me escapa una sonrisa.

—Descuida, tu secreto está a salvo conmigo.

En solo unos segundos, su respiración se vuelve pesada. Intento seguir durmiendo, pero ya no soy capaz de hacerlo. Me quedo mirando el techo, sosteniéndola contra mi cuerpo, acariciando su brazo y su hombro con la punta de los dedos.

Durante estas últimas semanas ya me he acostumbrado a su sonambulismo. La mayoría de las veces se pone en modo pervertido, como hoy; otras, solo deambula por el dormitorio, diciendo cosas sin sentido hasta que la traigo de vuelta a la cama.

Bianca ha querido regresar a su habitación muchas veces por ese motivo, aunque yo no se lo he permitido. En realidad, tuvimos una gran pelea cuando volvimos de nuestra cita fallida. A mi esposa no le hizo demasiada gracia descubrir que todas sus cosas habían sido trasladadas a mi habitación. Esa noche se encerró en su dormitorio a modo de protesta, o lo que sea que quisiera demostrar. Me importó una mierda, ya que, a la mañana siguiente, ordené que se llevaran todos los muebles, incluyendo el colchón. Ahora ya no tiene a dónde huir. Su lugar está a mi lado, en mi cama.

Antes de que el despertador suene, salgo de la cama sin hacer movimientos bruscos para no despertarla. Me doy una ducha rápida y, tras vestirme, regreso al dormitorio. Bianca sigue dormida, bocabajo, vestida con uno de esos jodidos camisones que me vuelven loco.

Me siento en el borde de la cama y aparto un mechón rubio de

su frente. ¿Cómo es posible que lleve más de dos años casado con esta mujer y hasta hace poco no me había fijado en lo maravillosa que es? Sí, es cierto que sigue siendo cabezota, descarada y caprichosa en muchos aspectos, pero esas partes de ella son las que la hacen tan especial. Suspiro y, tras acercar la nariz a su cuello para inhalar su perfume, deposito un beso fugaz en lo alto de su cabeza antes de levantarme. Estoy a punto de irme cuando la escucho decir mi nombre. Me giro de inmediato.

—¿Dónde vas? —pregunta, pestañeando rápido para enfocar la vista.

—Tu padre quiere que me reúna con él. Sigue durmiendo.

Mi respuesta parece espabilarla de golpe. Se incorpora rápido y estrecha la mirada sobre mí.

—Puedo acompañarte.

—No es necesario. Mejor quédate aquí y prepara todo para el intercambio que tenemos pactado con los mexicanos. Necesitamos encontrar un lugar seguro cuanto antes. Estamos perdiendo dinero.

Asiente y me acerco de nuevo a la cama. Me inclino sobre ella y aplasto mis labios contra los suyos. Es Bianca quien rompe el beso, empujándome por los hombros.

—¿No te marchabas ya? —inquiere con la respiración acelerada.

—Pídemelo y volveré a meterme en la cama contigo.

Sonríe y arquea una ceja con diversión.

—¿Y qué pasa con mi padre?

—Le diré que no puedo asistir a nuestra reunión porque debo satisfacer las necesidades sexuales de su hija. Estoy seguro de que lo entenderá. Un hombre tiene prioridades.

Me empuja de nuevo por los hombros, negando con la cabeza.

—Lárgate de aquí, idiota.

—¿Sabes? Me encanta que seas tan cariñosa conmigo —comento

en tono sarcástico mientras me alejo caminando de espaldas hacia la puerta.

—Por supuesto, por mi maridito lo que sea —responde en mi mismo tono.

Río y sacudo la cabeza de un lado a otro.

—Aún es temprano. Duerme un rato más antes de ponerte a trabajar.

—¿Vincenzo se va contigo? —Niego con la cabeza y ella hace una mueca de disgusto—. Entonces, sí que me quedaré un rato más en la cama.

—Pórtate bien con él. Lo está intentando. No está acostumbrado a que una mujer lo supere en inteligencia; al menos, no en lo que se refiere a nuestros negocios.

—Tampoco es tan difícil.

—Bianca… —siseo a modo de advertencia.

Pone los ojos en blanco y se deja caer de espaldas sobre el colchón.

—Sí, lo sé. No está bien herir el ego del imbécil de tu hermano. —Antes de que vuelva a advertirla, me mira y esboza una sonrisa traviesa—. Es broma. Podré superarlo. Ahora, vete y déjame dormir.

—Recuerda que esta noche cenamos con mi familia.

—¡Genial! Aún no ha empezado el día y ya me lo has estropeado. ¡¿Quieres largarte de una maldita vez?!

Suelto una carcajada y abandono la habitación mientras la escucho maldecir en voz baja.

Tengo la esperanza de que, en algún momento, mi esposa empiece a relacionarse con el resto de mi familia de otra manera que no sea a base de discusiones y peleas estúpidas. Por el momento, hemos acordado que cenaremos con ellos dos veces por semana. No se puede decir que hasta ahora esté teniendo éxito en

mi propósito. Mi madre y ella suelen ignorarse la mayor parte del tiempo, pero al menos Vincenzo empieza a aceptar que trabaje con nosotros. Tampoco es que le haya dejado otra opción. Hemos discutido al respecto, pero, como cabeza de familia, la última palabra es la mía. Además, mi caprichosa y malcriada mujer ha resultado ser una cajita de sorpresas. Se le da bien crear nuevas rutas de transporte para nuestras mercancías.

Ahora que los federales nos están atosigando más que nunca, nos vienen bien las ideas que aporta, casi siempre acertadas. Tiene la frialdad necesaria para pensar con claridad, incluso en los momentos más tensos, y ese es un atributo que ni Vincenzo ni yo poseemos. Gracias a ella, hemos logrado esquivar redadas policiales e intervenciones federales en más de una ocasión.

Cuando estoy a punto de salir de casa, soy interceptado por Vincenzo.

—Buenos días, hermano —saludo, ajustándome la pistola en la cinturilla del pantalón—. ¿Hay alguna novedad sobre Kincaid? Han pasado más de dos meses y aún no sabemos si es él quien nos está jodiendo.

—No. Sigo vigilándolo, pero apenas sale de su casa. Es extraño porque hasta hace solo unos meses viajaba constantemente a Europa y, sin embargo, ahora no se mueve.

—Tal vez sepa que lo estamos siguiendo.

—Es posible. Me estoy centrando bastante en averiguar qué es lo que hacía en Europa. Esos viajes son, como poco, muy raros.

—¿A qué te refieres? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Por lo que he podido enterarme, viajaba solo a París, otras veces a Berlín, Madrid, Londres, Lisboa… Lo curioso es que no he encontrado indicios de que se reuniera con alguien en esos viajes relámpago. Solo se quedaba en un hotel durante dos o tres días, a

veces algo más, y después regresaba a Atlantic City.

—Quizá tenga una amante o algo así y la visite en esos hoteles —comento en broma.

—No descarto esa posibilidad. Seguiré investigándolo.

—Hazlo, yo tengo que irme ya.

—¿Vas a reunirte con Rossetti? —Asiento—. ¿Por qué no te llevas a tu esposa?

—Porque ella tiene trabajo pendiente aquí. Quiero que la ayudes a encontrar un lugar seguro para el intercambio con los mexicanos. Necesitamos esa heroína cuanto antes y ellos las armas.

—¿Hablas en serio? —Bufa, negando con la cabeza. Por supuesto, no está contento con mi decisión, para no variar—. Luca, una cosa es meter a esa mujer en negocios menores, o mostrarle un mapa y dejar que trace una ruta. Admito que se le da bien pensar bajo presión y, por algún motivo, evita la mayoría de las redadas de los federales, pero hacerla partícipe de una operación tan importante como el intercambio con los mexicanos… Es una maldita locura, y lo sabes. No solo depende de nosotros. Esta operación es a gran escala. Ningún Don estará de acuerdo en que una mujer se implique en ella.

—¿Crees que no puede estar a la altura? Ha demostrado…

—¡¿Qué?! —me corta, alzando la voz. Le lanzo una mirada de advertencia, que él ignora, y vuelve a resoplar—. ¡¿Qué demonios es lo que ha demostrado?! Hasta hace solo un par de meses no se te habría ocurrido meterla en los negocios de la organización.

—Pues ahora sí. Es mi maldita decisión, Vincenzo —siseo entre dientes.

—Sabes que la lealtad de una mujer no se mide en lo bien que la chupa, ¿verdad?

Me abalanzo sobre él y lo agarro por la camisa.

—Respeta a mi mujer —escupo contra su rostro.

Alza ambas manos y aparta la mirada. Lo suelto con un empujón, aunque sigo planteándome la posibilidad de darle un jodido puñetazo en la boca por lo que acaba de decir.

—Tú eres el jefe, Luca. Únicamente espero que no te estés equivocando —masculla antes de dar media vuelta y marcharse cabreado.

Respiro hondo para tratar de tranquilizarme y hundo los dedos en mi pelo. Puedo entender que mi hermano no confíe en Bianca, hasta hace poco ella era solo la hija de Rossetti, el mismo hombre al que pretendo despojar de su territorio, pero él no la conoce como yo. Estoy seguro de que jamás me traicionaría.

Capítulo 53

Bianca

Observo cómo el pequeño demonio da un golpe tras otro al enorme saco de boxeo. Está sudado, sin aliento y probablemente exhausto, pero el muy cabezota no se rinde.

—Elmo, déjalo ya —digo, negando con la cabeza.

Se detiene y me mira, respirando de manera agitada.

—Le he dado doscientas veces.

Pongo los ojos en blanco. El chico, aparte de insistente, también es exagerado. Me pregunto a quién habrá salido.

—Lo que tú digas. Bebe agua y descansa. Lo que menos me apetece es tener que soportar las quejas de tu padre si te desmayas por deshidratación.

El crío se encoge de hombros y pasa por mi lado caminando de forma chulesca. Es igualito a su tío. La misma sonrisa ladina, la misma mirada perdonavidas… Si es que mirar a Elmo es como ver una versión en miniatura de mi marido.

Mientras el crío se vacía una botella de agua casi sin respirar, echo un nuevo vistazo en dirección a la puerta. Romeo no ha

aparecido en el gimnasio. Últimamente quedamos sobre el mediodía porque por las mañanas suelo estar en el despacho de Luca, ayudándolo con lo que me pida. Hoy, sin embargo, me ha tocado compartir varias horas junto a su hermano y, cuando le pregunté dónde estaba mi amigo, me respondió con un gruñido: «Trabajando». Apuesto a que está vigilando a Ryan. Ese es el puesto que le han asignado estas últimas semanas. Pobre idiota. Por suerte, el resto del tiempo me ignoró por completo. Lo prefiero así. Evito peleas y discusiones innecesarias.

Le he prometido a Luca que intentaré llevarme bien con su familia, pero a veces no me lo ponen nada fácil. Entre las provocaciones de su madre y las pullas malintencionadas de Vincenzo, estoy llegando al límite de mi propia paciencia. Me muerdo la lengua constantemente y trato de no caer en su juego; no obstante, cada día me cuesta más contenerme. Me están buscando y, tarde o temprano, van a encontrarme. Espero que sea más tarde que temprano. Ahora mismo no me conviene crear un conflicto con mi marido. Al fin estoy logrando obtener más información sobre las operaciones de la Cosa Nostra. El contacto de Ryan en los federales los tiene atosigados con tantas redadas e intervenciones. Muchos miembros de la organización han sido detenidos y estamos consiguiendo que los cabezas de familia empiecen a dudar de la lealtad de mi padre. Solo necesitamos un golpe más, algo grande que acabe con su credibilidad de una vez por todas.

Elmo decide marcharse, así que tomo su relevo en el saco de boxeo. Cada puñetazo que suelto tiene dueño. Me imagino su cara cuando se dé cuenta de que ha perdido todo aquello por lo que ha luchado toda su vida. Sus propios amigos y socios serán los que lo despojen de ese poder del que tanto presume, y yo… Yo estaré allí, en primera fila, riéndome de su desgracia.

El sonido de mi teléfono móvil me obliga a detenerme. Me quito los guantes de camino a cogerlo. Cuando echo un vistazo a la pantalla y leo el nombre de Sarah, todas mis alarmas saltan. Enseguida atiendo la llamada.

—Hola, Bianca. Esta vez has sido rápida.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a mirar hacia la puerta del gimnasio. Elmo la ha dejado entreabierta.

—Me pillas sola, pero no puedo hablar demasiado. ¿Ocurre algo?

—Sí. Tu querido maridito acaba de llamarme. Ha conseguido el puerto.

Frunzo el ceño. ¿Mi padre le ha cedido el puerto, y todos los negocios que conllevan tenerlo, a Luca? ¿Por qué? ¿Qué es lo que le ha pedido a cambio?

—¡Genial! Tú ya tienes lo que querías, ahora solo falta que yo consiga lo que quiero.

—Estamos más cerca que nunca. Los rumores de traición no pueden acallarse con facilidad. Debe de estar desesperado para pedirle ayuda a De Santis.

—¿Ayuda para qué? —inquiero.

—No tengo ni idea. Tu marido no quiso darme explicaciones.

—Se acaba el tiempo. Dos semanas. Eso es todo lo que nos queda.

—Tal vez tú puedas sacarle algo más.

Escucho unas pisadas y contengo el aliento. En solo un par de segundos, Luca empuja la puerta y me mira desde el umbral.

—Lo intentaré, tía Sarah. Ahora tengo que dejarte.

—¿Es él? ¿Ha llegado ya?

—Sí, tía Sarah. Te llamaré mañana. Adiós. —Cuelgo la llamada justo cuando él está ya junto a mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, esbozando media sonrisa—. Te

he estado buscando por todos lados.

—Vine a descargar un poco de energía. Hasta hace un rato estaba aquí tu sobrino. —Me sujeta por la cintura y hunde el rostro en mi cuello—. Luca, ¿qué haces? Estoy sudada.

—Como si eso me importara. —Siento sus dientes rozando mi piel y un escalofrío me recorre la columna.

No entiendo cómo consigue que me sienta así con solo un roce. Cada día tengo que repetirme que Luca no es más que una pieza en mi plan, que yo tengo el control, que yo muevo los hilos. La mayoría del tiempo es así, pero en momentos como este, cuando me toca, cuando me besa…, todo cambia. Entonces, soy yo la que deja de mandar, la que se vuelve vulnerable, la que termina siendo suya, aunque no quiera admitirlo. Y lo odio por eso. Lo odio porque me desarma sin esforzarse. Porque me mira como si pudiera leerme, como si supiera con exactitud dónde tocar para romper todas mis defensas. Porque consigue que olvide quién soy, qué hago aquí y por qué empecé todo esto.

Carraspeo y lo aparto, empujándolo por los hombros. Él alza la cabeza sin dejar de sonreír. El muy cabrón sabe cómo me afecta y se aprovecha de ello. Sus manos siguen en mi cintura, apretando lo suficiente como para recordarme que tiene ese poder sobre mí.

—¿Cómo ha ido la reunión con mi padre? —pregunto.

—Excelente. El viejo está contra las cuerdas. ¿Sabes que Pietro Santoro ha decidido no seguir haciendo negocios con él?

Frunzo el ceño, aunque lo que más me apetece en este instante es reír a carcajadas. ¡Que les jodan! A mi padre y al hijo de puta de Santoro.

—¿Siguen pensando que él es el responsable de las filtraciones a la Policía? —Luca asiente—. ¿Tú también lo crees?

—Todo apunta hacia él. Sus negocios han sido los menos

perjudicados; todos los demás hemos sufrido pérdidas importantes. Además, ni uno de sus hombres ha sido detenido. Cuanto más cerca de su territorio, más afectados.

—Pero…

Inspira hondo por la nariz y se encoge de hombros.

—Si Maurizio Leone no tuviese dudas, a estas alturas ya lo habría juzgado y ejecutado por su traición. Sí, tu padre es el más beneficiado en todo esto, pero ¿por qué, entonces, acaba de pasar más de una hora pidiéndome ayuda para encontrar al culpable? Puede que alguien se la esté jugando.

—¿Quién puede ser esa persona?

—No tengo ni idea, pero más vale que aparezca cuanto antes porque no le auguro un futuro demasiado largo si sigue así.

—¿Vas a ayudar a mi padre?

Esboza media sonrisa y aparta un mechón húmedo de mi pelo con la punta de los dedos enguantados.

—He conseguido sacarle algo muy valioso a cambio de investigarlo. Lo que él no sabe es que ya lo estaba haciendo, pero no soy capaz de encontrar ninguna pista que me lleve al culpable.

El puerto y sus negocios, eso es lo que le ha sacado a mi padre. Podría preguntárselo, pero no quiero que nuestra conversación parezca un interrogatorio. Ya ha sido suficiente por hoy.

—Si es culpable, que pague por ello. No te ensucies las manos por él, Luca. No vale la pena —comento de manera casual.

—No lo hago por él. Aunque no sea tu persona favorita, es tu padre.

—Ya no llevo su apellido.

—Lo sé, y solo por eso estarás a salvo si deciden ejecutarlo, pero tu hermana no.

Eso es algo que ya tengo calculado, aunque, una vez más, me

sorprende que Luca piense en ello. ¡Mierda! Si en el fondo va a ser un buen tipo. Un tarado sin escrúpulos, pero buen tipo. ¿Eso tiene sentido?

—Por el momento, Rina está a salvo en el internado. Esperemos que esto se resuelva antes de que vuelva a casa.

—Sí, voy a poner a todos los hombres que no sean imprescindibles a trabajar en ello. Alguien tiene que saber algo. —Asiento y Luca desliza la mirada hacia mi vientre—. Por cierto, tu padre me ha preguntado cómo llevas el embarazo. Se me pasó decirle que pasas varias horas al día haciendo ejercicio como una loca.

—No necesita saberlo —comento sonriendo.

—No sería muy prudente si estuvieses embarazada.

Busca mi mirada y niego con la cabeza.

—No lo estoy —afirmo.

—No lo sabes. Puede que…

—No lo estoy, Luca —repito.

Por un segundo, su expresión cambia. Algo parecido a la decepción cruza su rostro antes de que vuelva a recomponerse. No voy a decirle que es imposible que me quede embarazada, que llevo tomando anticonceptivos desde los trece años, pero tampoco pienso alimentar esperanzas que no deberían existir. Lo del embarazo debía ser solo una obligación, una forma de llegar a mi padre; sin embargo, es evidente que para Luca no lo es. Solo un ciego no vería que él sí quiere un hijo de verdad, y yo ya cargo con demasiadas mentiras y engaños en mi paquete personal.

Capítulo 54

Luca

Echo un nuevo vistazo al reloj y resoplo con fuerza. Hace más de diez minutos que Bianca dijo que casi estaba lista, pero aún seguimos aquí y ya llegamos tarde a la cena.

—Juro que, como tardes un minuto más, iré a buscarte y te llevaré a rastras —gruño desde el dormitorio.

—Treinta segundos —grita.

Exhalo con fuerza porque sé que ni en broma va a tardar ese tiempo.

El sonido que emite su teléfono al vibrar sobre la mesita de noche llama mi atención. Me acerco y le echo un vistazo a la pantalla.

—Bianca, te está llamando tu tía —vocifero para que me escuche desde el baño.

Acepto la llamada en el justo momento en el que escucho cómo sus tacones repiquetean contra al suelo y se acerca corriendo. Mi esposa intenta quitarme el teléfono, pero lo aparto de su alcance y activo el altavoz. Casi me echo a reír al verla dar pequeños saltitos

para llegar a él. Es su castigo por hacerme esperar tanto tiempo.

—Bianca, ¿estás ahí? —pregunta una voz femenina al otro lado de la línea.

Se queda quieta y suspira.

—Sí, tía Sarah. Ahora mismo no puedo hablar —dice en voz alta mientras me fulmina con la mirada.

—Siempre dices lo mismo. Hace más de una semana que no sé nada de ti.

—Luca, dame el jodido teléfono —sisea en voz baja.

Se lo devuelvo y ella se aleja, llevándose el aparato a la oreja. Es curioso, creí que esta tarde en el gimnasio estaba hablando con su tía. Supongo que debí de entender mal.

Frunzo el ceño al verla moverse por la habitación. Hasta ahora no me había dado cuenta de que lleva puesto un vestido ajustado en color negro, con escote en forma de uve y tan corto que apenas le cubre los muslos. ¿Está preciosa? Sí. ¿Me ha provocado una erección instantánea? También, y ese es el maldito problema. No puede presentarse en una cena con mi familia vestida así.

Cuelga la llamada y se gira hacia mí.

—¿Nunca te han enseñado a respetar la intimidad de los demás, De Santis? Era una llamada privada —se queja.

—Me importa una mierda la llamada. ¿Qué demonios llevas puesto?

Su expresión cambia de inmediato, incluso su postura es relajada.

—Admítelo, la espera ha valido la pena —dice, sonriendo de manera burlona mientras desliza una mano por su cadera.

—¿Dónde crees que vas así? Tienes que estar bromeando.

Frunce el ceño y se cruza de brazos. El gesto hace que sus pechos se eleven, intentando escapar del encierro de la tela.

—Creí que te gustaba este vestido.

—Por supuesto que me gusta. De hecho, mi parte favorita es cuando te lo quito, pero no es apropiado para la ocasión. Mi madre no lo aprobará, y lo sabes.

Vuelve a sonreír de esa forma que me pone en alerta. Sea lo que sea que esté a punto de decir, estoy seguro de que no me va a gustar.

—El error es pensar que siento la necesidad de agradar a tu madre. Me importa una mierda lo que piense. No va a decirme cómo debo actuar o vestirme.

—Bianca, un poco de respeto —le advierto.

—Cuando ella me respete a mí, yo haré lo mismo. Créeme, solo la tolero porque te prometí que lo intentaría, pero mi paciencia tiene límites y la viuda De Santis sabe muy bien cómo sobrepasarlos.

Resoplo de nuevo y niego con la cabeza. A veces siento que estoy en medio de una maldita guerra de poder entre mi familia y mi esposa.

—¿Puedes cambiarte, por favor? Ya vamos a llegar tarde.

—No lo haré. Si quieres que te acompañe así, perfecto. En caso contrario, estaré encantada de pedir una *pizza* y pasar la noche viendo la tele.

Gruño de pura frustración. ¡¿Por qué es tan cabezota?! Solo intento evitar otro maldito conflicto.

—Sé razonable, Bianca —siseo entre dientes.

—Lo soy, pero si tú no le pones límites a tu madre y a tu hermano, en algún momento tendré que hacerlo yo, y no seré delicada.

—¡Maldita sea! Solo te pido que…

—¡¿Qué?! —exclama, alzando la voz—. ¡¿Qué es lo que me pides, Luca?! ¡¿Quieres que me convierta en Ilenia?! ¡Yo no soy así,

joder! Lo de poner la otra mejilla no va conmigo, y lo sabes.

—¿Sabes qué? Da igual. Ya llegamos tarde y no me apetece discutir. Al fin y al cabo, contigo siempre acabo perdiendo.

La muy perra sonríe de oreja a oreja.

—Al menos, asumes la derrota. Eso te honra, De Santis —se burla.

En solo un par de zancadas ya estoy junto a ella, la sujeto por la nuca y pego mi rostro al suyo.

—Cuidado, Diavuletta, mi paciencia también tiene límites y tú te estás acostumbrando a sobrepasarlos —siseo contra su boca.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —me desafía.

Rodeo su cintura con el brazo y la pego a mi cuerpo. Le muerdo el labio inferior y ella suelta un pequeño quejido que envía un latigazo de placer directo a mi polla.

—Creo que podemos llegar tarde unos minutos —susurro contra su boca.

Bianca me empuja por el pecho y niega con la cabeza.

—De eso nada, no he pasado más de media hora maquillándome para que lo arruines en treinta segundos.

«¿Ha dicho treinta segundos?». Frunzo el ceño y la sujeto por la nuca con fuerza.

—Retira eso —siseo entre dientes.

—¡Dios santo, Luca! Me refiero al tiempo que puedes tardar en arruinarme el maquillaje, no a cuánto duras en la cama. Tu masculinidad frágil es un tema que deberías tratar con un especialista. —Bufo con fuerza y niego con la cabeza.

—Te demostraré lo frágil que es mi masculinidad cuando volvamos. —Le doy un azote fuerte en el trasero y retrocedo un par de pasos—. Vámonos de una jodida vez.

La mirada que me lanza es de todo menos amistosa, pero decido

ignorarla. Camino hacia la salida, abro la puerta y hago un gesto con la cabeza para que pase delante de mí. Con un bufido, Bianca al fin obedece, aunque, al pasar a mi lado, la escucho mascullar en voz baja lo que parece ser algo así como: «Tarado, hijo de perra». Salgo tras ella y la azoto de nuevo a modo de castigo.

—Vuelve a hacer eso y…

—Sigue caminando, Diavuletta. Solo sigue caminando —ordeno divertido.

Bianca

Dicen que tomar una copa de vino al día es bueno para la salud, favorece el riego sanguíneo, te ayuda a relajarte… Bueno, en eso último estoy de acuerdo, de no ser por la botella que casi me he terminado, dudo que pudiese sobrevivir a una cena familiar en la que mi suegra y mi cuñado se han propuesto sacarme de mis casillas. Aunque soy muy consciente de que el alcohol es un arma de doble filo en esta situación. Relaja, sí, pero también desinhibe, y ahora mismo necesito controlarme o terminaré haciendo alguna locura.

Estoy a punto de empezar a beber agua cuando noto la mano de Luca sobre mi muslo.

—Deja ya el vino —susurra para que solo yo pueda escucharlo.

Lo fulmino con la mirada. ¿En serio? Apenas he abierto la boca en toda la noche. Me estoy conteniendo lo mejor que puedo mientras su madre no deja de provocarme con sus comentarios. Esbozo una sonrisa arrogante y, tras alcanzar una nueva botella, me sirvo otra copa generosa justo delante de sus narices. Él niega con la

cabeza, aunque no me lo impide y tampoco dice nada cuando sigo bebiendo. Ahora ya no lo estoy haciendo para relajarme, es por pura cabezonería. ¿Cuándo he pasado de controlar la situación a actuar por impulso? Me temo que mi marido está siendo una mala influencia.

Las conversaciones se siguen sucediendo en la mesa. Elmo hace ya un buen rato que se ha ido a la cama y, aunque he querido marcharme también nada más terminar el postre, a mi querido maridito se le ha ocurrido que era una buena idea ponerse a charlar con su madre sobre la misa que van a hacer el próximo mes para rememorar el fallecimiento de Donato De Santis. Por supuesto, va a ser una celebración muy íntima a la que solo sus parientes más cercanos asistirán. Donato murió como un traidor y para el resto de la organización es como si nunca hubiese existido.

—¿Podemos irnos ya? —le pregunto a Luca cuando me parece que ya se han puesto de acuerdo en todos los detalles.

Como siempre, mi esposo ha aceptado todas las condiciones que su madre ha impuesto. Ya es normal que no le niegue nada, sin embargo, cuando el tema tiene que ver con su padre, directamente se convierte en un títere. Stella sabe a la perfección que él se siente culpable por haberlo matado y se aprovecha de ello, aunque es verdad que puede que no lo haga de forma consciente. Desde luego, perder a tu marido como ella lo hizo y a manos de tu propio hijo debe de destrozar a cualquiera.

—Aún no hemos terminado —responde ella antes de que Luca pueda decir algo.

Lo miro, buscando apoyo, pero él solo niega con la cabeza. No va a enfrentarse a su madre. Suelto un bufido y me termino la copa de vino de un trago. Tengo la sensación de que la noche no va a acabar bien.

—¿Te estamos aburriendo, Bianca? —suelta mi cuñado. Él también se ha dedicado a beber vino más que a comer.

Mi primera reacción es darle una respuesta cortante, pero, tras respirar hondo, esbozo una falsa sonrisa y niego con la cabeza.

—En absoluto, solo estoy cansada —respondo.

—Deberías prestar atención, muchacha —interviene Stella—. Se supone que algún día serás la señora de la casa y tendrás que ocuparte de estos asuntos.

No respondo. Solo asiento con la cabeza y me contengo para no decirle que su marido lleva muerto ocho malditos años y el cabeza de familia es Luca, por lo que eso me convierte a mí en la jodida señora De Santis.

—No cuentes demasiado con ello, mamá —se mofa Vincenzo—. A Bianca le gusta más inmiscuirse en los asuntos de los hombres en vez de cumplir con sus obligaciones.

—Vin, es suficiente —le advierte Luca.

Pongo los ojos en blanco. Al menos ha salido en mi defensa, pero no bastará. Sé que Vincenzo no va a detenerse, hoy no. El alcohol lo ha envalentonado.

—Vamos, hermano, no te enfades. Solo digo que tu esposa no es precisamente… adecuada para dirigir esta casa.

—Déjala en paz —ordena Luca con frialdad.

—Ya que hablamos de comportamientos adecuados… —Mi suegra me mira con superioridad—. Yo elegiré tu ropa para la misa. No permitiré que aparezcas vestida como una…

—Le sugiero que piense muy bien cómo va a terminar esa frase —la interrumpo con una calma que no siento en absoluto.

Noto cómo me hierve la sangre. La rabia me sube con fuerza, pero respiro hondo y me obligo a no explotar. Si no salgo de aquí pronto, juro que voy a asesinar a mi jodida suegra.

—¡Oye, respeta a mi madre! —exclama Vincenzo.

—Te he dicho que cierres la puta boca —sisea Luca.

Me pongo en pie con brusquedad y miro a mi marido. Si él quiere quedarse, es su problema. Yo me largo de aquí antes de hacer o decir algo de lo que vaya a arrepentirme.

—Les deseo una buena noche —digo, sonriendo de manera tensa. Luca también se levanta—. Quédate tú, si quieres. Yo me voy a dormir.

—No, te acompaño.

Escuchamos la carcajada de Vincenzo y su hermano le lanza una nueva mirada de advertencia que él ignora.

—Primero dejas que se meta en los negocios y ahora es ella quien toma las decisiones. Ya sabemos quién lleva los pantalones en vuestro matrimonio, hermano.

El silencio cae en el comedor como una jarra de agua fría. Incluso Stella mira a su hijo mayor con reprobación. Lo que acaba de decir es muy grave. Luca se abalanza sobre él antes de que pueda reaccionar. Lo levanta, sujetándolo por la camisa.

—Vuelve a soltar un jodido comentario más de ese tipo y te meteré una bala en la cabeza —gruñe, empujándolo con fuerza contra la pared.

El muy idiota se ríe.

—Mírate, hermanito. Estás amaestrado como un perrito. Sí que la tiene que chupar bien.

Luca vuelve a zarandearlo. Se nota lo mucho que se está conteniendo para no darle una buena paliza. Por una vez, él es quien mantiene la calma mientras yo… Lo intento, juro que lo hago, pero no soy capaz de frenar las palabras que salen de mi boca.

—Eso es cierto, la chupo bien y, por lo que me ha contado Romeo, tú tampoco lo haces nada mal.

Luca gira la cabeza en mi dirección con la velocidad de un látigo. Se escucha un jadeo ahogado, creo que viene de Ilenia, o tal vez ha sido Stella. Cierro los ojos y me maldigo a mí misma por ser tan bocazas. Me importa una mierda lo que le pase a mi cuñado, pero Romeo… ¡Maldita sea! Esto no me lo va a perdonar.

Capítulo 55

Bianca

Vincenzo ni siquiera lo ha negado. Tampoco tenía cómo hacerlo. Lo delató la forma en la que me miró en el preciso instante en que dije esas jodidas palabras. Me arrepiento tanto… Sabía que la cena no acabaría bien, estaba segura.

En cuanto Luca suelta a su hermano, este sale corriendo del comedor sin dar explicaciones. Ilenia y Stella no se han movido de sus lugares en la mesa y actúan como si lo que acaba de ocurrir no les afectara.

—¿Es cierto? —me pregunta Luca.

Bufo y me pinzo el puente de la nariz.

—Joder, no debí decir eso.

—No, no debiste hacerlo, pero te estoy haciendo una pregunta, Bianca. ¿Es cierto o no?

Lo miro y asiento levemente con la cabeza. Exhala con fuerza y se frota el rostro con ambas manos.

—Lo siento. No era mi intención…

—¡¿El qué?! ¿No era tu intención beber más de una botella de

vino? ¿Tampoco era tu intención ocultarme que mi hermano…?

Deja la frase a medias, vuelve a resoplar y aprieta los puños con fuerza.

—Me disculparé con él —digo, y estoy dispuesta a hacerlo.

Puede que Vincenzo me caiga mal, pero nadie se merece algo así. Lo he sacado del armario delante de toda su familia y en contra de su voluntad.

—No, ya has hecho suficiente por hoy —sisea entre dientes antes de pasar por mi lado y abandonar el comedor.

—Mierda —mascullo.

Escucho el sonido de una silla arrastrándose por el suelo, y al mirar a Ilenia compruebo que se ha puesto en pie. Tiene el rostro desencajado, como si estuviese en estado de shock.

—Buenas noches —susurra antes de marcharse.

Estoy a punto de irme yo también cuando mi suegra se me acerca. A pesar de su habitual serenidad, puedo intuir que no está contenta.

—Supe desde el principio que no serías una buena esposa para mi hijo. Casarse contigo va a llevarlo a la ruina.

Inspiro hondo por la nariz y cuento hasta diez mientras jugueteo con la media docena de pulseras que llevo en la muñeca. «Contrólate, Bianca. Ya la has cagado bastante por una noche», me digo a mí misma en mi mente.

—Con todo el respeto, señora, lo que usted crea me tiene sin cuidado.

—Eres una descarada. ¿Nunca te han enseñado a respetar a tus mayores?

Clavo mi mirada en la suya y doy un paso amenazante en su dirección.

—Precisamente porque me lo han enseñado es que aún no te he

dado la bofetada que llevas pidiendo desde que pisé por primera vez esta casa —siseo contra su rostro, tuteándola por primera vez.

—¡¿Cómo te atreves?! Soy la señora De Santis. No puedes…

—¡No! —vocifero—. ¡Yo soy la señora De Santis! Tú solo eres una vieja amargada que se aprovecha de la culpabilidad de su propio hijo para manipularlo. Puede que sea la peor esposa del mundo, pero escúchame bien, Stella, no voy a permitir que sigas usando la baza de la pobre viuda con Luca. Esto se acaba aquí y ahora.

Antes de que pueda replicar, doy media vuelta y me marcho del comedor hecha una furia. Tengo que hablar con Luca.

Ya en la planta principal, me encuentro con Romeo. Nada más verlo, la culpabilidad me atiza como un jodido puñetazo en el estómago. Ni siquiera me da tiempo a pensar cómo contarle lo que he hecho, ya que es él quien se acerca a mí.

—¿Qué demonios significa esto? —pregunta, mostrándome la pantalla de su teléfono. Por su expresión, tengo la sensación de que se me han adelantado.

Leo el mensaje que aparece en la pantalla. Son solo un par de frases.

Ya lo saben. Bianca se ha ido de la lengua.

Suspiro al leer el nombre del remitente. Como ya esperaba, es Vincenzo.

—Lo siento, Romeo —susurro.

—Entonces ¿es cierto? —Asiento y observo cómo él abre mucho los ojos.

—Por un momento llegué a pensar que era una especie de broma macabra de Vin, pero es verdad. ¡¿En qué mierda estabas

pensando, Bianca?!

—Ese es el maldito problema, que no estaba pensando. He bebido demasiado durante la cena y… Lo siento mucho.

—¿Qué es lo que sientes? Me has traicionado. ¿Esto también forma parte de tu plan?

—¡¿Qué?! ¡No, claro que no! Te prometo que…

—¡¿Me prometes?! ¡¿Igual que me prometiste que mi secreto estaba a salvo contigo?! —me corta, y resopla con fuerza—. ¡Confié en ti, maldita sea! Creí que yo era distinto, pero al final solo soy un peón más en tu juego, una pieza a la que usas y manipulas, igual que al adonis o al tarado de tu marido.

—No…

—Sí, Bianca, eso es lo que haces. Estás tan obsesionada con tu maldita *vendetta* que no te importa a quién te llevas por delante para llevarla a cabo.

—¡¿De qué hablas?! Intento proteger a mi hermana —replico con lágrimas en los ojos.

—¡No, joder! Lo que quieres es vengarte de tu padre, y lo entiendo, tienes todo el derecho del mundo a hacerlo, pero no a cualquier coste. Yo siempre he estado a tu lado. Me juego el cuello cada día por ti.

—¡Lo sé! Rina, la tía Sarah y tú sois mi única familia, Romeo —digo, perdiendo la batalla contra el llanto.

Mi amigo me mira con los ojos empañados y una expresión de dolor y decepción en el rostro.

—¿Familia? Deberías plantearte qué es lo que significa para ti esa palabra, porque a la familia no se la traiciona, Bianca. Siempre hablas de tu padre, pero mírate… Mientes, engañas y traicionas a las personas que te quieren. Sin ni siquiera darte cuenta, te estás convirtiendo en él. —Una lágrima solitaria recorre su mejilla mientras

niega con la cabeza antes de dar media vuelta.

—Romeo, espera, no te vayas —pido, pero me ignora.

Me quedo lamentándome y maldiciendo en voz baja durante un buen rato. ¿Cómo he podido cagarla tanto? Romeo, aparte de mi mejor amigo, es también la única persona que siempre me ha apoyado de manera incondicional. Fue él quien me encontró cuando decidí ponerle fin a mi vida. Se quedó a mi lado, cuidándome, cuando nadie más lo hizo. Me dio una razón para seguir adelante, y yo lo he traicionado.

Sigo buscando a Luca por toda la casa mientras en mi mente se repiten una y otra vez las palabras de mi amigo: «Siempre hablas de tu padre, pero mírate… Mientes, engañas y traicionas a las personas que te quieren. Sin ni siquiera darte cuenta, te estás convirtiendo en él». ¿Eso es lo que me está pasando? ¿Desde cuándo? No, lo de Vincenzo ha sido solo un error. Yo no quería hacerle daño, y mucho menos usarlo como cree Romeo. Solo espero que me dé la oportunidad de explicárselo cuando esté más calmado.

Paso más de una hora recorriendo toda la casa en busca de Luca, pregunto a varios de los chicos y me confirman que no se ha ido; por lo tanto, tiene que seguir aquí, pero ¿dónde? Cuando ya casi me he dado por vencida, decido salir al jardín. Lo recorro de punta a punta hasta que al fin lo encuentro, sentado al borde de la piscina de la casa de invitados, con los pies sumergidos en el agua y la vista clavada en el cielo nocturno del horizonte. Tiene un cigarrillo encendido entre los dedos y una nube de humo espesa rodea su cabeza. Me acerco despacio y, al llegar a su lado, carraspeo. Gira la cabeza solo un poco y me mira.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunta antes de darle una calada a su cigarrillo.

—He seguido el aroma de tu arrogancia —respondo, intentando

sonar graciosa, aunque en realidad estoy asustada. No quiero que me rechace ni me aparte de su lado.

Esboza un amago de sonrisa y eso me da la valentía suficiente para sentarme junto a él, aunque yo mantengo los pies fuera del agua. Nos quedamos en silencio un buen rato. Estiro el brazo, le quito el cigarrillo y le doy un par de caladas antes de devolvérselo.

—¿También me has ocultado que fumas?

Suspiro y niego con la cabeza.

—Lo siento, Luca. No era mi secreto. Si tu hermano hubiese querido que lo supieras, él mismo te lo habría contado.

—Ya, pero no lo hizo —farfulla, y exhala con fuerza—. Eso es lo que más me cabrea, que no confíe en mí para contarme algo tan importante.

Lo miro unos segundos sin saber si debo seguir profundizando en el tema. Luca no es el tipo de hombre que habla abiertamente sobre sus sentimientos, pero tengo la sensación de que hoy lo necesita más que nunca.

—Si estuvieses en su lugar, ¿se lo contarías a alguien? —Me mira con una ceja arqueada—. Tú mejor que nadie sabes en qué mundo vivimos, Luca. La homosexualidad no es un tema sencillo a tratar, y menos aún cuando eres el hermano de un Don.

Cierra los ojos y se pinza el puente de la nariz.

—Es que no puedo imaginarme a Vincenzo… ¡Es raro, joder! Creí que era feliz con Ilenia. Tienen un hijo, son una familia.

—Ya, no creo que tu orientación sexual sea algo que puedas elegir. De hecho, estoy segura de que es así. No escogemos de quién nos enamoramos.

Me mira a los ojos y asiente.

—En eso tengo que darte la razón. —Inspira hondo por la nariz —. También te debo una disculpa.

—Ah, ¿sí? —pregunto, arqueando una ceja

—Sí. Antes pagué mi frustración contigo y no tienes la culpa.

—Bueno, un poco sí. Fui yo la que soltó la bomba delante de todos.

—Aun así, no es tu responsabilidad lo que Vincenzo decide hacer con su vida. Solo le guardaste un secreto a alguien importante para ti y no puedo juzgarte por ello.

Al escucharlo no puedo evitar volver a compararlo con mi padre. Luciano Rossetti jamás se disculparía con nadie, y mucho menos admitiría haberse equivocado. Hago una mueca con los labios y él frunce el ceño.

—Bueno, es posible que también haya llamado vieja amargada a tu madre cuando te fuiste —confieso.

Luca bufa y niega con la cabeza.

—¿Qué voy a hacer contigo, Diavuletta?

Coloco la mano en su nuca y acaricio su cabello corto con suavidad. No, él es distinto a mi padre. Por más que quiera seguir buscando similitudes entre ambos, aparte de su puesto y el hambre de poder, no hay nada más.

—Si puedo elegir, me gustaría que me llevaras a la cama. Necesito una dosis de De Santis antes de dormir —susurro, buscando su mirada.

Suelta una carcajada y, cuando abarco su mejilla con la mano, ladea la cabeza, buscando mi contacto.

—Vamos, te daré tu dosis de De Santis, aunque sean solo treinta segundos.

Se pone en pie y me tiende una mano para ayudarme. Enseguida la cojo y dejo que tire de mí.

—Oye, no te quites méritos. Son treinta segundos muy placenteros —bromeo

Enseguida lo tengo pegado a mí, con su brazo rodeando mi cintura y la nariz hundida en mi cuello. Inspira hondo y su aliento cálido baña mi piel, provocándome un escalofrío. Mi corazón se acelera y una sensación de ahogo se instala en mi garganta.

«Mientes, engañas y traicionas a las personas que te quieren. Sin ni siquiera darte cuenta, te estás convirtiendo en él». Por una vez me gustaría ser sincera con Luca. ¿Me perdonaría si supiese todo lo que he hecho a sus espaldas? El roce de su barba corta me hace cosquillas en el cuello. Rodeo sus hombros con los brazos y me pongo de puntillas para abrazarlo. Dudo que pudiese perdonarme y yo soy demasiado cobarde como para arriesgarme. Tal vez esté siendo egoísta, pero prefiero disfrutar de esto y sentirme culpable antes que perderlo del todo.

Capítulo 56

Luca

El sonido de unos golpes me sobresalta. Aún medio dormido intento incorporarme, pero tengo a Bianca tumbada sobre mí. Me rodea con los brazos y las piernas como un koala agarrado al tronco de un árbol. Vuelven a golpear la puerta y la escucho resoplar.

—¿Qué mierda es eso? —masculla con voz adormilada.

—No lo sé. Voy a ver. —La aparto un poco y, cuando me suelta, salto de la cama completamente desnudo.

—Es de madrugada, joder —se queja Bianca.

Los golpes regresan, esta vez con más fuerza aún. Alguien está aporreando la maldita puerta. Me enfundo un pantalón de algodón y, tras recorrer los pasos que me llevan a la puerta, la abro de un tirón.

—¡¿Qué mierda…?! —Dejo la frase a medias al ver a mi hermano en el pasillo.

No tiene buen aspecto. Su camisa está arrugada y desabotonada, tiene el pelo alborotado y, por la forma en la que entrecierra los ojos, estoy seguro de que se encuentra aún más ebrio que la última vez que lo vi.

—¿Podemos hablar? —pregunta.

Mis sospechas se confirman cuando veo cómo se tambalea sobre sus pies. Respiro hondo y asiento.

—Dame un minuto.

—Te espero en el despacho. No tardes, Luca. Hay algo importante que debes saber.

Vuelvo a cabecear y me meto de nuevo en el dormitorio. Al darme la vuelta, compruebo que Bianca me está observando desde la cama.

—¿Era Vincenzo? —pregunta.

—Sí, quiere hablar.

Nos quedamos mirándonos a los ojos unos segundos y ella suspira.

—Ve con él. No lo estará pasando nada bien.

Me pinzo el puente de la nariz y resoplo con fuerza.

—Ni siquiera sé qué decirle —farfullo.

—Luca, no tienes que decir nada. Solo escúchalo y no lo juzgues. Da igual lo que te diga. Apuesto a que lo único que necesita ahora mismo es el apoyo de su hermano.

La miro de nuevo y se me escapa una sonrisa.

—Voy a empezar a pensar que no odias a mi hermano tanto como dices.

—No lo odio. Solo me cuesta soportar su egocentrismo y misoginia, aunque contigo lo llevo algo mejor. —Me acerco a la cama y tiro de la sábana con la que se está cubriendo—. ¡¿Qué haces?! —exclama, agarrándola con ambas manos.

—Sigue provocándome y tendrás que dormir desnuda y sin mantas todas las noches.

Suelto la sábana y ella vuelve a cubrirse hasta el cuello.

—¿No te ibas? Quiero seguir durmiendo.

Bufo de nuevo y, tras vestirme con una camiseta, me siento en el borde del colchón para ponerme unos guantes. Enseguida noto sus manos en mis hombros. Cierro los ojos y disfruto del leve roce de sus dedos en mi cuello.

—Sigue tocándome así y no iré a ningún lado —mascullo.

Bianca se pega más a mí, aplastando sus pechos desnudos contra mi espalda, y noto su aliento en mi nuca.

—Vuelve pronto. Creo que no he tenido bastante dosis de De Santis. —Sonrío. Anoche la follé en la ducha y después en la cama, dos veces, pero, por supuesto, sigue sin ser suficiente para la muy descarada.

Me giro a medias y sujeto su rostro entre mis manos.

—Vas a esperarme tumbada en la cama, desnuda y con las jodidas piernas abiertas —digo antes de morder su labio inferior.

Me aparto enseguida, y ni siquiera me despido antes de salir del dormitorio para evitar caer en la tentación. El camino hasta el despacho me lleva apenas unos segundos. Son las cuatro de la madrugada. Sea lo sea que Vincenzo quiera decirme, más vale que lo haga rápido.

Nada más entrar en la estancia, encuentro a mi hermano sentado en uno de los sofás con una copa en la mano.

—Estaba a punto de ir a buscarte de nuevo —dice, poniéndose en pie.

Inspiro hondo por la nariz y me cruzo de brazos.

—Vin, podríamos haber solucionado esto por la mañana.

—No, es importante que hablemos ahora —replica, y trastabilla cuando está a punto de llegar al escritorio, aunque no tarda en enderezarse.

—Estás borracho. ¿Por qué no te vas a descansar unas horas? Por la mañana…

—¡Luca, maldita sea! He dicho que es importante.

Exhalo con fuerza y asiento. No voy a discutir con él. Escucharé lo que tenga que decir y después regresaré a la cama con mi mujer.

—Está bien. Soy todo oídos.

Se bebe el resto del licor de un trago antes de mirarme fijamente.

—Es sobre tu esposa.

—No vayas por ahí, ¿vale? Sé que lo que hizo en la cena estuvo mal, ella también lo sabe. De hecho, quiere disculparse contigo.

Mi hermano suelta una falsa carcajada y niega con la cabeza.

—Esa zorra puede guardarse sus disculpas —escupe con rabia.

—¡Vincenzo! No te lo volveré a advertir. Respeta a mi mujer.

—Por supuesto, igual que ella te respeta a ti, ¿verdad?

—Si me has hecho venir hasta aquí para ofender a Bianca, me vuelvo a la cama. Hablaremos cuando estés sobrio.

—Te advertí sobre ella, te dije que ocultaba algo y no quisiste escucharme. Ahora tengo las pruebas.

Frunzo el ceño, confuso.

—¿De qué pruebas estás hablando? Estás cabreado por lo que pasó en la cena, pero…

—¡No me estás escuchando, Luca! —vocifera—. Esto no tiene nada que ver con lo de la cena. Bueno, sí, empezó por eso, pero lo que he descubierto… —Resopla y rodea el escritorio para colocarse delante del ordenador, que está abierto—. Todo está aquí. Las pruebas.

—¿Qué pruebas? Vas a tener que explicarte mejor porque no entiendo una mierda de lo que dices —siseo.

Mi hermano cierra los ojos unos segundos, y cuando los abre parece haberse tranquilizado un poco.

—¿Recuerdas que te hablé de los viajes extraños de Kincaid a

Europa?

Asiento.

—¿Qué tiene que ver Kincaid en todo esto? Cada vez estoy más confuso.

—Todo está conectado. Esta noche, después de lo que pasó, estaba furioso y decidido a buscar algo que acabara de una vez por todas con esa Rossetti.

—Mi esposa es una De Santis —lo corrijo.

Estoy empezando a perder la paciencia. Aprieto los puños e intento contenerme, pero mi querido hermanito está pidiendo a gritos un puñetazo.

—Cuando termine, desearás no haberle dado nunca nuestro apellido.

Capítulo 57

Luca

Resoplo una vez más y me pinzo el puente de la nariz. Solo quiero terminar con esta mierda de una maldita vez.

—Tienes diez segundos y me voy —siseo entre dientes.

Vincenzo asiente y, tras darle la vuelta al ordenador, lo empuja hacia mí sobre la superficie de la mesa.

—Me sobran cinco. Echa un vistazo a eso.

Mientras suelto un bufido, me acerco y clavo la mirada en la pantalla.

—¿Qué se supone que tengo que ver?

Rodea de nuevo la mesa y empieza a abrir pestañas en el ordenador.

—Cuando estaba investigando a tu mujer…

—¡¿Cómo dices?!

—Te advertí que iba a investigarla y tú me dijiste que podía hacerlo.

—Eso fue hace meses.

—Exactamente, y en ese momento no encontré nada extraño

sobre ella, pero hoy, cuando me encerré en mi despacho después de la cena, volví a echar un vistazo a los informes de esa investigación y ni siquiera sé cómo me di cuenta. ¡Estaba ahí todo el tiempo, joder!

—¡¿El qué?! Dices cosas sin sentido. Primero Kincaid, ahora Bianca… ¿Estás colocado?

—¡No! Sigues sin escuchar. Todo está aquí. —Señala la pantalla del ordenador con nerviosismo—. Las mismas ciudades, los mismos hoteles y las mismas fechas. Todo coincide.

—¿Qué es lo que coincide?

—Bianca y Kincaid se encontraban en Europa a escondidas.

Pestañeo rápido y se me escapa una carcajada.

—Vale, hermano. Voy a hacerte un favor. Me iré de aquí y olvidaré que esta ridícula conversación ha tenido lugar.

—¿No me crees?

—Por supuesto que no. Lo que acabas de decir es una jodida estupidez.

—¡Pues compruébalo por ti mismo! —Me sujeta del brazo e intenta tirar de mí, pero me lo saco de encima con un manotazo.

—¡Suficiente! Vete a dormir, Vincenzo. Estás haciendo el ridículo.

Toma una respiración profunda y se planta delante de mí.

—Hermano, por favor, solo mira la jodida pantalla. Si después quieres irte, adelante, pero necesito que lo veas.

Me planteo noquearlo de un puñetazo para que deje de hacer el ridículo, pero las palabras de Bianca acuden a mi mente. «Solo escúchalo y no lo juzgues. Da igual lo que te diga. Apuesto a que lo único que necesita ahora mismo es el apoyo de su hermano». Me pregunto si seguiría pensando lo mismo si estuviese aquí.

—Está bien. ¿Qué tengo que ver? —farfullo, yendo hacia la mesa.

—Aquí, mira. —Señala la pantalla—. Estas son las fechas en las que Kincaid estuvo en Europa. París, Dublín, Madrid, Londres… —Abre otra pestaña prácticamente idéntica—. Estas son las fechas en las que Bianca estuvo en esas mismas ciudades, lo he comprobado.

—¿Y qué? Puede ser una coincidencia. Ambos viajaban mucho a Europa. Eso no significa que mi mujer se encontrara a escondidas con el irlandés.

—Yo también lo pensé. De hecho, me costó encontrar la conexión, porque cuando busqué en las bases de datos de los hoteles en los que se hospedaba Kincaid, no constaba el nombre de Bianca, pero me seguía pareciendo demasiada casualidad que las fechas y las ciudades coincidieran, así que fui más allá. —Abre otra pestaña donde aparecen fechas, ciudades y nombres de hoteles—. Busqué a nombre de Romeo y ahí fue cuando me di cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Qué es…? —inquiero tras exhalar con fuerza.

—¡Míralo! Hace dos años, en septiembre, Kincaid se hospedó en la habitación cuatrocientos doce del Hilton Garden en Dublín. En esas mismas fechas, la habitación cuatrocientos once estaba reservada a nombre de Romeo.

Frunzo el ceño y acerco más el rostro a la pantalla para comprobar lo que está diciendo.

—No tiene ningún sentido. Debe de tratarse de un error.

—Te vas a cansar de decir eso, hermano. Fíjate bien. Abril del año pasado, Madrid, en el hotel Palace, habitaciones doscientos dos y doscientos tres. París, hace solo unos meses…

—Cállate —ordeno, leyendo mientras intento buscar una explicación para todo esto.

Las fechas, los hoteles, las ciudades… Todo coincide. Las habitaciones siempre son contiguas y fueron reservadas a nombre

de Romeo Serra. Hay recibos, firmas y hasta horarios de entrada y salida.

—Lo he comprobado y en todos los hoteles hay accesos de una habitación a otra de manera interna. Además, no es algo reciente. Los encuentros se remontan hasta hace más de cinco años.

Trago saliva con fuerza y niego con la cabeza. Esto no puede ser real. Me enderezo y clavo mi mirada furiosa en mi hermano.

—Vincenzo, si te estás inventando todo esto para perjudicar a Bianca, juro que te mataré —lo amenazo.

Abre mucho los ojos y niega con la cabeza.

—¿En serio? ¿Ni siquiera con esto me crees? ¡Es increíble, joder! Piénsalo solo un segundo. Siempre supimos que Kincaid tenía a alguien entre los nuestros. Toda la información que consigue… ¡Son esos dos traidores!

Vuelvo a negar. Me llevo la mano al centro del pecho y tomo una respiración profunda, pero no logro que el aire me llegue a los pulmones.

—No puede ser —susurro.

—¿Por qué crees que ella quiso meterse en los negocios de la organización? Los federales, la fuga de información… Estoy seguro de que Bianca y Romeo son los topos. Nos han engañado todo este tiempo. Y lo de las habitaciones conectadas… Tal vez tenías razón y Kincaid se encontraba con su amante en esos hoteles, con tu mujer.

Me giro de golpe y agarro a mi hermano por el cuello.

—¡Cierra la puta boca! —grito zarandeándolo.

Levanta los dos brazos a modo de rendición y niega con la cabeza.

—Vamos, golpéame si quieres, pero eso no va a cambiar la verdad. Tu esposa es una traidora y vas a tener que matarla, te guste o no.

Lo empujo con fuerza y salgo del despacho casi a la carrera. Mientras recorro el pasillo hasta la habitación, la presión en mi pecho va en aumento. «Tu esposa es una traidora y vas a tener que matarla». Las palabras de Vincenzo resuenan en mi mente una y otra vez como una jodida campana. Me detengo frente a la puerta cerrada del dormitorio y trato de tranquilizarme. Tiene que haber una explicación para todo esto. Bianca no… Ella no me engañaría, no me traicionaría.

Tiro de la manija y mi mirada va a parar a la cama. Se supone que iba a esperarme despierta, pero la mujer que tengo delante de mí está profundamente dormida. Me acerco despacio, con el corazón latiendo a toda velocidad, las piernas temblorosas y una presión en el pecho que no me deja ni respirar. Me detengo junto a la cama y la observo dormir. Me niego a creer que me ha traicionado. Tan solo, no soy capaz.

Ni siquiera sé cuánto tiempo paso mirándola. Intento hacer memoria, pensar en cualquier cosa que la haga parecer culpable o inocente. Repito en mi mente casi todas las conversaciones que hemos tenido desde que nos conocemos. Una de sus condiciones para casarse conmigo fue poder viajar con libertad, sin ningún acompañante, a excepción de Serra, y, cuando llegamos al acuerdo de tener un hijo, quiso que a cambio la dejara inmiscuirse en los negocios de la organización.

«No puedo ni quiero conformarme con vivir bajo la sombra de mi padre ni de mi marido el resto de mi vida». ¿Por eso lo ha hecho, para ser libre? El recuerdo de la noche en la que fuimos a cenar juntos me llega de golpe. Kincaid apareció en el restaurante por sorpresa. No noté nada extraño cuando se saludaron, pero también es verdad que he visto a Bianca socializar con personas que no le caen bien y sabe fingir a la perfección que no es así. Es una buena

actriz. ¿Es eso lo que ha estado haciendo conmigo, un papel?

El sonido de su teléfono al vibrar sobre la mesita de noche me saca de mis pensamientos. Estiro la mano y lo cojo con cuidado. Si es cierto que Kincaid y Bianca… Ni siquiera puedo decírmelo a mí mismo, pero, si es cierto…, tienen que estar en contacto de alguna manera, ¿no? Intento desbloquear la pantalla del aparato, pero tiene verificación por huella dactilar. Con mucho cuidado, agarro la mano de Bianca por la muñeca y presiono su dedo índice en la pantalla, esta enseguida se ilumina. Bianca gime algo en voz baja, se da la vuelta y sigue durmiendo.

Me concentro en el teléfono. Busco en los mensajes, pero no hay nada. Voy a los contactos. El nombre de Kincaid no está, aunque tampoco sería tan idiota como para tenerlo registrado. Por último, reviso las llamadas. No veo nada raro, solo ha hablado con Romeo, con su tía Sarah y conmigo en los últimos días.

Cuando ya casi me he convencido de que todo esto es un error, me doy cuenta de que hay dos contactos con el mismo nombre. En uno pone «Tía Sarah» y en el otro «Sarah». Compruebo las horas en las que se recibieron esas llamadas, la de «tía Sarah» fue la que yo respondí y la de «Sarah» unas horas antes.

Pestañeo rápido y sacudo la cabeza de un lado a otro. Casi estaba seguro de que la había escuchado hablar con su tía en el gimnasio, pero antes de la cena, cuando le cogí el teléfono a Bianca y puse el altavoz, oí que su tía decía que hacía más de una semana que no sabía nada de ella. Sin pensarlo demasiado, presiono el botón de llamada y me llevo el teléfono a la oreja. Espero en silencio hasta que suena el primer tono. Contengo el aliento y llega el segundo. Exhalo despacio y vuelvo a inspirar por la nariz. «Que no sea verdad, por favor».

—¿Bianca? —Cierro los ojos con fuerza y una oleada de furia

recorre todo mi cuerpo al reconocer la voz de Kincaid—. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Abro la boca, estoy a punto de gritarle al hijo de puta que está al otro lado de la línea que es un hombre muerto, pero no lo hago. Cuelgo la llamada y me llevo las manos a la cabeza. ¡Todo es verdad, joder! Kincaid, Bianca… ¡Mierda, Bianca! Me ha traicionado.

Rodeo la cama y agarro la pistola que tengo sobre la mesita de noche. Nunca he sentido a la siamesa tan pesada en mi mano. Apunto al bulto que hay bajo la manta y cierro los ojos. El corazón me late con tanta fuerza que tengo miedo de que en cualquier momento me atraviese el pecho. Se me cierra la garganta. Jadeo en busca de aire, pero es como si el oxígeno que me rodea se hubiese solidificado.

Voy a matarla. Tengo que matarla. ¡Maldita sea, quiero hacerlo! Se lo merece por mentirme y engañarme durante todo este tiempo, por seducirme, por enamorarme… Se lo merece por traidora.

Capítulo 58

Luca

Cuando tuve que matar a mi padre no lo dudé ni un segundo. Levanté la pistola, apunté a su cabeza y apreté el gatillo. Sin embargo, con Bianca la situación es distinta. Lo he intentado, pero no he sido capaz. Después de decirme a mí mismo que solo necesito más tiempo, me serví una copa, después otra y otra más.

Ya he perdido la cuenta de todo el alcohol que he bebido y el dormitorio se ha convertido en una especie de sauna, pero de humo de cigarrillo. Al menos he conseguido borrar ese maldito aroma a flores del aire que me rodea.

Sentado en el sillón orejero que hay a los pies de la cama, la observo mientras sigue durmiendo ajena a todo el sufrimiento, la rabia y la desesperación que hierven en mi interior. Mi mujer, mi esposa, Bianca. ¿Cómo no me di cuenta antes de su traición? Me tomó por imbécil. La imagino riéndose de mí, de lo fácil que es engañarme y mentirme, de lo manipulable que soy. Con él, el puto irlandés. ¿Son amantes?

Exhalo profundo y le doy un nuevo trago a mi copa. Voy a

matarlos a ambos. A ella en cuanto despierte. La miraré a los ojos mientras le disparo, y a él… Ese hijo de puta se merece una muerte mucho más lenta. Primero lo destrozaré a golpes, y, cuando esté al borde de la muerte, sumergiré su cuerpo en ácido. Voy a disfrutar escuchando sus gritos de dolor.

Bianca se mueve bajo el edredón y todo mi cuerpo se tensa. Supongo que ha llegado el momento. Dejo el vaso a medio beber en la mesa que hay junto al sillón y me pongo de pie. Estoy a punto de empuñar mi arma cuando escucho su voz.

—¿Luca? —Me detengo a los pies de la cama y sigo observándola. Enciende la lámpara que está sobre la mesita de noche y me mira—. ¿Has visto mi teléfono? Juraría que lo había dejado justo aquí. —No respondo, solo sigo mirándola fijamente, con los puños apretados y la mandíbula tensa—. ¿Qué haces ahí parado? Mirándome así, pareces aún más tarado de lo que eres.

Trago saliva con fuerza y me concentro en notar el peso de mi pistola en la parte baja de la espalda. Solo quiero memorizar su rostro unos segundos más, su cabello rubio, sus ojos verdes y esa sonrisa descarada que tanto la caracteriza. Bianca arquea una ceja y aparta el edredón con un gesto rápido e inesperado. Inspiro hondo al verla completamente desnuda. Es la mujer más preciosa que he conocido nunca y hasta hace solo unas horas pensé que era mía. ¡Qué idiota soy, joder! Se ha burlado de mí.

Frunzo el ceño al verla acercarse gateando sobre el colchón. Se detiene justo delante de mí y su sonrisa se agranda. Cuando va a tocarme, la sujeto por la nuca, enredo los dedos en su pelo y lanzo su cabeza hacia atrás con rudeza. Echo la otra mano hacia atrás y alcanzo la empuñadura del arma. Es ahora. Solo tengo que colocar el cañón en su frente y apretar el gatillo.

—¿Estás cabreado porque no te esperé despierta? —susurra

Bianca—. Puedo compensarte por eso.

Coloca las manos sobre mi pecho y las desliza hacia abajo, pasa por mi vientre y se detiene justo en mi entrepierna. Inspiro hondo por la nariz cuando noto que acaricia mi polla por encima de la tela. De manera inevitable, me pongo duro al instante. Entonces aprieto los dientes y sujeto su pelo con todavía más fuerza. ¿Por qué no puedo resistirme a ella? En cuanto me toca pierdo la puta razón, y ahora no puedo ni quiero que eso pase.

Saco la pistola. Sus ojos se abren como platos al verla, pero no dice nada. Ni siquiera parece darse cuenta de que está a punto de morir. Deslizo el doble cañón por su mejilla. No hay miedo en su mirada, solo confusión. Llego a sus labios y le doy un nuevo tirón a su pelo.

—Abre la boca. —Tarda unos segundos en procesar mi orden. La sujeto con más fuerza. No voy a dejar que se escape—. Abre la puta boca, Bianca —repito.

En vez de forcejear conmigo o intentar apartarse, la muy perra esboza una sonrisa descarada. Separa los labios con extrema lentitud y lame el doble cañón. Mi polla salta en respuesta. ¿Cree que esto es un juego?

—Ese rollito de tipo duro y peligroso me pone muy cachonda —susurra, respondiendo a mis dudas.

Cierra el puño, aprisionando mi erección, y se me escapa un jadeo ahogado. Bianca vuelve a sonreír, abre más la boca y empieza a succionar el cañón de la pistola. Cierro los ojos y contengo un nuevo gemido. Cada pasada de su lengua por el metal la siento directa en mis pelotas. Gruño y lanzo la pistola al suelo. Antes de matarla, la follaré una última vez. Una despedida y un castigo, eso es lo que se merece.

La empujo con fuerza. Su espalda apenas ha tocado el colchón

cuando tiro de uno de sus pies para acercarla más al borde de la cama. En solo un par de segundos ya he liberado mi erección y estoy separando sus piernas. Me acomodo entre sus muslos, la agarro por la garganta y me hundo en su interior con un fuerte empellón.

Bianca gime, no sé si por placer o por dolor, tampoco me importa. La follo con dureza, sin ningún remordimiento. La embisto cada vez más rápido y con más ímpetu mientras la sigo sujetando por el cuello. Intenta hablar, pero, antes de que pueda decir una sola palabra, aprieto con más fuerza su garganta y sigo follándola. Cuando me canso, la obligo a girarse y me hundo en su coño desde atrás. Mi mano regresa a su garganta, y esta vez la aprieto tanto que noto que se queda sin aire.

—Eres una maldita zorra —siseo en su oído con la respiración acelerada.

Golpeo con las caderas con tanta fuerza que mi pelvis empieza a estar dolorida, pero eso no va a detenerme ni mucho menos. Bianca jadea en busca de aire, me sujeta la muñeca con ambas manos e intenta apartarla de su cuello. No se lo permito.

—Luca… —dice con un hilo de voz.

—¿No te gusta, cariñito? Así es como mereces que te traten, como una verdadera puta. —Con la mano libre azoto su trasero con fuerza mientras sigo follándola desde atrás—. Piénsalo, es una forma muy placentera de morir.

Sus uñas se clavan en mi muñeca, la siento retorcerse. Rodeo su cintura con el brazo y sigo apretando su garganta con fuerza. Entonces empieza a batallar al mismo tiempo que un latigazo de placer recorre mi columna. Con un último empellón, exploto en su interior mientras ella sigue revolviéndose entre mis brazos. Siento cómo su cuerpo se relaja a cada segundo. Cierro los ojos y espero a

que deje de moverse. Este será su final, sin sangre, sin gritos, solo una dulce liberación que la llevará a la muerte. Convulsiona una vez, después otra, y, cuando estoy seguro de que su vida pende de un hilo…, grito de pura frustración y libero su cuello.

Me alejo un par de pasos con el corazón latiendo a toda velocidad y casi sin aliento. Su cuerpo cae sobre el colchón, pero la escucho jadear en busca de oxígeno. ¡Maldita sea! Podría haberla matado. ¿Por qué no lo he hecho?

Me recompongo el pantalón, recojo la pistola del suelo y me dejo caer en el sillón. Doy un trago largo a mi bebida y la observo con rabia contenida. La veo moverse despacio y poco a poco su respiración se va normalizando. Se incorpora con dificultad. Cuando intenta bajar de la cama, le fallan las piernas y está a punto de caerse, pero logra mantenerse en pie y da un paso. No me mira, tampoco dice nada, y eso es lo más extraño. Es imposible que siga pensando que lo que acaba de suceder ha sido solo un juego sexual. ¿O no? Da un nuevo paso de espaldas a mí.

—¿Dónde crees que vas? —inquiero.

Se detiene y tarda unos segundos en girarse para mirarme. Cuando lo hace, sus ojos no hacen contacto con los míos. Se toca la garganta y niega con la cabeza.

—Al baño —responde. Su voz suena áspera y rasgada.

Asiento y vuelve a girarse. Cuando entra en el baño y la puerta se cierra, exhalo y cierro los ojos con fuerza. Estoy aplazando lo inevitable, pero ¿quién puede juzgarme por ello? Acabar con la vida de la única mujer que he amado es, sin duda, lo más difícil y doloroso que me he tenido que hacer jamás.

Capítulo 59

Bianca

Luca lo sabe. Me ha descubierto. Pude verlo en su mirada en el mismo instante en el que desperté y lo encontré mirándome fijamente. Estoy segura de que en ese preciso momento estaba planeando matarme, o tal vez solo buscaba el valor para hacerlo. De cualquier forma, su postura, su expresión y esa mirada de odio y furia lo delataron. Intenté distraerlo de la mejor manera que puede hacerse con un hombre: ofreciéndole sexo.

Mi intención era tomarlo por sorpresa y salir huyendo, pero fue él quien me sorprendió a mí, primero con la pistola, tan cerca de mi rostro que casi me echo a temblar. Pude disimular bien y volví a convertirlo en algo sexual, sin embargo, cuando me agarró del cuello y empezó a apretar… Creí que mi final había llegado. Lo que no entiendo es por qué sigo viva. Mi corazón ya casi había dejado de latir y estaba perdiendo el sentido cuando me soltó.

Aún con la respiración alterada me miro en el espejo. Tengo el pelo revuelto, los ojos llorosos y rojos por la falta de oxígeno y unas marcas color carmesí alrededor de mi cuello.

—Maldita sea —susurro con voz ronca.

Ni siquiera puedo pararme a pensar en lo que acaba de ocurrir. Ya tendré tiempo para lamentarme y lamerme las heridas más tarde, si logro sobrevivir a esto. Ahora necesito encontrar la manera de salir de aquí.

Tardo solo unos minutos en darme una ducha. Me recompongo lo mejor que soy capaz y salgo del baño con solo una toalla rodeando mi cuerpo. Todos mis sentidos están alerta cuando me adentro en el dormitorio. Luca alza la vista en mi dirección. Sigue sentado en el sillón. Tiene una copa de licor a medio beber en una mano y un cigarrillo encendido en la otra. La pistola de doble cañón está sobre la mesa auxiliar, justo a su lado.

Inspiro hondo por la nariz y esbozo una sonrisa a medias. Voy a seguir con mi jueguecito. Necesito ganar tiempo. Camino hacia el vestidor bajo su atenta mirada, ni siquiera pestañea. «Sigue avanzando, Bianca». Me digo a mí misma. En cualquier momento puede dispararme por la espalda. Intento no caer presa del pánico, pero me tiemblan las piernas con cada paso que doy. *«Cu furza e curaggiu si vince tuttu»*.

Al fin me adentro en el vestidor, lejos de su mirada de odio y también de su trayectoria de tiro. Me apresuro a buscar en la estantería superior mi mochila de emergencias. La cojo y compruebo que tengo en ella todo lo que necesito: pasaporte, una muda de ropa, dinero, un teléfono prepago sin registrar y lo más importante… El objeto que puede salvarme la vida: una pistola.

Mientras espero a que el teléfono se encienda, me visto a toda prisa. Si salgo del vestidor con ropa de calle, llamaré demasiado la atención. Lo mejor es actuar como si aún no supiese que mi marido quiere asesinarme. Decido ponerme una de sus camisas. Ajusto las mangas a la altura de mis codos y me apresuro a escribir un

mensaje a Romeo.

«Nos han descubierto. Sal de la casa inmediatamente».

Lo envío y guardo el teléfono en la mochila. Introduzco la pistola bajo la camisa, que me cubre hasta la mitad de los muslos, la sujeto a la parte baja de la espalda con el elástico de la ropa interior y me aseguro de que la mochila esté pegada a la puerta antes de tomar una respiración profunda y regresar al dormitorio.

Luca sigue en la misma posición, pero el cigarrillo que estaba fumando ahora está aplastado contra el fondo del cenicero, aún humeando. Su mirada me recorre de pies a cabeza mientras camino hacia él con toda la seguridad que soy capaz de fingir.

—¿No crees que te has excedido un poco? Mañana tendré cardenales por todo el cuerpo —comento, como si lo que me ha hecho hace solo un rato no hubiese sido una brutalidad.

No hubo nada de placentero en el sexo, solo fue una demostración de poder.

Me acerco más. Noto el leve movimiento de su mano y por un instante creo que va a alcanzar la pistola, pero solo remueve el contenido del vaso con suavidad. Cuando llego a su lado, me subo a horcajadas a su regazo y deslizo el dedo índice por el centro de su pecho.

—¿Qué te hace pensar que vas a llegar a mañana, Diavuletta? —susurra en un tono de voz tan frío que corta el aire a nuestro alrededor.

Lo miro a los ojos. Esto no tendría que haber terminado así. Sabía lo que me estaba jugando. Un hombre como Luca De Santis jamás dejaría pasar una traición como la mía, pero esperaba, al menos, poder explicarle mis motivos. Yo estaba allí cuando ejecutó a su padre a sangre fría. No le tembló el pulso. Lo han educado para combatir la traición con sangre, y eso es lo que pretende hacer

conmigo. Quizá, si se lo hubiese contado yo en vez de esperar a que lo descubriera por otro lado, todo habría sido distinto y ahora no estaría aquí, fingiendo que el odio y la rabia que transmite su mirada no me está destrozando el corazón.

Subo la mano hasta su rostro y acaricio su mejilla con suavidad. Su mandíbula se tensa y entrecierra los ojos.

—Lo siento, Luca —susurro. Frunce el ceño. La confusión se refleja en su rostro durante apenas un segundo, ese es el tiempo que tardo en echar la mano hacia atrás, agarrar la pistola y colocarla bajo su barbilla. Luca intenta alcanzar la suya, pero clavo el cañón en su piel a modo de advertencia—. Ni un solo movimiento o juro que decoraré la pared con tus sesos.

—Hija de perra… —sisea entre dientes.

—Debiste haberme matado cuando tuviste la oportunidad.

—Aún estoy a tiempo —replica.

Niego con la cabeza y me levanto despacio. No lo pierdo de vista ni un instante. Con una mano sostengo la pistola y con la otra le doy un manotazo a la mesa para tirar su arma al suelo. En cuanto la escucho caer, empiezo a retroceder de espaldas sin dejar de apuntarle a la cabeza.

—Nadie tiene que morir hoy, Luca. Solo quiero irme de aquí.

Me observa desde el sillón sin responder. Llego hasta la puerta del vestidor, me agacho un poco y estiro el brazo hacia atrás para coger la mochila. Cuando la alcanzo, me la cuelgo del hombro y sigo avanzando paso a paso en dirección a la salida.

—No vas a ir a ningún lado, al menos, no mientras sigas respirando. —Se pone de pie y empieza a avanzar hacia mí.

—¡Quieto! ¡No te acerques! —grito.

Cuando está a solo unos pasos de distancia, alza el brazo. Estoy a punto de disparar, pero no lo hago. Por puro instinto, cierro los

ojos cuando noto el líquido que contenía su vaso en mi rostro. Ni siquiera me da tiempo a reaccionar. Enseguida lo tengo encima de mí, sujetándome por la muñeca para controlar la mano con la que sostengo la pistola.

Mi espalda golpea la pared. Intento sacármelo de encima, pero es mucho más fuerte que yo. Con un movimiento rápido, me inmoviliza, retuerce mi muñeca y me arrebata el arma.

—Ahora ya no eres tan valiente, ¿verdad? —sisea, dando un paso atrás. Coloca el cañón en mi frente y exhala con fuerza—. ¿Por qué? ¡Confié en ti, maldita sea! ¿Por qué me has traicionado? ¿Es un plan de Rossetti para quitarme de en medio?

Intento respirar profundamente, pero se me cierra la garganta. Siento miedo, sí, pero también culpa y remordimientos. Hay tanto dolor en su voz y en su mirada…

—No tiene nada que ver contigo, Luca. Solo te he usado para destruir a mi padre. Decidí casarme contigo porque eres el único que no besa el suelo por donde pisa.

—¡¿Tú lo decidiste?! —Asiento con la cabeza—. ¡El puto irlandés y tú lo planeasteis todo, ¿verdad?!

—Sí —confieso.

Gruñe y amartilla la pistola.

—¿Crees que puedes utilizarme, traicionarme y vivir para contarlo?

—Luca… —susurro.

—¡Cállate! No se jode con un De Santis. Eso ya deberías saberlo. —Vuelve a pegar el cañón a mi frente e inspira hondo por la nariz—. ¡Habría puesto el mundo entero a tus pies, joder!

Una lágrima solitaria desciende por su mejilla y, entonces, lo noto, su mano, la que sujeta el arma, está temblando. Clavo mi mirada en él. Ya no hay odio en sus ojos, solo dolor y decepción.

—No quieres matarme —susurro con una exhalación.

Duda y su mano tiembla aún más. Traga saliva con fuerza y más lágrimas recorren su rostro.

—¡Joder! —vocifera, bajando la pistola.

Retrocede un par de pasos y yo suspiro aliviada. No va a matarme, no puede o no quiere hacerlo. Lo observo en silencio mientras da vueltas sobre sí mismo, maldiciendo. Reúno el poco valor que me queda y doy un paso hacia él.

—Luca…

La puerta se abre de golpe, interrumpiéndome. Al ver a Romeo en la entrada, todas mis alarmas se activan de golpe. Puede que a mí no quiera matarme, pero no dudará en acabar con mi amigo. Luca lo mira y esa rabia y ese odio resurgen en sus ojos. Casi a cámara lenta, lo veo alzar el brazo. Va a disparar a Romeo, estoy segura. Lo sujeto por la muñeca con ambas manos, la retuerzo como hizo él antes conmigo y, con un movimiento rápido, se la quito.

—¡Bianca! —grita Romeo, tirando de mí hacia la salida.

Luca se abalanza sobre mí para cogerme de nuevo el arma, está a punto de alcanzarme. Intento alzarla para amenazarlo, pero, cuando toca mi mano, el movimiento hace que mi dedo presione el gatillo.

El estruendo de la detonación me deja paralizada. Luca baja la mirada a su abdomen y veo que su camiseta gris empieza a teñirse de un rojo intenso. Levanta la cabeza y sus ojos se clavan en los míos.

—No… —susurro, negando con la cabeza.

—¡Bianca, hay que irse! —Romeo vuelve a tirar de mí.

Se agacha para recoger mi mochila, que se ha caído en el forcejeo, y me arrastra fuera de la habitación.

—Lo he matado —murmuro, creo que para mí misma, no estoy segura.

—¡Eso da igual ahora! ¡Corre, maldita sea! Van a venir a por nosotros.

Dejo que tire de mí por el pasillo. Mis piernas se mueven solas. Por puro instinto de supervivencia empiezo a correr; sin embargo, en mi mente sigo viendo el rostro de Luca cuando se dio cuenta de que le había disparado. ¡Dios santo! ¿Qué he hecho?

Capítulo 60

ROMEO

Atravieso toda la casa, arrastrando a Bianca detrás de mí. Tenemos que salir de aquí cuanto antes. El disparo debe de haber alertado a todo el mundo y apuesto a que ya nos están buscando. Bianca tropieza en las escaleras y está a punto de caerse, pero consigo sujetarla y sigo tirando de ella.

Ya en la planta baja, nos dirigimos a la salida principal, pero somos interceptados por Vincenzo y cuatro de los chicos de seguridad. Los reconozco enseguida. Estos últimos meses he trabajado en distintas misiones con todos ellos, y Vin… A él lo conozco de una forma mucho más íntima y personal. Le arrebato la pistola a Bianca y la escondo detrás de mí mientras apunto al que hasta hace solo unas horas era mi amante.

—¿Vas a dispararme, Serra? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Solo si no me dejas otra opción —contesto con la respiración acelerada.

Vincenzo echa un vistazo alrededor y frunce el ceño.

—¿Dónde está mi hermano? Si esa zorra a la que proteges está

viva, él… —Deja la frase en el aire y niega con la cabeza.

Apuesto a que, al escuchar el disparo, pensó que había sido su hermano quien había ejecutado a Bianca.

—En su dormitorio.

—¡Hijo de puta! —Saca su arma y me apunta.

—Antes de que puedas apretar el gatillo te habré volado la cabeza. —Doy un paso lateral, cubriendo a Bianca con mi cuerpo—. En vez de perder el tiempo conmigo, deberías enviar a alguien a la planta de arriba, un médico a poder ser, antes de que tu hermano se desangre.

Vincenzo suelta otra maldición. Hace un gesto con la barbilla y los tres hombres se dirigen corriendo a las escaleras. Mientras las suben, yo sigo mirándolo a él.

—No vais a salir de esta casa con vida, Romeo —sisea entre dientes.

Trago saliva y esbozo media sonrisa.

—Vamos, amor, sabes que sí lo haré. ¿Te digo por qué? —Doy un paso hacia él sin dejar de apuntarle—. Porque, si en dos minutos no envío un mensaje, alguien le mandará a Leone fotografías y vídeos tuyos muy comprometidos.

Estrecha la mirada sobre mí. No necesito explicarle qué imágenes son esas. No existen, pero eso él no lo sabe.

—Es un farol —escupe.

—¿Estás seguro? Yo no me arriesgaría. Nadie necesita verte con mi polla en la boca, amor, ni mordiendo una almohada mientras…

—¡Cállate, joder! —grita—. Si eso es verdad, tú también estarías jodido.

Suelto una falsa carcajada y me encojo de hombros.

—Mírame, ya lo estoy. Llevo media vida cargando con los pecados de mi padre. No tengo nada que perder, al contrario que tú.

El tiempo pasa, Vin. Baja la pistola y acabemos con esto.

Aprieta los dientes y exhala con fuerza.

—Tú ganas, pero esto no termina aquí —gruñe, tirando el arma a un lado.

Respiro aliviado y me acerco a él en un par de zancadas, lo sujeto por la nuca y busco su mirada.

—Lo siento. —Antes de que pueda apartarse, estrello mis labios contra los suyos un segundo y después golpeo su nariz con la frente.

Vincenzo retrocede, sujetándose el rostro con ambas manos. Está sangrando por la nariz. Aprovecho el momento de distracción para volver a tirar de Bianca y salimos de la casa a toda prisa.

Miro hacia atrás en varias ocasiones. Bianca corre conmigo, pero no pronuncia ni una sola palabra y parece como… ausente. Solo cuando nos adentramos en el garaje y nos acercamos a uno de los todoterrenos negros, la escucho hablar.

—No, el Ferrari —dice, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Sí, a mí también me gusta tu deportivo, pero con uno de estos llamaremos menos la atención.

—No es por eso. —Inspira hondo y señala su coche—. El Ferrari no tiene localizador GPS. Lo pedí por encargo, por si algo así pudiese pasar.

Sonrío y beso su frente de manera fugaz.

—Chica lista. —Vuelvo a tirar de su mano y nos subimos al deportivo a toda prisa.

El motor ruge mientras conduzco a toda velocidad por la ciudad. Ahora mismo me da igual que nos pare la Policía. Lo único que me importa es alejarme lo máximo posible de los De Santis. Solo cuando llegamos a las afueras, desacelero un poco y echo un vistazo en dirección a Bianca. No ha vuelto a abrir la boca desde que salimos de la casa y sigue perdida en sus propios pensamientos.

—Apuesto a que tienes alguna ruta de escape planeada. ¿A dónde vamos? —Tras unos segundos en los que parece no escucharme, me detengo a un lado de la carretera—. ¿Bianca? ¡Eh!

Entonces ella gira la cabeza en mi dirección y un sollozo sale de su garganta.

—Creo que lo he matado —susurra con un hilo de voz—. Yo no quería. Fue un accidente.

Las lágrimas desbordan sus ojos y niega con la cabeza.

—Mierda. —Exhalo y la atraigo hacia mí para abrazarla—. Todo va a estar bien, cielo. Sería un gran inconveniente que muriera. No necesitamos que la organización nos cargue con el asesinato de un Don, pero si ocurre…

—¡¿Crees que eso me importa?! —exclama, apartándose de mí —. ¡He disparado a mi marido! Me da igual que vengan a por mí. ¡No quiero que muera, joder! No puedo… No… —Vuelve a sollozar y se cubre la cara con las manos.

La observo en silencio. Escucho su llanto y se me rompe el corazón. En todos los años que la conozco, nunca había visto así a Bianca, ni siquiera en sus peores momentos. El día que intentó suicidarse, fue sin lloros ni quejas. Estaba sufriendo, pero no derramó ni una sola lágrima. Sin embargo, ahora…

—Lo quieres —digo al entender al fin cuál es su preocupación. Mi amiga alza la cabeza, sorbe por la nariz y asiente de manera casi imperceptible—. Eso sí es una putada. Necesitamos ir a un lugar seguro. Después encontraré la manera de saber algo de él. ¿De acuerdo?

Asiente de nuevo y se seca las mejillas con el dorso de la mano.

—Llama a Ryan y cuéntale lo que ha pasado. Nos quedamos en su casa. Es el lugar más seguro en estos momentos. Vincenzo no se atreverá a atacar al jefe de la mafia irlandesa en su propio territorio.

—No, eso es algo más propio de Luca.

Aparta la mirada e inspira hondo por la nariz.

—Si aún sigue vivo, no estará en condiciones de hacerlo. Vamos. No hay tiempo que perder.

Capítulo 61

VINCENZO

Camino de un lado a otro del despacho, resoplando y maldiciendo en voz baja. ¡Esos dos desgraciados van a pagar por esto! ¡Los quiero muertos, joder! Casi matan a mi hermano. Cuando lo encontré inconsciente sobre un charco de su propia sangre, creí que no sobreviviría.

Me detengo al escuchar que llaman a la puerta. Enseguida, la cabeza de mi esposa se asoma al interior de despacho. Mierda. Se supone que debo hablar con ella. Después de lo que pasó anoche en la cena, le debo una explicación.

—¿Puedo pasar? —pregunta, como siempre, con cautela y educación.

—Sí, claro. —Carraspeo y espero a que cierre la puerta.

Ilenia se acerca y respira hondo antes de hablar. No menciona nada sobre mi nariz hinchada. Si sabe que ha sido Romeo el que me ha golpeado, decide ignorarlo. Es propio de ella.

—Acabo de ir a ver a Luca. Tu madre está con él ahora. Sigue dormido.

—Lo sé. El médico lo ha sedado. Estará fuera de combate unas horas más.

—Pero se va a poner bien, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

Nos quedamos callados un rato. El ambiente se vuelve pesado. Es una situación incómoda. ¿Cómo le explicas a tu esposa que le has sido infiel con un hombre? Resoplo y hundo los dedos en mi pelo.

—Ilenia, te debo una explicación sobre lo que pasó anoche durante la cena.

—No me debes nada. Tú eres… Yo… —titubea y se retuerce las manos con nerviosismo—. Creo que siempre lo supe, pero no quise verlo. Es complicado. En el mundo en el que vivimos, las mujeres no tenemos sueños ni metas, solo maridos. Desde niñas nos preparan para ser unas esposas obedientes, dóciles y complacientes. Damos por hecho que nuestros maridos tendrán amantes ocasionales; sin embargo, nadie me dijo nunca cómo actuar o pensar en el caso de que mi esposo se sintiera atraído por otros hombres.

—No es culpa tuya —aclaro, acercándome y cogiéndole las manos—. Yo te quiero. Eres una esposa maravillosa y una gran madre. Tenemos un matrimonio sólido. No quiero que nada de eso cambie.

—No va a cambiar, Vincenzo. —Esboza una sonrisa tímida y retrocede un par de pasos—. Conozco mi lugar y mis deberes. Solo… Me gustaría que contestaras una pregunta.

—Claro, lo que quieras.

—¿Alguna vez sentiste atracción por mí? Quiero decir… Nuestra vida sexual tampoco ha estado tan mal todos estos años, y no sé si era algo que te salía de forma natural o estabas… fingiendo.

Me acerco de nuevo a ella y acaricio su mejilla con suavidad.

—Nunca he fingido nada. Eres una de las mujeres más hermosas

que conozco, de eso no tengas ninguna duda. —Tras asentir, sigue retrocediendo de espaldas hasta llegar a la puerta, da media vuelta y abandona el despacho en silencio.

Mascullo una maldición. Nada de esto tendría que haber pasado. Si tan solo hubiese sido capaz de mantener la polla dentro de los pantalones… Intenté evitarlo, de verdad que lo hice, pero el hijo de puta de Romeo Serra es mi perdición, mi maldito punto débil. Hasta que él llegó a nuestras vidas, mantenía mi sucio secreto lejos de la casa familiar.

Mi teléfono empieza a vibrar sobre la superficie de la mesa. Al cogerlo, leo en la pantalla el nombre del que hace solo unas horas consideraba mi amante. Atiendo la llamada y me llevo el aparato a la oreja.

—¿Cómo te atreves a llamarme? Maldito traidor…

—Antes de que empieces a gritar e insultarme, ¿puedo saber cómo está tu hermano?

—¡¿Qué mierda te importa?!

—A mí nada, pero Bianca está preocupada.

—Esa pequeña zorra y tú…

—¡Ey! ¿Con quién demonios crees que estás hablando? —me corta—. Vas a decirme ahora mismo cómo está tu hermano. ¿Entendido?

Trago saliva con fuerza al notar cómo mi polla empieza a endurecerse. Siempre he sido un hombre autoritario, después de Luca soy yo el que tiene el mando de la familia; sin embargo, cuando Romeo me habla en ese tono, me convierte en su jodida puta, y hace ya mucho tiempo que dejé de fingir que no me gusta.

Carraspeo y respiro hondo para recuperar el control de mis propias emociones.

—¿De verdad crees que puedes darme órdenes, hijo de puta? Te

mataré.

Escucho cómo ríe al otro lado de la línea.

—¿Cuándo vas a matarme, Vin? ¿Antes o después de suplicar que te deje chupármela? Ambos sabemos que ahora mismo estás empalmado, y eso es gracias a mí.

—¡Que te follen! —siseo entre dientes.

—Pronto. Ahora dime si tu hermano ha sobrevivido. Tengo a Bianca a punto de cortarse las putas venas por la jodida culpa.

—Es lo mejor que puede hacer, que acabe con su vida antes de que Luca la encuentre. Es cuestión de tiempo, y no demasiado. En cuanto despierte, querrá ir a por ella y, conociéndolo, sé que le hará pagar por su traición de la peor manera imaginable.

—Bien, aquí lo esperamos —dice antes de colgar.

—¡Maldito hijo de perra! —vocifero, y golpeo la mesa con el puño cerrado.

Me sirvo una copa y me dejo caer en el sofá. No sé qué hacer. Con mi hermano inconsciente, toda la responsabilidad sobre las decisiones recae sobre mí. Lo más coherente sería informar al capo de la situación; sin embargo, eso es algo que nos traería muchos problemas. Le advertí a Luca que asociarse con los irlandeses no era una buena idea. Nos han ayudado a recuperar parte del estatus y el poder que poseía nuestra familia antes de que nuestro padre se convirtiera en un traidor, pero ¿a qué coste?

Ahora que sabemos quiénes son los que están intentando acabar con la organización, no podemos hacer nada, porque de alguna manera fuimos nosotros quienes los pusimos en esa posición. Kincaid, Bianca, Romeo… Todos ellos tienen el poder que nosotros mismos les otorgamos. No, esto es algo que tenemos que resolver de manera interna. En cuanto Luca se recupere, iremos a por ellos, los mataremos a todos y nunca nadie sabrá lo que ha sucedido.

Paso gran parte de la noche encerrado en el salón, bebiendo y lamentándome por haber sido tan idiota. Sabía que algo no iba bien con Bianca Rossetti, lo intuía, pero no hice nada al respecto, y en cuanto a Romeo… El muy hijo de puta me distrajo con su maldito cuerpo de dios griego y ese pelo revuelto y alborotado en el que tantas veces he hundido los dedos. Lo peor de todo es que, incluso después de su traición, sigo deseándolo.

Bianca

—¡Está vivo! —anuncia Romeo tras colgar la llamada.

Exhalo con fuerza y me cubro la cara con ambas manos. No he podido dejar de llorar desde que llegamos a la casa de Ryan. Me siento como si una enorme grieta estuviese separando en dos mi pecho, una herida sangrante y profunda que amenaza con destruirme. El dolor es real, físico, como nunca antes lo había sentido.

—Es una buena noticia —comenta Ryan—. Los De Santis no informarán a nadie. Van a querer resolverlo por ellos mismos. Casi seguro que vendrán a por nosotros.

Me seco las mejillas y tomo una respiración profunda. Ni siquiera he podido pensar en las consecuencias de todo lo que ha pasado. Mi única preocupación hasta ahora era Luca y su estado de salud, además de la culpa que me corroe por dentro, y no solo por el disparo, que fue completamente accidental. La traición, ese dolor y decepción que expresaban sus ojos, sus lágrimas, la forma en la que me miró cuando se dio cuenta de que había apretado el gatillo… ¡Dios santo! No creo que pueda borrar nunca esa imagen de mi

mente.

—Bianca, ¿te encuentras mejor?

Pestañeo y asiento en respuesta a la pregunta de Romeo. Inspiro hondo por la nariz y miro a Ryan.

—¿Crees que nos atacarán aquí? —inquiero.

—Es poco probable —responde Romeo—. Conozco a Vincenzo. No es tan imprudente como para iniciar una guerra con los irlandeses en su propio territorio. Además, eso llamaría demasiado la atención. Ahora mismo, lo más seguro para ellos es mantener un perfil bajo.

—Estoy de acuerdo —dice Ryan, acercándose—. Por el momento estáis seguros aquí. Reforzaré la vigilancia en la casa, pero Vincenzo no se atreverá a planear un asalto, mucho menos sin el permiso de su Don.

Asiento, dándole la razón y muevo el cuello de un lado a otro. Sigo estando dolorida y apuesto a que tengo las marcas de los dedos de Luca en la piel. Si no estuviese herido, estoy segura de que él sí sería lo bastante insensato como para presentarse aquí con el objetivo de matarnos. Una parte de mí desea que lo haga, al menos significaría que ya está recuperado y fuera de peligro.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Todo el plan se ha ido a la mierda. Nos hemos quedado sin nada —se queja Romeo.

Ryan se acerca más al sofá donde he pasado todo el día acurrucada y se arrodilla delante de mí. Me sujeta las rodillas y por un segundo pienso que esas manos tan suaves e inmaculadas no son las que deseo tener sobre mí. Incluso con la piel quemada y arrugada, el tacto de Luca es mucho más reconfortante.

—Bianca, sé que todo esto te ha afectado mucho. Conozco muy bien lo que se siente cuando arrebatas tu primera vida, esa sensación de vacío y la certeza de que algo dentro de ti ha cambiado

y nunca volverá a ser como antes. Entiendo que estés afectada, pero ya has escuchado a Romeo, De Santis está vivo. No tienes por qué seguir culpándote.

Alzo la vista a mi amigo y este niega con la cabeza. Él sabe que mi estado de ánimo no tiene nada que ver con que haya estado a punto de matar a alguien, el verdadero problema son mis sentimientos por ese alguien.

—Estaré bien —digo, intentando sonar convincente.

—Eso espero, porque ahora más que nunca necesitamos todo tu ingenio para salir de esta situación.

—No tenemos demasiadas opciones. Seguir adelante con el plan ya no es factible. El intercambio con los mexicanos se llevará a cabo muy pronto, pero estoy segura de que, ahora que saben que estamos detrás de toda la persecución policial, cambiarán el lugar de encuentro.

—Cierto, necesitamos un nuevo plan, y tiene que ser rápido porque el tiempo se acaba. ¿Se te ocurre algo?

Niego con la cabeza y suspiro.

—Necesito pensar. Tal vez, después de una ducha caliente y descansar un rato, se me ocurra alguna idea para salir de esta. Tenemos algo de tiempo aún. Como has dicho, los De Santis no vendrán a por nosotros, al menos, no hasta que Luca se recupere.

—Sí, creo que lo mejor es que todos nos vayamos a dormir —sugiere Romeo.

Ryan se pone de pie y me tiende la mano para ayudarme a hacer lo mismo.

—He pedido que os preparen un par de habitaciones. —Se acerca más a mí y esboza una pequeña sonrisa—. Aunque, si lo prefieres, puedo compartir mi dormitorio contigo.

—Eh… En realidad, creo que lo mejor es que esté sola. Podré

concentrarme en intentar buscar una solución a este enorme problema que tenemos entre manos —respondo a modo de excusa.

Ahora mismo no tengo ganas ni energías para explicarle a Ryan que lo que sea que teníamos se ha terminado. No voy a seguir fingiendo que estos meses con Luca no han cambiado mi parecer. Se lo diré, pero no ahora.

Como siempre, se muestra comprensivo y él mismo me acompaña a mi habitación. Una vez sola en su interior, vuelvo a derrumbarme una última vez. Estos momentos son los únicos que perderé lamentándome y lloriqueando por algo que jamás debió suceder. Luca y yo no estábamos destinados a estar juntos. Fui yo la que forzó esa unión y debo aceptar que ha llegado a su fin, aunque eso me destroce por dentro. Lo peor de todo es que él jamás sabrá lo mucho que me importa y que, tal vez, si las cosas hubiesen sido de otra manera, podríamos haber llegado a ser una pareja real.

Capítulo 62

Luca

Trago la jodida pastilla con un sorbo de agua y le devuelvo el vaso a mi madre. No se ha separado de mí desde anoche. Desperté de madrugada, desorientado y muy dolorido. Por suerte, la medicación no tardó en hacerme efecto y volví a sumirme en un sueño profundo hasta hace solo un par de horas, que desperté. Me siento mejor, aunque sigo débil y el costado me duele bastante.

Hago una mueca al incorporarme en la cama. Tuve suerte de que la bala no tocara ningún órgano vital. Entró por el costado derecho y salió por la espalda de manera limpia. El médico solo tuvo que coser la herida y transfundirme sangre para reemplazar la que había perdido. Se supone que la pérdida de sangre es lo que me tiene tan agotado.

—Luca, despacio —me regaña mi madre, y enseguida me ayuda a enderezarme, colocando un cojín en mi espalda.

Exhalo con fuerza y cierro los ojos. Odio sentirme tan inútil, y más aún cuando estamos metidos en un lío de dimensiones gigantescas. Tengo que levantarme de esta maldita cama y

resolverlo antes de que Maurizio Leone se entere y tome cartas en el asunto.

—¿Dónde está Vincenzo? —inquiero.

—Tu hermano está en su despacho. Dijo que vendría a verte más tarde. ¿Qué necesitas?

—Salir de la cama. Tengo mucho trabajo que hacer.

—Luca, hijo, el mundo no se va a derrumbar porque descanses un poco. Te han disparado. Podrías haber muerto.

Frunzo el ceño. Ella me ha disparado y ahora estará con el cabrón de Kincaid celebrando su victoria. Solo con imaginar que él pueda tocarla, besarla o… ¡Dios santo! Quiero matarlos a ambos. Bufo con fuerza y aparto el edredón con violencia.

—Ayúdame a levantarme —pido.

—Luca…

—Mamá, si no me ayudas, lo haré yo solo, pero voy a salir de la jodida cama ahora mismo.

Al fin logro convencerla y, con cuidado, me pongo de pie. Me tambaleo un poco, pero enseguida logro enderezarme. El dolor en mi costado se incrementa, aunque es bastante soportable.

—¿Cuáles son los analgésicos? —pregunto, señalando la media docena de frascos de comprimidos que hay sobre la mesita de noche.

Mi madre me da el bote. Enseguida me tomo un par más de pastillas y vuelvo a dejarlas sobre la mesita.

—Vas a ir a buscarla, ¿verdad? —Frunzo el ceño, confuso por su pregunta—. A tu esposa. No dejarás que se marche sin más.

—Me disparó. ¿Crees que puedo dejarlo pasar? —siseo entre dientes.

Mi madre esboza media sonrisa y se acerca más a mí. Acaricia mi mejilla con suavidad y niega con la cabeza.

—Hijo, ambos sabemos que lo que menos te importa es que haya intentado matarte. Irás a buscarla porque la amas y no eres capaz de vivir lejos de ella.

—¿Cómo dices?

Resopla y se sienta al borde de la cama, cruza las piernas y se ajusta el bajo del vestido antes de volver a mirarme.

—Heredaste la tenacidad de tu padre y también su ansia de poder, una de ellas te llevará a la tumba, igual que le ocurrió a él, pero la otra… —Estrecha la mirada sobre mí—. La otra hará que esa mujer tan irrespetuosa y malcriada caiga rendida a tus pies. Es tu esposa, Luca. Tráela de vuelta. Lo que sea que haya hecho, estoy segura de que podréis superarlo.

—Espera… Creí que odiabas a Bianca, ¿por qué me estás diciendo todo esto?

Se pone de pie y viene de nuevo hacia mí.

—Porque tú la amas. No importa lo que yo diga, o Vincenzo, ni siquiera el mismísimo capo. Es tu mujer y su lugar está aquí, a tu lado.

—Es una traidora, mamá. Merece la muerte —mascullo, apartando la mirada.

Mi madre me sujeta la barbilla y me obliga a mirarla de nuevo.

—Ahora entiendes por qué he estado tan furiosa contigo estos últimos años. Entiendo que cumpliste con tu deber y que nos salvaste a todos, pero le arrebataste la vida a la persona que yo amaba… No sabes lo que es echarlo de menos cada día, saber que por mucho que pase el tiempo jamás volverás a verlo… —Inspira hondo y sus ojos se llenan de lágrimas no derramadas—. No es algo que le desee a nadie, Luca, y mucho menos a mi propio hijo.

—Lo siento, mamá —susurro.

—Lo sé, y eso lo hace aún más difícil, pero tu historia no tiene

que acabar como la mía. Trae a tu esposa de vuelta y arréglalo.

—¿Cómo? Ni siquiera confío en ella. Me estuvo mintiendo y engañando todo este tiempo. Solo me utilizó.

—Encontrarás la forma, hijo. Estoy segura. ¿Quieres que te ayude a darte un baño? —Niego con la cabeza y ella ríe—. No te avergüences. Te he visto desnudo muchas veces.

—Cuando era un niño, pero ya no lo soy. Puedo solo.

—Está bien. Llámame si necesitas algo.

Asiento y la observo mientras se dirige a la puerta. Está a punto de salir cuando la llamo.

—Mamá. —Se gira a medias y me mira por encima del hombro —. Gracias —susurro.

Esboza una nueva sonrisa y después se marcha, dejándome solo en el dormitorio. Exhalo con fuerza y hago una mueca de dolor al dar los primeros pasos en dirección al baño.

Tardo más de una hora en lavarme y cambiarme de ropa. El vendaje que cubre todo mi abdomen me impide moverme con naturalidad. Al regresar al dormitorio, encuentro mi pistola sobre la mesa auxiliar que está junto al sillón, el mismo sillón donde pasé sentado toda la noche reuniendo valor para asesinar a mi esposa.

Me acerco a la mesa y alcanzo el paquete de cigarrillos que dejé a medias, saco uno y, tras encenderlo, le doy una calada larga. No puedo dejar de pensar en las palabras de mi madre: «Es tu esposa, Luca. Tráela de vuelta. Lo que sea que haya hecho, estoy segura de que podréis superarlo». ¿Es posible? ¿Puedo perdonar su traición? ¿Quiero hacerlo? No estoy del todo seguro. Además, ella no siente nada por mí. Todo fueron mentiras y engaños entre nosotros. Ni siquiera la conozco de verdad.

«Encontrarás la forma, hijo. Estoy segura». La voz de mi madre vuelve a resonar en mi mente y resoplo con fuerza.

Aunque la perdone, no puedo obligarla a estar conmigo en contra de su voluntad. Bianca es una mujer fuerte, poderosa e intransigente. Si ella ha decidido que… Sacudo la cabeza de un lado a otro y aplasto el cigarrillo contra el fondo del cenicero mientras tomo una respiración profunda. ¡Maldita sea! Yo también soy poderoso. Es mi jodida esposa, me pertenece. Si quiere librarse de mí, va a tener que volver a dispararme, y más vale que esta vez apunte a la cabeza.

Me guardo la pistola en la cinturilla del pantalón, me pongo una chaqueta de traje sobre la camiseta de tirantes y, tras coger mi teléfono y unos guantes, salgo del dormitorio lo más rápido que soy capaz. Sé muy bien dónde se está escondiendo, con él, el maldito Kincaid la protege. Bien, pues que se prepare porque pienso meterle una bala en la cabeza y recuperar a mi esposa.

Capítulo 63

BIANCA

Dicen que después de una buena noche de descanso los problemas no parecen tan malos. Supongo que por eso yo sigo viéndolo todo negro, ya que, en total, dudo que haya alcanzado las dos horas de sueño en toda la noche. Estoy aún más confusa que ayer y no se me ha ocurrido ninguna idea para solucionar el lío en el que estamos metidos.

Al entrar en el comedor encuentro a Ryan sentado en la cabecera de la mesa. Mechones de pelo rubio le caen sobre la frente cubriendo parte de sus ojos verdes. Es tan distinto a Luca… Y no solo físicamente. Sus personalidades son del todo opuestas. Ambos son hombres respetados y poderosos en sus organizaciones, pero mientras que Ryan siempre opera con tranquilidad y exagerada meticulosidad, y es frío y calculador en muchos aspectos, Luca se mueve siempre por impulsos. Es poderoso, sí, pero de una forma mucho más salvaje y visceral. Hasta hace poco creí que esa forma de actuar era una debilidad, ahora ya no estoy tan segura.

Doy un paso más al interior del comedor y carraspeo para

hacerme notar. Creí que estaría acompañado por alguno de sus hombres. Esta casa está llena de gente. Es imposible no cruzarse con alguien que baja o sube del sótano. Según tengo entendido, ese es el punto de reunión para todos sus hombres. Hay peleas, apuestas y a saber cuántas cosas más. Sinceramente, tampoco es que me interese saberlo.

—Buenos días —saluda Ryan al verme.

Esboza una sonrisa y me indica con la mano que tome asiento a su lado. En cuanto me he acomodado, una de las chicas del servicio se acerca para ponerme un cubierto y después se retira.

—Te veo muy solo. Creí que encontraría la mesa repleta de gente —comento, sirviéndome una taza de café.

—Me gusta tener paz durante el desayuno. El resto del día ya es un caos constante —responde animado.

Asiento y le doy un trago largo a mi taza. Durante un buen rato comemos en silencio. Es extraño, Ryan y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Hemos compartido un objetivo común y horas interminables en la cama, pero nunca antes había convivido con él en su propia casa. No conozco sus costumbres ni hábitos, y él tampoco los míos. Me siento como si estuviese compartiendo mesa con un desconocido.

—¿Romeo? —pregunto tras apartar mi plato. No he comido demasiado. Mi apetito desapareció al segundo o tercer bocado.

—No lo sé. Aún no lo he visto. —Volvemos a quedarnos callados unos minutos más—. ¿Tú cómo te encuentras?

Me encojo de hombros a modo de respuesta. Por suerte no me han salido cardenales en el cuello y ya no me duele. Ahora la única herida que sigue abierta es la que se encuentra en el centro de mi pecho.

Estoy segura de que Ryan también está notando este ambiente

tan extraño entre nosotros e intenta romper el hielo haciendo alguna pregunta sin relevancia, aunque no tiene éxito.

—Creo que debería ir a buscar a Romeo. Quiero que vuelva a llamar a Vincenzo para interesarse por el estado de Luca.

Estoy a punto de levantarme cuando él habla de nuevo.

—Bianca, espera un momento —me pide. Frunzo el ceño y busco su mirada—. Ayer no estabas tan abatida por pensar que habías matado a alguien, ¿verdad? Hay algo más que no me estás contando y creo saber de qué se trata.

—Ryan…

—No, déjame hablar —me interrumpe, y toma una respiración profunda—. La noche en la que fui a buscarte a ese restaurante, me di cuenta de que Luca De Santis y tú estabais compartiendo un momento… ¿íntimo? No sé si esa es la palabra correcta, pero sí que la tensión y atracción entre vosotros era evidente. ¿Me estoy equivocando?

—No —contesto en un susurro.

—Ya, eso me imaginaba. ¿Sientes algo por él?

—Es mi marido.

—No te estoy preguntando eso. Los dos estuvimos de acuerdo en que casarte con él era la decisión más acertada para librarte de la influencia de tu padre. Era un mal necesario; sin embargo, algo ha cambiado estos últimos meses. Puedo verlo en ti y en la forma en la que te brillan los ojos cuando hablas de él. Además, el estado en el que apareciste ayer en mi casa… Estabas sufriendo. No por lo que hiciste, sino por a quién se lo hiciste. Incluso ahora mismo puedo verlo en tu mirada. Si tuvieses la oportunidad, irías corriendo a buscarlo, y eso no tiene nada que ver con el matrimonio o tus propios intereses. Hay sentimientos de por medio.

Inspiro hondo por la nariz y asiento despacio.

—Tal vez debí contártelo antes, pero…

—¡Nos atacan! —exclama Romeo, entrando en el comedor a la carrera.

Nos levantamos de un salto cuando empezamos a escuchar los disparos.

—¿Los hermanos De Santis? —inquiere Ryan.

—Él —le corrige Romeo. Me mira a mí y resopla con nerviosismo —. Tu marido se ha presentado aquí solo y se está cargando a todo aquel que se cruza en su camino.

Luca

Me resguardo tras un pilar del vestíbulo principal y aprovecho para comprobar cuántas balas me quedan en el cargador. Ya he matado a seis hombres. Bueno, puede que el último no esté muerto, le alcancé a la altura del hombro. Un disparo pasa muy cerca de mi cabeza. Bufo y hago una mueca al sentir un nuevo tirón en el costado. Creo que se me acaba de saltar otro punto. Espero que la sutura aguante.

Aprieto los dientes, me giro y disparo un par de veces más. Uno de los tipos cae justo delante de mí. Me agacho, aguantando el dolor en el costado, y lo obligo a enderezarse.

—Enhorabuena, acabas de ascender de cadáver a escudo humano —mascullo en su oído, agarrándolo por detrás.

Salgo de mi escondite, dejando que el tipo que tengo agarrado por el cuello reciba los balazos que eran para mí. Lo empujo hasta el centro de la sala y aprovecho para cargarme a un par de tipos más. Entonces, lo veo: el hijo de puta de Kincaid aparece de la nada

acompañado por Serra y… ella. Joder, Bianca está aquí.

—¡Bajad las armas! —ordena el irlandés. Los disparos cesan. Bueno, casi todos, yo aún disparo una vez más, abatiendo a uno de sus hombres en el acto—. De Santis, eso también va por ti. Baja la puta pistola.

—Gracias por tu sugerencia, maldito hijo de puta, pero prefiero seguir conservándola. Al menos hasta que mi esposa y yo estemos fuera de aquí.

—Entonces, es por eso… ¿Has venido a buscar a Bianca?

Ella da un paso en mi dirección, pero Ryan la sujeta por el brazo.

—¡No la toques! —bramo.

Empujo el cuerpo de su hombre y lo apunto a la cabeza. Los tipos que aún siguen con vida vuelven a alzar sus armas.

—Tranquilos, chicos, esto es algo entre De Santis y yo.

—En realidad, tú me importas una mierda. He venido a por mi mujer. —La miro a ella—. Nos vamos, Bianca.

—Ella no va a moverse de aquí —intercede Kincaid, cubriéndola con su cuerpo—. Esto es entre tú y yo. Baja la pistola y resolvámoslo como hombres.

Sonrío. Nunca me he acobardado ante un desafío, y menos aún cuando me muero de ganas por darle una paliza a quien me está desafiando. Bajo el brazo, me quito la chaqueta y la lanzo al suelo, seguida por el arma.

—Adelante. Veamos de qué eres capaz.

—¡¿Qué?! ¿En serio? —Bianca resopla y se cruza de brazos—. ¿Crees que la mejor manera de resolver esto es a puñetazos?

Ni siquiera me molesto en contestar. Espero a que Kincaid dé un paso en mi dirección y me abalanzo sobre él. Mi primer puñetazo impacta en su mandíbula. Siento una nueva punzada en el costado, pero no me detengo. Sigo golpeándolo, aunque él también

contrataca. Nos revolcamos por el suelo lanzando puñetazos. Su codo me alcanza en el ojo izquierdo, dejándome algo aturdido. Consigo sacármelo de encima, antes de que vuelva a golpearme, lanzándole una patada en el estómago.

Me pongo en pie con dificultad. Un hilo de sangre recorre mi mejilla desde la ceja y una mancha enorme empieza a dibujarse en mi camiseta. Parece que al final la sutura no ha aguantado. Kincaid me mira con furia. Tiene un corte en el pómulo y los nudillos ensangrentados.

Nos enfrentamos de nuevo, esta vez sujetándonos por la ropa, y, cuando estoy a punto de darle un cabezazo en la nariz, una detonación nos sobresalta. Ambos miramos a Bianca, tiene mi pistola en la mano y acaba de disparar al techo.

—Parad de una maldita vez o juro que yo misma os mataré a los dos —sisea entre dientes.

A regañadientes, nos separamos, aunque seguimos mirándonos con rabia contenida. Bianca se interpone entre nosotros.

—Vámonos de aquí —le ordeno sin aliento.

Baja la pistola y clava la mirada en mi costado.

—Luca, estás sangrando.

Desvío la mirada y me toco la zona. Lo que antes era una mancha de sangre se ha convertido en un charco que se escurre por mis piernas hasta llegar al suelo. Quiero decirle que estoy bien, que lo único que me importa es sacarla de este lugar cuanto antes y llevármela a casa, pero unos puntos negros se cuelan en mi campo de visión y, cuando intento hablar, me tambaleo.

—Mierda, va a perder el conocimiento —dice alguien, creo que es la voz de Serra.

Trago saliva con fuerza e intento mirar a Bianca, pero los puntos negros se convierten en manchas enormes que me impiden verla

con claridad. Cierro los ojos y sacudo la cabeza de un lado a otro antes de perder el equilibrio. Noto cómo caigo, y al impactar con la espalda en el suelo se me escapa el poco aire que tenía en los pulmones.

—¡Luca! ¡Luca! —Noto las manos de Bianca en mi rostro. Estoy seguro de que es ella, podría reconocer su tacto entre un millón—. Luca, no te desmayes. ¡Mierda, que alguien llame a un médico!

Capítulo 64

Bianca

Luca abre los ojos y enseguida vuelve a cerrarlos. Suelta un pequeño gemido e intenta moverse, pero lo detengo.

—No hagas esfuerzos o volverás a abrirte la herida —susurro, sujetándolo por los hombros.

Al escucharme, sus ojos se abren de golpe y hace una mueca con los labios.

—¿Vas a intentar matarme otra vez? Adelante, no volverás a tener otra oportunidad mejor —masculla con voz ronca.

Suspiro y niego con la cabeza.

—Eres tú quien ha venido a buscarme, Luca. Aunque aún no sé con qué intención.

Intenta moverse de nuevo y esta vez no soy capaz de impedírselo. Se incorpora, haciendo muecas de dolor, y echa un vistazo a lo que nos rodea.

—¿Dónde demonios estamos? —inquiere.

—En mi dormitorio.

Frunce el ceño y busca mi mirada.

—¿Tienes un dormitorio en la casa de tu amante? Estaba seguro de que compartiríais cama.

Me levanto con una exhalación. Parece que ya no se encuentra tan mal como antes.

—No me gusta dormir acompañada. Eso ya lo sabes.

—Ya, claro —farfulla—. Te acuestas con él, pero no duermes en su cama. Sois una pareja de lo más peculiar.

Gruñe al hacer el esfuerzo de sentarse al borde de la cama. Yo lo observo en silencio. Me alegra que esté aquí y verlo bien. Bueno, todo lo bien que puede estar con una herida de bala en el abdomen.

—Deberías guardar reposo. Un médico te suturó la herida mientras estabas inconsciente, pero has perdido mucha sangre.

—¿Pretendes que me disculpe por ensuciar el suelo de la casa de tu amante con mi sangre?

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—Deja de referirte a Ryan como mi amante, ¿quieres? Suena ridículo y patético viniendo de ti.

—¿Patético? Como si no fuese verdad.

—No lo es —susurro.

Vuelve a clavar su mirada en la mía.

—¿Me estás diciendo que no te has acostado con él?

—Ya conoces la respuesta a esa pregunta, y no tienes ningún derecho a reclamarme nada. Durante años no te faltaron mujeres para calentarte la cama. Es injusto que me juzgues porque yo haya hecho lo mismo.

Intenta ponerse de pie, se tambalea y vuelve a sentarse en el borde de la cama.

—¡Maldita sea! —farfulla, y bufa con fuerza—. La diferencia es que yo no conspiraba con ninguna de esas mujeres a tus espaldas. Nunca te mentí ni te engañé.

Intenta levantarse de nuevo, y esta vez lo consigue, aunque parece aturdido o mareado.

—Espera, te ayudo —digo acercándome.

Cuando estoy a punto de sujetarlo por el brazo, se aparta de manera brusca y me lanza una mirada fulminante.

—No me toques —sisea con rabia.

Retrocedo un par de pasos y trago saliva con dificultad. Un nudo de angustia se ha instalado en mi garganta. Odio que me mire así, como si yo fuese el peor de sus males. Sé que la culpa y los remordimientos son los que me están afectando, pero hay algo más: anhelo. Deseo con todas mis fuerzas que Luca vuelva a mirarme como aquella noche en el almacén, cuando se quitó los guantes por primera vez, cuando me folló sobre el Ferrari. «Me amas, pero aún no estás lista para tener esta conversación». Esa frase, que entonces carecía de sentido para mí, ahora la entiendo y tenía toda la razón.

Inspiro hondo por la nariz y busco su mirada.

—Ya estoy lista para tener esa conversación —susurro.

Esboza una sonrisa arrogante y niega con la cabeza.

—¿Ahora quieres hablar? Tuviste mucho tiempo para contarme la verdad, Bianca. ¿Dónde está mi pistola?

Suspiro. No lo ha entendido y tampoco puedo culparlo por ello.

—En un lugar seguro, donde no puedas usarla contra mí.

—¿Crees que necesito un arma para acabar con tu vida?

Da un paso hacia mí. Mi primer instinto es retroceder, pero me mantengo firme. No le tengo miedo. Pudo dispararme en su casa y no lo hizo. Eso tiene que significar algo. Luca da otro paso y después otro. Levanto la cabeza para poder seguir mirándolo a los ojos cuando está a tan solo unos centímetros de mí. Alza un brazo y rodea mi garganta con la mano muy despacio.

—Adelante, si es lo que quieres, no opondré resistencia.

Estrecha la mirada sobre mí y ladea la cabeza.

—Por supuesto que lo harás. Eres una luchadora. —Cierra la mano alrededor de mi garganta—. El error que cometes es pensar que me apiadaré de ti.

Con un movimiento brusco, me empuja hasta que mi espalda golpea la pared. El cuerpo de Luca se cierne sobre mí, aplastándome mientras aprieta mi garganta con fuerza, aunque no la suficiente como para dejarme sin respiración. Empiezo a plantearme que tal vez estaba equivocada. ¿Me he arriesgado demasiado? Quiero pensar que Luca no sería capaz de matarme, pero ¿y si me estoy dejando llevar por mis propios deseos?

—Solo tengo que gritar y veinte hombres armados entrarán en la habitación —digo con la respiración acelerada.

Luca vuelve a sonreír de esa forma que me pone los pelos de punta.

—Hazlo y tendrás veinte cadáveres a tus pies. —Me aplasta con su cuerpo y me obliga a alzar la cabeza—. Mírate ahora, ya no pareces tan valiente. Solo eres una niña asustada jugando a ser peligrosa.

—No quise hacerte daño —susurro, intentando contener el llanto.

—¡Cállate!

Incrementa la presión en mi garganta, cortando por completo el flujo de aire. Me tiene completamente inmovilizada. Lo único que puedo hacer es aferrarme a su muñeca para intentar apartarla, pero es demasiado fuerte.

—Fue un accidente —logro vocalizar ya sin aliento.

Afloja el agarre y tomo una respiración profunda.

—¿Me engañaste por accidente? ¿Me mentiste por accidente? ¿Jugaste conmigo por accidente? —Chasquea la lengua y niega con

la cabeza—. No lo creo.

—El disparo… —Respiro de manera acelerada para llenar mis pulmones de aire—. No… No quería dispararte, Luca.

Se acerca más, dejando su boca a apenas unos centímetros de la mía.

—Yo tampoco quiero estrangularte, pero aquí estamos. —Afloja aún más el agarre en mi garganta y acaricia el lateral de mi cuello con su dedo pulgar.

—Poder —susurro sin apartar la mirada de sus ojos—. De eso trata todo, ¿verdad? Quieres demostrar que eres tú quien lo tiene. —Su mano asciende por mi barbilla. Desliza el dedo pulgar por encima de mi labio inferior y se pega aún más a mí.

—Es que soy yo quien tiene el poder. Tal vez hayas pensado lo contrario porque permití que lo hicieras, pero tu boca, tu piel, el aire que respiras… Toda tú me perteneces. Eres mía, te guste o no.

Entreabro los labios y deslizo la lengua por la punta de su pulgar. El sabor a cuero del guante explota en mi boca. Luca entorna los ojos, como si no esperara que hiciese eso. Esbozo un amago de sonrisa y muevo mi rodilla hacia arriba para rozar su bragueta.

—Pensar que soy solo tuya te pone duro, ¿verdad? —susurro, notando la firmeza bajo sus pantalones.

—No solo lo pienso. Es la realidad y puedo demostrarlo.

Sin saber cómo, he pasado de temer por mi vida a estar terriblemente excitada. Ese es el jodido problema con Luca De Santis. Con él no hay término medio. Nunca me aburro. Es el tipo de hombre que hace que una mujer se vuelva loca de una forma u otra.

Contengo el aliento cuando desliza la mano por mi vientre. No se molesta en desabrochar mi pantalón, solo introduce la mano en su interior hasta llegar a mi sexo. Abro más las piernas para proporcionarle un mejor acceso y él esboza una sonrisa peligrosa.

Sus dedos se adentran entre mis pliegues, resbalando con facilidad.

—Dios santo —susurro, echando la cabeza hacia atrás.

—Dios no está aquí, Bianca. Solo yo, y este es el poder que tengo sobre ti. Mírate, estás empapada y dispuesta a recibir todo lo que quiera darte, porque sabes que nadie más que yo te hace sentir así. —Hunde el rostro en mi cuello y lame mi piel desde el hombro hasta detrás de la oreja—. Él no te pone tan cachonda, ¿verdad? No es capaz de hacer que te corras tan rápido.

—Luca… —empiezo a decir, pero introduce dos dedos de golpe en mi interior y se me corta el aliento.

Alza la cabeza, me sujeta de nuevo por la garganta y empieza a meter y sacar los dedos con más velocidad y dureza.

—Eso es, mi nombre es el único que vas a pronunciar mientras te corres. —Con el pulgar acaricia mi clítoris, haciendo pequeños círculos sin dejar de follarme con los dedos. Cierro los ojos y contengo un gemido de placer—. De eso nada. ¡Abre los putos ojos, Bianca! No vas a contenerte.

Me aferro con fuerza a su muñeca, clavo las uñas en su piel, justo por encima de los guantes.

—¡Luca! —gimo.

—Más alto. Grita mi nombre. Que ese bastardo escuche a quién perteneces.

Retuerce los dedos en mi interior y todo mi cuerpo se tensa.

—¡Luca! —vocifero.

—Otra vez —gruñe, frotando mi clítoris con el pulgar.

—¡Oh, mierda! ¡Luca!

Un latigazo de placer me recorre la columna. Echo la cabeza hacia atrás y noto que el orgasmo se apodera de mi cuerpo. Se expande y chisporrotea en mis terminaciones nerviosas hasta explotar en mi bajo vientre. Luca retira la mano de mis pantalones,

me obliga a mirarlo y una de las comisuras de su boca se estira.

—Puede que tu corazón no me pertenezca, pero tu cuerpo es mío, Bianca. Y mataré a cualquiera que vuelva a tocarlo.

Capítulo 65

Luca

Me aparto de ella con un movimiento brusco. Hago una mueca de dolor y llevo la mano al nuevo vendaje que me han puesto mientras estaba inconsciente. De espaldas a Bianca, busco con la mirada mi camiseta, aunque la última vez que la tuve puesta recuerdo que estaba empapada de sangre.

—¿Dónde está mi chaqueta? —gruño.

—¿Qué? —Me giro y encuentro a Bianca aún apoyada contra la pared.

¡Dios santo! Está tan hermosa después de correrse. Solo tengo ganas de volver junto a ella y follarla como un puto maníaco. De hecho, la presión que siento en la entrepierna es un duro recordatorio de que, a pesar de lo que acabo de hacer, es ella la que tiene todo el poder sobre mí y no al revés.

—Mi jodida chaqueta. ¿Dónde está? —le pregunto visiblemente cabreado.

No vine aquí para esto. Mi única intención era entrar en esta casa, cargarme al puto irlandés y llevarme a mi mujer. Sin embargo,

he terminado desmayándome en el recibidor y siendo atendido por un médico. No contento con eso, también le he regalado un orgasmo de castigo a mi esposa. Si es que no sé cómo estoy vivo.

—Luca, tu herida… —Bianca señala mi abdomen. Bajo la vista y me doy cuenta de que una pequeña mancha de sangre empieza a aparecer sobre las vendas—. El médico dijo que podía volver a sangrar si no guardabas reposo. Túmbate, te ayudaré a… —deja la frase a medias cuando intenta tocarme y yo me aparto.

—No necesito tu jodida ayuda. Recoge lo que sea que tengas en este lugar y vámonos a casa.

—¿A casa?

—Sí, Bianca. Nos vamos. —Ella niega con la cabeza—. No te estaba preguntando.

Resopla con fuerza y vuelve a negar. Se mueve por la habitación. Coge lo que parece ser mi chaqueta de encima de una cómoda y me la tira a la cara.

—Que no te haya disparado a propósito no significa que vaya a dejar que me mates. Si quieres irte, hazlo tú solito.

Lanzo la chaqueta sobre la cama y camino hacia ella con decisión. Como ya esperaba, no retrocede. Alza la barbilla de manera desafiante y me mira directamente a los ojos.

—Si quisiera… —Exhalo profundo—. Si pudiera matarte, ya lo habría hecho.

—Entonces ¿qué sentido tiene llevarme de vuelta a tu casa? ¿Piensas encerrarme allí y torturarme para saciar tu sed de venganza?

La forma en la que dice «tu casa», como si ella no hubiese vivido en ella durante los últimos años, me hace explotar de pura rabia.

—¡No, joder! ¡Voy a llevarte a «nuestra casa» porque ese es el lugar al que perteneces como mi jodida esposa! —La sujeto por la

nuca—. Te llevaré a casa porque soy un imbécil, porque a pesar de que para ti solo haya sido un juego, aunque me usaras a tu antojo, soy incapaz de imaginarte lejos de mí. Me niego a pasar ni una noche solo en mi cama.

—Eso no tiene sentido —susurra, negando con la cabeza.

—¡Lo sé, maldita sea! Me encantaría volver atrás, al momento en el que aún no te echaba de menos cada maldito segundo del día, a esos instantes en los que no sentía que mi corazón sangra y agoniza por tu traición. —Tomo una respiración profunda y la miro a los ojos —. Me gustaría no amarte como te amo, Bianca.

Nunca antes le había dicho a una mujer que la amaba. Jamás había sentido tanto por alguien. Se supone que este debería ser un momento de felicidad para nosotros, pero solo soy capaz de sentir una especie de agujero en el centro de mi pecho que amenaza con destrozarme desde dentro. La amo, pero ¿a qué coste? ¿Cómo voy a ser capaz de pasar el resto de mi vida a su lado después de lo que ha hecho? ¿Podré perdonarla algún día? ¿Quiero hacerlo? Lo único de lo que estoy seguro es de que no tengo otra opción más que vivir con ello, porque la alternativa es alejarla de mí, y ese sería mi fin. No creo que pudiera sobrevivir si la perdiera. Veo cómo sus ojos se llenan de lágrimas y niega con la cabeza.

—Luca…

—¿Sabes qué es lo peor? Que estoy condenado a vivir el resto de mis días amando a alguien que me aborrece. No me refiero solo a tener que dormir con un ojo abierto por si decides asesinarme en mitad de la noche porque forma parte de tus planes. Hablo de que no volveré a confiar en ti, no sabré si alguna de tus sonrisas es real, si cuando gimas mi nombre al correrte estarás siendo sincera o será una estrategia más para volver a engañarme. Ese va a ser mi castigo por enamorarme de ti, Bianca.

Nos quedamos en silencio. Yo con la respiración acelerada y ella conteniendo las lágrimas que están a punto de derramarse desde sus ojos. Entonces alza una mano y la coloca en mi mejilla.

—La noche de nuestra cita fallida, en el almacén, mientras nos lo montábamos sobre el Ferrari dijiste que…—Inspira hondo y frunzo el ceño—. Voy a repetir lo que dije hace un rato: «Estoy lista para tener esa conversación».

La miro sin comprender a qué se refiere.

Rememoro esa noche en el almacén. Por primera vez permití que alguien más, aparte de mi familia, viera mis manos desnudas. Después la follé sobre la carrocería del Ferrari. Ese fue un momento importante para mí porque, en ese preciso instante, me di cuenta de que ya no había vuelta atrás. Estuve completamente seguro de que mis sentimientos por Bianca no eran solo deseo o atracción, me había enamorado de ella. «Me amas, pero aún no estás lista para tener esta conversación».

La suelto y retrocedo un par de pasos. Su jodido olor me está nublando la mente.

—¿A qué estás jugando ahora? —pregunto con un hilo de voz. No puede ser verdad. Está mintiendo y manipulándome de nuevo—. ¿Esto también es parte de tu plan? Vas a seguir intentando destruirme, ¿verdad? Aún no has terminado.

—No, Luca. Mi plan no tiene nada que ver contigo.

—Entonces ¡¿qué mierda quieres de mí?! —exclamo, llevándome las manos a la cabeza.

—¡Nada! Solo intento salvar a mi hermana.

—¡¿Te has vuelto loca?! ¡¿Qué tiene que ver Caterina con todo esto?!

—¡Todo! —grita, y las lágrimas que estaba reteniendo empiezan a descender por sus mejillas—. ¡No lo entiendes, joder! Todo lo hago

por ella, para salvarla.

—¿De qué tienes que salvarla?

—¡De mi padre! No puedo permitir que la historia se repita, que ella pase por lo mismo que yo.

La observo mientras el llanto se apodera de ella. Quiero abrazarla y consolarla, pero al mismo tiempo no puedo dejar de pensar que todo esto solo es una más de sus manipulaciones.

—Intento seguirte, Bianca, pero tus malditos mensajes son contradictorios. Hace solo un instante has insinuado que sientes algo por mí y ahora resulta que quieres salvar a tu hermana de casarse con alguien que ella no ha escogido. ¿Tan mal te ha ido conmigo? ¿Tanto te arrepientes de que yo fuese el elegido para ser tu esposo?

—¡Maldita sea, Luca! Por una jodida vez plantéate la posibilidad de que el mundo no gira a tu alrededor. ¡No quiero salvar a Rina de un matrimonio concertado, intento alejarla de mi padre!

—¿De qué hablas? No entiendo nada de lo que dices.

—¡Porque no escuchas, joder! Hasta ahora he conseguido mantenerla lejos de él, pero en menos de dos semanas volverá del internado. Estará en la mansión, sola, con él. —Respira de manera agitada y da un paso hacia mí—. Nadie estará allí para impedir que ese hijo de puta se meta en su habitación en mitad de la noche. Nadie podrá evitar que le haga todas esas cosas que me hacía a mí.

Cierro los ojos e intento asimilar lo que acabo de oír. Repito sus palabras en mi mente una y otra vez buscándole un sentido. «Nadie podrá evitar que le haga todas esas cosas que me hacía a mí». Busco su mirada con los puños apretados y la mandíbula tensa.

—¿Qué es lo que te hacía a ti? —pregunto con un hilo de voz.

Contengo el aliento mientras aguardo su respuesta. Solo espero que lo que estoy suponiendo no sea real. ¡Por Dios santo!, no puede ser verdad.

—Es justo lo que estás pensando.

Exhalo con fuerza y niego con la cabeza. Ese hijo de puta… Fue capaz de… «Nadie estará allí para impedir que ese hijo de puta se meta en su habitación en mitad de la noche. Nadie podrá evitar que le haga todas esas cosas que me hacía a mí».

Luciano Rossetti aún no lo sabe, pero es un hombre muerto. Arrasaré con toda la organización si es necesario, quemaré ciudades, destruiré familias, pero va a pagar por lo que ha hecho.

Capítulo 66

Bianca

El rostro de Luca pasa de la estupefacción a la furia en cuestión de segundos. Suelta un grito ronco y empieza a golpear la pared con los puños. Lo observo inmóvil. Temo acercarme y ser víctima de su ira, pero no puedo dejar de pensar que, con esa actitud agresiva, lo único que va a conseguir es que se le vuelva a abrir la herida.

Estoy a punto de intentar detenerlo cuando la puerta del dormitorio se abre y Romeo asoma la cabeza. Lo más probable es que el grito de Luca y el sonido de sus golpes lo hayan alertado. Mi marido se detiene de repente, se gira y lo fulmina con la mirada.

—¡Fuera! —grita, colérico.

Romeo me mira a mí en busca de confirmación. Sé que está preocupado, pero esto es algo que tenemos que resolver Luca y yo a solas.

—Todo está bien —aseguro.

—Estaré cerca. Si me necesitas…

—¡¿No la has escuchado?! —lo corta Luca—. ¡Que te largues, joder! —Lo empuja fuera de la habitación y cierra la puerta con un

sonoro estruendo.

Me siento en el borde de la cama y sigo observándolo en silencio mientras maldice y se mueve de un lado a otro del dormitorio. Al fin parece tranquilizarse un poco. Toma una respiración profunda y se gira hacia mí.

—Se te ha abierto la herida —comento, señalando su vientre.

—No me importa. —Exhala con fuerza y sus ojos se inundan de lágrimas—. ¡Dios santo, Bianca!

Intenta venir hacia mí, pero lo detengo alzando una mano.

—Cambia esa maldita expresión de tu rostro —siseo entre dientes. Se queda inmóvil y estrecha su mirada sobre mí—. No te atrevas a mirarme con lástima. Soy una jodida superviviente. Estoy cambiando mi destino. No quiero ni necesito tu condescendencia.

Se acerca despacio, como si temiera que en cualquier momento fuera a explotar. Cae de rodillas delante de mí y coloca las manos sobre mis rodillas.

—No me compadezco de ti, Bianca. Eres la persona más fuerte y valiente que he conocido nunca, pero no puedes quitarme el derecho a estar furioso por lo que ese hijo de puta te hizo.

No me pasa desapercibido que ha no ha dicho «mujer», sino «persona». La persona más fuerte y valiente que ha conocido nunca.

—Acepto tu furia, no tu lástima —susurro.

Inspira hondo por la nariz y asiente.

—Cuéntamelo todo. ¿Cuándo pasó? ¿En qué momento?

—No te va a gustar escucharlo —mascullo, apartando la mirada.

Sujeta mi barbilla y me obliga a girar la cabeza en su dirección.

—Cuando decidí casarme contigo, supe que tendría que escuchar muchas cosas que no me gustarían, y, aun así, aquí estoy.

—¿Qué te hace pensar que tú lo decidiste? —Arqueo una ceja con arrogancia—. Todas tus elecciones y decisiones, incluso antes de

que nos casáramos… Yo te llevé a ellas, Luca. Nunca tuviste otra opción.

Suelta mi barbilla y se pone en pie con un gruñido, no sé si por el dolor en su costado o por lo que acabo de afirmar.

—Ahora estoy tomando una decisión por mí mismo. Quiero saberlo todo.

Inspiro hondo por la nariz y asiento. Siempre supe que, tarde o temprano, tendría que contárselo. Un secreto así no es posible ocultarlo eternamente.

Hago una pausa para coger aire, y explicar un secreto que me acompaña y me pesa desde hace años. Nunca pensé que la primera persona que iba a escucharlo sería Luca, pero ahora tiene todo el sentido del mundo.

—Siempre fue un hombre cariñoso conmigo —empiezo a decir. Miro a Luca de reojo y este asiente con la cabeza, animándome a continuar—. Nunca me parecieron extraños los besos y las caricias que recibía de él. Aunque también es cierto que solo era una niña y él era mi padre. Suponía que era así como los padres querían a sus hijas. No había nada de malo en ello. Al menos eso pensaba hasta que una noche, cuando volví del internado, con trece años, me despertó de madrugada y dijo que quería jugar conmigo.

—Vamos a jugar —murmura, creo que para sí mismo.

Asiento. Luca cierra los ojos y maldice en voz baja. Estoy segura de que ahora mismo está recordando todas esas veces en las que me abalancé sobre él sonámbula, repitiendo esa misma frase. Yo me esfuerzo cada día para olvidarla. Intento borrar de mi mente todas las noches en las que sentí cómo mi propio padre me arrancaba el alma a pedazos.

—Mi subconsciente es un hijo de puta cruel y retorcido —mascullo entre dientes.

—Continúa —pide.

—Esa noche supe que lo que él me había hecho no estaba bien. A partir de ese momento, se convirtió en una costumbre. Cada vez que mi querido padre quería desahogarse, se metía en mi habitación en mitad de la noche y me obligaba a… —Trago saliva con fuerza y sacudo la cabeza de un lado a otro—. Hablar de esta mierda siempre me afecta. Cuando lo recuerdo, regreso allí, a aquel dormitorio. Puedo sentir su peso encima del mío, su aliento en mi cuello, sus manos recorriendo mi cuerpo, incluso su olor a sudor y alcohol.

—Hijo de puta —sisea Luca, y se acerca más a mí—. ¿Se lo contaste a alguien?

—Claro que no. ¿A quién iba a decírselo? Incluso a esa edad era muy consciente del poder que Luciano Rossetti tenía sobre todo aquel que lo rodeaba. Nadie me hubiese creído.

—¿Hasta cuándo duró? ¿Cuándo fue la última vez que él…?

—¿Me violó? —Esbozo una falsa sonrisa y me encojo de hombros —. Puedes decirlo, Luca. Llámalo por su nombre.

—¿Cuándo? —gruñe, apretando los puños.

—La noche de nuestra fiesta de no compromiso, como tú la llamas. Cuando todos los invitados se fueron, yo me retiré a mi habitación. Quise darme una ducha, y al regresar lo encontré sentado sobre mi cama, esperándome. Me dijo que lo que había pasado ese día era una desgracia, pero que en parte se alegraba porque significaba que seguiría estando bajo su techo. —Suspiro y me cubro el rostro con las manos—. ¿Sabes lo peor? Yo también me alegré de no tener que casarme contigo. Así podría seguir en la mansión, protegiendo a Rina.

—Por eso me pediste que anulara nuestro compromiso —deduce.

—Sí, y también porque eres un jodido tarado, pero eso es lo de menos.

—¿A tu hermana también…?

—No, por eso no quería casarme contigo, porque entonces sería Rina la que ocuparía mi lugar. ¿Sabes cuál era su excusa para abusar de mí? Desde niña siempre decía que yo era demasiado parecida a mi madre, le recordaba a ella, y esa era razón suficiente para hacer conmigo lo que quisiese. El jodido problema es que Rina también se parece a nuestra madre. Yo ya estaba acostumbrada a lo que me hacía, podía soportarlo, pero ella no.

—¿Cómo conseguiste salir de esa casa? ¿Qué pasó para que él te permitiera irte a Europa?

—Bueno, ese día no solo cambió tu vida para siempre. Resulta que, cuando mi padre terminó de abusar de mí y se dispuso a marcharse, al otro lado de la puerta encontró a mi tía Sarah. Ella no tardó en darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Se puso histérica, y empezó a gritar y a golpearlo. Él se la llevó a rastras. Creí que iba a matarla, pero no fue así. Después de un buen rato, la tía Sarah entró en mi habitación, me dijo que hiciera una maleta, que iba a vivir con ella en Europa. Para entonces, Rina ya estaba en el internado, así que no dudé en aprovechar la salida que me estaba ofreciendo.

—¿Y cómo pasaste de estar huyendo de tu padre a aliarte con el puto Kincaid? ¿Cuál era tu plan, Bianca?

—Mi plan «es» destruir a mi padre. Ryan solo me impulsó a llevarlo a cabo.

—Odio que pronuncies su nombre —masculla entre dientes.

—Le debo mucho, Luca. Él vino a buscarme cuando vivía en Múnich con mi tía. Se acercó a mí con la esperanza de alcanzar sus objetivos.

—El puerto —sisea.

—Sí. Lo más sencillo hubiese sido que nos casáramos, pero mi

padre jamás aceptaría que me uniera en matrimonio a alguien como él. La mafia irlandesa… No, era imposible. No tardé en averiguar sus intenciones y, entonces, nos asociamos. Él conseguiría el puerto y yo destruiría a mi padre antes de que Rina abandonara el internado.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

—Tú fuiste mi tapadera. Por mucho que viviera en Europa, solo era cuestión de tiempo que me obligaran a casarme con un siciliano del agrado de mi padre. Mantuve a los pretendientes alejados, creando rumores sobre mí misma y los cientos de amantes y escándalos en los que me metía, pero, al final, Augusto Colombo fue el elegido.

—Nunca tuviste intención de casarte con él, ¿verdad?

—¿Con ese viejo decrépito? Ni se me pasó por la cabeza, pero necesitaba una excusa para volver y, sobre todo, tenía que llamar tu atención. Le pedí a Ryan que metiera a sus hombres en tu territorio, que te molestara lo máximo posible. Fue un verdadero incordio para ti, y cuando te ofreció la posibilidad de obtener más poder ni siquiera lo dudaste.

—Sabías que iba a secuestrarte la noche antes de tu boda.

—Por supuesto. Dejé la puerta abierta para que entraras. Romeo se encargó de que nadie os cortara el paso. Viniste a buscarme porque yo así lo decidí.

—Lo tenías todo planeado.

—Así es, al menos hasta que me llamaste aquella noche cuando estaba en París. No esperaba que me propusieras tener un hijo. Eso sí fue una verdadera sorpresa.

—¿Qué habría pasado si te hubiese dejado embarazada?

Arqueo una ceja y casi se me escapa una sonrisa.

—Luca, tomo anticonceptivos desde que era una niña. ¿Qué pensaría la gente si la hija del Don de Nueva York apareciese

embarazada con trece años? Él se aseguró de que nadie descubriera su sucio secretito.

—¡Voy a matarlo, joder! —gruñe, dándole otro puñetazo a la pared.

—¿Esa reacción es por lo de mi padre o porque no te conté lo de los anticonceptivos? —inquiero.

Luca me mira con furia y resopla.

—Por ambas razones. Siempre fui un jodido títere en tus manos, ¿verdad? Lo tenías todo planeado, cada pequeño detalle. ¿Algo de lo que sé de ti es cierto?

Decido no responder a su pregunta y continuar con mi relato. Quiero que sepa toda la verdad.

—Como decía… Tu propuesta me sorprendió y a partir de ese momento todo se fue a la mierda porque empecé a improvisar. No esperaba viajar contigo a Sicilia, ni mucho menos que compartiéramos dormitorio. Los paseos, la forma en la que diste la cara por mí delante de todos esos hombres poderosos… Incluso de mi propio padre. Empecé a conocerte mejor. —Inspiro hondo por la nariz y clavo la mirada en la suya—. Me di cuenta de que no eras el hombre que yo creía. Siempre te vi como un clon de mi padre, pero más joven y atractivo; sin embargo, con tus acciones me demostrabas que estaba equivocada. Quería seguir detestándote, pero todas esas discusiones y riñas entre nosotros solo hacían que sintiera cosas por ti que jamás creí posibles.

—¿Qué cosas? —pregunta en un susurro.

Me pongo de pie y camino hacia él con nerviosismo. Las palabras que estoy a punto de decir nunca antes las he pronunciado y me aterra saber cuál será su reacción.

—No sé en qué momento me enamoré de ti, Luca. Cada día me digo a mí misma que no te soporto. Tu arrogancia, esas ansias de

poder… Eres todo lo que detesto en un hombre, pero en el instante en el que me desperté y te vi a los pies de la cama, observándome con tanto odio… Justo en ese segundo supe que te amo y que te había perdido para siempre.

Luca se me queda mirando a los ojos, inmóvil y en silencio, por un tiempo que se me hace eterno. Veo que su garganta se mueve al tragar saliva con fuerza y aparta la vista.

—El maldito problema de decir tantas mentiras es que ahora no sé si estás siendo sincera o solo quieres volver a manipularme —dice de manera entrecortada.

—Lo entiendo —susurro con una exhalación.

Empiezo a retroceder de espaldas mientras trato de contener el llanto con todas mis fuerzas. No voy a llorar delante de él. Ya me he humillado bastante por hoy. Estoy a punto de darme la vuelta cuando siento su mano en mi muñeca, tira de mí con fuerza hacia su cuerpo y con el otro brazo rodea mi cintura.

—Me da igual si mientes. Soy un idiota, ¿recuerdas? Prefiero creer que es verdad. —Enmarca mi rostro con ambas manos y pega su frente a la mía—. Manipúlame todo lo que quieras, pero no vuelvas a huir de mí.

Antes de que pueda entender el significado de sus palabras, estrella sus labios contra los míos y no puedo hacer más que abrazarlo por el cuello y abrir la boca. El primer contacto de su lengua con la mía es como una jodida explosión con fuegos artificiales incluidos. Su sabor, su olor, la forma en la que me aprieta contra su cuerpo… Lo odio por hacerme sentir así, tan débil y vulnerable, y, sin embargo, lo amo por las mismas jodidas razones.

Capítulo 67

Luca

Empujo a Bianca hacia la misma pared contra la que la retuve antes. La beso con ganas, hundiendo la lengua en su boca, saboreándola como si estuviese bebiendo de ella. Ignoro el dolor en mi costado cuando aplasto mi cuerpo contra el suyo. Me da igual desangrarme. Moriré encantado si puedo seguir besándola unos segundos más.

—Luca, para —jadea, empujándome por los hombros.

Niego e intento pegar mis labios a los suyos de nuevo, pero gira la cabeza, huyendo de mí.

—No hagas eso —gruño. La sujeto por la barbilla y me adueño de su boca otra vez.

El beso dura solo un instante, ya que Bianca no tarda en volver a esquivarme. Resoplo. ¿Por qué tiene que joderlo todo? Al menos, mientras la estoy besando, no pienso en todo lo que ha pasado. Prefiero ignorar que la mujer que tengo entre mis brazos me ha engañado y manipulado durante años, y más aún los motivos que la llevaron a hacerlo.

Lo entiendo, de verdad. Todo lo que ha hecho para destruir a su

padre es justificable, pero una parte de mí sigue furiosa. Aunque quiera, me cuesta confiar en ella y sé que eso es algo que no va a cambiar; al menos, no por el momento.

—Tienes que detenerte ahora. —Retrocedo solo unos centímetros—. Vas a abrirte más la herida y no me apetece ver cómo te quedas sin sentido otra vez.

Bufo con fuerza y retrocedo un par de pasos.

—Está bien. Larguémonos de aquí de una maldita vez. —Frunce el ceño y yo vuelvo a gruñir—. Bianca, esto no es una sugerencia. Nos vamos a casa, te guste o no. ¿Dónde está mi pistola?

—¿Para qué la quieres? —inquiere, arqueando una ceja.

—Para cargarme a Kincaid. No pienso irme sin antes meterle un par de balas en la cabeza.

—¡Luca, no puedes hacer eso! —exclama.

—¿Quién lo dice? Ese hijo de puta no solo me la ha jugado, también ha estado follándose a mi mujer. Que siga respirando aún es un jodido milagro.

—No puedes matarlo. Ryan es importante para mí.

La miro con furia. ¿Cómo se atreve a decir algo así?

—Repite eso y te juro que no solo me lo cargaré a él. Reduciré a cenizas esta maldita casa con todos los hombres, mujeres, niños o quien quiera que esté en su interior.

—¡Dios santo! Baja un poco la intensidad, ¿quieres? —Exhala con fuerza y se pinza el puente de la nariz—. Ryan…

—Deja ya de decir su nombre —gruño.

—¡Y tú deja de comportarte como un maldito tarado psicópata! ¿No puedes entender que le debo mucho?

—¡No le debes una mierda! Te usó para acercarse a mí y conseguir el puerto de Nueva York.

—Puede que sí, pero también me salvó la vida. Me dio un

propósito, algo por lo que luchar.

Niego con la cabeza. No va a convencerme de que deje vivir a ese hijo de puta.

—Quéjate todo lo que quieras. Haz un jodido drama, me da igual, pero lo voy a matar, y al traidor de Serra también. Ahora, dame mi pistola.

—¿En serio? Resulta que Romeo también es un problema —masculla—. Con él no me he acostado.

—Es un traidor y te alejó de mí. No necesito más motivos para matarlo.

—Te equivocas. Si no fuese por Romeo, ahora mismo no estaría aquí, aguantando tus gilipolleces. Ni siquiera nos habríamos casado. —Estira las manos con las muñecas hacia arriba—. Él me salvó la vida. No es una frase hecha, Luca, literalmente le debo la vida.

Agarro sus manos y deslizo los pulgares por encima de sus tatuajes. *Furza* y *Curaggiu.* Con los guantes no puedo sentir el relieve de las cicatrices que se esconden bajo la tinta, pero sé que están ahí.

—Cuéntamelo —pido.

Bianca aparta rápido las manos y retrocede, negando con la cabeza.

—¿Qué importa eso ahora?

—A mí me importa. Estamos siendo sinceros, ¿no? Pues quiero saberlo todo. ¿Por qué te hiciste esto?

Bufa y se encoge de hombros.

—No lo soportaba más. Una niña de quince años debería estar preocupada por salir el fin de semana con sus amigos, quedar con el chico que le gusta o aprobar un examen. —Inspira hondo y cierra los ojos—. Lo único que me preocupaba a mí a esa edad era encontrar la forma de que mi padre no abusara de mí todas las malditas

noches.

—Bianca…

—No —me corta—. ¿Quieres saberlo todo? Pues escúchalo. Estaba harta. Me odiaba a mí misma por no ser capaz de luchar contra él. Se supone que debería resistirme, pero no lo hacía, solo me quedaba inmóvil mientras él me hacía todo lo que tus pensamientos más perversos puedan alcanzar. Si mi padre me ordenaba que se la chupara durante horas, lo hacía. Si quería follarme…

—¡Suficiente! —exclamo para hacerla callar.

No puedo soportar seguir escuchando lo que ese hijo de puta le hacía.

—¿No querías saberlo? Eso fue lo que me llevó a cortarme las venas. Quería que mi vida se terminara, y por unos instantes, mientras me desangraba en el baño, me sentí en paz porque sabía que no tendría que volver a vivir nada de eso, pero, entonces, Romeo me trajo de vuelta al infierno.

—Te salvó la vida —murmuro para mí.

—Esa mañana habíamos quedado para entrenar. Le pareció extraño que no apareciera y fue a buscarme. Recuerdo escuchar sus gritos antes de perder el conocimiento, y, cuando desperté, mi padre estaba allí, al lado de mi cama. Me dijo que si volvía a intentarlo no dejaría que ningún médico me atendiera, pero entonces sería Rina la que tendría que encargarse de él, ella ocuparía mi lugar.

Vuelvo a estampar mi puño, esta vez contra la puerta.

—¡Voy a matar a ese hijo de puta! —grito.

Bianca se acerca a mí con decisión. Alza la barbilla y niega con la cabeza.

—Ni se te ocurra. No vas a echar por tierra todo el esfuerzo de los últimos años. Seré yo quien termine con su vida, pero antes haré

que pierda todo su poder. Lo quiero hundido, humillado y suplicando clemencia. Solo entonces le daré el tiro de gracia.

Sujeto su rostro entre las manos y busco su mirada.

—De acuerdo, Diavuletta. Tú lo matarás, pero antes me divertiré un rato con él.

—Me lo pensaré.

La agarro por la nuca y pego mi rostro al suyo.

—No te estaba pidiendo permiso. Ahora dime dónde está mi pistola.

Capítulo 68

LUCA

Bianca pone los ojos en blanco y se aparta de mí. Se equivoca si cree que no hablo en serio. El puto irlandés tiene los minutos contados. No dejaré que siga respirando tras saber que la ha tocado, besado y…. ¡Mierda! Me hierve la sangre solo con pensar en ello.

—No vas a matar a Ryan y tampoco a Romeo.

—Al traidor lo dejaré vivir, pero lo del puto irlandés no es negociable.

—¡Luca, maldita sea! —exclama. Bufa con fuerza y me mira, frunciendo el ceño—. Está bien. Hagamos un trato.

Estrecho la mirada sobre ella con curiosidad, pero también con cautela.

—No estamos negociando, Bianca, pero adelante. Solo por curiosidad, ¿qué es lo que propones?

—Si dejas en paz a Ryan, me iré contigo.

Esbozo media sonrisa.

—Vas a venir conmigo de todos modos. Puedes hacerlo por las buenas o…

—O convertirme en el jodido grano más grande y molesto que has tenido nunca en el culo —me interrumpe—. Es tu decisión.

Espero unos segundos antes de responder, como si realmente me estuviese planteando la posibilidad de dejar a ese cabrón con vida. Ni en sus jodidos sueños.

—Creo que podré soportar una más de tus rabietas. Ahora dame mi puta pistola.

—¡Luca! Joder, por una vez deja de actuar como un tarado inconsciente. Hay una veintena de hombres armados solo dentro de la casa. ¿Crees que vas a poder salir de aquí de una pieza después de matar a su jefe? —Me encojo de hombros—. Van a matarte, idiota. No solo estoy salvando su vida, también la tuya.

—¿Desde cuándo te preocupas por mí?

—Desearía no hacerlo —sisea cabreada—. No voy a darte la pistola hasta que me prometas que no matarás a Ry…

—¡Deja de decir su maldito nombre, joder! —vocifero.

—¡Y tú deja de compórtate como un niño caprichoso!

Nos miramos con intensidad durante unos segundos. Estamos librando una batalla de la que pienso salir vencedor.

—Puedo hacer esto durante todo el día —susurro, encogiéndome de hombros.

Bianca suspira y se acerca más a mí, acaricia mi mejilla con suavidad y clava su mirada en la mía.

—Necesito que confíes en mí.

Aparto la mirada y niego con la cabeza.

—Pides demasiado —mascullo.

—Luca, mírame. —Enmarca mi rostro con ambas manos y gira mi cabeza con suavidad—. Voy a irme contigo. No porque sea parte de ningún plan o porque tema que me hagas daño. Estás aquí solo y desarmado. Solo tengo que decir una palabra para que cualquiera

entre en este dormitorio y te mate.

—¿Me estás amenazando? —inquiero.

—No, todo lo contrario. Quiero…. Necesito que entiendas que hago esto porque quiero. Voy a arriesgar todo aquello por lo que he luchado en los últimos años porque confío en ti, porque… —Inspira hondo y busca de nuevo mi mirada—. Porque te amo.

Contengo el aliento y siento cómo mi corazón se salta un latido. «Me ama». Cómo me gustaría creer ciegamente que dice la verdad, pero una parte de mí, la que sigue tan herida y destrozada por su traición, se niega a aceptar esa posibilidad.

—Me amas —susurro, y ella asiente con la cabeza—. ¿Cuánto me amas, Bianca? ¿Serías capaz de matar por mí? ¿Morirías por mí? Porque te juro que yo estaría dispuesto a convertirme en tu maldito escudo humano en medio de un tiroteo. Dejaría que me arrancaran una a una todas mis extremidades si tu vida dependiera de ello. ¿Harías tú lo mismo por mí?

Sus ojos se abren mucho y retrocede un paso. Cierra los ojos, y cuando vuelve a abrirlos hay determinación en ellos.

—Podría decirte lo que quieres escuchar, pero sería mentira. No sé si sería capaz de dar mi vida por la tuya, Luca. Hasta hace muy poco, las únicas vidas que tenían algún valor para mí eran las de mi hermana, Romeo y la tía Sarah. Sí, soy una persona egoísta y manipuladora, pero estoy intentando ser sincera contigo. Si tengo que escoger entre tú y yo, lo más probable es que me elija a mí misma.

Bufo con fuerza y hundo los dedos en mi pelo. No sé exactamente qué respuesta esperaba; sin embargo, en parte, puedo entender su postura. Aparte de Caterina, Serra y su tía, nunca nadie se ha preocupado por ella.

—Está bien. Tú ganas. ¿Qué trato quieres hacer?

Esboza un amago de sonrisa que enseguida corto con una mirada fulminante. Estoy cediendo, pero no voy a permitir que se regodee en mis narices. Bianca carraspea y pasa por mi lado para dirigirse al fondo del dormitorio. Tras abrir un cajón de la cómoda, saca mi pistola de su interior y regresa junto a mí.

—Necesito cinco minutos a solas con Ryan.

—Por encima de mi cadáver —replico.

—Luca, tengo que hablar con él. Ha estado a mi lado todo este tiempo y se merece una explicación.

—Eres mi mujer y vuelves a nuestra casa. No hay más explicaciones que dar, a nadie.

—Eso es algo que me toca a mí decidir. Además, tengo que pedirle un favor.

—¡¿Qué?! ¡No vas a pedirle nada, maldita sea!

—Luca, solo son cinco minutos. Te prometo que después nos iremos y te contaré palabra por palabra todo lo que hayamos hablado.

Gruño y niego con la cabeza.

—Mi respuesta es no.

Bianca se cruza de brazos y alza la barbilla de manera desafiante.

—No te estaba pidiendo permiso. Voy a hablar con Ryan. Puedes quedarte aquí con la pistola esperándome, o puedo pedirle a alguien que venga a retenerte. Tú decides. —Vuelvo a gruñir—. Deja de hacer eso. Por muy sexy que suene en la cama, cuando lo haces cabreado pareces un perro.

—Así es como me siento, como tu jodido perro amaestrado.

La muy desgraciada sonríe de manera arrogante.

—Espérame aquí, sé un buen chico y puede que después te rasque las orejas un rato.

Inevitablemente, vuelvo a gruñir mientras la sujeto por la nuca y acerco mi rostro al suyo.

—Después voy a follarte esa boca impertinente. —Exhalo con fuerza—. Tienes tres minutos, ni un segundo más. Como ese bastardo te ponga un solo dedo encima, lo mataré a él y a todos sus hombres.

Me entrega la siamesa y retrocede un par de pasos.

—Trato hecho. Nos vemos en tres minutos, y ni se te ocurra matar a nadie. Deja que sea yo quien resuelva esto. —A regañadientes, asiento—. Promételo.

—Ya he dicho que…

—No me sirve, Luca. Quiero que lo prometas.

Bufo con fuerza.

—Está bien. No mataré al puto irlandés hoy. Tienes mi palabra.

Bianca asiente y, tras dar media vuelta, abre la puerta y sale de la habitación a toda prisa. Tres minutos, esa es toda la ventaja que le doy y, por una vez, estoy deseando que incumpla su parte del acuerdo, así tendré el placer de destrozarle el cráneo a balazos a Kincaid. Puede que no sea hoy, pero voy a matarlo; es un hecho.

Capítulo 69

Bianca

Tardo apenas unos segundos en recorrer toda la casa. Encuentro a Ryan en la sala de estar, sentado en uno de los sofás con una copa de licor en la mano. Por la forma en la que me mira cuando me escucha entrar en la estancia, casi puedo apostar que no es la primera que se toma.

—¿Todo bien? —inquiere Romeo.

Giro la cabeza de golpe en su dirección. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba aquí.

—Sí. ¿Puedes vigilar la puerta de mi dormitorio? Temo que en cualquier momento el tarado de mi marido salga de allí y vuelva a liarla.

—¿Está armado?

—Sí —meto la mano en el bolsillo de mi pantalón y saco unas balas—, pero su pistola está descargada, aunque él no lo sabe.

Romeo esboza un amago de sonrisa y, tras asentir, abandona la sala, dejándome a solas con Ryan. Él me observa mientras me acerco. Da un pequeño trago a su bebida y deja el vaso sobre la

mesa baja que tiene delante.

—¿Quieres una copa?

—No, y tú tampoco deberías tomarla. Necesito que estés sobrio para que hablemos.

Ryan exhala con fuerza y se encoge de hombros.

—Sobrio o no, lo que estás a punto de decir no me va a gustar, ¿verdad?

Ignoro su pregunta y señalo su rostro. Tiene el pómulo hinchado y un corte en el labio inferior que ya empieza a cerrarse.

—¿Te duele? —pregunto.

Recupera el vaso y se bebe lo que queda de licor de un solo trago antes de ponerlo de nuevo en la mesa.

—No tanto como escuchar cómo te follabas a De Santis en mi propia casa.

—No he… —dejo la explicación a medias. No tiene sentido darle detalles sobre lo que ha pasado con Luca en el dormitorio. Aparto el vaso vacío y me siento en el borde de la mesa, justo delante de él—. Lamento que hayas tenido que escucharlo. Te pido perdón por faltarte al respeto de esa manera en tu casa.

Esboza un amago de sonrisa y niega con la cabeza.

—No soy un puto siciliano, Bianca. Eso del respeto y el honor me da igual. Lo que me duele es saber que ese hijo de puta te tiene y yo no. —Arqueo una ceja y él enseguida se explica—. Sé que no tengo derecho a reclamarte nada. Yo mismo te sugerí que te casaras con él, y lo nuestro siempre fue una relación… ¿ambigua? No sé siquiera si esa es la definición correcta.

—Lo pasamos bien —afirmo.

—Sí, y yo me enamoré de ti, pero tú no sientes lo mismo.

Busco su mirada y niego con la cabeza.

—Yo no elegí nada de esto, Ryan, solo pasó.

—Lo sé, y lo peor es que yo mismo te envié directa a él. ¿Cómo iba a imaginarlo? De Santis simboliza como hombre todo lo que más detestas. Creí que, cuando todo esto terminara, tú y yo… —Exhala con fuerza y sacude la cabeza de un lado a otro—. Soy idiota y te he perdido.

—Créeme, todo esto me ha tomado tan por sorpresa como a ti. No esperaba enamorarme de él y mucho menos descubrir que en realidad es muy distinto a como me lo imaginaba. Aunque te cueste creerlo, Luca es mucho más que un tarado violento y sin escrúpulos. Él…

—No necesito que enumeres todas sus cualidades —me corta.

Inspira hondo por la nariz y se inclina hacia delante para acercarse más a mí.

—Voy a hacer un último intento, Bianca. Pídemelo y acabaré con la jodida Cosa Nostra al completo. Todos caerán, incluyendo a tu padre.

Abro mucho los ojos. Ese no era el plan.

—¿Y qué pasa con el puerto?

—¡Que le jodan! Tú eres más importante para mí que cualquier negocio. Mi contacto en los federales solo necesita que se lo ordene para actuar. Todos acabarán muertos o en prisión.

Contengo el aliento. «Todos».

—Luca también —susurro.

Ryan exhala con fuerza y abarca mi mejilla con su mano.

—Sabes que lo que sea que haya entre vosotros no es sostenible a largo plazo. Él nunca perdonará tu traición. Vuestra relación está destinada al fracaso, pero conmigo…

Ryan se queda callado al escuchar gritos. Aún estoy intentando averiguar qué es lo que ocurre cuando oigo a alguien entrar en la sala. Alzo la vista justo a tiempo para ver a Luca agarrar a Ryan por

la parte posterior de la camisa y apartarlo de mí con un tirón contundente.

—Se acabaron los putos tres minutos —gruñe mientras Ryan se revuelve para liberarse de su agarre.

Me pongo en pie a toda prisa y dirijo la mirada a Romeo. Se supone que él tenía que vigilarlo.

—He intentado detenerlo —dice con la respiración acelerada. Me fijo en su cara y veo que tiene una marca roja en la mandíbula. Estoy casi segura de que mi marido le ha dado un puñetazo.

—¡Luca! —grito al verlo apuntar a Ryan con el arma.

Aprieta el gatillo y un débil clic se hace eco en la sala. Luca me mira frunciendo el ceño. Parece furioso.

—¡¿Me has descargado la puta pistola?! —vocifera.

Varios hombres armados entran en la sala. Ryan les ordena que no se metan, pero tampoco se marchan. Se quedan vigilando desde cerca de la entrada.

—Me prometiste que no lo matarías —digo cabreada.

—Sí, y también dije que quemaría esta casa hasta los cimientos si volvía a tocarte, y eso era precisamente lo que estaba haciendo cuando llegué. —Ryan lo empuja por el pecho, pero Luca agarra su muñeca—. Este es el castigo por tocar lo que me pertenece, hijo de puta —sisea mientras retuerce su mano con fuerza hasta que se escucha cómo el hueso se rompe.

Ryan suelta un grito ronco que pone a sus hombres en alerta de nuevo.

—¡Luca, maldita sea! —vocifero.

Intento acercarme a Ryan, pero el tarado de mi marido se interpone en mi camino.

—He cumplido mi parte del trato. Sigue vivo. Ahora nos vamos de aquí.

Escucho a Ryan maldecir en voz baja. Muevo el cuello para poder verlo; sin embargo, Luca enseguida se desplaza y lo cubre con su cuerpo.

—¿Estás bien? —pregunto.

Ignoro el gruñido de mi marido deliberadamente.

—Sí —sisea Ryan.

Luca se gira hacia él y al fin puedo verlo. Tiene los dientes apretados y se está sujetando la mano rota contra el pecho.

—Juro que si vuelves a ponerle un dedo encima a mi mujer no tendré piedad contigo, Kincaid. Si aún sigues respirando es porque ella cree que te debe algo, pero yo no estoy de acuerdo.

—Si quieres pelea, podemos volver a liarnos a puñetazos, De Santis. Esta vez intenta no arruinar otra alfombra con tu sangre.

Luca hace ademán de ir hacia él, pero ahora soy yo la que se cruza en su camino.

—¡Parad con esto de una maldita vez! —grito—. Ya he tenido suficiente testosterona por un día.

—Nos vamos —sisea Luca, agarrando mi mano.

Echo un vistazo en dirección a Ryan.

—Bianca, piensa bien lo que vas a hacer. Sabes que él no te hará feliz.

—¡No le hables! —grita Luca, dando un paso amenazante hacia él—. ¡Ni siquiera la mires, joder!

Tiro de su mano para impedir que llegue hasta Ryan. Lo que menos me apetece es tener que volver a presenciar que se peguen como dos salvajes. Me coloco frente a Luca y lo empujo por el pecho.

—¿No tenías prisa? Vámonos de una jodida vez.

—Bianca… —susurra Ryan.

Me giro a medias y le hablo por encima del hombro.

—Te llamaré después.

—Por encima de mi cadáver —intercede mi marido.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a empujarlo por el pecho.

—Por encima o por debajo de su cadáver, te llamaré.

Luca rodea mi cintura con el brazo y me atrae hacia él.

—Voy a hacerte pagar muy caro lo que acabas de decir —susurra en mi oído.

Estoy a punto de empujarlo de nuevo, pero, antes de que pueda hacerlo, se aparta y tira de mi mano en dirección a la salida. Los hombres que escoltan la puerta levantan sus armas.

—Dejadlos ir —ordena Ryan.

Luca se gira sin soltarme la mano y dirige la mirada en dirección a Romeo.

—Serra, ¿estás esperando una puta invitación? ¡Nos vamos!

Mi amigo frunce el ceño. Me mira a mí. Ambos sabemos cómo se ocupan los De Santis de los traidores. Aunque Luca me ha prometido que no lo matará, no quiero ponerlo en peligro.

—Quédate si quieres. Yo estaré bien —susurro.

Luca vuelve a gruñir.

—¡¿Qué demonios le pasa hoy a todo el mundo?! Te he dado una puta orden, Serra. Vámonos. Los problemas de familia los resolvemos en privado.

Romeo exhala con fuerza y asiente antes de empezar a caminar hacia nosotros. Los tres juntos salimos de la casa sin que nadie nos lo impida. Luca me hace subir en un todoterreno, supongo que el mismo en el que ha venido hasta aquí, después se sienta al volante y espera a que Romeo, que conduce mi Ferrari, se adelante antes de acelerar el motor y salir quemando rueda del lugar.

Capítulo 70

Luca

Recorremos el trayecto de vuelta a casa en absoluto silencio. Estoy tan furioso que sé que solo necesitaría una palabra para perder el control. ¿Por qué demonios tuve que enamorarme de una mujer tan cabezota e irritante? Tengo la sensación de que disfruta llevándome al límite de mi propia paciencia.

Ya casi ha anochecido cuando detengo el todoterreno frente a la puerta principal. Bianca sale de inmediato y se dirige al interior sin esperarme. Maldigo en voz baja al sentir un tirón en el abdomen cuando me apresuro para alcanzarla. Casi he llegado a ella cuando media docena de mis hombres la rodean y apuntan sus pistolas en su dirección. Bianca se detiene de golpe y veo que echa la mano hacia atrás. Lleva un arma en la parte baja de la espalda.

—No dejéis que se escape —escucho la voz de mi hermano, y enseguida aparece empuñando su propia pistola. Al verme, abre mucho los ojos—. ¡Mierda, Luca! Estábamos a punto de ir a buscarte.

—Ya no hace falta —digo, y me coloco frente a Bianca mientras

echo un vistazo en dirección a mis hombres—. ¿Hay algún motivo para que estéis amenazando a mi esposa? ¡Bajad las putas pistolas!

Obedecen de inmediato. Escucho las pisadas de Serra a mi espalda. Mi hermano lo mira por encima de mi hombro y tensa la mandíbula.

—¿Qué hacen estos traidores en nuestra casa? Dime que los has traído para ejecutarlos.

Chasqueo la lengua y aprovecho que Bianca está distraída vigilando los movimientos de Vincenzo para quitarle el arma.

—¡Oye! ¡Eso es mío! —se queja.

—No vas a necesitarla, y no me fío de ti con una de estas. Ya me has agujereado bastante. Entrad y esperadnos en el despacho —ordeno.

Mi esposa frunce el ceño y se cruza de brazos.

—Sabes que no soy uno de tus perros, ¿verdad?

Exhalo con fuerza y doy un paso hacia ella. Como ya esperaba, no retrocede, solo alza la cabeza para seguir desafiándome con la mirada.

—Ahora vas a ser una buena perrita y esperarme en el despacho. Como tenga que llevarte yo, no será agradable, al menos para ti —susurro para que solo ella pueda oírme, aunque, por la forma en la que Serra carraspea, creo que él también lo ha escuchado.

Bianca enarca una ceja y esboza media sonrisa, acercándose más a mí hasta que solo unos milímetros separan nuestros cuerpos.

—Vas a tener que dejar de disfrazar las promesas de amenazas, De Santis —dice en tono provocativo. Retrocede un par de pasos y mira en dirección a Serra—. Romeo, ¿tienes hambre? Yo no he comido nada en todo el día.

Ambos se adentran en la casa escoltados por nuestros hombres.

Cuando Vincenzo intenta ir tras ellos, lo detengo.

—Tenemos que hablar —digo, guardándome la pistola de Bianca en la espalda. La mía la llevo en la parte delantera de la cintura, aunque sigue descargada.

—No podría estar más de acuerdo contigo. Primero te largas, herido y sin decir nada, y ahora apareces así… —señala mi tronco desnudo, a excepción de la venda en mi abdomen manchada de sangre y la chaqueta que me cubre los brazos—, y con estos dos traidores como si nada hubiese ocurrido. ¡¿Te has vuelto loco, Luca?!

—He pasado todo el día desaparecido. Podría estar muerto, pero no te veo muy preocupado por mí, hermano. Es más, ni siquiera te has molestado en salir a buscarme.

—¡Maldito idiota! No sabes de lo que hablas. Nos costó varias horas averiguar cuál de los coches te habías llevado. Te rastreé por GPS, y, al darme cuenta de que habías ido a casa de Kincaid, tuve que reunir a una gran cantidad de hombres y buscar la manera de traerte de vuelta. No todos somos tan imprudentes e insensatos como para asaltar la casa del jodido líder de la mafia irlandesa sin un plan ni un ejército armado.

—Bueno, pues no vas a necesitar el ejército. Que todos los hombres vuelvan a sus tareas.

—Sigues sin responder a mi pregunta. ¿Qué ha sucedido?

—Fui a buscar a mi mujer.

—Tu mujer —repite. Asiento y mi hermano resopla con fuerza sujetándose la nariz amoratada—. ¿La misma que intentó asesinarte? ¿Por qué no está muerta aún?

—Eso no es asunto tuyo, Vin. Bianca tuvo sus motivos para hacer lo que hizo. Yo no me meto en los problemas que tienes con tu esposa, espero lo mismo de ti.

—¡¿Qué?! ¡Maldita sea! Esa mujer estuvo follándose a Kincaid y

conspirando contra nosotros desde antes de que os casarais. No se trata de un problema de pareja, Luca. Te engañó y te manipuló hasta que la descubrimos, y después intentó matarte antes de huir corriendo en busca de su amante. Bianca es una traidora.

—Es posible, pero soy yo el que decide, y digo que vamos a ayudarla.

—¿Ayudarla a qué? ¿A destruirnos? —Vincenzo sacude la cabeza de un lado a otro—. Por mucho menos mataste a nuestro padre.

Me abalanzo sobre él y lo agarro por el cuello de la camisa. Un tirón en mi abdomen me hace apretar los dientes para contener el dolor.

—¿Crees que maté a nuestro padre por traidor? —siseo contra su rostro—. Le volé la puta cabeza para salvarte la vida a ti, a nuestra madre, a tu mujer embarazada y a mí mismo. Era él o nosotros, y tú, hermanito, no tuviste las pelotas de apretar el gatillo.

Lo suelto con un empujón y exhalo profundamente.

—¿Qué demonios te ha dado esa mujer, Luca? ¿Vas a dejar que acabe con nosotros?

—Su objetivo nunca hemos sido nosotros. Quiere destruir a Luciano Rossetti, y vamos a ayudarla a conseguirlo.

—¿Te estás escuchando? Ya no se trata de quedarnos con algunos negocios de Rossetti o robarle su territorio. Estamos hablando de traicionar a uno de los nuestros y… ¿por qué exactamente? ¿La niña se ha enfadado con su papi?

—Los motivos de Bianca son muy válidos.

—Por supuesto. ¿Qué motivos son esos? —Se cruza de brazos y esboza una sonrisa sarcástica—. La dejó sin postre cuando era niña. No, peor aún, la castigó sin salir. Estás permitiendo que esa zorra mentirosa te manipule a su antojo y…

—Abusaba de ella —siseo cortándolo.

Vincenzo se queda callado unos segundos y después frunce el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Exactamente de lo que has escuchado. El hijo de puta de Rossetti violaba a su hija. Ese es uno de los motivos por los que Bianca quiere acabar con él, y me importa una mierda lo que pienses, vamos a ayudarla.

—¿Cómo sabes que no es otra de sus mentiras?

—Lo sé y punto —gruño.

—Eso no es suficiente. No puedes pedirme que arriesgue mi vida y la de mi familia solo porque tú crees todo lo que te dice tu mujer.

Estrecho la mirada sobre él y me cruzo de brazos.

—No te lo estoy pidiendo, hermano. Es una jodida orden. Ahora entremos en casa. Hay mucho de lo que hablar. Quiero a Rossetti muerto antes de que acabe la semana.

Capítulo 71

Bianca

Observo a Romeo mientras hace un par de sándwiches. Hemos rechazado el ofrecimiento de una de las cocineras de prepararnos algo más elaborado. Nada más terminar, me acerca mi plato y empieza a comer con gesto serio. Está preocupado, eso es algo bastante evidente.

—Todo va a estar bien —digo para tranquilizarlo.

Traga y toma un sorbo de agua antes de mirarme.

—Yo no estoy tan seguro. Tengo la sensación de que en cualquier momento van a pegarnos un jodido tiro en la cabeza, Bianca. No creo que estemos a salvo aquí.

—No pasará. Luca me lo ha prometido.

—¿Y le crees?

Asiento mientras le doy un bocado a mi sándwich.

—Ya sabes cómo funciona. Para ellos, su palabra y el honor de su apellido está por encima de cualquier otra cosa. Cumplirá su promesa, te lo aseguro.

—Cielo, te estás dejando llevar por tus sentimientos hacia el

tarado de tu marido. El plan se ha ido a la mierda. Si nos hubiésemos quedado con Kincaid, tal vez tendríamos alguna posibilidad, pero desde aquí… —Niega con la cabeza—. ¿Qué se supone que vamos a hacer ahora?

Miro en dirección a la entrada de la cocina para comprobar que no hay nadie cerca y me inclino por encima de la barra.

—El plan sigue en marcha —susurro para que solo él pueda oírme—. He pasado toda la noche dándole vueltas y te aseguro que con Kincaid no hubiésemos tenido ninguna posibilidad. Aquí es donde debemos estar, confía en mí.

—¿Esto es parte de tu plan? —pregunta, abriendo mucho los ojos. Enseguida se da cuenta de que ha alzado la voz. Se acerca más y sacude la cabeza de un lado a otro—. Sigues moviendo los hilos, ¿verdad?

Respondo a su pregunta con media sonrisa y me encojo de hombros. He valorado todas las posibilidades y sin Luca no hay manera de llegar a mi padre. Él es la pieza más importante de mi juego, el que me escoltará directa a la victoria.

Seguimos comiendo en silencio. Cada pocos segundos, mi amigo echa un vistazo en mi dirección y cabecea sonriendo. Me alegra ver que ya no parece tan preocupado. No es bueno dejarse llevar por el pánico. Un poco de miedo está bien para mantenerse alerta, pero nunca debemos perder el control de nuestras emociones.

Cuando ya hemos terminado, me levanto para recoger los platos y los dejo en el fregadero. Al pasar junto a Romeo, coloco mi mano en su hombro y él enseguida clava su mirada en la mía.

—Ya sé que no me merezco tu confianza. Te fallé y, aun así, viniste a buscarme. Yo solo…

—Olvídalo —me corta. Sujeta mis hombros y me obliga a mirarlo —. Siempre estaré a tu lado, Bianca. Yo también soy un hombre de

palabra. Si me necesitas, grita.

—No me lo merezco.

—Bueno, todos cometemos errores. De hecho, todas esas cosas que te dije… —Niega con la cabeza—. Estaba cabreado, pero no las pienso. Lo sabes, ¿verdad?

—No te culparía si las pensaras.

—Ya, pero no es así. —Sonríe y enmarca mi rostro con las manos —. Te conozco bien, Bianca. Eres la persona más valiente y luchadora que he conocido nunca, y sé que jamás traicionarías a los tuyos a propósito.

Me muerdo el labio inferior y lucho para contener las lágrimas que se acumulan tras mis párpados. Romeo tira de mí y me abraza. Hundo el rostro en su pecho y rodeo su cuerpo con los brazos.

—¡Aparta tus jodidas manos de mi mujer! —El grito de Luca nos sobresalta a ambos.

Nos separamos de golpe y veo que mi marido se acerca como un maldito toro a punto de embestir. Reacciono por puro instinto y me coloco frente a Romeo.

—Ni un paso más —le advierto, señalándolo con el dedo índice.

Contra todo pronóstico, Luca se detiene de golpe, aunque sigue asesinando con la mirada a mi amigo.

—Deja que ese hijo de puta te vuelva a tocar y te regalaré sus manos en una bonita caja.

Pongo los ojos en blanco y casi me parece escuchar una pequeña sonrisita a mi espalda. Luca también se da cuenta, ya que da un paso hacia delante, pero me interpongo en su camino.

—Controla tu jodido carácter, De Santis —siseo entre dientes.

Lo empujo por el pecho, y solo cuando ha retrocedido varios pasos veo que ha llegado acompañado por Vincenzo. Este nos observa con el ceño fruncido sin acercarse demasiado. Si antes ya

me odiaba, ahora tengo claro que el único motivo por el que no me mata es porque su hermano se lo ha prohibido.

—Bueno, parece que ya estamos todos. ¿Ahora qué? —comenta Romeo.

Luca le lanza una mirada dura y resopla, pero no hace amago de intentar ir a por él.

—Ahora vais a explicarnos cuál era exactamente vuestro plan para acabar con Luciano Rossetti —contesta mi marido.

Romeo y yo nos miramos de reojo. Asiento de manera casi imperceptible. Él sonríe y se encoge de hombros.

—Adelante —me dice, haciéndose a un lado para dejarme a mí todo el protagonismo—. Es tu plan. Instruye a estos pobres aficionados —se burla.

Vuelvo a poner los ojos en blanco y tomo una respiración profunda. Si quiero que el plan siga adelante, necesito tener a los hermanos De Santis de mi parte. No hay otra manera.

Durante un buen rato trato de explicarles paso a paso cuáles eran mis intenciones. Vincenzo y Luca me escuchan en silencio, sin hacer preguntas ni interrumpirme. Solo cuando termino, mi marido suelta una maldición en voz baja y niega con la cabeza.

—El negocio con los mexicanos. Querías sabotearlo y que los federales intervinieran. —Asiento, aunque no es una pregunta—. Por eso insististe tanto en meterte en los negocios de la organización.

—Te dije que tramaba algo —sisea mi cuñado entre dientes.

Luca lo hace callar con una mirada dura.

—Hoy en día, la lealtad de mi padre con la organización está en entredicho. Todos los que hasta hace poco confiaban en él ahora le están dando la espalda. Esa operación con los mexicanos iba a ser el golpe final. Es un negocio que depende de él en su mayoría porque la mercancía debe salir del puerto de Nueva York.

—Y si los federales intervienen, cuando las autoridades nunca han tocado el puerto…

—Exacto —digo, esbozando media sonrisa. Hasta ahora mi padre tenía el control sobre el puerto porque los políticos de Nueva York son unos jodidos corruptos, pero ni ellos pueden detener una actuación federal—. Esa sería la confirmación de que el traidor es Luciano Rossetti. Cualquiera de vosotros estaría dispuesto a pegarle un tiro sin dudar ni un segundo.

—Y tú te salvarías porque eres una De Santis —farfulla Vincenzo.

Asiento con la cabeza.

—¿Y tu hermana? Ella sigue teniendo el apellido Rossetti. Estaría sentenciada por traición, al igual que vuestro padre —comenta Luca.

—Está en el internado. Nadie iría a buscarla de inmediato. Por eso es tan importante que esto se resuelva cuanto antes. Pensaba ofrecerme voluntaria para acabar con él, igual que lo hiciste tú. Así salvaría a Rina y, por extensión, también a mi madrastra, aunque por mí puede pudrirse en el infierno.

—¡¿En serio vas a dejarte manipular por esta zorra?! —espeta Vincenzo alzando la voz.

Luca se gira hacia él con violencia, pero, antes de que pueda decir nada, es Romeo el que da un paso adelante y lo taladra con la mirada.

—Cierra la puta boca —le ordena.

Para sorpresa de todos, Vincenzo se queda muy quieto durante unos segundos, después suspira y baja la cabeza en una clara señal de sumisión. Romeo camina hacia él con seguridad y lo obliga a alzar la mirada tirando de su barbilla. Vincenzo intenta retroceder, pero mi amigo lo sujeta por la nuca.

—Suéltame —escupe.

—Lo haré cuando dejes de comportarte como un idiota. Ahora

siéntate y no digas ni una sola palabra más o juro que te lo haré pagar. ¿Lo has entendido? —Vincenzo intenta empujarlo para apartarlo, pero Romeo lo sujeta con más fuerza—. Te he hecho una maldita pregunta. Responde.

—¡Sí, joder! Apártate de una vez. —Lo empuja de nuevo y esta vez Romeo retrocede sonriendo.

—Buen chico —susurra, volviendo al lugar donde estaba antes.

Echo un vistazo en dirección a Luca. Parece aún más sorprendido que yo por lo que acaba de pasar. No sé qué juego raro se traen estos dos y tampoco pienso preguntar. Ya tengo bastantes problemas con lo mío.

—Ese es todo el plan —digo para intentar reconducir la conversación.

Luca carraspea y fija su mirada en mí.

—¿No hay nada más? Si me estás ocultando algo, este es el momento para decirlo, Bianca.

—No oculto nada —afirmo, y estoy diciendo la verdad.

—Bien. Entonces, ahora empecemos a pensar en la mejor manera de llevar ese plan a cabo. Tenemos poco tiempo. El encuentro con los mexicanos es mañana por la noche.

Escondo una sonrisa de satisfacción. Esto era lo que estaba esperando escuchar. A veces, la sinceridad, ceder el poder ante tu oponente, lo lleva a hacer exactamente lo que quieres y, por supuesto, Luca no es una excepción.

—Solo hay una forma de hacerlo, pero necesitamos a Ryan —digo, atrayendo todas las miradas.

La última jugada ya está en marcha, los peones en sus posiciones y yo, la reina, lista para ganar la partida.

Capítulo 72

LUCA

Tras pasar un buen rato tranquilizando a mi madre por mi imprudencia al ir solo en busca de Bianca, paso por la cocina para comer algo rápido y voy directo a mi dormitorio. Hace más de una hora que di por finalizada la pequeña reunión con Bianca, Serra y mi hermano. Llegué al límite de mi paciencia cuando mi querida esposa insistió por enésima vez en que su plan no tendría éxito sin la participación del puto irlandés. En el fondo sé que tiene razón. Necesitamos sus contactos con los federales para poder incriminar a Rossetti, y eso es lo que más me enerva. Me encantaría borrar a ese hijo de puta de nuestras vidas de una maldita vez, si es posible, a balazos.

Cabreado y muy frustrado por no ser capaz de encontrar otra solución al problema, entro en mi dormitorio y lo encuentro vacío. Frunzo el ceño. Creí que Bianca estaría aquí. Hago una llamada rápida a uno de los hombres que se encargan de vigilarla por orden mía y me informa de que Serra y ella están en el invernadero. Mi primer instinto es ir a buscarla. No entiendo por qué tiene que

quedarse a solas con él.

—¿Se puede saber qué están haciendo exactamente? —gruño al teléfono.

—Nada importante, Don. Solo hablan.

Tomo una respiración profunda. Estoy agotado y dolorido. Lo único que quiero hacer ahora mismo es darme una ducha y dormir unas horas. Tengo que recuperar fuerzas. Las necesitaré para mañana.

—¿Cuánta distancia hay entre uno y otro? —pregunto, solo para asegurarme.

—¿Perdón? No entiendo…

—Distancia entre ellos. ¿Están muy juntos o separados?

—Eh… —Se queda callado unos segundos antes de responder—. Unos tres o cuatro metros. La señora De Santis está sentada sobre una de las mesas y Serra cerca de la puerta del invernadero.

—Bien. Sigue vigilándolos. Quiero que me avises si esa distancia se acorta a menos de dos metros, ¿entendido? —No responde. Resoplo con fuerza y me aferro con fuerza al teléfono—. ¿Lo has entendido o no?

—Sí, Don. Dos metros. Entendido.

Cuelgo sin despedirme y me llevo el aparato conmigo al baño para estar pendiente de él. Como el hijo de puta de Serra vuelva a tocarla, me aseguraré de que sea lo último que haga.

Debido a mi problema de movilidad, tardo más de una hora en quitarme la ropa y la venda, que se ha quedado pegada a mi abdomen por la sangre seca, ducharme y volver a salir. Con ayuda del espejo, logro ver ambas heridas. La de la parte trasera está bien, pero la más grande, en la parte frontal del costado izquierdo, tiene un par de puntos flojos.

Tras rodear mis caderas con una toalla, salgo del baño para ir en

busca de un par de analgésicos. Nada más dar un paso al interior del dormitorio, veo a Bianca sentada a los pies de la cama. Alza la vista al escucharme. Contengo el aliento cuando su aroma floral invade mi nariz. Es su maldito perfume, que inunda cada estancia en la que se encuentra, y yo me he convertido en un adicto a ese olor.

Exhalo despacio y sigo caminando. Paso justo por delante de ella, pero no digo nada, ni siquiera la miro. Me gustaría actuar como si todo estuviese bien entre nosotros; sin embargo, no soy capaz de hacerlo. Me duele su traición, sus mentiras, que acudiera a ese bastardo en busca de ayuda en vez de confiar en mí. Me mata que aún siga pendiente de él y convencida de que no podremos acabar con Rossetti si no tenemos su ayuda.

—¿Te encuentras bien? —pregunta cuando ya me he tomado un par de pastillas.

Me giro a medias para mirarla. Parece preocupada, aunque no sé si esa es una reacción real o sigue fingiendo.

—Sobreviviré —mascullo antes de darle un nuevo trago al vaso de agua.

—Luca, entiendo que estés cabreado por lo que dije en la cocina, pero sabes tan bien como yo que tengo razón. Ryan…

—Por última vez, deja de decir su jodido nombre —siseo, fulminándola con la mirada.

—¿Cómo quieres que lo llame? —inquiere, poniéndose en pie de un salto—. Dame un maldito nombre en clave para que lo use si así estás más tranquilo, pero seguirá siendo él, Luca. No puedo ni quiero cambiar mi pasado. Todo lo que he vivido me ha traído a este momento, aquí, contigo. Y sí, eso también incluye al que no debe ser nombrado.

—¿Podemos dejar la pelea que se avecina para mañana? Estoy agotado —mascullo, dando media vuelta para evitar mirarla.

La escucho resoplar con fuerza y poco después sus pisadas, que se acercan a mí. Se detiene justo detrás de mí, puedo notar su presencia, el olor de su perfume se intensifica. Cierro los ojos e inspiro profundamente cuando siento sus manos en mi espalda desnuda. Acaricia mis hombros con suavidad antes de rodear mi cuerpo con los brazos, después siento que posa sus labios en el espacio que hay entre mis omoplatos.

—Lo siento. Lamento que estés sufriendo y que yo sea la culpable de ese sufrimiento. Nunca fue mi intención hacerte daño, Luca.

Un nudo de emociones encontradas se instala en mi garganta. Por una parte, la creo y entiendo que toda su vida ha tenido que actuar por pura supervivencia, pero por otro… No quiero seguir amando a una mujer en la que no confío.

—Lo sé —murmuro para mí.

Irremediablemente, esa parte de mí que siempre me lleva a cometer locuras gana la partida. Agarro sus manos, que se han instalado en mi pecho, y me giro despacio. No hablamos, solo nos quedamos quietos mirándonos a los ojos durante un buen rato.

—Deberías desinfectar las heridas y cubrirlas antes de meterte en la cama —dice Bianca, apartando la vista con una pequeña exhalación. —Asiento—. ¿Me dejas ayudarte?

—Solo si prometes no volver a dispararme —digo medio en broma.

Una de las comisuras se estira, pero no es una sonrisa sincera. Enseguida se aparta de mí, entra en el baño y cuando vuelve lo hace con un botiquín entre las manos. Me pide con un gesto de la barbilla que tome asiento en el borde de la cama y, por supuesto, yo obedezco como el buen perro amaestrado que soy.

En solo unos segundos, saca del botiquín desinfectantes, gasas y

vendas. Lo esparce todo sobre el colchón y empieza a curar la herida trasera con mucho cuidado. Me obligo a no respirar hondo. Ya es suficiente con tenerla tan cerca. No necesito inhalar su olor también. Si lo hago, es probable que termine cediendo ante el impulso de tumbarla sobre la cama y demostrarle que nadie en este ni en ningún otro universo puede desearla y amarla más que yo.

Supero la primera prueba. Bianca se mueve, descarta las gasas usadas y, entonces, se arrodilla delante de mí, mandando a la mierda todo mi autocontrol. Mierda, se ve increíble en esa postura. Tan solo tendría que agarrarla de la nuca, tirar de su cabeza hacia mi entrepierna y hundir la polla en su boca. Inspiro hondo por la nariz e intento sacar esos pensamientos de mi mente; sin embargo, soy incapaz de refrenar la erección que empieza a asomar bajo la toalla.

—Vas a tener que tomártelo con calma. Casi se te saltan un par de puntos —dice, concentrada en desinfectar la herida con pequeños toquecitos.

Un gruñido sube por mi garganta y me aferro con fuerza a la colcha. Bianca alza la cabeza. «Mierda, que deje de mirarme así desde abajo». ¿Cómo se supone que voy a guardar reposo si lo único que quiero es follarla hasta dejarla sin aliento?

—¿Te duele? —Niego con la cabeza y dejo escapar un gran suspiro.

Parece no haber notado que a solo unos centímetros de su rostro se eleva mi polla apuntando directa hacia ella.

—Levántate —ordeno en tono cortante.

Bianca pestañea rápido. No voy a contenerme durante mucho más tiempo. Si no se aparta en este preciso instante, la follaré y que les jodan a las heridas. Moriré desangrado, pero dentro de ella.

—Ya casi he terminado —susurra.

—Déjalo así y ponte de pie, ahora mismo.

Se levanta deprisa, y creo que lo hace algo molesta también. Coge una venda y la lanza en mi regazo sin mirar antes de empezar a guardar todo el material restante en el interior del botiquín.

—Cubre bien las heridas para que no se infecten y duerme. Vendré a verte por la mañana —dice, dejando el botiquín sobre la mesita de noche.

Frunzo el ceño al ver que se dirige a la puerta.

—¿A dónde demonios crees que vas? —gruño.

Se detiene a medio camino y se gira para mirarme.

—Ya que has vaciado mi habitación, no me queda otra que dormir en la sala de estar. No me arriesgaré a salir al resto de la casa. Temo que tu hermano no pueda contenerse y termine matándome a traición.

Me pongo de pie, haciendo una mueca de dolor. ¡Ni de puta broma voy a dejar que se marche! Aunque dormir con ella y no tocarla tampoco es una opción. Bueno, supongo que la decisión ya está tomada. Es posible que muera esta noche.

—Mi hermano no te pondrá un dedo encima, te lo aseguro. Y el único lugar en el que vas a dormir es aquí, en nuestro dormitorio, a mi lado.

Echa la cabeza hacia atrás y exhala con fuerza antes de regresar su mirada a mí.

—No te entiendo, Luca. Hace solo unos segundos me has pedido que me marche.

—Yo no he dicho en ningún momento que quiera que te vayas. Solo te ordené que te levantaras. —Arquea una ceja de manera interrogante. Estiro en su dirección la mano en la que tengo la venda que me ha dado—. Ven aquí y termina con lo que has empezado —ordeno.

—Pero dijiste…

—Sé lo que dije —la corto—. He cambiado de idea. Ven aquí.

Con un resoplido sonoro, se acerca a mí y coge la venda. Tras estirarla, coloca un par de gasas sobre las heridas y empieza a extenderla sobre mi abdomen. Alzo los brazos y dejo que rodee mi cuerpo. Da una vuelta, otra y una tercera. La cuarta vez que se pega más a mí soy incapaz de contenerme, hundo el rostro en su cuello e inhalo con fuerza.

—¿Qué haces, Luca? —pregunta con un hilo de voz.

—Apriétalo bien, Diavuletta. Necesito que esa venda esté bien sujeta para que no se abran las heridas con lo que está a punto de pasar.

A regañadientes, levanto la cabeza y busco su mirada.

—¿Qué es lo que está a punto de pasar? —pregunta, aunque por la forma en la que le tiemblan las manos, estoy seguro de que ya se está haciendo una idea.

—Termina de ajustar la venda y te lo muestro.

Capítulo 73

Bianca

Con dedos temblorosos, ajusto el adhesivo sobre la venda. El rostro de Luca está tan cerca de mi cuello que puedo sentir su aliento bañando mi piel. Entonces, sus manos se anclan en mi cintura. Desliza una de ellas por debajo de mi blusa y sus dedos, siempre rugosos por las cicatrices, acarician la parte baja de mi espalda.

«Necesito que esa venda esté bien sujeta para que no se abran las heridas con lo que está a punto de pasar». Trago saliva con fuerza al imaginarme qué es eso que puede pasar. La imagen de Luca tumbado sobre mí, arremetiendo con fuerza en mi interior, inunda mi mente y suspiro. No hay manera de que eso pase sin que se le salte algún punto, y, por más que lo desee, no estoy dispuesta a arriesgar su vida por un revolcón.

—Detente —susurro, apartando mis manos de su abdomen.

Intento retroceder, pero me sujeta con más fuerza y clava su mirada en la mía.

—No creo que estés en posición de darme órdenes. —Baja más la mano hasta mi trasero y me atrae hacia él. Enseguida noto como

su erección presiona mi bajo vientre—. Me debes una disculpa enorme.

—Ya te he pedido perdón —digo, conteniendo el aliento.

Luca esboza esa sonrisa canalla que tanto me afecta y niega con la cabeza.

—No es suficiente. —Retrocede un paso, abre la toalla y deja que esta caiga al suelo—. De rodillas, Diavuletta. Vas a pagar tu penitencia.

Bajo la mirada a su entrepierna y me muerdo el labio inferior. Me está tentando. No debería hacerlo, pero su polla está tan dura y apetecible…

—Siéntate —pido. Arquea una ceja con gesto divertido—. No vas a hacer ningún movimiento brusco.

—Lo veo poco probable —comenta en tono jocoso.

—Luca, siéntate en la cama. Esa es mi condición.

Por un instante, y pensando con sentido común, casi quiero que se niegue. Al fin y al cabo, ambos sabemos que va a moverse más de lo que debería. Sin embargo, Luca me sorprende al retroceder de espaldas y, sin dejar de mirarme, toma asiento en el borde de la cama. Entreabre las piernas y me hace un gesto con la barbilla para que me acerque.

Respiro hondo antes de empezar a caminar hacia él. Me tiemblan las piernas y un cosquilleo conocido se ha instalado en mi bajo vientre. En cuanto llego a su lado, me dejo caer de rodillas a sus pies y alzo la vista para mirarlo a los ojos.

—Esta es una imagen que cualquier hombre atesoraría el resto de su vida —susurra, hundiendo la mano en mi pelo.

Coloco las manos sobre sus muslos y arqueo una ceja, sonriendo de manera provocativa.

—Un solo movimiento y me detengo. Relájate y disfruta, yo me

encargo de todo lo demás. —Aún no ha terminado de asentir cuando, con una mano, rodeo su miembro erecto.

Luca sisea entre dientes cuando deslizo el pulgar por la punta, retirando una gota de líquido preseminal. Sin dejar de mirarlo a los ojos, me llevo el pulgar a la boca y lo saboreo. Su mirada se enciende. Sé que le encantan estos juegos de seducción. Acerco el rostro a su entrepierna solo unos centímetros más y dejo caer un chorro de saliva justo encima de su miembro. Enseguida noto la humedad en mis dedos. Deslizo la mano de arriba abajo, esparciéndola por toda su extensión. Luca gime bajito.

Vuelvo a sonreír y, sin apartar la mirada, bajo más la cabeza. La acaricio con la lengua desde la base hasta la punta y después la engullo casi por completo. Luca suelta una maldición, pero no me detengo. Muevo mi cabeza de arriba abajo mientras sigo masturbándolo con la mano.

Siento su mano en mi cabeza. Estoy a punto de retirarme y advertirle que no debe moverse, solo que antes de que pueda hacerlo sujeta mi cabello en un puño y, con un golpe de caderas, se hunde profundamente en mi garganta. Contengo una arcada. Se supone que debería ser desagradable; sin embargo, hay algo excitante en notar cómo su polla se endurece y se ensancha aún más en el interior de mi boca. Respiro por la nariz y espero a que él afloje su agarre. Cuando lo hace, sale de entre mis labios de golpe y exhala con fuerza. Tira de mi pelo y me obliga a mirarlo.

—No voy a cumplir el trato —dice mientras usa su mano para limpiar el rastro de baba que se desliza por mi barbilla.

—Luca, no… —Intento impedir que se mueva, pero enseguida tira de mí para ponerme en pie.

Se levanta y empieza a desnudarme mientras su boca cae sobre la mía. Unos segundos, eso es todo lo que le lleva quitarme toda la

ropa, y después me empuja en dirección a la cama. Caigo de espaldas y le lanzo una mirada entre furiosa y excitada.

—Me importa una mierda que se abra la herida. Voy a follarte, Bianca —gruñe, y se abalanza sobre mí.

Lo sujeto por los hombros para que su peso no me aplaste y aparto la cara cuando intenta besarme de nuevo. Un gruñido resuena en su garganta por mi rechazo.

—Así no —logro decir.

Me mira cabreado. Siempre he tenido claro que a Luca De Santis no le gusta que le lleven la contraria. Lo empujo despacio. Al principio se resiste, pero, al darse cuenta de que no voy a ceder, resopla con fuerza y deja que lo guíe hasta quedar tumbado bocarriba sobre el colchón.

Con cuidado de no hacerle daño, me subo a horcajadas sobre él. Enseguida sus manos van a parar a mi cintura. Me muevo despacio, de delante hacia atrás. Gimo de puro gusto al sentir su miembro encajado entre mis pliegues empapados, rozando mi clítoris y enviando pequeñas descargas de placer por todo mi cuerpo.

—Si no te montas en mi polla ahora mismo, juro que te follaré contra la pared y entonces sí tendremos un gran problema —masculla pellizcando mis pezones, duros como jodidos diamantes.

Sonrío, viéndolo desde arriba. Incluso con la marca violácea que empieza a aparecer en su mandíbula por los golpes que recibió de Ryan, sigue siendo el hombre más atractivo que he conocido nunca. Deslizo la mano por el centro de su pecho, haciendo que mis uñas se claven en su piel. Paso de largo por la venda sin apenas tocarla y, al llegar a su entrepierna, agarro su miembro y lo dirijo a la entrada de mi sexo. Estoy tan excitada que solo necesito ejercer un poco de presión con mi propio peso para que se deslice en mi interior con facilidad. Me muerdo el labio inferior y empiezo a moverme, primero

despacio, notando cómo me ensancho centímetro a centímetro, después más rápido, moviendo las caderas en círculos para que su polla alcance cada recoveco de mi interior.

—¡Dios santo, Luca! —gimo al notar cómo un orgasmo se va fraguando en mi bajo vientre.

Me muevo más rápido, de arriba abajo, sentándome cada vez con más fuerza sobre él. Luca me sujeta por la espalda y me obliga a acercarme para adueñarse de mi boca. Su lengua y la mía se enredan en una danza sensual mientras sigo cabalgándolo, cada vez más rápido y con más violencia. Sus dedos se hunden en la piel de mi cintura. Muerde mi labio inferior y, antes de que pueda evitarlo, se endereza y empieza a golpear con las caderas. Nuestras respiraciones se aceleran aún más. Siento que se incrusta en mi interior una vez, y después otra y otra más, haciendo que lo que solo era un pequeño rastro de placer en mi bajo vientre aumente y se expanda.

—Ahora vas a correrte para mí. Quiero que grites, que me arañes, que me muerdas —gruñe sin dejar de arremeter en mi interior—. No vas a contenerte, Diavuletta.

—¡Luca! —grito cuando el orgasmo explota dentro de mí.

La vista se me nubla y me aferro a sus hombros con fuerza. Él no se detiene, sigue follándome, resollando contra mi cuello con cada arremetida hasta que se corre.

Nos quedamos quietos, abrazados, respirando de manera acelerada y con nuestros corazones latiendo a toda velocidad. No sé si todo lo que he hecho hasta ahora ha estado bien. El engaño, las mentiras, la manipulación… Sin embargo, lo que sí tengo claro es que lo repetiría una y mil veces, porque cada decisión que he tomado, acertada o no, me ha traído a este preciso momento, aquí, entre los brazos de Luca De Santis. Un tarado inconsciente y

autoritario, un peón, sí, pero también el hombre que me ha demostrado que no estoy rota, que puedo amar y ser amada.

Capítulo 74

Luca

Tumbado en la cama con Bianca encima de mí, no puedo dejar de pensar que, a pesar de todo lo que ha pasado, no cambiaría esto por nada del mundo. Deslizo los dedos por su espalda e inspiro profundamente. ¿Por qué tiene que oler tan bien? Es embriagador.

—¿He vuelto a dejarte inconsciente? —pregunto en un susurro. Bianca suelta un sonido ahogado muy bajo que me hace sonreír—. Me tomaré eso como un no.

De pronto, alza la cabeza como un jodido resorte y me mira con los ojos muy abiertos.

—¡Luca, tu herida! —exclama.

Se hace a un lado y empieza a toquetear la venda. Está manchada de sangre, aunque es solo un pequeño círculo irregular de apenas un par de centímetros.

—Estoy bien. No se ha saltado ningún punto —digo para tranquilizarla.

—Eso no lo sabes. —Sopla un mechón de pelo rubio que le tapa los ojos y frunce el ceño—. ¿Por una vez no podías estarte quieto?

Abarco su mejilla con la mano y busco su mirada.

—Ha valido la pena —susurro, esbozando media sonrisa.

Pone los ojos en blanco y niega con la cabeza. Ese gesto, que antes tanto me molestaba, ahora es tan familiar para mí que no podría vivir sin verlo.

—Está claro que a imprudente no te gana nadie, pero has superado los treinta segundos. Bien por ti.

Sonrío por su humor ácido, negando con la cabeza. Intenta levantarse de la cama, pero la sujeto por el brazo antes de que pueda irse.

—¿Dónde crees que vas? —Me mira frunciendo el ceño—. Si vuelves a mencionar esa estupidez de dormir en la sala de estar, juro que…

—Relájate —me corta, tirando de su brazo para liberarse—. Necesito darme una ducha.

—¿Por qué? —inquiero frunciendo el ceño.

—¿Es una pregunta seria? —Asiento con un golpe de cabeza—. Luca, estoy sudada y pegajosa en sitios que prefiero no mencionar. Créeme, una ducha es lo que más necesito ahora mismo.

—Yo también, y no tengo ninguna intención de salir de la cama.

Se pone en pie y estrecha la mirada sobre mí.

—Bueno, tú eres un cerdo y yo no.

—Vuelve aquí y te demostraré cómo de cerdo puedo llegar a ser —la provoco.

Niega con la cabeza, pero se le escapa una sonrisa por la comisura.

—Ya ha sido bastante ajetreo por un día, Luca. Intenta dormir. Volveré enseguida.

Gruño cuando da media vuelta y empieza a caminar en dirección al baño. La llamo e intento quejarme, pero solo me ignora y cierra la

puerta a su espalda. Bufo con fuerza y me cubro el rostro con el brazo. Me duele el costado, aunque no pienso decírselo. Si lo hago, es probable que acabe recibiendo una regañina.

Enseguida escucho el agua en la ducha e intento relajarme y no pensar en lo que va a pasar mañana. Tengo que tomar una decisión importante. En realidad, tampoco es que tenga demasiadas opciones, pero antes de pedirle ayuda al puto irlandés voy a agotarlas todas.

Con cada minuto que pasa, me siento cada vez más agotado. Se me cierran los ojos y casi me he quedado dormido cuando escucho un estridente tono musical sonando en la habitación. Abro los ojos de golpe y, haciendo una mueca de dolor, me incorporo. Es el teléfono de Bianca, está sobre su mesita de noche. Me estiro para cogerlo justo cuando la puerta del baño se abre de golpe y ella sale con solo una toalla cubriendo su cuerpo desnudo.

—Deja, ya me encargo yo —dice mi esposa, acercándose a toda prisa.

Antes de que pueda tocar el aparato, se hace con él, echa un vistazo a la pantalla y rechaza la llamada. Después vuelve a dejarlo sobre la mesita y da media vuelta para dirigirse al vestidor.

—¿Quién era? —pregunto lo bastante alto como para que pueda oírme desde donde se encuentra.

No responde de inmediato, y eso solo me hace sospechar que no quiere contarme quién la ha llamado. Tras unos segundos, vuelve al dormitorio vestida con una de mis camisetas de algodón. Me encanta que se ponga mi ropa, pero no dejo que la visión de la mujer más sensual que he conocido nunca me nuble la mente.

La sigo observando mientras se mueve por la habitación. Cuando se gira hacia mí y se da cuenta de mi escrutinio, frunce el ceño.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras así? —pregunta.

—No me has contestado. ¿Quién te ha llamado, Bianca?

—Oh, eso. —Hace un gesto con la mano para restarle importancia—. Era mi tía Sarah. La llamaré por la mañana.

Inspiro hondo por la nariz.

—¿La tía Sarah de verdad o el puto Kincaid?

Bianca se me queda mirando fijamente y suspira.

—Era mi tía Sarah. —Mi expresión debe de ser un fiel reflejo de mis pensamientos porque enseguida resopla y se cruza de brazos—. No me crees, ¿verdad?

—No sería la primera vez que me mientes —escupo las palabras con crudeza.

Se acerca de nuevo a la mesita de noche, coge el teléfono y me lo lanza al regazo

—Adelante, compruébalo por ti mismo. Solo tienes que devolver la llamada. —Bufo, apartando la mirada—. No, Luca. Hazlo, por favor. Si eso te deja más tranquilo, yo no tengo problema.

Cierro los ojos con fuerza y la culpa me invade. Me gustaría creer ciegamente en ella, pero no puedo. Eso es lo que ocurre cuando alguien te traiciona, que la confianza se esfuma y es muy difícil recuperarla. Dejo el teléfono sobre el colchón y niego con la cabeza.

—Ven aquí —susurro, estirando el brazo en su dirección.

Bianca tarda unos segundos en obedecer y, cuando llega a mi lado, la hago tumbarse en la cama antes de abrazarla.

—Desde ya te digo que más temprano que tarde acabaré hablando con Ryan. —Gruño al escuchar su nombre y ella alza la cabeza para mirarme—. Cabréate si quieres, pero lo haré de todas formas. Sin embargo, cuando eso pase, no me inventaré ninguna excusa. Sé que mi palabra no es muy válida para ti, pero, si sirve de algo, prometo que nunca más volveré a mentirte.

Exhalo con fuerza y vuelvo a empujar su cabeza contra mi

pecho.

—Me sirve —mascullo entre dientes.

—Bien, porque no tengo nada más para ti.

Nos quedamos en silencio un buen rato. Debería estar durmiendo, pero estoy disfrutando demasiado de su cercanía, de la forma en la que sus piernas y las mías se entrelazan, del cosquilleo que su pelo provoca en la base de mi cuello, y de su olor… Señor, es tan agradable y familiar, es el aroma de la verdadera felicidad.

—¿Por qué te llamaba tu tía? —suelto la pregunta tal como me llega a la mente.

Bianca se endereza de nuevo, tensa y con el ceño fruncido.

—¡Maldita sea, Luca! Haz esa puta llamada y acabemos con esto —sisea entre dientes.

Estrecho la mirada sobre ella y niego con la cabeza.

—Vamos a tener que hacer algo con esa boca tan sucia. —La sujeto por la barbilla para obligarla a alzar la vista hacia mí—. No estoy desconfiando. Solo tengo curiosidad —aclaro.

Se me queda mirando con desconfianza unos segundos más y al fin vuelve a relajarse sobre mi pecho.

—No lo sé —responde con una exhalación—. Supongo que solo quiere saber cómo estoy, si he comido, si paso frío… O puede que hoy prefiera interrogarme para saber cómo ha ido mi día. No necesita una excusa para llamarme.

Se me escapa una sonrisa. Beso la parte alta de su cabeza y la estrecho más contra mi cuerpo.

—Suena a que te conoce bastante bien como para saber que siempre andas metida en líos —comento.

—Es de las pocas personas que me conoce de verdad —confiesa en voz baja.

—¿Sabe lo que estás haciendo para acabar con tu padre? —No

responde, pero su cabeza se mueve negando—. Entiendo que no quieras preocuparla, pero ¿no has pensado en ponerla sobre aviso? Si algo se tuerce…

—Mis planes no se tuercen, Luca. Lo tengo todo muy bien pensado. Bueno… Casi todo. Lo de enamorarme de mi marido tarado era una variante que no había calculado.

Estiro el brazo hasta la altura de su trasero y lo pellizco con fuerza. Bianca da un respingo y me clava los dedos en las costillas a modo de venganza.

—¡Ey, con cuidado! No te aproveches de un hombre lisiado —me quejo en broma.

—No me pellizques. Los dedos no los tienes lisiados, ¿verdad?

—Por suerte para ti, no —respondo en tono jocoso. Vuelvo a besar su pelo y ella se acomoda mejor sobre mi pecho—. Dejando a un lado las bromas, hablo en serio sobre lo de contarle a tu tía lo que está pasando. Tu padre puede usarla contra ti. En realidad… No entiendo muy bien cómo permitió que te marcharas con ella a Europa.

—No lo sé —dice, encogiéndose de hombros.

—¿Nunca te lo has preguntado? Ese hijo de puta te tenía atrapada en su casa. Cuando tu tía se enteró de lo que estaba pasando, lo más sencillo hubiese sido eliminarla, pero no solo no lo hizo, sino que además dejó que te fueras con ella. Es raro, ¿no te parece?

Permanece pensativa unos segundos antes de responder.

—Lo es —susurra.

Volvemos a quedarnos en un cómodo silencio. En cierto momento, escucho que la respiración de Bianca se vuelve pesada y soy consciente de que ya está dormida. Cierro los ojos y dejo que el sueño y el cansancio me envuelvan. Pocas veces en mi vida me he

sentido así, tan agotado y satisfecho a la vez. Sé que es por Bianca. Ella es una contradicción en sí misma. Valiente y frágil, luchadora y sumisa, un ángel y un demonio… Mi ángel y mi demonio. Mía, solo mía.

Capítulo 75

Romeo

Acompaso mi respiración con cada uno de los golpes que lanzo al saco de boxeo. Intento concentrarme en mi propio entrenamiento, pero las constantes risas que provienen del lado opuesto del gimnasio me distraen. Me detengo para tomar aire y observo a Elmo intentando enseñar a su madre a hacer flexiones. Ella pone todo de su parte, pero sus brazos no aguantan el peso de su cuerpo y termina cayendo de cara en varias ocasiones.

Es extraño ver a Ilenia De Santis aquí. Ella y Elmo llegaron cuando yo ya estaba ejercitándome. No me saludaron, ni siquiera miraron en mi dirección. Tampoco es que esperara que lo hicieran. Para el pequeño demonio yo no soy más que un empleado al que mangonear a su antojo, y su madre… Bueno, no creo haber cruzado más de dos palabras con ella desde que la conozco, y, ahora que sabe que me he follado a su marido, forzar una conversación sería, como poco, muy incómodo.

Tras un buen rato, en el que sigo sin lograr concentrarme, me doy por vencido. Camino hacia el lugar donde he dejado mi toalla y

una botella de agua. Me seco el sudor y estoy bebiendo cuando escucho que alguien se me acerca por detrás.

—¿Te sobra un poco de agua? —escucho la voz de Ilenia a mi espalda y me giro deprisa.

Es extraño verla vestida con ropa deportiva. Siempre va tan arreglada y elegante… Aunque llamar «ropa deportiva» al pantalón de licra rosa y la camiseta con volantes en los hombros que lleva puesta es un sacrilegio para cualquier deportista. No obstante, es muy fiel a su estilo. Ilenia jamás pierde su *glamour*, ni siquiera haciendo ejercicio. Es más, su pelo castaño sigue perfectamente peinado, como si acabara de salir de la peluquería.

Estira el brazo en mi dirección y solo entonces soy consciente de que no he respondido a su pregunta; en vez de eso, me he quedado mirándola como un idiota.

—Solo tengo esta —digo antes de darle un nuevo trago.

—Bueno, si yo comparto a mi marido contigo, lo mínimo que puedes hacer es compartir tu botella de agua conmigo, ¿no crees?

Me atraganto y escupo el agua en su dirección. Empiezo a toser mientras intento hablar para disculparme. Ilenia se queda quieta unos segundos, después se acerca más y da varias palmadas en mi espalda para ayudarme.

—¡Dios! —Tomo una bocanada profunda y la miro—. Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes exactamente, ducharme con tus babas o tirarte a mi marido? —comenta, cogiendo mi toalla para secarse.

Me quedo mirándola de nuevo. Una gota baja por su cuello y se pierde entre sus pechos. Pestañeo y aparto la vista de inmediato. No debería estar fijándome en las tetas de la mujer de mi amante, examante, enemigo o lo que seamos Vincenzo y yo ahora mismo. Por muy bonitas que sean, no deja de ser algo inapropiado.

—Eh…, toma. —Le tiendo la botella y espero a que me la

devuelva antes de recuperar mi toalla.

—Gracias, Romeo —dice, dando media vuelta para dirigirse al lugar donde su hijo sigue haciendo flexiones.

Lo intento, de verdad que sí, pero no soy capaz de refrenar el impulso de echar un vistazo a su trasero. Enfundado en esas mallas de licra, es una imagen digna de recordar. Me imagino lo que se sentirá estrujándolo con las manos mientras… Corto de golpe el rumbo de mis pensamientos al notar que mi polla se endurece. ¡Mierda!

Antes de que pueda hacer alguna estupidez, como convencerme a mí mismo de que es una buena idea intentar follarme a la mujer de mi amante, salgo del gimnasio a toda prisa. Necesito hacer algo para sacarme estas ideas de la cabeza y, de paso, bajarme el calentón. Sé exactamente a quién acudir para esa tarea.

VINCENZO

La puerta del despacho se abre sin previo aviso. Al levantar la mirada, veo a Romeo entrar en la habitación. Lleva puesta ropa de deporte. Seguro que viene del gimnasio. No me permito seguir mirándolo. Ya sé lo bien que le queda esa camiseta ajustada o cómo se le marca el paquete con esos pantalones de algodón.

—No sé qué mierda quieres, pero puedes largarte —farfullo sin moverme de mi silla.

Lo escucho acercarse. Se detiene al otro lado de la mesa y repiquetea con los dedos sobre la superficie de madera.

—Ya veo que sigues enfurruñado. ¿Hay algo que pueda hacer para cambiarte el humor?

Reconozco ese tono provocativo de inmediato. Alzo la cabeza y le lanzo una mirada dura.

—Fuera de aquí, Romeo. Si tengo que volver a repetirlo, será con un plomazo.

Exhala con fuerza. Su aroma a sudor mezclado con su loción de afeitar inunda mi nariz. Aprieto los puños y me obligo a mí mismo a no moverme ni un centímetro. Ese olor tan familiar me trae demasiados recuerdos. Teníamos por costumbre encontrarnos aquí mismo, todos los días, justo después de su entrenamiento matutino. Por supuesto, eso era antes, cuando yo aún no sabía que me estaba tirando a un puto traidor.

—Me pregunto cuándo he dejado de ser bienvenido en este despacho.

Lo observo mientras se desplaza hasta el mueble bar, sirve una copa de licor y le da un trago antes de rodear la mesa para acercarse más a mí.

—En el mismo instante en el que descubrí que me has estado utilizando para ayudar a la zorra de tu amiguita —escupo entre dientes.

Romeo se detiene con el vaso a medio camino de la boca y me taladra con la mirada.

—Cuidado con cómo hablas de Bianca. —Su tono es cortante y duro.

Inevitablemente, mi polla da una sacudida. Hasta que conocí a Romeo, creí que yo era un hombre dominante. En realidad, lo soy en casi todos los ámbitos de mi vida, a excepción de cuando estoy con él. Romeo sabe con exactitud qué decir y hacer para tenerme de rodillas a sus pies.

—Si has venido a defenderla, estás perdiendo el tiempo. Por mí podéis pudriros ambos en el jodido infierno —digo, apartando la

mirada.

—Esa arrogancia… —Chasquea la lengua y da un nuevo paso hacia mí—. No somos tan distintos, ¿sabes? Los dos somos hijos de unos traidores. A nuestros padres los mataron solo por querer ganar dinero de la misma manera que sus supuestos compañeros y amigos lo hacían. La diferencia es que yo no sigo pensando que ser leal a la Cosa Nostra es algo honorable. Son asesinos. No les importa arrebatar las vidas de mujeres y niños si con ello pueden sacar beneficio.

—¿Y tú eres mejor? —inquiero, esbozando una falsa sonrisa.

Se encoge de hombros y, tras beber un nuevo trago de su vaso, da otro paso más en mi dirección.

—No soy mejor, solo más listo —susurra, ya demasiado cerca de mí.

—Luciano Rossetti dio la cara por ti cuando eras un niño. Te ofreció un lugar en su casa para librarte de la muerte. Ese es el mismo hombre al que quieres destruir, Romeo. No disfraces tu cobardía de inteligencia.

—Luciano Rossetti —susurra, y toma una respiración profunda—. ¿Sabes? Durante mucho tiempo yo también creí que ese hombre era mi ángel de la guarda, pero entonces una mañana encontré a Bianca medio muerta después de haberse cortado las venas. ¿Sabes qué fue lo que más me afectó al verla así? No fue la sangre ni la palidez de su piel. Lo que de verdad me hizo hervir la sangre de rabia fue ver las marcas de mordiscos en sus muslos, los arañazos en la cintura, su trasero amoratado…

—¿De qué hablas? —pregunto confuso.

—El hijo de puta de Rossetti no solo violaba a su propia hija, también la torturaba. —Se queda callado unos segundos. Su garganta se mueve con violencia al tragar saliva—. La noche anterior

escuché unos gritos, pero no le di importancia. Creí que era alguna de las chicas del servicio haciendo el tonto, pero no, era Bianca. Ese desgraciado estuvo toda la noche en su habitación, abusando de ella como un animal.

—Entonces, es verdad —susurro.

—Por supuesto que lo es. —Se acerca aún más, hasta que sus piernas tocan las mías—. Mi lealtad está con Bianca ahora y lo estará siempre. No pude salvarla esa noche ni ninguna de las anteriores. Se lo debo.

Capítulo 76

VINCENZO

Lo miro fijamente. Todo lo que acaba de decir… Si es cierto, puedo entender que se sienta responsable de Bianca, pero eso no lo excusa y tampoco lo convierte en alguien en quien se pueda confiar. Cuando va a inclinarse hacia delante, me pego al respaldo de la silla y lo empujo con fuerza.

—Atrás. Eres un puto traidor —siseo con rabia.

Se endereza y arquea una ceja con diversión. En solo un instante, toda esa rabia y tristeza que aparentaba sentir se han esfumado. Chasquea la lengua y busca mi mirada.

—Vin, podemos pasar el rato hablando de todo lo que he hecho mal, tal vez llegue hasta a disculparme por haberte mentido y golpeado en la nariz, tú te cabrearás y después acabaremos follando como siempre. ¿Por qué no nos saltamos todo eso y pasamos directos a la mejor parte?

—Estás loco si crees que voy a ponerte un dedo encima.

—Vale, no quieres follar. Entonces, hablemos. —Se apoya en el borde de la mesa y le da un nuevo sorbo a su bebida—. Acabo de

ver a tu mujer en el gimnasio. No me había fijado nunca en las tetas tan apetecibles que tiene.

Pestañeo rápido, intentando asimilar lo que acaba de decir. ¿En serio está hablando de Ilenia?

—No te acerques a ella —siseo, poniéndome en pie de un salto.

El muy cabrón vuelve a sonreír y da un paso hacia mí. Retrocedo y él aprovecha para sentarse en mi silla. Deja el vaso sobre la mesa y entreabre las piernas. Como el jodido imbécil que soy, no puedo evitar echar un vistazo a su entrepierna. ¿Está empalmado?

—Lo has notado, ¿verdad? —Desliza la palma de la mano por encima de su erección—. Ha sido verle las tetas y ese culo tan prieto y ponerme cachondo.

Inspiro hondo por la nariz. Me niego a admitir que con su jueguito de seducción está logrando justo lo que pretende, cabrearme y excitarme. ¿Ilenia? ¿En serio?

—Romeo, márchate —pido en un tono más calmado.

—Y si no, ¿qué?

Sin dejar de mirarme, introduce la mano en el interior de la ropa y se saca la polla. Empieza a masturbarse despacio y yo… Joder, a mí se me hace la boca agua. Quiero arrodillarme frente a él y meterme ese enorme pedazo de carne en la boca.

—Ven aquí —ordena con ese tono de voz que me doblega por completo. Niego con la cabeza y él frunce el ceño—. No te estaba preguntando. Ven aquí.

Inspiro hondo y doy un paso hacia él. Siempre pasa lo mismo. Cuando se trata de Romeo, no tengo ni una pizca de orgullo ni dignidad. Me detengo justo delante de la silla que está ocupando. Romeo acelera la velocidad de su puño y suelta un pequeño gemido.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz? —susurro sin poder apartar la mirada de su polla cada vez más dura.

—Amor, conmigo siempre estás en paz —responde, esbozando media sonrisa. Estira la otra mano y la desliza por mi abdomen—. ¿Sabes qué pensé cuando le vi el culo a tu mujer?

—Romeo… —digo a modo de advertencia, pero el muy hijo de puta no se detiene.

—Me imaginé follándolo, ensanchándolo con mi polla. ¿Cómo se siente eso, Vin? —Aparto la mirada y exhalo con fuerza. La mano de Romeo se detiene a la altura de mi cadera—. Oh… No lo sabes, ¿verdad? Nunca le has follado el culo a tu mujer.

—No —mascullo entre dientes.

Su mano desciende más hasta que llega a mi ya endurecida entrepierna.

—Pero quieres hacerlo. Claro que sí.

Deja de masturbarse, se inclina hacia delante y, con un movimiento rápido y preciso, desabrocha mi cinturón y el pantalón de traje que llevo puesto. Después saca mi polla y la menea un par de veces antes de metérsela en la boca.

—¡Oh, santa mierda! —exclamo cuando me engulle por completo.

Durante un buen rato dejo que sea él quien me chupe, lama y succione a su antojo. Cuando lo sujeto por la nuca y empiezo a mover las caderas con fuerza, Romeo no me detiene. Le follo la boca como un jodido animal. Estoy a punto de correrme cuando él se aparta, se pone de pie y me besa.

Su sabor invade mi boca y un gemido ronco rasga mi garganta. Enseguida se aparta, me empuja hacia la mesa y se coloca detrás de mí. Cierro los ojos cuando me baja más los pantalones, y, al sentir cómo su lengua se desliza por mi ano, vuelvo a gemir. Entonces, presiona con un dedo mi entrada. Me relajo y dejo que lo introduzca centímetro a centímetro. En cuanto está completamente alojado en

mi interior, lo saca y una nueva presión empieza a dilatarme poco a poco. A continuación, un segundo dedo se cuela en mí.

Romeo se pone de pie, noto su lengua recorriendo mi espalda, y enseguida la punta de su polla empieza a abrirse paso entre mis nalgas. Le lleva varios intentos meterse, pero, cuando lo consigue, echo la cabeza hacia atrás y disfruto del placer que se concentra en mis pelotas. Unos segundos después, empieza a moverse al mismo tiempo que cuela su mano entre mi cuerpo y la mesa y me agarra la polla con fuerza.

—Dime, Vin —resuella contra mi nuca—. ¿Te imaginas a tu querida y remilgada esposa viendo cómo te rompo el culo?

—Cállate —siseo, pero mi polla se pone aún más dura si es posible cuando esa imagen cruza mi mente.

—Por supuesto que lo estás imaginando. Ahora quiero que la visualices de rodillas, justo delante de ti, con su pelo castaño alborotado mientras le follas la boca. —Sigue arremetiendo en mi interior mientras yo gruño de puro placer—. Eso es, amor. Piensa que mi mano es su boca, te aprieta, te succiona hasta que no queda ni una sola gota de semen en tus pelotas.

—¡Joder! —exclamo, echando la cabeza hacia atrás cuando el orgasmo me alcanza como un puto rayo.

Romeo sigue masturbándome mientras me embiste con fuerza por detrás. Sé que él también está a punto de correrse. Conozco su respiración, cómo jadea cuando ha llegado al límite. No tarda ni cinco segundos en retirarse, tira de mi hombro para girarme y con un gesto brusco me empuja hacia abajo.

—De rodillas —gruñe, apretándose la polla. Me dejo caer junto a sus pies y abro la boca—. ¡Sí, joder! Que no se escape nada.

Chorros espesos y calientes invaden mi lengua mientras Romeo sigue sacudiéndosela con violencia. Cuando termina, me cierra la

boca con una mano y espera a que yo termine de tragarlo todo. Solo entonces retrocede un paso, se sube el pantalón y toma asiento en mi silla otra vez.

Me pongo de pie sin saber muy bien qué hacer a continuación. Echo un vistazo a la alfombra y hago una mueca al ver mi propio semen esparcido por la superficie. Me acomodo la ropa y, cuando vuelvo a girarme, encuentro a Romeo bebiendo de su vaso, aún con la respiración acelerada.

—Ya tienes lo que has venido a buscar, ahora lárgate —mascullo, apartando la mirada.

—De eso nada. Quiero algo más de ti, Vincenzo.

Exhalo con fuerza y lo miro frunciendo el ceño.

—¿El qué? ¿Qué mierda quieres ahora?

Esboza esa sonrisa traviesa que deja sus hoyuelos al descubierto. Esa expresión nunca augura nada bueno.

—A tu mujer. Voy a follármela y tú estarás ahí para verlo. Es más, si eres un buen chico, te dejaré participar.

Capítulo 77

Luca

He pasado toda la mañana reuniéndome con varios miembros de la organización. Adriano Valente y el sobrino y heredero de Augusto Colombo están convencidos de que Rossetti es el traidor, incluso he logrado que Pietro Santoro confiese que también duda de la lealtad del que, hasta hace poco, era su socio más cercano. Esta noche es clave para demostrarles que es así, y creo que ya sé cómo lograrlo.

—Entonces ¿el punto de encuentro es en el puerto? —pregunta mi hermano.

He querido que Serra, Bianca y él estén enterados de todo lo que va a ocurrir esta noche.

—Sí. Adriano cree que será más sencillo para Rossetti jugárnosla si nos reunimos con los mexicanos en su propio territorio.

—Pero esa reunión no será real —deduce Serra.

—Solo es una trampa para Rossetti. Los mexicanos no aparecerán; en su lugar, vendrán a por nosotros hombres armados que se supone que son federales.

—¿Se supone? —intercede Bianca. Ha estado muy callada desde

que entró en el despacho

—Eso he dicho.

Estrecha la mirada sobre mí y se cruza de brazos.

—¿Y quiénes serán esos hombres en realidad?

—Mercenarios. Se harán pasar por federales. Con eso será suficiente para convencer a los demás de que tu padre es un traidor. Estoy seguro de que el mismísimo Maurizio Leone vendrá a ejecutarlo.

—No es un mal plan —comenta mi hermano.

Bianca lo mira de reojo y pone los ojos en blanco.

—¿Hay algo que quieras compartir con nosotros? —le pregunto.

Me mira a mí y exhala con fuerza.

—Muchas cosas, pero, si lo hago, lo más probable es que termine hiriendo tu ego.

Frunzo el ceño y le lanzo una mirada dura. ¿Qué mierda le pasa? Estoy intentando resolver el problema lo mejor que puedo.

—Adelante, mi ego lo soportará. ¿Qué es lo que no te gusta?

Toma una respiración profunda y da un paso hacia mí.

—Para empezar, que es una puta mierda de plan.

—¿Cómo dices? —inquiero, abriendo mucho los ojos.

—Ya me has escuchado, Luca. Estamos hablando de engañar a los que, con casi toda probabilidad, son los hombres más poderosos y peligrosos de la costa este y pretendes usar a actores como si estuviésemos en un jodido musical de Broadway. ¿Crees que nadie va a investigarlo? Mi padre tiene muchos contactos. Además, Santoro, Valente… No irán solos a esa reunión, no sabiendo que existe la posibilidad de que intervengan los federales. Lo más probable es que acudan con un pequeño ejército para defenderlos.

—Por eso he dicho que serán mercenarios y no actores los que intervengan —siseo entre dientes.

—¡Claro! Tiene todo el sentido. Cuando empiecen los disparos y los cadáveres se amontonen, ¿qué harás con ellos? Porque no son idiotas, Luca. No habrá ninguna autoridad que reclame esos cuerpos. ¿Vas a deshacerte de todos ellos hundiéndolos en bidones de ácido? ¿En qué momento? ¿Cómo lograrás ocultar tu participación?

—Eso es algo que iremos solucionando sobre la marcha. Lo más importante ahora es acabar con tu padre.

—¡No, maldita sea! —replica, alzando la voz—. No puedes dejarlo todo al azar. Eso es lo que siempre haces. Actúas sin pensar en las consecuencias. ¿De qué nos sirve acabar con mi padre si después nos acusan a nosotros de traición?

—¿Tienes una idea mejor? —siseo con la mandíbula apretada.

—Cualquier idea es mejor que esa. —Inspira hondo por la nariz y empieza a moverse de un lado a otro del despacho—. Antes de actuar hay que pensar en todos los posibles contratiempos. Cada pequeño detalle es importante. Estudiarlo bien, madurarlo, y, solo cuando estás seguro de que vas a tener éxito, puedes poner el plan en marcha. Puede que tu estilo sea entrar en una habitación pegando tiros, pero eso no nos llevará a ningún lado, solo a una más que probable muerte.

Aprieto los puños y me contengo para no empezar a gritar como un jodido energúmeno. Eso es lo que ella ha hecho conmigo. Durante todo este tiempo, cada una de sus decisiones ha sido previamente planeada, empezando por nuestro matrimonio.

—Bueno, tú tienes experiencia mintiendo, engañando y traicionando, ¿no? Adelante, instrúyenos —escupo con rabia.

—Se avecina una tormenta —canturrea Romeo, apoyando el brazo en el hombro de mi hermano. Este se aparta con un movimiento brusco en el mismo instante en el que lo fulmino con la

mirada.

—Ya sabes cuál es la solución, Luca. Haz esa puta llamada y deja que Ryan…

—¡No! —la corto.

—¡Maldita sea! Te comportas como un niño idiota. La mejor posibilidad que tenemos es que de verdad aparezcan los federales en el puerto. Así, nadie sospechará. Todos estarán preparados para defenderse. Incluso podemos crear una ruta de escape segura para los cabezas de familia. Algunos hombres morirán, pero culparán a mi padre. Es nuestra mejor baza, y lo sabes.

Respiro hondo y niego con la cabeza.

—He escuchado tu opinión, pero no estoy de acuerdo con ella. Seguiremos adelante con mi plan —digo, tomando asiento detrás del escritorio.

Bianca pestañea rápido y se cruza de brazos.

—¿Eso es todo? —Asiento—. Entonces, ya está. Vas a llevarnos a una muerte segura, pero todo está bien porque eres el que manda, ¿es eso?

—Sí, Bianca. Yo soy el que manda.

Ríe falsamente por la nariz.

—No es solo tu vida la que está en juego, Luca.

—Pero yo soy el que toma las decisiones —replico.

—Claro, porque tu historial de decisiones acertadas es muy extenso y nada temerario, ¿verdad? Como irrumpir en la casa de Ryan pegando tiros, herido y sin ningún apoyo. Eso fue realmente inteligente.

Me encojo de hombros con arrogancia.

—Conseguí lo que quería, ¿no? Estás aquí.

Da un paso más en mi dirección. Se le marcan las venas del cuello y sus manos tiemblan. Está furiosa. Bien, yo también.

—¿En serio eres tan idiota como para pensar que estoy aquí porque tú lo has decidido? —Esboza una sonrisa maliciosa y niega con la cabeza—. Accedí a volver a esta casa porque creí que serías un poco más listo. Tú eras mi mejor opción para acabar con mi padre.

Sus palabras se clavan en mi pecho como una jodida daga afilada.

—Ya ha empezado a llover —susurra Serra.

—¡Cierra la jodida boca!

—¡Cállate, Romeo! —le gritamos Bianca y yo al mismo tiempo.

Nos seguimos mirando con rabia y furia contenida. «Tú eras mi mejor opción para acabar con mi padre». Entonces es eso. No está aquí porque me quiere. Solo sigo siendo un peón en sus manos. Me obligo a tranquilizarme y mantener un tono neutro. No le daré el gusto de ver lo mucho que me duelen sus acciones.

—Es curioso, creí que habías vuelto conmigo porque me amas, pero ya veo que sigues jugando, Diavuletta. —Me pongo en pie bajo su atenta mirada.

—Luca, estás tergiversando mis palabras —sisea entre dientes.

—No, has sido muy clara. Ahora puedes irte. Seguiré desde aquí sin ti.

Capítulo 78

Luca

Bianca exhala con fuerza y luego se pinza el puente de la nariz. Me importa una mierda lo que piense o crea. Ya estoy cansado de sus jodidos juegos mentales. Va a hacer lo que yo le diga, le guste o no.

—¡¿Cómo puedes ser tan imbécil, joder?! ¿No entiendes que…?

—Bianca, retírate —ordeno cortante.

—¿Y si no obedezco? ¿Qué vas a hacer si decido actuar por mi cuenta? Puedo realizar esa llamada por mí misma.

—Ponme a prueba y acabarás encerrada y aislada.

—No puedes hacer eso —susurra.

Coloco las manos sobre la mesa y me inclino hacia delante.

—Eres mi esposa. Cada jodida parte de ti me pertenece. Tengo el poder para decidir cuándo comes, bebes o duermes. Si lo deseo, haré que pases el resto de tu vida sin volver a ver la luz del sol, así que deja de provocarme y lárgate de una maldita vez.

Recorre los pocos pasos que la separan del escritorio y adopta la misma postura que yo, con las manos sobre la mesa y el cuerpo inclinado hacia delante.

—Ahora vuelve a decir que no eres como mi padre —escupe con rabia.

—Fuera.

Se endereza y niega con la cabeza.

—De todos los hombres que hay en el mundo, justo tenía que enamorarme del más tarado. Sí, es culpa mía. Las señales estaban ahí y decidí ignorarlas, pero no volverá a ocurrir. ¿Quieres encerrarme? Adelante. —Esboza una sonrisa peligrosa—. Vas a hacer que nos maten de todos modos. Aunque te advierto que, antes de morir a manos de alguno de tus amiguitos, me largaré de aquí.

—Como des un paso fuera de esta casa…

Arquea una ceja con arrogancia y alza la barbilla.

—¡¿Qué?! ¿Vas a pegarme? Vamos, te reto a intentarlo. Pasé dieciocho años conviviendo con un monstruo. Un imbécil, patético e inmaduro como tú no es rival para mí.

—Lárgate de aquí antes de que pierda lo poco que me queda de paciencia —gruño, golpeando la mesa con el puño.

Bianca retrocede, aunque no parece asustada por mi arrebato. Solo cabreada, o tal vez herida. Bueno, yo también lo estoy. Al fin y al cabo, ha incumplido su promesa. Dijo que no volvería a traicionarme ni a mentirme y acaba de confesar que lo ha hecho.

—Descuida, el último lugar donde me apetece estar ahora mismo es cerca de ti. —Da media vuelta y empieza a caminar en dirección a la salida con los puños apretados y la cabeza alta.

—Antes de irte, dame tu teléfono —ordeno.

Se detiene frente a la puerta, se gira a medias y me lanza una mirada desafiante.

—Si lo quieres, puedes venir a quitármelo tú mismo —escupe las palabras por encima del hombro y, tras abrir la puerta de un tirón, abandona el despacho a toda prisa.

En cuanto la puerta se cierra con un estruendo, me dejo caer de nuevo en mi asiento y resoplo con fuerza. El silencio se instala sobre nosotros. Al alzar la vista, compruebo que mi hermano y Serra me observan inmóviles.

—¿Algo que añadir? —inquiero.

Se miran entre ellos y Serra da un paso al frente.

—Eres un jodido imbécil, De Santis —suelta, sorprendiéndome.

—Cuidado con tus palabras —le advierto.

—¿Crees que con lo que acabas de hacer has ganado algo? ¡No tienes ni idea, joder!

—Serra, no recuerdo haber pedido tu consejo. Los problemas con mi mujer…

—¡¿Tu mujer?! —Suelta una falsa carcajada y niega con la cabeza—. Adelante, sigue comportándote como un macho posesivo e intransigente. Enciérrala, aíslala, anúlala como persona. Apuesto a que el resto de los cabezas de familia de la organización estarán muy orgullosos de ti. ¿Qué será lo siguiente? ¿Vas a obligarla a follar contigo si se niega? —Me levanto de un salto y lo encaro—. ¡Eso es exactamente lo que hacía su padre, maldito tarado!

—¿Cómo te atreves…?

—¡Alguien tiene que decírtelo, joder! —vocifera—. He sido testigo de cómo esa mujer a la que acabas de humillar y maltratar tardó años en recuperar pizca a pizca la seguridad en sí misma. Pasó de estar destruida, de querer morir para no seguir soportando tanto sufrimiento, a luchar con uñas y dientes por su supervivencia y la de las personas a las que ama, ¿y sabes lo más curioso? Que tú eres una de esas personas. Si no fuese así, ya estarías muerto.

—¿De qué demonios hablas?

—El balazo… —Señala mi costado con el dorso de la mano—. Podría haberte matado, pero no lo hizo. Y me consta que Kincaid le

ofreció la posibilidad de echaros encima a los federales. Bianca tuvo en sus manos la oportunidad de terminar con toda la organización de un solo golpe, pero se negó para salvarte a ti. ¿Cómo te atreves tú a tratarla de esta manera? Sabes que tiene razón. Su plan es mucho mejor que el tuyo, pero eres tan arrogante, machista y egocéntrico que prefieres matarnos a todos antes de admitirlo.

—Voy a meterte una arrogante y egocéntrica bala en la puta cabeza —siseo contra su rostro.

—¿Vas a matarlo por decir la verdad?

Parpadeo y me aparto de Romeo al escuchar la pregunta de mi hermano. Le lanzo una mirada de advertencia, pero eso no lo detiene. Camina hacia nosotros con decisión y exhala con fuerza.

—No me digas que tu amorcito no se sabe defender solo —me burlo.

—Luca, esto no tiene nada que ver con Romeo. Sabes que tu esposa no es santa de mi devoción, pero lo que dice tiene sentido. No puedes arriesgar nuestras vidas por un jodido ataque de celos. Kincaid es nuestra mejor opción para acabar con Rossetti y salir ilesos. Haz esa maldita llamada y acabemos con esto.

—No le pediré ayuda al hijo de puta que se ha estado follando a mi mujer.

—¿Tu mujer? —Serra vuelve a carcajearse—. ¿Tienes idea de lo mucho que le cuesta a Bianca confiar en los demás? Ella no se fía de nadie, no se abre a nadie. Se marchó de la seguridad de la casa de Kincaid para estar contigo.

—No, vino a esta casa para seguir manipulándome a su antojo. Ella misma lo ha confesado.

—¡¿Y qué? ¡Maldita sea! ¿En serio estás dispuesto a perderla por eso? No sé si te has dado cuenta, pero con tu actitud de mierda lo único que estás consiguiendo es darle la razón al adonis rubio. —

Frunzo el ceño confuso y él chasquea la lengua—. ¡Me refiero a Ryan Kincaid, joder! —aclara—. Cuando Bianca huya de esta casa…, que te aseguro que lo hará por mucho que intentes impedírselo, lo buscará, porque, a diferencia de ti, él nunca la ha hecho sentir que no tiene voz ni voto. La respeta por su inteligencia y valentía. Sabe que no hay otra mujer como ella. Es un jodido unicornio, única e inalcanzable, y tú, maldito imbécil, la estás empujando de cabeza a sus brazos.

—Fuera de aquí, los dos —ordeno.

Romeo parece querer seguir discutiendo, pero mi hermano lo sujeta por el hombro y tira de él hacia la salida. Cuando al fin me quedo solo en el despacho, suelto una recua de maldiciones y me dejo caer de nuevo en mi asiento. Durante un buen rato oculto mi rostro tras los antebrazos y trato de tranquilizarme. Sigo furioso con Bianca, y ahora también con Vincenzo y el hijo de perra de Serra, pero lo que ha dicho antes de irse… «Es un jodido unicornio, única e inalcanzable, y tú, maldito imbécil, la estás empujando de cabeza a sus brazos».

Chasqueo la lengua y alcanzo mi teléfono, que está sobre la mesa. Me lleva varios intentos buscar el número de Kincaid en los contactos, y más aún decidirme a apretar el maldito botón de llamada. Inspiro hondo y me llevo el aparato a la oreja. Responde al segundo tono.

—De Santis, qué agradable sorpresa —oigo que dice a modo de saludo.

Tenso la mandíbula y cierro los ojos con fuerza. Solo su voz ya me saca de quicio. Intento evitar pensar que el hijo de puta que está al otro lado de la línea ha tenido sus manos sobre mi mujer, pero no me resulta sencillo.

—Necesito tu ayuda —suelto a regañadientes.

—Ya, eso supuse cuando vi tu nombre en la pantalla. ¿Dónde está Bianca? ¿Por qué no me ha llamado ella?

Aprieto el teléfono con tanta fuerza que estoy seguro de que acabaré haciéndolo pedazos. Vuelvo a respirar hondo. No quiero perder el control ahora.

—Lo que ocurra con mi mujer no es asunto tuyo. Negociemos. Podemos llegar a un acuerdo que nos beneficie a ambos.

El muy hijo de puta se queda callado unos segundos antes de contestar.

—No —dice, sorprendiéndome.

—¿No? ¿Qué mierda significa eso?

—No tengo nada que negociar, De Santis. Si quieres mi ayuda, dile a Bianca que me llame. Solo hablaré con ella.

—Hijo de… —Antes de que pueda terminar la frase, la llamada se corta.

Lanzo el teléfono sobre la mesa y grito de pura frustración. ¡¿Cómo demonios he llegado a esto?! Hace solo unos días creí que tenía controlado todo lo que estaba a mi alrededor, y ahora… Ahora soy un maldito títere en las manos de mi esposa y su examante. ¿Se puede ser más patético?

Capítulo 79

Bianca

Me muevo con nerviosismo de un lado a otro del dormitorio. Al otro lado del teléfono, mi tía se está tomando unos segundos para asimilar lo que acabo de contarle. Ella solo conocía una parte de mi plan, la parte en la que me casé con Luca para huir de mi padre, pero se lo he dicho todo: mi intención de acabar con mi padre, la existencia de Ryan y su apoyo durante todos estos años y, por último, la verdadera razón de mi matrimonio con Luca y todo lo que eso ha desencadenado.

—Cariño, ¿por qué no hablaste antes conmigo? —pregunta con un hilo de voz.

—No quise preocuparte. Ya has hecho mucho por mí, tía. Necesitaba resolverlo yo sola.

—Lo entiendo, pero podría haberte ayudado.

—¿Cómo? Mi padre es muy poderoso. Si te hubiese involucrado en esto, te estaría poniendo en peligro.

—Bianca, no le tengo miedo a tu padre —afirma.

Frunzo el ceño. Ese es precisamente el motivo de mi llamada. Lo

que dijo anoche Luca ha logrado despertar mi curiosidad.

—Tía Sarah, ¿cómo conseguiste que él te permitiera llevarme a Europa? Hasta hace poco no lo había pensado, pero resulta muy extraño que accediera sin más.

—¿Sin más? No, cielo, tuve que amenazarlo para que te dejara salir de la mansión. Esa noche… —Se queda callada unos segundos y cierro los ojos con fuerza. Odio recordarlo—. Sé que no hemos hablado demasiado de lo que él hacía contigo. Mi preocupación en ese momento fue alejarte de él y después buscarte ayuda psicológica para que pudieses superar todos esos años a su lado.

Tomo una respiración profunda y abro los ojos. Acudí a terapia durante mucho tiempo. No puedo negar que fue de ayuda poder sincerarme con alguien sin que me juzgara, pero los abusos físicos y mentales a los que mi padre me estuvo sometiendo durante tanto tiempo no es algo que se supere sin más. Aprendí a vivir con ello, a no culparme a mí misma por lo que ese cabrón me hacía, pero no a perdonar, y mucho menos a olvidar.

—Todo está bien —digo con una exhalación—. Lo hiciste lo mejor que pudiste y te prometo que no tengo ni un solo reproche para ti. Al contrario. Me salvaste y una vida no será suficiente para agradecértelo.

—No tienes nada que agradecerme. Tu madre jamás habría permitido que ese monstruo os hiciera daño a ninguna de las dos. Ella os quería más que a nada en el mundo. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento, aunque no puede verme, y mis ojos se llenan de lágrimas. A veces me cuesta recordar cómo era. Tengo imágenes sueltas de su pelo rubio, los ojos azules y una sonrisa perfecta. Solo tenía diez años cuando murió.

—Es una pena que ni siquiera llegara a conocer a Caterina —susurro.

—No pudo conocerla porque ese hijo de puta que tienes como padre no se lo permitió.

—¿A qué te refieres? Mamá murió al dar a luz a Rina.

—¿Fue así? Yo no estoy tan segura. Hay cosas que tú no sabes, Bianca. Secretos que muy probablemente hayan acabado con la vida de vuestra madre.

Pestañeo rápido y sacudo la cabeza de un lado a otro.

—Espera… ¿Estás insinuando que la mataron?

—Es posible. No estoy segura, pero después de lo que hizo… —Chasquea la lengua—. Cielo, temo ponerte en peligro si te cuento esto.

—Ya es tarde para eso, tía. Si hay algo que puedas darme para usar en contra de mi padre, lo necesito. Rina volverá a la mansión en menos de dos semanas. No puedo permitir que ese cabrón le ponga las manos encima.

—Tu madre grabó un vídeo antes de morir. Ella sabía que estaba en peligro. Eso fue lo que yo usé para amenazar a Luciano y que te permitiera vivir conmigo.

—¿Qué vídeo? —Escucho cómo la puerta del dormitorio se abre a mi espalda, pero no me giro. Ahora mismo toda mi atención está puesta en la persona que tengo al otro lado del teléfono—. Tía Sarah, necesito que me lo cuentes todo.

—Tu madre tuvo una aventura. Consiguió unos documentos y…

—Bianca, tenemos que hablar. —La voz de Luca se escucha justo de detrás de mí.

Lo ignoro y me aparto de él un par de pasos.

—¿Qué documentos? No estoy entendiendo nada.

—¿Sabes qué? Prefiero que lo veas tú misma. Te lo mandaré ensegui… —Noto cómo me arrebata el teléfono antes de que pueda terminar la frase.

Me giro de golpe y encuentro a Luca muy cerca de mí.

—¡¿Qué demonios haces?! —exclamo, y, cuando estoy a punto de recuperar el teléfono, lo lanza contra la pared.

El aparato se rompe en mil pedazos, que quedan esparcidos en el suelo del dormitorio.

—¿Ahora vas a hacerme caso? —inquiere, cruzándose de brazos.

—¡Maldita sea, Luca! Era una llamada importante. Mi tía…

—Ya, tu tía. —Chasquea la lengua y esboza una falsa sonrisa—. Deja de mentir de una maldita vez.

—¡Y tú deja de compórtate como un jodido carcelero! —vocifero, perdiendo los nervios.

Nos miramos con intensidad durante un buen rato. Sus ojos brillan de furia contenida. Exhalo con fuerza y rompo el momento de tensión dándole la espalda. Él también resopla y noto cómo se acerca más a mí.

—Había venido a disculparme —susurra.

Se me escapa una risa baja.

—Menuda manera de pedir perdón. ¿Qué será lo siguiente? ¿Lanzarme por la ventana?

Coloca la mano sobre mi hombro y yo reacciono apartándome de manera brusca.

—¿No puedo ni tocarte, Bianca?

Me giro de nuevo hacia él, cruzándome de brazos.

—Por supuesto. Puedes hacer lo que quieras. Eres mi dueño, ¿recuerdas? Tú das las jodidas órdenes y yo debo obedecerlas como una buena perrita. Espero que, cuando me pongas el collar, al menos sea de diamantes.

—Ya me he disculpado —masculla con la mandíbula tensa.

—No, no lo has hecho. Has llegado aquí y, dejándote llevar por tus malditos celos, una vez más has deducido que estaba hablando

con Ryan, pero no era así.

—No tendría que deducir nada si empezaras a decirme la verdad. Quiero confiar en ti, pero, cada vez que creo que puedo hacerlo, descubro que me has estado mintiendo de nuevo, como hace un rato en el despacho.

—Luca, yo no te he mentido.

—¿Lo de que soy tu mejor opción para acabar con Rossetti y solo por eso volviste conmigo?

Bufo con fuerza y me pinzo el puente de la nariz.

—Eso es una obviedad, no una mentira.

—Me hiciste creer que volvías a casa conmigo porque me quieres.

—¡Y te quiero, joder! Pero también te necesito para destruir a mi padre. No he mentido.

—¡Oh, vamos! Ocultar información también es mentir, Bianca. Prometiste que serías sincera conmigo.

—¿Eso es lo que de verdad te molesta? ¿Me has tratado como a poco menos que una jodida prisionera porque no te dije algo que era obvio? —Esbozo una falsa sonrisa y niego con la cabeza—. No, Luca. Lo que te jode es que tengo razón. Necesitamos a Ryan y tu maldito egocentrismo no te permite admitir que estás equivocado. Tu plan es una mierda. Va a morir gente, probablemente ninguno de nosotros sobreviva y será culpa tuya.

—¿Quién está siendo arrogante ahora? Tu plan no tiene fallos, ¿no? Eres perfecta.

—No, no lo soy. Tengo un defecto enorme, ¿sabes cuál es?

—Ilumíname —pide, arqueando una ceja.

—Mi pésimo gusto para elegir de quién me enamoro. Lo peor es que yo ya sabía cómo eras. Me convencí de que no te pareces en nada a mi padre, pero no es verdad. Sois iguales, y hoy lo has

demostrado.

—¿En serio vas a usar algo que dije durante un calentón para compararme con el hijo de puta que te violaba? Eso es muy rastrero hasta para ti, Bianca.

—¿Sabes que él nunca admitió que me estaba violando? El muy cabrón estaba convencido de que yo lo disfrutaba, que era algo consentido. Dime, Luca, ¿qué piensas tú? ¿Crees que también te mentí en eso y me acostaba con mi padre por mi propia voluntad?

Este es el gran momento. Si ahora mismo dice que sí, lo nuestro habrá acabado para siempre.

Capítulo 80

Bianca

—¡Joder, claro que no! —Da un paso hacia mí y yo retrocedo. Luca resopla con fuerza y hunde los dedos en su pelo en un gesto de frustración—. Lo siento. No debí decir todas esas cosas. Me he comportado como un imbécil. No es justo que me condenes por ello cuando yo te he perdonado todo lo que has hecho.

—¿Me has perdonado? ¿Cuándo? Si me hubieses perdonado, no estaríamos teniendo esta discusión. Quieres mantenerme a tu lado, pero no me perdonas y tampoco deseas olvidar. Lo más cómodo para ti es seguir culpándome y castigándome, pero resulta que yo no tengo vocación de mártir.

—¿Qué demonios quieres decir con eso? —inquiere, frunciendo el ceño.

—Que esto no tiene ningún sentido. —Muevo el brazo, señalando el espacio que nos espera—. Te lo dije una vez y vuelvo a repetirlo, no soy la esposa que tú deseas tener.

—Sin embargo, fuiste tú la que decidió que nos casáramos, pero eso fue solo un paso más en tu plan, ¿no?

—Vuelves a hacerlo —señalo, apretando los dientes.

—¡¿El qué?!

—Sacar a colación que te mentí y te engañé.

—¡Es que lo hiciste!

—¡Y ya te he pedido perdón por ello! No sé qué más quieres de mí. No puedo ni quiero cambiar el pasado, Luca. Hice lo que tenía que hacer para sobrevivir.

—Podrías habérmelo contado. Si hubieses sido sincera conmigo…

—¡¿Cuándo?! ¿En qué momento te lo iba a contar? Esa mañana, cuando abrí los ojos, estabas ahí, delante de la cama, mirándome como un puto asesino en serie. Ni siquiera me dejaste preguntar qué te pasaba. Hiciste el numerito de asfixiarme mientras me follabas, que, por cierto, nunca te lo he recriminado, y te aseguro que es lo más cerca que he estado de regresar mentalmente a esas noches con mi padre.

Se queda callado y suspira.

—Lo siento. Perdí el control. Me dejé llevar por la rabia y…

—Luca, no te lo estoy recriminando ahora tampoco —lo corto.

—Antes de eso, podrías habérmelo contado todo. Después de Sicilia, empezamos a actuar como un verdadero matrimonio. ¡Maldita sea, dormíamos juntos cada noche! ¿No tuviste un momento para contarme lo que estaba pasando?

—Lo tuve, pero no confiaba en ti. —Aparto la mirada e inspiro hondo para intentar tranquilizarme—. Supongo que estoy tan acostumbrada a hacerlo todo por mi cuenta que no me permití el lujo de pensar que, tal vez, tú podrías ayudarme. —Lo miro de nuevo a los ojos—. Y puede que también tuviese miedo de que, si te contaba la verdad, me odiaras por ello.

—Bianca, yo sería incapaz de odiarte. Créeme, lo he intentado. —Da un paso hacia mí y esta vez no retrocedo. Se acerca más,

hasta que solo unos centímetros separan nuestros cuerpos—. Lo siento, de verdad. Te prometo que intentaré controlar mis celos y voy a hacer todo lo que esté en mis manos para volver a confiar en ti.

Estira la mano para tocar mi rostro, pero, cuando está a punto de rozar mi mejilla, me echo hacia atrás y niego con la cabeza. Esta vez soy yo la que no le cree.

—Esto no va a funcionar, Luca —suelto con una exhalación.

Baja la mano y busca mi mirada, frunciendo el ceño.

—¿Qué demonios significa eso?

—Tú y yo. Si sobrevivimos, que lo dudo mucho, deberíamos poner fin a este matrimonio.

Esta vez es él quien retrocede, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—No hablas en serio —susurra, negando con la cabeza—. ¿Me estás dejando?

—Estoy teniendo la valentía de terminar con algo que acabará destruyéndonos a ambos —susurro con un nudo en la garganta.

—A ver si lo he entendido… Dices que me quieres, pero no estás dispuesta a luchar para que estemos juntos.

—Luca, no tiene nada que ver con sentimientos. Claro que te quiero. ¡Maldita sea, te amo como nunca creí que podría amar a nadie!, pero también soy muy consciente de que lo que hay entre nosotros no es sostenible a largo plazo. La mayor parte del tiempo ni siquiera nos soportamos. Tú no confías en mí y yo no puedo convertirme en la mujer sumisa y obediente que tú quieres que sea.

—¿Quién demonios ha dicho que quiero que seas sumisa y obediente?

—Tú, muchas veces, y hoy lo has demostrado con lo que dijiste en el despacho, con esa manera de hacer notar el poder que posees.

—No pongas palabras en mi boca. Sí, es verdad que lo que más me conviene en mi posición es tener una esposa como Ilenia, callada, invisible y obediente, pero no, eso no es lo que yo quiero, Bianca. No te cambiaría por ninguna otra mujer que exista en el mundo. —Exhala con fuerza y hunde los dedos en su pelo—. No he vuelto a mirar a otra mujer desde que puse mis manos sobre ti. Es más, podrían encerrarnos a ambos en una habitación con cientos de modelos de revista en pelotas que yo solo podría verte a ti.

—Eso no cambia nada —digo, retrocediendo de espaldas hasta tomar asiento en el borde de la cama.

Luca se queda mirándome desde su posición durante un buen rato. Farfulla una maldición y viene hacia mí con decisión. Se arrodilla frente a mis pies y coloca las manos sobre mis muslos.

—Escúchame, sé que ahora mismo estás cabreada. La he cagado mucho. Son estos malditos celos, que no me dejan respirar. Por favor, olvida las gilipolleces que dije en el despacho. Yo nunca te encerraría, Bianca. Solo estaba enfadado, pero sería incapaz de cumplir ninguna de esas amenazas. No te quiero sumisa ni obediente. ¡Dios santo, me encanta que me desafíes! Eso es lo que me enamoró de ti, tu fortaleza y valentía, que eres completamente distinta a cualquier otra mujer que haya conocido.

—No es solo por lo de hoy, Luca. Sencillamente, no somos compatibles. Las peleas, las discusiones… Hasta hace poco te planteaste matarme y yo te disparé. Esto no es sano, y lo sabes.

—¿Sano? ¿A quién mierda le importa eso? Vivimos en un mundo tóxico, Diavuletta. La gente se muere a nuestro alrededor. Hay sangre, sufrimiento y peleas cada día entre nuestros más allegados. Nuestro matrimonio es de los más sanos que he visto entre miembros de la Cosa Nostra. —Pongo los ojos en blanco y él esboza una pequeña sonrisa que no le llega a los ojos—. Sé que no es

demasiado, pero al menos tenemos algo que la mayoría de ellos ni siquiera sueñan.

—¿El qué?

Me agarra las manos y se las lleva a los labios.

—Nos queremos —susurra contra mi piel.

—Puede que eso no sea suficiente.

—Sí lo bastante como para intentarlo —replica.

Lo observo en silencio. Odio verlo así, tan abatido. En el fondo sé que lo que pasó en el despacho fue fruto del cabreo y los celos, solo que por un momento me sentí igual que cuando era una niña.

Luca es un Don de la mafia siciliana. Ser autoritario, arrogante e intransigente le viene con el puesto, pero en el tiempo que hemos pasado juntos, ya me había acostumbrado a esa otra parte de él, que es la que a mí me enamoró.

No quiero seguir casada con un hombre que se parece a mi padre. Sé que él no es así, como prueba de ello está que, en cuanto intenté dejarlo, no me encerró ni me amenazó con hacerme daño, y que lo tengo de rodillas justo frente a mí, casi suplicando que no renuncie a lo nuestro.

—Hablaremos de esto cuando todo acabe, si es que sobrevivimos —digo, apartando la mirada.

Lo escucho suspirar y besa mis nudillos con suavidad.

—Todo va a salir bien. Esta noche acabaremos con tu padre de una vez por todas.

Tiro de mis manos y vuelvo a mirarlo con una ceja arqueada.

—Con tu mierda de plan, permíteme dudarlo —mascullo entre dientes.

Luca se pone de pie y resopla con fuerza.

—Sobreviviremos porque vamos a seguir tu plan. —Saca su teléfono del bolsillo y me lo tiende—. Llama al puto irlandés. Solo

nos ayudará si tú se lo pides.

Y así, solo con ese gesto, Luca vuelve a demostrar que no se parece en nada a mi padre. Él jamás habría cedido ante una situación similar. Cojo el teléfono y busco su mirada. Supongo que tiene razón y ahora mismo estamos demasiado cabreados y dolidos para tomar ninguna decisión. Ya veremos qué pasa cuando todo esto acabe.

Capítulo 81

Luca

Escuchar la voz del puto irlandés a través del altavoz del teléfono es una puta tortura, aunque es aún peor notar la complicidad entre él y mi mujer. Hemos pasado toda la tarde encerrados en el despacho, planeando paso a paso todo lo que va a ocurrir durante el encuentro en el puerto. Ya casi ha llegado el momento y Bianca no quiere dejar ningún cabo suelto.

—Está bien. Esperaré a que me des la orden para que entren los federales —dice Kincaid.

—Que no se adelanten. Necesitamos que Valente, Santoro, Colombo y Luca tengan tiempo para huir antes de que comiencen los disparos —recalca Bianca.

—Descuida, así será. Te llamaré cuando todos estén en posición.

—No, llama al teléfono de Romeo. Estaré con él.

—¿Qué le ha pasado al tuyo? —inquiere el irlandés.

Bianca me mira a mí y frunce el ceño.

—Ha tenido un pequeño accidente. Está inservible.

—Si esto sale bien, te regalaré uno nuevo.

Gruño por su tono jocoso, pero no me entrometo en la conversación. Si he podido contenerme durante todo este tiempo, no la cagaré ahora.

—Si no sale bien, lleva un ramo de flores a mi tumba, si es que tengo una —comenta ella, haciendo una mueca.

—Prometido. Llevaré el mayor ramo de lirios que nunca nadie haya visto, tus favoritos.

—Si ya hemos terminado… —interrumpo tras carraspear—. Debería ponerme en marcha y necesito el teléfono.

—Te deseo buena suerte, De Santis.

Me acerco a la mesa y desconecto la llamada sin ni siquiera responder. No necesito su falsa simpatía mientras intenta robarme a mi mujer. Bianca pone los ojos en blanco por mi actitud, que admito que es más propia de un niño malcriado que de un adulto, pero no dice nada al respecto.

—¿Estás seguro de que no quieres que te acompañe? —pregunta mi hermano.

Me giro hacia él mientras guardo el teléfono en el bolsillo.

—No, si todo sale como está planeado, no correré ningún peligro. Me llevaré a un buen puñado de hombres armados, y, si sale mal, necesito que vosotros dos os hagáis cargo de proteger a la familia. Subíos al jet y despareced. —Echo un vistazo en dirección a Romeo—. Quiero que protejas a mi esposa con tu propia vida, Serra.

Se endereza y estrecha la mirada sobre mí.

—Eso no necesitas ordenarlo. Antes de llegar a ella, tendrán que pasar por encima de mí.

—La esposa en cuestión os está escuchando y es de muy mal gusto que habléis sin ni siquiera contar con su opinión —intercede Bianca. Espero a que se una a nosotros cerca de la puerta para girarme en su dirección—. Sé defenderme yo sola y esperemos que

todo vaya según lo acordado, pero, de todas formas, no te confíes y, por favor, intenta no hacer ninguna locura.

—Míralo por el lado bueno: si muero hoy, ya no tendrás que divorciarte de mí. Serás la nueva viuda De Santis.

—Voy a tener una conversación muy seria con quien sea que te haya dicho que eres gracioso —replica, poniendo los ojos en blanco.

Rodeo su cintura con el brazo y tiro de ella hacia mí. Me importa una mierda que no estemos solos. No pienso irme sin besarla antes, porque tal vez sea la última vez que pueda hacerlo.

—Hablaremos cuando vuelva —susurro contra sus labios.

—Intenta hacerlo de una pieza, y ten cuidado con la herida del abdomen, los puntos… —Antes de que pueda terminar la frase, pego mi boca a la suya.

La beso profundamente, hundiendo la lengua entre sus labios, saboreándola, inundando mis pulmones de su perfume floral.

—Alguien debería buscarse una habitación —escucho que dice Serra.

Bianca me aparta, empujándome por los hombros, y aprovecho para lanzarle una mirada de advertencia a su amigo.

—¿Vosotros dos no tenéis nada mejor que hacer? —gruño.

Vincenzo se encoge de hombros, pero Serra no pierde la oportunidad de soltar uno de sus comentarios inapropiados.

—Yo estaría en esa habitación que vosotros no queréis utilizar, pero tu hermano sigue cabreado conmigo. —Rodea sus hombros con el brazo sin dejar de sonreír.

Vincenzo lo empuja para quitárselo de encima y le lanza una mirada de advertencia. Lo ignoro. Prefiero no tener conocimiento de lo que sea que Serra quiera hacerle en esa habitación.

—Vete ya o llegarás tarde —dice Bianca, llamando mi atención.

Asiento y le doy un último beso fugaz antes de alejarme. Quiero

terminar con esto cuanto antes y volver a casa con mi mujer. No voy a permitir que se aparte de mí. Haré cualquier cosa por mantenerla a mi lado.

Bianca

Sentada en la silla de Luca, jugueteo con mis pulseras de manera nerviosa. Se supone que ya debería haber contactado con Romeo, pero hasta ahora no lo ha hecho. Vincenzo hace un buen rato que se fue. Se está encargando de organizarlo todo por si las cosas no acaban bien y tenemos que salir huyendo del país.

—¿Por qué demonios no dice nada? —murmuro para mí, perdiendo la paciencia.

Romeo abre la boca para contestar justo cuando su teléfono emite el sonido de un mensaje entrante. Mi corazón se acelera. Esa es la señal de Luca para que los federales entren al lugar donde están reunidos. Mi amigo echa un vistazo a la pantalla y frunce el ceño.

—No es él —afirma.

—¿Qué? ¿Cómo que no es él?

—No, es un mensaje de tu tía. —Trastea en el aparato unos segundos antes de leerlo en voz alta—. «Dile a Bianca que le he enviado el vídeo a su correo electrónico». ¿De qué vídeo habla?

Cierro los ojos y exhalo con fuerza. Con todo lo que ha pasado, ni siquiera me había acordado de la conversación que tuve con mi tía hace apenas unas horas.

—No lo sé —respondo mientras abro el ordenador portátil de Luca y empiezo a acceder a mi correo—. Hablé con ella antes y me

dijo que tiene un vídeo de mi madre. Ella cree que su muerte no fue accidental.

—¿Cómo dices?

Me encojo de hombros y abro el correo entrante de mi tía. Hay adjunto un vídeo y varios archivos de texto, aunque antes de abrirlos dedico unos segundos a leer el par de frases que ha escrito.

«Espero que puedas perdonarme por no haberte enseñado esto antes. Solo intentaba protegeros, cariño».

Inspiro hondo y clico sobre el icono del vídeo, este se abre de inmediato a pantalla completa y la imagen nítida de mi madre me deja sin aliento. Ahora, al verla en la pantalla, soy capaz de recordar rasgos suyos que creí haber olvidado.

—Mierda, es ella —susurro con un hilo de voz.

Activo la reproducción y su imagen comienza a moverse.

«Si alguien está viendo este vídeo es porque ya he muerto».

—Mierda, ¿es tu madre? —inquiere Romeo.

Asiento con un nudo en la garganta.

«He decidido grabar esto para que quede constancia de que, con casi toda probabilidad, mi muerte no ha sido un accidente».

—La tía Sarah tenía razón —digo, deteniendo la reproducción.

Romeo me mira con sorpresa.

—Eh… ¿Prefieres verlo sola? Esto es algo muy personal.

—No. Quédate conmigo. —Extiendo el brazo y cojo su mano.

Tras girar el ordenador para que él también pueda ver la pantalla, hago una respiración profunda y retomo la reproducción del vídeo.

—Dios santo, no recordaba lo mucho que te pareces a ella —murmura mi amigo.

«Muchos conocen a Luciano Rossetti. Es mi marido y el padre de mi hija. —Respira hondo por la nariz y aparta un mechón rubio de su

frente—. Bianca, cariño, si estás viendo esto, lo siento mucho. Nunca fue mi intención destruir nuestra familia, pero no decidimos de quién nos enamoramos —Vuelve a respirar profundo—. Hace poco más de un año empecé a relacionarme con otro hombre, pero ahora Luciano lo sabe, y también que el bebé que espero no es suyo».

Romeo y yo nos miramos con incredulidad. ¿Acaba de decir que Caterina no es hija de mi padre?

Capítulo 82

BIANCA

«Tengo mucho miedo de lo que pueda hacer Luciano. Lo conozco. Sé que no pasará por alto mi traición. Si aún sigo viva es porque el hombre que amo es más poderoso que él, aunque eso no lo detendrá. Encontrará la manera de vengarse de nosotros. —Alza la barbilla y exhala con fuerza—. Ahora te hablo a ti, Luciano. Puede que hayas acabado con mi vida, incluso también con la de Francesco, pero, si alguna de mis hijas o Romeo sufre algún daño, todos los documentos que te robé, esos que prueban que has estado desviando dinero de la organización a tus propios bolsillos, llegarán a las manos de Maurizio Leone».

Contengo el aliento y casi puedo notar cómo mi corazón se detiene. Echo un vistazo en dirección a mi amigo y podría apostar que mi expresión es muy similar a la suya. Estamos desconcertados y… ¿Es cierto lo que estoy pensando?

—Dime que ese Francesco que ha mencionado no es mi padre —susurra Romeo.

Ni siquiera sé qué responder a eso, y tampoco es necesario que

lo haga porque mi madre enseguida aclara nuestras dudas.

«Francesco Serra y yo nos amamos. Asumimos toda la responsabilidad del daño emocional que puedan sufrir nuestras familias debido a nuestra relación, pero no estamos dispuestos a permitir que nuestros hijos, Romeo, Bianca y este bebé que aún no ha nacido, mueran por un pecado que no les pertenece».

El vídeo se corta y ambos nos quedamos mirando la pantalla en negro sin saber qué hacer o decir. «Mi madre era amante del *consigliere* del capo. Rina y Romeo son medio hermanos. Mi padre es un traidor que robaba dinero de la organización, y tal vez aún siga robando». Ese último pensamiento activa de golpe mi aturdido cerebro. Vuelvo al correo y empiezo a abrir uno a uno todos los archivos de texto bajo la atenta mirada de Romeo.

—Está todo aquí —susurro—. Hay cientos de transacciones en las que mi padre desviaba dinero de la organización a cuentas en paraísos fiscales. Esto es lo que necesitamos para hundirlo.

Echo un vistazo en su dirección, pero él no parece haber escuchado nada de lo que he dicho.

—Mi padre y tu madre… —murmura, aunque creo que para sí mismo.

—Romeo, déjame tu teléfono —pido. No recibo respuesta—. ¡Romeo! —Dirige la mirada hacia mí y sacude la cabeza de un lado a otro—. Dame tu teléfono.

Enseguida me lo tiende. Busco entre los contactos el nombre de Luca y presiono el botón de llamada. Ya no necesitamos tenderle ninguna trampa a mi padre ni la actuación de los federales. Con estos documentos y el vídeo es más que suficiente para que Maurizio Leone ordene su ejecución. Suena un par de tonos y, antes de que llegue el tercero, descuelga la llamada.

—Hola, cielo. Supongo que quieres hablar con tu esposo. —Se

me corta la respiración al escuchar la voz de mi padre al otro lado de la línea.

Me pongo en pie de un salto y aprieto el aparato con fuerza contra mi oreja.

—¿Dónde está Luca? ¿Por qué has contestado tú la llamada? —inquiero.

—Oh, tranquila. Tu maridito y yo estamos teniendo una conversación muy agradable. Bueno, en realidad, es agradable para mí, él no lo está pasando tan bien. Eso es lo que ocurre cuando intentas joder a un hombre como yo, Bianca. Algo siempre sale mal.

Inspiro hondo por la nariz. Lo sabe. Sabe lo de la trampa, estoy segura.

—Ni se te ocurra tocarlo —siseo entre dientes.

—No te preocupes, lo dejaré vivir, al menos, hasta que tú llegues. Te espero en la mansión. Si en una hora no estás aquí, Luca De Santis acabará en el fondo de un bidón de ácido de esos que tanto le gustan.

—Es imposible que pueda llegar a Nueva York en menos de una hora.

—Entonces, prepárate para convertirte en una preciosa viuda. Por cierto, he decidido que tu hermana vuelva antes del internado. Apuesto a que le encantará verte.

Antes de que pueda decir nada más, la llamada se corta. Maldigo en voz baja y me giro hacia Romeo.

—Mi padre tiene a Luca. Va a matarlo si no voy a la mansión en menos de una hora.

—¡¿Qué?! —Se levanta a toda prisa, alterado—. ¿Cómo es posible?

—No lo sé —susurro con lágrimas en los ojos.

Tomo una respiración profunda y trato de pensar en una solución

a este enorme problema. No puedo dejar a Luca allí con él, y Rina…

—¿Qué vamos a hacer ahora? Tenemos las pruebas.

—Ve a buscar a Vincenzo. Muéstrale el vídeo y los documentos. Asegúrate de que se los hace llegar a Leone cuanto antes —ordeno, moviéndome por el despacho.

Abro uno a uno los cajones del escritorio en busca de algún arma, pero no encuentro nada. Entonces, me fijo en la recortada que hay sobre el mueble bar. Me acerco y, tras sacarla de su expositor, compruebo que está cargada y me la coloco bajo el brazo.

—¿A dónde demonios vas con la *lupara* del abuelo De Santis? Es una reliquia.

—Tendrá que servir. Voy a ganar tiempo y evitar que maten a mi marido. En cuanto hables con Vincenzo, reúne a un grupo de hombres y entrad en la mansión Rossetti matando a todo aquel que se cruce en vuestro camino. Esto es la jodida guerra, Romeo. Matar o morir. No hay otra opción.

Antes de que pueda intentar impedírmelo, salgo corriendo del despacho. Lo escucho llamarme a gritos y sus pisadas a mi espalda, pero no me detengo. Al llegar al garaje, busco el Ferrari entre la fila inmensa de coches. Enseguida me siento tras el volante, dejo el arma en el asiento del acompañante, arranco el motor y salgo quemando rueda de la propiedad.

No tengo un plan ni tampoco sé qué es lo que voy a hacer cuando llegue a la mansión. Lo único que tengo claro es que la vida de Luca depende de que esté allí antes de que el tiempo se agote, y así será, aunque tenga que quemar el motor del deportivo para conseguirlo.

Luca

Todos mis hombres han muerto. Nos emboscaron nada más entrar en Nueva York. En cuanto el primer todoterreno se cruzó frente a nuestro vehículo, supe que alguien nos había traicionado. No fue difícil deducir quién había sido, la mayor parte de los tipos que empezaron a dispararnos hablaban con acento irlandés. Presentamos batalla, pero eran demasiados. Creí que también acabarían conmigo, pero no. Me ataron de pies y manos y me trasladaron a la mansión Rossetti, donde pude confirmar mis sospechas al ver al puto Kincaid tomándose una copa junto a mi suegro.

Desde entonces he estado tirado en el suelo, en mitad de una de las salas de estar, completamente inmovilizado y retorciéndome de dolor por los golpes que he recibido de los hombres de Rossetti. Siento la cara hinchada, la sangre fresca se acumula en mi boca y, por la humedad que noto a la altura de mi abdomen, estoy seguro de que se me ha abierto la herida de nuevo.

—De Santis, no te duermas aún —escucho la voz de Luciano seguida de una patada en la parte alta de la espalda que me arranca todo el aire de los pulmones—. Tu esposa no tardará en llegar para unirse a la fiesta.

Intento arquearme para coger aliento, pero mis manos están atadas a la espalda y apenas puedo moverme. Después de unos segundos, en los que tengo la sensación de que voy a morir por asfixia, al fin logro coger una gran bocanada de aire. Enseguida empiezo a toser. Mi abdomen se resiente y noto que la herida se abre aún más. «Bianca viene hacia aquí. No puedo permitir que el cabrón de su padre le ponga las manos encima».

—No veo la fiesta por ningún lado —digo con voz ronca cuando

al fin consigo dejar de toser.

—¿Aún te quedan ganas para bromear? —El viejo se acerca más y se agacha frente a mí para que pueda verlo—. Apuesto a que no te parecerá tan gracioso ver cómo me follo a tu mujercita delante de ti.

Gruño y me revuelvo para intentar liberarme. El dolor explota en casi todo mi cuerpo por las heridas y los nuevos hematomas. Mataré al hijo de puta antes de que pueda tocar a Bianca.

—Ese no era el trato —dice Kincaid.

Rossetti se pone en pie y se gira para mirarlo.

—Dije que te entregaría a mi hija, pero lo que haga con ella antes de eso es asunto mío.

—No. Ella no debe sufrir ningún daño —replica el irlandés.

Al menos en eso estamos de acuerdo, pero ello no va a librarlo de la muerte. Cuando consiga liberarme, lo primero que haré será reventarle la puta cabeza a balazos.

—¿Daño? —Rossetti suelta una carcajada—. Créeme, lo único que sentirá será placer. Es curioso, tres de los hombres que estamos en esta sala hemos estado dentro de ella, aunque, lo siento, señores, yo fui el primero. No os podéis ni imaginar lo delicioso que fue ensanchar ese coñito tan dulce por primera vez. La sangre de su virginidad fue un lubricante maravilloso.

Sigo revolviéndome, intentando soltar las cuerdas que sujetan mis muñecas, pero no se aflojan ni un solo centímetro. El tipo que está vigilándome me agarra por el pelo y golpea mi rostro contra el suelo de granito. Me quedo aturdido unos segundos, pero enseguida continúo intentando liberarme.

—Te voy a matar, Rossetti. Te arrancaré la puta tráquea y te la meteré por el culo —siseo entre dientes.

Vuelve a agacharse frente a mí y sonríe de oreja a oreja.

—¿Por qué estás enfadado? Yo no tengo la culpa de que Bianca saliera tan zorra como su madre. Deberías darme las gracias. Yo la instruí. ¿Sabes ese movimiento que hace con la lengua cuando te la está chupando? Yo se lo enseñé. Le llevó semanas aprenderlo, pero acabó siendo una profesional.

Sin poder contenerme, le escupo en la cara. El muy hijo de puta se pone en pie y, tras limpiarse, le hace un gesto al tipo que está a mi lado para que vuelva a golpearme. Aguanto como puedo sus patadas. No grito, no me quejo, solo soporto el dolor lo mejor que soy capaz.

Mi único consuelo es que tal vez ella haya ignorado la llamada de su padre, o quizá tenga un plan para sacarme de aquí. No, Bianca no vendría a buscarme, no poniendo su propia vida en peligro. Tal vez la muerte no sea tan mala. Prefiero eso que tener que ver cómo Rossetti pone sus asquerosas manos sobre mi mujer.

Casi me he convencido de que ella está a salvo, lejos de aquí, es posible que de camino a otro país, cuando escucho un fuerte estruendo. Rossetti ordena a sus hombres que vayan a comprobar qué es lo que sucede justo cuando alguien irrumpe en la sala. Alzo la cabeza y la veo. Bianca ha venido y está apuntando a su padre con… ¿la *lupara* de mi abuelo? Esto no puede ser real. Me he muerto y estoy en el puto infierno.

Capítulo 83

Bianca

Lo bueno de haber crecido en la mansión donde tienen secuestrado a mi marido es que conozco cada palmo de la propiedad al dedillo. De esta manera he logrado llegar a la sala de estar, donde estoy segura de que mi padre lo tiene retenido, habiendo disparado únicamente un cartucho. El otro tiene el nombre de Luciano Rossetti grabado. Hoy será el día en el que lleve a cabo mi venganza. Voy a disfrutar matándolo, aunque antes debo asegurarme de que Luca está bien.

Lo busco con la mirada nada más irrumpir en la sala de estar. Está en el suelo, atado de pies y manos sobre un charco de sangre. Sin dejar de apuntar a mi padre con el arma, intento ir hacia él, pero varios hombres me cortan el paso, amenazándome con sus pistolas.

—Cariño, llegas justo a tiempo —dice mi padre, sonriendo.

Luca alza un poco la cabeza y nuestras miradas coinciden.

—¿Estás bien? —pregunto.

—¡Bianca, sal de aquí! —gruñe, y el tipo que tiene al lado le da una patada en la espalda.

—¡Suéltalo! —grito, dando un paso en dirección a mi padre.

—Lo siento, mi niña, no voy a poder hacer eso, pero dejaré que te despidas de él antes de matarlo. Ahora, baja esa antigüedad antes de que acabes herida.

—Bianca, hazle caso. —Me giro de golpe al escuchar la voz de Ryan a mi espalda, aunque sigo atenta a cada movimiento de mi padre.

¿Qué hace él aquí? ¿Lo han secuestrado también? Lo observo con atención. No parece herido, a excepción de la escayola en la mano que Luca le rompió. Su traje de tres piezas está perfectamente planchado y no tiene ni un solo pelo fuera de su lugar. Al ver el vaso de licor que está sosteniendo, todas las piezas empiezan a encajar.

—Nos has traicionado —susurro, abriendo mucho los ojos.

Ryan deja el vaso sobre una mesa auxiliar e intenta acercarse a mí, pero me muevo rápido y lo apunto con la recortada.

—Te estoy salvando la vida. Hice un trato con tu padre. Serás libre y tu hermana también. Podremos salir del país y llevarnos a Rina con nosotros. Nunca más tendrás que preocuparte por su seguridad.

—Hijo de puta… —siseo con la mandíbula apretada—. Confié en ti.

Inspira hondo por la nariz y su expresión se endurece.

—Sí, y no tuviste ningún reparo en cambiarme por el cabrón de De Santis. Después de todo lo que he hecho por ti, me abandonaste para irte con esta escoria. Él no iba a darme el puerto, y lo sabes. ¿Crees que soy idiota? Tú consigues acabar con tu padre y él te consigue a ti. ¿Qué gano yo en todo esto?

—La muerte, eso es lo único que vas a obtener —afirmo.

—Bianca, deja de hacer el idiota —intercede mi padre—. Antes de que puedas disparar esa reliquia, cualquiera de mis hombres te

abatirá. Créeme, nadie quiere eso. Pasaré por alto que hayas estado conspirando contra mí, incluso cumpliré el trato con tu nuevo amigo irlandés. Rina podrá irse con vosotros fuera del país.

Frunzo el ceño y dirijo el arma en su dirección.

—¿A cambio de qué?

—Quiero que hables con tu tía Sarah, ella tiene algo que me pertenece.

Contengo una sonrisa. Por supuesto que eso es lo que quiere. Mi padre solo se preocupa por sí mismo. Que ese vídeo y los documentos existan es lo que lo pone nervioso.

—¿Dónde está Caterina? —inquiero, buscándola con la mirada.

—En el internado. No llega hasta dentro de un par de días.

Asiento. No me importa que me haya engañado. En realidad, lo prefiero así. Al menos, ella está a salvo. Ahora solo tengo que conseguir lo mismo para Luca.

—Padre, vas a tener que darme mucho más que una salida digna.

Estrecha la mirada sobre mí y esboza media sonrisa.

—Al final vas a parecerte más a mí de lo que creía —masculla—. Está bien. Negociemos, ¿qué es lo que quieres?

Echo un vistazo en dirección a Ryan y sonrío.

—No cargaré con este imbécil. Obtuve de él lo que necesitaba, pero no pienso pasar el resto de mi vida a su lado.

Ryan frunce el ceño confuso, y creo que también algo asustado.

—Lo mataré. ¿Eso te sirve? —Asiento—. ¿Qué más?

—El dinero suficiente como para que Rina y yo vivamos el resto de nuestras vidas de manera cómoda, muy lejos de aquí. Dame eso y te entregaré lo que sea que tenga la tía Sarah.

—Hecho.

—Bianca, ¿qué demonios estás haciendo? —inquiere Ryan.

Esbozo una sonrisa arrogante en su dirección y me encojo de hombros.

—Ojo por ojo, Kincaid. No deberías habérmela jugado.

—Bien, ahora que tenemos un trato, ya puedes bajar el arma —dice mi padre.

Devuelvo la mirada hacia él, pero sigo apuntándolo.

—Aún no —susurro.

Él frunce el ceño sin dejar de mirarme.

—¿A qué estás esperando?

Inspiro hondo y, entonces, lo escucho. Disparos, muchos, y creo que también una… ¿explosión?

—A eso —respondo con una sonrisa diabólica.

El rostro de mi padre se convierte en el más puro reflejo de la sorpresa. Los disparos se escuchan cada vez más cerca. Hay gritos y una nueva explosión hace temblar las paredes. Mi padre ordena a sus hombres que salgan a ayudar a los demás, pero, antes de que puedan llegar a obedecer, las puertas de la sala de estar se abren de golpe y Romeo entra disparando a todo aquel que se encuentra. Tras él están Vincenzo y un grupo de nuestros hombres.

Mi padre se defiende disparando su propia pistola. Varios tipos lo custodian e intentan protegerlo, pero empiezan a ser abatidos por los nuestros. Ryan y sus hombres también se unen al tiroteo. Yo aprovecho el caos para correr en dirección a Luca. Me dejo caer frente a él e intento deshacer los nudos de las ataduras de sus manos mientras las balas silban, cortando el aire que nos rodea.

—Sal de aquí. ¡Vete, maldita sea! —me grita.

—No sin ti —respondo.

Forcejeo con la cuerda, tiro de ella e intento romperla, pero está demasiado apretada. El tiroteo se recrudece. Los disparos pasan cada vez más cerca de nosotros; en cualquier momento los

tendremos encima.

—Ya están aquí. Bianca. Te lo suplico, vete ya. Van a matarnos a los dos. —Alzo la cabeza un segundo. Enseguida tengo que agacharme de nuevo cuando una bala casi me hiere, pero alcanzo a ver la puerta. Tal vez, si corro lo bastante rápido, pueda llegar hasta allí sin que me maten—. Por favor, por favor, por favor… Déjame aquí y sálvate tú —repite Luca.

Busco su mirada y respiro hondo. «¿Cuánto me amas, Bianca? ¿Serías capaz de matar por mí? ¿Morirías por mí? Porque te juro que yo estaría dispuesto a convertirme en tu maldito escudo humano en medio de un tiroteo. Dejaría que me arrancaran una a una todas mis extremidades si tu vida dependiera de ello. ¿Harías tú lo mismo por mí?».

—Supongo que sí te amo lo suficiente como para morir por ti. Cuida de Rina —susurro, y me tumbo sobre él para protegerlo de los balazos con mi propio cuerpo.

—¡¿Qué haces?! ¡Sal de aquí! ¡No! ¡No! ¡No!

Sus gritos se mezclan con el sonido de las detonaciones. Luca se revuelve para soltarse, intenta apartarme, pero solo logra que me aferre con más fuerza a él. Cierro los ojos y exhalo despacio. Si tengo que morir, este momento es tan bueno como cualquier otro y, al menos, él seguirá vivo. No quiero… No puedo vivir en un mundo en el que Luca De Santis no exista.

Capítulo 84

Luca

Sigo intentando liberarme de mis ataduras mientras las balas vuelan a nuestro alrededor. Estoy furioso con Bianca. ¿Por qué me hace esto? No puedo verla morir así, y mucho menos por salvarme a mí. Después de toda la mierda que sufrió a manos de su padre, se merece una vida larga, plena y feliz, lejos de cualquier hijo de puta que se atreva a lastimarla.

—Por favor, vete —susurro una y otra vez.

Bianca se aferra con más fuerza a mi cuerpo. Hundo mi nariz en su pelo e inspiro hondo. El aroma floral de su perfume inunda mi nariz y me siento en paz. Ella es lo único que necesito para seguir viviendo y estoy a punto de perderla.

Ni siquiera sé cuánto tiempo pasa hasta que las detonaciones cesan. Con los labios pegados al lateral de su cuello, en lo único que puedo concentrarme es en notar el latido de su corazón. Pum-pum, pum-pum. «Sigue latiendo. Sigue latiendo». De pronto, dejo de sentir su calor. Abro los ojos y alcanzo a ver que Serra la aparta de mí de un tirón. «¡Está viva!». Serra la separa un poco y empieza a

inspeccionar su cuerpo en busca de heridas. Hago lo mismo, pero no sé si la sangre de su ropa es mía o suya.

—El brazo —gruño al ver una especie de línea roja en la manga de su blusa.

Serra enseguida la gira y echa un vistazo a la zona.

—Es solo un rasguño —dice con una sonrisita.

Atrae a mi mujer y la abraza con fuerza. Gruño e intento liberarme de nuevo. ¿Por qué demonios tiene que pegarse tanto? Bianca lo aparta y me mira a mí, arqueando una ceja.

—Suéltalo antes de que se haga más daño por cabezota —pide.

Serra se acerca sin dejar de sonreír. Con un cuchillo, empieza a cortar las cuerdas de mis tobillos.

—Eres un bastado con suerte, De Santis —comenta.

Aprieto la mandíbula y espero a que me libere las manos para intentar ponerme de pie. Me tambaleo un poco y mis músculos doloridos se resienten, pero consigo mantener la verticalidad lo justo para apoyarme sobre los hombros de Bianca. Aunque el cabrón de Serra ya lo ha hecho, yo también inspecciono la herida de su brazo. No parece profunda y ha dejado de sangrar.

—Estoy bien —dice Bianca para tranquilizarme.

Enmarco su rostro con ambas manos y busco su mirada mientras intento retener las lágrimas que se acumulan tras mis párpados.

—No vuelvas a hacer algo así nunca, ¿me oyes? —Trago saliva y exhalo con fuerza—. Si tienes que usarme como escudo humano, lo haces, pero nunca al revés.

—Termina el drama y déjame echar un vistazo a tu costado. Has sangrado mucho —replica, empujándome y empezando a tirar de mi camiseta empapada.

Echo un vistazo por encima de su hombro para comprobar quiénes siguen en pie después del tiroteo. Suspiro de alivio al ver a

mi hermano. Él y un par de nuestros hombres están inmovilizando a Rossetti. A su lado, el puto irlandés está atado de manos y bien vigilado. Me alegra que sigan vivos, así yo mismo podré matarlos.

Bianca ordena que le traigan un par de vendas y, tras envolver mi abdomen con ellas, me obliga a mirarla.

—No moriré hoy, aunque, si sigues haciendo estas locuras, es probable que un jodido infarto acabe conmigo —siseo entre dientes.

—Mejor eso que una bala en el cráneo. —Rodea mi cuello con los brazos y tira de mi cabeza hacia abajo—. Quiero añadir una nueva cláusula a nuestro acuerdo. Nada de morirse. —Esbozo una pequeña sonrisa y ella frunce el ceño—. ¡Hablo en serio, De Santis!

La atraigo hacia mí, sujetándola por la cintura, y aspiro su perfume hasta que mis pulmones se inundan de ese aroma floral suyo tan característico.

—Prometo no morir si tú no vuelves a mencionar la palabra «divorcio». ¿Tenemos trato? —Intenta empujarme, pero la sujeto con más fuerza—. No lo has prometido, Diavuletta.

—Eres un jodido manipulador.

Quiero sonreír, pero siento la cara hinchada y amoratada.

—Eso es que paso demasiado tiempo contigo. Todo se pega. —Recibo un golpe en el hombro y hago una mueca de dolor—. Promételo. Nada de divorcio.

Bianca inspira hondo y asiente con la cabeza.

—Nada de divorcio. Cuando me canse de ti, te meteré una jodida bala en la cabeza y asunto resuelto.

—Acepto el trato —digo justo antes de besarla.

Intento profundizar más el beso, pero somos interrumpidos por los gritos de Rossetti.

—¡No podéis hacer esto! ¡El capo os matará cuando se entere!

Me aparto un poco de Bianca para poder verlo. Noto cómo ella

se tensa de pies a cabeza. Es cierto que asaltar la casa de un Don y matar a gran parte de sus hombres es algo por lo que pueden condenarnos a muerte, pero él empezó primero; se alió con Kincaid para secuestrarme y matarme.

—Dame el arma —le pido a Bianca.

Ella baja la mirada al suelo, donde está la *lupara* de mi abuelo. Ya me burlaré de ella después por haber escogido esa reliquia para venir a rescatarme. Ahora lo más importante es salvar nuestro propio pellejo. Se agacha y me tiende la recortada.

—Solo le queda un cartucho —empieza a decir, pero yo ya estoy caminando hacia donde están los demás.

Alzo el arma y, antes de que ella pueda alcanzarme, aprieto el gatillo. La bala sale disparada e impacta directamente en la cara de Kincaid. Su cuerpo cae a plomo en el suelo y un charco de sangre comienza a formarse alrededor de su cabeza. Bianca me tira del brazo y, al mirarla, compruebo que está frunciendo el ceño. No parece contenta con lo que acabo de hacer.

—Como se te ocurra quejarte porque he matado a tu examante, vamos a tener un problema muy serio —le advierto.

Resopla con fuerza y se cruza de brazos.

—El traidor me importa una mierda. ¡Estaba guardando el cartucho para mi padre, joder! —exclama.

Me encojo de hombros a modo de disculpa y sigo avanzando hasta llegar junto a mi hermano. Este me da un apretón en el hombro y esboza una pequeña sonrisa.

—Esta escoria no irá a ningún lado. La mayoría de sus hombres están muertos, y a los que aún respiran los tenemos encerrados.

—¿Camilla? —pregunta Bianca.

Ni siquiera recordaba a su madrastra. Rossetti siempre ha tenido a su esposa en segundo plano, tanto es así que se ha convertido en

alguien invisible.

—En su dormitorio —responde Serra—. Santoro vendrá a por ella muy pronto. Hay que darse prisa.

—¿Creéis que esto va a acabar bien? —Rossetti suelta una carcajada—. Soy el Don de Nueva York. Cuando el capo se entere, os hará pagar por vuestra traición.

—¿Qué traición exactamente, padre? —inquiere Bianca con una ceja arqueada.

—Niña idiota. Eres igual de estúpida y zorra que tu madre. —Doy un paso hacia él, pero Bianca me detiene extendiendo un brazo para cortarme el paso.

Esa es su forma de decir «yo me ocupo». Retrocedo de nuevo y me cruzo de brazos. No le quitaré el gusto de aplastar al hijo de puta que tanto daño le ha hecho.

—Padre, creo que no estás entendiendo tu situación. Estamos aquí, en la mansión Rossetti, donde mantenías retenido, ni más ni menos, que al Don de Filadelfia. El cadáver del líder de la mafia irlandesa está también aquí, en mitad de tu sala de estar. Yo, como mujer que soy, no entiendo mucho las leyes de la organización, pero juraría que tienes un gran problema entre manos.

—¡Fueron ellos los que se aliaron con el irlandés para destruirme! —grita—. Maurizio Leone me creerá a mí antes que a los hijos de un traidor.

—Yo no estaría tan segura de eso, no después de haber recibido el vídeo que mi madre grabó antes de morir.

Frunzo el ceño. No sé de qué vídeo habla, pero Rossetti acaba de palidecer al escucharla.

—Eso son solo delirios de una zorra ingrata como tú —balbucea.

—Bueno, preguntémosle al capo si eso es lo que piensa del vídeo y los documentos que le envié hace un rato —intercede mi hermano.

Saca su teléfono y, tras tocar la pantalla, le da la vuelta y vemos la cara del mismísimo Leone en el aparato—. Capo, tenemos a Rossetti y a sus hombres. ¿Qué hacemos con él? —le pregunta.

Leone inspira hondo y tensa la mandíbula con fuerza.

—El castigo para la traición es la muerte.

—Capo… —intenta decir Luciano, pero Serra le da un puñetazo en el estómago.

—Erradicad el maldito apellido Rossetti. Los quiero a todos muertos. Nadie me roba y sigue respirando para contarlo.

Bianca

Me tenso de pies a cabeza. Yo soy una De Santis, no corro ningún peligro, pero el apellido de mi hermana sigue siendo Rossetti. Doy un paso al frente y le arrebato el teléfono de las manos a Vincenzo.

—Yo, Bianca De Santis, hija primogénita de Luciano Rossetti, asumo la traición de mi padre y reniego de él —digo, mirando directamente a la pantalla.

Leone frunce el ceño y niega con la cabeza.

—¿Tú? Eres una mujer. No puedes asumir nada. ¿Dónde está tu marido?

Aprieto el aparato con fuerza y me muerdo la lengua para no decirle al puto capo lo que puedo o no puedo hacer. Solo por ser mujer ya no tengo ningún derecho. Estoy tan harta de estas normas retrógradas y machistas… Noto la presencia de Luca a mi espalda. Coloca una mano en la parte baja de mi espalda y mira la pantalla por encima de mi hombro.

—Capo, le aseguro que mi esposa es muy capaz de llevar a cabo

la ejecución de su padre.

—¿Por qué querría hacerlo? Ella no corre ningún peligro.

—Mi hermana —siseo entre dientes.

Leone asiente, relajando su postura.

—Según tengo entendido, señora De Santis, su hermana Caterina no lleva sangre Rossetti. —Echo un vistazo de reojo a Luca. Está frunciendo el ceño, pero no le contradice. Ya le explicaré después lo del vídeo—. A partir de hoy usará el apellido Serra. No quiero que vuelva a mencionarse el apellido Rossetti nunca más. ¿He sido claro? —Asiento con rapidez.

—¿Camilla? —pregunta Luca.

—¿Quién demonios es Camilla?

—La esposa de Luciano e hija de Pietro Santoro.

—Es una Rossetti y debe morir con su apellido —responde Leone.

—Entendido, capo.

—Y De Santis…

—¿Sí, capo?

—Asegúrate de que el hijo de puta no tenga una muerte rápida. Apreciaba a mi *consigliere* y tuve que ejecutarlo por su culpa.

—Así será —contesta Luca en tono serio.

La llamada se corta y le devuelvo el teléfono a Vincenzo. No he conseguido el permiso para ser yo quien ejecute a mi padre, pero al menos sé que Rina ya no corre peligro y el hijo de puta va a sufrir.

—No podéis hacer esto —se queja mi padre tras recuperar el aliento por el puñetazo de Romeo.

Me acerco más a él y esbozo una sonrisa arrogante.

—En realidad, padre, podemos hacer lo que queramos contigo. El mismísimo Maurizio Leone lo ha ordenado. Vas a sufrir y yo estaré ahí para verlo.

—Por supuesto que sufrirá. —Luca rodea mis hombros con el brazo y me atrae a su costado—. Cuando acabe contigo, suegro, estarás suplicando que te deje morir.

Mi padre niega con la cabeza. Su rostro es la viva imagen del más absoluto terror. Sabe que no hay nada que pueda hacer para evitar la muerte. ¿Lo estoy disfrutando? ¡Dios, sí! Esto es lo que llevo esperando casi toda mi vida.

—Luca, ¿qué vamos a hacer con Camilla? —pregunta Vincenzo.

—Esperad a que llegue Santoro. Es su hija, que al menos pueda despedirse de ella si quiere, después ejecutadla, que sea rápido. —Su hermano asiente y se marcha de inmediato. Luca se acerca más a mi padre y le levanta la cabeza, tirándole del pelo canoso—. Tú y yo, hijo de puta, tenemos una cita pendiente. Deja que me cambie de ropa y estaré contigo en un momento.

—Tiene que verte un médico, Luca —intercedo.

Él da media vuelta y regresa a mi lado.

—Por supuesto. Hay tiempo para todo. Tengo que ponerme guapo para tu padre. Será la última vez que me vea y quiero dar buena impresión.

Sacudo la cabeza de un lado a otro. Es un puto tarado, pero aun así lo amo con locura.

—Vámonos de una vez, antes de que se te salgan las tripas —digo, haciendo una mueca de asco.

Luca se apoya en mí y hace un gesto en dirección a uno de sus hombres.

—Encárgate de que todo esto quede reluciente. *Lupara bianca.*

—Sí, Don.

—Y tú… —Me mira de reojo, frunciendo el ceño—. Explícame cómo demonios has conseguido que Leone ordene la ejecución de tu padre.

—Eso hay que agradecérselo a la tía Sarah —comento mientras caminamos hacia la salida.

—¿A la de verdad o…? —Le doy un codazo en el costado y, cuando escucho su quejido, me arrepiento de inmediato.

—¡Mierda! ¿Estás bien? —Me detengo para comprobar el estado de su herida—. Lo siento, ha sido un golpe impulsivo.

—¿Desde cuándo actúas por impulso? ¿No eras tú la que pensaba todo antes de actuar?

—Creo que paso demasiado tiempo contigo —respondo, usando sus mismas palabras.

—Soy una mala influencia, lo sé.

Pongo los ojos en blanco y, sin poder borrar la sonrisa de mi rostro, lo ayudo a salir de la mansión. Una vez fuera, echo un vistazo a la fachada y suspiro.

—Se acabó. Casi me parece mentira que todo haya terminado. Y, contra todo pronóstico, seguimos vivos.

—Gracias a ti. Admito que tu plan era bueno, pero no debiste confiar en el puto irlandés. Además…, ¿cómo se te ocurrió la brillante idea de venir a rescatarme con la *lupara* del abuelo? —Vuelvo a poner los ojos en blanco y Luca suelta una carcajada—. En serio, me parece fascinante que, con toda esa frialdad y calma que siempre tienes, justo hayas elegido esa arma de todas las que tenemos en casa.

—Luca, cierra la puta boca y entra en el coche —mascullo, señalando el deportivo que está frente a nosotros.

El muy cabrón vuelve a reír.

—Bianca, la empuñadora de reliquias De Santis —se mofa.

—Juro que, si sigues con el cachondeo, te haré un agujero, a juego con el que tienes, en el otro costado. Entra al jodido coche de una vez.

Cojeando y haciendo muecas de dolor, se acerca más a mí y rodea mi cintura con el brazo.

—Gracias por venir a salvarme, Diavuletta —susurra contra mi boca.

—No hagas que me arrepienta, tarado.

—Eso es algo que no puedo prometer. —Pongo los ojos en blanco y él me aprieta más contra su cuerpo—. Aquí te va una promesa…

—¿Vas a durar más de treinta segundos? —Me pellizca el trasero a modo de reprimenda y lo fulmino con la mirada.

—Prometo no lanzarte por la ventana ni asfixiarte con mis propias manos cuando me hagas perder la paciencia, que, conociéndote, apuesto que será a menudo.

—Y yo prometo no volver a dispararte ni rajarte el cuello mientras duermes, incluso cuando te comportes como el ser más arrogante y egocéntrico que he conocido nunca, que, conociéndote, será en casi todo momento.

—Trato hecho —susurra justo antes de aplastar su boca contra la mía.

Epílogo

Romeo

Sentado sobre unas cajas de madera en un polvoriento almacén, me meto otra patata frita en la boca mientras veo cómo De Santis termina de arrancar un colgajo de piel en estado de descomposición del cuello de Luciano Rossetti. Ese hijo de puta ya está medio podrido. Sabiendo lo impulsivo que es Luca De Santis, creí que acabaría con él en un par de horas, pero ya lleva dos meses de torturas, palizas y baños de ácido. Rossetti apenas se mueve ni responde al dolor, y el aroma que despide lo que queda de su cuerpo es, como poco, asqueroso.

—Tu marido es un puto tarado —murmuro, haciendo una mueca.

Bianca mete la mano en mi bolsa de patatas y se lleva un puñado a la boca.

—Lo sé, pero eso me gusta de él, al menos cuando usa toda esa creatividad para hacer pagar a mi padre.

—¿No temes que algún día se le vaya la cabeza y la use en tu contra?

Niega con un gesto y después termina de tragar antes de

responder.

—En absoluto. Luca sería incapaz de hacerme daño.

—Si tú lo tienes claro…

—Lo tengo. —Me arrebata la bolsa de patatas y empieza a engullirla como si no hubiese un mañana.

—¿Ya se lo has contado? —pregunto tras hacer una nueva mueca de asco cuando De Santis le arranca parte de la cabellera a Rossetti sin apenas esfuerzo.

—Aún no. Estoy esperando el momento adecuado.

—¿Contarle el qué? —gruñe Vincenzo a nuestra espalda.

Ambos nos giramos a la vez y yo le lanzo una sonrisa poco disimulada.

—Métete en tus jodidos asuntos —responde Bianca, cortante.

—Si estás ocultando algo, más te vale hablar ahora o…

—Déjala en paz —ordeno, haciéndolo callar.

Vin me mira a mí y después a Bianca. Gruñe algo en voz baja que no soy capaz de entender y se marcha.

—¿Qué demonios le pasa ahora a este? —inquiere Bianca.

—Ignóralo. Está cabreado porque anoche me tiré a su mujer.

Mi amiga se atraganta con las patatas y empieza a toser con fuerza. Luca enseguida se gira y la busca con la mirada. Alzo el dedo pulgar en su dirección mientras le doy pequeñas palmaditas en la espalda. Al fin Bianca consigue parar de toser y me mira frunciendo el ceño.

—¿Acabas de decir…? —Asiento y ella toma una respiración profunda—. ¿Con la remilgada de Ilenia?

—No es tan remilgada, te lo aseguro —comento en tono burlón.

—No sé si quiero saber los detalles.

—Tampoco te los contaría. Soy un caballero.

—Claro, un caballero que se acuesta con el marido y la mujer.

¿Te extraña que Vincenzo se cabree? Creí que él te gustaba.

—Y me gusta, pero Ilenia tiene algo que me atrae también, y lo que le cabrea a Vin no es que me haya acostado con ella, no soporta saber que conmigo ha disfrutado más en una sola noche que con él durante años de matrimonio.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a seguir follando con los dos?

—Sí, por el momento lo haremos por separado, al menos hasta que los convenza a ambos de probar juntos. Podría ser interesante. —Le guiño un ojo y ella cabecea, poniendo los ojos en blanco.

—Más te vale mantener ese pensamiento entre nosotros. Como mi querida suegra se entere, pondrá el grito en el cielo.

Asiento sonriendo. Aunque la relación entre Bianca y Stella ha mejorado, siguen siendo la atracción principal de las cenas familiares, y lo sé porque desde hace un tiempo yo he sido invitado a participar en esas veladas junto a Rina, que se ha mudado con nosotros tras dejar el internado.

Es curioso, he pasado de ser el hijo de un traidor a tener una familia. Algo disfuncional y extraña, sí, pero con los De Santis me siento como en casa, Rina es mi media hermana y Bianca… Ella siempre ha sido mi otra mitad. Iría al mismísimo infierno para protegerla.

De pronto, Bianca me tiende la bolsa de patatas vacía y se pone de pie de un salto.

—¿A dónde vas? —inquiero.

—A terminar con esto de una vez. Ha sido divertido ver a mi padre perder sus extremidades una a una, pero ya me estoy aburriendo. Además, si no hablo con Luca cuanto antes, tu amorcito acabará metiendo cizaña y no tengo ganas de pelear con los hermanos De Santis.

—¿Te deseo buena suerte?

—Mejor dame tu pistola.

La saco de la cinturilla del pantalón y se la tiendo, pero, cuando está a punto de cogerla, la aparto y busco su mirada.

—Espera… No pretendes usarla contra Vincenzo, ¿verdad?

—Tranquilo, a ese lo tengo controlado.

Vuelvo a estirar el brazo y ella coge la pistola, comprueba que está cargada y, tras quitarle el seguro, camina hacia su marido con decisión.

—Si me necesitas, grita —le digo, aunque no creo que me haya escuchado.

Ni siquiera se molesta en pedirle a su marido que se aparte, solo alza el arma, apunta a la cabeza de Rossetti y dispara. El sonido de la detonación reverbera contra las paredes de cemento del almacén. Luca se gira de golpe y la mira frunciendo el ceño.

—¡¿Qué demonios has hecho?! —vocifera.

—Ahorrarte unos cuantos días más aquí, aguantando el olor a podredumbre. Ya estaba medio muerto.

—Podría haber aguantado algún tiempo más. Hay maneras de…

—Es aburrido. No tenía sentido mantenerlo con vida. Yo estoy satisfecha y tú también deberías estarlo. Ahora, mete su cuerpo en uno de esos bidones de ácido que tanto te gustan y marchémonos a casa.

—¿Por qué tanta prisa?

Mi amiga se acerca a él y le dice algo en voz baja. Sonrío al ver cómo Luca la alza en brazos y la besa entre risas.

—¿Qué está pasando ahí? —me pregunta Vincenzo, que se ha alejado de la pareja para darles más intimidad.

—Nada importante, solo que Bianca acaba de hacer a tu hermano el hombre más feliz del jodido universo. —Se me queda mirando con gesto extrañado—. Alegra esa cara, vamos a ser tíos.

—¿Está…? —Asiento y él resopla con fuerza—. ¡Genial! A ver cómo le explico a mi hijo que posiblemente tenga que competir con su primo para convertirse en el cabeza de esta familia.

—Puede ser una niña. ¿Te lo imaginas? Una chiquilla rubia, con ojos claros, el carácter manipulador de su madre e impulsivo de su padre.

—¡Dios nos libre! —exclama, abriendo mucho los ojos.

Lo sujeto de la camisa y tiro de él hacia mí.

—Vamos, gruñón, ambos sabemos que te alegras por ellos. Son felices.

—Yo también lo sería si no te hubieses follado a mi mujer —gruñe.

—Bueno, anoche fui yo, mañana podemos ser los dos. —Empieza a negar con la cabeza, pero le sujeto la barbilla para detenerlo—. Va a pasar, solo es cuestión de tiempo.

Vin bufa con fuerza cuando empiezo a reír porque sé que ya lo tengo medio convencido. Aunque lo niegue, a él le pone tanto como a mí pensar en el momento en que ambos estemos dentro de su mujer. Va a ser increíble.

Epílogo 2

Luca

Años después

Mis pisadas resuenan sobre el suelo mientras sigo el sonido de los gritos que provienen de la sala de estar. Al entrar, me encuentro con una escena que lamentablemente me es demasiado familiar.

—¡Eres una vulgar e irrespetuosa mujer que no merece llevar el apellido De Santis! —vocifera mi madre.

—¡Esta vulgar e irrespetuosa va a patearte el culo de vieja amargada! —replica mi esposa.

Me planto en el centro de la sala y me cruzo de brazos.

—¡¿Se puede saber qué demonios está pasando aquí?! —gruño mirando a ambas con el ceño fruncido.

—Luca, hijo, controla a tu mujer. Quiere convertir la fiesta de cumpleaños de Donato en una atracción de feria. Ni siquiera me deja invitar a nuestros más allegados.

—¡Esos allegados son unos jodidos hipócritas que ni siquiera conocen a mi hijo! —exclama Bianca con las venas del cuello

hinchadas y los ojos inyectados en sangre.

La observo un par de segundos y compruebo que no hay ningún objeto puntiagudo a su alcance antes de intentar mediar entre ellas. Pocas veces la he visto tan cabreada, y eso que yo soy todo un experto en hacerla perder los nervios.

—Bianca, ¿qué está pasando? —pregunto con voz tensa pero calmada.

—Pregúntale a tu querida madre —responde exhalando con fuerza.

Me acerco más a ella y busco su mirada.

—Te lo estoy preguntando a ti. ¿A qué viene todo esto? Creí que tú te estabas ocupando de la fiesta de cumpleaños de nuestro hijo.

—Y así era, hasta que Stella decidió que, como siempre, todas mis decisiones son una mierda y ella está mucho más capacitada para llevar a cabo esa tarea.

—¡Es que lo estoy! —interviene mi madre. Se atusa el pelo corto que lleva recogido en un moño y alza la barbilla de manera desafiante—. Llevo toda mi vida encargándome de planear y supervisar todos los acontecimientos y celebraciones de la familia. Es mi deber…

—Lo era —gruño cortándola.

Mi madre pestañea rápido y estrecha la mirada sobre mí.

—¿Cómo dices?

—Mamá, es el cumpleaños de nuestro hijo. Si Bianca decide que quiere montar la jodida fiesta de espuma del año en esta casa, está en todo su derecho.

—Pero… es una locura. Las tradiciones dicen…

—Me importan una mierda las putas tradiciones. Mi mujer es la que toma las decisiones y, si no estás conforme, te invito a que permanezcas en tu ala de la casa durante el tiempo que dure la

fiesta.

—¿En serio? —Inspira hondo por la nariz y me mira de esa manera que hace que siempre me sienta culpable—. Si tu padre estuviese vivo, jamás permitiría que…

—Ahora va a usar la baza del muerto —masculla Bianca interrumpiéndola.

Le lanzo una mirada de advertencia que ella ignora y regreso la vista a mi madre con dureza. Estoy harto de esto. Soy el jodido Don más poderoso del país. Controlo todos los negocios ilícitos de la costa este, tengo cientos de hombres que cumplen mis órdenes sin rechistar; sin embargo, en mi casa, soy incapaz de poner paz entre mi madre y mi esposa. Esto tiene que acabar ya mismo.

—Mamá, no quiero verme en la obligación de tener que apartarte. Me gustaría que compartieras con nosotros la celebración del octavo cumpleaños de tu nieto, pero, si me haces elegir entre tú y mi esposa, ten por seguro que siempre la escogeré a ella. No hay ningún debate al respecto. ¿Lo has entendido?

Resopla y pone los ojos en blanco, algo muy impropio de ella.

—Lo que tú digas. Está claro que yo ya no soy nadie en esta casa. ¿Puedo al menos ir a buscar a Donato? Apuesto a que ahora mismo estará atiborrándose a chocolatinas y seguramente después no cenará.

Echo un vistazo en dirección a Bianca y le hago un gesto con la barbilla para que sea ella la que le dé su aprobación.

—Adelante, Stella, haz lo que quieras —dice encogiéndose de hombros.

Mi madre enseguida abandona la sala de estar con la espalda tensa y la barbilla en alto, como la mujer orgullosa e intransigente que es. En cuanto nos quedamos a solas, me giro hacia mi esposa y estrecho la mirada sobre ella.

—De uno al diez, ¿cómo de cabreada estás? —pregunto acercándome con lentitud.

Ella inspira hondo por la nariz y niega con la cabeza.

—Contigo, cero. Con tu santa madre… —Exhala con fuerza y se pinza el puente de la nariz—. ¿Tan mal lo estoy haciendo? Juro que me esfuerzo para obtener su aprobación y respeto, pero es como si en todo momento estuviese buscando la manera de recordarme que este no es mi lugar.

Me acerco más y rodeo su cintura con el brazo para pegarla a mi cuerpo.

—Hablaré con ella, lo prometo. Si no empieza a respetarte como lo que eres, mi esposa y la señora de esta casa, es ella la que sobra aquí.

Bianca se me queda mirando fijamente unos segundos y una pequeña sonrisa tira de las comisuras de su boca. Rodea mi cuello con los brazos y sus dedos se enredan en el pelo de mi nuca.

—Gracias por defenderme —susurra.

La estrecho más contra mi cuerpo y niego con la cabeza.

—No es a ti a quien he defendido. Creí que en cualquier momento te abalanzarías sobre mi madre y acabaríais a golpes. Por un instante temí por su vida.

Recibo un golpe en el hombro y sonrío de oreja a oreja.

—Tampoco es para tanto. Supongo que ya debería haberme acostumbrado a lidiar con ella, al igual que con tu hermano, pero la dichosa fiesta de cumpleaños me tiene desquiciada. ¿Sabes que tu hijo quiere invitar a unos compañeros del colegio?

Hago una mueca con los labios.

—Te advertí que no era buena idea que acudiera a un colegio común. Hay sitios especializados que acogen a alumnos que son hijos de…

—¿Mafiosos? —inquiere arqueando una ceja.

—Personas importantes —la corrijo.

—No es eso lo que quiero para él, Luca. Se merece tener una infancia normal, lejos de este mundo de caos, sangre y muerte.

—Es nuestro mundo —le recuerdo.

—Lo sé, y también que cuando crezca, si así lo desea, podrá ocupar el lugar que le pertenece en la organización, pero por el momento prefiero que siga siendo un niño normal y corriente. A nosotros no nos dieron esa oportunidad.

Asiento. Enviar a Donato a un colegio común fue una decisión que tomamos juntos. Bueno, en realidad, quien la tomó fue Bianca. Yo no estuve de acuerdo. Discutimos, nos peleamos y, como siempre, acabé accediendo porque la muy perra sabe exactamente cómo manipularme para que haga lo que ella cree oportuno.

—¿Cómo vas con la preparación de la fiesta? —inquiero para cambiar de tema.

—Bien, o eso creo. Ya casi todo está listo.

—Me alegro. Estoy deseando que termine de una vez. Tenemos trabajo pendiente.

Bianca esboza esa sonrisa arrogante que tanto me molesta y quita una pelusa invisible de mi hombro.

—¿Tanto me echáis de menos? Apuesto a que el inútil de tu hermano nunca lo admitirá, pero está perdido sin mí.

Gruño y hundo la nariz en su cuello. Inhalo con fuerza para llenar mis pulmones con su aroma a flores. Por más que me cueste aceptarlo, Bianca se ha convertido en alguien indispensable para el buen funcionamiento de los negocios. Su mente fría y su pensamiento crítico en momentos de estrés es algo que Vincenzo y yo nunca hemos tenido. Desde que empezó a trabajar con nosotros, justo después del nacimiento de nuestro hijo, el territorio de los De

Santis no ha hecho más que crecer.

Aunque es verdad que la muerte de su padre también ha tenido mucho que ver. Nuestro capo me escogió a mí para ocupar su lugar, y Valente hace ya un par de años que decidió hacerse a un lado y cedernos la gran mayoría de sus negocios. Al fin y al cabo, su único nieto y heredero es un De Santis.

Al principio ninguno de los demás cabezas de familia estuvo de acuerdo en que una mujer se inmiscuyera en los negocios de la organización. Me costó mucho convencerlos; sin embargo, incluso el propio Maurizio Leone ha llegado a pedirle consejo para dirigir ciertas operaciones.

Al fin están entendiendo que los tiempos cambian y que debemos dejar atrás ciertas normas y tradiciones obsoletas y machistas que no benefician a nadie. Lo que aún les cuesta aceptar es que, si queremos seguir manteniendo nuestro estatus y poder, tarde o temprano tendremos que empezar a asociarnos con organizaciones externas.

Mexicanos, rusos, albaneses o incluso irlandeses. Al fin y al cabo, esos salvajes no son de los que guardan rencor. Maté a Kincaid y enseguida pusieron a otro en su lugar, aunque el nuevo líder tuvo el buen juicio de escoger otro territorio para asentarse. Las posibilidades son infinitas y sé que tarde o temprano ocurrirá. Puede que para entonces yo ya no exista, y sea mi hijo o mi sobrino el que se encargue de llevar a lo más alto el apellido De Santis. Eso solo el tiempo lo dirá.

Vuelvo a respirar profundamente y, tras depositar un beso fugaz en el cuello de Bianca, alzo la cabeza y busco su mirada.

—¿Estás ocupada ahora mismo? —pregunto deslizando la mano hacia su trasero.

—No demasiado. ¿Qué tienes en mente?

—Mi madre estará con Donato, lo más probable es que Elmo esté encerrado en su dormitorio como siempre, tu hermana no llega hasta esta noche y los demás… —Pongo los ojos en blanco. Todos sabemos el rollo raro que hay entre Romeo, Vincenzo y mi cuñada, aunque prefiero no comentar nada al respecto. Ellos sabrán lo que hacen con sus vidas—. Eso nos deja a ti y a mí solos durante al menos un par de horas. ¿Sabes todo lo que puedo hacerte en ese tiempo, Diavuletta?

Bianca se pega más a mí si es posible y desliza el dedo pulgar sobre mi labio inferior.

—La pregunta es… ¿sabes tú lo que puedo hacerte yo a ti? —susurra en tono provocativo.

Enseguida noto que mi polla se endurece; es como si solo ella tuviese el mando a distancia para ponerla erecta con una sola frase.

—Puedo imaginármelo. —Me aseguro de que pueda notar mi erección en el bajo vientre y mordisqueo su dedo pulgar.

—Oh, cielo… No puedes. —Me sujeta la barbilla con firmeza obligándome a mirarla mientras con la otra mano alcanza mi bragueta y me acaricia por encima del pantalón—. Voy a cabalgarte con tanta fuerza que explotarás como un jodido cohete.

Gruño de nuevo e intento besarla, pero retrocede y, con una sonrisa ladina, niega con la cabeza.

—No hagas eso —siseo con la mandíbula tensa.

La muy hija de perra expande su sonrisa.

—Te noto tenso, De Santis. —Aparta la mano de mi entrepierna y retrocede un par de pasos—. Dejaré que te calmes un poco. No queremos que la diversión se termine en unos… ¿treinta segundos?

Le lanzo una mirada dura que ella esquiva y suelta una carcajada.

—Voy a hacerte pagar por eso —la amenazo.

—Apuesto a que sí. —Se acerca de nuevo y muerde mi labio inferior—. Te espero en nuestro dormitorio en diez minutos.

Intenta apartarse, pero la sujeto por la cintura para detenerla.

—¿Por qué no ahora?

Me empuja despacio por los hombros arqueando una ceja. A regañadientes, dejo que vuelva a alejarse y resoplo.

—Porque necesito tiempo para ponerme ese precioso conjunto de ropa interior que me compré el mes pasado en Milán.

Inspiro hondo por la nariz y mi polla se endurece más con solo imaginármela vestida de ese modo.

—Tienes cinco minutos, ni uno más, y te aseguro que cuando acabe contigo no quedará nada de ese conjunto.

—Contaba con ello —susurra guiñándome un ojo y dando media vuelta.

Mientras la veo alejarse meneando ese trasero que tanto me gusta morder, no puedo pensar en un momento de mi vida en el que haya sido más feliz que ahora. Sí, puede que mi madre sea un incordio, que mi hermano, su mujer y Serra anden metidos en sus movidas raras y el futuro de la organización sea incierto, pero aquí, ahora, tengo todo lo que necesito para ser el hombre más afortunado del mundo.

Bianca se detiene antes de cruzar el umbral, se gira a medias y me lanza una sonrisa pecaminosa que hace que mi polla pegue un brinco de pura anticipación. Ella es todo lo que necesito para ser feliz. Mi esposa, mi Diavuletta, la princesita malcriada, manipuladora y sinvergüenza que llegó a mi vida para cambiarla por completo. Me cambió a mí, y solo puedo dar gracias a Dios, al cielo, al universo o a quien sea que mueva los hilos ahí arriba por haberla puesto en mi camino.

Agradecimientos

Hemos llegado al final de un nuevo libro, uno muy especial para mí, ya que es mi primera historia inédita publicada con una editorial. Precisamente por eso, quiero empezar dando las gracias a Gemma, mi editora, por confiar ciegamente en mi trabajo y apostar por mí junto al maravilloso equipo de Penguin Random House.

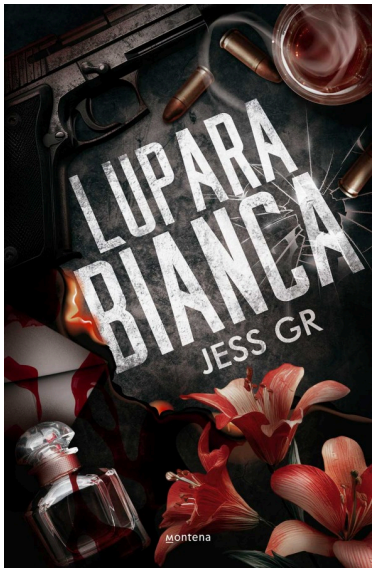
No quiero extenderme demasiado. Después de escribir los agradecimientos de más de treinta libros, las personas importantes para mí, tanto a nivel personal como profesional, ya saben lo mucho que significan. Esas amigas que se han convertido en familia y esa familia que, con toda su paciencia, acepta ausencias en fechas importantes porque entiende lo importante que es para mí crear nuevas historias.

No puedo dejar de mencionar a todas esas personas que, con sus publicaciones en redes sociales, ayudan a que nuestros libros lleguen cada vez a más gente. *Bookstagrammers*, *booktokers*, *bloggers*… Creo que no valoramos lo suficiente la enorme labor de los creadores de contenido, que, en su gran mayoría, realizan un trabajo arduo a cambio de nada.

Por último, quiero darte las gracias a ti, que estás leyendo esto. No sé si es la primera vez que lees uno de mis libros o si llevas aquí

desde que empecé a publicar, hace ya unos cuantos años. Lo importante es que has llegado, y gracias a ti estoy cumpliendo mis sueños. Me siento enormemente afortunada de que me hayas escogido entre tantos autores maravillosos que publican cada día.
Muchas gracias a todos.

Un pacto roto. Un matrimonio forzado. Un amor condenado.



En la mafia, el poder se hereda y la traición nunca se olvida.

Bianca Rossetti y Luca De Santis fueron prometidos para unir a sus familias, hasta que una traición rompió el pacto y los separó.

Años después, Bianca está a punto de casarse con otro hombre… pero Luca regresa decidido a reclamar lo que le pertenece.

Un matrimonio forzado, una alianza teñida de sangre y un amor que podría destruirlos a ambos.

Jess GR es una escritora de historias con protagonistas moralmente grises que, aunque tiene raíces portuguesas y alma vasca, el destino decidió que debía enamorarse perdidamente de Galicia, donde lleva casi dos décadas residiendo entre pulpo, lluvia y morriña.

Actualmente, Jess vive entregada a las letras, siempre planeando cuál será la próxima historia que dejará sin dormir a sus lectores. Porque si algo tiene claro es que no hay mejor receta que escribir con pasión y una buena dosis de locura.



Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Jess GR
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Imágenes de los interiores: iStock

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Austrova

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87924-31-7

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Traducción literal del siciliano: «La vaca con zapatos quiere ir a misa». Expresión popular siciliana que subraya la imposibilidad o la ridiculez de forzar las cosas.

Índice

Lupara bianca
Glosario
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70

Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Epílogo
Epílogo 2
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Jess GR
Créditos
Notas